ALFONSO TELLO

EL COLOR DE Wamba

EL COLOR DE WAMBA

Alfonso Tello

Primera Edición: 2022
(v 20.12.22)

© Alfonso Tello
Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta: © Alicia Parker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Gracias por adquirir este eBook

Sigue al autor y sus obras en:

¡Comparte tus comentarios!

A Paulina y a Ana,

Le gustaba mirarlo todo desde lejos, las cosas inmóviles, el tránsito de la luz en los vidrios de la cúpula, y sin que nadie notara su presencia —era tan sigilosa y delgada que sólo un oído muy atento, y ya avisado, podía descubrirla— reclinaba en el cristal la nariz y la frente y dibujaba líneas o palabras en el vaho de su aliento, regresada a un tiempo lentísimo que era el de su infancia, perdida en él, inmune a las voces que la llamaban.

Antonio Muñoz Molina
Beatus Ille
1986

Capítulo 1

I

Cuando vuelvo la vista atrás y contemplo en la distancia los acontecimientos que han acaecido en mi familia durante los últimos meses, tengo la sensación de que ninguno es real, de que estoy viviendo una larga pesadilla. Acaso sea ese el motivo por el que he decidido dejar constancia de ellos, para tener algo a lo que aferrarme si logro salir a flote, o quizá para sembrar una pista que ayude a rescatarme si termino definitivamente perdida en el abismo. Sea como fuere, con las cuartillas en blanco frente a mí y una pluma en la mano, no hay vuelta atrás. Daniel, mi querido hermano, siempre me decía que en eso he salido a los Pedraza, que mi alma militar me impide retroceder una vez iniciada la batalla. Transcurridos siete años desde su muerte, y por honrar su memoria, no me queda otro remedio que hacer las cosas como se deben hacer y comenzar esta historia por donde se debe comenzar.

Aquel domingo de invierno me desperté más temprano de lo habitual. El vendaval que azotó la casa durante toda la noche había olvidado llevarse la lluvia que derretía el cristal de mis postigos. Su persistente tamborileo y un frío que calaba los huesos consiguieron robarme el sueño a las siete de la mañana y arrojarme a un día de perros. Hacía dos semanas que el Comandante, como me gustaba llamarlo, no aparecía por casa. Sus interminables viajes a Madrid nos lo robaban por temporadas cada vez más largas, y mi madre y yo nos veíamos obligadas a vivir solas en la finca, sin más compañía que la del escaso servicio con que contábamos y las esporádicas visitas de algún que otro conocido. En cuanto abrí los ojos y oí su voz en la planta de abajo, salté de la cama a medio vestir y corrí a su encuentro. Pero mi impulso se desvaneció al intuir que discutían. Colocándome las últimas horquillas en el pelo, recorrí el resto del pasillo con mayor cautela y me senté en el primer peldaño.

—Aquella casa estará destrozada —explicaba mi padre, que permanecía de pie junto al ventanal del salón. Al otro lado del cristal, los chorros de agua provenientes de las canales del tejado se estrellaban contra el empedrado del patio interior. Mi madre, sentada

junto al fuego, le daba la espalda.

—No sé de qué te han valido todas esas condecoraciones de los últimos años. Al menos antes estabas con nosotras y teníamos la oportunidad de verte de vez en cuando.

—Celia, son tiempos difíciles. No puedo negarme a hacer lo que me piden. La situación del país es complicada y necesitan más que nunca de mis servicios.

—¿Y qué hay de nosotras? ¿De nuestra hija? —oí decir a mi madre mientras el Comandante se acercaba al fuego y se sentaba a su lado—. Belinda no puede seguir viviendo en el campo. Aquí no está recibiendo la necesaria educación. Ni siquiera tiene amigas con las que distraerse. Se pasa la vida pintando en ese cuarto. Está a punto de cumplir los diecinueve y no permitiré que arruine su futuro en este lugar perdido. Va para seis años que acabó la guerra, es hora de que cumplas tu promesa.

Supe entonces que no se trataba de una riña conyugal, sino más bien de un asunto importante para toda la familia. Decidida a dejar de espiar, me recompuse el pelo y descendí la escalera. Al verme aparecer, mi padre soltó la copa de vino.

—Hola, Belinda. ¿Cómo andas levantada a estas horas? —me preguntó al abrazarme. Mi madre siguió contemplando las llamas que crepitaban frente a ella.

—La lluvia me ha despertado, pero me alegro de que lo haya hecho —dije contenta de volver a verlo después de tantos días de ausencia—. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche. Era tarde y preferí no despertarte.

—Os he oído discutir. ¿Ocurre algo?

El Comandante observó a mamá de soslayo sin saber qué decir. Retomó su copa de tinto y me invitó a sentarme. Fuera, el viento debía estar arreciando, porque entraba a bocanadas por la chimenea y reavivaba el fulgor del fuego.

—¿Qué te parecería si nos mudásemos a la ciudad? —me preguntó con las manos cruzadas y esa expresión sincera y cercana que solo deja asomar cuando se despoja de su traje militar.

Mis padres habían recibido Puente Alto el día en que se casaron de manos de Gaspar, mi abuelo materno, y desde entonces fue nuestra única residencia. La idea de dejar atrás el lugar donde nací me produjo un extraño vértigo.

—¿A la ciudad?

—Sí, a Sevilla. Allí podrías continuar tu educación, tendrías más amigas de las que tienes aquí —dijo ella, adelantándose a las palabras del Comandante—. Podrías relacionarte. Incluso podrías encontrar a alguien con quien labrarte un futuro.

—No digas tonterías, mamá —le respondí malhumorada—. Hay

tiempo para eso. Además, no tenemos a donde ir en Sevilla.

—¿No se lo has contado? —preguntó él. La mirada de mi madre lo informó de que no lo había hecho.

—¿Qué debía contarme?

Mi padre guardó silencio, saboreó un nuevo trago y dejó que ella lo explicara.

—Recordarás que hace un par de meses tu padre me acompañó a Madrid, al funeral de mi tía Elvira. —especuló con voz afectada.

—Sí, lo recuerdo. Y también recuerdo que nos dijiste que hacía años que no sabías de ella.

—Así es. Elvira siempre vivió en Madrid, pero al parecer heredó de su tío una vieja casa en Sevilla que nunca utilizó.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—La semana pasada leyeron su testamento. Elvira era hija única, soltera y sin hijos. Me ha dejado la casa en herencia.

—¿Ese es el motivo de vuestra discusión?

—Desde que ascendieron a papá casi no lo vemos, y estoy segura de que cada vez será peor. En Sevilla viviríamos cerca de las dependencias militares y le resultaría más fácil compartir sus horas con nosotras. Además, tú necesitas relacionarte con chicos de tu edad, y yo también.

Era cierto que el retiro en el campo nos obligaba a llevar una vida social poco variada, pero Puente Alto no distaba más de media hora en coche de la capital, y no faltaban ocasiones para acudir a actos sociales o visitar a nuestros amigos.

—¿También tú deseas que nos mudemos? —le pregunté a mi padre.

—Aún no tenemos nada decidido —explicó—. No sabemos en qué condiciones se encuentra la casa ni si tendríamos dinero para acometer las reformas que pudiera necesitar. Ten en cuenta que debe llevar deshabitada más de treinta años.

Aquello me impresionó. No tenía ganas de mudarme a una casa que había permanecido cerrada durante tan largo tiempo, y mis escasas expectativas iniciales se transformaron en inquietud.

—Llévala, Manuel —propuso mamá de repente—. Acercaos un día de estos. Así podrás hacerte una idea real de su estado y calibrar las reformas necesarias para instalarnos en ella.

El Comandante, reflexivo, se levantó del sillón y se acercó de nuevo al ventanal. Me aparté del fuego y fui tras él. Del otro lado, el pilar de piedra que servía de abrevadero para los caballos se escondía bajo una acuarela emborronada de grises, derramándose por sus cuatro costados a cada ráfaga de viento.

—Quizá no sea mala idea —afirmé desenfocando los ojos—. Hace semanas que no salgo de aquí, me vendría bien un paseo por la ciudad.

—De acuerdo —zanjó—. Vayamos esta misma tarde.

—No podrás conducir con este tiempo —alegó mi madre sin convicción, sabiendo que ya no había nada que hacer al respecto, porque cuando el Comandante toma una decisión, es inútil oponerse.

—Pronto escampará. Mañana me sería imposible, tendré que volver a ausentarme por varios días.

A las tres de la tarde viajaba junto a mi padre en el Bentley que el Ejército le tiene asignado para sus desplazamientos personales. Aunque la lluvia había cesado, el cielo seguía cubierto y dispusimos echar la capota y abrigarnos para el viaje. Él vestía el uniforme verde y una gruesa capa de invierno, y portaba su arma reglamentaria como siempre que sale a la calle. Cruzamos los Llanos de Medina en silencio y dejamos que los charcos achocolatados que la tempestad había formado fuesen discurriendo tras los cristales. Unos kilómetros más allá, al coronar el camino de albero y entrar en la carretera de Extremadura, vislumbramos las primeras cortinas de sol que conseguían abrirse paso entre las nubes. Hace años que el gobierno impuso el monocultivo a los propietarios de medio país, y a aquellas alturas las interminables extensiones verdes se perdían en la distancia.

—¿Por qué no ha querido acompañarnos mamá? —le pregunté con la mirada en los remolinos cargados de humedad que buscaban los cielos. El Comandante se removió en su asiento con el ceño fruncido.

—Sostiene que el cuerpo de su tía aún está caliente, que le parece indecoroso interesarse con tanta urgencia por la herencia que acaba de recibir.

De inmediato me vino a la memoria la terrible pérdida de mi hermano a los pocos meses de incorporarse a filas, pero me pareció que no era el momento de hablar de aquello y no quise remover las heridas. El silencio que nos acompañó durante el resto del viaje fue prueba suficiente de que al Comandante le asaltaron los mismos recuerdos y que también prefirió callar.

Conforme nos fuimos acercando a la capital, la circulación se hizo más densa y las carrozas que transitaban por la calzada nos hicieron reducir la velocidad adaptando nuestras prisas a las de ellos. Media hora después entrábamos en la calle Castilla para recorrer la ribera derecha del Guadalquivir. El trajín de los barcos, que desde pequeña tanto han llamado mi atención, rellenaba los muelles. A lo lejos, los veleros, con sus aparejos plegados, pugnaban por esquivar los grandes vapores que hacían cola alrededor de las grúas situadas bajo la Torre del Oro, donde cientos de empleados cargaban y descargaban sacos en los camiones del Ejército. Cruzando el río por el puente de Triana, nos internamos en Reyes Católicos. Un adoquinado desigual hizo vibrar las chapas del Bentley y nos sacó del ensueño cálido de nuestros abrigos

gruesos. El bullicio de la capital aumentó de intensidad.

—¿Tú la conoces?

—No. Es la primera vez que vengo. Antes de que nos comunicaran el contenido del testamento ni siquiera sabíamos de su existencia.

—Tengo la impresión de que no me va a gustar —afirmé, sintiendo un inesperado cosquilleo en el estómago—. Daniel siempre decía que las casas antiguas están habitadas por fantasmas.

El Comandante quedó sorprendido y dibujó una sonrisa burlona en sus labios.

—Estoy seguro de que, si hay alguno deambulando por allí, nos recibirá con los brazos abiertos después de tantos años en soledad.

—No te rías de mí —bufé huraña—. ¿Cuál pudo ser el motivo para que no viviese nadie en ella durante todo este tiempo?

—Al parecer, ese caserón fue comprado por el tío de tu tía abuela Elvira, un indiano llamado Conrado que volvió de Cuba después de amasar una fortuna. A su muerte la casa fue cerrada y pasó a manos de Elvira. Ella hizo la vida en Madrid y nunca debió necesitarla. No puedo contarte más.

Sus palabras no lograron calmar mi curiosidad. Aunque, no quise hacer más comentarios y me dediqué durante un rato a contemplar la algarabía de una ciudad que siempre me ha parecido ajena.

—¿Sabrás llegar?

Él se encogió de hombros y se concentró en la circulación. Tras recorrer Zaragoza, vagó por el laberinto de callejuelas del casco antiguo, por las que apenas cabía el coche, y terminó estacionando en la plaza del Salvador. Frente a nosotros se alzó ostentosa la fachada de la iglesia, y junto a ella la escultura de bronce de un hombre que portaba entre sus brazos a la Virgen María. Descendí del coche y me acerqué: Martínez Montañez, un nombre que no recordaba haber oído antes. Perdido el interés, merodeé por los alrededores mientras el Comandante hurgaba en la guantera del auto. Pese a la desapacible tarde de domingo, se apreciaba cierta actividad. Varias parejas paseaban bajo los naranjos, un camión descargaba barriles de vinos de jerez en la taberna de la esquina y un burro viejo hacía que el traqueteo de las ruedas metálicas de su carro rebotara entre las paredes de los edificios, transmitiendo una sensación de claustrofobia que nunca percibí en las grandes extensiones que rodean Puente Alto.

—Imagino que es por allí —conjeturó el Comandante señalando una angosta calle que buscaba las sombras del antiguo barrio musulmán.

Pasamos junto a los hombres que trajinaban con los barriles al hombro y nos internamos en ella. Recorridos poco más de treinta metros, mi padre repasó los números y terminó por detenerse junto a dos portones sellados a cal y canto y ennegrecidos por el paso del

tiempo.

—Aquí tienes —dijo con solemnidad, entregándome una llave que no debía pesar menos de un cuarto de kilo—. El honor es tuyo.

Después de dedicarle una media sonrisa, la introduje en la cerradura e intenté girarla. Pero los engranajes debieron quedar atascados por la herrumbre muchos años atrás, y me fue imposible.

—Habrás de hacerlo tú —dije devolviéndole la llave.

Él forcejeó con determinación para desistir a los pocos minutos. Luego de una breve reflexión, oteó ambos lados de la calle, sacó su pistola y metió el cañón en el agujero del manubrio. Un fuerte chasquido llegó desde el otro lado de las tablas. Devolvió la pistola a su funda, apoyó el hombro y empujó con todas sus fuerzas. Los goznes emitieron un chirrido lastimero, una de las hojas se abrió de par en par.

De inmediato quedamos sobrecogidos por las sombras que se extendían unos metros más allá. Las telarañas, sucias y espesas, ondearon con la corriente, y el olor a polvo viejo y a humedad nos produjo un picor desagradable en la nariz. Si el Comandante no hubiera estado a mi lado, me habría dado la vuelta para salir corriendo de semejante tumba.

—Espera aquí —ordenó internándose en la oscuridad.

Aunque comencé a seguirlo, di un par de pasos hacia las tinieblas y volví a detenerme. Más allá, en mitad del hall, una amplia escalera de mármol blanco y una imponente balaustrada rematada por una cabeza de león. Capturada por su mirada, me acerqué con timidez y le acaricié la melena. Un golpe seco recorrió los pasillos superiores y una descarga eléctrica atravesó mi cuerpo. Con el corazón congelado, retiré la mano y regresé a la puerta. Desde allí oteé una vez más las sombras de dentro en busca de la protección del Comandante.

Oí entonces su maldición gastada y un cachivache de cristal que se estrellaba contra el suelo. La luz del exterior comenzó a iluminar el fondo de la casa, las sombras parecieron retirarse en busca de los rincones.

—Belinda, ya puedes venir —gritó.

Reconfortada por su voz familiar, me obligué a creer que mis sentidos me habían jugado una mala pasada y fui en su busca.

Cuando terminó de abrir los enormes ventanales, la lúgubre estancia en que nos encontrábamos se transformó en un salón majestuoso y las verdaderas dimensiones de la casa se hicieron patentes. Quedé fascinada: en la pared principal, una chimenea de mármol rojo de varios metros de anchura, frente a ella, una mesa de cristal con patas doradas y cuatro sillones isabelinos, y del otro lado, un piano de cola y un taburete. Recordando la atracción que mi madre siente por ese instrumento, me acerqué y lo recorrí con los dedos. Bajo

la gruesa capa de polvo apareció el brillo de un perfecto lacado negro. Celia hizo varios años de conservatorio, pero yo no tengo la menor idea de música. Aun así, abrí la tapa del teclado y ensayé un par de notas al azar. Un quejido mortecino traspasó las tablas propagándose por la casa.

—Está desafinado —dijo mi padre posando la mano en mi hombro.

No lo había oído acercarse y mi estado de excitación hizo que me volviese sobrecogida. Entonces reparé en una mujer de cara angelical, de piel blanca como la nieve y de pelo negro que nos vigilaba desde ese retrato que sigue colgando sobre la chimenea. Un rostro sereno de escasamente veinticinco años con una personalidad y elegancia que saltaban a la vista. Un retrato ejecutado por un artista con talento.

—¿Quién será?

Ambos permanecimos un rato callados.

—No tengo la menor idea —respondió—. Pero hoy no tendremos tiempo de averiguarlo. Si no queremos que nos pille la noche en la carretera, debemos darnos prisa e inspeccionar el resto de la casa.

Durante la siguiente media hora anduvimos por la planta baja, vagando por pasillos laterales repletos de columnas y entrando y saliendo de las habitaciones. En ellas pudimos descubrir lámparas que se habían desprendido del techo, desconchones de cal en las paredes y muebles que habían sucumbido bajo su peso a causa de la carcoma. Pero tuvimos que reconocer que el estado de conservación del mobiliario y de la propia vivienda era bastante mejor de lo que habría cabido esperar. A pesar de ello, parecía haber sido abandonada con precipitación, porque muchos de los cajones estaban abiertos, los utensilios domésticos seguían sobre las mesas, y los muebles, sin lienzos o telas que los protegiesen, acumulaban en su superficie una gruesa capa de polvo. Volvimos luego al recibidor, dejamos a un lado la escalera y nos adentramos hacia el fondo. Una puerta metálica nos cerró el paso. Abrimos los postigos y apoyamos la frente en el cristal empañado. El jardín que descubrimos del otro lado tendría unos quinientos metros cuadrados. Los setos, árboles y plantas estaban resecos, mezclados con malas hierbas y achaparrados. Cubriendo los primeros metros de desolación, una liviana estructura de hierro forjado sostenía una primorosa vidriera, transparente en los laterales y plagada de rojos, azules y amarillos en su centro. El Comandante bregó con los pestillos con empeño, pero no logró abrirse paso.

—¿Qué hacemos?

—Me temo que por ahora nos será imposible pisar ese jardín —murmuró tan defraudado como yo.

—¿Crees que desde la planta alta conseguiremos distinguir algo más?

—¡Vamos! —propuso sin reflexiones.

El golpe que me había parecido oír a nuestra llegada retornó a mi conciencia. No pretendía que se volviese a reír de mí, y resolví no comentarlo. Llegados al pie de la escalera, se acercó a la puerta de entrada y la cerró con un empujón. Las penumbras reconquistaron la casa.

—Adelante —me invitó alargando el brazo en un gesto cortés—. Subamos y visitemos a tus fantasmas.

Negué con la cabeza y esperé a que él iniciase la marcha.

Aun con tan escasa luz, percibí su sonrisa burlona.

Pasamos junto a la cabeza de león y ascendimos en silencio los peldaños desgastados. Ya arriba, dejé que él continuase caminando y eché la vista atrás. Sobre el centro del recibidor y a la altura de mi cabeza pendía una inmensa lámpara de araña.

—Papá —dije a media voz—, mira esto.

Deshizo el camino y se aproximó a la barandilla que dominaba el hall.

—Es una lámpara preciosa —afirmó sin demasiado interés.

—¿No percibes nada extraño en ella?

—No, salvo que habrá que colocar una buena escalera y pasarle el plumero.

—¿Cuándo llegó la electricidad a Sevilla?

—¿Qué más da? Esa lámpara es de velas, nunca la ha necesitado —afirmó. Pero viendo que seguía escrutando su cara, hizo memoria y respondió—. Imagino que a primeros de siglo. Recuerdo que por entonces yo seguía siendo un niño.

—En ese caso, mamá está equivocada. Esta casa no lleva treinta años cerrada, sino más de cincuenta. La gente que la habitó por última vez la debió abandonar a finales del XIX.

—Tal cosa no es necesariamente cierta —reflexionó—. No todo el mundo se conectó a la corriente eléctrica en los inicios. Algunos tardaron muchos años en hacerlo.

—No creo que fuese el caso. Es evidente que esta familia tenía dinero, y que la casa fue construida con todos los lujos de la época.

Mi padre no contestó. Echó un último vistazo desde el rellano y dudó sobre la dirección por la que continuar la exploración. Hacia la izquierda, el pasillo moría en un arco cerrado con dos extraños portones de madera labrada. Hacia la derecha, un corredor con puertas a ambos lados. Decidido a comenzar por este, avanzó hasta el fondo a grandes zancadas, palpó buscando los pasadores y abrió la ventana. El corredor desveló varios muebles ebúrneos ribeteados de oro y un par de sillones estratégicamente colocados, con la tela perforada por los muelles y arruinados por los nidos de los roedores. Una a una, fuimos abriendo las habitaciones. Las que daban a la parte interior apenas eran pequeños aposentos destinados al servicio o

cuartos de chismes sin ventilación en los que reinaba una oscuridad absoluta. En cambio, las que daban a la calle y, sobre todo, a la parte trasera de la casa, provistas de muebles de época y grandes ventanales, eran los dormitorios principales. Jamás había estado en una mansión tan antigua, y su magnitud y lujo me dejaban cada vez más encandilada.

—Esta casa es fantástica —exclamé al volver a nuestro punto de partida.

—Sí que lo es. No tengo duda de que a mamá le encantaría vivir aquí —afirmó mientras se volvía a un lado y a otro pensativo—. Habría que trabajar mucho para volver a hacerla habitable, y requeriría una inversión incluso mayor de la que supusimos. ¿Crees que merecería la pena?

—Esperemos hasta haberlo hablado con ella —le propuse—. Me intimida. Aquí dentro aún se respira el hálito de los antiguos moradores. No estoy segura de que algún día consigamos conquistarla.

El Comandante se volvió a apoyar en la barandilla calibrando la magnitud de la empresa que tenía por delante, y yo aproveché sus cavilaciones para alejarme en la otra dirección e inspeccionar los relieves de la puerta que antes había llamado mi atención. Aunque la madera estaba cuarteada y cubierta de polvo, logré distinguir que las escenas grabadas sobre ella representaban motivos mitológicos. En la parte alta, mujeres y niños vestidos con prendas holgadas jugaban en un cielo candoroso. Bajo ellos, cientos de hombres nadaban en una laguna embravecida intentando encaramarse a la embarcación que la surcaba. Los rostros crispados de quienes no lo conseguían parecieron clavarse en mí implorando auxilio.

—Espero que esté abierta —dijo el Comandante a mi espalda. La serenidad de su voz me volvió a la realidad.

Me hice a un lado y dejé que girase el picaporte.

Ante nosotros se alzó entonces una extraordinaria biblioteca. Un alfarje digno del mejor palacio musulmán cubría el techo, decenas y decenas de estanterías repletas de libros ocultaban hasta el último centímetro de pared. Dejando de lado la mesa central, nos asomamos afuera. Al fondo, las tapias terrosas transformaban las luces del ocaso en una cascada de anaranjados y ocres. Bajo nuestros pies, el jardín y la admirable vidriera que habíamos vislumbrado a través de la puerta de la planta baja.

—Supongo que sí —murmuré, deslumbrada por la luz nostálgica del atardecer.

—¿Cómo dices?

—Que merecerá la pena. Aunque nos cueste trabajo domesticarla, haremos que esta casa sea nuestra.

Él afirmó con un imperceptible movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Si mamá opina igual que tú, lo haremos.

Tras contemplar el jardín unos instantes más, se marchó con la intención de cerrar las ventanas que habíamos abierto. Mientras regresaba, paseé la mirada entre las paredes forradas de libros. Allí había volúmenes de todos los tamaños y temáticas: antiguas enciclopedias de páginas amarillentas, tratados de jardinería, varias baldas dedicadas a la producción de café y caña de azúcar, obras de Corbeaux y Dutrôn escritas en francés, ensayos de cultivos tropicales de José Ricardo O'Farrill, con montones de grabados de plantas y semillas, una amplísima colección de novelas de aventuras y una infinidad de libros antiguos que por los títulos debían versar sobre temas religiosos y sobre mitos y culturas ancestrales. Extraje uno de estos y lo ojeé distraída. Al levantar la cabeza para colocarlo de nuevo en su posición original descubrí algo que me pareció fuera de lugar: todos los libros estaban encajados entre ellos o comprimidos por tallas de madera, y su tamaño y tipo de encuadernación guardaban un metódico orden. Por el contrario, entre los estantes más cercanos al techo, un tomo grueso, que quizá sirvió para soportar a otros, había caído de lado dejando que el resto de la fila se inclinara hacia él. Tiré de una discreta escalerilla apoyada sobre raíles, la coloqué en posición y ascendí hasta que lo tuve a mi alcance. ¿Habría sido aquel el ruido que oí desde abajo? Para mi sosiego, supuse que sí. Un libro tan antiguo pudo perder su integridad en cualquier momento y dejarse caer. Lo recoloqué tumbado para que sirviese de apoyo y lo apreté contra el resto de la fila. Fue entonces cuando reparé en un ejemplar diferente a todos los demás, con una cubierta de cuero labrado y sin inscripción alguna en su lomo. Aunque quedaba algo alejado de la escalerilla, alargué el brazo y lo agarré como pude.

—¡Nos vamos! —gritó el Comandante desde el pasillo.

Me resultó imposible evitar que el libro resbalase entre mis dedos. Una espesa polvareda se levantó desde el suelo y los haces de luz que se colaban por el ventanal tomaron consistencia. Contrariada por mi torpeza, descendí y comprobé si se había dañado. Al abrirlo quedé desconcertada. ¿Qué era aquello? Posé las yemas de mis dedos en una de sus páginas y la recorrí de arriba abajo. La turbadora sensación que sentí al rozar la cabeza de león se repitió.

Sobrecogida, salí de la biblioteca y busqué a mi padre.

—Mira lo que he encontrado —dije ofreciéndole el libro.

Él lo agarró y leyó las palabras estampadas en la portada.

—«Andrea» —susurró entre dientes. Luego hizo ademán de devolvérmelo para seguir hablando con su habitual pragmatismo—. Un nombre bonito y poco usual. Pero debemos irnos. Se nos ha hecho tarde.

—Ábrelo —le ordené.

Sorprendido por mi determinación, lo hizo. Al descubrir su contenido quedó tan contrariado como yo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En uno de los estantes superiores, pero no tengo ni idea de lo que es —confesé, esperando que él me pudiese ayudar. Lo siguió repasando unos segundos. Llegando a sus últimas páginas, lo cerró.

—Si no me equivoco, es braille, el alfabeto de los ciegos.

—Nunca he oído hablar de él.

—Ya, es algo poco corriente.... Mira —dijo ofreciéndomelo abierto —. Las últimas páginas están en blanco. Yo diría que se trata de una obra inacabada, o de un diario

La idea de que aquel libro encerrase la vida íntima de uno de los antiguos dueños de la casa, más aún el vértigo de poder experimentar las sensaciones de una mujer ciega del siglo pasado, me hicieron pronunciar las palabras que me llevarían hasta la delicada situación en la que ahora me encuentro:

—¿Me lo puedo quedar?

II

Cuando apareció a lo lejos llevaba más de una hora esperándolo, sentada en uno de los bancos que rodea la fuente de las Ranas. No tenía el libro en mis manos, pero después de una semana repasando sus páginas, intentando comprender un lenguaje que no conocía, podía recordarlo en sus más mínimos detalles. Yo ya sabía que no se trataba de un verdadero libro, sino de una colección de cuartillas agujereadas y atadas con cintas que en un principio me parecieron una encuadernación de la época. Pese a los esfuerzos por conseguir descifrar su contenido, en los días que transcurrieron desde que mi padre nos volvió a dejar solas en la casa de campo hasta que regresó, no había conseguido avances. Ni entre mis antiguos libros de texto ni entre la biblioteca que teníamos en casa existía referencia alguna a un lenguaje para ciegos. Pero mi desazón llegó más lejos. Según argumentó mi madre, tras una guerra como la sufrida por nuestro país apenas seis años atrás, incluso los videntes siguen siendo en su mayoría analfabetos. ¿Cómo iba a encontrar a un ciego que conociese un abecedario tan diabólico? Cuando el Comandante regresó a Puente Alto una semana más tarde, corrí a su encuentro y lo interrogué sin detenerme en saludos. Me besó como suele hacer y, después de recapacitar, confirmó mis peores temores. Él tampoco sabía de nadie que fuese ciego, mucho menos que pudiese interpretar los puntos. Sin intención de rendirme con tanta facilidad, me retiré a mi habitación enfurruñada. No bajé a almorzar.

Cuando pasadas varias horas llamó a mi puerta con un café en la mano, me había dormido. Frotándome los ojos con los puños, le dije que pasara. Dejó la puerta entreabierta y se sentó en un sillón frente a mi cama.

—¿Por qué no nos has acompañado? Teresa preparó su estofado de ternera, y la tarta de melocotón que tanto celebras. Cuesta conseguir esos productos como para que los despreciemos.

Teresa es una empleada a la que recurrimos muchos años atrás por recomendación de algún conocido. Enviudada en la guerra y sin hijos, necesitaba un trabajo para subsistir, y su situación llegó a oídos de mi padre en el momento adecuado. Desde el primer día en que apareció en nuestras vidas se instaló en casa y se convirtió en uno más de la familia, y para mi madre en alguien insustituible. Sus guisos espesos, cuando tiene los ingredientes al alcance, son algo exquisito, pero perderse uno de sus postres especiales resulta, sin género de duda, imperdonable.

—No tenía apetito —mentí, aún ceñuda. Él tomó un sorbo mientras

una nubecilla de aroma le nublaba los ojos.

—Puede que tenga la solución para tu problema.

Di un salto de la cama y apoyé la espalda en el cabecero.

—Conozco a alguien que tal vez te pueda ayudar en tu búsqueda —me dijo mientras soltaba la taza sobre la mesilla.

—Sabía que no me fallarías —afirmé, recuperando la esperanza de descifrar aquel libro que tantos quebraderos de cabeza me estaba dando.

—No lances las campanas al vuelo. Se trata de un alférez que trabaja con nosotros en Capitanía. Él lleva el registro de las dependencias, y por sus manos pasan muchos expedientes de civiles y de militares. Si te parece bien, lo llamaré esta tarde.

—¡Eso sería fantástico!

—¿A qué se debe tanto interés en el diario? —me preguntó con los dedos cruzados bajo la barbilla.

Aunque llevaba una semana obsesionada con el hallazgo, cuando busqué una respuesta plausible no conseguí encontrarla. El Comandante es para la mayoría de sus conocidos un hombre serio y de principios. Su lenguaje directo, su rectitud militar, su sentido práctico y su determinación inquebrantable cuando decide acometer algo importante hacen muy difícil verlo a través de otros cristales que no sean los de su propia profesión. Pero para mí nunca ha supuesto otra cosa que un padre cariñoso y atento, alguien que no deja traslucir su carácter amable y compasivo más que en la intimidad de la familia. Resolví confesarle la verdad.

—Espero que no te rías de mí otra vez —susurré bajando los ojos.

Él no dijo nada. Buscó la taza, tomó un nuevo sorbo y esperó.

—Aquel día, cuando estuvimos en la casa, noté algo extraño. Algo que me recorrió transmitiendo sensaciones ajenas, antiguas. Estoy segura de que Andrea, quien quiera que fuese esa mujer, deseaba que se conociese su historia.

Convencida de que se burlaría de mi ingenuidad, busqué sus ojos.

—Mañana es domingo y tendré el día libre —explicó sin rastro de condescendencia—. Mamá me ha pedido que la acompañe a Sevilla y visitemos la casa.

—¿Deseas que vaya con vosotros? —pregunté confusa.

—Llamaré a ese muchacho y veré si puede ayudarte. Podrías aprovechar la ocasión y charlar con él.

Me levanté de la cama y lo abracé. Aunque esbozó una breve sonrisa, no me correspondió. Por el contrario, esperó a que lo soltase y continuó hablando.

—No cabe duda de que ese caserón posee un encanto que puede llegar a impresionar, y de que la impronta de sus antiguos inquilinos pervive entre sus paredes. Eso le confiere cierta capacidad de

sugestión. Pero no debes dejarte llevar, ni confundir tus fantasías con la realidad. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—Por supuesto —respondí sin pensar.

En aquel momento, sentada en el banco del parque de María Luisa, oyendo el ruido vidrioso que producían los chorros de agua al estrellarse contra el suelo de la fuente de las Ranas, meditando sobre aquel desconocido mientras se acercaba, dudé de que lo estuviera haciendo. Quizá mi padre llevase razón y mi mente fantasiosa se empeñara en buscar misterios donde no los había.

—¿Belinda? —preguntó cuando estuvo junto a mí.

Su sonrisa sincera, una cara que no conseguía transmitir los veintitrés, veinticuatro que debía tener, las cejas perfiladas, con un remolino en una de ellas, los hoyuelos en las mejillas y aquella voz que acarició mi nombre hicieron que el libro de Andrea dejara de existir y fuese sustituido por una sensación insegura y pueril. Disimulando mi incipiente rubor, me levanté del banco y le estreché la mano.

—Sí —conseguí articular—. ¿Hugo?

—Hugo —repitió él—. El comandante Pedraza me habló de ti... Y me prometió prisión incondicional si no era todo un caballero o si te ponía en peligro a causa de mis actuaciones.

—No le hagas caso —contesté ensayando sin éxito una sonrisa—. Ya sabes cómo son los padres.

—¿Puedo sentarme?

—¡Claro! Perdona. —Me coloqué en un extremo del banco y le ofrecí el otro con un gesto torpe y precipitado.

—El día se ha confundido de estación —aseguró paseando sus ojos por los alrededores.

Siguiendo su mirada, supe que llevaba razón. Aquella mañana de noviembre el sol quiso jugar entre las copas de la imponente higuera australiana que se alzaba a nuestra espalda y filtraba con profusión sus rayos dorados a través de las brillantes hojas ovaladas. Frente a nosotros, la fuente dibujaba un cuadro impresionista de amarillos y azules sobre un lienzo de agua. Más allá, al otro lado del camino de albero, decenas de árboles rebosantes de mandarinas y naranjas amargas desprendían un aroma estimulante.

—Eso parece —dije más calmada—. Debe haberse extraviado.

—El Comandante me explicó que estabas interesada en conocer a alguien que supiese interpretar el braille. ¿Para qué lo necesitas?

—¿No te lo contó?

—No. Solo me pidió que te ayudase.

—Por ahora puede que sea mejor así —respondí—. ¿Crees que podrás hacerlo?

Hugo se levantó y me invitó a seguirlo. Dejamos atrás la fuente y el

estanque de los patos para perdernos bajo las sombras de los tilos que bordeaban la avenida de Pizarro. Allí un soplo fresco nos devolvió a la estación en que vivíamos.

—¿A dónde me llevas?

—No todos los días se presenta la oportunidad de pasear con una chica guapa. ¿No pretenderás que la desaproveche?

—Parece que has olvidado las advertencias del Comandante —dije, ahora con una sonrisa más segura—. No le gustará saber que has estado coqueteando su hija.

Hugo cerró la boca y no habló más hasta que llegamos a las inmediaciones de la plaza de España. Bajo los laureles que rodean el Macetero nos volvimos a sentar.

—No te ha gustado mi broma —dije sintiéndome culpable.

Él no contestó. Señaló hacia la entrada de la plaza y se reclinó en el respaldo: por entre las columnas azulejadas que bordean el canal perimetral, las cabezas de los tripulantes domingueros surcaban sus aguas mansas a bordo de las barquitas. En algunos de los rincones provinciales, varias familias señalando orgullosas los motivos de su región. Salvo aquella gente, y un niño de orejas agrandadas por el corte de pelo que se dejaba retratar encaramado a la grupa de un burro, no encontré nada que llamase mi atención.

Decepcionada, regresé los ojos a Hugo.

—Allí —insistió señalando hacia el puentecillo que cruza el canal —. Estoy seguro de que él te podrá ayudar.

Al dedicarle mayor atención, descubrí que se trataba de un hombre de más de cincuenta años sentado sobre una manta, con la pierna izquierda extendida y la derecha doblada.

—¡Vamos! —dije levantándome del banco y comenzando a caminar hacia el desconocido. Él me agarró de la mano y me obligó a detenerme con cierta brusquedad.

—Un momento.

—¿Qué ocurre? ¿No me has traído aquí para que hable con él?

—Así es. Pero hay algo de lo que debo prevenirte.

—¿Y qué es eso?

—Cuando informes al Comandante de que he flirteado con su hija —dijo mostrando un enfado fingido—, no olvides decirle también que el hombre que te he presentado es un viejo comunista, de esos que nuestro nuevo gobierno persigue con tanto empeño.

Me volví a sentar.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Cómo sería capaz de situarse ahí, justo detrás de las dependencias militares, siendo lo que dices que es?

—Ya ves. Así de complicado es el mundo. Ese hombre no tiene ya nada que perder. Además, me parece que nadie salvo yo conoce sus ideas.

Desconcertada, volví a observar a aquel individuo. Su cuerpo estaba cubierto con un abrigo de solapas vueltas, y un sombrero de ala ancha y unas gafas de cristal negro le ocultaban la cara. Junto a él, una lata oxidada que servía de reclamo a las almas caritativas y una vara larga que le debía ayudar a caminar.

—¿Es ciego?

—Por supuesto. Antes de la guerra era profesor en una escuela de invidentes. Ahí donde lo ves, desahuciado y sin familia, es un hombre con un pasado a sus espaldas. Aunque la ceguera juega de su lado y todos procuran dejarlo tranquilo, alguna que otra vez ha sido detenido y se ha sentado al otro lado de mi mesa para que le tomase los datos.

—¿Cuál es su nombre?

—Ese hombre dice llamarse Cipriano Alcácer.

—¿Y cómo sabes que es comunista?

—Una de las primeras veces llegó con la moral baja y me lo contó sin habérselo preguntado. Pero no lo anoté en su expediente.

Miré a Hugo con nuevos ojos. Era posible que bajo aquella cara seductora hubiese más de lo que supuse al conocerlo.

—Si me lo presentas, te prometo que no le contaré tus artimañas de conquistador al Comandante.

Él volvió la vista a otro lado, simulando que no me había oído.

—Esa es una misión peligrosa —añadió con severidad—. Te costará más que un pequeño silencio.

Agradecida, deposité un beso en la yema de mis dedos y lo hice volar hacia él con un soplo lento y prolongado. Tomándome de la mano con una sonrisa, comenzamos a caminar en dirección a Cipriano Alcácer. Antes de que llegásemos a su altura, aquel hombre volvió la cabeza hacia nosotros e irguió la espalda. Un podenco esquelético apareció tras él e inició un gruñido mientras mostraba los dientes. El ciego lo agarró del collar y le acarició la cabeza para tranquilizarlo.

—Hola, Cipriano —saludó Hugo deteniéndose a varios metros del perro. Yo me acerqué y me agarré de su brazo—. ¿Muerde esa fiera?

—Solo a quien debe morder —contestó, la nariz levantada. La lata de recaudación había desaparecido de la vista como por arte de magia.

—¿Me recuerda?

—Por supuesto —dijo el ciego—. No consigo retener las caras, pero jamás olvido un olor. ¿Vienes a detenerme?

—Esta vez no.

—¿A probar puntería con mi lata, entonces?

—Vengo con una amiga.

—Ya veo... —dijo dejando tiempo para que captásemos su ironía—. Huele mejor que tú. ¿Y tiene nombre esa amiga tuya?

Como el perro había vuelto a tumbarse en un extremo de la manta,

me atreví a dar un paso al frente y presentarme yo misma.

—Mi nombre es Belinda. Quisiera hablar con usted, necesito de su ayuda.

Cipriano alargó la mano al viento buscando un objetivo inexistente.

—Acércate —me ordenó—. No hablo con desconocidos.

Indecisa, retrocedí y busqué el apoyo de Hugo.

—Adelante —me animó—. No tienes nada que temer.

El podenco pulgoso levantó el hocico evaluando mi determinación.

Procurando mostrar una seguridad que no tenía, me arrodillé sobre la manta, agarré su mano con las mías y me la llevé a la cara. Algo debió asustarlo, porque apenas la había rozado cuando la volvió a retirar con brusquedad. Luego, indeciso, regresó con las dos y me recorrió el nacimiento del cabello, las cejas, los ojos cerrados, lentamente, los pómulos, la barbilla... Sus dedos como plumas casi no me tocaban. Tuve la certeza de que veía mi cara con la misma nitidez con que yo contemplaba la suya.

—Niña, ¿qué quieres de mí? —preguntó al terminar, soltando parte del aire de sus pulmones, mirándome sin ver.

Hugo se adelantó a mi respuesta.

—Cipriano, ¿le apetecería un café?

—Hace tiempo que lo dejé —dijo el ciego—. Me ponía de los nervios. Ahora solo tomo una copita de manzanilla si la compañía es buena. Nunca antes de las once.

—En ese caso, está de suerte —sentenció Hugo—. Si nos lo tomamos con calma, de aquí al quiosco del agua nos han de dar.

Aunque Cipriano se lo pensó, terminó por doblar la manta y esconderla entre los matorrales junto a la lata vacía. Tomó su bastón, que ahora se delataba sin ambages como un instrumento artesanal, y echó a andar con una leve cojera.

Un cuarto de hora después estábamos sentados en tres cómodos sillones de mimbre alrededor de un velador. Sobre nosotros, una marquesina pintada de blanco filtraba los rayos del tímido sol de la mañana y nos protegía de la brisa.

El olor del café recién hecho lo inundaba todo.

—¿Cómo se llama? —pregunté cuando el perro se tumbó bajo la mesa.

—Nunca me lo ha dicho —respondió Cipriano rascándole la cabeza —. Pero yo lo llamo Sultán.

Él nombre me pareció demasiado generoso para un chucho escuálido y de tan mal porte. Animada por sus ojos vidriosos, alargué la mano con intención de acariciar la mancha blanca que le cubría la cara. Aquella vez no hubo aviso. Apenas conseguí esquivar su dentellada en el último momento. El intento fallido hizo que los dientes del perro se volviesen a encontrar con mayor fuerza de la

prevista y emitiese un lamento.

—No haga eso, señorita —me advirtió Cipriano—. Estos últimos años han sido duros para ambos y nos han hecho perder los buenos modales. Tendrá que ganarse su confianza poco a poco.

Pensé en esbozar una sonrisa comprensiva, pero recordé que Cipriano no podría verla. Le enseñé mis dientes al chucho y le saqué la lengua.

Un camarero con camisa blanca, chaleco gris y servilleta al hombro se acercó con una libreta en la mano y un lápiz en la oreja. Dándole un buen repaso visual al ciego, nos saludó entre dientes y esperó.

—¿Hace esa manzanilla, Cipriano? —preguntó Hugo.

—Hará —sentenció él—. Y tampoco vendría mal asentarla en el estómago con un par de magdalenas, si puede ser.

El camarero echó mano al lápiz con la destreza de quién lo lleva haciendo toda la vida, y pidió permiso a Hugo para anotar el capricho de alguien que posiblemente no dispondría de dinero con que pagar.

—Eso y dos palomitas de anís Pierrot —añadió sin preguntarme.

El camarero repitió el escrutinio al ciego y se fue.

—Ustedes dirán —añadió Cipriano, colocando ambas manos sobre la mesa.

Me pareció que aquellas manos de huesos largos y pellejo delicado nunca habían sido expuestas a trabajos pesados. Hugo dejó que yo contestase.

—Estoy buscando a alguien que conozca el lenguaje de los puntos, y Hugo ha pensado que usted podría ser esa persona.

—¿Tiene previsto perder la vista a corto plazo, señorita Belinda?

—No es eso —respondí ignorando su impertinencia—. He encontrado un libro muy antiguo escrito en braille, y necesito conocer su contenido.

—No debe ese libro ser tan antiguo como usted piensa. El braille comenzó a abrirse camino en España a primeros de siglo, y hasta los años treinta poca gente era capaz de leerlo, y menos de escribirlo. ¿De qué va?

—No lo sé —aseguré—. Ya le he dicho que no puedo interpretarlo.

—En ese caso, ¿cómo sabe que necesita conocer su contenido?

El camarero volvió con el desayuno de Cipriano y nuestras palomitas, dándome un respiro para meditar la respuesta. No me parecía oportuno explicarle a cualquiera que se cruzase en mi camino las motivaciones de aquella decisión. Ni yo misma sabía a ciencia cierta de dónde nacía el interés por un libro que llegó a mis manos por mera fortuna, y confesarle que respondía a un impulso interior no habría ayudado.

—Eso por ahora no puedo decírselo —argumenté—. Es un libro personal.

—¿Lo que está insinuando es que ha encontrado el diario de una persona ciega y que pretende bucear en su vida? ¿Le ha pedido permiso a su legítimo dueño?

La agudeza de Cipriano me incomodó. Había dado en el clavo sin apenas cruzar unas palabras conmigo. El calorcillo del sol filtrado por los cristales del quiosco y su indiscreta pregunta hicieron que me estorbara el abrigo. Me despojé de él y lo doblé con parsimonia sobre el regazo.

—No podría dármelo —terminé respondiendo—. Su legítimo dueño debe estar muerto desde hace bastantes años.

Como la conversación no tenía visos de llegar a buen puerto, Hugo tomó un sorbo del anisete mientras miraba a aquel hombre devorar sus magdalenas y quiso intervenir.

—Cipriano. Si no va usted a colaborar, no le robaremos más tiempo.

El ciego terminó su desayuno con la mayor dignidad que supo reunir y a continuación palpó el vaso y el plato, y lo desplazó hasta el centro de la mesa.

—Nunca niego la ayuda a alguien que me ha ayudado antes a mí. Pero comprenderá que no puedo fiarme de cualquier propuesta que me hagan sin saber dónde me meto. Esa es una de las primeras lecciones que aprendí en la guerra.

—No debe preocuparse —afirmé—. Mi familia heredó hace semanas una casa en el barrio de la Alfalfa, en el casco antiguo. Fui a visitarla con mi padre y encontré ese libro del que le hablo en la biblioteca por casualidad. Tan solo deseo saber qué es y qué hacía allí.

—Enséñemelo —concedió.

—No lo he traído.

Hugo quedó sorprendido.

—¿Cómo que no lo has traído? —exclamó—. En ese caso, ¿qué estamos haciendo aquí sentados?

—No me atreví antes de tener la certeza de que la persona que me pudieses presentar era la adecuada. Aunque ese libro esté ahora en mi poder, yo también creo que se trata de un diario, y no voy a dejarlo en manos de cualquiera —alegué para justificarme—. Pero he traído una de sus páginas.

—¿Lo has descuadernado? —quiso saber Hugo

—No. Sus hojas están unidas con una cinta cuyos nudos se pueden hacer y deshacer. He extraído una al azar.

Rebusqué en mi bolso y coloqué la hoja de papel frente a nosotros. Cipriano palpó de un lado a otro hasta dar con ella y la examinó con manos de cirujano: los bordes, el tamaño, los cuatro agujeros que servían para fijarla con las cintas... Luego, apoyándola con firmeza sobre el velador, deslizó los dedos con delicadeza entre la nube de

puntos. Quedé expectante. Al fin sabría algo del preciado contenido. Pero Cipriano repasó una y otra vez el relieve sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué pone? —pregunté levantando la voz, impaciente por su mutismo.

Tras un último intento, Cipriano deslizó la hoja en mi dirección y recobró el porte retrepado en el sillón de mimbre.

—Por desgracia —añadió—, hace años que no les he dado a mis dedos el gusto de leer. Entre las prioridades de este gobierno no está la de instruir a sus ciegos. Pero, o mucho me equivoco, señorita Belinda, o esta página no está escrita en braille.

—Por supuesto que está escrita en braille —protesté, segura de que se equivocaba—. No puede ser otra cosa. Quizá usted haya perdido el tacto con los años.

Cipriano no añadió nada más. Medité por un tiempo acerca de las implicaciones de su conclusión sin dar mi brazo a torcer.

—Ya sé lo que ocurre —expliqué retornando el papel a mi bolso—. Seguro que a esa chica no se le daba bien la escritura, o lo hizo con prisas ese día. Por eso no entiende sus signos, porque están mal ejecutados. Le traeré alguna otra página y ya verá.

—¿Quién le ha dicho que el diario corresponde a una mujer y no a un hombre? —preguntó Cipriano con su demostrada sagacidad para los detalles.

—Lo sé y punto —refunfuñé sin intención de revelarle el nombre con que estaba grabada la portada del diario.

Él dobló el gesto con desgana.

—Ese no es el motivo por el que el mensaje me resulta ilegible— explicó—. La caligrafía es buena. La mujer de la que usted habla dominaba el arte de la escritura.

—Pues entonces estará escrito en inglés, o en francés.

—No. En ese caso yo no habría sido capaz de reconocer las palabras, pero sí las letras. El alfabeto es el mismo en un idioma y en otro. Siento decir que en esta ocasión me será imposible ayudarla.

El ciego se colocó su sombrero y empujó a Sultán con el pie para que se pusiese en marcha. Tomó el bastón y se levantó del sillón.

—Señorita, ha sido todo un placer conocerla. Ya sabe dónde me tiene. —Nos dio la espalda y se fue sin añadir nada más.

Ambos lo observamos mientras se dirigía hacia las profundidades del parque con Sultán pisándole los talones. La débil cojera que acompañaba a su pierna derecha le daba un aire de cosa frágil. La gente, evitando los golpes imprecisos de la vara, se alejaba de su lado dejando espacio para que cruzase.

—Dame ese papel —protestó Hugo, enfadado.

No comprendí lo que pretendía y apreté el bolso contra mi cuerpo

para protegerlo.

—No encontrarás a otra persona en Sevilla más competente en la materia que Cipriano. Si él no es capaz de desvelarte los misterios que esconde el diario, ningún otro lo será.

—De acuerdo —dije superado mi primer impulso.

Volví a sacar la página a la luz del día y se la ofrecí taciturna. Hugo corrió tras él. Lo alcanzó unos cincuenta metros más allá. Hablaron durante un rato. Luego le entregó la página y él la guardó en su chaleco. Cuando Cipriano y Sultán se perdieron de vista entre la arboleda, Hugo volvió con las manos en los bolsillos.

—¿Crees que ha sido buena idea dársela? —le pregunté enfadada al llegar a mi lado—. La terminará perdiendo.

—No la perderá. Pese a su aspecto, Cipriano es un hombre de palabra y hará cuanto pueda para averiguar lo que significan esos signos. Aunque, no ha querido prometerme nada. Olvídate por un tiempo del asunto y ya veremos.

Sin saber qué añadir, imagino que para hacerme olvidar el enojo, se sentó y cambió de tema.

—¿Cuándo os mudáis a la nueva casa?

No podía hacer nada más. Apuré la palomita y suspiré.

—Aún no lo sabemos. Ha estado cerrada casi un siglo, y necesita importantes reformas antes de que vuelva a ser habitable.

Hugo perdió la mirada entre las carrozas y los coches que circulaban por la calle, y pareció recapacitar antes de atreverse a pronunciar las siguientes palabras.

—¿Te gustaría que pasase algún día por Puente Alto para visitarte?

Mi mente me obligó a olvidar por segunda vez el diario aquel día. Una sensación agradable y desconocida me volvió a recorrer de pies a cabeza.

—Tendrás que pedirle permiso al Comandante —dije con torpeza.

—Lo haré.

A la espera de que mis padres terminasen su visita y volviesen para recogerme, dedicamos el resto de la mañana a pasear. Nos adentramos en el corazón del parque, entre niños jugando a la pelota y viejos acomodados bajo las sombras, y terminamos sentados frente al islote de los patos. Hugo se acercó a una mujer vestida de negro integral que vendía cartuchos de chufas remojadas y compró un par. Aunque masticamos las primeras esperando el sabor de su jugo blanco y azucarado, pronto fuimos conscientes de que les faltaba maceración y terminamos lanzándolas a las ocas que surcaban el agua y a las palomas que se arremolinaban de forma desvergonzada a nuestro alrededor.

—Puente Alto nos mantiene a cierta distancia de la ciudad. Solo había estado un par de veces en el parque de María Luisa —le confesé

cuando las chufas se terminaron y los pájaros se dispersaron en busca de nuevos suministradores.

—Yo tampoco lo conocía demasiado hasta que me destinaron a Capitanía. Pero comienzo la jornada temprano y suelo tener libre alguna que otra tarde. Cada vez que puedo aprovecho para recorrerlo y perderme entre sus recovecos. Hay muchos rincones escondidos que incitan a la reflexión.

Sin previo aviso, se levantó e inició la marcha.

—¡Ven!, te enseñaré uno de ellos.

Recorrimos las avenidas bajo una sucesión interminable de plantas en flor y frondosas copas de árboles desconocidos, y acabamos a pocos pasos de la salida norte. Ante nosotros apareció una glorieta dominada por un gigantesco árbol y una escultura que rodeaba su tronco.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Se trataba de un banco hexagonal desde el que nos estudiaba un hombre barbudo de unos treinta años. Sin duda era una representación a escala real de Bécquer, el poeta romántico de finales del XIX. El fuste grabado con su nombre laureado y las fechas entre las que vivió no dejaba duda sobre su identidad. Pero lo que captó mi interés, y seguramente el motivo por el que me llevó allí, fueron las expresivas figuras de mármol blanco y los diosecillos metálicos. Pese a mis inclinaciones artísticas, el mundo literario no me apasiona y no conseguí recordar la escena.

—¿Quiénes son? —pregunté en un susurro, subiéndome el abrigo hasta el cuello.

—Las tres mujeres representan los tres estados del amor —explicó —: el ilusionado, el poseído y el perdido, en alusión a una famosa rima suya titulada *El Amor que Pasa*.

—¿Tú lo crees?

—¿El qué?

—Que el amor siempre acaba perdido.

—Por supuesto —afirmó, sin que llegásemos a comprender que se trataba de una respuesta premonitoria—. Nada es para siempre, ni siquiera el amor que un día creíste único y verdadero.

Dejé de mirarlo y me acerqué a una de las figuras aladas. La rocé con los dedos y noté la gelidez del metal.

—Ese es Cupido —me informó—. Un amor dispuesto a herir sin piedad con sus flechas afiladas. Y ese otro, el que yace a los pies del poeta con el cuchillo clavado en el corazón y las alas rotas, el amor herido, perdido sin remedio.

—No me gusta —concluí.

—Tampoco a mí. Pero hay veces que vengo a esta glorieta y paso un rato contemplando la expresión de esas mujeres. La felicidad es efímera y tiene un precio que antes o después hay que pagar. Te da en

que pensar.

—No creí que un hombre pudiese ser a la vez militar y filósofo —bromeé.

Tras una expresión seria que no supe descifrar hasta muchos meses después, esbozó una breve sonrisa y me ofreció su mano.

—Tus padres deben estar por llegar. ¿Nos vamos?

Aunque estuve a punto de aceptarla, imaginé al Comandante viéndonos llegar como dos enamorados y la rechacé simulando timidez. Salimos del parque y nos dirigimos al punto fijado. El Bentley apareció al momento.

III

Durante el resto del invierno, Puente Alto sufrió una transformación que llevó a la familia al borde de la locura. Mi madre quedó fascinada con la casa de Sevilla desde el momento en que la pisó. Sus deseos de vivir en la ciudad, durante tantos años aplazados, y la promesa de la vida urbana que deseaba la deslumbraron hasta tal punto que no lográbamos reconocerla. Aunque en su inicio las reformas del caserón fueron organizadas por mi padre, ni sus obligaciones militares le permitían dedicarles tiempo ni sus prisas se adaptaban a las de ella. De modo que al poco delegó la responsabilidad, la puso en contacto con Cañizares, un constructor de conocida reputación en chapuzas cuartelarias, y se quitó prudentemente de en medio. En aquel instante, mientras yo esperaba impaciente a mi vieja amiga en el dormitorio, esbozando a carboncillo un paisaje idílico sobre el lienzo, su cuerpo rechoncho, su barriga prominente, su sonrisa falsa y su pretendido porte de hombre de negocios estaban sentados frente a mi madre en algún lugar de la planta baja, y la acalorada discusión llegaba hasta mí con nitidez.

—Señora Celia —argumentaba Cañizares al borde de la desesperación—, me será imposible terminar las reformas para esa fecha. Dese cuenta de que tanto para acá y para allá ha hecho que a estas alturas del invierno tengamos la casa desmantelada.

—Le vuelvo a recordar que el compromiso que adquirió con el Comandante fue el de terminarla para enero, y si no me equivoco, dentro de pocos días entraremos en marzo.

—Eso fue antes de que conociésemos el estado real de la construcción. Y entonces solo se habló de alguna reforma menor y de un lavado de cara. Sin embargo, usted misma sabe que fue meter el pico en aquellas paredes y aparecer los problemas. ¡Y ese jardín...!

—¿Qué le ocurre al jardín? —preguntó mamá histérica

—Ocurrirle..., no le ocurre nada —canturreó Cañizares con retintín —. Pero usted sabe que me ha cambiado el diseño más de una vez, y que no encontramos a nadie con la pericia suficiente para reformar la vidriera. Ningún herrero se atreve a meterle mano a semejante reliquia o a cerrar el presupuesto, y mucho menos el plazo.

—Pues usted verá. Esta familia le dará la bienvenida a la primavera sentada en uno de los bancos de ese jardín.

—¡Señora! —gritó Cañizares, sin conseguir reprimir su desesperación—, si a la primavera no le queda ni un mes.

—Pues haga lo que tenga que hacer. Meta más mano de obra.

—Imposible. Los tengo a todos empleados en Capitanía, y desde

que este país se gobierna como Dios manda, el Ejército es lo primero. Dele gracias a que he conseguido a esos.

—En tal caso, no me resta nada más que hablar con usted. Esta misma tarde se lo transmitiré al comandante para que tenga a bien alabar sus prioridades.

El ruido de una de las sillas me hizo sospechar que mi madre se había levantado y dado la conversación por zanjada. Cañizares cambió de inmediato su discurso.

—Tampoco hace falta que molestemos al señor Pedraza con minucias domésticas. Debe tener suficientes problemas en la cabeza, ¿no le parece? Mañana mismo intentaré meter a los pintores. Trabajaremos en paralelo. Así nos cundirá el doble. Es más, me comprometo a tenerlo todo acabado para mediados de marzo. Eso sí —añadió solemne—, habrá que olvidar el tema de los sótanos. ¿Qué me dice?

Mi madre dudó.

Yo había hecho un par de visitas a la casa, pero en ninguna de ellas reparé en que tuviese sótanos. Solté la paleta y el pincel, con los que rellenaba los contornos del esbozo, y abrí la puerta de mi dormitorio para asomar la cabeza y escuchar mejor la conversación.

—Muy bien —dijo al fin—. Le tomo la palabra. No necesitamos usarlos por ahora. Me conformaré con que sustituya la puerta de acceso y la asegure con llave. No dejaré que nadie use esa escalera en el estado en que se encuentra y tengamos un disgusto.

A partir de aquel momento, la conversación bajó de tono y las palabras apenas fueron un susurro que se fue alejando hacia la salida. El *siempre a sus pies, señora*, me informó de que Cañizares se marchaba. Regresé al dormitorio y corrí hacia la ventana. La espectacular barriga de Cañizares entró en un coche reluciente. Cerró la portezuela con suavidad y abrió la ventanilla. Tras embutir su cuerpo entre el asiento y el volante, lo vi borrar la sonrisa y hacer un gesto obsceno con el dedo que le habría hecho perder el contrato de ser descubierto por mi madre.

Cuando el coche se perdió entre los encinares que rodean la casa, salí de mi cuarto y bajé a calmarla, pero no me fue posible. Había llamado a Teresa sin pérdida de tiempo y ya organizaba la actividad del resto del día con una urgencia que delataba su nerviosismo por la inminente mudanza.

Al verme aparecer, Teresa me lanzó una ojeada de resignación que nos hizo sonreír a ambas. Mi madre se indignó por nuestra complicidad.

—Encontráis graciosa la situación, ¿verdad? —dijo enojada.

—Mamá, debes calmarte. Disponemos de tiempo de sobra para organizarlo todo antes de que ese hombre tan incompetente termine

las obras.

—Tiene razón, señora —apostilló Teresa, saliendo en mi auxilio—. Llevamos empaquetando trastos más de un mes, y si mi olfato y mi oído no me fallan, aún faltan varias semanas hasta que abandonemos nuestra actual residencia.

—Quizá esté algo histérica, no os voy a decir lo contrario —confesó en un suspiro—. Esta casa ha sido siempre de mi familia, y me va a costar trabajo abandonarla. Si no lo hago pronto, terminaré por arrepentirme. Además, ese hombre me pone de los nervios.

—Ya lo he oído —dijo Teresa—. No es de fiar. Hace tiempo que advertí que es un cantamañanas con más jeta que espaldas.

—Me ha prometido que en un mes habrá acabado.

—Eso se verá —añadió Teresa.

Mi madre, más sosegada, recordó mi cita y miró el reloj de pared. Pasaban cinco minutos de las diez de la mañana.

—¿No debería haber llegado ya?

—Estará a punto de hacerlo —afirmé—. Me dijo que su padre necesitaba regresar al puerto antes de las once.

—En ese caso iré a adecentarme, no quiero que me pillen con estos pelos.

Al poco, habiéndolas perdido de vista a ambas, oí el runrún de un motor que se acercaba por la cuesta. Corrí afuera, crucé el patio empedrado con los ojos entornados por la claridad de la mañana y me asomé al recodo del camino.

Había conocido a Rosa unos años atrás, mientras pasaba a trompicones mis últimos cursos de bachillerato. En aquellos días la lejanía al Instituto y la delicada situación del país hacían que yo faltase a las clases a menudo, y se convirtió en un apoyo incondicional. Aunque al conocerla me pareció una niña caprichosa y remilgada, pronto descubrí que sus modos eran el resultado de la falta de atención de unos padres a los que les sobraba el dinero, y que detrás de su melena pelirroja, su nariz respingona y su piel pecosa se escondía una chica sencilla, bondadosa y, por encima de todo, rebosante de alegría. Ahora sé también que su familia se dedica a los negocios portuarios y que su padre gasta los días alrededor de la Torre del Oro, apalabrando transportes marítimos y organizando las mercancías que entran y salen del muelle. Tal vez por ello era la primera vez que Rosa conseguía que la trajese a Puente Alto.

En cuanto el coche se detuvo a mi altura, saltó al suelo y corrió a mi encuentro con los brazos abiertos. Su vestido a media rodilla, estampado en verdes y ceñido con un cinturón de cuero, voló tras ella. Su padre se apeó con mayor elegancia, se colocó un sombrero negro y nos contempló apoyado en la puertecilla mientras nos abrazábamos.

—He traído el bañador —me susurró cuando terminó de gritar la

alegría que sentía por volver a verme—. Pero no se lo digas a él. No dejaría que me bañase en esta época.

—Descuida, no se enterará —le aseguré con complicidad.

—Hola, Belinda —saludó él, dando unos pasos hacia nosotras. Nos deshicimos del abrazo y me acerqué para estrecharle la mano.

—Gracias por traerla.

—Divertíos —dijo con una sonrisa franca—. La recogeré a las seis.

El saludo de mi madre, que se acercaba a nuestra espalda, le hizo perder el interés en nosotras y quitarse el sombrero. Ambas corrimos hacia la casa mientras ellos cruzaban algunas palabras. Subimos la escalera a toda prisa y la conduje a mi habitación.

—¡Qué ganas tenía de verte por aquí! ¿Por qué no has venido antes?

—Sabes que mi padre anda siempre atareado. Me ha costado convencerlo para que me trajese.

La discusión con Cañizares me había distraído y el cuarto estaba atestado de utensilios y de pinturas. El lienzo, manchado con las primeras pinceladas de óleo, seguía colocado sobre el caballete. Rosa se acercó a él y lo observó con curiosidad.

—Nunca me dijiste que pintases.

—No presumo de ello, ya ves que no soy buena. Pero con algo tengo que engañar al aburrimiento.

—¿Tienes más? ¡Enséñamelos!

Vacilé. Todos mis cuadros habían sido empaquetados para la mudanza, pero recordé que escondía tras el armario un par de ellos que seguían frescos. Fui a buscarlos y se los mostré. Aunque se trataba de dos esbozos apresurados, Rosa pareció quedar impresionada. Se llevó las manos a la cara en un gesto de sorpresa y se retiró unos metros para verlos con mayor perspectiva.

—¡Son magníficos! ¿Cuándo has aprendido a pintar así?

—No es necesario que mientas —dije volviendo a guardarlos—. ¿Qué te parece si nos vamos?

Pese a que faltaban varias semanas para la primavera, teníamos planeado bajar al riachuelo que cruza la finca para darnos un chapuzón. A Rosa le encanta el agua, y desde que estalló el polvorín en el Batán a principios de los cuarenta la playa de María Trifulca está clausurada y Sevilla carece de su única costa artificial. Antes de la catástrofe, aunque su familia nunca le habría dado permiso para acudir a un lugar tan popular, entrado el verano no había semana en que Rosa no disfrutase de un baño furtivo en las aguas cobrizas del Guadalquivir. De modo que, armadas con nuestros largos bañadores de cuerpo entero bajo las ropas, con la cesta para el almuerzo colgada del brazo, salimos al patio, llenamos un par de botellas de agua en el chorro del pilar y nos alejamos hacia la cañada. Mi madre nos

despidió desde la puerta recordándonos que usásemos los sombreros. Impaciente la mañana por llegar a su cénit, el sol castigaba con la tenacidad de los peores días de verano, y no quisimos desatender su consejo. Poco a poco fuimos transformando su silueta en una mancha difusa y nos internamos en los campos de trigo. La suave brisa mecía las espigas produciendo espejismos en el horizonte. Habían transcurrido varios meses desde mi encuentro con Cipriano, y las escasas esperanzas que este me dio, así como las urgencias de mi madre con los preparativos para la mudanza terminaron por aplacar mi interés inicial en el diario. Eso hizo que volviese a disfrutar por un tiempo de la vida contemplativa del campo sin sombras a la vista.

Media hora después colocamos el mantel de cuadros bajo un bosquecillo de abedules y nos sentamos a su sombra. Una miríada de pájaros trinaba en las copas. El ruido de las cascadas que formaba la corriente entre los cantos rodados nos envolvió con sus arrullos de cristal.

—Extrañaré esta tranquilidad —reflexioné distraída, tomando un puñado de guijarros para lanzarlos al agua.

—Comprendo tus dudas, vivís en un paraje precioso. Pero estoy segura de que no lo añorarás. Te presentaré a todas mis amigas y no permitiré que te aburras.

Me limité a seguir lanzando las piedrecitas al centro de la corriente.

—¿Tenéis fecha para la mudanza? —continuó preguntando.

—Mi madre se ha enfrentado esta mañana con el constructor. Este le ha prometido que terminará de pintarla en unas semanas.

—¿Sabes? —dijo acariciando la alfombra de hierba—, un día fui a Sierpes de compras, recordé la dirección que me diste y me interné en la zona para localizarla. Es una casa imponente. Y está a unas manzanas de la nuestra.

—A mí también me impresionó la primera vez que la vi. Y sobre todo a mi madre, que además anda encantada con eso de tener una iglesia al lado de casa.

—Cierto, la colegiata del Salvador. Hay quien afirma que bajo esa plaza, junto a la iglesia, existió un cementerio medieval.

Al escuchar las palabras de Rosa dejé de tirar piedras al río y la miré horrorizada. No podía creer que bajo la plaza, a treinta metros del caserón, pudiesen reposar los restos de un antiguo cementerio.

—Eso es mentira —protesté intuyendo que era otra de sus bromas pesadas, y de que pretendía asustarme—. ¿Por qué me cuentas algo tan macabro?

La cara de Rosa se ensombreció y fui consciente de que se había arrepentido de habérmelo dicho. Eso me preocupó más, porque supe que no mentía, que a pocos metros de mi futuro hogar podrían permanecer enterrados en sus tumbas los huesos de cientos de

muertos desconocidos.

—No seas boba —me dijo afectada—. De eso hace cientos de años. El cementerio debieron trasladarlo en el siglo XVI, cuando ampliaron el templo. Es una anécdota estúpida. Olvídala.

Me lanzó una sonrisa despreocupada, se levantó y se acercó al borde del río. Sentada en su orilla, se descalzó para introducir los pies en la poza que se había formado frente a nosotras.

—¿Nos bañamos?

El ofrecimiento hizo que mis temores se disolviesen en la luminosidad del mediodía. Me acerqué a ella y nos quitamos la ropa. Cuando estuvimos en bañador, oteó los alrededores.

—¿Habrá alguien espiando?

—No lo creo. La finca está vallada. Además, en esta época el campo no se faena y los empleados se han ido.

En cuanto pusimos un pie en el agua pudimos comprobar que estaba congelada. Todos nuestros poros se erizaron y su pecho, mucho más generoso que el mío, se hizo evidente. Se cubrió el torso con los brazos y me dedicó su sonrisa cautivadora.

—¿A la de tres?

—Ni lo sueñes —balbuceé entre tiritones y risas entrecortadas—. Yo no me meto.

Pero no atendió a mis dudas. Abrió los brazos y se lanzó de cabeza al centro del remanso. En la margen opuesta las ranas saltaron al agua sorprendidas por la zambullida. La superficie cristalina se transformó en un mar de burbujas. A los pocos segundos su cabeza reapareció. Los dientes le castañeteaban como si tuviesen vida propia, la piel se le volvió morada.

—¿A qué esperas? —intentó decir—. No aguantaré aquí dentro por mucho tiempo. ¡Tírate ya!

Di un salto en el aire y caí frente a ella con las piernas encogidas. La sonrisa se me petrificó y la temperatura de un agua que aún no sé había sacudido los cercanos fríos del invierno me entumeció el cuerpo.

Cinco minutos después extendimos las toallas en un claro y nos tumbamos al sol. Los ruidos del campo volvieron a sumirnos en una calma soporífera, y el calor fue retornando a nuestros cuerpos sin que quisiésemos estorbar con palabras la calidez dorada que nos acarició la piel durante un buen rato.

—He estado pensando que, si nos mudamos, será el momento de retomar mis estudios —especulé con la atención perdida entre las nubecillas blancas que surcaban un cielo impoluto. Hace más de un año que aprobé la reválida, estoy malgastando mi tiempo.

—¿Y qué piensas hacer? Vente a mi Facultad.

—No me gustan las Letras. Además, cuando yo comenzase primero, tú estarías en segundo. Apenas coincidiríamos.

Ella siguió esperando una respuesta.

—He pensado en ingresar en Bellas Artes —le confesé al fin.

—Me parece una estupenda elección. He visto que la pintura se te da bien. Seguro que te convertirás en una artista cotizada.

—Bah, no sé pintar. Pero lo cierto es que me apasiona el arte. De todos modos, aún tengo varios meses para decidirme antes de que comience el próximo curso.

—Algunos de mis amigos estudian en esa escuela. Quizá te los presente. Va siendo hora de que contactes con la otra mitad de la humanidad. ¡Hola...! ¡Aquí una chica guapa y disponible...! ¿Quién anda por ahí...? —vociferó volviéndose a un lado y a otro.

Ambas reímos sus burlas.

Almorzamos en uno de los rincones sombreados de la arboleda y dedicamos la tarde a planear nuestra nueva vida juntas. Cada vez estaba más convencida de que la decisión de mis padres había sido la correcta. Una casa en la capital haría que el Comandante estuviese más cerca de nosotras, y nos daría la posibilidad de reconciliarnos con un mundo que nos estaba vedado viviendo a treinta kilómetros de la civilización.

A las seis en punto de la tarde, el coche apareció por el recodo del camino y nuestra alegría se fue encogiendo conforme aquel aumentaba de tamaño. Se detuvo a nuestro lado y su padre se apeó con prisas para agradecernos la hospitalidad. Momentos después, el auto se perdía de nuevo tras los encinares, dibujando sus rodadas en el polvo del camino que marca la frontera entre nuestra finca, orientada al sur y productiva, y aquella otra que siempre estuvo abandonada, orientada al norte y reseca la mayor parte del año.

Volví a casa apenada y comencé a subir la escalera en busca de mi cuarto. Cuando mi madre oyó los pasos lentos, me gritó desde el salón.

Me acerqué a ella sin ganas.

—Belinda, ha telefoneado Hugo. Parecía alterado, pero no ha querido dejar razón. Solo que debes contactar con él lo antes posible.

IV

A pesar de que Hugo había prometido venir a Puente Alto para visitarme, desde que lo conocí en el parque aquella mañana de noviembre tan solo había hablado conmigo un par de veces por teléfono, y, por qué no decirlo, de forma evasiva y distante. Cuando le devolví la llamada me explicó que al fin tenía noticias de Cipriano, que estaba citado el domingo para almorzar con él. «Pero eso es mañana —alegué—. Mi padre está de viaje, y no tengo forma de acudir a la cita». Él me aseguró entonces que tal extremo no sería un problema. Sabía que el Comandante estaba ausente, y había pedido permiso a sus superiores para utilizar uno de los vehículos militares. Me recogería al día siguiente, a eso de las doce de la mañana.

Cuando llamó a la puerta de nuestra casa, mi madre llevaba más de una hora recordándome que no era buena idea viajar en coche con un chico al que apenas conocía, y menos sin esperar a tener el consentimiento de mi padre. Pero la noche anterior mi insistencia había terminado por romper sus defensas, y no le permití que se echase atrás. Se levantó y salió a recibirlo ordenándome que los esperase en el salón. Al rato, Hugo apareció tras ella con una camisa blanca, un chaleco azul marino y el pelo engominado y peinado hacia atrás.

—Hola, Belinda. He traído el coche. ¿Estás preparada? —dijo ofreciéndome su mano para saludarme. Le alargué la mía mientras ella nos traspasaba con la mirada y le contesté que llevaba un rato esperando.

—¿A dónde iréis? —preguntó, con una mezcla de amabilidad y reticencia mal disimulada.

—Mamá, ya te expliqué que daremos un paseo por Sevilla. Recogeremos a Rosa de camino y almorzaremos en alguna de las terrazas de la Palmera mientras vemos pasar los barcos.

Siguiendo el consejo de Hugo, mi madre no sabía nada sobre nuestra inminente cita con Cipriano, y, por supuesto, ninguno de mis padres conocía la verdad sobre él. Hasta entonces me había limitado a explicarles que se trataba de un anciano ciego, pariente lejano de un amigo de Hugo. Habrían desaprobado una conversación con un comunista que se buscaba la vida entre las calles y que estaba fichado por mendigar. Siguiendo con el engaño, le había hecho creer que nos disponíamos a dar un paseo en compañía de mi amiga Rosa.

—Le prometo que la traeré antes de que caiga la noche —aseguró Hugo con su sonrisa de niño. Los hoyuelos de su cara volvieron a aparecer.

Ella dejó escapar un suspiro y afirmó con la cabeza.

Fuera nos esperaba un Fiat Topolino beis de dos plazas. Solo había visto un par de veces el moderno modelo italiano y me pareció precioso. Fascinada por su delicada apariencia, me acerqué a tocar sus faros saltones y las acanaladuras verticales del morro plateado. Hugo se acercó hasta el lado del copiloto y me abrió la puerta, que, para mi sorpresa, lo hacía hacia atrás. Se colocó en el asiento del conductor y comenzamos a rodar. Mamá no dejó de saludar hasta que la perdimos de vista.

—¿Cómo has conseguido esta maravilla? —pregunté mientras recorría con los dedos el acabado en tonos madera y los relojes del salpicadero.

—Trabajar en el Ejército tiene sus ventajas —declaró guiñándome un ojo.

Me resultó difícil no corresponder su sonrisa. Pero aun así, el recuerdo de la frialdad de los últimos meses me obligó a mostrarme indiferente. Cuando comprendió el desaire, escrutó mi cara y agarró el volante con fuerza.

—Sé que estás enfadada conmigo.

Simulé concentrarme en las maniobras que ejecutaba para incorporarse al tráfico de la carretera principal y maduré la respuesta.

—¿Por qué habría de estarlo?

Él se removió incómodo.

—Debo confesarte algo —dijo sin volverse—. No fui sincero contigo el día que nos vimos en el parque.

Solo nos unía el hombre ciego que me presentó en la plaza de España, y no me debía explicaciones. Sin embargo, si hay algo de verdad en eso que dicen sobre la intuición de las mujeres, en aquel instante hizo su aparición, porque tuve la certeza de lo que estaba a punto de decir.

—Salgo con una chica desde hace tiempo.

—Eso es estupendo —dije de inmediato, revelando mi repentino odio hacia una mujer a la que no conocía. Pero mi coraje me pudo, y añadí algo más con un retintín falso—. Me alegro por ti.

A lo lejos distinguimos un bulto en la carretera y ambos nos acercamos al parabrisas y entrecerramos los ojos pretendiendo traspasar la humedad que empañaba la mañana. Un carro colmado de alfalfa había perdido la carga, y una maraña verde bloqueaba la práctica totalidad de la calzada. Tras ella aguardaba una caravana de coches y carretas esperando turno para cruzar a través del estrecho pasillo transitable. Hugo detuvo el Topolino y analizó la montonera con excesiva concentración.

—Es una buena chica, y la conozco de toda la vida —continuó explicando—. Pero no estoy enamorado de ella. Y lo peor es que no

encuentro valor para confesárselo.

—Hugo, agradezco la ayuda que me estás prestando. Sin ella habría renunciado a desvelar el contenido del diario hace tiempo. Pero no tienes por qué justificarte. Solo somos amigos.

Volvió la cara hacia mí, el remolino de su ceja más revuelto que nunca.

—Gracias. Por ahora eso me basta.

Tras rodear el carro, la circulación se hizo fluida y el resto del viaje transcurrió sin incidentes. Al acercarnos a Sevilla los encinares fueron remitiendo. Varios cortijos blancos vinieron a nuestro encuentro rodeados de verdor y de gentes que trabajaban refugiados del inclemente sol bajo boinas negras y pañuelos estampados.

—Parece que pronto saldremos de la escasez que nos ha perseguido desde que acabó la guerra —reflexioné con la vista perdida, tratando de cambiar de tema—. Las tierras vuelven a producir como lo hacían antes.

—Ojalá llevases razón. Por ahora la realidad es bien diferente. Los agricultores se ven obligados a sembrar los cereales que impone el gobierno y a vendérselos a un precio inferior al real. Nosotros tenemos suerte, pero hay gente que lo está pasando mal. Muchos se ven abocados a cultivar a escondidas y a intercambiar sus productos en el mercado negro para poder subsistir. No hay día en que no se detenga a alguien acusado de fraude.

Volví a contemplar con ojos diferentes los campos que se extendían al otro lado de la ventanilla, recordando algunas de las conversaciones que les escuchaba a mis padres en casa. El lado en que nos tocó vivir la guerra nos mantiene a cierta distancia de las dificultades que atraviesa el país. Pese a ello, no hemos salido inmunes. La familia Pedraza proviene de una rancia estirpe militar, y mi padre simplemente continuó la tradición. Cuando comenzó la locura, hacía muchos años que había terminado la Academia. Recuerdo sus continuas alusiones al Ejército de África y a las disputas por los ascensos de unos y de otros. Pero nunca le dio demasiada importancia a la cuestión hasta que todo se desató. Tras el alzamiento, los acuartelamientos de Sevilla cayeron del lado nacional y se vio atrapado entre sus filas. Por entonces yo era una niña y tenía un conocimiento limitado de la situación, pero sé que renunció a muchos reconocimientos y evitó ascensos a costa de mantenerse lejos de la batalla. No compartía las motivaciones del Ejército Sublevado y le horrorizaba luchar contra gente que no consideraba sus enemigos. Sin embargo, no consiguió que Daniel se librase, y cuando mi hermano murió bajo el fuego republicano tomó mayor partido en la contienda.

—¿En qué piensas? —preguntó Hugo, sorprendiendo mis reflexiones—. Estás muy callada. Sigues enojada conmigo.

—No es eso. Recordaba a mi hermano.

—No sabía que lo tuvieses.

—Se llamaba Daniel. Murió en la guerra. Llevaba un par de meses combatiendo cuando bombardearon su posición. Ni siquiera conseguimos recuperar su cuerpo.

—Cuánto lo siento. El Comandante nunca me dijo nada.

—Ya lo supongo. No le gusta hablar de ello. Ni a él ni a mi madre.

—Lo añoras.

—Mucho. Daniel tenía veinte años cuando murió. Yo solo trece, y para mí lo era todo. Bajábamos al río de la mano y pasábamos las horas en el agua. Le relataba mis pequeños problemas y él tenía la habilidad de hacerlos desaparecer. Siempre fue bueno inventando. Se sentaba a mi lado y me contaba leyendas fantásticas, historias de lugares lejanos, aventuras de piratas malvados, cuentos de terror. Jamás supe si los había leído antes o eran fruto de su imaginación, pero yo viajaba a mundos mágicos mientras lo escuchaba con la boca abierta... Esta guerra nos ha destrozado a todos —aseguré sin dejar de observar el paisaje que discurría a mi derecha.

—Hemos pagado un precio demasiado alto.

Lo contemplé por unos segundos. Su expresión seria me dijo que él también escondía su propia historia. Aquel día no quiso contármela.

—¿Dónde te has citado con Cipriano? —terminé preguntando.

—Solo tengo la dirección. Nunca he estado allí.

Cuando cruzamos el Guadalquivir y las calles de la ciudad se sucedieron del otro lado de las ventanillas. Tiré del pasador que fijaba el cristal y lo desplacé hacia atrás. El humo negro de los automóviles, que hace años que rellena las calles de Sevilla, y el aroma a boñigas frescas sembradas por las bestias de carga llegaron hasta nosotros intensos y picantes. Me rasqué la nariz. Él me observó y sonrió divertido.

—No esperarías encontrar esas fragancias a romero que disfrutáis en el campo. Si piensas vivir en la civilización, más vale que te vayas acostumbrando.

—Muy gracioso. Tú ya lo has hecho.

—Por supuesto. Y esto no es nada para lo que te espera cuando las tormentas remuevan los sedimentos de las cañerías. Ya verás. Las del casco antiguo son las peores.

—¿Acaso tú casa no está en la zona?

—No —dijo sin concretar más—. Quizá te lleve algún día.

El ofrecimiento volvió a recordarnos la presencia lejana de su prometida y ambos preferimos esquivar las miradas.

Hacía rato que había dado la una de la tarde cuando aparcamos el coche. Recorrimos a pie un par de calles antes de alcanzar la plaza de la Encarnación. Los alrededores de la fuente estaban colmados de

gente, y los transeúntes se detenían para meter la mano bajo los chorros frescos que salían de las bocas de las máscaras. A su alrededor, los puestos de verduras y de frutas se escondían entre los que compraban y los que rondaban la zona. Una pareja de guardias con tricornio velaba por el orden general. Hugo me tomó de la mano y tiró de mí hacia la calle Imagen. Recorridos unos pocos metros, la campana de un tranvía y los traqueteos metálicos de sus ruedas chocando con los raíles hicieron que nos refugiásemos en el escaparate de una zapatería. Apretados contra la reja de acordeón, el 203 pasó rozando nuestros cuerpos.

Cuando la calle volvió a quedar despejada, Hugo señaló hacia una tienda de comestibles en la acera de enfrente.

—Si no me equivoco, es aquí —afirmó tras comprobar el número—. Sígueme.

Al entrar, un dependiente sexagenario con aspecto de marinero nos saludó desde el otro lado del mostrador. Mientras sus ojos inquisitivos me recorrían de arriba abajo y su boca se contraía al ver que yo era algo parecido a una niña bien, vagué la atención por la tienda. Sobre la tabla gastada en que reposaban sus manos, una báscula blanca, una pila perfecta de conservas de tomate y otra de gigantescas latas de sardinas en escabeche. Tras él, una mesa con media docena de sacos de legumbres con las embocaduras remangadas y una pared forrada de morcillas con chorreras y chorizos recubiertos de moho. Perdido el interés por las mercancías expuestas, volví la vista hacia el fondo de la tienda. Allí descubrí un arco atragantado por el humo procedente de su interior.

—¿Qué sé ofrece? —preguntó el tendero, colocándose la tiza en la oreja y borrando algo del mostrador con un trapo cuyo color original había sucumbido bajo la mugre allá por el inicio de los tiempos.

—Buenas tardes —respondió Hugo—. Venimos de parte de Cipriano.

Aquel individuo, sin pronunciar una sola palabra, me volvió a recorrer inquisitivo. Esta vez me dio la impresión de que cada uno de sus ojos apuntaba a un detalle diferente de mi vestimenta, y su mirada dispareja me confundió. A continuación, hizo un gesto imperceptible hacia las profundidades del garito. Hugo me arrastró en aquella dirección.

Unos metros más allá, franqueadas dos arcadas cavernosas, nuestros ojos perdieron la claridad del día y nos vimos obligados a detenernos cegados por la penumbra. Conforme se perfilaban los contornos, el olor familiar de la comida casera, tan parecido al de los guisos de Teresa, hizo que mi boca se inundase de saliva. Cipriano, que nos esperaba en una de las mesas del rincón, levantó el rostro con gesto de sabueso y nos invitó a acercarnos agitando el sombrero. El comedor

estaba abarrotado por grupos de hombres que discutían acaloradamente mientras el clavo de sus cigarros dibujaba garabatos erráticos en la oscuridad. Sobre la mesa de Cipriano, sus manos y el hatillo básico: una petaca de cuero gastado, un mechero de yesca y un paquete de papel de liar marca Girafa.

—Señorita... —dijo a modo de saludo, alargando la última sílaba. Aunque amagó con levantarse de la silla, no terminó el gesto. Ya creí que no venían. ¿Se han perdido?

El breve silencio que se impuso en la estancia tras nuestra entrada fue dando paso a un rumor creciente, y los otros comensales volvieron a lo suyo.

—¿Por qué nos ha citado en este antro? —preguntó Hugo—. No es sitio para una mujer como Belinda, ni para militares como yo. En semejante penumbra apenas podemos distinguirnos las caras.

—La mujer del tendero cocina mejor que los ángeles. No encontraréis otro sitio en Sevilla donde se coma por una perra gorda. Además, los ciegos no necesitamos la luz para ver, ni los comunistas para que los vean.

Soltó un par de carcajadas y se dispuso a liar un cigarro.

Hugo me ofreció una silla y nos sentamos a la mesa.

—Díganos. ¿Por qué quería vernos?

Cipriano rellenó el papelillo con pericia y aplicó una lengua de camaleón sobre su borde. Lo cerró con sus dedos largos y delicados e hizo girar la rueda del mechero con un golpe certero. Las chiribitas hicieron que apartase la vista deslumbrada.

—Va siendo hora de que tú y yo nos empecemos a tutear. ¿No te parece? —dijo con la primera calada.

—Por mí no habrá problema —afirmó Hugo.

—Mejor así. De esa manera, la próxima vez que me detengan podré alegar que tengo amigos con influencias. —Una nueva carcajada.

—¿Nos dirá qué ha descubierto? —demandé impaciente.

—Habrá tiempo de eso. Antes hay que solucionar lo importante, esta señora no tiene todo el día.

Tanto Hugo como yo seguimos la dirección en que apuntaba la cara del ciego y descubrimos a nuestra espalda a una mujer recia, falda de lienzo y mandil blanco, que esperaba con varios trocitos de papel de estraza ordenados en una mano y un lápiz dispuesto a apuntar en la otra.

—Señorita, señores, ustedes dirán.

—¡Vaya, Jacinta! Hacía lustros que no me tratabas de señor —exclamó Cipriano. Estaba claro que su humor era bien diferente al de aquel día en que lo conocí.

—Déjese de monsergas y díganme lo que quieren, que se me queman las ollas.

—¿Qué tenemos?

—Sopa de verduras o puchero.

El ciego dio una calada larga al cigarro y nos indicó con un movimiento leve de cabeza que pidiésemos nosotros. Yo me decanté por la sopa y Hugo por el puchero.

—A mí me vas a traer eso otro que huele tan bien. ¿O es que lo reservas para el descerebrado que tienes en el mostrador?

—Para ese no reservo nada desde que nuestro Señor bajo del cielo a rescatarnos —masculló Jacinta.

—Pues entonces dámelo a mí. No encontrarás a otro que domine mejor la oscuridad de las alcobas.

—Cipriano... —regañó la cocinera en un reproche resignado, dejando que el nombre vibrase en su boca, levantando aún más el lápiz y los papelillos.

—Si me niegas tus encantos, al menos tráeme el cordero.

—Tú no tendrías con que pagarlo —sentenció la mujer.

El ciego volvió la cabeza en nuestra dirección y esperó. En un gesto como aquel, nadie habría dicho que no pudiese ver. Hugo asintió. Jacinta tomó nota con mal talante y se perdió a través de la arcada del fondo.

Media hora después acabábamos el almuerzo.

Sultán, cuya presencia se había delatado por el ruido que hacían sus dientes bajo la mesa al devorar los huesos que su dueño le despistaba, parecía haberse acostumbrado a nuestra presencia, porque no hizo amagos hostiles. Nos retiraron el servicio y nos trajeron una jarrita con vermú del Condado y tres vasos pequeños. Cuando Hugo los hubo servido, Cipriano retuvo un sorbo corto entre los labios y aspiró el aire levantando la cabeza con deleite. Dejó el vaso en la mesa y sacó la página del diario que nunca creí volver a ver.

—Lo he conseguido —aseguró con orgullo.

—¿Qué ha conseguido? ¿Es o no es braille? —pregunté.

Un trago más pausado a su vaso.

Impacientada por la tardanza de la respuesta, vacié el mío con un golpe de muñeca. Aunque el licor estaba delicioso, mi falta de costumbre con la bebida me hizo cerrar los ojos y apretar la garganta.

—No. Me ha costado descubrir lo que es. Hace unos días se me ocurrió llamar a un colega que daba clases conmigo en el Colegio de Ciegos. Él me desveló el dilema.

—¿Qué es entonces?

—Veréis. El braille es un alfabeto en el que cada letra está formada por seis puntos distribuidos en tres filas y dos columnas, tres posiciones a la izquierda y tres a la derecha. Pero no siempre fue así. Si mi vieja memoria no me falla, sus orígenes se remontan a 1819. En aquellos años, un militar francés que había perdido la vista tuvo la

ocurrencia de crear un alfabeto basado en puntos taladrados sobre el papel. Su invento pretendía dotar al Ejército de un sistema para leer en la oscuridad. Aunque resultó demasiado complejo y no tuvo éxito, un profesor de la escuela de ciegos de París lo ensayó por un tiempo entre sus alumnos. Louis Braille, que apenas tenía quince años, era uno de estos. Él comprendió de inmediato que la idea era revolucionaria, pero que necesitaba ser mejorada. Unos años después propuso la base de seis puntos, un sistema más sencillo y fácil de leer que bautizó con su propio nombre. Aunque el braille terminaría por extenderse al mundo entero, sus inicios no fueron fáciles, y hubo otros sistemas similares que compitieron por un tiempo. Ese fue el caso del *new york point*.

Cipriano dejó que madurásemos lo que acababa de decir. Al comprobar que seguíamos expectantes, continuó hablando.

—Dicho alfabeto se popularizó en Estados Unidos durante el último tercio del siglo pasado. Era más complicado de leer, porque no se basaba en tres filas y dos columnas, sino en dos filas y un número creciente de columnas. El método empezaba asignando un solo punto a la letra más frecuente y continuaba añadiendo otros conforme la letra era menos usada.

—Da la impresión de ser un método más eficaz —alegué.

—En principio, así lo parece. Pero no lo es. Es un sistema muy difícil de manejar. Las letras alargadas se adaptan mal a la yema del dedo, y su lectura es más trabajosa que la del braille.

—Siendo así, ¿por qué motivo se popularizó en Estados Unidos?

—No puedo responderle a esa pregunta, señorita. Quizá por el propio interés e influencia de su creador. Si bien, en mi opinión, hubo algo que atrajo la atención de los ciegos. Wait, su inventor, creó al poco tiempo una máquina que facilitaba la labor de la escritura, la más difícil para una persona ciega. Ese invento suponía pasar de los tediosos manuscritos con punzón y regla de pauta a un procedimiento eficaz y rápido. Aunque, eso también hay que decirlo, al alcance solo de quien pudiese comprar una máquina tan moderna y cara como aquella.

—¿Es así como está escrito el diario? —pregunté, sin conseguir reprimir mi impaciencia.

Cipriano buscó en el bolsillo interior de su chaleco, desdobló la página con mimo y la extendió sobre la mesa, acariciando los puntos de su superficie.

—Así es. Está escrita con ese sistema americano. Sin embargo, no han usado una máquina para hacerlo.

—Léanosla —le ordené.

—No es tan sencillo —aseguró Cipriano—. Es imposible aprender un alfabeto tan diferente al braille en unas semanas, han de

transcribirse las letras una a una, montando las palabras y las frases como si fuesen un rompecabezas. Algo así como volver al parvulario a aprender la cartilla.

—¡Pero sabe o no sabe lo que pone! —protesté levantando la voz. Los de las mesas cercanas se volvieron en nuestra dirección.

Cipriano arrastró la página del diario hacia mí y esperó a que yo la tuviese en las manos. Entonces volvió a buscar entre sus bolsillos y sacó otro papel.

—Mi colega tuvo la amabilidad de obsequiarme con un documento que compara ambos alfabetos, letra por letra —afirmó—. Aunque debo reconocer que me llevó varios días, gracias a él he conseguido transcribir el contenido de la página que usted me dio. Aquí lo tengo.

—Vamos, Cipriano —apremió Hugo—. No se haga más de rogar.

Tras algunas caricias a Sultán, el ciego comenzó a leer:

«Jueves, 7 de enero de 1892

Esta mañana temprano, transcurridos cuatro días desde nuestro desembarco en el puerto de Cádiz, Wamweru al fin se ha dejado ver por la casa.

El cansancio acumulado durante la larga travesía me sigue reteniendo en la cama hasta altas horas, y cuando Úrsula golpeó mi puerta y entró de forma atropellada en el dormitorio no pude reprimir un grito de terror.

—¿Quién anda ahí? —pregunté una vez repuesta.

Úrsula, cuyos ojos debían resultar tan inútiles como los míos en la oscuridad reinante, se golpeó con la arista del ropero antes de atinar a abrir los postigos y responder. El aroma dulce que ella desprende llegó acompañado del relente de fuera. Un leve escalofrío me erizó la piel.

—¡Tienes que levantarte! —me ordenó con palabras apresuradas mientras volvía sobre sus pasos y se plantaba frente a la cama.

Sin acabar de comprender, la busqué con los dedos. Esa blusa y esa falda de lino basto que suele usar le cubrían el cuerpo, y la gruesa trenza colgaba perfecta a lo largo de su espalda.

—¿Ya te has vestido?

—¡Vamos, levántate! —repitió ignorando la pregunta—. Hace rato que ha amanecido y la vieja acaba de salir de su cuarto.

—No habrás permitido que vea a mi madre, ¿verdad?

—No, pero sabe cuál es la alcoba de la señora, porque se detuvo frente a su puerta y pareció escuchar durante un rato. Luego, sin decidirse a abrirla, descendió la escalera y merodeó por la planta baja.

—¿Y mi padre?

—El señor Conrado se ausentó de la casa antes de que clarease el día. Estamos las tres solas con ella.

Entonces comprendí la gravedad de la situación. Si mi madre abría los ojos y encontraba el espectro reseco de Wamweru plantado a los pies de su cama, las consecuencias serían impredecibles.

—¿Dónde está ahora?

—La dejé en el jardín, husmeando entre los setos.

Puse los pies en el suelo medio desnuda y me encaminé hacia la ventana. Úrsula, que había descolocado los sillones en su carrera, los fue apartando a mi paso para que no tropezase.

Asomada a la exuberancia del jardín, con los primeros rayos de sol bañando mi cuerpo, cerré los ojos y miré: el susurro del viento agitando las ramas, la persistente gelidez de los amaneceres de invierno, la acidez dulzona del laurel enredada en el azul de las violetas y, una vez más, la desconcertante sensación de vacío que me embargó en alta mar cuando entré en su camarote.

—Ya no está ahí —me susurró Úrsula al oído.

—Calla —le ordené intentando concentrarme.

Aunque en un primer momento todo continuó igual: el trinar de los gorriones revoloteando alrededor de la palmera, los murmullos metálicos de las hojas resecas arrastradas por el viento y una brisa apenas apreciable que agitaba mi cabello, pasados unos minutos comencé a percibir su olor. Ese olor rancio y antiguo que distingues cuando te mira con las cuencas vacías.

—Sigue ahí abajo, en el mismo sitio —afirmé rotunda.

Úrsula dejó escapar un suspiro de incredulidad y se asomó más.

—Andrea, yo no puedo verla, ¿cómo podrías hacerlo tú?

No sabría explicar cómo era posible, pero la veía. Aquella primera vez que visité su camarote afirmó que no se necesitaban ojos para ver. Y por mucho que me pese, algo cambió dentro de mí cuando hundió sus dedos en ellos y me hizo ver la luz. Desde entonces, aquel destello blanco y cegador vuelve una y otra vez.

Durante un rato ambas nos concentramos en el exterior, Úrsula con sus ojos cerrados, queriendo comprender mi mundo sin luz, y yo con los míos abiertos. Sí, Wamweru seguía allí, postrada entre los setos, husmeando la tierra húmeda con la cara hincada en el suelo, buscando tal vez la tumba en la que sus huesos deberían yacer desde hace cientos de años, hablando con esos espíritus de los baka que solo ella sabe invocar. Mi padre ha cometido un terrible error al traerla a nuestra casa. Pero ya es tarde. Ahora nadie será capaz de devolverla a su isla. Mucho menos, sin que se haya enfrentado a mi madre.

Al fin sabía quién era Andrea, y si no me equivocaba, las palabras que acababa de pronunciar Cipriano demostraban que se trataba de la hija de Conrado. Desde que el diario cayó en mis manos supe que encerraba una historia que debía ser conocida. El contenido que me

acababa de ser desvelado no hizo más que acrecentar mi impaciencia, y no deseaba que el ciego dejase de leer.

—¿Qué más dice ahí? —pregunté con el corazón desbocado.

—No hay más —afirmó volviendo a guardar el papel—. Recuerde que en nuestra primera cita solo se permitió obsequiarme con esa página que tiene en las manos.

—De acuerdo —dije—. Le confiaré el diario completo si me da su palabra de que no divulgará el contenido a nadie más que a mí.

—Debería saber, niña, que un ciego desahuciado como yo no tiene palabra —aseguró Cipriano. Terminó su copa y la volvió a rellenar con una jarrita a la que apenas le quedaba un dedo en el fondo. Parte del líquido rojo terminó manchando la mesa.

Miré a Hugo desconcertada. Él continuó hablando por mí.

—No estoy de acuerdo contigo, Cipriano. Si se puede confiar en alguien en los tiempos que corren, es precisamente en un ciego desahuciado como tú.

—Ya veremos —aventuró con su habitual ironía—. No os prometo nada.

—Un momento —objeté—. Sí le damos el diario y lo consigue traducir al braille, ¿cómo podría yo leerlo? No servirá de nada que cambie los puntos de posición, nunca sabría entender un lenguaje inventado para los ciegos.

Él sonrió mientras recogía de la mesa sus artilugios de fumador.

—Ese será el precio que tendrá que pagar, señorita Belinda —dijo con su cara vuelta hacia mí y media sonrisa—. Si no quiere que nadie más conozca el contenido del diario, yo lo traduciré, pero será de la única forma en que sé hacerlo. El resto queda de su lado.

Sin darme opción a protestar, hizo un gesto breve con la cabeza y un muchacho de no más de trece años apareció de entre las sombras con un libro en las manos.

—Os presento a Miguel. A mí ya sabéis dónde encontrarme.

El ciego se levantó sin más explicación, tomó su bastón y se marchó con Sultán siguiéndole los pasos. Miguel, sentado con timidez en la silla que acababa de quedar libre, nos miró con unos ojos grandes como platos, sin atreverse a abrir la boca. Su pantalón corto, deshilachado por las costuras y sostenido más por los tirantes que por su delgada cintura, y su camisa blanca, dos tallas mayor que la necesaria, le conferían un aire ausente y desamparado.

—Hola, Miguel —dije alargando la mano para estrechar la suya. El chico precipitó un saludo, pero continuó sin hablar.

—Cuéntanos —pidió Hugo—, ¿de qué conoces a Cipriano?

—Vivo en un hospicio —declaró con naturalidad—. Él va a buscarme uno o dos días a la semana y me lleva de paseo. Yo le cuento lo que veo y él me enseña cosas.

—¿Es pariente tuyo? —quise saber intrigada. Los ojos vivarachos volaron desde Hugo hasta mí. Se rascó una cabeza rasurada al cero y parpadeó un par de veces buscando la respuesta.

—No. Solo mi amigo.

—¿Desde cuándo lo conoces?

El pequeño pensó una vez más con gesto concentrado.

—No me acuerdo. Hace años. —concluyó mientras se volvía hacia la cocinera, que pasaba a nuestro lado portando una fuente entre las manos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Hugo al ver su expresión.

—No, gracias. Ya he comido.

Eludiendo la respuesta, Hugo llamó a la cocinera y le susurró algo al oído. Yo seguí preguntando.

—¿Y por qué estás aquí?

—Cipriano me ha dicho que tengo que enseñarte a leer.

Asombrada, creyendo que Cipriano nos había querido gastar una broma pesada endosándonos a aquel adolescente flacucho y desvalido, busqué los ojos de Hugo. Él se limitó a fruncir el ceño tan sorprendido como yo.

—Miguel —le dije tomando sus manos entre las mías—, parece que por esta vez tu buen amigo te ha engañado. Hace tiempo que aprendí a leer.

El pequeño no cambió la expresión. Se limitó a levantar el libro que sostenía en el regazo y a ponerlo sobre la mesa.

—A ver —me retó.

Agarré el pesado tomo y lo abrí por la mitad. Pero el libro no tenía ni una sola letra. Sus páginas estaban taladradas con miles y miles de pequeños agujeros, alineados como un inmenso ejército formado para la batalla.

Disimulando mi sorpresa, me atreví a cerrar los párpados y a deslizar las manos sobre la superficie áspera del papel. Los ecos de la gente que nos rodeaba cesaron al notar el suave cosquilleo bajo las yemas de los dedos. Cuando volví a abrirlos, Miguel seguía observándome con sus profundos ojos negros, esperando mis palabras.

—Estás en lo cierto —admití derrotada—. No sé leer. ¿Acaso sabes tú?

—Sí.

—Tú no eres ciego. ¿Cómo es que sabes leer el braille?

—Cipriano dice que si los que vemos no aprendemos a leer como ellos, los ciegos nunca tendrán buenos maestros.

—¿Te enseñó él?

—Sí.

—¿Y también eres capaz de leerlo con los dedos?

—Sí. Eso es lo peor —aseguró arrugando la comisura de la boca—.

Con los ojos está chupado, con las manos es más difícil. Cuando los dedos tapan las letras se embarulla la cabeza y todas parecen iguales. A Cipriano le costó mucho meterme la cartilla.

—¿Y crees que tú podrías enseñarme mí?

—No. Con tu edad ya no se puede —afirmó—. Cipriano dice que la gente que ve pierde la sensibilidad en los dedos, y más cuanto mayor eres.

—Quizá lleve razón —afirmé—. En ese caso, no me queda más remedio que aprender con los ojos.

—Sí. Yo te enseñaré y tú me pagarás.

—¿Y se puede saber cuánto cobras como maestro? —pregunté divertida.

—Una peseta a la semana.

No cabía duda de que el muchacho traía bien aprendida la lección, porque colocó sus manos cruzadas sobre el libro y esperó nuestra reacción sin pestañear.

—¿Cuántas semanas crees que tardará Belinda en aprender? —añadió Hugo, disimulando una sonrisa—. Lo pregunto por hacernos una idea de a cuánto ascenderán tus honorarios.

—Cipriano dice que muchas. Pero si yo la enseño, estará preparada para cuando él haya finalizado la traducción —le explicó. A continuación, alargó la mano en mi dirección dando el trato por sellado. Unas uñas largas y negras remataban sus dedos de adolescente —. Solo tengo libres los sábados por la mañana.

Mientras se la estrechaba por segunda vez, la cocinera regresó con un plato humeante.

V

El jueves a las diez en punto, Rosa hizo sonar la aldaba con un par de porrazos contundentes. Salí de mi habitación y bajé los peldaños de dos en dos.

Tal como prometió, Cañizares terminó las reformas a finales de marzo. De modo que a mediados de abril estábamos instalados en el nuevo hogar. La mayoría de los muebles del caserón fueron restaurados, y eso nos permitió dejar los nuestros en Puente Alto y trasladarnos con más facilidad. Teresa y mi madre tardaron menos de una semana en recorrer una a una las habitaciones en las que habíamos vivido toda la vida, empaquetando lo que debía irse y ordenando lo que debía quedarse. Pero tardaron más de tres en recolocarlo en la vivienda de Sevilla y adecentarla para nuestra llegada.

Abrí la puerta y me arrojé a sus brazos.

—¡Cómo me alegro de tenerte a mi lado! —exclamó al conseguir zafarse de mí. Creí que nunca llegaría este día.

—Ven, te enseñaré la casa.

—No, me la enseñarás en otro momento —dijo arrugando la nariz —. No vamos a desperdiciar un día tan radiante. Tengo mucho que mostrarte.

Atraída por su propuesta, la dejé plantada y entré corriendo para despedirme de mamá. Momentos después caminaba a su lado.

Rosa, con su habitual diligencia, me condujo a través de las callejuelas del centro sin parar de hablar, contagiándome su excitación por desvelarme cuanto antes los rincones que más la cautivaban.

—¿Cómo te has adaptado a la casa?

—No he tenido tiempo de hacerlo. Apenas llevamos un par de días en ella. Pero lo más difícil será acostumbrarme a vivir en semejante ajetreo. Toda mi vida la he pasado en Puente Alto, ya echo en falta el silencio y los paseos por el campo. Aquí hay demasiada gente.

—Bah, no digas bobadas. Transcurrirán los meses, descubrirás lo que te has estado perdiendo y no querrás regresar.

Rosa era una chica de ciudad, y nunca podría llegar a entender lo que significaba crecer rodeada de naturaleza, lo difícil que me resultaría olvidar mi antiguo hogar. Pero contemplando su cara pecosa y su sonrisa despreocupada supe que estaba convencida de sus palabras. Me abstuve de contradecirla.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté perdido el rumbo.

—No seas impaciente. Ya lo verás.

Durante un rato anduvimos por callejuelas intrincadas, internándonos cada vez más en el casco antiguo. La estrechez de aquellos callejones sería un enemigo invencible para los soporíferos días de verano que la ciudad sufría cada año. Sin embargo, a finales de marzo, el frío te calaba los huesos. Me levanté el cuello del jersey y me acerqué a su cuerpo buscando calor. Ella me abrazó con una sonrisa. A nuestro alrededor, las aceras se fueron llenando de gente que volvía con cestas de mimbre cargadas, cubos de hojalata y todo tipo de extraños cachivaches entre las manos. El murmullo lejano de cientos de personas rebotó entre las paredes encaladas.

Al alcanzar una amplia bocacalle, Rosa se detuvo y me miró divertida. Hasta donde se perdía la vista, las aceras de ambos lados estaban colmadas de puestos ambulantes y vendedores sentados sobre alfombras y esteras polvorientas. A sus pies, miles y miles de objetos de imposible clasificación.

—¿Qué lugar es este?

—El mercadillo de la calle Feria, el más genuino de Sevilla. Aquí puedes encontrar todo lo que desees. Solo funciona los jueves, por eso era necesario venir hoy.

Me adelanté sorprendida por la tremenda cantidad de objetos, la mayoría inútiles, que se mostraban en los tenderetes y comencé a pasear oteando entre la gente que se detenía a mirar. No tuve más remedio que darle la razón. En aquel lugar podías encontrar cualquier cosa: planchas de fundición, candelabros dorados, lámparas de carburo como las que usábamos en Puente Alto para alumbrar las largas noches de invierno, balanzas romanas, braseros labrados, cofres de madera ennegrecida, gramófonos, recipientes de barro... La lista de objetos que se exponían en cada uno de los puestos era interminable, y los regateos constantes de los aspirantes a compradores no dejaban lugar para el entendimiento. Rosa agarró mi mano y nos internamos aún más en el barullo.

—¿Te gusta?

—Me encanta —contesté—. Nunca creí que se pudieran reunir tantas antigüedades en un mismo sitio.

—Yo no le daría tan alta categoría a lo que venden aquí. La mayoría de ellas solo son baratijas viejas e inservibles. Nunca he logrado entender por qué la gente compra tales cosas.

A pesar de sus palabras, le encontré un encanto especial a la anarquía existente en el género expuesto, y durante el resto de la mañana vagamos entre los puestecillos y los vociferantes vendedores, inventando historias para los objetos que contemplábamos, imaginando cuál podría haber sido el antiguo dueño de cada uno de ellos.

—¿Te ha visitado ya ese niño? —quiso saber tomándome del brazo.

Durante el mes transcurrido desde mi último encuentro con Cipriano no había vuelto a ver a Rosa, pero nos cruzamos varias cartas y mantuvimos un par de conferencias en las que la puse más o menos al tanto de lo sucedido.

—Si te refieres a Miguel, vendrá a casa pasado mañana. Te dije que solo lo dejan salir unas horas los sábados.

—¿Le has contado a tu padre que ese niño vive en un hospicio?

—No he creído que fuese una información importante. Últimamente, el Comandante está desbordado por el trabajo, no he querido distraerlo con mis tonterías.

Rosa me lanzó una mirada reprobatoria e hizo ese gesto con la punta de la nariz que no podía reprimir cada vez que estaba en desacuerdo conmigo.

—Sí, el Comandante es un hombre ocupado —añadió irónica.

A lo lejos distinguí un grupo de gente más numeroso que los congregados en los alrededores y avancé hacia allí sin ganas de caer en la provocación. De inmediato comprobé que se trataba de un puesto de venta de libros. Sobre una manta, a lo largo de diez o doce metros de acerado, se amontonaban volúmenes de todos los formatos, colores y tamaños, formando un cuerpo compacto, encajados unos contra otros como las piezas de un inmenso rompecabezas. La mayoría de los espectadores que deambulaban a su alrededor apenas mostraban interés en ellos y se limitaban a pasear la vista entre lomo y lomo, sin reparar en el título o en el tema sobre el que trataban. Otros, en cambio, mantenían algún ejemplar entre sus manos mientras pasaban las páginas y leían con avidez su contenido, con prisas por no ser descubiertos en su robo literario, nutriendo su imaginación con aventuras que quizá no tenían intención de compensar con dinero. El dueño de aquel entramado, un muchacho vestido con una chaqueta raída y una sonrisa pícara, me localizó en cuanto aparté a la gente y asomé la cabeza. Se levantó del taburete y dio varios pasos hacia mí. Incluso antes de llegar, descubrí que su interés había cambiado de destinatario. Me hice a un lado y dejé que Rosa se adelantase.

—Buenas tardes, señoritas —dijo ensayando una reverencia cómica —. ¿Qué podría yo ofrecerles a dos melocotoncitos en almíbar como ustedes?

—Solo queremos mirar —alegó Rosa, altiva—. Descuida, que si nos gusta algo de lo que veamos, te lo haremos saber.

Pese a la segunda intención de sus palabras, el vendedor no se dio por aludido y se hizo a un lado para mostrarnos con un capotazo de su brazo la extensa oferta.

—Podéis mirar cuanto os apetezca. Tengo las aventuras completas de Charles Dickens, novelas románticas de chicas enamoradizas, libros para aprender a ser una esposa complaciente, recetarios de cocina... Y

si no encontráis aquí lo que os satisfaga, tengo amigos que lo buscarán hasta en el infierno.

—Nada de eso nos interesa —afirmó Rosa, siguiendo con sus aires de superioridad—. ¿Tienes algo sobre arte?

—Sobre arte. Umm... Si esa preciosa voz concretase más...

—Mi amiga es una artista. Sus cuadros muy pronto colgarán en las mejores galerías del mundo. ¿Tienes algo para ella?

—Desde luego —respondió.

La miré sorprendida mientras el chico se alejaba hacia una de las esquinas del puesto. Allí rebuscó durante unos instantes, apartando varios libros pesados. Cuando encontró lo que buscaba volvió a nuestro lado.

—A ver qué le parece esto a tu amiga —dijo ofreciéndome una especie de cartapacio no muy grueso, pero de formato considerable.

Lo tomé con cierta reserva y ojeé la portada. Según pude leer, se trataba del catálogo de una exposición sobre Sorolla, Ayuntamiento de Valencia, 1944. Apenas dos años atrás. Había visto pocas obras de tan renombrado pintor, pero resultaron más que suficientes para que sus trazos firmes y el fuerte contraste de luces y sombras me hechizaran. Repasé con dedos inseguros las primeras páginas. La maestría con que el artista había plasmado la deslumbrante luz del Mediterráneo me dejó maravillada. Cerré el cartapacio sin ganas de hacerlo y esperé la reacción de Rosa.

—¿Cuánto vale? —preguntó arrancándomelo de las manos.

—Esa colección no tiene precio. Pero siendo para tan bellas señoritas, me conformaré con veinticinco pesetas —contestó con aquella sonrisa que no dejaba lugar a una negativa.

—¡Qué barbaridad! —exclamé.

—Tratándose del futuro de una artista —argumentó él con un gesto de picardía—, seguro que podríamos llegar a un acuerdo si lo hablásemos una de estas tardes en el parque.

—¡Eres un ladrón y un descarado! —le espetó Rosa, lanzándole las láminas a los brazos con rabia.

Me tomó de la mano y desaparecimos entre el gentío. La conocía bien, y por su reacción supe que aquel chico le había gustado.

—No te preocupes —me dijo—. Encontraremos esos grabados en otro sitio.

—Cierto, es un ladrón.

A nuestra espalda oímos la campana del tranvía que se abría paso con lentitud mientras la gente despejaba la zona central de la calle. Después de pisar varias mantas y dejar que el vehículo nos lamiera las ropas, Rosa me propuso tomar una zarzaparrilla. Buscamos los veladores de una cafetería cercana y esperamos a ser servidas.

—¿Por qué le has hablado de mis cuadros a ese desconocido? No

son más que bocetos. Nunca llegaré a dominar el pincel como lo hace un auténtico artista.

—No ensayes conmigo esa falsa modestia —afirmó Rosa sin dejar de espiar el puesto de los libros—. Estoy segura de que llegarás a ser famosa. ¿Has decidido ya si te inscribirás en la Escuela?

—Lo he hablado con mis padres y se han mostrado muy complacidos. En cualquier caso, el curso está más que mediado, no me queda otro remedio que esperar hasta el próximo. Tengo tiempo para pensarlo.

El camarero colocó dos vasos en la mesa y nos sirvió un sirope rojizo y espeso. Degustando su sabor acaramelado, paseamos la vista entre los transeúntes.

—¿Quién sería capaz de pagar veinticinco pesetas por un puñado de copias ajadas? —insistí procurando disimular mi frustración.

Rosa acabó el vaso de un solo trago, igual que un borracho ávido de alcohol, se levantó con gesto altivo y se encaminó una vez más hacia el puesto de libros.

—Espérame ahí —me gritó conforme se alejaba.

Yo no estaba acostumbrada a estar sola entre tanta gente y pensé en seguirla. Pero su arrojo me convenció de que aquella vez no me quería a su lado. Sentada en la mesita, degusté la zarzaparrilla a tragos cortos y esperé. Rosa discutió durante un buen rato con el vendedor, haciendo un par de veces ademán de largarse. Pese a ello, a su regreso portaba el catálogo bajo el brazo.

—No vuelvas a dejarme sola —la advertí molesta.

Sin atender mis quejas, soltó el trofeo sobre la mesa y se sentó frente al vaso vacío. Su cara pecosa se iluminó con la mejor sonrisa.

—No iba a permitir que ese sinvergüenza se riese de nosotras. Espero que te guste, porque no me ha sido fácil conseguirlo.

—¿Cuánto te ha costado?

Meditando si debía responder, alzó la mano en dirección al camarero y lo llamó. La mañana estaba dando sus últimos coletazos y debíamos regresar para el almuerzo.

—Diez pesetas —terminó diciendo.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado dinero para un capricho.

—Vamos. Tómalo como un regalo de bienvenida. Además, aún no se lo he pagado. Ya veremos si lo hago.

—En ese caso, ¿cómo es que te lo ha dado?

No tuve forma de rechazar el regalo, porque pagó la cuenta con prisa y se alejó sin esperarme. Tomé el catálogo bajo el brazo y seguí sus pasos. Al alcanzarla respondió a mi pregunta.

—He quedado el domingo... Y tú me acompañarás.

La detuve en mitad de la calle y puse los brazos en jarra.

—¿Has sido capaz de citarte con un absoluto desconocido?

—No es un desconocido —me retó—. Se llama Marcelo.

No pudimos evitar reírnos a carcajadas. Con los ojos inundados nos abrazamos como dos colegialas.

Una vez más pensé que Rosa siempre sería mi mejor amiga.

Aquella tarde la pasé encerrada en mi habitación, repasando una y otra vez los grabados de Sorolla mientras disfrutaba de la templanza del jardín. Cañizares, contra todo pronóstico, había devuelto al vergel arruinado que encontramos al llegar a esta casa el esplendor que debió tener en otro tiempo.

Las superficies plateadas de las olas, los cuerpos fornidos de las pescadoras valencianas, los azules y amarillos de sus mandiles y los reflejos cobrizos reflejados en la piel mojada de los niños me trasladaron a un universo desconocido. Aunque mis pinturas se inspiran en la generosa naturaleza que rodea nuestra antigua casa y están salpicadas de colores, yo nunca seré capaz de atrapar la luz en la manera y con la contundencia con que lo hacía aquel artista. Con todo, ninguno de los óleos removió mi imaginación como lo terminó haciendo un sencillo boceto. El ejercicio era poco más que la silueta vaporosa de una muchachita que volaba con los brazos al viento, pero bastó para devolver a mi memoria los recuerdos de Andrea, para hacerme comprender que estaba sentada en el mismo banco en el que ella lo estuviera un siglo atrás, disfrutando de la belleza de unos colores que ella jamás pudo comprender. ¿Quién podría haber sido semejante mujer? Posé la colección de láminas sobre el banco y comencé a recorrer las callecitas acariciando los setos. Al llegar a la puerta de entrada, con la vidriera sobre mi cabeza, me volví para contemplar el jardín en su integridad. Aunque esta casa se ubica en el casco antiguo de la ciudad, las altas tapias de tierra te aíslan de las viviendas cercanas y consiguen hacerte olvidar que estás en pleno corazón de Sevilla. Pobre Andrea. ¿Cómo sería vivir aquel maravilloso jardín sin percibir su belleza a través de los ojos? Cerré los míos con fuerza y me concentré en la oscuridad, tratando de retroceder en el tiempo. Poco a poco, mi alrededor se transformó, haciéndome entender que su mundo no solo carecía de colores, sino que también carecía de luces y de sombras. Yo era capaz de recordar la claridad deslumbrante del mar, las pinceladas diestras de amarillos y azules. Pero Andrea no habría podido hacerlo. Tal vez incluso el negro le sería desconocido. También a mí me era imposible imaginar un mundo sin contraste. Sin intención de abrir mis párpados aún, levanté la nariz y agudicé el oído tal como había visto hacer a Cipriano. Otras sensaciones acudieron entonces: el sisear arrullador de los árboles en la esquina noreste, ese perfume de las madreselvas que domina el jardín, el tufo del mantillo humedecido por la regadera de Teresa, los

ecos de las voces de la gente en los corrales aledaños... Por primera vez desde que llegamos a esta casa, pude vislumbrar realidades que no podían percibirse con los ojos abiertos. Estaba equivocada. El mundo de Andrea era un mundo sin luz, sin color. Pero no era un mundo vacío, sino un mundo rebosante de belleza, un mundo que merecería la pena vivir. En la oscuridad, levanté los brazos hacia el frente y comencé a caminar. Cuando mis pies toparon con el primer arriate me detuve. Algo rozó mi nariz. Alargué la mano y toqué la enredadera. Entonces fui consciente de que estaba a punto de chocar con la tapia. Me obligué a mantener los ojos cerrados, giré a la izquierda y seguí avanzando. Ahora la casa debía quedar de nuevo a mi espalda. Relajé los brazos a lo largo de los costados. Continué despacio. Repasando mi mapa mental, calculé que treinta metros más allá me esperaba la tapia del fondo. Desde allí me llegaron los gorjeos de los pájaros encaramados a la palmera datilera, el ruido de los cacharros de la cocina, el crujir de las piedrecitas que machacaban mis zapatos al caminar, el siseo del viento entre las tejas desencajadas, aquellos sonidos que Andrea describía en la única página traducida del diario, percepciones en las que rara vez reparabas si tenías la capacidad de deleitarte con la contundencia del sentido de la vista. A mitad del recorrido el sol dejó de bañarme y sentí la humedad del rincón suroeste. La negrura se intensificó tras mis párpados cerrados y noté un breve escalofrío. Sobrecogida, me detuve y escuché con mayor atención. Aún ahora, mientras escribo estas letras, tantos meses después, sigo sin dar crédito a lo que ocurrió a continuación, porque a mi espalda, con la sutileza del viento, la dulcísima voz de una muchacha pronunció mi nombre: «Belinda». Con el alma congelada, abrí los ojos y me volví. Aunque me costó cierto esfuerzo volver a enfocar, como no podía ser de otra manera, solo localicé la fachada trasera de la casa. Pero estaba segura de que aquella voz no había sido producto de mi imaginación. De modo que me volví hacia todos lados y busqué entre los árboles, a izquierda y derecha, tras las hiedras que tupen la tapia. No me cupo duda de que el jardín permanecía desierto. Abrazada a mí misma, intentando protegerme de un enemigo invisible, volví al banco para recuperar los grabados. Pero algo me detuvo a medio camino. Allí donde escuché la llamada, se levantó una ráfaga que revolvió las hojas resecas del suelo y agitó las ramas. Olvidé los dibujos y me acerqué con cautela. La hojarasca había dejado al descubierto una diminuta fisura en el suelo. Con una ramita en la mano, me agaché y recorrí su contorno limpiando la tierra que la cubría. Me incorporé y observé el resultado. Tuve entonces la certeza de que se trataba de una piedra circular, el sello a algún tipo de cavidad inferior. Llevada por un presentimiento, volví a cubrir la fisura pateando las hojas y me alejé con la extraña sensación de que

no debía remover el pasado. Sin que ahora encuentre explicación para ello, no fui capaz de hablar con nadie de mi hallazgo hasta mucho tiempo después.

VI

El pequeño acudió por primera vez a casa un día de lluvia y viento que todos recordaríamos durante el resto del año. Cuando Teresa abrió la puerta y comprobó que estaba calado hasta los huesos, recitó alguna de sus plegarias, lo hizo pasar al hall y corrió a buscar una toalla. Después de secarlo a fondo, le permitió hablar.

—Quiero ver a la señorita Belinda —dijo con los pies encharcados, intentando sin éxito controlar el castañeteo de sus dientes.

—Virgen Santísima —exclamó Teresa—. Ya sé a quién quieres ver, pero no debiste salir con este tiempo.

Miguel, sin saber qué otra cosa añadir, dejó que su cuerpo entrase en calor entre temblores y contracciones musculares.

—Se lo prometí —terminó añadiendo.

Los dormitorios principales están situados en la planta alta. El de mis padres a pocos metros de la coronación de la escalera, y el mío al final del pasillo. Así que tardé en oír los lamentos de Teresa y salir a comprobar lo que ocurría.

—Hola, Miguel —dije asomada a la barandilla—. Sube, te estaba esperando.

Teresa levantó un brazo y abrió la mano hacia mí como un guardia deteniendo el tráfico para dar paso en otra dirección.

—De eso nada —remató perfilando su silueta autoritaria entre los brazos de la antigua lámpara de araña, armada ya con bombillas eléctricas —. Lo primero es lo primero. Si no deseamos que este mocoso pille una pulmonía, necesita un buen baño de agua caliente y unas ropas bien secas. Deberás tener paciencia y esperar hasta que acabe con él. —Le arrebató el paquete que traía bajo el brazo y se perdieron de vista.

Tal como Miguel me explicó más tarde, Teresa lo condujo hasta la cocina y puso una olla de agua a calentar en la lumbre. Luego preparó una bañera con agua caliente y lo sumergió en ella para que entrase en calor. Pero ahí terminó su buena fortuna, porque Teresa descubrió la mugre que rellenaba sus uñas y la suciedad de sus orejas, y comprendió que era la oportunidad ideal para darle la refriega que llevaba semanas necesitando. Por aquel entonces ella era la única en la casa a la que yo le había contado dónde vivía Miguel. Resuelta a limpiar cualquier infección que hubiese podido contraer en el hospicio, buscó un cepillo de raíces, de esos que se suelen usar en las matanzas para escaldar los cerdos con agua hirviendo, y se dedicó durante más de media hora a refregar con él su delicada piel de adolescente. Una vez acabada la tortura, lo envolvió en una manta y

lo sentó junto al fuego. Le sirvió un tazón de leche y le untó con mantequilla varias rebanadas tostadas en las brasas.

Cuando llamó a mi puerta, Miguel vestía un larguísimo pantalón militar de campaña, remangado y sujeto por tirantes, y una camisa color caqui que remarcaba su cabeza rapada. Me fue imposible evitar una sonrisa.

—Estoy esperando a que se seque mi ropa —dijo con el ceño fruncido.

—Perdona. No era mi intención reírme de ti. Esa ropa del Comandante te está un poquito grande... Veo que has traído el libro.

—Sí, espero que no se haya mojado —balbuceó mientras lo extraía de entre varias hojas de periódico y se acercaba para ofrecérmelo. Pero, al comprender que se trataba de mi dormitorio, volvió a dar unos pasos atrás y apoyó la espalda contra la puerta.

Los muebles restaurados de esta habitación, al igual que los del resto de la casa, siguen siendo los originales, y sé bien que sus labrados barrocos y las cabezas de animales que los coronan pueden parecer amenazadores si es la primera vez que los ves.

—No estudiaremos aquí —le dije—. La casa dispone de una biblioteca en la que estaremos más cómodos.

Él me regaló una breve sonrisa y noté cómo relajaba la expresión.

—¡Ven! —Le ofrecí mi mano y lo conduje de nuevo hasta el pasillo.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de nuestro destino y abrí una de las puertas. Miguel se detuvo frente a la escena grabada.

—¿Eso es el cielo? —preguntó asombrado.

—No —respondí—. Yo también me lo pregunté la primera vez. Ahora sé que es una copia de una de las obras de Giordano, un pintor napolitano del siglo XVII.

—¿Y qué significa? —siguió preguntando.

Por entonces ya me había informado de lo que representa esa conmovedora escena y pude responder a su curiosidad.

—Se trata de uno de los viajes de Caronte, el barquero de Hades, el dios del inframundo griego. Él era el encargado de guiar las almas de los difuntos en su última travesía a lo largo del río Aqueronte. Esos que ves en la ribera izquierda esperan para subir, pero solo lo podrán hacer aquellos que dispongan de una moneda de plata. Los otros deberán vagar sin rumbo durante cien años antes de conseguir su derecho a cruzar al otro lado.

—No es justo —sentenció Miguel, desilusionado por un destino poco halagüeño para los pobres como él.

—Nada en la vida lo es, y quizá tampoco en la muerte. Pero se trata de un mito griego. No hay por qué creer en él —le expliqué con la esperanza de contentarlo mientras entraba en la biblioteca.

El pequeño ojeó el relieve una vez más antes de seguir mis pasos. Al

descubrir el contenido de la habitación, su cara se iluminó.

—¡Arrea! —dijo con la boca abierta.

—¿Te gustan?

—Nunca había visto tantos libros juntos. ¿Son todos tuyos?

—Podríamos decir que ahora lo son. Estaban en la casa cuando llegamos.

—¿Me dejas verlos?

—Por supuesto. Si lo deseas, puedes llevarte alguno al hospicio para leerlo.

—¿De verdad? —preguntó mientras recorría las estanterías y extraía aquellos que iban llamando su atención—. Me gustan los de aventuras.

—Estás de suerte, porque hay muchísimos. Yo te ayudaré a elegirlo. Aunque, antes debería tomar mis clases. ¿No has venido a eso?

El pequeño alzó las cejas, como si acabara de recordar el motivo por el que estaba aquí, y separó con diligencia una de las pesadas sillas que rodeaban la mesa para sentarse.

—Claro. Si Cipriano se entera de que no hemos trabajado, me arranca una oreja.

—Entiendo... Es duro contigo —aventuré.

Miguel me ofreció esa expresión inocente que los pequeños no pierden hasta agotar su adolescencia.

—Cipriano se enfada conmigo porque quiere que llegue a ser algo en la vida —alegó en su defensa—. Es la única persona en el mundo que cuida de mí. Nunca me haría daño.

—Lo sé. No era eso lo que pretendía decir.

Dejó de escrutarme con ojos sorprendidos y me arrebató el libro que antes me había ofrecido. Una vez acomodados, lo abrió por la primera página y cerró los ojos mientras pasaba los dedos sobre el título: «Alfabeto Braille», susurró. Cerró el libro, lo empujó en mi dirección y esperó. Al ver que yo no reaccionaba, dejó escapar un suspiro impaciente.

—Te advertí de que con tu edad no puedes aprender a leer con los dedos —me explicó, con voz modulada y pedagógica—. Pero tienes que saber lo que los ciegos sienten para que te entren las letras. Eso es lo que dice Cipriano.

—De acuerdo —dije.

Le ofrecí mi mano y me dejé llevar. Él la tomó con delicadeza e hizo que mis yemas se deslizasen despacio sobre el relieve de la cubierta. El cosquilleo que me embargó la primera vez volvió renovado, haciéndome experimentar un nuevo repelús. El pequeño mostró su satisfacción por el efecto conseguido. Por primera vez aquella mañana me sonrió con franqueza.

—¿Lo has notado? —preguntó a media voz.

—Por su puesto —afirmé para no defraudar sus expectativas.

—Mira —siguió diciendo cuando hubo vuelto a la primera página —, es muy fácil. Todas las letras se forman con estos seis puntos colocados en dos columnas. Los de la primera columna se numeran desde el uno hasta el tres, los de la segunda, desde el cuatro hasta el seis. ¿Lo ves?

—Nunca lo conseguiré —concluí abrumada por la nube de puntos.

Miguel no atendió a mis reservas. Me explicó que era un sistema inventado por un chico de quince años como él, y que no podía rendirme ante algo tan sencillo. Volvió al texto y siguió su explicación.

—Las primeras letras, desde la *a* hasta la *j*, se escriben de forma simple, usando los cuatro puntos superiores. La *a* se hace con un solo punto en la posición uno, la *b* añadiendo otro debajo del primero, y así sucesivamente. ¿Lo ves?

—Sí.

Cuando hubimos repasado la mitad del abecedario, volví al título para intentar leerlo por mí misma. Pero aquello no cuadraba. Donde debía haber un solo punto, indicando la *a* inicial, había dos, colocados en la posición cuatro y seis.

—Antes me has engañado —le dije— Esto no es una *a* como leíste al principio con los ojos cerrados.

—Eso es porque es mayúscula —explicó Miguel—, y cualquier letra escrita así lleva delante ese signo.

Al segundo intento logré leer mis dos primeras letras.

Durante las dos horas siguientes el pequeño se lanzó en cuerpo y alma a hacerme entender un lenguaje que me pareció perverso, pero que con su ayuda y el paso del tiempo se iría transformando en algo adictivo.

Conforme nuestra primera clase avanzaba, la tormenta arreció y las ráfagas de viento y las cortinas de agua dominaron los cielos sin permitirse tregua. Agotados los ojos, un rayo deslumbrante descargó en los tejados obligándonos a levantar la cabeza y mirar a través del ventanal. Un ensordecedor trueno hizo vibrar los cristales de toda la casa. Ambos nos levantamos de un salto para inspeccionar el exterior.

—¡Arrea! —volvió a decir Miguel—. Ese ha caído ahí mismo.

Abajo, más allá de la vidriera de colores, los árboles se agitaban sin control, las hojas de la palmera amenazaban con ser arrancadas y volar hacia el vecindario. Un manto de agua encharcaba los arriates del jardín.

—Parece que tendremos que dar la clase por concluida —dije.

Teresa se asomó a la puerta con la ropa del pequeño doblada sobre su brazo.

—¿Habéis acabado?

—Sí —contesté—. Por hoy ha sido suficiente.

—Pues en ese caso, vente conmigo —le ordenó al pequeño—. Tu ropa está seca y planchada. Tenemos que librarte cuanto antes de ese espantajo que te he colocado.

Miguel me pidió permiso para ausentarse.

—Adelante. Te esperaré aquí. Recuerda que debemos elegir un libro.

—¡Claro! Casi se me olvida. Vuelvo ahora mismo —corrió hacia Teresa y ambos se perdieron tras los portones de la biblioteca.

Cipriano me había pedido que le enviase el diario con Miguel aquel mismo día, y aproveché para buscar un trozo de tela de gabardina y envolverlo. Sería una catástrofe que terminase arruinado por el agua. Cuando lo hube hecho me dediqué a revisar las estanterías con la esperanza de encontrar algo que ofrecer al chico. Aunque a los pocos días de la mudanza dediqué unas horas a ojearlos, eran demasiados para recordar su posición. De modo que hice un nuevo reconocimiento más exhaustivo. En la pared situada a la izquierda del ventanal, los libros versaban sobre temas generales: un *Manual Enciclopédico* editado a mediados del XIX, posiblemente uno de los primeros en su género, el *Diccionario Hispanoamericano de Literatura, Ciencias y Arte* de 1887, del que pude contar veintinueve volúmenes primorosamente encuadernados, y un sin fin de otros antiquísimos ejemplares. Más arriba, libros de geografía plagados de mapas y rutas a través de todo el mundo. Sobre ellos, los clásicos: biografías de los primeros filósofos, Sócrates, Platón, *La Ilíada* de Homero, *Ulises* de Joyce, un autor más moderno, varias novelas de Dumas, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, y muchos otros. Los de aventuras, sin duda los preferidos de Miguel, debían estar más arriba. Fui en busca de la escalerilla, pero no me decidí a subir a ella. Vestía una falda larga y no quise que Miguel me sorprendiera en semejante posición cuando volviese. Entonces me dirigí a la estantería de la derecha, allí donde hallé el diario en mi primera visita. De aquel lado, como por entonces sabía, se encontraban los libros sobre agricultura, sobre ritos ancestrales y sobre plantaciones de café. Abrí uno de ellos y repasé el índice: climas adecuados, variedades exóticas, resistencia a las enfermedades... «Conrado —pensé—, aquel pariente lejano de mi madre debió de ser un hombre excepcional. Alguien que partió en busca de aventuras y de fortuna hacia un país desconocido cuando era un muchacho. ¿Sería la mujer ciega su hija, la misma que colgaba de la chimenea del salón de la planta baja, o se trataría de su esposa?». Un chirrido en la puerta me sacó de mis cavilaciones.

—¿Belinda? —susurró Miguel del otro lado.

—Adelante. Te estoy esperando.

—¿Qué te parece? —dijo complacido mientras levantaba los brazos y se giraba para mostrar el resultado de la transformación.

Las ropas empapadas que vestía a su llegada estaban ahora impolutas, los descosidos habían sido remendados y las rayas del pantalón y de la camisa perfiladas por Teresa con pulcritud.

—Te veo estupendo.

—¿Has encontrado algo para mí?

—No —confesé—. Esperaba que tú me ayudases.

Como sabía que las filas inferiores no le serían de interés, señalé la escalerilla. El pequeño subió hasta que su cabeza topó con el techo y por un rato murmuró en voz baja un título tras otro.

—¿Ves algo interesante?

—Espera —dijo concentrado—. Aún no lo sé.

En el piso inferior se oyó cómo se abría la puerta de la calle y luego se cerraba con brusquedad. Desde nuestra llegada a esta casa, mi padre acude más a menudo a almorzar, y no me cupo duda de que era él. Me asomé a la ventana y comprobé que continuaba diluviando.

—Sigue a lo tuyo —le dije—, que ahora mismo vuelvo.

Miguel asintió distraído y continuó explorando entre las estanterías.

A aquellas alturas, aún no había encontrado la determinación necesaria para contarles a mis padres la auténtica verdad sobre Cipriano y Miguel, y ambos seguían creyendo que eran familia de algún conocido de Hugo. Pero no podía permitir que el pequeño volviese al hospicio con la que estaba cayendo. Así que le pedí al Comandante que lo acercase hasta la iglesia de San Luis, con la excusa de que su madre lo recogería poco después. La residencia de huérfanos se encuentra en aquel mismo lugar, y tuve la esperanza de que lo dejase en la puerta sin hacer demasiadas preguntas.

—Hola, papá —lo saludé. Él colgaba su gabardina en el vestidor de la entrada—. ¿Has traído el Bentley?

—Claro. Pero supongo que no pretenderás que demos un paseo con este tiempo.

—No —respondí propinándole el beso que me reclama cada vez que llega—. Te indiqué que ese chico, Miguel, vendría hoy por aquí. Está arriba y he pensado que sería buena idea que lo acercases a San Luis de los Franceses. Ha quedado en aquella iglesia con su madre pasadas las tres, y ya ves la que está cayendo.

—Mamá nos estará esperando con la mesa puesta. ¿Qué tal si almuerza con nosotros y lo dejo a mi vuelta?

—No creo que Miguel... —comencé a decir. Sin embargo, comprendí que la decisión era firme. El Comandante nunca aceptaría un no por respuesta.

—Si nos damos un poco de prisa —siguió diciendo—, me dará tiempo a llevarlo antes de regresar a Capitanía.

—Está arriba —respondí rendida a su sentencia—. Subiré a preguntarle.

Cuando volví a la biblioteca, Miguel seguía encaramado a la escalerilla, apoyando su espalda contra los travesaños y repasando un delgado libro.

—¡Mira, Belinda! —me dijo regalándome una mueca maravillosa—. Tienes la colección completa de Julio Verne. Si no te importa, me llevaré este.

Me acerqué hasta su lado para ojearlo: *La vuelta al mundo en 80 días*. Un libro escrito en 1872, probablemente pocos años después de que mi antepasado indiano iniciase su nueva vida en tierras lejanas.

—Una fantástica elección. Lo he leído un par de veces, seguro que te gustará. Y puedes cambiarlo por otro cuando lo termines.

—Gracias. Es hora de que me vaya. El hospicio está lejos y si llego tarde, no me dejarán salir el próximo sábado.

—No hay problema. Mi padre te alargará en el coche. La tormenta no ha remitido y acabarías empapado de nuevo. Comerás en casa. Luego te irás con él.

A pesar de que intentó rechazar la invitación, terminó accediendo. Por fortuna, mis padres no mostraron demasiada curiosidad en el pequeño, quizá otros problemas rondasen su cabeza, y se limitaron a cruzar algunas preguntas de cortesía, que Miguel, siempre con la inestimable ayuda de Teresa, resolvió con habilidad. No era recomendable hablar del hospicio en la mesa si no era estrictamente necesario, porque eso llevaría a otras preguntas más incómodas sobre su procedencia y sobre la familia inexistente. De ahí a establecer su relación con un mendigo ciego y comunista habría un camino demasiado corto para no ser recorrido. El Comandante jamás habla en casa de cuestiones políticas, y, al menos en nuestra presencia, nunca juzga a la gente por su origen o sus creencias. Sin embargo, la situación en el país sigue siendo crítica, y en los últimos meses los juicios de los guerrilleros y cabecillas republicanos que aún siguen activos se han vuelto a intensificar. Un militar, al margen de sus ideas, no tiene más remedio que seguir la dirección que le marcan sus superiores y guardarse de cualquier relación con individuos indeseables para el régimen, y no era mi deseo implicarlo en mis asuntos.

Por suerte, una hora después y sin incidentes, Miguel salía de casa siguiendo los pasos de mi padre, con la novela de Julio Verne en una mano y el diario de Andrea bajo el brazo. Me embargó la certeza de que jamás recuperaría este último.

VII

Durante las siguientes semanas Miguel siguió acudiendo a casa todos los sábados, y mi soltura con el braille fue aumentando a la misma velocidad a la que el pequeño devoraba las colecciones completas de Julio Verne y Joseph Conrad. Los domingos, en cambio, se transformaron en encuentros ineludibles con Rosa y con Marcelo. Desde la primera cita, la verborrea del vendedor de libros prendió en el corazón incauto y alocado de mi amiga, y me fue imposible escapar a los ruegos y dejar de acompañarlos en sus aventuras a través de la ciudad. El innegable conocimiento de los rincones sevillanos que Marcelo demostraba a cada momento —vergeles ocultos en las callejuelas del barrio de Santa Cruz, tugurios de mala muerte y otras maravillas escondidas en los más insólitos lugares— consiguió que me fuese familiarizando con un mundo metropolitano que me era ajeno. Pero aquel domingo fue diferente. Hugo me telefoneó a primera hora. Tenía algo importante que revelarme y era necesario que quedásemos citados. Como ya me había comprometido con Rosa y con Marcelo en la Alameda de Hércules, le propuse que nos acompañara. Así tendría la oportunidad de conocer a mis amigos.

Cuando hizo su aparición, Marcelo llevaba un buen rato explicándonos que aquel lugar albergó una antigua laguna inundada por las aguas del Guadalquivir, hasta que en el XVI fue ordenado su drenaje y transformada en zona recreativa por el conde de Barajas, y que las columnas de la entrada sur, mucho más antiguas, procedían de la ciudad romana de Itálica. Rosa, que fue la primera en localizarlo bajo los claroscuros proyectados por las copas de los álamos, lo contempló con interés y se volvió para guiñarme un ojo con picardía.

—¡Qué callado te lo tenías! Nunca me advertiste de que fuese tan guapo.

Marcelo cesó sus relatos y lo estudió con interés.

—Preferiría que no mostraras tu descaro en su presencia —le advertí en un susurro. Él estaba a punto de alcanzarnos y temí que la pudiese escuchar y sacar conclusiones precipitadas—. Solo es un amigo.

Rosa arrugó la nariz.

Mientras recorría los últimos metros, Hugo se recolocó bajo el brazo el paquete que portaba, ensayó una torpe reverencia y alargó la mano hacia Rosa.

—Encantado de conoceros, Belinda me ha hablado mucho de vosotros.

Era cierto que le había hablado más de una vez de mi amiga, pero

no recordaba haber citado a Marcelo más que de pasada.

—También nosotros nos alegramos de verte. Belinda no deja de hablar de ti —aseguró Marcelo faltando a la verdad—. Estaba a punto de proponerles a nuestras chicas un viaje en barquita. ¿Nos acompañarás?

—¡Estupenda idea! —gritó Rosa—. Hace un día maravilloso, sería una pena que lo desaprovechásemos.

Por la expresión de Hugo, me pareció que la invitación lo desagradó. Pero no debió atreverse a desbaratar nuestros planes y terminó claudicando.

—Sería una descortesía negarme a tan tentadora invitación.

Marcelo le ofreció el brazo a Rosa, que se lo tomó sin reparos, y nos animó a seguirlos en dirección al río. Aunque Hugo amagó con ofrecerme el suyo, se lo pensó mejor y se colocó a mi lado mientras caminábamos, evitando cualquier contacto entre nosotros.

—Belinda me explicó que eres militar —afirmó Rosa—. Siempre me han llamado la atención los uniformes. Les dan a los hombres un aire varonil.

—En tal caso, temo que te defraudaré —afirmó Hugo—. Trabajo en el registro de Capitanía desde hace un tiempo y pocas veces visto el uniforme.

A Marcelo no le hizo demasiada gracia la mirada embelesada que Hugo le dedicó a la cara pecosa de Rosa, y tiró de ella hacia sí mientras abandonábamos la Alameda y entrábamos en el bronco adoquinado de la calle Lumbreras.

—Debemos darnos prisa —nos alentó—. Ese hombre suele disponer de dos barcas para alquilar, y a estas horas es posible que no le quede ninguna.

Entre las muchas bicicletas y los escasos coches que circundaban la zona, recorrimos los cien metros que separan la Alameda de Hércules con la orilla izquierda del Guadalquivir, y nos asomamos a la vertiente, cubierta en aquellas fechas por una alfombra verdosa y moteada de flores. Al fondo, bajo los sauces, el que resultó ser el barquero tenía desplegadas una silla y una mesa a modo de dispensario y había amarrado un par de botes al embarcadero. La estructura, podrida y escasa en materiales, bailaba sobre el agua demostrando su extrema fragilidad.

—Hemos tenido suerte —festejó Marcelo—. Las naves siguen en puerto.

Al vernos llegar, el barquero, la cara renegrida por el sol y el pelo largo y rizado, se levantó de la silla para darnos la bienvenida. De inmediato pareció reconocer a Marcelo. Soltó una carcajada y le estrechó la mano con ostentación.

—Mi querido amigo payo —dijo alargando la *a*—, hacía tanto

tiempo que no veía tu jeta que se me olvidó lo feo que eres. ¿Cómo va esa vida?

Rosa arrugó la nariz y taladró al aludido con la mirada.

—¿Sueles navegar con muchas chicas? —añadió molesta.

—Nunca. Conozco a Raimundo por otros asuntos. Antes de que se dedicase al negocio marítimo —explicó magnificando la actividad de su amigo—, solíamos coincidir en el mercadillo. Aunque, nunca supe a ciencia cierta lo que allí vendía.

Raimundo murmuró algo para sus adentros y desvió la conversación apuntando con el brazo hacia el agua.

—¿Os va con un bote, o precisáis dos?

—Con uno será suficiente —aseguró Rosa—. Tenemos de qué hablar, y así nos saldrá más barato.

—Por eso no se me encabrite, señorita —adelantó Raimundo—. Nunca le cobro a un amigo si hay poco parné de por mitad. Me enseñaron que vale más que te deban un favorcico.

—Pues en ese caso, tomaremos los dos —afirmó Marcelo—. Le daremos a nuestro amigo militar la oportunidad de demostrar su hombría remando contra nosotros.

Comprendí que el librero llevaba tiempo queriendo estar a solas con Rosa y que al fin había encontrado la oportunidad. El decoro que una muchacha de veinte años debe demostrar en público, y posiblemente la amistad que nos une, hizo que ella reclamase mi presencia en cada uno de sus paseos desde que se citaron la primera vez en el rastrillo. Pero también Rosa debió pensar que les vendría bien algo de intimidad, porque se encogió de hombros y se dispuso a acompañarlo en la primera barquita.

Aunque Raimundo hizo equilibrios sobre el embarcadero procurando estabilizarlo, Rosa estuvo a punto de precipitarse al agua antes de que ambos tomasen los remos y se alejasen de la orilla. Dos olas divergentes brotaron de la popa, dibujando en la superficie de cristal una estela de victoria.

—¿Crees que es seguro subir a ese montón de tablas desencajadas? —pregunté cuando llegó nuestro turno.

—Desde luego que no —aseguró Hugo, sin dejar de seguir la evolución de la otra pareja—. Pero es la única alternativa. Un alférez no puede permitir que aludan a su hombría y quedarse cruzado de brazos. Vamos, le daremos una lección a ese bocazas.

Mientras yo lo miraba perpleja, Raimundo volvió a ensayar sus trucos de malabarista sobre el embarcadero y nos ayudó a subir. Hugo, perdidos sus rasgos de niño, el remolino de la ceja crispado, agarró los remos con una determinación desconocida.

—No conseguirás darles alcance. Nos llevan demasiada ventaja.

Hugo no me escuchaba.

—Colócate en la cámara —me ordenó—. Necesito que controles el timón y dirijas la embarcación al centro del río, allí la corriente nos arrastrará con mayor fuerza.

—¿La cámara?

—Sí, allí. En la parte trasera.

—No podré. No sé cómo se maneja el timón.

—Adelante, es muy fácil. Si giras a la derecha iremos a la izquierda, y si giras a la izquierda, a la derecha.

Salté a toda prisa y dejé el asiento central libre para que remase a sus anchas. Aunque mis primeros ensayos fueron infructuosos y la barca se debatió de un lado a otro sin rumbo fijo, pronto le tomé la medida a la palanca y la distancia comenzó a acortarse. Cuando los gritos de aliento que Rosa le lanzaba a su compañero llegaron hasta nosotros. Excitada, me levanté y los reté:

—¡Allá vamos! ¡Jamás nos ganaréis!

Rosa reaccionó con tal euforia que a punto estuvo de volcar su barquita.

Cinco minutos después, nuestra proa rozó la de ellos y los adelantó. Marcelo levantó los remos en signo de rendición. Mi amiga se incorporó acusándome con su largo dedo. Saltaba a la vista que se lo estaba pasando en grande.

—De acuerdo, aceptamos la derrota. Pero que quede constancia de que os ha tocado el mejor bote. Ya me lo pagarás.

Detuvimos las barquitas en mitad de la corriente y relajamos la conversación hasta que los jadeos de unos y otros remitieron. Los profundos hoyuelos en la cara de Hugo delataban su satisfacción.

—¿Dónde aprendiste a remar? —le preguntó Marcelo.

—He de confesaros que mi familia no es de Sevilla, procedemos del Puerto de Santamaría —respondió—. Mi abuelo se ganaba la vida como pescador. Lo acompañé más de una vez. Amarraba el barco lejos de la orilla para evitar que las mareas lo encallasen y lo abordábamos con un bote parecido a este. Él me enseñó todo lo que sé.

—Pensé que eras de aquí —dije sorprendida. Luego recapacité y comprendí que no solo ignoraba aquel detalle, sino que desconocía cualquier otro aspecto de su vida.

Antes de que Hugo pudiese replicar, la campana de un barco nos sobresaltó e hizo que nos apartásemos a toda prisa del centro del río para no ser embestidos. Eso propició que nuestras embarcaciones se separasen y que fuésemos a la deriva en direcciones opuestas. Al menos eso creí al principio, antes de que Marcelo intercambiase unas palabras con mi amiga y esta alzase la mano despidiéndose en la distancia.

—¡Te llamaré mañana! —gritó—. Me dijiste que teníais cosas de qué hablar.

Miré a Hugo insegura, esperando su reacción.

—Yo te acompañaré a casa —dijo—. Déjalos ir.

Cuando sus figuras se deshicieron tras la bruma del río, me volví impaciente. Después de varias semanas esperando noticias de Cipriano, el paquete que Hugo traía consigo no había dejado de llamar mi atención.

—¿Eso que llevas ahí es para mí?

Hugo buscó con desgana en el fondo del bote, donde había olvidado el envoltorio, pero retornó sus ojos haciéndome comprender que tenía otras cuestiones importantes de las que hablar. Se acomodó del otro lado y acarició el agua con la mano. A pocos metros, un par de carpas soltaron una ristra de pompas y se persiguieron la una a la otra. No me quedó más opción que reprimir mi impaciencia.

—Me ha dejado —susurró sin mirarme.

En un principio no supe reconocer el alcance de sus palabras, porque mi mente navegaba por mares diferentes. Cuando el Comandante me trajo por primera vez a esta casa y noté la fuerza que se esconde entre sus muros, tuve la certeza de que mi vida estaba a punto de cambiar. El descubrimiento del diario de Andrea no hizo más que reafirmar mis sospechas e infundirme un deseo irrefrenable de conocer el pasado de aquella mujer. Si Cipriano había conseguido descifrar su historia, no tenía intención de esperar más para sumergirme en ella. Pero él continuó hablando mientras yo me concentraba en el atadillo que cerraba el paquete.

—Se llama Aurora —dijo sin voz, sus ojos perdidos en las aletas dorsales de los peces—. Mi padre no era hombre de mar, nunca consiguió encajar en la vida de mi abuelo. Un amigo le encontró trabajo en el puerto de Sevilla y no desaprovechó la oportunidad. Hicimos las maletas y nos vinimos. Nos instalamos en un corral de vecinos del barrio de Triana. Allí la conocí. Yo tenía poco más de diez años y no congenié con el grupo de salvajes que campaba en el patio.

Ya con mi atención capturada, siguió su relato sin apenas respirar, como si necesitase extirparlo de su cuerpo con urgencia.

Un día estaba sentado en uno de los poyos de yeso que se intercalaban entre los geranios, sin atreverme a participar en los juegos de los otros, y ella llegó sin avisar. «Tú debes ser el nuevo», me dijo plantándose frente a mí. Era una niña preciosa, de piel blanca y ojos azabache. A partir de aquel día nos convertimos en inseparables. No nos planteamos si aquella amistad era solo eso o si había algo más hasta años después, hasta que la guerra se interpuso y nos separó. En julio del treinta y ocho mi padre fue reclutado. Lo llamaron cuando quedaban unos meses para que terminase la lucha. Eso no impidió que fuese abatido por las balas enemigas y ese mismo año mi madre quedó viuda. La casa en que vivíamos se nos hizo grande, su ausencia

insoportable. Buscamos otra más modesta, una en la que cupiesen menos recuerdos. Un tiempo después abandonamos el corral de vecinos.

Hugo pareció sumergirse aún más en el pasado y olvidó seguir hablando.

—Fue entonces cuando vuestra relación cambió —afirmé.

—Dejamos de vernos a diario como hacíamos antes. Al principio mi madre visitaba de forma periódica a sus antiguas vecinas y amigas, y yo la acompañaba para reunirme con Aurora. Poco a poco ella dejó de acudir. Pero yo continué viéndola todos los domingos. Nuestros juegos de niños y nuestras correrías entre calles perdidas se transformaron en paseos más largos, en citas formales.

Al entrar en el Ejército me comprometí con ella.

El tañido lejano de las campanas de la Giralda sacó a Hugo de su trance. Dio la vuelta a la barca con un par de golpes diestros y remó corriente arriba, en busca del puente de San Telmo. Escondida tras su tablero, la Torre del Oro deshacía los últimos rayos de la mañana en resplandores dorados.

—Debemos regresar si no queremos ser arrollados por alguno de esos —dijo señalando hacia los muelles, donde los colores chillones de los veleros se mezclaban con los barcos de vapor.

—¿Por qué te ha dejado? —le pregunté.

Hugo ya no mostraba la sonrisa inocente que siempre lo acompañaba. Incluso noté cómo su rostro se contraía mientras luchaba contra la corriente.

—Fue más valiente que yo —añadió al fin—. Sabíamos desde hace demasiado tiempo que la relación no tenía futuro. Pero, después de tantos años, ninguno se atrevía a reconocerlo en voz alta.

—¿Y ella lo hizo?

—Hace unas semanas le hablé de ti —confesó sin perder de vista mis ojos.

No estaba preparada para una declaración como aquella y mis mejillas se encendieron. En nuestro primer encuentro en la fuente de las Ranas, él se mostró adulador y me invitó a pasear de su mano por los rincones del parque de María Luisa. Sin embargo, a partir de aquel día se limitó a seguir prestándome una ayuda incondicional en mis pesquisas sobre el diario y a mantenerse a cierta distancia.

—Apenas le conté nada —siguió diciendo—. Unas palabras sobre nuestro encuentro y tu apasionamiento por descubrir la vida que se escondía tras esas páginas taladradas. Aun así, fue suficiente para que percibiese en mi entusiasmo algo que nunca antes percibió. Algo que desde un principio faltó en nuestra relación. Hace unas semanas quedé con ella. Me dijo que había llegado la hora de despedirnos, que era injusto para ambos continuar prisioneros de nuestro pasado. Me besó

con lágrimas en los ojos y se marchó. Eso fue todo. Pensé ir tras ella y decirle que estaba equivocada, que nuestra relación seguía como siempre, pero no habría sido sincero con ella. Aurora llevaba razón. Cuando te conocí aquella mañana, todo cambió.

Yo también me sentía atraída por Hugo desde la primera vez. Aunque, lo achacaba a mi falta de experiencia con los hombres. Nuestra antigua casa en el campo no propiciaba las relaciones sociales, y a mis veinte años seguía siendo una ignorante en cuestiones de chicos.

—Hugo —dije conmovida—, no quiero sentirme responsable de acabar con una relación tan larga como la vuestra. Aún no sé lo que siento, no puedo corresponder tu interés en mí.

—No es necesario. Lo llevaba dentro desde hacía días y no sabía cómo soltarlo. Pero ahora está hecho. Así que olvídalo y pasemos a lo que de verdad he venido —dijo agarrando el paquete que tanto me obsesionaba—. Cipriano me ha dado esto para ti y no pretendo hacerte esperar más.

Mi corazón se aceleró con la esperanza de tener entre mis manos una parte del pasado de este viejo caserón en el que ahora escribo. Pero no dejé pasar la oportunidad de corresponder su declaración y agradecerle la sinceridad con que me había tratado. Me acerqué a él con cuidado de no escorar la barquita, le besé la mejilla en un gesto recatado y volví a sentarme.

—¿Se trata de la traducción? —pregunté impaciente.

—No te hagas ilusiones —me advirtió—. Me ha dicho que le está resultando más complicado de lo previsto, que solo es una primera entrega.

Sin poder reprimir por más tiempo la inquietud, le arrebaté el envoltorio de las manos para colocarlo en mi regazo. Deshice el nudo de la cuerda de cáñamo y retiré las hojas de periódico. En el interior descubrí lo que no debían ser más de cincuenta páginas de un papel grueso y amarillento. Ni una sola letra.

—¿Sabrás leerlo? —preguntó.

—Llevo meses practicando con Miguel y no logro avanzar.

—Vamos, inténtalo. Al menos la primera página —dijo mientras retomaba con ímpetu las paladas y pasábamos bajo los aros metálicos del puente de Triana.

No deseaba compartir mi historia antes de conocerla yo misma en su integridad. Pero me pareció descortés negarme. Sin su ayuda seguiría sumida en la más absoluta ignorancia. Me recliné, aspiré nerviosa y coloqué los dedos sobre la primera cuartilla. Tras las primeras dudas, y aunque probablemente cometí bastantes errores que ahora no reproduciré, comencé a leer:

DIARIO DE ANDREA

«Sábado, 7 de noviembre de 1891.

A las seis de la mañana del día de hoy, nuestro barco ha zarpado de Cádiz rumbo a Cuba. Después de un largo día de emociones, el sol acaba de ponerse y no encuentro mejor oportunidad para empezar a escribir esta que se me antoja toda una aventura. Cumpliré los diecinueve el último de este mes y papá, con la promesa de que jamás me arrepentiré de hacerlo, me ha convencido para que lo acompañe hasta el otro lado del mundo, donde podré recoger un fabuloso regalo. Asegura que desde que mamá cayó enferma apenas salgo de casa, que mi piel se está volviendo transparente y que, si sigo por este camino, no solo seré yo la que no vea a la gente, sino que será la gente la que dejará de verme a mí. Quizá lleve razón y me sea conveniente abandonar durante una temporada la seguridad de nuestro hogar y enfrentarme al mundo de fuera. Desde que partimos, solo han pasado unas horas y ya me parece que llevo semanas navegando. Nunca había subido a un barco. Ni mi cabeza ni mi estómago consiguen soportar el vaivén de las olas. Pero eso no me ha impedido disfrutar de cada detalle. El griterío de los pasajeros a la hora del embarque, el graznido afilado de las gaviotas que nos acompañaron en las primeras horas, el olor a pescado del mar, el romper cansino del agua contra el casco y el runrún de la máquina de vapor me han sumergido en un mundo extraño y mágico. Ahora que la Segunda Guerra ha acabado, papá asegura que no hay peligro en cruzar el Atlántico, que no tengo nada que temer. Deseo que así sea, que las dos semanas que durará la travesía sean tan agradables como me ha prometido.

Jonás, el viejo capitán de barba canosa y pipa colgada del labio las veinticuatro horas del día —aspecto este que él mismo me transmitió al comprobar que era ciega— se acercó a mí un rato después de la partida, cuando el rumbo estuvo marcado y los marineros asignados a sus respectivas tareas. Papá se había retirado a su camarote alegando alguna urgencia en sus libros de cuentas, y yo permanecía apoyada en la borda, dejándome bañar por un sol picante que debió achicharrar la piel pálida de mi cara y hacerla enrojecer, porque ahora noto una quemazón constante. No supe que llevaba tiempo espiándome hasta que no se apoyó sigiloso en el costado del barco y me habló con su vozarrón ronco: "Veo que te gusta la mar". Me volví sobresaltada para enfrentarlo. Mamá asegura que mis ojos tienen el color de la luna y dejan hechizados a los hombres en el mismo instante en que los ven, que por eso no son capaces de descubrir por sí solos la oscuridad que se oculta en ellos. Jonás tampoco lo fue, y continuó hablándome. "Podrías pasar la vida contemplándola, ¿verdad?". "Aseguran que es maravillosa —contesté insegura—, pero jamás la podré

ver". Él debió buscar en el fondo de mis pupilas y guardó silencio. Nunca he sabido cuándo aprende un ciego a descubrir que lo miran directamente, pero hace tiempo que lo hice. "Siento mi falta de tacto —añadió desorientado—. No había reparado...". "No tiene por qué disculparse, nadie suele hacerlo la primera vez que me ve". Tal vez con la intención de remediar su falta, no solo se ofreció a describirme su propio aspecto, sino también todo aquello que yo no alcanzaba a distinguir. Así supe del color de su barba, de su afición al tabaco y a las mujeres, de la suerte que tenemos al viajar en uno de los mejores vapores que navegan estas aguas, según creo recordar, con una eslora de ciento trece metros, dos calderas de setecientos caballos de potencia, una velocidad de crucero de 15 nudos y el primero de su clase dotado de luz eléctrica. Pero hoy no ha tenido tiempo de más. Los deberes como capitán lo reclamaron enseguida y se marchó. Eso sí, con la promesa de buscar nuevas ocasiones para contarme sus historias de viejo lobo de mar».

A mitad de la segunda página, envolví el paquete alegando la dificultad que me suponía su lectura y lo protegí entre los brazos para hacer definitivamente mío aquello que Hugo me acababa de entregar. Pese a su insistencia, no accedí a seguir leyendo.

Raimundo nos esperaba sentado en su silla portátil con los brazos cruzados, tarareando con tonillo flamenco.

—¿Cómo ha ido ese viajecico por el Baetis? —preguntó mientras nos ayudaba a bajar y amarraba la barca en un tocón.

—No ha estado mal —respondió Hugo—. Pero más vale que le dé una buena mano de betún al casco de esos viejos botes. Si no se anda con ojo, sus clientes terminarán devorados por las carpas en el fondo del río del que habla, que debe ser el mismo que acabamos de navegar.

Raimundo le rio la gracia y levantó los brazos hacia el cielo, dando a entender que eran las cosas de la vida y que no había nada que se pudiese hacer.

—¿Es allí donde han olvidado a Marcelo y su chavalina, en el fondo del agua?

—No, los hemos perdido cerca del puerto. ¿Cuánto le debemos? —preguntó Hugo, buscándose la cartera en el bolsillo.

—Guarde su parné y la próxima vez traigan una bota de vino.

Le dimos las gracias, dejamos atrás las hierbas de la margen izquierda y nos dirigimos hacia la comodidad del adoquinado de Torneo.

A las dos de la tarde se despidió de mí en la puerta de casa.

Una semana después, habiendo leído con insaciable apetito todas y cada una de las palabras traducidas por Cipriano, deseosa de

compartir mis inquietantes descubrimientos, metí las cuartillas en una vieja carpeta y quedé citada con Hugo en los jardines de Murillo. Sentados en uno de los bancos revestidos con azulejos del monasterio de la Cartuja, bajo la blancura inmaculada de las flores de una gigantesca magnolia grandiflora, comencé a narrarle los secretos que me habían sido desvelados.

Capítulo 2

I

La segunda noche que Andrea pasó en alta mar quedó marcada en el diario como una de las peores de su vida. Conrado, un cincuentón que —según debió contarle el capitán en los primeros días de travesía— había sabido huir de la apariencia típica de los indianos acaudalados de la época, siempre entrados en carnes y con las leontinas de oro colgando de un bolsillo del chaleco, acudió al camarote de su hija minutos antes de dar las ocho:

«Lunes, 9 de noviembre de 1891.

Cuando papá golpeó la puerta y susurró mi nombre, hacía rato que lo esperaba con ese vestido negro que tanto me ciñe la cintura. Ahora sé que hice mal colocándomelo, porque debió contrastar en exceso con la extrema palidez de mi rostro, y me impidió respirar durante toda la velada. Me levanté con desgana y le abrí notando que mi cabeza se movía a distinto ritmo que mis pies.

—Date prisa —dijo al besarme la frente—. Recuerda que estamos invitados a la mesa del capitán. Él nunca se retrasa.

Varias horas antes, cuando el sol se precipitaba hacia el ocaso, un viento del noroeste había empezado a rizar el mar y terminó transformando su superficie de seda en una sucesión infinita de sacudidas, en una cadencia hipnótica con la que mi estómago no se supo sincronizar.

—Papá, no seré capaz de tragar nada esta noche —le susurré con un hilo de voz—. Es preferible que me dejes descansar y acudas solo a tu cena.

—Andrea, no digas sandeces. Jonás es un viejo amigo. Ha insistido en que nos acompañes y no pretendo defraudarlo. En estos casos es mejor distraerse. Verás cómo cuando tomes el primer bocado te sientes mejor.

También yo pensé que debía hacer un esfuerzo y no rechazar la hospitalidad del capitán. Salí al pasillo, agité la mano en el aire buscando el tirador y eché la llave. Tomada de su brazo, caminamos a través de un laberinto de estrechos pasadizos en dirección al comedor de los pasajeros de primera. Llegando a la puerta, él se detuvo para echar una ojeada en

rededor y contarme lo que había frente a nosotros. El inmenso salón, enmoquetado y repleto de mesas ocupadas por hombres de negocios y por familias que viajaban quizá por primera vez hacia las Américas, según me dijo, era una nube de humo que no dejaba ver más allá de unos metros y apenas permitía respirar.

El mareo se intensificó.

Un ruido leonino recorrió mis tripas sin control. Jonás, que debió reparar en nuestra presencia, acudió a recibirnos.

—Mi querido capitán —le oí decir a papá.

—Señorita Andrea —añadió aquel, agarrando mi mano y ensayando sobre ella un beso que no llegó a rozarme la piel—, me alegro de que haya aceptado mi invitación. Si son tan amables...

Siguiendo al viejo marinero, atravesamos el salón en busca de una mesa apartada en la que tomamos asiento. A mi derecha, el familiar perfume de papá. Frente a mí, el olor meloso del tabaco de una pipa y la respiración profunda de un hombre sexagenario que volvía rastrear indicios en mi rostro que delatasen mi condición.

—Tienes una hija preciosa. ¿Por qué nunca me hablaste de ella?

—Era mejor que un viejo bribón como tú no supiese de su existencia —bromeó papá en tono jocoso. El capitán dio una nueva calada y retuvo el humo en los pulmones hasta que fue asimilado en su totalidad. Lentamente, expulsó la bocanada depurada.

—¡Ja! A mi edad no tienes nada que temer —respondió—. Hace siglos que dejé de cortejar a las mujeres. He aprendido lo suficiente como para saber que es mejor no acercarse demasiado a ellas. No todos hemos tenido la suerte que tú tuviste con Laura. Lástima que no haya podido acompañaros.

Papá guardó silencio buscando la respuesta. Hacía más de un año que ella no salía de su habitación, y apenas abandonaba la cama lo suficiente como para tomar las sopas revitalizantes que le preparaba el servicio y alguna que otra cucharada de sus tarros de jarabe. Desde que enfermó, la casa había perdido su encanto. El piano de cola que papá le regalara dejó de rellenar cada uno de sus rincones, el jardín en que tantas veces nos sentamos juntas se marchitó. No solo él la echaba de menos. Jamás se había separado de mi lado hasta entonces. Solo por sus ojos fui capaz de reconocer los colores en un mundo sin luz. Ella me enseñó que bajo los pétalos de las rosas se esconde el rojo intenso que enciende el corazón, que la fragancia delicada de los lirios y las violetas solo puede proceder del azul. Con ella fui capaz de tocar el amarillo deslumbrante del sol, de bajar hasta los sótanos, con mis ojos tan cerrados como los suyos, y comprender, así lo quiero pensar, el frío húmedo de las sombras, de reconocer cara a cara aquello que los que pueden ver llaman oscuridad y que para mí nunca ha sido más que un concepto sin sentido. Junto a ella, en los sótanos de nuestra casa, sin velas que nos iluminasen, compartiendo ambas las

mismas sensaciones, aprendí a palpar su cara como ella palpaba la mía, junto a ella comprendí que mi mundo no es diferente, sino que es la gente la que se empeña en que lo sea. Sí, también yo la añoraba, incluso más que él. Por eso tardó tanto en contestar, porque, al igual que yo, se quedó solo cuando enfermó. Porque no deseaba abrir las heridas hablando de ello. Porque él tampoco soportaba la casa sin que la felicidad de mamá rellenase sus vacíos. Aquel era el verdadero motivo por el que a la vuelta de sus viajes permanecía apenas unos días a su lado, sentado a los pies de la cama o reclinado en el sillón junto al fuego, frente a ese retrato que le hicieron a mamá unos meses después de casarse, y volvía a planear su partida sin dar tiempo a que la impotencia acabase con la poca cordura que aún le quedaba.

—Sabes que Laura odia el calor y los mosquitos de la Habana —respondió tras su largo silencio.

—¿Conoce usted a mi madre? —me atreví a preguntar.

—Desde hace décadas. Tuve la suerte de capitanear el barco en que tu padre la llevó a Cuba por primera vez.

—No recuerdo habértelo dicho, —añadió papá—, pero Jonás tuvo todas las atenciones con nosotros en el viaje que refiere. Desde entonces intento navegar en los barcos que están bajo su mando.

Jonás dejó escapar una leve sonrisa y creí notar que levantaba la mano y la agitaba. Uno de los camareros se acercó a nuestra mesa con una botella de jerez y nos sirvió las copas sin preguntar.

—Pruébenlo —nos propuso a continuación—. De tierras gaditanas. Me han asegurado que es de los mejores... ¿Es allí a donde se dirigen, a la Habana?

Papá se llevó el vino amontillado a la nariz, dejando que su intenso aroma lo embriagase antes de tomar un trago corto. Yo acerqué las manos al borde de la mesa y comencé a reconocer los objetos con cuidado, tal como mamá me había enseñado a hacer en sociedad. Localicé el borde del plato con los dedos doblados hacia dentro y seguí su contorno a derecha e izquierda, en busca del frío metálico de los cubiertos. Los rebasé, agarré la copa y me la acerqué a los labios sin probar su contenido.

—No, en la Habana solo pasaremos la primera noche. Al día siguiente nos trasladaremos a la hacienda. Tengo allí reservada una sorpresa para mi querida hija. ¿Le he dicho que cumplirá los diecinueve en unas semanas?

—¡Papá! —repliqué avergonzada—. Tal información no será del interés del capitán. Debe tener problemas más importantes que atender.

—En eso se equivoca, señorita Andrea. Si hay algo que me ha enseñado la edad, es a disfrutar de los detalles de la vida. Este barco alcanzaría puerto sin necesidad de mi atención. Sin embargo, pocas veces se tiene la oportunidad de contar con una compañía como la suya y la de su padre en un vapor repleto de emigrantes y buscavidas.

—Amigo mío —protestó papá—, no hables así de esa pobre gente. Olvidas que yo también lo fui una vez.

—Es cierto. Nadie diría ahora que un día estuviste sin blanca.

Papá iba a replicar algo en su defensa, pero el camarero se acercó de nuevo a nuestra mesa para servirnos una sopa de pescado. Cuando volvió a dejarnos solos, Jonás agitó su servilleta, haciendo que los vapores del caldo volasen hacia mí, y, estoy segura de ello, ajustó uno de los picos en su cuello a modo de babero para evitar mancharse el uniforme. A partir de aquel momento, mi memoria empieza a fallar. Solo recuerdo que mi cuerpo consiguió tolerar con muchas reticencias el caldo, y que se negó en redondo a engullir el asado de cordero. Un sudor frío brotó por cada uno de los poros de mi piel, el intenso murmullo que nos rodeaba dio vueltas a mi alrededor. Después todo fue silencio.

Esta mañana, según me contó papá cuando volvió a buscarme al camarote, aún permanecía dormida, con el vestido negro ceñido a la cintura. Solo supo que seguía viva por mi respiración entrecortada y el reguero de bilis y vino de jerez que brotaba de los alrededores de la bacinilla de porcelana. Como la noche anterior no se atrevió a desvestirme y ponerme ropa para dormir, se limitó a cubrirme con una manta y dejarme descansar. Por suerte, ya pasó todo. Aunque el mar sigue tan bravo como ayer, el poder escribir estas letras demuestra que me he repuesto, que estoy preparada para continuar el viaje con cierta dignidad. Solo me resta salir a cubierta, buscar al capitán y disculparme por mi inoportuna indisposición».

Como el resto de la página estaba impoluta, la retorné a la carpeta con el resto y decidí que era el momento de compartir los miedos que su lectura me había infundido.

—¿Te das cuenta?

Hugo, perdido el hilo de la historia, no supo qué responder.

—Vamos, piensa un poco. Ahora sabemos que el retrato que cuelga sobre la chimenea de ese caserón no es de Andrea, sino de su madre, Laura —le expliqué—. Y no solo eso. También sabemos que, aunque esta se sentaba con su hija en el jardín para compartir un mundo sin luz, era en los sótanos de la casa donde conseguía tocar su alma. Solo allí, participando de la oscuridad en la que ella vivía, sintiendo el mundo como Andrea lo sentía, era capaz de conectar. Y antes o después yo también tendré que hacerlo. Si aspiro a entender su verdadera historia, habré de bajar a los sótanos que tanto me aterran y escuchar.

—Ignoraba que vuestra nueva casa dispusiese de sótanos.

—Pues dispone de ellos. Como Cañizares iba retrasado con las obras y mi madre no paraba de hostigarlo, acordó clausurar la puerta que daba acceso y postergar su reforma. Ni siquiera instaló una mísera

bombilla. Nunca he bajado. Teresa tampoco. Pero afirma que la escalera va a derrumbarse de un momento a otro, y que ese lugar es tan oscuro como boca de lobo, que noche tras noche oye a las ratas campar allí abajo a sus anchas.

—No sé si te comprendo. ¿Intentas decirme que no te atreves a bajar a los sótanos porque les tienes miedo a las ratas?

—No... No es a las ratas a las que temo —confesé insegura.

—¿Pues entonces, a qué?

—Te reirás de mí.

—Nunca me reiría de ti.

—¿Lo prometes?

La expresión de sinceridad que encontré en su cara me animó a proseguir.

—Fue en la madrugada del jueves pasado, obsesionada por la traducción de Cipriano —continué diciendo con la vista en la carpeta —. Me habían dado las tres de la madrugada. Hice un alto para estirarme y descansar los ojos, y bajé en busca de un vaso de agua. Aquel día el Comandante estaba de servicio, por lo que supuse que mi madre y Teresa llevarían horas durmiendo. Temí despertarlas y salí de la habitación descalza, a oscuras, guiándome por el resplandor que la luna proyectaba a través de la ventana del jardín. El silencio era total. Entonces oí un rechinar extraño procedente de muy abajo. Me detuve a mitad de la escalera y escuché con mayor atención. Algo grande rascaba en las profundidades de la casa. Imposible que se tratase de una rata. La negrura de la noche me envolvió, la casa entera se inclinó hacia mí. Aterrada, me volví hacia la puerta de los sótanos, segura de que la encontraría abierta, e intenté taladrar la penumbra. Me arrepentí mil veces de no haber encendido una luz. Pese a mi certidumbre, la puerta parecía cerrada.

En este punto hice un alto y estudié la expresión de Hugo.

Él me escuchaba boquiabierto.

—Me mantuve en aquella posición mucho rato, sin mover ni un solo músculo —continué diciendo—. Los ruidos habían cesado. Me armé de valor y me dije que estaba actuando como una niña asustadiza, que tenía que acabar de una vez por todas con el misterio de las ratas. Corrí escaleras abajo, agarré el pomo de la puerta y empujé. Imposible de abrir. Entonces recordé que mi madre siempre la mantenía bajo llave. Aunque escuché un rato más, definitivamente los ruidos habían cesado.

Guardé silencio y levanté los ojos con timidez hacia Hugo

—Me temo que aún no te has acostumbrado a esa casa —concluyó él—. Continúas creyendo que las ánimas de Andrea y su familia siguen merodeando por ella.

—Quizá lleves razón —reconocí—. Pero debo admitir que me

asusté de verdad... Y también que me alegré de que la puerta estuviese cerrada. No habría tenido el valor de enfrentarme a los fantasmas que habitan mi cabeza a semejantes horas de la madrugada.

—¿No te atreviste a buscar la llave?

—Ni soñarlo. Deseosa de regresar a la seguridad de mi cuarto, me olvidé del agua que fui a buscar y subí los peldaños de la escalera de dos en dos.

Hugo no añadió nada más.

Por el contrario, me contempló durante unos segundos, con una seriedad desconocida en él, se acercó lentamente y me besó. Nadie antes lo había hecho.

Aún no sé si fue un beso esperado, ni si él permaneció con sus ojos abiertos o si los cerró como yo. Pero sí sé que apreté mis labios contra los suyos y mis temores se diluyeron como se diluye la tinta de una pluma en el agua. Aquel recuerdo me sigue acompañando cada vez que regreso de una pesadilla en mitad de la noche, cada vez que abro los ojos buscando cordura.

Al rato, sin romper el hechizo, se apartó de mí y me pidió que siguiese leyendo:

«13 de noviembre de 1891.

Solo ahora, al plasmar la fecha en el diario, caigo en la cuenta de que ha pasado una semana desde que escribí aquellas primeras páginas, y que no seré capaz de narrar este viaje si no adquiero el hábito de hacerlo. Son tantas las cosas que han ocurrido que apenas me ha quedado tiempo para ello. Habré de poner mayor empeño.

Según me ha contado Jonás, ahora empieza el verdadero viaje a través del Atlántico. Hace dos días que abandonamos el puerto de Santa Cruz y estamos a punto de adentrarnos en los confines de un océano bello a la par que traicionero. Escasamente hemos estado unas horas atracados en Santa Cruz, el último puerto español que veremos antes de llegar a la Habana, por lo que no se nos ha permitido bajar a tierra. Papá asegura que, aunque esas islas siguen siendo nuestras, son los ingleses los que las están transformando. Antes, me ha dicho, todos los isleños se dedicaban a la cría de la cochinilla, un insecto que vive en las pencas de las chumberas y que, si lo revientas sobre tu mano, puedes teñírtela por completo del rojo que mamá me enseñó a ver en las rosas del jardín. Acaso, pienso, esos bichejos incluso huelan como ellas. También me ha contado que la sustancia que le extraen es un excelente tinte natural, pero que ya casi no se usa porque ha sido sustituido por otros artificiales, y que por eso los ingleses están trayendo plataneras. Me hubiese gustado tanto pasear por aquella isla volcánica... Le he hecho prometer que me llevará allí en su próximo viaje.

Al parecer, las Canarias son puerto franco. No he entendido bien lo que significa eso, pero por lo visto gran parte de sus negocios se desarrollan allí, y necesita acudir al archipiélago cada poco tiempo. Trae el azúcar de su ingenio y la vende a los ingleses ahorrándose los impuestos. ¿Qué sé yo? Después de tantos años sin interesarme por sus asuntos, no me creo capaz de terminar de entenderlos. Además, él no habla de ellos. Incluso tal vez haya recurrido a ese tema por evitar la añoranza de mamá. No puedo dejar de pensar que desde que partimos hacia Cádiz, en esa calesa tan elegante que arrendó, lleva más de una semana sola en el caserón, atendida únicamente por el servicio y por las visitas esporádicas de Hilario, el médico de la familia. Que, la verdad, después de tanto tiempo, no estoy segura de si está tratando de sanarla o por el contrario intenta matarla con sus pócimas verdosas y sus sanguijuelas.

En fin, no pretendo seguir martirizándome y terminar rellenando el diario con palabras tristes. Seguro que mis dudas son infundadas, que está bien cuidada hasta nuestra vuelta.

Hoy he conocido a otro de los pasajeros que nos acompañan en la travesía. Es un chico bastantes años menor que yo, pero hemos congeniado desde el primer momento. Igual que todas las madrugadas, había subido a cubierta para disfrutar de esa brisa fresca que asciende del mar antes de la salida del sol. Como suelo hacer para no errar la trayectoria, me agarré a la borda y comencé a caminar hacia proa. No habría dado ni diez pasos cuando noté que mis pies se enredaban en un cabo y me precipitaba hacia el suelo. Cuál fue mi asombro cuando mis manos golpearon contra el pecho de un muchacho y lo hicieron saltar como lo hubiese hecho un gato sorprendido en su sueño.

—Perdone, señorita —dijo confundido y temeroso—. Me he quedado dormido.

Agarró una de mis manos y tiró de mí para levantarme. Pero al momento la soltó y se apartó. Yo vestía una falda larga y roja, enfajada a la altura de la cintura, y una camisa blanca de cuello cuadrado anudada con una cinta de seda. Supuse que había reparado en mis ojos y se había asustado. Pero luego, cuando noté el frescor en mi pecho, comprendí que en la caída el nudo de la camisa se había soltado y había dejado al descubierto más de lo que marcaba el decoro. Recompuse mi ropa y procuré serenarme.

—¿Quién eres? —pregunté molesta.

—Airam, señorita —respondió él.

—¿Se puede saber qué hacías tirado en el suelo? Has conseguido que me caiga.

—Esta noche se ha movido y no he podido pegar ojo. En la bodega hacía demasiado calor. Me he quedado dormido, pero ya me vuelvo abajo.

—Aguarda. No te librarás de mí tan fácilmente —dije—. ¿Viajas en la bodega?

—Sí, señorita. El dinero que pagamos los emigrantes no da para un camarote.

—Ya entiendo. ¿Y cuánto dinero es ese para que viajéis como ganado?

—No lo sé —susurró bajando la voz hasta que sus palabras se confundieron con el murmullo del mar.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Me tomas el pelo?

—No, señorita. Es que...

—Vamos, estoy esperando, contesta.

—Debo irme ya.

—¿Vas a responderme o quieres que llamemos al capitán?

—No, señorita, eso no.

Un silencio incómodo se impuso entre ambos. Como todos acaban haciendo, él debía escrutar mis ojos.

—Soy ciega —lancé crispada por su actitud.

Airam continuó un rato sin abrir la boca. Luego, tal vez convencido de que yo no desistiría del empeño, tomó una de mis manos y se la llevó a la cara. Me acerqué para alcanzarlo con las dos: pelo corto y rizado, orejas abiertas, algo ensoplilladas, cejas densas, buscando la una a la otra, ojos grandes, labios gruesos, sonrisa larga.

—Me alegro de conocerte, Airam —dije separando las manos y ofreciéndole mi gratitud por mostrarme el rostro con semejante naturalidad. Fue aquel gesto, ahora que lo pienso, el que me incitó a contarle tantas intimidades de nuestra familia como acabé contándole aquella mañana —. ¿Querrías acompañarme hasta la proa? Ahora dudo de si sabré alcanzarla sin tu ayuda.

—Es que... Bueno, es que tengo que confesarle que me colé sin pagar cuando el barco hizo escala en Tenerife. Si no vuelvo abajo antes de que amanezca, me pillarán.

—Ah. Ahora entiendo. Pero no tienes por qué preocuparte, yo te protegeré. Soy amiga del capitán —dije ofreciéndole mi brazo.

Aunque se lo pensó dos veces, terminó por tomarlo.

—Oye, ¿tú si has pagado? —preguntó cuando echamos a andar.

—Sí, una barbaridad según tengo entendido. Más de mil quinientas pesetas. Es parte de mi regalo de cumpleaños.

—¡Trescientos duros! —exclamó—. ¿Viajas en primera?

—Sí. Mi padre tuvo suerte con los negocios, no valora demasiado el dinero... Te confesaré un secreto —le susurré con misterio, pretendiendo enmendar mi falta de tacto.

No pude ver la curiosidad reflejada en su cara, porque hacía rato que había retirado las manos de ella, pero noté que se detenía expectante.

—Hace unos días, antes de atracar en Santa Cruz, me contó que también él estuvo una vez sin blanca, como tú, y que surcó los mares como ahora haces tú, en busca de aventura y fortuna. Nunca me lo dijo. Pero el capitán nos había invitado a cenar y surgió el tema en la mesa. Por eso me

enteré.

—¡Cenaste con el capitán!

—Bueno, se podría decir que más o menos. Había una fuerte marejada, supongo que lo recuerdas —dije. Airam agitó la cabeza—. Estaba muy mareada, y en cuanto probé un bocado eché las tripas por la boca. Y en el camarote fue peor. No conozco las condiciones en que viajáis en la bodega, pero te puedo decir que muchos de los camarotes, aunque sean de primera, no permiten abrir los ojos de buey. El poco aire respirable de los manguerotes de ventilación llega viciado y caliente. Resultó una tortura.

—Vaya —se lamentó.

—Sí. Una noche de perros —añadí—. La cama giró durante horas, y el olor de mis propios vómitos y el sabor agrio en la boca fueron aún peor. En fin... El caso es que al día siguiente fui en busca de mi padre. Él siempre está haciendo anotaciones en sus libros y planificando algún nuevo cargamento, pero aquella tarde lo encontré ocioso. Hablamos de mi madre y de otras cosas de las que nunca solemos hablar. Entonces recordé las palabras que Jonás pronunció durante la cena y le pregunté por su vida anterior, cuando ni mi madre ni yo estábamos a su lado. Por eso me enteré de que una vez se embarcó en busca de aventura, como tú has hecho. Así que no sois tan diferentes.

—¿Y era tan pobre como yo? —insistió Airam vislumbrando un halagüeño futuro.

—No digas tonterías. ¿Quién ha dicho que tú seas pobre? No es lo mismo estar sin blanca que ser pobre. Nadie que lo fuese se embarcaría hacia un mundo desconocido como tú lo has hecho. Ni mi padre ni tú lo habéis sido nunca.

Su silencio me transmitió que maduraba mis palabras. Me tomó de la mano advirtiéndome de que había un nuevo obstáculo en el camino y me dirigió hacia la escalera que daba acceso a la cubierta principal.

—¡Mira! —gritó cuando nos acercamos a la barandilla—. Creo que esas acaban de subir a respirar.

—Airam, recuerda que no puedo ver. ¿Harías el favor de explicarme eso que tanto te impresiona?

—Lo siento, se me había olvidado. Son dos ballenas. ¿No las oyes?

Necesité agudizar mis sentidos y abstraerme del perpetuo ronroneo que emiten las calderas del barco. Un resoplido distante hizo que volviesen a mi memoria los recuerdos de Moby Dick, la historia de una ballena asesina que mi madre me leyó cuando era niña, aquel animal monstruoso que modeló con barro para que comprendiese de qué me hablaba.

—¡Sí, ahora las oigo! —grité.

—Deben ser una madre y su cría, porque la grande empuja a la chica para sacarla del agua y que respire. Abren la nariz y echan el aire, como hacen los burros al estornudar.

—¿Y se puede saber cómo estornuda un burro? —pregunté divertida por

la extraña comparación.

—No me digas que no los has visto... Perdón. Otra vez se me ha olvidado. Expulsan los mocos en todas direcciones, como ellas, y te ponen perdido si no andas listo. Pero esas ballenas son más grandes y sus mocos llegan más alto, tanto como el campanario del pueblo. Y luego caen igual que la lluvia desde... ¡Otra vez! ¿Las oyes?

—Claro que sí. ¿Esa ha sido la grande?

—Esa ha sido.

Nos acercamos el uno al otro y nos asomamos aún más a la barandilla. Él con sus ojos clavados en la distancia y yo escuchando sus resoplidos y sus cantos de sirena.

—Ya se van —concluyó defraudado.

—Vaya, que pena. Pero ha estado bien.

—Venga, ahora te toca a ti. Explícame su historia.

—¿La de quién?

—¿Pues la de quien va a ser? La de ese que dices que nunca fue pobre. Todavía no me has contado lo que hablaste con él después de la vomitera. Se te ha ido el santo al cielo con las ballenas.

—Lo siento.

—Venga —insistió.

Más por rememorar la conversación con mi padre que por satisfacer su curiosidad, aunque omitiese muchos de los detalles que ahora escribiré, le conté lo siguiente:

—Él era el menor de tres hermanos y sus padres siempre trabajaron como jornaleros. Con gran esfuerzo habían conseguido ahorrar algo de dinero y lo invirtieron en Las Yeseras, una modesta finca cuyas tierras resultaron ser menos productivas de lo esperado. Se instalaron en ella y se dedicaron a cultivar trigo y cebada. Mi padre era un niño por aquellos días, no más de diez años según me contó. Abandonó la escuela poco después de aprender a leer y jamás volvió a ella. Durante un tiempo mis abuelos, a los que yo nunca conocí, consiguieron prosperar estrujando hasta la última gota de aquellas tierras con la ayuda de sus hijos. Pese a lo cual, poco a poco la sequía y los bajos precios del grano acabaron produciendo una profunda herida en la precaria economía de la familia. Al cumplir los veintiún años, en 1957, mi padre fue llamado a filas. Lo destinaron a Valencia. Allí oyó hablar por primera vez de la gente que se iba a hacer las Américas y volvía rebosante de riquezas, y la idea fue poco a poco calando en su cabeza. Dos años y medio después volvió a casa licenciado. Preparó una exigua maleta con algunas ropas y un puñado de pesetas, se despidió sin atender los consejos de su familia, y se marchó. Nunca volvió a ver a mis abuelos. Cuando pasados bastantes años regresó a la península, ambos habían muerto.

—Es una historia muy triste —concluyó Airam.

—Sí que lo es —le respondí—. Estoy convencida de que mi padre aún

no se ha perdonado dejarlos solos en una tierra maldita, que se avergüenza y que por eso no se atrevió antes a hablarme de ellos.

—Lo siento por tus abuelos —se lamentó—. ¿Por qué tardó tanto en regresar a la península? Tal vez así hubiese conseguido evitar la tragedia.

Pese a tan atinada pregunta, me resultó imposible responderla. Papá subió a cubierta para anunciarme la hora del desayuno y Airam emprendió una sigilosa fuga. Escribiendo estas letras, me arrepiento de no haberme despedido de él con mayor diligencia. Quién sabe si tan diferente forma de viajar, él, escondido como polizón, y yo, rodeada de mujeres remilgadas y hombres de negocios, impedirá que nuestros caminos se vuelvan a cruzar, que me sea imposible satisfacer su curiosidad».

II

Había repasado tantas veces aquellas páginas que no necesité seguir leyendo para relatarle cuanto aconteció a Andrea al día siguiente. Me recliné en el banco azulejado, apreté más mi cuerpo contra el de Hugo, y cerré los ojos pretendiendo conectar con el mundo de Andrea, con un mundo al que le estaba vedada la luz.

A la madrugada siguiente, Andrea regresó a cubierta deseosa de encontrarse con la frescura e inocencia que tanto la conmovieron. Y, en efecto, desafiando al destino, navegando un océano al fin dormido, Airam allí la esperaba, recostado contra la borda, ansioso por conocer la suerte que otros corrieron viajando a las Américas igual que él lo hacía, con los bolsillos vacíos. Supo así que Conrado marchó hacia las Antillas en 1859, cuando los barcos que surcaban los mares estaban sometidos al capricho de los vientos. En aquel primer viaje tardó más de un mes en cruzar el Atlántico. Después de semanas rondando por el puerto de Cádiz, consiguió enrolarse como grumete en un bergantín de maderas rancias que hacía la ruta hacia el caribe. Aunque, siendo ignorante como era en cuestiones de mar, tuvo la mala fortuna de elegir para ello el inicio del verano, cuando las tormentas tropicales y los huracanes azotan aquel océano con mayor virulencia. El capitán se lo advirtió antes de partir, pero él no le dio importancia a sus palabras hasta que estuvo en alta mar. A las dos semanas de fregar a diario la cubierta, encararon el primer temporal. Apenas les había dado tiempo a arriar la vela mayor y disponerse a capear las olas cuando una de más de diez metros se estrelló contra el costado de estribor. Uno de los calabrotes que tensaba la verga mayor —este y otros términos marinos, dejó dicho Andrea en el diario, y así también se lo explicó a Airam bajo un cielo cubierto de estrellas, los aprendió su padre del capitán del barco, que a su vez los aprendió de los viejos marineros de oficio antes de que apareciesen los buques a vapor— se partió por la mitad y el latigazo lanzó a uno de los hombres al agua. No lo volvieron a ver y, a decir verdad, no lo echaron en falta hasta tres días después, cuando los nubarrones negros se perdieron en el horizonte y consiguieron dormir por unas horas. La tormenta dejó el barco a la deriva, con sus aparejos destrozados y las velas desgarradas o perdidas, y quedó inmóvil en mitad del océano. Necesitaron varios días para recomponerse y recuperar el rumbo. Pero las siguientes semanas se transformaron en un infierno, porque el mar había entrado en la bodega malogrando gran parte del agua potable y los alimentos. Aunque Conrado había vivido años de escasez con su familia, nunca supo lo que era el hambre, y menos la sed. El hambre, según le contó

su padre, es un enemigo paciente, que devora tu cuerpo poco a poco desde dentro, dejando que la fuerza se agote y te rindas sin oponer resistencia. La sed, en cambio, es una fiera bien diferente, un animal que te mira a los ojos antes de atacar y te dice que vas a morir sin remedio. Tu cabeza deja de pensar en cualquier cosa que no sea el llevarte un trago de agua a la boca, y todos a tu alrededor se convierten en acérrimos enemigos. No fue hasta semanas después, al divisar tierra firme, cuando comprendió que el estricto racionamiento al que les sometió el capitán y, por qué no decirlo, los dos muertos a puñal por saltarse su autoridad les habían salvado la vida. El destino de Conrado no era la isla de Puerto Rico. Sin embargo, fue en sus costas donde fondearon. El padre de Andrea saltó a uno de los botes que partieron del barco y no volvió la vista atrás hasta haber recorrido varios kilómetros tierra adentro. Agotado y famélico, levantó los ojos y enfrentó el verdor deslumbrante de una cordillera que se perdía de vista a izquierda y derecha. Fue consciente entonces de la precariedad de su situación: había acabado perdido en una tierra desconocida y hostil, y no portaba absolutamente nada entre las manos. Lo poco que viajaba en su maleta había naufragado durante la tormenta. Con todo, no desesperó. Sus padres le habían enseñado desde niño a trabajar la tierra y, no con poco esfuerzo, consiguió que lo tomasen como recolector. El primer grano de cafeto fue introducido por los franceses en el caribe dos siglos antes, y su cultivo reclamaba toda la mano de obra disponible. Allí pasó varios años, sin apenas cobrar, soportando el calor pegajoso del clima tropical, luchando contra las plagas de mosquitos que te chupaban hasta la última gota de sangre.

En mitad de la historia intuyeron la bocina de otro buque. Andrea guardó silencio. Airam se incorporó y se asomó a la borda.

—Parece un mercante —le dijo—. Está demasiado lejos. Apenas distingo el humo de las chimeneas.

Ella también se levantó del entarimado en que se hallaban sentados, palpó el pasamanos que recorría el costado y se apoyó junto a Airam. Aunque pretendió descubrir la posición del barco, los únicos sonidos que consiguió reconocer procedían de las olas estrellándose contra el casco y del suave zumbido del viento.

—Ya no se ve.

Ambos guardaron silencio, dejando que las rachas frías del mar acariciasen sus caras.

—Espero que a mí no me suceda igual, que mi viaje termine en un fracaso — reflexionó Airam

—¿Por qué dices eso? —preguntó Andrea—. Mi padre no fracasó. Estaba convencido de que no había recorrido medio mundo para enfrentarse de nuevo a la miseria. En Puerto Rico fue ahorrando con gran esfuerzo el escaso dinero que le pagaban en los cafetales, hasta

que consiguió reunir el suficiente como para pagarse el viaje que le llevaría hasta Santiago de Cuba. Ese era su sueño. Según lo que oyó en sus días en el Ejército, allí era donde se hacía fortuna.

—¿Y lo consiguió?

—Al principio Cuba tampoco le dio lo que esperaba. Siguió ganándose la vida con sus manos, en las plantaciones de caña de azúcar, junto a miles de esclavos negros. Sin embargo, unos meses después de su llegada a la isla, el dueño de una de las fincas debió de ver algo en él y lo nombró capataz. No fue un cargo fácil de desempeñar, porque los esclavos hacía tiempo que habían comenzado a rebelarse contra sus amos. Probablemente aquel fue el motivo por el que se fijaron en mi padre... —aquí, Andrea hizo una larga pausa—, porque no era negro. Pero estaba decidido a no dejar escapar tan bienvenida oportunidad y puso todo su empeño en agradar a los propietarios. En pocos años, la plantación se convirtió en una de las más productivas de la región.

Diciendo aquello, el viento arreció.

Un fugaz escalofrío recorrió el cuerpo de Andrea. Airam la tomó de la mano y la condujo a uno de los bancos más soleados. Ella reclinó la cabeza y miró al astro naciente con los ojos abiertos.

—Y tú crees que se vio obligado a enfrentarlos.

—¿Cómo dices?

—Por eso te has puesto triste, porque crees que tuvo que hostigar a los hombres negros para ganarse la confianza de los amos. Eso he oído, que los dueños los hacen trabajar de sol a sol sin pagarles nada para ganar más dinero.

—No lo sé —respondió ella ceñuda—. No me pareció oportuno planteárselo así. Pero sí me dijo que años después consiguió adquirir a buen precio su primera propiedad. Desde entonces no paró de ganar dinero. Una a una fue comprando todas las tierras de los alrededores hasta que se codeó con los propietarios más adinerados de la isla.

—¿Fue entonces cuando conoció a tu madre?

Andrea no supo cómo responder aquella pregunta. Al escucharla por boca de Airam fue consciente de que sus padres siempre habían evitado el tema. Se propuso hablar de ello con Conrado antes de que acabase el viaje.

—No tengo la menor idea —respondió.

Airam meditó si debía formular la pregunta que le vino a la cabeza. Miró sus ojos claros y abiertos, traspasados por los potentes rayos de sol, y al cabo se atrevió.

—¿Tu padre sigue teniendo esclavos en sus plantaciones?

—Espero que no. La esclavitud en Cuba y Puerto Rico fue abolida hace diez años. Aunque, te confesaré algo —añadió indecisa. Un pasajero madrugador se asomó a la cubierta y cruzó junto a ellos.

Andrea guardó un breve silencio. Cuando estimó que se había alejado lo suficiente, continuó hablando—. Si te soy sincera, sí que me gustaría que sus empleados siguiesen siendo negros, no esclavos, pero sí negros.

Airam quedó desorientado.

—Eso me lo tienes que explicar.

—Lo intentaré. Verás, de niña mi madre se empeñaba en mostrarme los colores que impregnan el mundo, no por su aspecto, sino por su tacto, su sonido, su olor: el rojo crujiente de una granada, el blanco acaramelado del melón... ¿Me sigues? —Airam se limitó a contemplarla—. ¿Pero cómo transmitir aquello que no se puede ver? Descendíamos a los sótanos, al único lugar de nuestra casa en que jamás entra la luz, y me explicaba que así era el negro, frío y húmedo, un mundo como el mío, sin ventanas, sin relieve, sin color. Y yo le decía que sí, que lo entendía, que mi mundo era negro. Pero era mentira, lo decía por ella, para contentarla. Nunca lo comprendí.

Airam se removió incómodo, haciendo que chirriaran las tablas resecas del banco sobre el que ambos permanecían sentados.

—Deseo con toda mi alma tocar la piel de un hombre negro —continuó diciendo—. Saber si su color es húmedo y frío, como lo son los sótanos de casa, si su sabor es caliente y amargo como el café recién hecho. Entender si su piel es tan diferente a la nuestra como muchos afirman.

—Creía que era fácil entender la oscuridad para un... Bueno, para una persona como tú.

—No lo es —afirmó ella—. Para un ciego es imposible saber qué es la oscuridad. ¿Acaso tú conocerías el sabor del chocolate si nunca lo hubieses probado? ¿Sabrías reconocer el sonido de tu propia voz si nunca la hubieses escuchado grabada en un fonoautógrafo?

—No sé lo que eso es —reconoció Airam con timidez.

—¿Acaso conoces de qué está hecho este universo? ¿Qué verías al otro lado si lo tomaras en tus manos y lo arrugaras como si se tratase de un burdo trozo de papel? ¿Sabría decirte un pez qué es el agua si jamás ha salido de ella?

—No lo sé.

—Así es. No se puede entender aquello que no tiene contrario. No se puede saber qué color es el negro si nunca se ha visto el blanco. Por eso necesito tocarlos. Acariciar mi piel después de haber acariciado la suya. Tal vez sea el único camino que me lleve a comprender.

Airam no lograba pensar de aquella manera.

De pronto tuvo una idea. Salió catapultado del banco y tiró de su brazo.

—¡Ven! —le ordenó—. Te enseñaré algo.

—¿Qué pretendes?

—Es una sorpresa.

Vacilante, Andrea lo tomó del brazo y se dejó llevar primero a lo largo de la cubierta y más tarde al interior de algún desconocido lugar. El sol dejó de bañar sus cuerpos. La reconocible frescura de las sombras hizo que ella se mostrara reticente, pero Airam continuó avanzando a través de una maraña de pasillos sin atender sus ruegos. Perdidos ya en las entrañas del barco, un olor a madera quemada les embotó los sentidos. El muchacho se adelantó y empujó una puerta. Sus bisagras corroídas por el salitre del mar chirriaron de forma estridente. Andrea no sabía a dónde se dirigían, pero estaba segura de que los pasajeros de primera no transitaban aquel pasadizo. No estaba bien visto que una chica de su edad se perdiese por lugares secretos en compañía de un hombre, por pocos años que este tuviese, y pensó que su padre no aprobaría semejante forma de proceder. Tras un último titubeo, volvió a dejarse llevar. Al cruzar el umbral y pisar del otro lado supo que se encontraban sobre una plataforma metálica, porque los hierros crujieron y las chapas desgastadas se combaron bajo su peso.

—Agárrate aquí —le aconsejó Airam, dirigiendo la mano de ella hacia un lateral—. Es empinada y si pierdes pie, te vas a caer.

Andrea se aferró con fuerza a una pletina fría y rectangular. Los peldaños de una peligrosa escalera se dibujaron en su mente. Alargó un pie intentando descubrir el final del rellano e inclinó el cuerpo en busca del primer escalón. Cuando hubo descendido los dos primeros, los volantes de su falda se engancharon. La tela se desgarró.

—Has conseguido que me destroce la falda —farfulló enfadada—. Sácame de aquí. ¿A dónde me has traído?

—Estamos en la antesala del infierno —contestó él, pretendiendo teñir de dramatismo sus palabras—. Pero no tengas miedo. Yo te defenderé.

—Me estás asustando.

Airam no contestó. Le tomó la mano e hizo que sus dedos se posasen sobre la boca de él. Andrea descubrió que una amplia sonrisa dibujaba su cara.

—¿De qué te ríes?

—Me gusta asustar a las chicas —confesó—. En el pueblo, mis amigos y yo las llevábamos a una de las cuevas bajo el volcán. Cuando estábamos dentro, apagábamos las velas y corríamos para esperarlas a la puerta mientras salían chillando de miedo. Era muy divertido.

—Pues no le encuentro la gracia. Y te advierto que a mí no me lograrás asustar.

—¿Estás segura? —preguntó mientras corría escaleras abajo y la dejaba sola.

Andrea se agarró con más fuerza a la barandilla reprimiendo sus

deseos de gritar. Si era una broma, no estaba dispuesta a sucumbir como una niña tonta. Recogiéndose la falda con una mano, comenzó a bajar despacio. El frescor que sintió al abandonar la cubierta e internarse en las sombras fue desapareciendo conforme descendía, el ambiente se fue haciendo más y más irrespirable. Unos metros más abajo, sus manos descubrieron el final de la pletina. Deslizó el pie para comprobar que no había más peldaños. Estaba en el piso inferior.

—¿Airam...? —susurró.

Nadie contestó.

En previsión de posibles obstáculos, agitó la mano hacia delante y caminó procurando no golpearse. Una pared se interpuso en su camino. Su temperatura era tan alta que hubo de retirar los dedos con premura para que no terminasen achicharrados.

—¡Airam! —exclamó con mayor energía—. Deja de hacer estupideces y ven aquí. Me estás asustando de verdad. Ya no me gusta tu juego.

Un nuevo silencio.

Entonces fue consciente de que el ronroneo constante que los había acompañado desde que partieron del puerto era más patente y todo a su alrededor vibraba con idéntica frecuencia. No tenía sentido seguir allí abajo. Enojada por su ingenuidad, se volvió y caminó en la dirección en la que recordaba haber dejado la escalera. A su derecha, un chirrido le erizó la piel y un ruido atronador la envolvió. En aquella ocasión, Andrea no fue capaz de reprimir un grito de terror.

—¡El infierno te espera! —sentenció el muchacho unos metros más allá.

El calor que salía por la puerta que se acababa de abrir la hizo retroceder varios pasos y protegerse la cara con el brazo. A pesar de ello, el fingido dramatismo de Airam le confirmó que estaba jugando a asustarla, y que no tenía nada que temer.

—Esos demonios tendrán que vérselas conmigo —sentenció repuesta—. Ven aquí y llévame hasta ellos.

—¡Bah! —exclamó decepcionado—. Las chicas del pueblo son más divertidas que tú. Vamos, te enseñaré la sala de máquinas.

Airam la condujo hacia la entrada. El calor y el ruido se hicieron insoportables, y el crepitar de un potente fuego apagó las palabras.

—Te ...sentaré a Lucifer —gritó él apenas capaz de hacerse entender—. Le avisé de ...hoy vendríamos ...verlo y debe ...esperando.

Tras internarse en la sala, Andrea notó que el cuerpo de Airam se agitaba y supuso que le hacía señas a alguno de los hombres que trabajaban allí. Alguien se acercó. El ruido de sus botas aplastando un material quebradizo llegó hasta los oídos de Andrea: el suelo de la sala estaba colmado por restos de carbón. Quizá por eso había pensado Airam en llevarla allí, para que tomase contacto con el color que tan

esquivo le era.

—¿Cómo estás, ...aval? Me alegra verte —intuyeron que decía un hombre entrado en años alzando la voz.

—Hola, Sebastián. Esta es la chica de ...te hablé —gritó el muchacho—. Es mi amiga. Quiere que le ...señes las calderas.

Después de intercambiar varios gestos con el desconocido, Airam le gritó a su amiga que pusiese la mano sobre su hombro y lo siguiese.

—Este barco nada por el mar por lo que estos hombres hacen aquí abajo —fue relatando mientras avanzaban—. Si pudieses verlos, sabrías qu... tiznados de carbón ...cabeza a los pies. Solo podrías loca..zarlos entre las ...ombras por el blanco ...sus ojos y los dientes que se les ven al reír. Eso de ahí son los ...istones, que ...uben y bajan gracias al ...apor de las calderas. Me lo dijo Sebastián la primera vez ...trajo.

Andrea, que seguía recogiendo su falda para no mancharla, hacía un esfuerzo inhumano para entender las palabras que le dirigían.

Cruzaron junto a algo incluso más caliente que el resto de la sala y se volvieron a detener. A aquellas alturas, el sudor les empapaba el cuerpo.

—Sebastián, ya puedes abrir —gritó Airam a todo pulmón. Luego acercó su boca al oído de ella y gritó de nuevo—. ¡Tápate la cara con las manos! Van a alimentar el horno con ...arbón.

Frente a ella, los golpes secos del metal contra el montón, el rugir de las llamas, el crepitar de las ascuas recibiendo las paladas de mineral negro y un calor abrasador.

—¿Te gus...ría hacerlo a ti?

Andrea no comprendió lo que su nuevo amigo quería decir.

—...o creo que sea una ...ena idea —protestó Sebastián al advertir lo que el chico pretendía—. No es ...udente ...ra... ciega.

—Venga, hombre. Una palada y nos iremos —rogó el chico—. Déjala.

La cara de Andrea ardía. Pese a ello, al comprender las intenciones de Airam, quiso demostrarle al maquinista que ni su condición de mujer ni sus ojos apagados la convertían en una impedida.

—Traiga ...í esa pala —gritó ella.

Sebastián dudó, pero terminó alargándosela.

Andrea notó la aspereza de la madera rozando la piel de su mano, palpó el aire hasta descubrir la empuñadura y se aferró a ella con fuerza. Airam se colocó a su espalda y la abrazó con delicadeza. Orientada en la dirección correcta, ensayó una paletada para que comprendiese.

—Ahora tú.

—...ora yo —repitió ella.

El maquinista y el chico se hicieron a un lado para dejarle espacio.

La primera carga se estrelló contra la puerta del horno y el carbón rebotó en todas direcciones. Pero Andrea no desistió. Maldijo entre dientes y siguió lanzando paladas. Después de que hubiese acertado media docena de veces, hubieron de quitarle la herramienta de las manos y apartarla para que no se abrasase. El horno rugió como un animal poseído. Las chiribitas que produjo la antracita al reventar a causa del calor saltaron en todas direcciones. Andrea gritó de puro placer. Buscó a Airam con los brazos extendidos y lo abrazó eufórica.

—Gra...ias —le dijo al oído.

Él apenas intuyó el mensaje.

Sebastián impuso su voz con mayor potencia.

—Debéis iros. El capitán suele acudir a ...tas horas a hacer la ronda. Está prohibido que los ...ajeros bajen a la sa... máquinas. Si os encuentra, tendré serios problemas.

Alguien cerró la boca del horno mientras ellos se encaminaban hacia la salida.

Incluso en la simpleza de aquel episodio, escribió, a Andrea le pareció el mejor regalo que había recibido en mucho tiempo, porque su amigo lo hizo desde el corazón, sin tener nada más que ofrecer que una excursión improvisada al lugar que probablemente lo impresionó antes a él. Nadie solía confiar en sus posibilidades una vez que sabían que era ciega, y la naturalidad con que Airam pensó que le gustaría alimentar el hogar de la caldera y hacer que el barco se moviese unas millas gracias a ella la conmovió. Agradecida, agarró el pasamanos y comenzó a subir. Airam la siguió unos escalones por detrás, comprobando con remordimiento que los bajos de su vestido estaban tan negros como el carbón sobre el que se habían arrastrado.

—Me ha dado la impresión de que Sebastián te aprecia. ¿De qué lo conoces? —quiso saber ella.

—Él me ayudó a colarme en el barco sin pagar y me dijo dónde debía esconderme. Pero apenas lo conozco. Es mi abuelo paterno quien lo conoce. Navegaron juntos muchos años.

—Vaya, así que procedes de una familia marinera.

—No, solo mi abuelo fue marinero. Mi padre no dejaría de machacar terrones en la falda del Teide por nada del mundo. Le aterra el mar.

Ella se volvió para mirarlo con rostro circunspecto.

Airam encontró imposible que aquellos preciosos ojos grises no pudiesen verlo.

—¿Seguro que eres ciega? A veces creo que me engañas, que te estás burlando de mí. —Andrea, que a lo largo de su vida había escuchado demasiadas veces la misma pregunta, formuló otra sin apenas reparar en ella.

—Si tu padre teme tanto al mar, ¿cómo te ha dejado embarcar

solo?

No contestó. Reemprendió el ascenso y la dejó plantada.

Andrea, que comprendió lo que significaba su silencio, no pudo evitar admirarse por la valentía con que aquel muchacho se enfrentaba a un mundo desconocido, en idéntica forma a como lo debió hacer Conrado muchos años atrás. Cuando dejó de oír sus pisadas y las bisagras herrumbrosas de la puerta volvieron a despertar, lo siguió escaleras arriba.

En el rellano, su cuerpo chocó con el de Airam, que permanecía inmóvil, con la puerta abierta y la mano en el picaporte.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada.

—Señorita Andrea, me alegro de volver a verla —saludó una voz ronca.

Andrea supo entonces que frente a ellos se encontraba el capitán, con su gorra bajo el brazo y la pipa en la boca. Soltó la falda para que le cayese hasta el suelo e hizo una breve reverencia correspondiendo al saludo. Jonás perdió el interés en ella y se dirigió al muchacho.

—Mira lo que tenemos aquí.

Airam se apretó contra su amiga.

—Te he visto merodear por cubierta estos últimos días —afirmó Jonás—. ¿Serías tan amable de mostrarme tu pasaje?

Airam, su cuerpo transformado en piedra, no contestó.

—Él viene conmigo —aseguró Andrea, intentando que su voz sonase convincente.

—¿Me está insinuando, señorita, que el billete de este mequetrefe lo compró su padre, el señor Conrado?

Andrea recapacitó.

—Sí. Eso es lo que digo.

Un largo silencio.

El aroma achocolatado en el ambiente, el chocar seco de un metal contra el nácar de una pipa y el chasquido inconfundible de la yesca. El capitán estaba encendiendo el tabaco con movimientos ensayados, mirando de hito en hito a ella y al muchacho. Pese a que la primera bocanada la lanzó hacia el techo, el humo caliente y espeso los envolvió.

—Muy bien —concluyó dirigiéndose de nuevo a Airam—. Haremos una cosa. Hasta que me tope con el señor Conrado y confirme las palabras de esta señorita, te hago responsable de todo lo que le ocurra. Acompáñala de inmediato a su camarote para que se asee y se refresque. Y ten por seguro que, si el señor Conrado la encuentra en semejante estado, te dará una buena tunda.

Andrea, sintiéndose sucia, sacó un pañuelo y se limpió la cara.

Airam se apartó para comprobar su aspecto. En efecto, el capitán llevaba razón. Aquella muchacha de piel ebúrnea y ropas elegantes

había vuelto de las entrañas del barco más negra que los carboneros que atizaban el fuego.

—De acuerdo, señor —tartamudeó tirando de ella hacia el exterior.

A punto de enfrentarse ambos al sol de mediodía, el capitán volvió a hablar.

—Algo más —añadió con el rostro crispado y voz cortante—. Si me entero de que no la tratas con el debido respeto, te aseguro que yo mismo te arrastraré de una oreja hasta ese sitio del que venís y te lanzaré a la caldera. El mundo no volverá a saber de ti. ¿Entendido?

Airam se quedó mudo, pero su amiga lo animó a salir.

Bajo la claridad de la mañana, recorrieron la cubierta y se detuvieron en la barandilla de popa. Allí festejaron la aventura a carcajadas.

III

Conrado —según escribió Andrea en la madrugada del dieciséis—, abrió una de las ventanas y dejó que el frescor y el salitre del mar inundasen el camarote. Fuera, las olas volvían a batirse contra el barco por el lado de estribor, aquel por el que llevaban más de dos semanas viendo esconderse el sol. Sus pensamientos se fundieron con los cobrizos y morados de las últimas horas de la tarde.

—¿Para qué me has hecho llamar, papá? —preguntó ella.

Aquella habitación era varias veces más grande que la suya, y el confortable sofá en que se encontraba sentada distaba más de seis metros de la pared desde la que su padre le daba la espalda. Todo un exceso tratándose del camarote de un barco.

—Tengo esos libros de cuentas suficientemente avanzados. Apenas me quedan algunas anotaciones más y habré terminado. Iba siendo hora de que le dedicase tiempo a mi única hija. ¿No te parece?

Andrea se acomodó sobre los cojines. Sabía que su padre se traía algo entre manos, porque de otro modo no la habría llamado a su presencia. Conrado era un hombre hecho a sí mismo, acostumbrado a la rutina del trabajo desde joven. Sin embargo, pese a su habilidad con los negocios y la afabilidad que transmitía, siempre había encontrado dificultad en demostrar sus sentimientos, y su propia hija no era una excepción. Solo Laura supo derribar el escudo con el que se protegía y llegar a él. Insegura, esperó a que su padre siguiese hablando.

—Me han dicho que te vieron deambular con un chico que no te conviene —dijo, sus ojos aún en el mar.

—Ah... Se trata de eso.

Conrado cruzó las manos a la espalda y se volvió hacia su hija.

—¿Qué hacías ayer perdida por ahí con él?

—Se llama Airam, y no estaba perdida con él. Conoce a uno de los maquinistas. Pensó que me gustaría visitar las entrañas del barco y me invitó a bajar. ¿No te ha explicado también eso el capitán?

Conrado se sentó en uno de los sillones y la observó en silencio, con la pesadumbre que solía embargarlo cada vez que lo hacía.

La belleza de Andrea solo era comparable a la de su madre, y no comprendía cómo la naturaleza le había hecho aquel regalo para privarla después de su disfrute. ¿Quién podría cuidar de esa hija desvalida si Laura no llegase a superar su larga enfermedad? ¿Y de él mismo? ¿De un hombre perdido en la embriaguez del dinero, sin nada más a que aferrarse sino al amor de su esposa? Andrea, en silencios como aquel, sabía exactamente lo que su padre pensaba. Lo había escuchado muchas veces discutir del tema con su esposa. Aunque la

habitación de ellos quedaba algo alejada, no necesitaba salir al pasillo para oírlos, le bastaba con acercarse al ventanal, con imaginar el jardín, la vidriera de colores, las tapias bañadas por el sol del ocaso, tal como se las contaba su madre las tardes en que se sentaban en el banco del fondo. Le era suficiente con aspirar el olor picante del laurel, el aroma empalagoso de las flores de azahar, la fragancia fresca de las matas de romero para oírlos discutir de sus temores, de sus miedos sobre el futuro incierto que acechaba a su hija, a una chica ciega que no sabría defenderse sola.

—Andrea, debes saber que deseo tu felicidad. Pero no se puede confiar en la gente como tú lo haces. Extraviada en los recovecos del barco con desconocidos conseguirás que antes o después te hagan daño.

—No digas tonterías, papá. Airam es un amigo, nunca me haría daño.

—¿Y eso cómo lo sabes si apenas hace unos días que se cruzó en tu camino?

—Un amigo es un amigo —gritó sin encontrar otro argumento más convincente.

Se levantó airada y se acercó a la ventana que acababa de abandonar su padre. Los visillos de gasa, huyendo de los primeros efluvios de la noche, se enredaron en su pelo. El silbido del viento entre los herrajes de cubierta, el olor a yodo del mar y, tal vez, un horizonte dorado y un mar azul y profundo.

—Te pareces tanto a ella... —susurró a su espalda.

Andrea nunca encontraría mejor oportunidad para hacer la pregunta que rondaba su cabeza desde que Airam se la hizo a ella el día anterior. Sin moverse de la ventana, la formuló:

—¿Cómo os conocisteis?

—Es una historia muy larga.

—Cuéntamela, mamá nunca quiso hacerlo —rogó regresando a su lado. Conrado se retrepó incómodo. No debía agradarle hablar de aquel tiempo, porque vendrían a su memoria recuerdos de días tristes. Pero no supo rechazar la petición de su hija.

Ella supo así que su padre tardó once años en subirse a otro barco y regresar a la casa de sus padres. Cuando salió de ella solo llevaba una maleta en la mano y los bolsillos vacíos. Cuando volvió era un hombre rico, y lo hizo con la esperanza de comprar una hacienda y construir la casa más grande jamás vista en los contornos. En ella vivirían sus padres y sus dos hermanos. Y no permitiría que volviesen a pasar penurias ninguno de ellos. Pero el mundo se le cayó a los pies al descubrir que sus padres, Toribio y Gertrudis, habían muerto. A pesar de buscar a los hermanos con todo el empeño, únicamente supo de Damián, que había emigrado a Madrid y tenía una hija de pocos años

que respondía al nombre de Elvira. Tomó el primer tren que encontró y fue a visitarlo. Damián le contó que después de una larga enfermedad, la muerte vino a buscar a los dos ancianos con apenas tres días de diferencia. Por entonces tanto Damián como Anselmo, el hermano mayor del que hacía años que no sabía nada, seguían viviendo con sus padres en el campo, y se encargaron de cuidarlos durante varias semanas. Al ver que no mejoraban, fueron en busca de ayuda. Pero carecían de dinero, la única que consiguieron fue la de un encargado de la beneficencia municipal, que acudió a visitarlos a la casucha cuando apenas les restaba un hilo de vida. Para mayor desgracia, aquel inepto, sin atreverse a traspasar el umbral de la habitación, les diagnosticó fiebre amarilla y les prohibió echar un pie a la calle hasta que él mismo volviese con las medicinas necesarias. Luego arreó su mula y se perdió tras el polvo del camino como alma que lleva el diablo. Nunca regresó. Por aquel tiempo la epidemia asolaba la región y las autoridades, en un intento por evitar la propagación, habían prohibido a las iglesias tocar a muerto y oficiar misas de cuerpo presente. Ni siquiera consiguieron permiso para llevarlos al pueblo y enterrarlos en el cementerio municipal. Lo hicieron en el chaparral del cerro, en una hondonada donde se acumularon durante lustros las hojas podridas de los árboles, formando una capa de mantillo de varios metros de espesor. Juntos, como siempre desearon estar.

—¿Fuiste a visitarlos? —le preguntó Andrea.

—No encontré fuerzas para ello. En aquel momento no hubiese soportado el espectáculo de sus tumbas conquistadas por la maleza. Pero lo haría pronto.

Conrado guardó un breve silencio. Andrea se deslizó sobre el sofá en busca de mayor cercanía, sus ojos color cenicientos escrutando los de él.

—¿Qué ocurrió después?

—No sabía qué hacer. Haber cruzado el mundo, los años de lucha, el dinero que con tanto esfuerzo conseguí... Todo aquello no había servido para nada. Mi vida estaba arruinada. Pasé semanas en casa de Damián sin saber a dónde ir o qué hacer con mi futuro. Elvira tenía por entonces ocho años. Eso me permitió a entablar con ella una relación estrecha que me ayudó a sobrellevar la pena. Su padre trabajaba en unas caballerizas de las afueras, partía de madrugada y volvía cayendo la noche. Su madre servía de criada en una casa señorial. No aceptaron ni un real de mi mano. Sin embargo, llegué como agua de mayo, y dejaron a la niña a mi cuidado durante aquel tiempo. Juntos recorríamos a diario los parques de Madrid, perdiéndonos en los mercadillos del centro en busca de libros antiguos y baratijas. Un día, cuando regresábamos a casa agotados, me pidió

que fuésemos a recoger a su madre. Su jornada estaría a punto de terminar y nos pillaba de paso. La casa era imponente. No dudé de que pertenecía a una familia acomodada. Como la puerta estaba cerrada, la esperamos en una taberna cercana. Nos sentamos en las mesas de la calle y pedí un vaso de leche para ella. Aún recuerdo con nitidez que la nata había dibujado un ribete blanco en sus labios cuando la puerta se entreabrió. «Ahí está mamá», gritó Elvira. Pero no se trataba de ella. La mujer que salió de aquella casa era la más bella que yo jamás había visto. Elvira tomó el vaso de leche y dio un nuevo sorbo. «Es Laura», añadió decepcionada mientras se limpiaba la boca con la manga del vestido. «¿Tú la conoces?», le pregunté. «¡Claro! Es la hija de la señora para la que trabaja mamá». Aunque aquella mujer no nos había visto, Elvira se levantó del asiento y corrió en su busca. Al otro lado de la calle las vi conversar unos minutos entre risas. Cuando dieron por concluida la charla, la niña se volvió hacia mí y señaló con el dedo, la agarró del vestido y caminaron en mi dirección. Al llegar a mi altura se detuvieron. Nunca olvidaré aquella sonrisa, ni aquellos ojos. Unos meses después estábamos casados.

—¿Tan pronto? —preguntó Andrea con asombro—. ¿Ocurrió algo para que os entrase tanta prisa? ¿Cuánto tiempo llevabais casados cuando yo nací?

Conrado sonrió con amargura.

—Tú no fuiste el motivo. Llegaste mucho después.

—¿Cuál fue entonces?

Andrea esperó una respuesta que tardó en llegar. Era consciente de que hacía rato que los últimos claros del día se habían extinguido y de que su padre no se preocupó de encender la luz, por lo que la habitación en que se encontraban estaría sumida en una penumbra espesa.

—El verdadero motivo fueron tus abuelos maternos —dijo con una voz lejana que denotaba su profunda concentración—. Yo no era nadie. Unos padres fallecidos a causa de la miseria, unos hermanos desperdigados por no se sabía dónde y una cuñada que hacía de fregona en la casa de ellos. Un apellido tan noble como el suyo no podía mezclarse con gente del pueblo, con una familia tan humilde como era la mía. Me repudiaron y me echaron a patadas de su casa cuando Laura me los presentó. Y a tu madre le prohibieron volver a verme con la amenaza de desheredarla.

—Pero tú mismo me acabas de contar que ya contabas con una pequeña fortuna —argumentó Andrea.

—Nunca les desvelé mi situación económica. Creían conocer todo sobre mi familia gracias a tu tía Elvira, y ni se molestaron en preguntar. Tampoco yo quise aclararles mi situación. No habría servido de nada, y no estaba dispuesto a humillarme y a soportar su

desprecio.

—¿Y mamá? ¿Por qué no se lo contó ella?

—Su deseo era que me aceptasen por lo que era, no por mis posesiones. Nos enamoramos sin que apenas conociésemos nada el uno del otro y nos entregamos sin condiciones.

—Siendo así, si sus padres no te aceptaron, ¿cómo acabasteis casados?

—Un día quedamos citados en el Parque de Madrid. Isabel II acababa de ser destronada y el parque, que pasó a ser propiedad municipal, se había convertido en la atracción de la capital. Al llegar me dijo que disfrutase por última vez de aquel lugar, que no tenía intención de pasear conmigo a escondidas por mucho tiempo. Detrás de su apariencia delicada y vulnerable se ocultaba una determinación como nunca conocí. Solo traía un paraguas en la mano para resguardarse del sol y una bolsita colgada del brazo. Sentados en el Paseo de las Estatuas, repasamos los eruditos petrificados y luego me lo dijo: «Mis padres se han marchado a una cacería invitados por sus amigos. Regresarán mañana, pero no me encontrarán en casa. Les he dejado una carta de despedida en su dormitorio con la promesa de que les daré mi dirección cuando estemos casados». Nunca los volvió a ver. Sus padres, tus abuelos, no se lo perdonaron.

La voz de Conrado se había ido apagando conforme relataba aquella vieja historia, y era poco menos que un susurro cuando la terminó. Andrea comprendió que aquel era el motivo por el que su madre siempre rehusó hablar del tema con ella, la razón por la cual nunca conoció a sus abuelos, a los paternos por haber muerto antes de que ella naciese, y a los maternos por no ser digna de su clase. Se acercó a su padre para posar la yema de los dedos en su cara. Allí descubrió la honda tristeza que lo embargaba.

—¿Crees que hemos hecho bien dejándola sola en casa durante tanto tiempo? —preguntó Andrea con un hilo de voz.

—No debes preocuparte. Estará bien atendida con el servicio, y el médico me ha prometido visitarla a diario.

—Ese matasanos... No comprendo cómo sigues confiando en él. En ese maletín que siempre lo acompaña solo lleva aceite de ricino y agua de lavanda.

—La culpa no es suya. Sabes que han ido muchos a visitarla y no han sido capaces de dar con remedio alguno para su mal. Pero no debemos perder la esperanza. Juro que haré todo lo que esté en mi mano para salvarla, aunque tenga que consumir mi alma en el infierno.

En aquel punto, le dije a Hugo, Andrea interrumpía la historia que su padre le contó en el camarote, porque dejaba más de media página en

blanco —yo ya sabía que Cipriano incluso en estos detalles era fiel al original— y cambiaba de tema.

—¿Cuenta después si la consiguió salvar? —me preguntó impaciente.

—No, al menos en lo que he leído hasta ahora —respondí—. Pero estoy segura de que Conrado no lo logró. Incluso estoy segura de que Andrea murió antes que sus padres, antes de cumplir los treinta años.

—¿Cómo puedes afirmar algo así?

—Muy sencillo. Mamá me dijo que, según rezaba en la escritura de la casa, Elvira heredó esta de su tío Conrado a finales de siglo.

—Belinda, eso no demuestra la edad en que murió Andrea.

—No, eso no. Hay otro dato. ¿Recuerdas la fecha que Andrea estampó en el diario el día en que cenó con el capitán del barco?

—No estoy seguro. ¿Finales de 1891?

—Exacto.

—¿Y qué significa eso?

—Según las palabras que Conrado le dirigió al capitán en la cena de ese día, Andrea cumpliría los diecinueve a las pocas semanas. Y si a final de siglo la casa era de Elvira, la hija de Conrado ya debía haber muerto. En otro caso, habría heredado ella. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Si en 1891 cumplía diecinueve, y a final de siglo había muerto, no pudo vivir más allá de los veintiocho.

—Quizá lleves razón —concedió Hugo.

—Hay más. Cuando visité nuestra nueva casa por primera vez con el Comandante, pudimos comprobar que las habitaciones no disponían de luz eléctrica, sino de candelabros y de lámparas de gas.

—Debo reconocer que sigo algo perdido.

—Hugo, si la casa no disponía de electricidad, nunca fue habitada en el siglo XX. Elvira heredó la casa, pero jamás la ocupó. Esa casa ha estado cerrada desde que la familia de Conrado murió. Nadie la ha usado desde entonces.

—Claro. Ahora lo comprendo todo —dijo Hugo con un deje de ironía—. Por eso siguen allí esos fantasmas de los que hablas.

—No seas estúpido. No es eso lo que me inquieta. Necesito descubrir el motivo por el que Andrea terminó muriendo tan joven. Quizá su ceguera estuviese relacionada con algún otro mal.

—Belinda —añadió Hugo pensativo—, ¿te das cuenta de que Andrea, esa mujer ciega a la que te refieres como si fuese una desconocida, era tan tía abuela tuya como la propia Elvira lo era de tu madre?

Yo no había reparado en aquel detalle. El relato de Andrea me absorbió tanto que pasé por alto el parentesco que me une con su familia, que su sangre es la misma que corre por mi cuerpo, la misma

que la de los padres de Conrado, la de aquella pareja de ancianos que sucumbió a la fiebre amarilla allá por 1860. Al escuchar las palabras de Hugo, lo comprendí.

—¿Estás sugiriendo que yo puedo padecer su mismo mal?

—Claro que no. Solo estoy atando cabos sueltos. Además, ella pudo morir por cualquier cosa, no solo por una enfermedad. Pudo ser en un accidente, o presa de algún altercado en su viaje a Cuba. En aquella época los esclavos estaban luchando por su libertad y había revueltas constantes en la isla.

Pero su versión no me convenció y continué haciendo conjeturas sobre la posible causa de la temprana muerte de Andrea, imaginando las consecuencias que cualquiera de ellas podría tener en mi vida. Ninguna de las que barajé consiguió calmar mi ánimo.

Intentando evadirme de tan malos augurios, levanté la vista hacia las copas de los árboles que nos cobijaban del sol. Los avispones y los mirlos revoloteaban entre sus hojas de cuero bruñido. Una inquietante sensación se apoderó de mí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Hugo al constatar mi azoramiento—. Espero no haberte molestado con mi estúpida reflexión.

—No se trata de eso —contesté en un susurro—. Me ha parecido que este momento ya lo había vivido antes.

—Ah... En algún sitio he leído que los franceses tienen un nombre para eso.

—Lo llaman *déjà vu*.

—Quizá lo llamen así, pero te has puesto pálida. Me estás preocupando.

— La historia de Andrea se está convirtiendo en mi propia historia y cada día me tiene más obsesionada. He de descubrir qué le ocurrió.

—También a mí empieza a inquietarme. Vamos, cuéntame el resto.

Y así lo hice. Sin embargo, no quise seguir confiando en mi memoria para terminar las últimas páginas que Cipriano había traducido hasta entonces, y preferí sacarlas de la carpeta y releerlas para él.

IV

«Agotada por el manejo del punzón, pensé en dejar para mañana el resto de mi conversación con papá y relajarme en la contemplación del mar. Me eché una rebeca a los hombros y subí a cubierta. Pero reconozco que, después de vagar de un lado a otro durante una larga hora, no he sido capaz de aplacar la ansiedad. Fueron tantas las cosas que me contó que temo olvidarlas si no las plasmo cuanto antes sobre el papel. De modo que aquí estoy de nuevo, a las tres de la madrugada, con el pelo enredado por las rachas de viento y los dedos entumecidos. Espero conseguirlo.

En mi presencia mamá siempre se refirió a mis abuelos maternos como si estos hubiesen muerto antes de que yo naciese. Sin embargo, ahora sé que ellos no murieron por entonces, sino que fue la unión de mis padres la que terminó por separarlos definitivamente de nosotros. Según me ha contado, el mismo día en que quedaron citados en el parque hicieron las maletas, subieron al tren y partieron hacia Sevilla. Cuando alcanzaron su destino, el vestido blanco de mamá, lo único que tomó prestado de casa de mis abuelos junto con la sombrilla y el bolso, tenía el color de la ceniza, y ambos apestaban a humo y carbón. Durante las siete horas que duró el viaje, papá no dejó de pensar que a su llegada no tendría nada que ofrecerle. Todas sus pertenencias, su hacienda, su casa, seguían esperándolo en Cuba. Nada les aguardaba en Sevilla. Tendría que recurrir a la frialdad de un hotel mientras esperaban el primer barco que los llevara al otro lado del mundo. Pero mamá creyó más oportuno invertir aquel tiempo en cerrar viejas heridas. Les resultaría imposible empezar una nueva vida si él no quedaba en paz con el pasado. Y así lo hicieron, consumaron su primera noche en la fonda Inglaterra, una noche que, según sus propias palabras, jamás olvidarían, y se prepararon para el viaje a las Yeseras.

Las sensaciones que imagino vivieron en aquella fonda han rondado mi cabeza durante las horas que he permanecido en cubierta. Y no vencería mi pudor para escribirlas si no supiese que nadie más que yo puede entender este endiablado lenguaje, este rastro agujereado que Tam logró inculcarme y que ahora consume mis horas... Reclinada sobre la borda, dejando que el aliento de un mar insondable acariciase mi rostro, me he deleitado en una noche que los marcaría como nada lo hizo después: un cuerpo entregado sin condición, sin pasado ni futuro, las caricias de unas manos inexpertas sobre la piel tersa de ella. ¿Cómo será el ímpetu de un hombre enamorado mientras toma tu alma y la devora con un ansia irrefrenable? A veces pienso que yo nunca podré saberlo. ¿Será capaz un cuerpo limitado como el mío de calmar la virilidad insaciable de un

hombre mientras traspasa mis ojos yermos con su mirada? Hay noches que tardo horas en dormir imaginándolo. Luego me despierto empapada en sudor, con un regusto espeso que se aferra como un perro de presa, sin ser capaz de atrapar los detalles que he soñado. En esos instantes, en la intimidad de mi cuarto, olvidando la oscuridad eterna que me atrapa, me despojo de las ropas y recorro mi cuerpo despacio, descubriendo los secretos que los espejos me niegan: una cara joven y tersa, los párpados abiertos, un cuello largo, un pelo liso que se lanza al vacío para estrellarse contra mis clavículas y cubrirlas de seda, unos senos pequeños, dóciles al principio, tersos y duros después. Ni siquiera entonces logro descubrir cuál es el verdadero color de sus cumbres, si tienen el marrón del chocolate, o el rosado de los pétalos que crecen en nuestro jardín. Tal vez sea, digo yo, este último su verdadero color, porque el terciopelo de aquellos es el mismo que notan mis dedos al recorrerlas. Luego, temblorosa, continúo perfilando mi cuerpo, el estómago plano que me incita a bucear en sus aguas, el borde ondulado de mis costillas, insinuadas bajo la piel, mi ombligo, profundo y suave. Pensando en esos momentos, imaginando lo que pudo sentir mamá aquella primera noche entregada a él, apenas con unos años más que yo, recostada en el costado de babor, me he dejado acariciar por la brisa que soplaba del sur, fría y distante, desconocida y salvaje. Aunque no puedo ver, al igual que sé cuándo estoy siendo escudriñada por un hombre, percibo cuándo estoy sola. Algún sentido perdido para otros me habla de ello en un susurro y me lo confirma. Siendo consciente de esa soledad absoluta, he abierto los ojos de par en par y lo he vuelto a hacer, como lo hago las noches en que me desvelo bañada en sudor. En mitad de la nada, enfrentada a un mar impertérrito, he dejado que mi mano buscase mis senos, mi vientre terso, mis caderas, el lugar que me hace temblar. Y ha sido entonces, una vez más, cuando he notado ese calambre que me recorre lento hasta inundar mis pupilas. Un impulso blanco, un inquietante destello de luz... No. Soy consciente de que estos ojos jamás tendrán ese don. Ha debido ser otra cosa, esa sensación de la que nunca debería hablar una mujer. Una luz que me es esquiva desde que nací. Ese es el motivo, digo yo, por el que cada día pienso más en los hombres. Porque podría ser que alguno de ellos, algún día, hiciera que mis ojos pudieran ver, que me tomara en sus brazos y me ayudara a volar.

En fin, mis fantasías me están haciendo olvidar la historia que necesito escribir, y no estoy dispuesta a sucumbir ante ellas. A la mañana siguiente, según me contó, descansados del largo viaje y felices después de su primera noche de pasión, recorrieron las tiendas del centro y se hicieron con lo imprescindible, con lo que les sería necesario para caminar por una tierra amenazante y estéril a la que mi padre no acudía desde que partió para las Américas. Al acabar, apalabraron un carruaje para el día siguiente y dedicaron la tarde a recorrer las calles de la ciudad. En palabras de ella, Sevilla no se parecía en nada a Madrid, ni el Manzanares, apenas un

meandro serpenteante en verano, rodeado de zarzales y casuchas a medio hacer, al Guadalquivir, un río transitado por todo tipo de barcos y rebosante de agua durante todo el año. Sevilla la conquistó desde el primer día, la sumió en un hechizo de aromas y colores como no había tenido la oportunidad de conocer en su ciudad natal. Por primera vez en su vida —le confesó a papá— se sentía viva, libre del corsé aristocrático que mantenía prisionero al excelso apellido de su familia. Durante horas pasearon por callejuelas árabes, por jardines interiores, entre patios y macetas infestadas de flores, visitaron la Catedral y se asomaron al campanario de la Giralda para divisar la interminable extensión de la ciudad. Aquel día mi padre se prometió que construiría para ella una casa a la altura que merecía su belleza, que nunca dejaría que se sintiese desgraciada a su lado.

Con las primeras luces del siguiente amanecer, una calesa tirada por dos briosos caballos los esperaba en la puerta de la fonda. Dejaron en la habitación el equipaje con que partirían hacia el nuevo mundo, salieron con una pequeña maleta y mi padre le extendió al cochero un papel con las indicaciones para llegar a Las Yeseras. Sin más palabras ni preámbulo, los cascos de los caballos retumbaron entre las callejuelas desiertas, una bandada de palomas alzó el vuelo para perderse en su ascenso tras los tejados empapados de rocío de la calle de Mateos Gago, al menos, me dijo afectado, así lo sigue recordando él. Cruzaron la plaza del Triunfo, dejaron atrás la Maestranza de Artillería y enfilaron el paseo de Cristóbal Colón. Dos horas más tarde intuyeron a lo lejos los perfiles de la propiedad bajo un manto de niebla. Recorrieron un camino polvoriento y el cochero detuvo a los caballos. «¿Es aquí?», preguntó volviéndose en el pescante. No fue papá quien se atrevió a bajar primero, sino que fue mamá la que lo hizo. Se acercó al tronco que franqueaba el camino y miró al frente, intentando entrever a través del encinar. A lo lejos, del lado izquierdo, un cortijo bajo la falda de un cerro atestado de romeros y retamas. Se cambió de calzado sin esperar la reacción de su prometido, apartó el tronco reseco y comenzó a caminar. Según me confesó, le parecía mentira que un hombre que había atravesado medio mundo en busca de fortuna no fuese capaz de dar unos pasos por un camino que recorrió miles de veces de niño. Sin embargo, allí estaba, plantado en el borde de la valla contemplando la determinación de mamá. Le indicó entonces al cochero que dejase el equipaje en la puerta de la vivienda y que se volviese a Sevilla.

La alcanzó a media ladera.

—No tienes más remedio que enfrentarte a ellos —le dijo cuando estuvo a su lado—. A eso hemos venido.

Él no fue capaz de responder.

Caminaron en silencio bajando la cuesta, esquivando los saltos caóticos de los saltamontes, pisando la broza reseca que cubría lo que antes debió

ser un camino, contemplando las viejas cicatrices que el arado dejó tanto tiempo atrás en aquellos pedregales. Papá sabía que Laura no estaba acostumbrada a la rudeza del campo, y que los días que habían planeado pasar en la casa no serían fáciles para ninguno de ellos, mucho más, intuyendo el ruinoso estado en que se encontraba la vivienda. El cochero, de vuelta ya, se cruzó con ellos. Tiró de las riendas y detuvo a los caballos: «¿Cuándo desean los señores que regrese a buscarlos?». «Mañana a esta hora», contestó papá. Aquel los arreó de nuevo y desapareció entre la bruma.

Conforme se fueron acercando a la cañada, la vegetación se hizo más y más frondosa, y terminó internándolos en una maraña de taráis y chumberas. Entre ellos, el cauce de un arroyo reseco y un hilo de humedad en su regata central.

—¿La finca nunca dispuso de agua?

—No. Mi padre la adquirió con la promesa de su antiguo propietario de que el arroyo rebosaba cada invierno. Era otra de sus mentiras, nunca dispuso de más caudal que este minúsculo hilo infiltrado en la tierra. Durante los años en que vivimos aquí, solo lo vi correr una vez. El río verdadero está al otro lado de la ladera. El ladrón que le vendió las tierras partió la finca en dos y se quedó el agua y las zonas fértiles para él.

Mamá se alzó la falda y pisó sobre las piedras someras, evitando que la humedad y el barro blanco se pegasen a los bajos mientras cruzaba al otro lado. Ascendió por una vereda empinada y se detuvo en la explanada que la coronaba. Frente a ella, el cortijo deshecho. La capa de yeso que cubría la fachada dejaba entrever su naturaleza terrosa. De un lado, la cuadra para las bestias de tiro, el corral de las gallinas y una amalgama de palos quebrados y tejas partidas. Del otro, la puerta de entrada, cuarteada y plagada de nidos de araña.

—Espero que dispongas de una llave para esa puerta.

Él, maldiciendo su falta de previsión, se pasó la mano por la cara y echó un vistazo a las ventanas del piso superior. Sus cristales rotos amenazaban con precipitarse hacia el suelo de un momento a otro. Impotente, se abalanzó contra la puerta con todas sus fuerzas.

—Más vale que vayas pensando en algo mejor —concluyó ella.

—Aguarda aquí.

Papá se internó entre los escombros del corral.

Según le contó más tarde, ella se sentó a esperarlo bajo las moreras y contempló los alrededores. Fue así como descubrió la extraña roca que afloraba en la ladera de enfrente, un inmenso peñasco con rostro humano que desde aquella nueva perspectiva parecía mirarla disfrazado de odio. "Es la cara del demonio —le dijo él cuando consiguió deshacer la cerradura a porrazos desde el lado interior del cortijo y salió a buscarla—. Mi padre se sentaba aquí en los atardeceres fríos de invierno, con la trenca abotonada hasta el cuello, y liaba un cigarro mientras la observaba. Creía

que esa roca era la culpable de nuestros males. Incluso pensó varias veces en agarrar una maza de hierro y convertirla en polvo. Nunca tuvo tiempo de hacerlo. Esta tierra reseca consumía hasta su último aliento día tras día".

Después de contemplarla indeciso, papá tomó la maleta y cruzó el umbral, indicándole a mamá que lo siguiera. A un lado de la entrada encontraron la escalera que ascendía a las habitaciones superiores, una pileta de piedra y dos cántaros de barro encajados en una cantarera carcomida. Avanzaron unos pasos más en las tinieblas y giraron hacia la derecha para encarar la chimenea principal. Sobre el hogar, un entresuelo abierto que servía de almacén de los chismes de labranza, los candiles inservibles y una montonera de cepos para las ratas. Los recuerdos volvieron en tropel. Dos lágrimas solitarias recorrieron las mejillas de papá y cayeron sobre el polvo antiguo que cubría como una mortaja el empedrado.

Mamá se acercó y lo abrazó.

—Vamos —dijo con la voz más delicada que pudo encontrar.

Aunque no reaccionó de inmediato, terminó por tomarla de la mano y volver afuera. No podía seguir aplazándolo. El sol había vencido las copas de los árboles y las sombras alargadas empezaban a replegarse. La mañana seguía siendo ventosa y fría. Rodearon las tapias caídas y enfilaron una de las estrechas veredas que marcaban los conejos en sus correrías nocturnas. No tardaron demasiado en coronar el cerro. Todo seguía tal y como él lo recordaba: un rellano dominado por encinas raquíticas y chaparros resecos, y un gigantesco acebuche crecido en la hondonada central. Otearon los alrededores y se internaron en ella. A la sombra del olivo encontraron dos cruces fabricadas con palos de almendro y alambres oxidados, ningún epitafio que honrase la memoria de los allí sepultados, ningún nombre sobre ellas. Espantado por tan inesperada visita, un zorzal que picoteaba las aceitunas saltó entre las ramas y se escabulló hacia el valle.

A papá no le cupo duda de que sus hermanos, Damián, el padre de Elvira, y Anselmo, el mayor y al que no había vuelto a ver, hicieron un trabajo chapucero. Pese a todo, dieron por sus padres mucho más que él, un hijo que los abandonó a su suerte y no volvió a acordarse hasta una década después.

Cayó de rodillas sobre la tierra y las hojas apelmazadas, y lloró como nunca lo hiciera a lo largo de su vida. Mamá se alejó para dejar que se reconciliasen en paz. Tal vez también para llorar a sus padres perdidos, a mis abuelos maternos.

Al rato fue en su busca. La tomó de la mano y la condujo a las tumbas.

—Esta es Laura —dijo, sus ojos fijos en las cruces de madera. Mi madre debió comprender entonces que sus palabras no iban dirigidas a un vacío impreciso, sino que fueron pronunciadas con la certeza de que Toribio y

Gertrudis las escuchaban sentados apaciblemente frente a ellos—. Deseo que la aceptéis en nuestra familia. Es la mujer con la que me voy a casar, y es mi deseo que vosotros seáis los primeros en saberlo. En breve partiremos hacia América en un velero y nos casaremos a la llegada. Pero no lo haré si no me dais vuestra bendición.

Mamá no miraba las cruces hincadas en el suelo, sino que contemplaba la profunda concentración de papá y se estremecía con sus palabras, unas palabras y una decisión que no había compartido con ella. Así supo que lo amaba con una intensidad que apenas comprendía. Lo tomó entre sus brazos y lo besó.

—No me cabe duda de que te la han dado, de que ahora estamos bendecidos por ellos —susurró en su oído.

No voy a escribir más por hoy.

El calor de la mañana se asoma ya a mi camarote y me siento agotada después de toda una noche en vela, agujereando el diario con el punzón y la pauta. Es hora de que me meta en la cama. Pero no concluiré sin atreverme a imaginar con nostalgia que, en la quietud del abrazo, el pájaro dorado, aquel que huyó del acebuche cuando llegaron, volvió a posarse en el olivo silvestre mientras ellos se besaban a la sombra de sus ramas».

Con los sentidos de vuelta en el banco revestido de azulejos cartujanos en el que pasamos la mañana, escuchando a los abejorros que libaban las flores de la magnolia, terminé de leer la última página, ordené las cuartillas y miré a Hugo, satisfecha por haber compartido con él aquella primera parte de la historia. Él —pienso ahora, escribiendo entre estas cuatro paredes de mi cuarto—, arrepentido de su pretérito arrebato de pasión, me dedicó una expresión triste.

V

A la semana siguiente decidí iniciar los papeleos para mi inminente entrada en Bellas Artes. Era consciente de que descifrar el new york point, tan diferente del braille, y trasladarlo mediante puntos a un nuevo tocho de papeles en blanco debía resultar un trabajo ciertamente tedioso, sobre todo para un hombre que vivía de la caridad tirado en la calle. Así que no me quedaba otro remedio que seguir tomando las lecciones que tan diligentemente me impartía Miguel cada sábado, gestionar la matrícula para el nuevo año académico, y resignarme a esperar.

Y así lo hice. Hasta el jueves. Ese día, la casa quedó desierta. El Comandante llevaba varios días desplazado en una de sus misiones, y mamá y Teresa gastaban la mañana visitando a Benigno, el párroco de la iglesia del Salvador, con el que han entablado una amistad enfermiza. Es un hombre de avanzada edad al que a mí me basta ver los domingos por la tarde, cuando acudimos en familia a misa de ocho. De modo que, entregados los formularios más urgentes y sin ganas de proseguir las gestiones, me propuse buscar inspiración entre los rincones mágicos de la ciudad. Con el caballete plegable colgado del hombro y el maletín de los óleos en la mano, bajé la escalera y me acerqué al taquillón en busca de una copia de la llave de la casa. Conocía de sobra la poca prisa que se daban en volver de aquellas visitas, y era posible que a mi regreso siguiesen ausentes. Mamá trató varias veces de convencer al Comandante para que cambiásemos la cerradura, porque la vieja llave de fundición pesa de lo lindo, pero a él siempre le gustó su contundencia y solo aceptó encargar varias copias fabricadas en un material más liviano. Al introducir la mano en el cajón en busca de una de ellas, topé con un manojo de llaves anudadas con una cinta roja que no recordaba haber visto antes. Entre ellas debían hallarse las llaves que daban acceso a los sótanos. Salvo Teresa, que aseguraba haber bajado una vez a colocar veneno para las ratas, nadie más en la casa había mostrado interés por ellos. Pero yo sabía que antes o después debería enfrentarme a mis temores infantiles y bajar a comprobar los extraños ruidos que había oído una semana atrás. Sin acabar de decidirme, contemplé mi imagen en el espejo mientras me acariciaba los rizos. Una chica de veinte años como la que tenía frente a mí no podía permitirse semejante cobardía. Agarré el manojo y volví sobre mis pasos hasta situarme frente a la puerta de bajada. Apenas me llevó unos segundos dar con la llave correcta. La deseché y giré el picaporte. Del otro lado, una oscuridad completa. Cañizares no se había molestado en instalar la electricidad

en aquella zona de la casa, y no sería capaz de bajar sin luz que me alumbrase el camino. Apoyé el caballete y el maletín en el suelo y fui en busca de una vela. Con ella encendida, comencé a descender peldaño a peldaño, hipnotizada por el baile de la llama. Debió entonces encontrar la cera derretida un camino de escape, porque el chorro caliente me quemó la mano y el pábilo emitió un chisporroteo y terminó por apagarse. De inmediato comprendí que era una malísima idea intentarlo el día en que la casa estaba desierta. Paralizada, dejé de respirar y puse el oído. La escalera crujió vencida por mi peso. El borde frío de un cuchillo recorriendo mi espina dorsal, esa soledad infinita que se siente cuando te enfrentas a la muerte. Tiré la vela hacía el pozo de oscuridad y comencé a correr escaleras arriba, segura de que aquello que habitase las profundidades de la casa me agarraría por la cintura y devoraría mis entrañas. No recuerdo el tiempo que tardé en alcanzar la calle, porque mi voluntad y mi cuerpo volaron a distinta velocidad, pero podría asegurar que fue breve.

Lentamente, conforme caminaba por las aceras repletas de gente, mi corazón consiguió serenarse y me dije a mí misma que había sido una idiota. Solo una niña se habría asustado del ruido producido por un montón de tablas viejas en su propia casa. Me prometí bajar con Teresa o con mamá a aquel sótano a mi regreso. Olvidado el incidente, anduve durante más de media hora en busca de un motivo digno de ser plasmado en el lienzo. Crucé entre el enredo de callejuelas árabes en dirección a Sierpes, recorrí Hernando Colón y giré a la derecha antes de topar con la fachada del patio de los Naranjos, rodeé la catedral y me introduje en el patio de Banderas por su lado norte. Luego, habiéndolo cruzado en diagonal, coloqué el caballete en la boca del pasadizo. Frente a mí, un ventanal bajo el tragaluz central, una farola de forja y una pared encalada y desportillada allí donde lo debía estar. La estampa ideal para mi objetivo. Con el lienzo en posición y la paleta cargada de colores, comencé a trabajar. Lo más fácil siempre es el manchado de la tela, así que mezclé el blanco y el negro con un poco de aguarrás y cubrí los poros usando una brocha gorda. Cambié a un pincel más delgado, lo cargué de ocre, el tono que pretendía dar al cuadro, y perfilé los contornos con trazos rápidos. Algunos de los transeúntes que pasaban a mi lado se detenían a mirar. Pero como mi obra seguía siendo un esbozo indefinido, se apartaban defraudados para continuar su camino sin cruzar una palabra conmigo. En el cuadrante inferior dibujé la entrada al segundo pasadizo, coronada por un arco escarzado, y la rellené sin detalle de grises y negros. Luego manché con blancos y amarillos napoleón la parte central, y comencé a plasmar los contornos de la farola. Más arriba reproduje el artesonado que cubría el techo.

Cuando, un par de horas después, acabé el bosquejo general,

retrocedí unos pasos buscando distancia sin dejar de contemplar el resultado. A medio camino mi espalda chocó con algo, me volví sobresaltada y fue entonces cuando descubrí que un hombre curtido que rondaría los sesenta se había detenido tras de mí contemplando distraído el trabajo.

—¡Perdone! —le dije para disculparme por mi torpeza—. No sabía que estaba aquí.

—No hay cuidado.

Al separarme de él comprobé que vestía un chaleco oscuro y una chaqueta clara holgada, en la que destacaba la huella inconfundible de mi pincel.

—¡Cuanto lo siento! —añadí, levantando el trapo en el que limpiaba los materiales con intención de borrar la mancha.

Él dio un paso atrás y alzó la mano para detenerme.

—Es mejor que no lo empeoremos —aseguró con una sonrisa—. Esto solo sale con una buena refriega de jabón Lagarto.

Una señora entrada en años se acercaba con un mandil de flores y un cuchillo de carnicero en la mano. Lo primero que pensé fue que era su mujer, que venía a ajustar cuentas conmigo por arruinar la ropa de su marido. Sin embargo, cuando llamó la atención del hombre y le preguntó que cuánto cobraba por un cuchillo, caí en mi error.

—Una perra gorda —respondió mi admirador, desviando su atención hacia un carro de madera bajo el que colgaba una piedra en forma de rueda ensartada en un eje de hierro—. Por dos, le afilo tres.

La señora alargó el cuchillo hacia él y respondió.

—Con este me basta. Y que sepas que te daré una perra chica, tunante. Si no se anda una lista contigo, le chupas hasta la sangre.

—Esta señora es Anastasia —aseguró el afilador volviéndose de nuevo hacia mí. La vieja más tacaña de Santa Cruz. Cuando se muera encontrarán un arcón repleto de dinero bajo su cama.

—Venga, Fulgencio, que no tengo todo el día. Dale vueltas a esa rueda y afila el cuchillo si no quieres que te lo hinque en la barriga.

Fulgencio agarró uno de los tiros del carro y lo puso del revés, dejando la piedra de arenisca rojiza en la parte superior. Empuñando el manubrio, comenzó a darle vueltas a una velocidad sorprendente. Un chorro de chispas saltó hacia delante cuando la hoja hizo contacto con la piedra. Anastasia se acercó con disimulo hasta situarse a unos metros del caballete. Volvió los ojos a un lado y a otro, comprobando la semejanza entre el pasadizo y los trazos del lienzo, y pronunció su sentencia:

—No está mal —dijo alzando la barbilla.

Terminado el chisporroteo, Fulgencio analizó con ojo diestro el filo del cuchillo. Satisfecho, tomó un trozo de papel de estraza y ensayó un corte vertical.

—Listo —concluyó—. Esto ya está.

Ipso facto, la mujer se olvidó del cuadro y se apresuró a tomar el cuchillo de las manos del afilador. Tras comprobar ella misma que el papel no ofrecía resistencia a su instrumento mortal, metió una mano por el cuello de su vestido rebuscando entre los pechos, bajo los que debía esconder la taleguilla del dinero.

—Aquí tienes —dijo con indulgencia mientras pagaba.

Fulgencio tomó la moneda con la punta de los dedos, simulando asco, y la levantó hasta la altura de sus ojos para comprobar que, en efecto, la perra no era gorda, sino chica.

—Gracias, Anastasia. Siempre a sus pies.

La mujer blandió el arma y lo amenazó antes de darle la espalda y alejarse contoneando las caderas. El afilador se limpió las manos en el mandil para sacar a continuación un cigarrillo de su chaqueta. Lo prendió y le dio una profunda calada.

—No le haga caso, es una solterona cascarrabias —me dijo—. Es un cuadro fantástico. Si tuviese dinero, se lo compraría.

—Sé que no es gran cosa, pero muchas gracias. Espero poder llegar algún día a ser una artista verdadera. Si por entonces nos volvemos a ver, le regalaré uno.

Fulgencio me sonrió mientras se colocaba la boina, puso la rueda del carro sobre el suelo y lo dejó descansar en las patas traseras.

—Seguro que lo hacemos. Paso todos los viernes por aquí, y no hay calle en Sevilla que no pise mi carro cada semana. Encantado de haberla conocido, señorita...

—Belinda —contesté—. Yo también me alegro de haberlo hecho.

Enfilando el pasadizo, el afilador se perdió entre los recovecos de la calle Judería.

Una hora más tarde la claridad del tragaluz se disipó estorbada por unas nubes esponjosas. El viento, atrapado entre las tapias del callejón, silbó enojado. Era hora de marcharse. Teresa y mamá debían estar de vuelta, y no pretendía hacerlas esperar para el almuerzo. Limpié los pinceles con aguarrás y plegué el caballete. Tendría que volver otro día y enfatizar los claroscuros.

Con el maletín en una mano y el lienzo embadurnado de óleo fresco en la otra, el camino de vuelta se me hizo más complicado. A aquellas horas de la mañana, las calles estaban repletas de gente y mis aparejos impregnados de pintura amenazaban a cada paso con manchar sus ropas.

Rozando las dos de la tarde, entré en la calle Cuna, en la que se encuentra nuestra casa. Al hacerlo no reparé en la presencia del pequeño, porque mi cabeza andaba distraída con la historia que Marcelo nos contó sobre aquel nombre. Según decía haber leído en los libros antiguos que vendía cada jueves en el rastrillo, la calle fue

llamada Carpinterías en la edad media, debido a la gran cantidad de artesanos de la madera que allí se asentaron. Más tarde, en el XVI, instalaron en ella una casa de expósitos para recoger a los recién nacidos que eran abandonados en la calle, por lo que se la conoció como calle Cuna. Pero ese apelativo lo perdió entre 1903 y 1938, período en el cual la rotularon como Federico de Castro. Fue entonces, al dejar atrás la esquina y salir de mis cavilaciones, cuando descubrí a Miguel sentado en el escalón de piedra de nuestra casa. Al verme se levantó del suelo y corrió hacia mí.

—Miguel, ¿qué haces aquí? —le pregunté extrañada—. Te has adelantado un día. El sábado es mañana.

—No vengo a tomarte la lección —aseguró con urgencia—: Cipriano ha desaparecido.

—¿Qué intentas decir?

—Que hace una semana que no viene al hospicio. Nunca había estado tanto tiempo sin visitarme. Algo malo le ha pasado.

—Ven —le rogué—. Hablaremos más tranquilos en casa. Allí me explicarás los detalles y veremos qué podemos hacer.

El pequeño me acompañó sin rechistar, pero aceleró el paso y alcanzó la puerta antes que yo. Impaciente, esperó hasta que introduje la llave en la cerradura y la abrí. La puerta de cristal que da al jardín estaba de par en par, por lo que supuse que mamá y Teresa habían regresado de su visita.

—¿Mamá? —grité desde el recibidor.

—Estamos aquí —respondió Teresa.

Las voces parecían provenir de la cocina. Así que le indiqué a Miguel que me esperase en el salón principal y fui a saludarlas. Cuando volví en su busca, se hallaba sentado en uno de los sillones frente a la chimenea, contemplando el retrato que cuelga sobre ella. Él nunca había entrado en esa habitación. Cada sábado se limitaba a llamar a la puerta, esperar a que Teresa le abriese y subir a la biblioteca a buscarme.

—¿Quién es? —preguntó sin quitarle ojo al retrato.

—Laura —contesté mientras me sentaba en el sillón de enfrente.

Él pareció no comprender.

—La madre de Andrea —añadí.

Retornó sus ojos al cuadro.

—Era guapísima.

—Sí que lo era. Imagino que tanto o más que su hija.

—¿También tienes un retrato de la ciega?

—No. Me da la impresión de que Andrea nunca se dejó retratar. Al menos, no lo hemos encontrado ni antes ni después de mudarnos aquí.

—Pues entonces, ¿cómo sabes que era guapa?

Yo no tenía otra prueba de su belleza que las palabras que su padre

le dedicó y la descripción que ella misma hizo de su propio cuerpo, pero estaba convencida de que debía ser una mujer atractiva, quizá tanto como su madre.

—Ya te lo contaré después —respondí—. Ahora debes decirme cuándo fue la última vez que Cipriano estuvo en el hospicio.

—Hace una semana. Prometió hacerlo el martes y no ha venido.

—Eso no significa nada. Tendría algún compromiso al que acudir. Se habrá olvidado de decírtelo. Verás cómo en unos días está de regreso.

El pequeño me obsequió con unos ojos asombrados, dándome a entender que estaba equivocada. También yo empecé a preocuparme. Un hombre como él no debía tener demasiados compromisos en su agenda. Más bien, las páginas de esta permanecerían vacías. Lo más probable era que Miguel llevase razón.

—¿Has avisado a las monjas de que venías aquí?

Cruzó los brazos y agachó la cabeza antes de contestar.

—No. Solo me dejan salir los sábados por la mañana, y algunas tardes, cuando Cipriano viene a por mí... Me he escapado —confesó al fin.

—Miguel, haremos una cosa —le dije inquieta por su situación—. Me vas a explicar dónde está la casa de Cipriano y luego te vas a volver al hospicio antes de que te echen en falta. Me daré una vuelta por allí y descubriré qué ha ocurrido. Cuando vengas mañana, te contaré lo que sepa. ¿De acuerdo?

—Cipriano no tiene casa —afirmó él.

—En algún sitio habrá de pasar las noches.

—Él me busca en el hospicio..., no me dice dónde pasa las noches.

—Vaya. Pues ese sí que es un problema —afirmé sin saber qué hacer.

—Yo he pensado... —balbuceó sin atreverse a terminar la frase.

—¿Sí?

—Bueno... A lo mejor nos ayuda ese que estaba contigo cuando te conocí. Como es militar... Seguro que sabe dónde buscar cuando la gente se pierde.

—De acuerdo, tal vez sea una buena idea. Hablaré con él y veremos qué puede hacer. Mientras tanto quiero que regreses con las monjas. Si descubren que te has escapado, pasarás una buena temporada castigado. Entonces no podría ayudarte.

Miguel se levantó del sillón.

—Vale —concedió con fastidio—. Pero prométeme que lo encontrarás.

—Te lo prometo. —Me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Anda, vete ya.

Cuando salimos al recibidor, mamá se aproximaba con un mantel

en la mano. Al ver al pequeño se detuvo para saludarlo.

—Hola, Miguel. ¿Te quedarás hoy a almorzar con nosotros?

—Gracias, señora. Me esperan en casa.

Mamá le sonrió, le alborotó el pelo y siguió su camino hacia el comedor.

Cuando Miguel desapareció por la puerta, volví al salón y me senté junto a la chimenea. Por supuesto que la desaparición de Cipriano me preocupaba. Sin embargo, aunque ahora me cueste reconocerlo, me preocupaba más lo que le hubiese podido ocurrir al diario. El mero pensamiento de que se terminase extraviando me horrorizaba, y no estaba dispuesta a esperar sentada. Aunque, tenía un problema. El Comandante no había sido el único que se había marchado a esa dichosa misión, sino que Hugo se había largado con él.

VI

El almuerzo resultó frugal. Teresa y mamá pasaron la mañana hablando de santos con Benigno y se les había echado la hora encima. Eso me facilitó las cosas. Al terminar el primer plato, me despedí de ellas lo más rápido que pude con la excusa de algún papeleo pendiente en la Facultad.

La casa de Rosa está situada en la calle Adriano, detrás de la Maestranza, por lo que calculé que no tardaría más de media hora en llamar a su puerta. Pero a las tres de la tarde de aquel último viernes de junio, el verano decidió que sería una magnífica ocasión para mostrar a los mortales todo su poder. Es en días como ese cuando se descubre la huella imborrable que la sabiduría islámica dejó en el trazado de las calles de Sevilla. Con el suelo transformado en plastilina y el fulgor de las paredes encaladas deslumbrándome los ojos, crucé la ciudad caminando a la espalda de los edificios oficiales. Cuando llegué a la casa de mi amiga y golpeé su puerta con la aldaba, mi vestido estaba empapado y mi cara había enrojecido por el bochorno.

Una de las mujeres del servicio abrió un ventanuco a la altura de los ojos para preguntar mi nombre. Como no me conocía, fue a anunciar mi presencia a la familia. Rosa me abrió la puerta segundos después.

—¡Belinda! ¿Cómo se te ha ocurrido salir a la calle con la que está cayendo?

Sin esperar respuesta, tiró de mí hacia adentro y me abrazó.

—Apestas a sudor —dijo arrugando su nariz pecosa.

—No he tenido más remedio que hacerlo —contesté cuando conseguí zafarme de su abrazo y me hube repuesto del sofoco.

—Dime, ¿qué te ocurre?

Miré a un lado y a otro, dando a entender que el recibidor no era el lugar adecuado para confesarle mis preocupaciones.

—No hay peligro, mis padres no están en casa. Nunca están. A mi madre le ha dado por acompañarlo en sus viajes de negocios para conocer España. Esta vez ha sido Granada. No volverán hasta el domingo. Ven, subiremos a mi habitación. Allí estaremos más cómodas y no nos molestarán.

El dormitorio de Rosa es sobrio: una cama cubierta con sábanas bordadas en tonos lila, una estantería repleta de libros de leyes y un minúsculo escritorio pulcramente ordenado. Por el contrario, el ventanal que cubre uno de los laterales es descomunal y domina tanto la calle Adriano como las gradas superiores de la plaza de toros.

Se sentó junto a él y me animó a que yo lo hiciese en el borde de la cama.

—¿Recuerdas a ese vagabundo ciego de quien te hablé?

—Claro. Me dijiste que te iba a ayudar a descifrar el diario. ¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido.

Rosa me ofreció una mueca grave.

—¿Te ha robado el diario?

—No. Cipriano es una persona honrada. Además, ese diario no tiene valor más que para mí. ¿Por qué iba a robármelo?

—¿Y si ha descubierto algún secreto y ha comenzado a investigar por su cuenta? Te advertí de que no te fiaras. No sabes nada de él.

A pesar de las palabras de Rosa, procuré convencerme a mí misma de que Cipriano no sería capaz de engañarme. Hugo nunca me lo habría presentado si hubiese creído que no era de fiar. Ignoré su pregunta y me limité a explicarle lo que me había contado Miguel unas horas antes, a informarla de que Hugo se había ido con el Comandante y que no volverían en varios días.

—¿Le has dicho ya a tu padre que ese hombre es un comunista? —soltó.

—No lo recuerdo. A papá no le importan las ideas de la gente.

Rosa se me quedó mirando con gesto suspicaz.

—O sea, que no le has hablado de él.

—¿Me vas a ayudar o qué? —protesté molesta.

—Por supuesto que lo haría —contestó—, pero me dirás cómo.

—No estaba pensando en ti —confesé.

—No te entiendo. ¿En quién entonces?

—En Marcelo. Él se mueve por Sevilla como pez en el agua. Y estoy segura de que alguna vez se habrá topado con Cipriano por la calle. Un ciego errante no pasa desapercibido así como así.

—No sé qué decirte. Tú misma podrás preguntarle si lo deseas. He quedado citada con él este domingo.

—¡Imposible! No puedo esperar hasta el domingo. Tengo que saber si le ha ocurrido algo al diario. Apenas he podido leer una pequeña parte de él, y esas páginas encierran secretos que necesito conocer.

—¿Y qué propones?

—Vayamos ahora mismo a buscarlo. Si él no puede ayudarme, os dejaré en paz. Te lo prometo.

—No es posible. No sé dónde está.

—No me digas eso. Alguna idea debes tener de los lugares que frecuenta después de todo este tiempo tonteando con él.

Molesta con mis palabras, Rosa apretó los labios y frunció el entrecejo. Sin embargo, tuve la certeza de que de inmediato las olvidaba y se concentraba en buscar una solución.

—No te prometo nada. Pero alguna vez me dijo que le gusta pasarse por el Archivo de Indias a última hora de la tarde. Tiene un buen amigo que lo deja colarse en los sótanos cuando los historiadores oficiales abandonan las mesas de lectura. Tal vez lo encontremos allí.

—¡Estupendo!

—No tan deprisa. Antes tendrás que contarme lo que has descubierto de esa tal Andrea. No pienso ayudarte hasta que sepa de qué va esto.

En eso mi amiga siempre se pareció al Comandante, y cuando se proponía algo era imposible contradecirla.

Durante las siguientes dos horas le relaté todo lo que contaban las páginas traducidas por Cipriano con intención de hacerla comprender que aquella no solo era la historia de Andrea, sino que se trataba de una historia que se entrecruzaba en el tiempo hasta atrapar a toda mi familia. Rozando las siete de la tarde, cuando el sol comenzaba a perder la batalla un día más, se me acabaron las palabras.

—¡Vaya! —exclamó—. Ahora entiendo tu preocupación por recuperar el diario. ¿Qué le pudo ocurrir a Andrea?

—Aún no lo sé, pero te aseguro que lo averiguaré.

—Deberías contarle a tu madre lo que has descubierto. Ella conocerá algún detalle que te pueda ayudar sobre el pasado de tu familia.

—No sé... Según me contó, nunca conoció a su tía Elvira. Y dudo de que alguna vez haya llegado a ser consciente de la existencia de Andrea.

—¿Por qué dices eso?

—Porque de haberlo sabido habría relacionado el nombre estampado en la portada del diario con nuestra familia, y no lo hizo. Cuando se lo mostré no manifestó interés.

Rosa meditó mis palabras y se acercó al escritorio.

—Perdona mi torpeza, en esto de los parentescos ando algo perdida. Repasémoslo juntas —me pidió tomando papel y lápiz—. Dices que Toribio y Gertrudis, el matrimonio que murió de fiebre amarilla, tuvo tres hijos. ¿Cierto?

Sin saber a dónde pretendía ir a parar, le dije que sí y me coloqué a su lado. Rosa dibujó un rectángulo en la parte superior del papel y puso dentro los nombres de Toribio y Gertrudis.

—Y, según afirmas haber leído en el diario, los nombres de esos tres hijos eran: Conrado...

—Damián y Anselmo —añadí.

Mordiéndose la lengua, dibujó otros tres rectángulos bajo el del matrimonio y los rellenó con los tres nombres.

—Bien —continuó diciendo—. Debajo de Conrado dibujaremos la casilla de Andrea, que fue hija única. ¿Es correcto?

Andrea no hacía mención a ningún hermano, y yo estaba convencida de que así era. Después de una breve reflexión, hice un gesto afirmativo.

—Y debajo de Damián escribiremos el nombre de Elvira. Igualmente, hija única.

—Eso me contó mamá la primera vez que me habló de la casa, que era hija única y que no tenía herederos directos.

—Ahora dibujemos otro recuadro en blanco debajo de Anselmo, el gran desconocido de la familia.

Tras hacerlo, me volvió a preguntar.

—¿No es cierto que la finca de Puente Alto, en la que antes vivíais, la heredó tu madre de tu abuelo?

—Así es.

—¿Y cómo se llamaba tu abuelo?

—Gaspar —respondí.

Sin más dilación, Rosa procedió a rellenar la casilla vacía que colgaba de Anselmo con el nombre de mi abuelo. Y debajo de ella dibujó la de mi madre y la mía.

—¿Te das cuenta ahora? —me preguntó levantando sus cejas.

Contemplando el improvisado árbol genealógico, comprendí las implicaciones: Anselmo, en quien yo nunca había reparado, era el padre de mi abuelo Gaspar. Tomé una silla y me senté junto a Rosa.

—Por supuesto que me doy cuenta. Anselmo era mi bisabuelo —dije confundida.

—No me refiero a eso. Está claro que lo era.

—¿Pues a qué, entonces?

Rosa puso los ojos en blanco y suspiró antes de explicármelo.

—Además de su hija y su esposa, que no estaban en disposición de heredar, los legítimos herederos de Conrado eran sus hermanos, Damián y Anselmo. Por tanto, si Damián no heredó, sino que lo hizo su hija Elvira, debió ser porque Damián había muerto.

—No comprendo tu razonamiento.

—Es sencillo. Si ni Damián ni tu bisabuelo Anselmo heredaron la fortuna que Conrado amasó en las Américas, ¿a dónde fue a parar?

Por un buen rato, no supe qué contestar.

—Quizá la perdió el propio Conrado antes de morir —concluí—. En ese caso, nadie la habría heredado.

—Conrado, un hombre sin más aficiones que su trabajo y su esposa enferma. No lo creo. Además, ¿qué me dices de Las Yeseras? Esa otra finca en la que enterraron a Toribio y a Gertrudis. ¿Quién la heredó? ¿Dónde se encuentra esa finca? Estoy segura de que los hermanos no la vendieron después de haber sepultado a sus padres en ella.

—No sabría decirte.

—Adelante —insistió—, no es tan difícil.

Algo se removió en mi cabeza, pero no terminaba de salir a flote.

—Belinda, ¿recuerdas haber visto en Puente Alto el rostro de algún demonio esculpido en la piedra?

Claro, eso era lo que Rosa creía haber descubierto. No había rastro de la fortuna de Conrado, pero era posible que Elvira hubiese heredado el caserón y mi bisabuelo hubiese heredado Las Yeseras. Incluso cabía la posibilidad de que se tratase de la misma finca que Puente Alto. En algún momento pudo haberle cambiado el nombre antes de dársela en herencia a mi abuelo, o que lo hubiese hecho este antes de regalársela a mi madre. Mi cara palideció y noté que un vértigo incontrolable me embargaba.

Cuando volví a despertar, me encontraba tumbada en la cama y Rosa gritaba zarandeándome por los hombros.

—Belinda, Belinda... ¿Qué te ocurre?

—Estoy bien —respondí con un hilo de voz—. Me ha dado el sol viniendo a tu casa, habrá sido un golpe de calor. Se me está pasando.

—Te has impresionado con lo que te he dicho. Olvídalo, solo es una estupidez. No hay forma de saber lo que ocurrió.

Se acercó al escritorio para arrugar el papel y lo tiró con rabia a la basura.

Pese a ello, aquel árbol genealógico tardó días en borrarse de mi cabeza. Me repetía una y otra vez que Las Yeseras y Puente Alto no podían ser la misma propiedad. La primera era descrita por Conrado como una finca estéril e improductiva, atravesada por un riachuelo que nunca llevaba agua. Puente Alto, en cambio, al menos hasta donde alcanzaban mis conocimientos agrícolas, disponía de un río caudaloso y era fértil. Bien era posible que con los años las aguas hubiesen cambiado su cauce transformándola en lo que ahora era. Pero tampoco recordaba haber visto piedras con cara de diablo durante los años en que vivimos en ella. Aun así, quedé convencida de que ambos nombres hacían referencia al mismo lugar, y que la cara del demonio debería andar camuflada entre los encinares y las jaras que habían proliferado en las últimas décadas. Comprendí que no me quedaba otro remedio que hablar con mi madre y volver a Puente Alto a explorar sus límites con mayor detenimiento.

Repuesta del desmayo, llamé a mamá y le dije que pasaría la noche en casa de Rosa. Ella me aseguró que contaríamos con la complicidad del servicio para ausentarnos de la casa e intentar localizar el paradero de Cipriano.

Con las últimas luces del día alcanzamos los laterales del Archivo de Indias. Según mi amiga, aquellos eran el lugar y la hora más adecuados para encontrarse con Marcelo. Llamó con los nudillos a la puerta, que debía tener no menos de treinta centímetros de grosor, y

esperamos. Cuando ya estábamos seguras de que nadie abriría, oímos descorrer varios cerrojos. Los goznes dilatados por el calor profirieron un largo lamento y la puerta se entreabrió. Por la fisura, un diminuto hombre de ojos saltones y orejas elefantinas, sin pelos en la cabeza salvo aquellos que le sobresalían de los pabellones auditivos.

—Hola, señorita Rosa —dijo con voz de pito—. ¿Otra vez por aquí?

Rosa me miró de reojo sin decir nada.

Ante el mutismo de ella, el extraño ejemplar de la raza humana terminó de abrir la puerta con un esfuerzo ímprobo y nos invitó a pasar.

—Está abajo. Ya conoce el camino —le dijo a mi amiga cuando habíamos traspasado el umbral.

La biblioteca que se abrió ante mí me pareció imponente. El edificio, una estructura de piedra maciza y planta rectangular, estaba forrado por una sucesión infinita de legajos meticulosamente ordenados. Paredes enteras cubiertas con la historia de las colonias españolas y las guerras de ultramar. Pese a mi asombro, Rosa no permitió que me deleitase con aquel tesoro. Me agarró de la manga y me condujo hacia unas ostentosas escaleras que bajaban a los sótanos. A medio camino la escasa luz vespertina que entraba por los ventanales de las plantas superiores se disipó, las sombras nos cubrieron por completo con su manto.

—¿Estás segura de saber a dónde me llevas?

—Claro, no tienes nada que temer. Si Marcelo no estuviese ahí abajo, Emeterio no nos habría dejado entrar.

No me cupo duda de que Rosa había compartido más de una vez aquellas oscuridades con Marcelo, pero no hice comentarios y seguí sus pasos hacia el subsuelo de la ciudad. Cuando alcanzamos el último peldaño, nuestras siluetas apenas eran una ilusión. Intimidada, me agarré a su brazo con fuerza, procurando no topar con las estanterías que poblaban los rincones.

Aunque después de un requiebro apareció a lo lejos el contorno iluminado de una puerta, cuando el eco de nuestros pasos resonó entre las paredes de la galería, aquella luz también se apagó. La asfixiante sensación de claustrofobia se apoderó una vez más de mí y me pregunté si habíamos hecho bien en confiar en el extraño bibliotecario y aventurarnos en las sombras.

—¿Marcelo? —susurró Rosa, sin atreverse a levantar la voz.

Al comprobar que nadie contestaba, nos buscamos la una a la otra y nos abrazamos sin vernos.

—¡Sabes que no me gustan estas bromas! —gritó Rosa, claramente alterada—. Vamos, enciende la luz.

La voz rebotó al fondo del pasillo y regresó en un susurro. Una mano trémula nos agarró por la espalda. Si Rosa gritó, no fui capaz de

oírla, porque mi garganta se atragantó con un alarido de puro terror.

Marcelo encendió una linterna mientras se reía a carcajadas.

Cuando Rosa consiguió reponerse, le propinó tal bofetada que lo obligó a dar un par de pasos hacia atrás.

—Si quieres verme el pelo de nuevo, no vuelvas a hacer algo así jamás. —La sonrisa de Marcelo se desvaneció como por encanto.

—Lo siento, no he podido evitarlo —replicó masajeándose la mejilla—. ¿Qué hacéis las dos aquí?

Rosa no respondió. Le arrebató la linterna y le apuntó a los ojos.

—Belinda necesita tu ayuda —gruñó enfadada.

—Estaré encantado de servir a una mujer como ella —dijo halagador.

Rosa le lanzó otra mirada asesina.

—De acuerdo, acompañadme. Podremos hablar tranquilos en el estudio mientras organizo los documentos que estaba ojeando y los devuelvo a su sitio.

Un segundo después, las luces de todos los pasadizos se encendieron, y Emeterio apareció procedente de la escalera.

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada importante. Estas señoritas dicen haber visto pasar un ratón y se han asustado.

Aquellos ojos saltones —sin que ello pareciese posible— sobresalieron aún más de sus órbitas, y Emeterio dio un respingo al llevarse las manos a la cabeza.

—¿Ratones aquí? ¡Imposible!

—Eso mismo les he dicho yo, que aquí no hay ratones —aseguró Marcelo—. Las sombras las habrán confundido. Pierde cuidado, que si yo descubro algo, te lo haré saber y tomaremos medidas.

El cuerpecillo de Emeterio se desinfló en un gesto de impotencia. Se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Les doy quince minutos y todos a la calle —refunfuñó mientras desaparecía de nuestra vista—. Esto no es una verbena.

Cuando volvimos a estar a solas, Marcelo nos acompañó hasta la habitación del fondo, apartó el montón de libros polvorientos que cubrían un banco de madera y nos invitó a sentarnos. Ni Rosa ni yo aceptamos su ofrecimiento.

—¿En qué trabajas? —pregunté acercándome al escritorio en el que trabajaba.

Marcelo ojeó el documento antes de ofrecérmelo con un gesto cortés y algo cómico. Bajo la mortecina luz de una lamparita de mesa, leí en voz alta su contenido:

«A Vera Cruz. Fragata Diligencia.

El Rey se ha servido conceder licencia a Diego Miguel de Moya Colón, fiscal electo de la Audiencia de Guadalaxara, para que pueda embarcarse en ese puerto para el de la Habana, con toda su familia, los tres varones, y las cuatro hembras, dos negros pequeños, esclavos suyos, llamados Luis y Micaela, y un criado, y una criada, llamada ésta Juana Martínez, y aquel Luis Pérez. De esta orden aviso a V.S.

Aranjuez, 12 de febrero de 1795
Diego Miguel de Moya Colón, Archivo General de Indias ARRIBADAS 518 N6»

—Es un legajo en el que se extiende orden real para una Licencia de Embarque—explicó Marcelo cuando terminé de leer.

—¿Te interesa la historia? —le pregunté.

—Yo diría que me interesa más un viejo volumen de historia que aquello que pueda encerrar entre sus páginas. Las novelas románticas no dan para vivir, y un librero como yo necesita conocer el género, saber lo que vale un libro con solo aspirar su olor. No sé si me entiendes.

—¿Y cómo consigues que Emeterio te permita deambular por el archivo y manipular unos documentos tan antiguos y valiosos a tu antojo?

—No creas que solo se trata de su buena voluntad. Un par de veces han caído en mis manos ejemplares de incalculable valor que han terminado por formar parte del archivo a un módico precio. Emeterio me debe más de lo que podría parecer.

—No nos interesan tus libros —intervino Rosa malhumorada—. Hemos venido a otro asunto.

—Pues vosotras diréis. Soy todo oídos.

—Cipriano ha desaparecido —declaró mi amiga.

—Cipriano —repitió Marcelo, con aire ausente.

—¿Nunca le has hablado de él? —pregunté.

Rosa hizo memoria. La punta de su nariz se agitó.

—Ahora que lo pienso, nunca hemos tenido la ocasión—reconoció pesarosa.

—En ese caso, debéis daros prisa en ponerme al corriente, porque Emeterio nunca falta a su palabra. De un momento a otro nos echará de aquí.

Después de escuchar nuestro atropellado relato, Marcelo nos dijo que nunca oyó hablar de aquel ciego ni recordaba haberse topado con él en las calles de Sevilla. Sin embargo, dijo saber de los sitios que un hombre de tal condición podía frecuentar. Como Rosa no le dejó otra opción, prometió acompañarnos a alguno de ellos.

Faltaban veinte minutos para las nueve de la noche cuando el

hombrecillo malhumorado nos despidió y cerró la puerta a nuestra espalda.

Capítulo 3

I

Tal como nos advirtió Marcelo, un antiguo caserón conquistado por la maleza, apartado de cualquier vestigio de civilización, con los cristales de sus ventanas transformados en boca de tiburón a causa de las pedradas, sin puertas entre habitación y habitación, poblado de excrementos en cualquier rincón al que mirases, no era lugar adecuado para un par de chicas acomodadas como Rosa y yo. En cualquier caso —y siempre según el conocimiento de la periferia metropolitana que nuestro amigo aseguró tener—, constituía uno de los refugios que frecuentaban los indigentes del régimen, y fue por allí por donde iniciamos nuestra búsqueda.

Salimos del Archivo y rodeamos la catedral hasta alcanzar la puerta del Perdón. Marcelo nos pidió que aguardásemos junto a ella mientras se dirigía a la caravana de calesas estacionadas a pocos metros. Tras localizar a un cochero tan huesudo y famélico como su caballo, intercambió unas palabras con él. El aludido agitó la cabeza enérgicamente en gesto negativo, intentando escabullirse de los ruegos de Marcelo, pero terminó aceptando de mala gana. Aquel chico que mi amiga había conocido por casualidad unos meses atrás en el mercadillo estaba resultando ser una caja de sorpresas, con más recursos de los que imaginé al verlo sentado en la acera junto a su puestecillo de libros.

Cuando los tres estuvimos acomodados, el coche de caballos —más reclamo turístico que auténtico medio de transporte—, pintado de colores terrosos y negros, tomó dirección sur y se alejó del centro de la ciudad, recorrió la calle San Fernando, dominada por la antigua fábrica de tabaco, y cruzó al trote el prado de San Sebastián. Un cuarto de hora después, las luces de la ciudad se detuvieron a nuestra espalda y nos observaron mientras nos diluíamos en las tinieblas. Dejando atrás la estación de la Enramadilla, el cochero dio un golpe de riendas deteniendo el avance.

—Vosotros me diréis —sentenció con brusquedad.

—Es por ahí —informó Marcelo señalando hacia la izquierda.

—Ese es el camino de Teatinos. Y no lleva a lugar alguno.

—Hazme caso. Es ahí mismo. Bastará con que tu caballo cruce las

vías y recorra unos cuantos metros.

—Te digo que yo no me meto en esa trocha a estas horas —insistió el cochero.

Marcelo bajó del carruaje y, tras reprochar su falta de diligencia, cruzó las vías y se internó en la noche. El hombre delgaducho se volvió hacia nosotras desde el pescante y nos contempló con una mueca despectiva. Marcelo, que debió recapacitar sobre la situación en que nos dejaba, volvió con las manos en los bolsillos y nos advirtió.

—Esperadme aquí.

—De acuerdo —dije antes de que Rosa pudiese reaccionar.

—Si en quince minutos no has vuelto, iré a por ti —sentenció ella.

Marcelo lanzó una última ojeada al cochero para comprobar que seguía contando con su ayuda, y se alejó sin atender la advertencia.

—¿Crees que sabrá reconocerlo? —pregunté.

Rosa, invadida por la duda, buscó la respuesta en mi rostro y luego escrutó la noche, pretendiendo localizar al librero en la dirección por la que había desaparecido. Al no lograrlo, saltó de la calesa y corrió en su busca. Justo antes de cruzar los raíles, comprendiendo que iba a dejarme a solas en el carruaje con un desconocido, se detuvo y volvió a buscarme.

En la oscuridad reinante, los pies de Rosa se trabaron varias veces entre la broza que bordeaba el camino, haciéndola lanzar un par de improperios más propios de un marinero que de una señorita. Cuando dejamos a nuestra espalda la luminosidad de la ciudad, las estrellas poblaron el cielo y tiñeron los alrededores de reflejos plateados. La silueta de un hombre avanzaba hacia nosotras.

—¿A dónde creéis que vais? —preguntó con frialdad aquel.

Ambas dimos un respingo al oír la voz. Se trataba de Marcelo, que había vuelto sobre sus pasos al reparar en nuestro alboroto.

—No dejaré que entres solo ahí—respondió Rosa.

—Estás loca. Es más seguro que os quedéis en el coche. No es un lugar adecuado para niñas de bien.

—¡Eres imbécil! Aquí no hay niñas.

Marcelo levantó los ojos al cielo. A aquellas alturas, él debía conocer a Rosa tan bien como yo, y fue consciente de que no tendría más remedio que cargar con nosotras.

—De acuerdo —concedió vencido—. Pero no os apartéis de mí. Y si digo que hay que irse, es que hay que irse. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repitió Rosa, más obediente.

En Puente Alto había contemplado muchas veces las estrellas, apoyada en el pilar de las bestias o caminando por los contornos de la casa. Sin embargo, aquel lugar era desconocido, y tuve la sensación de que decenas de ojos nos espiaban entre la maleza. Una rata grande, o alguna otra alimaña imposible de reconocer, cruzó el camino y se

perdió de nuevo por el lado opuesto, provocando a su paso la estampida de otras cosas vivas y desconocidas. Marcelo, que caminaba unos metros por delante, se volvía una y otra vez para comprobar que lo seguíamos.

—Hemos hecho mal en venir aquí —susurré al oído de Rosa.

—No hay vuelta atrás —concluyó ella, tomada de mi mano.

No hubo más ruidos. Después de caminar en silencio un buen trecho con los sentidos alerta, Marcelo giró a la derecha encarando un estrecho pasaje flanqueado por dos hileras de pinos. La casa que buscábamos, apenas una ruina de lo que alguna vez debió ser, apareció frente a nosotros. Entre las fisuras de las tablas y los cristales rotos de sus ventanas, los espectros de unas luces temblorosas iban y venían sin fuerza para enfrentarse a la noche.

—Ahí dentro hay alguien —mascullé.

Marcelo pareció perderse en sus pensamientos y luego volvió su atención a la casa.

—No debisteis haber venido —insistió una vez más.

A nuestra derecha, una voz ronca hizo que los tres nos volviésemos a la velocidad del rayo. Un hombre alto y desgarbado salió a nuestro encuentro.

—¿Quiénes carajo sois?

Marcelo dio un paso adelante, interponiéndose entre nosotras y el desconocido.

—Buscamos a un amigo, y hemos pensado que podría dormir aquí —respondió.

—Ya os estáis largando por donde habéis venido si no queréis salir mal parados. Esta es una propiedad privada, no nos gustan las visitas. —El de voz ronca se apartó del camino para dejarnos paso y señaló hacia la ciudad.

—No nos iremos sin hablar con él.

El de voz ronca pareció recapacitar.

—¿Quién os ha mentado este sitio?

—Desde luego no ha sido la autoridad. No creo que ellos sepan que exista semejante refugio. Al menos, por ahora —aseguró Marcelo enfatizando su última frase.

—¿Me estás amenazando, mequetrefe? —preguntó el de voz ronca.

Detrás de la casa, un perro, sin duda de los grandes, inició una serie interminable de ladridos. Varias luces más potentes se encendieron tras las ventanas.

Marcelo permaneció impasible, simulando no haber oído la pregunta. El otro pareció ceder.

—¿Quién es ese al que buscáis con tanto interés?

—Se llama Cipriano —respondió Marcelo.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Es ciego —informó Rosa.

—Y tiene un perro —añadí yo animada por la conversación.

El de voz ronca reparó por primera vez en mí. Después de un largo vistazo a mi apariencia, hizo un ruido repugnante con su garganta y escupió a mis pies. El impacto, pastoso a juzgar por el sonido que produjo al estrellarse contra el suelo, rozó la punta de mi zapato.

—¿Y tú quién coño eres, niña?

No volví a abrir la boca.

—Eso a ti no te importa —protestó Marcelo con voz dura—. Déjanos echar un vistazo ahí dentro y no volverás a saber de nosotros.

El de voz ronca meditó mirándonos de hito en hito, calibrando si tras nuestra apariencia inofensiva se ocultaba alguna amenaza real. Concluyó que no.

—¿Tenéis algo que ofrecer a cambio?

A aquellas alturas mis ojos se habían acostumbrado a la noche, y el reflejo de la luna me fue más que suficiente para descubrir la cara de sorpresa de mis amigos. Tras palparse indeciso los bolsillos, Marcelo metió la mano en uno de ellos y sacó algo arrugado. Llevándolo a la altura de los ojos del de voz ronca, lo balanceó en el aire de un lado a otro.

—¿Qué tal un paquete de caldo de gallina?

El de voz ronca no habló. Tomó la ofrenda con parsimonia, se llevó uno de los cigarrillos a la boca y esperó.

—No tengo fuego.

El otro sacó un chisquero y encendió la mecha con un par de golpes secos. La punta incandescente del cigarrillo alumbró su piel arrugada. Después de una profunda calada, nos lanzó el humo.

—No está mal.

—Quédeselos —ofreció Marcelo cuando el de voz ronca ya se había guardado el paquete de Ideales en el bolsillo del pantalón.

—Tenéis cinco minutos. Ni uno más. Llamad con tres golpes secos. Decid que vais de parte del Mangas. Si me acabo el cigarro y no habéis vuelto, entraré yo a por vosotros, y eso no será bueno.

En cuanto pusimos un pie dentro de la vivienda, un olor nauseabundo nos envolvió, haciéndome saber que Marcelo llevó razón desde el principio, que aquel lugar no era adecuado para un par de chicas como nosotras. Si el Comandante llegaba a descubrir algún día en lo que su hija andaba metida, me enfrentaría a una buena reprimenda y a una larga temporada recluida en mi habitación.

El que nos abrió la puerta se limitó a escuchar que el Mangas nos había dejado vía libre y luego se perdió entre los claroscuros del interior sin interesarse por nuestra identidad. Siguiendo los pasos de Marcelo, Rosa y yo recorrimos un largo pasillo con estancias a ambos

lados. La primera, iluminada por un candil de aceite, estaba ocupada por media docena de jugadores de naipes que lanzaban sus cartas sobre una manta tirada en el suelo. Aunque algunos levantaron la cara para echarnos un largo vistazo, su concentración en la partida los siguió manteniendo ocupados. La siguiente habitación estaba desierta. Aquella, quizá una cocina en su origen, había sido desmantelada y sus muebles de yeso y sus alacenas se encontraban atiborrados de ropas arrugadas y montones de leña. No nos fue posible descubrir mucho más allí dentro, pero terminamos convencidos de que servía de zona de alivio durante las largas noches en que el relente disuadía a los moradores de la casa de buscar rincones más alejados. Nos apartamos del hueco de la puerta y seguimos avanzando. No tardamos demasiado en descubrir que la estancia principal estaba arruinada. La campana de la chimenea, de proporciones imposibles, se hallaba derrumbada sobre sí misma, esparciendo escombros por todos lados. Mientras contemplábamos las estrellas que asomaban por el tejado oímos unos pasos a nuestra espalda. El que nos abrió la puerta, buscando quizá reparar su negligencia inicial, volvía con un gato en los brazos.

—Si estáis huyendo, será mejor que busquéis en otro lado. Esta noche no tenemos sitio para nadie más.

—No estamos huyendo —dijo Marcelo al encararlo—. Buscamos a un amigo. Su nombre es Cipriano.

—Aquí no tenemos nombre. El que más, apodo.

El tono del hombre del gato era más amistoso que el del Mangas, y pensé en informar nuevamente del perro y de la ceguera. Aun así, el recuerdo del escupitajo me aconsejó no hacerlo. Dejé que Marcelo se las apañase solo.

Esta vez, sin petición previa, Marcelo sacó un billete verde de cinco pesetas de su monedero y se lo ofreció. El hombre, que se apresuró a lanzar el gato al suelo, lo aceptó sin rechistar.

—Esperadme aquí —dijo.

Al momento volvió con un candil y lo levantó frente a nosotros. Con un gesto vago, nos indicó que lo acompañásemos. Cruzó al otro lado de los escombros y se internó en las profundidades de la casa. Al final del último pasillo se detuvo frente a un quicio sin puerta y tiró de la mecha del candil para reavivarlo. Cuando estimó que su llama había crecido lo suficiente, alargó el brazo y lo introdujo en la habitación. Los moradores de sus rincones se removieron lanzando algún improperio mientras se cubrían la cara. Una botella de cristal rodó por el suelo hasta nuestros pies.

—A ver —gritó—. ¿Quién de vosotros se llama Cipriano?

—Lárgate de aquí, cabrón —respondió alguien con voz soñolienta.

El del gato se volvió hacia nosotros.

—Os lo dije.

Marcelo le arrebató la lámpara y entró en el cuarto. Entonces comprendimos que no era tal, sino que se trataba más bien de un antiguo almacén, y que allí había más de veinte hombres. Unos acostados sobre camastros, otros echados en los rincones con una botella en la mano. Uno a uno Marcelo los fue recorriendo, esgrimiendo el candil frente a él, recibiendo una y otra vez insultos que no estábamos acostumbradas a oír. Pero allí no estaba Cipriano.

El cochero nos esperaba con un humor de perros. Después de una reprimenda que Marcelo encajó como pudo, subimos a la calesa y nos dirigimos al centro de la ciudad. Debían ser más de las once de la noche cuando llegamos a la altura del puente de Triana. Apenas alcanzarlo, el flacucho detuvo al caballo. Una mirada asesina y un *señoritas* con retintín fueron su despedida.

Marcelo fue el primero en hablar.

—Después de este rotundo fracaso es hora de que os lleve a casa. Aunque no queráis reconocerlo, seguís siendo unas niñas y vuestros padres estarán preocupados.

—Te expliqué que están en Granada —respondió Rosa con hosquedad.

—¿Y los tuyos? —me preguntó al ver que no lo conseguiría con ella.

—El Comandante se fue de la ciudad por trabajo. Le he dicho a mamá que pasaré la noche en casa de mi amiga.

—Veo que no tengo escapatoria.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Rosa.

—A ningún lado. Me da igual que nadie os espere. No recorreré los bajos fondos de la ciudad con dos mocosas de la mano. Os llevaré a casa y me iré a dormir. Ya veremos mañana.

Rosa apretó los puños.

—Ya está bien —refunfuñó—. Belinda necesita dar con ese ciego cuanto antes. Y no voy a permitir que escurras el bulto.

Marcelo, dejando escapar el aire de sus pulmones, nos dio la espalda para ir a sentarse en uno de los bancos que daban al río. Rosa y yo lo seguimos.

—No se me ocurre por dónde más podemos buscar —confesó.

Frente a nosotros el agua discurría en silencio. El barrio de Triana, camuflado en la noche de la ribera de enfrente, reflejaba los brillos de sus farolas en una superficie de plata que los convertía en espectros oscilantes. El silencio fue calando nuestro cuerpo y la tensión de las últimas horas se transformó en agotamiento. Una vez más, Marcelo estaba en lo cierto. Debíamos abandonar la búsqueda por aquella noche, dejar que las sábanas nos aclarasen las ideas.

Rosa formuló una pregunta que rompió el hechizo.

—¿Desde cuándo fumas?

—¿Cómo?

Ni Marcelo ni yo comprendimos a qué podía referirse.

—¿De dónde has sacado ese paquete de Ideales?

—Ah... Es eso. Son los pequeños obsequios que le ofrezco a Emeterio para que me deje entrar en el Archivo. No me gusta el tabaco.

Mi amiga, no muy convencida, hizo un mohín con la nariz y volvió a la contemplación de la corriente. Sin embargo, sus palabras me hicieron recordar un detalle sin importancia: el cigarrillo que aquella misma mañana había visto fumar a otro hombre mientras dibujaba el pasadizo en el patio de Banderas. Un detalle que terminaría por resolver el misterio.

—Marcelo, ¿por casualidad conoces a un tal Fulgencio? —pregunté sin demasiadas esperanzas.

—Fulgencio —repitió meditabundo—. No me suena ese nombre.

—Es afilador. Y también fuma Ideales.

—¡Claro! ¿Quién no conoce a Fulgencio el afilador, ese que fuma Ideales? —afirmó con ironía.

—No te rías de mí —protesté sintiéndome ridiculizada—. Me dijo que no había una sola calle de Sevilla que él no patease. Estoy segura de que podría ayudarnos.

Rosa le mostró una expresión de reproche.

—Lleva razón —añadió acudiendo en mi auxilio—. Cipriano se sienta todos los días en las esquinas de la ciudad junto a un perro pulgoso y a una lata vacía. Si ese Fulgencio que dice Belinda existe y recorre las calles con su rueda de afilar, no es posible que no se conozcan entre ellos.

Salté del banco y me coloqué frente a ambos.

—Vamos a buscarlo.

Marcelo resopló escéptico y levantó la voz.

—¿Acaso sabes dónde vive tu afilador?

Antes de que pudiese contestar, Rosa lanzó un corto siseo y se llevó el índice a los labios para indicarnos que guardásemos silencio. Una pareja de la Guardia Civil se acercaba por la avenida. Cuando los descubrí se me cayó el alma a los pies. A aquellas horas y con las calles desiertas, tuve la certeza de que nos pedirían la documentación. No tenía ganas de que mis andanzas nocturnas llegasen a oídos del Comandante.

—Hemos de quitarnos de en medio —susurré.

Marcelo se incorporó de un salto. A él tampoco le debía hacer gracia ser interrogado, porque no dudó en apoyar mi propuesta. Nos alejamos con la mayor discreción que pudimos y cruzamos la calzada. Entrando en la calle Arenal, uno de los agentes nos gritó el alto. Pero

estaban demasiado lejos. No parecía posible que nos dieran alcance. Rosa fue la primera en lanzarse a la huida. Enfilamos la calle y corrimos a la mayor velocidad que nos permitieron nuestros pies. Al doblar en la esquina de Pastor y Landero, divisamos a lo lejos la casa de Rosa. Aunque los doscientos metros que nos separaban de ella se nos hicieron eternos, el alto de los guardias no volvió a sonar. Cerramos la puerta a nuestra espalda y rompimos a reír a oscuras. El recibidor se iluminó. Una muchacha del servicio, con camisón de seda blanco y gorro en la cabeza, vino a nosotros.

—Señorita Rosa, ¿se puede saber qué escándalo es este?

—Hola, María. Solo ha sido una chiquillada. Marcelo nos propuso una carrera y nosotras aceptamos. Es un idiota.

La doncella examinó a nuestro acompañante con disgusto y apretó los labios antes de echarnos la reprimenda.

—Sus padres no aprobarían semejante comportamiento —expuso enfadada.

—Yo también lo creo así —aseguró Rosa con un mohín de falso arrepentimiento y una sonrisa cautivadora—. Pero no se enterarán, ¿verdad?

La muchacha no respondió. Hizo un gesto altivo con el mentón y se fue por donde había venido. La luz emitida por la lámpara que lucía al fondo del pasillo dejó traslucir a través del camisón un cuerpo joven y voluptuoso, una tentación que no pasó desapercibida para Marcelo. Cuando María se perdió por una de las puertas, Rosa le propinó un pisotón vengativo para después invitarnos a pasar al salón. Yo me acomodé junto a mi amiga en el sofá. Por el contrario, Marcelo se acercó a un carrito repleto de licores, ojeó las etiquetas de varias botellas y agarró una de brandy.

—¿Puedo? —preguntó levantándola hacia nosotras.

—Adelante. Mientras no vuelvan mis padres, estás en tu casa.

Antes de acomodarse en uno de los elegantes sillones, buscó una copa y se sirvió.

—Y bien, ¿me responderás ahora? —me preguntó a bocajarro.

La carrera que acabábamos de dar y el tremendo calor de las noches de junio consiguieron que mi piel sudase por todos sus poros. De modo que había olvidado por completo la pregunta. Al comprobar que yo no reaccionaba, me la recordó.

—¿Sabes dónde vive ese afilador?

No hubo demasiado que pensar: no tenía ni la menor idea.

—No —confesé, incómoda por su actitud negativa.

—En ese caso, ¿por dónde nos aconsejas que comencemos la búsqueda?

No tuve más remedio que rendirme a la evidencia.

—Esperaba que tú supieses de ese hombre. Al fin y al cabo, también

te mueves en la calle. —Mi respuesta no le gustó.

—Quizá me lo haya cruzado alguna vez. Siento decirte que no lo recuerdo.

—¿Dónde lo conociste? —aventuró Rosa—. Podríamos empezar por buscarlo allí.

—En el patio de Banderas. Pero creo haberle oído decir que no volvería a aquel lugar hasta el próximo viernes. No puedo esperar tanto tiempo. Le prometí a Miguel que encontraría a Cipriano.

—Quizá haya otra solución —afirmó—. Digo yo que alguna vez habremos necesitado afilar los cuchillos en esta casa. Iré a preguntarle a María. Estoy segura de que sigue despierta.

Cuando nos dimos cuenta, Rosa se había ausentado.

Nunca me había quedado a solas con Marcelo. Para mí, aquel muchacho siempre fue un desconocido del que se encaprichó mi amiga, y no me sentí cómoda en semejante intimidad. Él echó un trago a la copa y me miró a su través con una expresión divertida. Me removí inquieta en el sofá. Deseosa de que Rosa regresase pronto, dirigí la atención a la puerta.

—¿Por qué no has acudido a tu amigo Hugo en busca de ayuda? —me preguntó—. Él podría estar en mejor disposición para conocer el paradero de ese ciego.

—Hugo se marchó con el Comandante a la misión de la que os hablé.

Otro trago. Este, más pausado. Su intenso aroma inundó la habitación.

—¿No te parece raro dirigirte a tu padre como *comandante*?

Hacía tanto tiempo que yo lo hacía que en un principio no supe qué responder. Las tardes en que bajaba al río en Puente Alto de la mano de Daniel seguían ocupando un lugar preeminente en mi memoria, y las palabras de Marcelo me infligieron más daño del que él debió pretender. Nunca supe por qué mi hermano llamaba de aquella manera a nuestro padre desde que lo ascendieron. Aunque, me temo que se debía a su afán de contarme historias increíbles y mostrarme el mundo como un cuento de niños. Luego, al morir él, yo también comencé a hacerlo de vez en cuando, a llamar Comandante a mi padre, quizá con la esperanza de mantener vivo el recuerdo de mi querido hermano.

—Eso a ti no te importa.

Marcelo hizo una mueca y cambió de tema al percibir mi crispación.

—¿Has pensado en la posibilidad de que Cipriano haya sido detenido?

—No hay motivos para ello —respondí enfadada. Pero sí que los había. Aunque los excesos de la posguerra estaban perdiendo el

ímpetu inicial, bastaba con ser un mendigo como él para tener problemas con la autoridad. Y yo sabía que había ocurrido otras veces. Aun así, preferí apartar semejante pensamiento de mi mente.

Ambos guardamos un silencio embarazoso.

—Te caigo mal —murmuró él, los ojos en el fondo de la copa.

El calor era insoportable.

Sin responder, fui hasta el otro lado de la habitación y abrí una de las ventanas. Asomada a la calle, dejé que la brisa que ascendía del Guadalquivir a aquellas horas me acariciase la cara. Necesitaba zanjar la cuestión de una vez por todas. De manera que me armé de valor y me volví en su dirección.

—No sé quién eres. Nunca hablas de tu familia. Te conocimos en un mercadillo por casualidad y engatusaste a Rosa con tu lisonjería barata. Es mi mejor amiga y se ha entregado a ti sin condición. No me gustaría que le hicieses daño. No me caes mal, pero no me fío de ti.

Él iba a decir algo en el momento en que Rosa apareció.

—¿Qué has averiguado? —pregunté impaciente.

—María no conoce a ningún Fulgencio. Pero me ha dicho que todos los sábados hay un afilador en el mercado de la Encarnación.

—Eso es mañana.

—Cierto. A primera hora estaré allí contigo. Seguro que se trata de él.

—Bien —dijo Marcelo—, ha llegado la hora de largarme y dejaros descansar. Ya no me necesitáis.

—¿Nos acompañarás mañana? —preguntó Rosa.

—Mañana tengo encargos que atender, y Belinda y tú os las apañaréis mejor sin mí. No pretendo ser un estorbo.

Rosa frunció el ceño sin comprender. No insistió. Ambos se alejaron dejándome a solas en el salón. Cuando me asomé a la puerta, él la besaba en los labios.

Mi amiga volvió pasados unos minutos. Como siempre, su intuición dio de lleno en la diana.

—¿Qué ha ocurrido aquí en mi ausencia?

—Me tendrás que perdonar. He sido algo grosera.

Rosa me clavó la mirada y esperó.

—Le he dicho que no me fio de él.

Ella reflexionó.

—No pienses que soy tonta. Tampoco yo me fiaba. Ahora lo conozco mejor y sé que no hay nada que temer.

Tomó la copa que Marcelo había dejado vacía, se acercó al carrito y se sirvió apenas una línea en el fondo. Acomodándose en el sofá, me llamó a su lado.

—Un par de semanas atrás fue a visitar a su familia —relató—. No lo hace a menudo. Aquel día me pidió que lo acompañara. Quedamos

citados a las nueve de la mañana. Él llevaba un ramo de flores, pero pronto descubrí que no era para mí. Su inusual seriedad me convenció de que algo andaba mal. Tomados de la mano paseamos en busca del barrio de San Jerónimo. A pesar de mi insistencia, no quiso decirme a dónde me llevaba. Nos detuvimos al llegar a la puerta del cementerio de San Fernando. «Están ahí dentro —me dijo—. ¿Seguro que sigues queriendo conocerlos?». Yo había insistido varias veces en que me presentase a su familia, pero él se mostró evasivo en cada ocasión. Entonces comprendí el motivo. «Por supuesto», respondí. Recorrimos la calle principal y luego nos desviamos a la izquierda, hasta las últimas filas de nichos del lado este. Se agachó junto a uno de los que se situaban a ras de suelo y retiró unas flores resecas para colocar las nuevas. Me dijo que tanto su madre como su hermano están enterrados allí. Ambos murieron en un tiroteo en Triana cuando apenas había comenzado la guerra. Por aquel entonces su padre llevaba muerto tres años. Era librero y vino a Sevilla en busca de un futuro mejor para su familia. A poco de montar el negocio, la enfermedad lo atrapó. A la muerte de su madre y su hermano, con catorce años y en mitad de una guerra, Marcelo se quedó sin familia. Desde entonces ha vivido solo.

Rosa aspiró el aroma sin beber.

Entonces comprendí que lo había juzgado injustamente, que había descargado sobre los hombros de Marcelo mi frustración por no dar con el diario. Porque, aunque me pesase reconocerlo, esa era la cuestión que más me preocupaba. Por supuesto que no deseaba nada malo a un hombre que me estaba ayudando sin reservas, y que sufría por Miguel. Pero sobre todo ello, con mayor intensidad, temía que Cipriano hubiese desaparecido, ya que eso significaría que le había perdido el rastro a la historia de Andrea.

—¿Sigue viviendo solo en aquella librería? —pregunté conmovida, sin saber qué otra cosa decir.

—No. La casa era alquilada y la perdió. Subsistió varios años de la beneficencia, hasta que logró ganar algo de dinero repartiendo periódicos. Luego, por casualidad, comenzó a comprar algunos libros usados a gente que necesitaba el dinero y a venderlos a los libreros amigos de su padre. Así consiguió salir adelante. Hace apenas un par de años que pudo establecerse en un minúsculo ático en el Porvenir. Es allí donde vive.

—He sido antipática con él.

Rosa no pareció escucharme. Se acercó y me abrazó con fuerza.

—No sé qué voy a hacer —se quejó desolada—. Mi padre nunca lo aceptará. No me atrevo a presentárselo, porque me prohibirá volver a verlo.

—¿Tanto significa para ti?

—Nunca había sentido nada igual.

Sus ojos se inundaron haciéndome entender que llevaba razón. La familia de Rosa es una de las más prósperas de la ciudad, y un don nadie como Marcelo tendría poca cabida en ella. Recordé la facilidad con que mi amiga se desenvolvió aquella misma tarde entre los sótanos del Archivo de Indias, y tuve la certeza de que estaba apostando fuerte en una mano que su familia no la dejaría ganar.

II

Silvestre, el único de la camada que consiguió conquistar el corazón de la pescadera, como ella misma nos explicaría minutos después, soltó la sardina y se acercó a nosotras. La ingenuidad de unas muchachas poco acostumbradas a mezclarse con el barullo de una plaza de abastos abarrotada, y tal vez el olor de nuestros perfumes, debieron ser acicates suficientes, porque dejó su desayuno pendiente y buscó entre nuestras faldas un cariño que a buen seguro no hallaba entre las de su dueña. Rosa se agachó para rascarle la cabeza. El gato inició un lento ronroneo. Con no más de un mes de edad, apenas superaba el tamaño de una naranja, y sus andares patosos y sus ojos grises lo hacían irresistible.

—¿No es una monada? Pregunta tú, que yo te espero aquí —me indicó señalando el puesto del pescado.

Yo solo había estado en el mercado de la Encarnación el día que lo crucé con Hugo a toda prisa para vernos con Cipriano en el comedor de la calle Feria, y no conocía a nadie que me pudiese ayudar. Menos aún, a la mujer que me sonreía. Pero por algún sitio tenía que empezar.

Al llegar al puesto, su sonrisa se dulcificó aún más:

—Buenos días, señorita —canturreó—. Si les gusta, se lo pueden quedar.

Aunque no necesitaba hacerlo para saber que Rosa continuaba agachada junto al gato, me volví en la dirección de su mirada.

—Muchas gracias. Me temo que ella no sabría cuidarlo.

—¡Qué me dice *usté*! Si esos canallas se crían solos. A mi marido le gustaban más los perros, porque él los quería para los conejos, ya sabe *usté*. Esos sí que son unos malos bichos. Cariñosos también, más que los gatos si le digo, pero a mí no me engañan, te descuidas y se te cagan en la casa. Vaya si lo hacen. Estos no. Los gatos son limpios, requetelimpios. *Usté* dirá.

Removió el montón de las sardinas para que recobrasen el brillo.

—No, gracias. No es eso lo que quiero.

—¿*Usté* sabe lo que dice? Mire que no las encontrará mejores en toda la plaza. Qué digo en toda la plaza, en toda Sevilla. Las acaban de traer del Puerto. Las mejores.

—No vengo en busca de sardinas. Lo que pretendía es preguntarle...

Su aluvión me volvió a cortar en seco.

—Ya veo que tiene manos de señorita. Llévese entonces bacalao. Ese no hay ni que limpiarlo. Lo mete en agua unas horas y listo para freír. Y gordo, más de dos dedos de los míos. ¿Lo ve *usté*? —dijo

levantando una pieza y mostrándome el canto.

La sonrisa, algo gastada con la verborrea, volvió a su rostro, y la mirada ensayada, al gato, que mostraba ahora a las claras su condición de gancho para los clientes.

—Mire como se ha encaprichado de ella el animal. No me diga que no es un primor. Anden, llévenselo. Es el último que me queda. Silvestre le he puesto. Eran tres, ¿sabe? Solo a este le puse nombre. Los otros, unos desalmaos. Ya le digo yo. Pues no que me arañaban las manos cada vez que intentaba amansarlos. Qué canallas. Ni la madre que los parió los quería. Se los dejaba en el pesebre y se largaba por las tapias. Que le digo yo que un poco puta también me ha salido esa gata. Que a los dos días de soltar a estos ya andaba entre corrales buscando a otro macho. Pero por estas —dijo besándose el pulgar cruzado sobre el índice—, que si se preña otra vez la cuelgo de la higuera. Ya le digo yo. Ese en cambio, ahí lo ve. El mejor de todos. Cariñoso como el que más. ¿Se ha fijado en las coquinas?

Metió la mano en el montón y repitió la maniobra. El chocar de sus valvas me recordó el murmullo de las olas rompiendo contra el fondo pedregoso de una playa.

—Oiga, lo único que pretendo es hacerle una pregunta.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué pregunta ni qué ocho cuartos? ¿Es que no va a comprarme nada?

—Me llevaré medio kilo de esas —dije abrumada por su semblante acusador.

Rosa acudió en mi ayuda.

La pescadera tomó un papel de estraza, formó un cartucho y le dobló el extremo.

—Verán *ustés*. No catarán otras mejores: del Puerto de Santa María, de esta misma mañana.

Después de pesar las almejas y retirar las dos últimas, que habían hecho que la balanza se desequilibrase más de lo prudente, cerró la boca del cucurucho y me las ofreció chorreando una agüilla gris. Rosa arrugó la nariz de puro deleite. Reprimió una sonrisa y sacó su monedero.

—¿Y qué era eso que *usté* quería saber? —concedió ganada la batalla.

—Estamos buscando al afilador —dije—. Nos han dicho que está por aquí los sábados, pero no lo encontramos.

—¡Ja! Ese ladrón. Pues no que la última vez me quiso cobrar un real por cuatro cuchillos... Valiente elemento. ¿Saben *ustés* que no se le conoce mujer? Dicen que tuvo una de mozo que se le fue con otro. Pero no sé yo.

Guiñó el ojo mientras devolvía el cambio y prosiguió.

—Para mí que no las cata. *Ustés* ya me entienden *ustés*...

Rosa pensó que ya era suficiente.

—¿Nos va a ayudar?, o nos vamos a otro puesto.

La pescadera la estudió con un ojo medio cerrado, meditando si el medio kilo había sido suficiente botín, y se restregó las manos en el mandil.

—Si viene, será a eso de las once. No antes —respondió sin cambiar de postura—. En los caños lo pillarán.

Después de agradecérselo de mala gana, mi amiga tiró de mí y nos alejamos del puesto. El gatito nos siguió los pasos unos metros y luego se detuvo a observarnos con la cabeza ladeada, sin terminar de comprender. Otra mujer tan ingenua como nosotras se agachó a acariciarlo.

—Uf —exclamó Rosa—, creí que no salíamos vivas del puesto.

—¿Crees que se refería a la fuente de las Máscaras?

—No conozco otros caños por los alrededores.

Las coquinas, recalentadas entre mis manos, comenzaron a emitir un tufillo sospechoso.

—Acompáñame —me pidió mirando hacia un carro que vendía fruta—. Aún falta un buen rato hasta las once.

Nos abrimos paso entre la gente, compramos dos manzanas acharoladas en amarillos y nos dispusimos a esperar retrepadas en uno de los bancos. Un bullicio infernal rellenaba hasta el último recoveco de la plaza. Los hombres y las mujeres, siempre en corrillos, nunca mezclados, se enzarzaban en acaloradas disputas.

Hacía tres meses que habíamos abandonado la vieja casa de Puente Alto y cada vez que me veía rodeada de tanta gente acudían los recuerdos. No podía negar que la ciudad me estaba dando la oportunidad de compartir mi tiempo con Rosa, ni que en ella me sería posible asistir a la Universidad de forma regular. Pero echaba de menos mis caminatas por el campo, aquella sensación de libertad que no conseguía percibir entre el devenir de los cientos de transeúntes. Rosa, que se levantó para devolver a unos niños la pelota de trapo perdida, se volvió en mi dirección con el sol reflejado en su cara pecosa.

—Estás muy callada. No tienes de qué preocuparte. Estoy segura de que el afilador resultará ser el que buscas.

—No es eso. Si te soy sincera, sigo evocando la vida en el campo. No me acostumbro a esta gran ciudad.

Me miró incrédula.

—¡Venga ya! ¿Acaso no te alegras de que volvamos a estar juntas?

—Sabes que sí. Pero la casa de Puente Alto fue siempre mi hogar.

—También esta lo terminará siendo.

—No lo creo —aseguré.

—Vaya bobadas. ¿Por qué piensas eso?

—No sabría decírtelo. Tiene algo que me sobrecoge. Desde que puse los pies en ella estoy convencida de que esconde un misterio entre sus paredes.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

—Un fantasma.

Molesta volví la cara hacia el gentío.

—¿Serías capaz de burlarte de mí?

—Nunca —respondió más seria—. Ese dichoso diario te está perturbando más de lo sensato. Quizá sea mejor que no recuperes su pista.

Los niños, en riña por algún gol dudoso, rodaron por el suelo disputándose la pelota. Tras ellos, el carro de un afilador. Solo necesité una ojeada para saber que se trataba de Fulgencio.

—Allí viene —solté excitada—. Vamos en su busca.

Aquel, al vernos correr en su dirección, apoyó las patas traseras del carro en el suelo y se echó la gorra hacia atrás.

—Señorita Belinda, cuanto me alegro de volver a verla. ¿Tiene intención de retratar el mercado?

—Se equivoca. Hoy no he venido a pintar.

Rosa me dio un codazo.

—Lo siento. Esta es mi amiga Rosa. Anoche le estuve hablando de nuestro encuentro en el patio de Banderas.

—Un placer —aseguró—. No hay mayor gozo para un carcamal como yo que estar en la mente de dos muchachas guapas al anochecer.

Rosa le rio el piropo.

Fulgencio se volvió hacia el carro y lo puso bocarriba, dejando expuesta la rueda de afilar. Acoplado el manubrio en el eje, sacó una flautilla hecha de juncos como los que crecen junto al río en Puente Alto, se la llevó a los labios y la hizo sonar con una cadencia hipnótica. Algunos de los transeúntes se volvieron, pero ninguno pareció necesitar de sus servicios.

—¿Acuden a menudo al mercado?

—No. Hemos venido a buscarle.

Fulgencio abortó un nuevo intento de llamar la atención con su chiflo y volvió el interés a nosotras.

—¿Y cómo habéis podido dar conmigo?

—Ha sido la del puesto de la esquina —le informó Rosa con malicia —. Parece que conoce bien sus andanzas.

El afilador miró de soslayo hacia donde le indicaba.

—Ya me imagino. Lleva años buscando sustituto a su difunto marido, pero no está teniendo fortuna. Y si no es demasiado preguntar, díganme, ¿para qué me buscaban?

Rosa dejó que yo expusiese la situación.

—Se trata de un hombre al que necesitamos encontrar. Hemos pensado que quizá usted lo conozca.

—Pues a ver.

—Se llama Cipriano. Es ciego y tiene un podenco delgado, canela, con una mancha blanca en la cara.

Fulgencio se guardó la flautilla de caña en el bolsillo y buscó un banco que estuviese libre. A pocos metros divisó uno resguardado bajo las sombras de un madroño. Allí nos invitó a sentarnos.

—Permitan ustedes que mis articulaciones descansen. Uno no tiene los huesos como antes y estas caminatas diarias me están matando. — Alargando las piernas, se masajeó con parsimonia.

Comprendí de inmediato que lo conocía.

—¿Y bien?

—¿Para qué necesitan dos muchachas como ustedes a un mendigo?

—No es un mendigo. Es un buen hombre —salté.

—¿De qué lo conocen?

—Es amigo mío. Se lo contaré algún día. Ahora, lo único que necesitamos es encontrarlo. Díganos que ha sido de él. Usted lo sabe, estoy segura.

La cara de Fulgencio, morena, barba canosa de un par de días, se volvió intentando dilucidar si debía fiarse de nosotras.

—¿Lo conoce? —insistí.

—Lo conozco.

—¿Y sabe dónde está?

—Lo sé.

—¿Nos lo dirá?

Durante el resto de la mañana, Rosa y yo aguardamos sentadas frente al afilador, distraídas con los clientes que de vez en cuando se acercaban con un cuchillo o unas tijeras en las manos y regateaban el precio una y otra vez. Rozando la una de la tarde, tras un buen rato sin actividad, Fulgencio debió pensar que por aquel día no tendría más parroquianos. Después de palpar el bolsillo lleno de chatarra, volvió a colocar el carro sobre su rueda delantera. Agarró los varales y nos miró.

—¿Nos vamos?

Deseosas de emprender la marcha, nos dispusimos a seguirlo.

—Si no las quieren...

Ambas habíamos olvidado por completo el paquetillo de almejas y nos volvimos hacia el banco sin saber a qué se refería.

—Claro —dijo Rosa—, se las regalamos. Nosotras no nos las vamos a comer.

Él abrió un cajón escondido entre las tablas del artilugio y las

introdujo con cuidado de no deshacer el cartucho. Con la boina calada, enfiló la calle Misericordia. Un chirriar cansino procedente de la rueda nos acompañó durante todo el trayecto. Nos fue imposible entablar una conversación fluida, porque las calles, cada vez más estrechas, se transformaron en embudos para los viandantes que parecían retornar a sus hogares a la misma hora que nosotros. De modo que nos limitamos a seguir su caminar cansino sin rechistar.

Al divisar las columnas de Hércules y Julio César, pensamos que nos dirigíamos a la Alameda, pero Fulgencio giró el carro a la altura de Joaquín Costa. Rosa me tomó del brazo para detenerme.

—¿Se puede saber a dónde nos lleva?

Desde mi llegada a la ciudad había estado varias veces en los alrededores de aquel barrio. Sin embargo, aún no conocía su reputación nocturna y no entendí los temores de mi amiga.

—En esa calle solo hay prostitutas —le dijo a Fulgencio disgustada —. Ni Belinda ni yo daremos un paso más.

—Les aseguro que no tienen nada que temer. Es uno de los sitios más transitados de Sevilla.

—No lo pongo en duda —protestó Rosa con los brazos en jarra—. Aunque, no por señoritas de nuestra condición.

—Me temo que si desean saber qué le ha ocurrido a Cipriano, deberán olvidar sus prejuicios y acompañarme.

—No hemos llegado hasta aquí para echarnos atrás —alegué.

—Tú no sabes qué tipo de gente frecuenta este barrio. No pasaré de la esquina. No me hago responsable de ti si entras en la calle.

Tras una primera vacilación, hice un gesto a Fulgencio para que prosiguiera su avance. En mitad de la calle giré la cabeza. Rosa volvía a estar detrás de nosotros con los puños cerrados y la frente arrugada.

Unos metros más allá, el afilador aparcó el carro en la acera.

—Aquí es.

A nuestra izquierda, un corto callejón rotulado con el nombre de Niño Perdido, y un barezucho de mala muerte en la esquina.

—¿Les apetece una manzanilla fresquita?

—Hace calor para una infusión —dije con ingenuidad.

Fulgencio ignoró mi respuesta, se quitó la boina y se internó en el bar. La barra estaba repleta de hombres con la camisa abierta y cadenas de oro colgadas del cuello. Tras pisar las baldosas cubiertas de serrín, eché un vistazo.

—Si eso es lo que deseas, adelante —oí decir a Rosa a mi espalda—. Pero estoy segura de que te arrepentirás.

—Pasen —insistió Fulgencio, que había conseguido hacerse un hueco al fondo del bar. Luego se volvió hacia el que servía tras la barra—. Bautista, ponnos una manzanilla y dos gaseosas, que estas chicas se me van a deshidratar.

Ambas cruzamos entre los parroquianos y nos colocamos a su lado. Viendo que estos no nos quitaban ojo, Fulgencio se encaró con ellos.

—Y vosotros, ¿es que no tenéis asuntos de que ocuparos?

Poco a poco el jaleo volvió a invadir el local, haciendo que nuestra presencia pasase aparentemente desapercibida. Cuando los tres vasos estuvieron servidos, el camarero buscó la tiza de su oreja para apuntarlos sobre el mostrador. Fulgencio se llevó el suyo al gaznate de un solo golpe.

—Va siendo hora de que me digan el motivo por el que lo están buscando.

Rosa se bebió medio vaso de gaseosa del primer trago. Yo la imité, ganando tiempo para pensar. Decidí decir solo la parte de verdad que Fulgencio necesitaba escuchar.

—Lo buscamos por Miguel.

El afilador se removió incómodo.

—¿También conocen a Miguel?

—Hace unos meses que Cipriano nos lo presentó. Él nos alertó de que había dejado de visitarlo en el hospicio. Dice que nunca había faltado a la cita.

—Pobre niño.

—¿Nos dirá ahora dónde está?

Pidió otro vaso con un gesto vago y esperó hasta tenerlo lleno. Esta vez lo saboreó con parsimonia, dándose tiempo para responder.

—Está ahí mismo —afirmó señalando con el dedo.

Ambas nos volvimos para mirar a través de la ventana que teníamos a nuestra espalda. Por entre sus barrotes contemplamos la fachada de enfrente: una cenefa de losetas cuarteadas, un balcón rebosante de geranios y una cortina de motivos florales que precedía a la oscuridad del interior. El número ocho.

—Eso no será lo que estoy imaginando —preguntó Rosa consternada.

—Lo es —dijo Fulgencio apurando de un trago el resto de la manzanilla.

El afilador pidió media botella para llevar, esparció un puñado de monedas sobre el mostrador, separó varias iguales y guardó de nuevo el resto.

A pesar de que el sol estaba en lo más alto del cielo, no logramos distinguir ni un solo detalle del interior del portal hasta que se abrió una puerta al fondo.

—Mi querido Fulgencio —gritó al verlo una cincuentona entrada en carnes que lucía un tremendo moño en la coronilla—. Te esperábamos desde hace días. ¿Dónde coño te habías metido?

—He estado ocupado con el carro. Sabes lo que cuesta ganarse el

pan.

—A mí me lo vas a decir —afirmó, sin dejar de echarnos el ojo—. Dime, ¿quiénes son estos dos pimpollos?

La mujer, haciendo gala de su oficio, nos dio un repaso exhaustivo, llegando incluso a dar unos pasos a un lado y otro, calibrando con mayor detalle la calidad del género.

—Válgame Dios —masculló—. ¿De dónde las has sacado?

Fulgencio la despachó con un reproche bronco.

—Déjalas en paz. Este prado no es para tu rebaño.

La otra levantó la cara ofendida.

—Han venido a verlo. ¿Dónde lo tienes?

—¿A ver a quién?

—Al ciego. ¿A quién si no?

—Fulgencio, mira que te advertí que no dijeras a nadie dónde está ese malnacido. Mira que yo no quiero líos. Que mi clientela es selecta y no puedo permitirme que se me espante.

—No hay reparo. He hablado con ellas y no abrirán sus boquitas. ¿Cierto? —preguntó Fulgencio dirigiéndose a nosotras.

—Cierto —respondimos al unísono.

—Lo tengo en la del fondo —claudicó con recelo la del moño—. Acompáñalas tú. Yo no puedo dejar esto solo. Alguien tiene que atender el negocio.

La estrechez de la escalera hacía juego con el resto de la casa, y las baldosas de sus peldaños se balanceaban produciendo una sensación de inseguridad. Por el contrario, el pasillo en el que desembocaban, con media docena de dormitorios a un lado y a otro, era más amplio. El primero de ellos, con la puerta entreabierta, supuso para mí el bautismo en la senda del pecado. Ni Fulgencio ni Rosa repararon en la escena. Sin embargo, algún ruido procedente del interior hizo que me detuviese en el dintel y buscase su origen: junto a la ventana, tiradas por acá y por allá, varias prendas de ropa masculina, un tocador y un espejo en el que me vi reflejada. Sobre la cama, tumbado a todo lo largo, tan desnudo como debió venir al mundo, un hombre de unos cuarenta años con su miembro viril erecto a causa de los ardientes favores de dos mujeres ligeras de ropa. Absorta por tan desvergonzada escena, no fui consciente del paso del tiempo hasta que Fulgencio volvió a por mí y me privó del espectáculo cerrando la puerta con discreción.

El resto del pasillo lo recorrí sonrojada, con el cuerpo envarado, procurando no distraer mi atención en las intimidades de las siguientes alcobas.

La última puerta, destinada a menesteres menos glamurosos, se encontraba tras un requiebro escondido al final del pasillo. El afilador, viejo amigo de Cipriano desde que ambos decidieron recorrer las

calles de la ciudad para ganarse la vida, la desencajó con un empujón y pronunció entre dientes el nombre del ciego. Frente a nosotros, una penumbra pastosa y un largo silencio.

—Cipriano... —repitió con mayor decisión.

Al no obtener respuesta, Fulgencio se adentró en las sombras y buscó a tientas en la pared de enfrente. Un ventanuco de apenas dos palmos de ancho, que protegía la dudosa virtud de la estancia con una cruz de hierro oxidado, dividió en cuatro porciones la luminosidad de aquella mañana de finales de junio. La voz apagada de Cipriano maldijo su fortuna antes de transformarse en tos. El podenco, más marcada su osamenta que la vez anterior, enseñó los dientes desde la cama de arpillera en que dormía y emitió un gruñido prolongado y cansino que parecía responder al vuelo de un avispón. Sin escuchar la amenaza, el afilador caminó hasta la cama en que reposaba el cuerpo maltrecho del ciego.

—¿Cómo te encuentras hoy, amigo?

La corriente procedente del ventanuco renovó el aire del dormitorio y lo hizo salir a través del hueco de la puerta, haciendo que ambas nos llevásemos la mano a los labios y diésemos un paso atrás al aspirar la primera bocanada.

—¿A quién has traído contigo? —preguntó Cipriano percibiendo nuestra presencia.

—Un par de preciosas mujeres que dicen conocerte.

Cipriano intentó levantar la cabeza, pero al no conseguirlo volvió a relajar el cuerpo y se conformó con olfatear nuestro aroma.

—Señorita Belinda —dijo sorprendido—, ¿cómo ha dado conmigo?

Impresionada por los moretones que cubrían su cara, me aproximé insegura y apoyé mi mano en uno de los adornos dorados que coronaban el pie de la cama. El perro, temiendo por su amo, arrugó más el hocico y nos mostró la longitud de sus caninos. Me pareció que tenía una pata lastimada.

—Calla Sultán, ¿o es que ya no tienes olfato para los amigos?

Aquel volvió a tumbarse sobre su lecho de arpillera.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté.

—Acércate aquí.

Sobrecogida, caminé hasta el cabecero. Una sábana blanca cubría el cuerpo de Cipriano hasta la altura del ombligo, donde esta confiaba su trabajo a un vendaje apretado que ascendía en vueltas desiguales hasta morir bajo los sobacos. En el lugar en el que debía estar el ojo izquierdo residía ahora una hinchazón negra que competía en altura con la nariz. En el que debía estar el derecho se abría una sima tan profunda que creí entrever sus sesos.

Soy incapaz de describir la pena que sentí hacia él.

Cipriano levantó su mano derecha y buscó en el vacío. La tomé

entre las mías y la conduje hasta mi cara. Después de palpármela por un rato con una ternura infinita, ensayó una sonrisa que me llenó de espanto.

—Dígame, señorita Belinda: ¿sabe algo de Miguel?

III

La vanesa se dejó caer con las alas abiertas desde la cúspide del monte Gurugú y planeó con su grácil vuelo hasta posarse a escasos metros del banco en que me encontraba sentada. Apenas necesitó batirlas un par de veces para recorrer la distancia que nos separaba, pero fueron suficientes para que mis recuerdos volasen con ella hasta Puente Alto. Sus grandes alas negras, salpicadas de blancos y naranjas, habían servido de inspiración en uno de mis primeros bocetos al óleo, y su vivo recuerdo dormía tan cerca de otros que guardé en mi infancia que me resultó imposible no sentir un escalofrío, evocar las tardes de verano en que bajaba hasta el río con mi hermano Daniel. Aquel día el reducido maletín de artista que papá me acababa de regalar colgaba de su mano izquierda, y la mía aferraba su derecha mientras caminábamos en busca de un motivo que plasmar en la tablilla.

—¿Qué fue de él? —seguí insistiendo—. Necesito saberlo.

Días atrás, tal como solía hacer cada vez que dábamos un paseo por el campo, había comenzado a contarme una de sus historias fantásticas. Más tarde debió pensar que era una historia demasiado escabrosa para mi edad, y decidió dejarla a medias y entretenerme con algo más infantil. Pero había sembrado en mí una curiosidad irresistible, y ansiaba conocer el desenlace.

—Te dije que no es una historia para una chiquilla como tú. Tendrás pesadillas y te pasarás la noche en vela.

—Venga, Daniel. Hace una semana que cumplí los diez. Ahora soy mayor.

Él sonrió mientras resolvía qué hacer.

—Primero tendrás que prometerme que el Comandante no se enterará de que te la he contado. Afirma que estás el día entero fantaseando.

—Te lo prometo —afirmé sin vacilación—. ¡Cuéntame!

Daniel me pasó el maletín de las pinturas y se llevó ambas manos a la cara, simulando embadurnarla con betún.

—Su piel era negra como el carbón —relató con afección, reiniciando la historia allí donde el día anterior la había dejado—. Dieciséis años. Apenas unos cuantos más que tú.

—¿Por qué lo mató? —quise saber impaciente.

—No lo hizo él, sino el otro, el más viejo. Al menos eso es lo que rezaba el artículo del periódico. El hombre que les hizo el encargo, un potentado local, llevaba tiempo deseando el cargo de alcalde de aquel pueblo, y montó en cólera al no resultar elegido. En el primer momento solo pensó en pagar los servicios de aquel viejo, pero acabó

intuyendo que el muchacho sería imprescindible.

—¿Por qué? —pregunté espoleada por la curiosidad.

—Con los años aprenderás que los prejuicios dominan el mundo —me dijo más serio—. Un forastero venido de lejos y una piel negra serían más que suficientes para que floreciese la sospecha. Así que los contrató a ambos. Al viejo asesino por una bolsa de monedas, y al muchacho que cargaría con la culpa por una cena de achicoria. Dos semanas después del asesinato, el segundo era sentenciado a muerte y conducido a la cárcel de Cox en el primer tren correo que encontraron.

—¿Qué es eso?

—Es una cárcel con una larga tradición en impartir justicia. Según dicen, los reos que eran conducidos a ella en la edad media terminaban hirviendo en calderos de aceite, o desmembrados por cuatro caballos.

—¡Cállate! —grité horrorizada, soltando el maletín en el suelo y tapándome los oídos con las manos.

—Te advertí que no era un relato para niñas —volvió a repetirme.

Daniel guardó silencio. Él me conocía como nadie y sabía que pronto le reclamaría más. La cuesta que llevaba al río había terminado y el cauce nos cortó el paso. Entonces la vimos, una preciosa vanesa que libaba de la corriente posada en la orilla.

—¿Serás capaz? —me preguntó señalándola.

Aún enfrascada en el relato, abrí el maletín, saqué los tubos de pintura y simulé tomar proporciones interponiendo el pincel entre mis ojos y la mariposa.

—Termina ya ese cuento —exigí enojada por su mutismo.

Él se tumbó a mi lado y se llevó a la boca una brizna de hierba. Expectante, agarré el carboncillo y comencé a perfilar los contornos del insecto sin quitarle ojo a mi hermano.

—No es un cuento, es una historia real. Te dije que la leí en el periódico —continuó diciendo—. Una pareja de la Guardia Civil y Hermenegildo, el verdugo de apenas un metro y medio de estatura al que le encargaron ejecutar la pena, viajaron con él en el mismo vagón. A las nueve de la noche alcanzaron su destino. San Jaime, que así se llamaba el chico negro, gastó la madrugada encerrado en una celda minúscula. A la mañana siguiente el Juzgado de Dolores leyó su sentencia junto a la reja de la celda: «Muerte a garrote».

Cuando pronunció aquellas palabras, yo había perdido el interés por la vanesa y permanecía sentada a su lado, con la boca abierta y el pincel embadurnado de naranjas colgando de mi mano.

—¿Sabes lo que es eso? —preguntó incorporándose.

—No —respondí. Daniel prosiguió sin mayor explicación.

—A media tarde acudió el cura del pueblo, arrimó una silla a los

hierros y extrajo de su cuello un rosario de perlas negras. «¿Te arrepientes de tu crimen, hijo mío?», le preguntó. Como San Jaime no contestaba, el cura se dio a rezar. Las cincuenta y nueve cuentas, la medalla de plata y la cruz de palo lo separaron durante más de tres horas del recuerdo de la muerte. Concluido el quinto misterio se colgó el rosario e hizo un último intento: «Hijo mío, debes reconocer tu falta para que te sean abiertas las puertas del cielo. Apenas queda tiempo». «Yo no lo maté», afirmó el reo. «¿Quién entonces?». San Jaime no volvió a abrir la boca. A las nueve de la noche le dieron de cenar. Tomó cuatro chuletas asadas, una naranja de las que tanto se crían por tierras de Alicante, un mantecado y una copa de aguardiente. Durmió de un tirón. Hermenegildo, el verdugo, acudió con el canto del gallo. Le pidió perdón por lo que estaba a punto de hacer y San Jaime se lo dio. Una hora después lo llevaron frente al patíbulo, probaron el tornillo que partiría su cuello y lo sentaron en el sillón...

—Hola, Belinda.

Las palabras que sonaron a mi espalda me sorprendieron tan fascinada en los recuerdos de la ejecución como lo estuve cuando la escuché hacía tantos años de labios de mi hermano Daniel.

—Ah, Hugo —balbuceé—. No te esperaba tan pronto.

—Acabamos de llegar de nuestra misión y al leer tu nota no he querido esperar ni un minuto. Adelante, explícame lo ocurrido.

A diferencia de la primera vez que habíamos quedado citados en ese parque, Hugo vestía su uniforme militar. Ni el remolino de su ceja ni los hoyuelos de su cara me produjeron en esta ocasión la impresión de estar ante un muchacho más joven que yo.

Como las últimas luces de la tarde nos ahogaban bajo la espesura del monte Gurugú, eché un último vistazo a la mariposa, que reemprendió su vuelo, y nos alejamos en busca de la plaza América.

—Tienes que ver lo que le han hecho —dije consternada— Ha perdido un ojo y ha estado a punto de perder el otro.

—No entiendo cómo han podido agredir a un viejo ciego e indefenso. Ese hombre no hace mal a nadie. ¿Sabe quiénes eran?

—Apenas oyó el claqueteo de unos pasos que se acercaron para lanzar una moneda a la lata. Eran dos. Ninguno de ellos abrió la boca.

—¿Y el perro?

—Sultán intentó defenderlo, pero ese chucho apenas es hueso y pellejo, y de la primera patada lo dejaron fuera de juego. Luego se ensañaron con el viejo. Ni siquiera lo tocaron. Se limitaron a patearlo sobre su manta sin compasión.

—¿Nadie vio lo que ocurría?

—Serían más de las diez de la noche y está casi seguro de que no había ni un alma en los alrededores.

—A esas horas no podía esperar limosnas. ¿Por qué no se fue a su

casa?

—Cipriano no tiene casa.

—En Capitanía no se le conoce domicilio —reconoció Hugo— Pero en algún lugar deberá pasar las noches.

—Así es. Desde que acabó la guerra duerme por caridad en las casas de citas de detrás de la Alameda.

—¿Cómo sabes eso?

—Rosa y yo lo encontramos en una de ellas.

—¡Dios bendito! No deseo estar cerca del Comandante cuando se entere de los ambientes por los que andas.

—Tampoco tengo intención de decírselo.

Hugo mostró su desacuerdo.

—Pues en ese caso, si tenía donde pasar la noche, debió irse antes.

—No podía. Aquel día era sábado. Los fines de semana tienen más movimiento y no lo dejan aparecer hasta bien entrada la madrugada, hasta que los clientes se han ido o están borrachos.

—¿Cómo disteis con él?

—Eso ahora no importa.

Hugo reflexionó.

—Imagino que os llevó ese novio que se ha echado tu amiga. Seguro que visita semejantes garitos con asiduidad.

—No hables mal de él, no lo conoces. Es cierto que reclamé su ayuda y que se prestó a dármela. Sin embargo, terminamos encontrándolo nosotras.

Hugo pareció no creer mis palabras. Metió las manos en los bolsillos y dio una patada vengativa a una herradura perdida mientras avanzábamos. Al fondo del dosel de árboles que nos cubría se perfiló la fachada del Museo Arqueológico.

—¿Y el diario? ¿Qué ha ocurrido con él?

—Debo reconocer que temí por ese montón de papeles amarillentos tanto o más que por Cipriano. Pero fui injusta. Él sabía lo importante que eran para mí, y siempre tuvo la precaución de dejarlos a buen recaudo. Me avergüenzo de mi egoísmo.

—No tienes por qué hacerlo. Tú no sabías la suerte que había corrido ese hombre.

—Ahora más que nunca estoy en deuda con él.

Al llegar a la plaza, una bandada de palomas levantó el vuelo y se perdió tras los tejados de los edificios. Los alrededores estaban desiertos.

—¿Vendrás conmigo a ver a Miguel? No creo ser capaz de enfrentarme a ese niño si estoy sola. Cipriano es lo único que tiene en el mundo y lo va a pasar mal.

—Cuenta con ello. ¿Qué le vas a decir?

—Nada. Tengo intención de llevarlo a su lado.

Hugo se detuvo.

—¿Piensas meterlo en una casa de citas?

—Miguel vino a avisarme de la desaparición de Cipriano el mismo día en que te fuiste, y le prometí encontrarlo al día siguiente. De eso hace cuatro. No se va a conformar con que le cuente que está bien. Va a necesitar verlo.

—No me parece una buena idea. Una casa de citas no es lugar para un muchacho de catorce años.

—Tiene trece.

—Pues peor.

—No tienes por qué acompañarme. Me apañaré sin ti —dije enojada.

—Sabes que lo haré. Solo te advierto que no es una buena idea. Y estoy seguro de que Cipriano tampoco la aprobará.

Ni siquiera yo estaba segura de que Cipriano permitiese dejarse ver por Miguel en el estado en que se encontraba. Pero estaba decidida a llevarlo a su lado.

—Debo irme a casa —le dije—. Se está haciendo tarde y mamá se va a preocupar. Además, el Comandante estará al llegar. ¿Qué me respondes, cuento o no cuento contigo?

Hugo se dio por vencido.

—De acuerdo. Mañana podré tomarme la tarde libre. Al acabar la jornada iré a buscarte. Espérame en la plaza del Salvador a eso de las cuatro.

—Allí estaré.

Recorrimos el parque en sentido contrario y me despedí de él en la glorieta de San Diego, desde donde me dirigí a la parada de la Línea 8.

Sobre las murallas de la fábrica de tabaco la tarde agonizaba entre reflejos morados. En el cielo, los primeros brillos del lucero de la noche. Debía darme prisa. Aunque mamá es informal a la hora de servir la mesa cuando el Comandante no está, en su presencia es costumbre cenar a las nueve en punto.

Como es habitual a semejantes horas, el tranvía de Puerta Real estaba a rebosar. Pero no me quedó más remedio que tomarlo. Me colé entre los pasajeros que se amontonaban en el pescante para no pagar y me resigné a aventurarme en el amasijo de brazos y piernas. Caminé en busca de la parte delantera y le pagué los cuarenta céntimos al conductor. Este, la gorra calada hasta las cejas y el bigote vuelto hacia arriba, me hizo un hueco entre la palanca del freno y el cuadro de mando, y me miró con una mezcla de curiosidad y lástima.

—No es buena hora para tomarlo —me dijo elevando la voz.

Apreté los labios informándolo de que había captado el mensaje. No contesté.

—Si no va demasiado lejos, más le valdría haber dado un paseo.

Parece que la noche pinta buena.

Uno a mi derecha levantó el brazo para agarrarse mejor a la barra, dejando que sus potentes efluvios de varón escapasen de un largo encierro. Di un paso atrás y me apreté más contra el cristal.

—¿A dónde se dirige? —insistió el conductor. Intuí que lo atraía.

En esta ocasión, a menos de un palmo de sus narices, no me quedó más remedio que entrar al trapo.

—A Cuna.

—En ese caso, le cae cerca. La última del ocho es frente al Ayuntamiento.

—Sí. La plaza del Salvador me queda a dos pasos—añadí sin ganas.

Mi interlocutor tiró de la palanca mientras el tranvía cambiaba de raíl. Eso lo hizo perder el hilo unos segundos.

El del sobaco, asistido por el inesperado vaivén, se apretó más contra mi cuerpo.

—¿Es usted de la ciudad? —contraatacó aquel—. No la veo apuntar maneras.

—Más o menos.

—Sabrá entonces que ese nombre es artificial.

—¿Cuál?

—El de la plaza del Salvador.

En Puerta Jerez, el tranvía se deshizo de gran parte de su cargamento. Varios asientos quedaron vacíos. Pero el comentario había despertado mi interés y seguí de pie en espera de una explicación.

—Por eso he sabido que usted no era de Sevilla —dijo—. En la ciudad todo el mundo conoce esa plaza como la del cementerio.

—Ya lo sé —afirmé exasperada por su insistencia, recordando lo que Rosa me contó cuando me visitó por primera vez en Puente Alto.

Mi respuesta no lo contentó. Se encasquetó la gorra y me dedicó una mirada indolente en espera de mayor explicación.

—A dado en la diana, no soy de aquí —añadí—. Pero si pretende asustarme con sus cuentos, busque en otra parte.

El conductor ignoró mi impertinencia y siguió dándole a la lengua.

—¿Sabe? En Sevilla no hubo cementerio hasta finales del XIX. A los nobles los enterraban en la catedral, o en las criptas de la colegiata. Ya sabe, para que les pillase a mano el cielo. Pero los pobres habían de contentarse con un agujero en el suelo de esa plaza. Dicen que al plantar los naranjos salieron montones de huesos, y que muchos siguen allí abajo. ¿Vive usted cerca?

El tranvía se detuvo en su última parada.

—No—mentí—. Mi casa cae bien lejos.

Le ofrecí la espalda y me apeé.

El recorrido resultó ser más rápido de lo previsto, de modo que

decidí dar un rodeo por Sierpes para echar un ojo a la papelería Duarte. La semana anterior había localizado en su escaparate un fabuloso estuche de acuarelas, y me aterraba que lo vendiesen antes de decidirme a comprarlo. Me interné en la avalancha de transeúntes y me distraje con el espectáculo callejero. Pero mi idea inicial se desvaneció minutos después, porque a lo lejos, bajo el azulejado de la fachada de la Armería Z, esa que tanto le gusta al Comandante, descubrí a un grupo que alternaba los gritos con silencios y las gesticulaciones con la expectación. Dispuesta a comprobar lo que ocurría, me asomé por entre los que ocupaban los primeros puestos.

Un hombre con gorra a cuadros me saludó.

—Bienvenida, joven.

Mientras me hablaba, sus manos no dejaron de moverse. Bajé la vista y descubrí una mesa plegable y tres vasitos de madera colocados bocabajo.

—Abran paso por favor —gritó el de la gorra acudiendo en mi auxilio.

La gente volvió la vista para comprobar de quién se trataba. Intimidada, avancé apenas un metro. El círculo se cerró tras de mí.

—A ver, ¿en cuál cree usted que está?

Como no esperaba la pregunta, lo miré sorprendida. El de la gorra levantó el cubilete central y me enseñó un garbanzo.

—¿Lo ve?

Entonces lo comprendí. No me apetecía mezclarme en semejante juego, pero la gente se apretaba a mi espalda acorralándome cada vez más contra la mesa. El de la gorra volvió a cubrir el garbanzo con el vaso y movió lentamente los otros dos, que dibujaron órbitas concéntricas alrededor del primero.

—¿Y ahora? ¿Sabría decirme dónde está?

Era evidente que el garbanzo seguía en el de en medio. Alargué la mano y lo señalé. El hombre levantó el vaso. Un griterío resonó a mi alrededor, y alguien del que no me había percatado me ofreció sus dientes negros en una maravillosa sonrisa.

Cuando cesó el alboroto, el de la gorra dejó caer el vaso sobre el garbanzo haciéndolo luego girar alrededor de los otros, tan lentamente que habría sido imposible no descubrir su trayectoria.

—¡Aquí! —vociferó el de sonrisa cautivadora, apretando el vaso para que no lo cambiaran de posición—. ¡Está aquí!

—Lo primero, la peseta —ordenó el de la gorra.

El otro metió la mano izquierda en el bolsillo del chaleco para colocar la moneda sobre la mesa.

—He dicho que está aquí —se reafirmó.

El gentío, arremolinado a nuestro alrededor, volvió a estallar en aplausos cuando el vaso fue levantado y mostró su contenido. El de la

gorra se la quitó, se secó el sudor de la frente y saldó la deuda. Los cubiletes retomaron su patético baile. Aquel pobre hombre se iba a arruinar.

—¿Pruebe otra vez, jovencita?

—No, gracias. Ya me voy —respondí.

El de los dientes me empujó hacia la mesa y me guiñó el ojo mientras acercaba su boca a mi oído y susurraba:

—Hágalo, dígale dónde está. No tiene por qué apostar si no lo desea.

El de la gorra estuvo de acuerdo. Movió los vasos con parsimonia, dejando que mis ojos siguieran sin dificultad el viaje del garbanzo, y apartó las manos. Como no tenía nada que perder, me dejé engatusar. En esta ocasión señalé al de la derecha. No quedaba otra opción: el garbanzo estaba allí.

Sin embargo, no lo estaba.

El de la gorra levantó uno a uno los vasos hasta dar con él.

—Ha perdido —dijo con sequedad—. Me debe una peseta.

—Pero ¿qué dice? Yo no he apostado nada. No llevo dinero.

—Sí que ha apostado. Venga esa peseta.

—Eso es mentira. Este señor lo ha visto —afirmé buscando al de los dientes. Para mi desgracia, el de sonrisa cautivadora se había marchado. Otros dos, sin duda también compinches, me rodearon y me empujaron hacia la mesa. No tuve más remedio que sacar una bolsita del bolsillo y pagar.

Recorrí el resto del trayecto sin detenerme en ningún otro sitio. Ni siquiera me acordé de mirar el escaparate de Duarte al pasar frente a él. Habiendo caído en la trampa como una estúpida, me sentía indignada.

Al llegar a casa, levanté la aldaba y golpeé varias veces con rabia.

Teresa acudió a abrir la puerta.

—¿Ocurre algo?

Negué con la frente arrugada y crucé a su lado.

—¿Ha llegado el Comandante?

—Hace más de una hora.

Las notas procedentes del piano me hicieron saber que tanto él como mamá estaban en el salón. Mientras iba en su busca, Teresa enfiló la cocina.

—Diles que se me ha echado el tiempo encima, que la cena estará preparada en no más de media hora —me gritó antes de desaparecer.

Mamá, que hacía tiempo que había perdido la soltura con las teclas, ensayaba una pieza que fui incapaz de reconocer. El Comandante, vestido con su uniforme militar, se encontraba sentado en uno de los sillones, descansando los pies descalzos sobre un taburete. Al verme aparecer se levantó para abrazarme.

—Hola, Belinda. ¿Dónde has estado toda la tarde?

—Quedé con Hugo. ¿No te lo dijo?

—¿Con Hugo? Lo perdí de vista al llegar a Capitanía. ¿Qué me tendría que haber dicho?

No era la ocasión para hablar del incidente de Cipriano, pero no encontré necesario ocultar nuestra cita.

—Habíamos quedado en el parque para dar un paseo.

—Te gusta ese chico.

—Papá..., no es eso. No saques conclusiones donde no las hay.

Mamá dejó de tocar y se volvió.

—Y entonces, ¿a qué tanta prisa por verlo?

—¡Uf!, me iré a ayudar a Teresa con la cena. Está visto que esta noche no me dejaréis en paz —refunfuñé.

—De acuerdo, olvidemos el tema —dijo él invitándome a acompañarlos.

—No sabía que hubiesen arreglado el piano.

—Hemos tenido suerte. El viernes estuvimos hablando con el padre Benigno. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo si además de escucharlo todos los domingos tú y Teresa pasáis las mañanas enteras con él?

—Es un buen hombre. Él nos presentó al organista de la colegiata y le propuso que viniese a revisar el piano. Tiene unas manos de ángel. Me ha dicho que es un instrumento maravilloso, que nunca había oído una caja de resonancia de semejante calidad.

—¿Has decidido seguir con tus clases tus clases?

—Quizá lo haga. Hace tiempo que lo dejé y los dedos se me han entumecido —respondió mamá volviendo sus ojos a la partitura para retomar la pieza.

Imitando a mi padre, me retrepé en un sillón dispuesta a disfrutar de la música.

Después de varios acordes logré reconocer Claro de Luna, la famosa composición de Beethoven que tantas veces había oído tocar cuando era niña. Aquel piano parecía acariciar las notas de la sonata, y la melancolía que transmitía hizo que tanto el Comandante como yo guardásemos un profundo silencio mientras la escuchábamos, disculpando sus esporádicos fallos de digitación.

Sobre nuestras cabezas, atrapada en el retrato, Laura seguía observándonos. Su belleza y su rostro sereno volvieron a conmoverme. Cuando mamá terminó de tocar, se sentó en el sofá junto a nosotros. Papá, que se acercó a ella para besarle la frente, se ausentó con la excusa de cambiarse antes de la cena. Supe entonces que no encontraría ocasión más adecuada para hablar con ella.

IV

Cuando el Comandante nos dejó solas, cambié de sillón y volví los ojos a la mujer que nos contemplaba desde la chimenea.

—Es bellísima, ¿verdad? —expuse distraída.

—Si que lo es. A veces pienso que no puede tratarse de mi tía Elvira. Una mujer con semejante atractivo no habría quedado soltera. Aún sigo sin comprender por qué me dejó la casa en herencia.

—No es ella.

Al abandonar Puente Alto, todos supusimos que aquel retrato era de Elvira, y salvo a Miguel, con el que hablé del cuadro días antes, no había desvelado a nadie mi reciente descubrimiento. Mamá quedó confusa.

—¿Quién si no podría ser?

—Es Laura.

—¿Quién es Laura?

—La esposa de tu tío abuelo Conrado, la mujer para la que se construyó esta casa.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Cipriano, el ciego del que te hablé, ha conseguido descifrar una parte del diario. Lo trascribió a braille y me lo entregó hace varios días.

—Esa es una estupenda noticia. ¿Por qué no la habías compartido?

—Aunque Miguel es un buen maestro, me sigue costando gran esfuerzo leer los puntos. He tardado más de una semana en entender lo que decía.

—¿Y qué más has descubierto?

—No demasiado —dije—, pero lo suficiente como para saber que ese retrato no es de Elvira, sino de Laura, y que Conrado se casó con ella en 1870, y que un año después nació su única hija Andrea, la autora del diario.

Mamá volvió al retrato con renovado interés y luego vagó sus ojos por la habitación, como si la estuviese viendo por primera vez: el piano de cola, el tresillo isabelino, los muebles y aparadores labrados y pintados de blanco, la inmensa alfombra que cubría el suelo, la lámpara de araña, que tal como las del resto de la casa fue dotada de electricidad, y la imponente chimenea de mármol rojo debieron parecerle entonces a mamá tan ajenos como me parecieron a mí al descubrirlos por primera vez.

—¿Crees que hemos acertado mudándonos? —preguntó en un suspiro.

—En Puente Alto permanecíamos aislados del mundo. Aquí estoy

cerca de mis amigas, tú tienes la iglesia al lado de casa y disfrutamos de la compañía de papá casi a diario.

—No me refiero a eso.

—Sé a lo que te refieres. Yo también la encuentro ajena. Durante mucho tiempo nuestro hogar verdadero seguirá siendo aquel. Allí debiste pasar los mejores años con papá y allí nacimos Daniel y yo.

Ella meditó melancólica.

—Mamá, ¿qué sabes de tu abuelo Anselmo, es decir, de mi bisabuelo? —me decidí a preguntar.

—Han transcurrido demasiados años. Cuando murió, yo debía tener cuatro o cinco. No conservo recuerdos suyos.

—A mí me ocurre igual. Tampoco tengo recuerdos de mi abuelo Gaspar. ¿Él no te contó nada de su padre, de Anselmo?

—Tuvieron una relación distante y apenas hablaba del tema. Tu abuelo Gaspar se marchó de su casa en cuanto tuvo edad de trabajar.

—Fue él quien te regaló Puente Alto cuando os casasteis, ¿cierto?

—Así fue.

—¿Y cómo consiguió abuelo esa finca?

—Eso sí me consta. La heredó de tu bisabuelo. Pero como a tu abuelo no le gustaba el campo, la mantuvo arrendada hasta que nos la regaló.

—¿Y cómo la consiguió mi bisabuelo Anselmo?

—Hija mía —dijo con una mueca de indiferencia—. De eso debe hacer casi un siglo.

Me fue evidente que mi madre apenas sabía de su abuelo. Por aquel camino no conseguiría descubrir nada.

—Necesito hacerte otra pregunta, y quiero que la pienses bien antes de responder. Es importante para mí.

—Adelante.

—¿Recuerdas haber visto alguna vez en Puente Alto una enorme roca con rostro humano?

Mi madre se sorprendió por la pregunta. Pese a ello, tal como le había pedido, reflexionó intentando recordar.

—No —terminó diciendo—. Tú conoces esa finca tan bien como yo y sabes que está dominada por fértiles tierras de cultivo. Salvo algún minúsculo majano entre los encinares, apenas hay rocas, mucho menos con rostro humano. Si la compró tu bisabuelo, supo elegir, porque está rodeada de barrancos y eriales. —Dicho esto, se levantó del sofá, me besó la frente y se alejó en dirección a la cocina. Teresa debía estar a punto de servir la cena.

Sus palabras, lejos de tranquilizarme, alentaron mi excitación. Desde el mismo momento en que Rosa dibujó el árbol genealógico de mi familia, pensé que Puente Alto y Las Yeseras podrían ser la misma cosa. Sin embargo, cada vez estaba más claro que no lo eran. Pero ¿y

las fincas de los alrededores? Pocas veces me aventuré en ellas. Aunque los linderos de piedra que separan unas de otras están deteriorados, delimitan con claridad la frontera de nuestra propiedad, y nunca me atreví a rebasarlos. ¿Estaría esa maldita roca en una de ellas? Cuando me levanté para seguir a mamá, ya me había hecho el firme propósito de averiguarlo.

Aquella noche, aprovechando que el Comandante cenaba en casa, Teresa preparó un estofado de rabo de toro. No es uno de mis platos preferidos ni me gusta cenar comidas pesadas antes de irme a la cama. Pero ella llevaba semanas esperando encontrar en la plaza de abastos un manjar como aquel, así que cuando tuvo la oportunidad de obsequiar al Comandante, no lo dudó. Nos sentamos a la mesa a las nueve en punto. Como creo haber dejado dicho antes, Teresa se convirtió hace tiempo en un miembro más de la familia y, salvo en las contadas ocasiones en que tenemos invitados de etiqueta, suele compartir mesa con nosotros. Sirvió los platos generosamente y se sentó frente a mí.

—Me ha costado conseguirlo. Espero que os guste —dijo aguardando a que papá probase la primera cucharada.

El Comandante hizo un gesto que demostró la alta temperatura del guiso y cerró los ojos mientras lo paladeaba.

—Exquisito —concluyó—. Gracias, Teresa.

—¿Qué hay de ese diario que tantos quebraderos de cabeza te está dando? —preguntó al terminar de paladear.

—Ahí va —dije con vaguedad—. Cipriano apenas ha traducido unas pocas páginas.

—Me temo que no te va a quedar otro remedio que invitarlo un día de estos. Ni tú ni Hugo me habéis hablado de él, tengo ganas de conocerlo. Debe ser un hombre instruido para manejar ambas escrituras.

—No lo creas —repuse, quitándole hierro al asunto—. También a él le está costando trabajo traducirlo. Por eso debe ir despacio.

—En cualquier caso, invítalo a almorzar. ¿Dónde me dijiste que vive ese hombre?

Alguna de las durezas que se escondía entre la carne se me terminó colando por la garganta y tosí un par de veces para que volviese a la boca. Teresa, que no tardó ni un segundo en estar a mi lado, me golpeó la espalda con todas sus fuerzas.

—¡Dios bendito! —exclamó entre palmada y palmada—. Esta niña se nos va a ahogar cualquier día. No quepo en el hato cada vez que la veo comer. Le tengo dicho que no se habla mientras se traga.

—No te preocupes, Teresa —dije apartando su mano—. Ya se me ha pasado. Ha debido ser algún huesecillo.

—¿Un hueso? Pero si los quité todos.

Dando un par de tragos al vaso de agua que me ofreció mamá, busqué la respuesta a la pregunta del Comandante. Por suerte, el estofado estaba obrando su milagro, porque parecía haberla olvidado. Se limitó a decir que tuviese más cuidado y siguió comiendo con deleite.

—Teresa, ¿no guardábamos por algún lado una botella de somontano? Le vendría bien a esta delicia que nos has preparado.

—Por supuesto, ahora mismo voy a buscarla a la cocina.

Durante el rato que tardó en volver, mi madre comentó algún detalle sin importancia que ahora no recuerdo. Eso me dio tiempo para reflexionar. Quizá la vieja afición de mi padre al buen vino podría ayudar a despejar mis temores. Cuando Teresa volvió y sirvió las copas, le lancé una propuesta procurando que sonase improvisada.

—Papá, ¿has pensado alguna vez en montar una bodega en ese sótano? Podría ser un sitio ideal para guardar tus vinos.

Mamá protestó.

—¿Qué estás diciendo, Belinda? El sótano es un pozo de humedades y malos olores. No sé cómo pude dejarme convencer por Cañizares. Debió reformarlo antes de mudarnos. Ahora sería un infierno meternos en una nueva reforma.

En espera de la reacción de papá, detuve la cuchara a medio camino.

—Quizá no sea una mala idea, Celia. Alguna vez lo he pensado. El vino necesita oscuridad y una temperatura constante todo el año. Podría aprovechar mis viajes por media España para surtirla de buenos caldos. En ella envejecerían como Dios manda. Al menos podíamos pensarlo. ¿Qué me dices?

Mamá me lanzó una ojeada furibunda. Aun así, no le debió parecer acertado negarse en redondo y procuró disuadirlo lo mejor que pudo.

—No me parece una buena idea. Bastantes obras hemos soportado ya con ese constructor sibilino que trajiste. Tienes sitio más que suficiente en la cocina para coleccionar todo el vino que te plazca.

—La cocina no es lugar. Sabes cómo le gusta a Teresa atizar la lumbre. Las altas temperaturas terminarían por arruinarlo.

Papá se llevó la copa a la boca y bebió despacio. Después de un paréntesis para saborear el vino, se dirigió de nuevo a mí.

—¿Te atreverías a acompañarme cuando acabemos de cenar? Le echaremos un vistazo antes de tomar una decisión.

—Vosotros veréis. Yo no entro en ese agujero por nada del mundo.

—Ni yo —apuntilló Teresa—. Con aquella primera vez que lo hice, me basta. El sótano está infestado de ellas y me dan pánico.

El Comandante no prestó interés a sus palabras. Si le gustaba el lugar, no sería una camada de ratas la que lo disuadiera de la

intención. Una segunda mirada de mamá me hizo concentrarme en el estofado y no volver a abrir la boca. Después de conseguir mi objetivo, me sentí culpable. Ella llevaba razón, una nueva reforma en la casa podría dar al traste con la calma que tanto nos había costado recuperar.

Terminada la cena, mi madre nos informó de que nos esperaría ensayando alguna pieza en el piano, y Teresa fue en busca de un par de velas y una caja de cerillas.

—Tengan cuidado con esa escalera. Apenas se ha usado un par de veces, está deseando derrumbarse. Luego no me digan que no se lo advertí.

—Procuraremos no lastimarnos. ¿Dónde andan las llaves?

—En el taquillón de la entrada. Abra el cajón y tiente por ahí. Las encontrará amarradas por una cinta roja.

—Voy yo —dije—, sé las que son. Las vi hace unos días.

Cuando regresé con ellas en la mano, el Comandante ya me esperaba junto a la puerta con las velas encendidas. Adivinando el pánico que sentía, ensayó una mueca burlona e introdujo la llave. De inmediato acudieron aquel chirrido de bisagras oxidadas y aquella espesa oscuridad que percibí el día en que intenté bajar sola. Me ofreció una de las velas y alargó el brazo sosteniendo en alto la otra.

—Las damas primero.

Solo fui capaz de agitar la cabeza en un gesto impulsivo de negación antes de volver los ojos hacia la escalera.

Él lanzó un par de carcajadas alborotándome el pelo con sus dedos, tal como solía hacer cuando era una niña, y me dio la espalda para iniciar el descenso. Las tablas emitieron inquietantes crujidos al recibir el inesperado peso de nuestros cuerpos.

Se detuvo y me advirtió.

—Ten cuidado. Teresa está en lo cierto, está escalera está en las últimas.

Sus palabras retumbaron en el vacío.

A aquellas alturas no me preocupaba el estado de la escalera. Había fantaseado tanto con lo que podía esconderse bajo el viejo caserón que ni en compañía del Comandante me sentía segura. Guardé silencio y seguí sus pasos. Un tufillo a encierro y humedad nos envolvió. Conforme fuimos descendiendo, la luz proveniente del piso superior se apagó y las velas tomaron el relevo, perfilando rostros arrugados en las paredes. Después de un tiempo que me pareció eterno, el sonido de nuestros pasos cambió de tono. Habíamos llegado abajo.

Ambos alzamos las velas hasta la altura de nuestras cabezas.

A diferencia de lo que imaginaba, la nave que se desveló ante nosotros con movimientos oscilantes debía ocupar la totalidad de la planta. Las bóvedas de medio punto y las paredes estaban construidas

de ladrillo rojizo, y su estado de conservación parecía aceptable. El suelo terroso, en cambio, horadado por los roedores durante más de un siglo, presentaba un aspecto deplorable. El Comandante siguió caminando a través de los pilares que soportaban los arcos hasta plantarse en el centro. En varios rincones se amontonaban muebles antiguos en mal estado, las telarañas colgaban por todos lados. Cuando empezaba a serenarme, una ráfaga de viento hizo girar la puerta que coronaba la escalera, que se cerró con un ensordecedor golpe.

Las velas se apagaron.

—¡Papá! —grité lanzándome a sus brazos.

—No seas boba —dijo con voz calmada, buscando las cerillas en los bolsillos de su pantalón—, tan solo ha sido una racha de viento. Acércame tu vela.

Instantes después la luz volvía a agrandar los espacios.

Durante los siguientes minutos deambulamos entre los pilares de un lado a otro, moviéndonos con lentitud para que las velas no se volviesen a apagar, alumbrando cada rincón. Al fondo encontramos otra estancia de menores dimensiones a la que se accedía a través de una última arcada. Junto a la pared de la izquierda, un baúl apolillado. Del lado derecho, una incipiente escalera con un par de peldaños que moría contra la pared y una alacena vacía. El Comandante se acercó al baúl y probó sin éxito a abrirlo. Perdió el interés en él y se volvió en mi dirección. La vela osciló indecisa.

—Creo que este lugar servirá.

—¿No hace demasiado frío aquí dentro?

—¡Qué va! —respondió— Es la temperatura adecuada para el vino, el sitio ideal de una bodega. Solo me queda convencer a tu madre. ¿Contaré con tu ayuda?

—Claro —aseguré—, cuenta con ella.

El Comandante repasó una vez más la habitación, satisfecho por las posibilidades que albergaba, y se encaminó hacia la salida. Algo llamó entonces mi atención y me giré hacia la oscuridad: un resoplido apagado llegó desde el rincón de la alacena.

—Ratas —concluyó mi padre, que me dejó petrificada cuando regresó y posó su mano sobre mi hombro—. Habrá que instalar trampas si queremos librarnos de ellas.

A la mañana siguiente quedé citada con Rosa para finalizar los papeleos que seguía teniendo pendientes en la Facultad. Como también a ella le restaban trámites, quedamos en acudir juntas. Cuando las campanas de la catedral dieron las diez, la esperaba sentada en uno de los bancos de Plaza Nueva, con el ayuntamiento frente a mí. Como me solía ocurrir cada vez que paseaba a solas por la

ciudad, reflexioné sobre la forma en que Andrea pudo vivir aquel lugar. Marcelo, haciendo gala de su inagotable repertorio histórico, nos había explicado que la plaza fue construida sobre las ruinas del convento de San Francisco en 1857, el mismo año en que Conrado debió incorporarse al Ejército para cumplir el servicio militar. Nos contó también que unos años después, probablemente cuando Andrea ya había nacido, se le cambió el nombre original, el de Infanta Isabel, por el nuevo de plaza de la Libertad. Pero Andrea no habría podido leer ninguno de aquellos apelativos, ni tampoco haber visto los naranjos y las palmeras que en aquella época crecían allí, ni las hileras de bancos de mármol y respaldo de hierro con que Marcelo afirmaba que fue rodeada, ni la calzada perimetral empedrada que la envolvió en su origen. Andrea nunca habría podido ver nada de aquello. Solo habría sido capaz de aspirar el frescor del agua con que era regada cada mañana, el aroma del azahar en las tardes de primavera, de escuchar, sentada en el mismo banco en que yo lo estaba, las palabras que brotaban de labios de su madre, de Laura, explicándole cómo era el mundo del que sus ojos fueron privados, las ruedas de las carretas y las carrozas golpeando las piedras y rebotando en las fachadas, el murmullo de la gente que paseaba a su lado, viniendo de Sierpes y buscando la Catedral, o cruzando para entrar en el ayuntamiento que me protegía aquella mañana de julio de los primerizos rayos de sol. Un mundo tan similar a aquel en que yo vivía y, sin embargo, tan diferente.

Enfrascada en los recuerdos del diario, intentando entender el mundo sin luz en que Andrea vivió, la vi venir a lo lejos, con su cara pecosa, su pelo rojizo y un vestido estampado incapaz de seguir el ímpetu del apresurado caminar. Me levanté y la saludé con la mano en alto.

—Espero no haberme retrasado —dijo al llegar.

—Qué va. No hay prisa. Apenas entregue estos papeles, estaré matriculada para el nuevo curso.

—En marcha pues. ¿Tomamos el tranvía?

—Prefiero dar un paseo. La ciudad me está volviendo perezosa.

—Estupendo —dijo iniciando la marcha.

Dejamos atrás Plaza Nueva, cruzamos las vías y nos internamos en Sierpes. El sol, que aún no había rebasado los tejados más altos, dio paso a las sombras, y el barullo de la calle nos envolvió. Al momento vino a mi memoria el episodio del día anterior.

—Ayer me timaron —dije caminando a su lado. Rosa, distraída la mirada entre los escaparates, redujo el paso.

—¿Cómo dices?

—Que me timaron. Me acerqué a un grupo de trileros y caí en su trampa como una niña estúpida. Los ganchos me acorralaron y tuve

que darles una peseta.

A Rosa le debió parecer divertido, porque rasgó sus ojos antes de volver a retomar el ritmo de nuestra marcha.

—Es uno de los tributos que la ciudad te ha hecho pagar por atreverte con ella. Pero te prometo que antes o después te vengaré.

—¡Qué dices! Que se queden la peseta.

—No se trata de la peseta —dijo más seria—, se trata de tu dignidad. No permitiré que unos truhanes se aprovechen de mi mejor amiga. A esos los conozco yo. Déjalo en mis manos.

—Ni en broma —insistí—. Lo último que deseo es que te metas en problemas por mi culpa. Olvídalo y acompáñame, necesito tu opinión sobre algo.

—Tú dirás.

—Es allí —le indiqué apuntando al escaparate de la papelería.

Apartamos a un grupo de hombres vestidos con chaquetas blancas y sombrero de ala ancha que conversaban junto a la cristalera y nos acercamos.

—¿Qué te parece?

Rosa apretó el pecho contra el escaparate y miró de un lado a otro buscando algo que llamase su atención.

—Me refiero a la caja de acuarelas.

Al decir esto descubrí por el rabillo del ojo a uno de los hombres del grupo, que le dedicaba una ojeada lasciva y recorría con deleite las formas que se escondían bajo su vestido de flores.

—Esas pinturas son preciosas... —concluyó—, ¿dices que se llaman acuarelas?

Tiré de ella para alejarnos.

—¿Qué ocurre?

Cuando hubimos tomado cierta distancia, me volví hacia el mirón, que no le quitaba ojo, y le saqué la lengua.

—No es nada. ¿Te han gustado?

—Son extraordinarias.

—Es una técnica china muy delicada. Como se diluyen con agua, cuando das una pincelada es imposible retroceder. Me gustaría probar.

—¿Y qué te lo impide?

—¿Te has fijado en el precio del estuche?

—Lo cierto es que no.

—Por ahora está fuera de mi alcance. Y no me atrevería a comprarlo sin saber si conseguiría dominar la técnica.

—Bueno. Ya tendrás tiempo cuando comiences tus clases. Apenas faltan un par de meses para que se inicie el nuevo curso. Allí te enseñarán.

—Sí. Aunque, a veces dudo de mi decisión. El primer día que fui a la Facultad me di un paseo por las galerías. Debo reconocer que los

trabajos de algunos alumnos son fabulosos. No me siento capaz de estar a su altura.

—También yo tenía dudas al comenzar Derecho. Papá decía que era una carrera de hombres. Pero tus miedos se esfumarán cuando comiences las clases. He visto lo que pintas y te puedo asegurar que te irá bien.

—Ojalá lleves razón. Con todo, me habría gustado que Bellas Artes se impartiese en el Rectorado, igual que Derecho. Así nos veríamos a diario.

—Bah, de Laraña a Gonzalo de Bilbao apenas hay diez minutos. La línea de Puerta Osario pasa por ambas y podremos venir juntas más de una vez. Además, debo confesarte que tengo un profesor del que huyo de vez en cuando. Avellaneda es un falangista insufrible. Imparte derecho romano en primero y creí que me lo había quitado de encima. Pero me he enterado de que este año lo tendré en derecho canónico. Lunes y jueves a última hora. ¡Nos lo pasaremos bomba! —aseguró dándome un empujón cómplice y guiñando un ojo.

Durante el resto de la mañana anduvimos por separado, primero en las oficinas del Rectorado y más tarde en nuestras respectivas facultades. Rozando las dos nos volvimos a encontrar en la plaza de la Encarnación con los deberes hechos. Rosa, que según me dijo había terminado pronto, me esperaba impaciente.

—Creí que no llegabas.

—Lo siento. El tiempo ha pasado volando. Quedan pocos días para que termine el plazo y había una cola larguísima en secretaría. Ahora sí que te haré caso en lo del tranvía. No quiero retrasarme.

Rosa estuvo de acuerdo. Nos dirigimos a la parada de la Línea 1.

Resguardadas del calor a la sombra de un árbol, nos resignamos a esperar al siguiente. Mientras nos distraíamos con la circulación, recordé lo que se me había ocurrido la noche anterior.

—¿Marcelo ha mostrado alguna queja sobre mí? —quise saber.

—¿Qué estás diciendo?

—El otro día fui desconsiderada. No sé si me guarda rencor.

—Si lo conocieses mejor, sabrías que no es capaz de hacerlo. ¿Por qué te acuerdas ahora de aquello?

—Si te digo la verdad, tengo algo que pedirle y no me atrevo.

—No seas boba. ¿De qué se trata? Si lo prefieres, yo lo haré por ti.

Apenas terminé de explicarle lo que necesitaba cuando apareció el tranvía con el interior colapsado y los chiquillos colgados de los estribos.

Con todo, tuvimos suerte. Varios hombres bajaron en la parada dejando un par de asientos libres. Esquivamos los apretones que regían el destino de los que viajaban de pie y nos acomodamos en ellos a la carrera. Un caballero remilgado, que ocultaba su cara tras un

ejemplar del ABC, perdonó nuestra impertinencia con una expresión reprobatoria antes de proseguir su lectura.

—¿A qué hora has quedado con Hugo para lo de Miguel?

—A las cuatro.

—¿Estás segura de que no prefieres que te acompañe yo? Mamá pretende salir de compras conmigo, y no sé cómo excusarme.

—Estoy segura. No sería buena idea que viesen volver a esa casa de citas a dos chicas de veinte años. Hugo es más indicado. Además, me ha dicho que pretende hablar con Cipriano, saber todo lo que recuerda. Intentará dar con los que lo agredieron.

—Tú sabrás lo que haces, pero prométeme que tendrás cuidado. Apenas conoces a ese ciego y no tienes ni idea de dónde te puedes estar metiendo. Deberías habérselo contado a tu padre. Antes o después terminará enterándose por sí mismo de los ambientes que frecuentas y entonces será tarde para hacerlo.

—No hagas que me sienta culpable. El Comandante tiene suficientes quebraderos de cabeza como para preocuparlo con mis enredos.

Rosa me lanzó una de esas miradas que traspasan mis defensas y la desvió luego hacia el del periódico, que, más interesado en nuestra conversación que en las noticias, simuló terminar el párrafo y volvió la hoja.

—A veces pienso que habría sido mejor no saber de la existencia del diario —añadí como respuesta a su reproche, ambas aún con los ojos en el de enfrente—, que Elvira hubiese pensado en otro heredero antes que en mamá y hubiésemos seguido viviendo en Puente Alto. Al fin y al cabo, estoy buceando sin permiso en las intimidades de Andrea, en un diario que solo escribió para ella. ¿Quién dice qué no volverá de la muerte y me castigará por hacerlo?

—Seguro que no le importa —dijo Rosa—. Si volviese de la muerte, te estaría agradecida por evitar que sus vivencias caigan en el olvido.

El del periódico lo terminó cerrando. Después de demostrar con gestos nerviosos que nuestra cháchara lo había privado de disfrutar con la lectura, se levantó en busca de la salida trasera. Cumplida la parada de la Campana, donde la mayoría de los viajeros se apearon, el tranvía enfiló Tetuán. Me incorporé y me despedí de Rosa. Si bajaba con ella en Plaza Nueva, tardaría más en llegar a casa, y no deseaba retrasarme. En cuanto el tranvía volvió a detenerse, salté al adoquinado. Pero ya eran más de las dos y cuarto, y por mucha prisa que me di no me fue posible llegar antes de las dos y media.

Un chorro de sudor me corría por la espalda.

—¡Belinda! —exclamó Teresa—, ¿cómo es que has tardado tanto? Tu madre estaba preocupada.

—He encontrado una cola terrible en la Facultad —dije de forma

atropellada—. ¿Hace mucho que espera el Comandante?

—Tu padre ha telefoneado para que almorcemos sin él. Les han informado de que hoy venía de Madrid no sé qué teniente general y están formando un revuelo en Capitanía de padre y muy señor nuestro.

La noticia me cayó como un jarro de agua fría. Hugo me prometió tomarse la tarde libre para acompañarme, pero aquella noticia lo cambiaba todo. Si papá se había visto obligado a deshacer los planes y permanecer el día entero en las dependencias, era posible que Hugo tuviese idénticos problemas.

V

Tal como me temía, después de esperar durante más de media hora en uno de los bancos de la plaza del Salvador, comprendí que Hugo no acudiría a la cita. Tomé la Línea 13, que a aquellas horas apenas contaba con media docena de usuarios consumidos por la edad, y enfilé la calle San Luis. Pensando la forma en que podría sacar a Miguel del hospicio, me acurruqué en uno de los asientos delanteros, dejé el bolso que colgaba de mi hombro a un lado y adapté mis cavilaciones a las oscilaciones que las vías nos transmitían a su paso por las bocacalles. Según me había contado el pequeño, el antiguo noviciado franciscano, dirigido ahora por curas de malas pulgas y monjas mandonas, estaba siendo reformado para dar cabida a una futura escuela de sordomudos y ciegos, y cada vez iban quedando menos huérfanos acogidos en él. El destino que le esperaba a cualquier interno que no guardara las estrictas reglas establecidas era la temida Casa Cuna, unas instalaciones situadas a las afueras de la ciudad, de mucha más capacidad y bastante menos higiene. Miguel afirmaba que no se volvía a saber de ninguno de los chicos que eran enviados a semejantes confines. No estaba yo dispuesta a meter en problemas a un profesor tan diligente como él. Aun así, me había aventurado a ir en su busca sin un plan preconcebido. Sabía que Cipriano solía ir a visitarlo a eso de media tarde, pero no tenía ni idea de cómo actuar para conseguir llevármelo por un rato con la venia de sus protectoras. Cambié a un asiento más cercano al conductor y le pregunté la hora.

—Veinte minutos para las cinco —respondió con un rápido clic-clac de su reloj de bolsillo. Pensé entonces que este iba a ser menos charlatán que aquel que me habló del cementerio. Su siguiente pregunta me hizo comprender que estaba equivocada—. No la he visto antes por esta línea.

De los escasos pasajeros que encontré al inicio del trayecto, apenas quedábamos dos o tres repartidos entre los primeros asientos. Tal proximidad y su diligencia ofreciéndome la hora transformaron la pregunta en inapelable.

—No suelo venir por aquí.

—Ya lo decía yo. Nunca se me olvida una cara cuando es bonita.

Un tirón al freno para reducir la marcha, un viajero con dos muletas y una pierna, que bajó con la necesaria parsimonia, y una nueva pregunta.

—¿A dar una vueltecita a la Alameda en busca del fresquito de las sombras?

—No se me ocurriría —respondí—. Ahora no debe hacer

demasiado.

—Al cementerio, entonces. A visitar a la familia.

—Allí también voy yo, niña —se adelantó a responder una mujer enlutada de pies a cabeza—. Me lo mataron en la guerra. ¡Y eso que era de los buenos!

El conductor levantó la visera de su gorra y echó una ojeada a través del retrovisor.

—No me dirijo al cementerio. Bajaré en Feria —me vi obligada a explicar—. Voy a buscar a un sobrino.

La de negro, de pelo ralo, setentona a juzgar por su chepa, cambió de lado para arrimarse más a mí.

—Lo llamaron con la cosa ganada, en noviembre del treinta y ocho. Treinta y dos tenía. Me mandó su última carta desde Gandesa. Fíjese usted, niña. ¿Qué se le habría perdido a mi Juan en Cataluña? Que allí me dijeron que estaba eso, en Cataluña. Ya no volvió. Ni un año que se había casado y me lo mataron esos rojos cabrones. Ni un nieto...

La mujer sacó el pañuelo de la manga y se secó unos ojos que hacía tiempo debían haber gastado las últimas lágrimas.

—Todos perdimos en la guerra, Manuela —le recriminó el conductor sin quitarle ojo a las vías—. Hace un lustro de aquello. No se martirice más, que todos los días me vuelve con la misma cantinela.

—Qué sabrás tú, malasangre. No se olvida a un hijo así como así.

La mujer hizo un gesto de desdén y me devolvió su atención.

—¿Y tú, niña, perdiste a alguien de los tuyos?

La pregunta me pilló desarmada, y me incorporé en el asiento con un movimiento brusco sin intención de contestar. Pero sus ojos enrojecidos consiguieron conmoverme y terminé cediendo.

—Sí. A un hermano.

La de negro buscó un asiento aún más próximo.

—¿Pues cómo fue?

—Tengo que bajar —respondí buscando que la mentira no fuese descubierta—. La siguiente es la mía. Hágale caso al conductor, es mejor no pensar demasiado en las desgracias pasadas.

Sin darle tiempo a responder, me levanté y me acerqué a la puerta. La mujer asintió levísimamente con la cabeza y se restregó una vez más los ojos con el pañuelo.

El tranvía se detuvo.

Un calor soporífero ascendía de la calle.

Avancé un par de pasos para alejarme de la zona de peligro y esperé a que el vehículo reiniciase la marcha. Al perderlo de vista tomé conciencia de que no sabía dónde me hallaba. Del otro lado de la calle localicé una placa: Amor de Dios. Nunca había caminado tan al norte de la ciudad. Recordando el callejero que ojeé antes de salir de casa, debía recorrer unos quinientos metros a través de Letamendi y

Divina Pastora antes de alcanzar mi destino. Pero apenas tardé unos minutos en acabar desorientada entre plazuelas y bocacalles. Con Hugo atrapado en Capitanía y Rosa de compras con su madre, la única solución para llevar al pequeño ante Cipriano era ir sola en su busca. Sin embargo, no debí abandonar el tranvía antes de tiempo. Sin saber qué otra cosa hacer, empujé la cristalera de una droguería y entré. Una campanilla colgada del techo advirtió de mi presencia. El dependiente tardó en aparecer.

—Buenas tardes —dijo con voz soñolienta—. ¿Qué necesita?

—Disculpe, ando buscando la iglesia de San Luis. No conozco el barrio. ¿Sería tan amable de indicarme?

—Ah, está justo en la calle de atrás —respondió—. Al salir de la tienda, doble a la derecha y camine hasta la esquina. Enseguida la verá. No tiene pérdida. Aunque, a estas horas la encontrará cerrada.

—No busco la iglesia.

—Al hospicio —concluyó—. Le trabajamos a diario. Pobres chicos...

—¿Conoce el hospicio?

—¿Y quién no en este barrio? Nos compran de vez en cuando los productos de limpieza, que no son pocos. Aunque las monjas no les dan demasiado de comer a los internos, las dependencias deben estar como los chorros del oro.

—¿Tiene ahí dentro algún conocido?

—Eso es, un conocido.

—¿Y cómo se llama? Vienen algunos a hacer los recados, tal vez lo conozca.

—Miguel.

—Miguel... Varios se llaman así. ¿Miguel qué más?

En ese momento me invadió la sospecha de que mi intento terminaría en fracaso. Ni siquiera conocía el apellido del pequeño. ¿Cómo iba a conseguir sacarlo del hospicio? Una idea me vino de repente a la cabeza.

—¿Tiene usted caparrosa?

—Vaya pregunta. ¿Cuánta necesita?

—Póngame un cuarto de kilo.

El tendero se perdió hacia las habitaciones del fondo para volver con un recipiente de barro y un cucharón. Colocó el primero sobre el mostrador, puso un trozo de estraza en la balanza y vertió varias paletadas con el segundo.

—Verá que color tan bonito le queda.

—No es para pintar. Las hortensias del jardín están amarilleando, y me han dicho que es el mejor remedio que puedo encontrar para que recuperen el azul.

—Así es. No encontrará cosa mejor que el sulfato de hierro para abonarlas. Verá qué flores le van a dar. ¿Está bien así?

—Sí. Es suficiente. Si le digo la verdad, necesito ver a ese muchacho sin falta. Un amigo suyo ha caído enfermo y me gustaría que lo visitase antes de su muerte. Es lo más parecido a una familia que le queda. Pero no traigo referencias y no estoy segura de que me lo dejen llevar.

—No sabría yo. A estas horas... Son cuarenta céntimos.

Le ofrecí dos reales y le hice un gesto para que se quedase con la vuelta. Frustrada, agarré el cartucho con un suspiro de impotencia, lo metí en el bolso y salí a la calle. A mi espalda la campanilla volvió a sonar. Frente a mí, el bochorno de la tarde.

A medio camino entre la droguería y la esquina oí que gritaban.

—Señorita, señorita...

Me detuve y busqué el origen de la voz. El tendero caminaba a mi encuentro.

—Ya le pagué —argumenté en mi defensa.

—Ah, es otra cosa lo que me ha hecho venir en su busca. No llame a la puerta principal. Dé la vuelta y entre por Clavelinas. Pregunte por sor Gregoria. Dígale que va de parte de Ramón, el droguero.

—Muchas gracias. Así lo haré.

Me sonrió y se marchó.

La única puerta que encontré por el lado sur estaba cerrada. La primera llamada, apenas un par de tímidos golpes de nudillos, no produjo efecto alguno. Ensayé con más decisión y aguardé. Unos pasos que se aproximaban, un descorrer parsimonioso de cerrojos y el rostro de una mujer entrada en años quedó iluminado por los rayos del sol.

—¿Quién llama? —preguntó aquella.

—Soy Belinda —mi voz sonó más a disculpa que a ruego.

—No esperamos a nadie a estas horas. ¿Trae una limosna?

—No, madre. Vengo de parte de Ramón, el droguero. Busco a sor Gregoria.

La puerta se entreabrió más y la mujer terminó de asomar la cabeza para mirarme de arriba abajo. Sobre el escapulario blanco que le ceñía el rostro, un velo negro.

Mi aspecto debió convencerla.

—Pase y aguarde aquí. Iré en su busca.

Crucé el umbral con las manos entrelazadas y esperé en la penumbra. El recibidor de techo abovedado, las paredes de piedra y el arco que se abría a los pasillos interiores me recordaron el tenebrismo religioso de Murillo. La monja se perdió de vista. A uno de los lados comencé a distinguir un banco de madera adosado a la pared. La frescura de aquel lugar contrastaba con el calor que había soportado en la calle.

Al momento oí cómo alguien se aproximaba. Una monja, que confundí con la primera, entró en la antesala y se acercó.

—Me han dicho que usted es Belinda, que preguntaba por mí.

—Así es.

—¿Nos conocemos?

—Si quiere que le sea sincera, no es a usted a quien busco. Entré por casualidad en la droguería y el tendero tuvo la amabilidad de ofrecerme su nombre.

—Entiendo. En ese caso, ¿a quién busca?

—Vengo a ver a Miguel.

—Hay varios migueles en el hospicio. ¿A cuál de ellos?

—No sé cómo se apellida. Solo le puedo decir que suele venir un ciego a recogerlo de vez en cuando.

—¡Válgame Dios! —bisbiseó sor Gregoria persignándose—. Dígame, ¿qué le ha ocurrido a Cipriano? Ese pobre chiquillo está descompuesto.

—Cipriano se encuentra bien. Bueno..., al menos, fuera de peligro.

—Vamos, venga conmigo. Hablaremos más tranquilas dentro.

Sor Gregoria me condujo a través del largo pasillo hasta un atrio porticado, rodeado de cipreses y flores de todos los colores. Buscó luego un rincón sombrío y alargó la mano indicándome que me sentase junto a ella.

—Dígame, Belinda. ¿Qué ha sido de Cipriano?

—Unos hombres lo asaltaron en la calle y le propinaron una paliza.

—¿Dónde está? —preguntó repasando la cruz que antes había dibujado en su frente.

—Entre amigos. Pero he de informarla de que tiene un par de costillas rotas y que le han desgraciado un ojo.

—El Señor nos alumbre. Al menos nos queda el consuelo de que tenía perdida la vista —murmuró sor Gregoria—. ¿De qué conoce a ese hombre?

—Es una larga historia. Necesitaba leer un documento escrito en braille y di con él por casualidad.

—¿Y a Miguel?

—Cipriano me lo presentó. Me explicó que el chico también dominaba el braille, que él me enseñaría lo que necesitaba saber. Pero imagino que su verdadera intención era que yo lo conociese y me encariñase con él.

—Ese hombre es un santo.

—¿Qué relación existe entre Cipriano y Miguel? —pregunté—. El niño afirma que es un amigo, que viene a recogerlo para llevarlo de paseo, pero que no recuerda desde cuándo.

—Esa también es una larga historia.

—Cuéntemela —le rogué.

—Cipriano me hizo prometer que la mantendría en secreto. Si quiere saberla, deberá preguntársela a él mismo.

—De acuerdo. En ese caso, dígame cómo se encuentra Miguel.

—Preocupado. El viernes pasado se escapó y no sabemos dónde estuvo. Desde entonces se ha aislado del resto de los internos.

—Fue a mi casa, a pedirme que buscara a Cipriano. Me ha costado trabajo dar con él, pero al final lo he conseguido. Dice que no desea que le lleve al niño en las condiciones en que se encuentra. Yo creo que es un error, por eso estoy aquí. ¿Usted qué opina?

Sor Gregoria volvió la cabeza en busca de la pared más soleada. Entre dos arcos, cincelado en la piedra, un círculo con rayas y flechas y una varilla de hierro que proyectaba su sombra sobre ellas.

—Aguarde en el banco —me ordenó tras levantarse—. Vuelvo enseguida

Sus pisadas amortiguadas por la gravilla rompieron el silencio hasta perderse entre las arcadas. Si aquel lugar era un hospicio, los niños debían andar lejos de donde nos encontrábamos.

Intrigada por el reloj de sol, volví la vista e intenté descifrar la hora.

Arriba, entre las ramas más altas de los cipreses, una bandada de pájaros se enzarzó en una pelea. Alguna de sus plumas descendió describiendo una lenta trayectoria espiral que seguí ensimismada. Antes de que tocase el suelo, Miguel corría hacia mí golpeándose el trasero con los talones.

—¡Belinda! ¿Lo has encontrado?

Lo abracé en su carrera y él rodeó mi cuello para apartarse al momento.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar.

Sor Gregoria apareció tras él. La miré para confirmar que contaba con su permiso. Ella hizo un leve gesto de afirmación. Entonces supe que podría llevármelo.

—¿Quieres verlo?

Miguel suplicó a la monja con ojos de cordero degollado. La sonrisa que encontró en su cara fue suficiente para que se atreviese a responder.

—¡Claro! Vamos.

Antes de que me hubiese dado tiempo a levantarme del banco, Miguel tiró de mi mano hacia la puerta de salida.

—Espera —le dije—. Ahora mismo iremos en su busca.

Tomé el bolso y saqué el cartucho.

—¿Tienen hortensias?

Aunque sor Gregoria pareció no comprender, terminó afirmando.

—Las tenemos.

—En ese caso, esto es para usted. Tengo entendido que les hace mucho bien.

La monja abrió el cartucho e inspeccionó su contenido.

Dulcificando la expresión, un nuevo vistazo al reloj de sol.

—Van a dar las seis de la tarde. Tendrán que estar de vuelta antes de que anochezca. Llame a la misma puerta.

No me fue posible articular palabra. Miguel seguía tirando de mí y no tuve más remedio que ceder.

Cuando salimos a la calle, el calor nos volvió a golpear. No me cupo duda de que Miguel conocía mejor que yo los callejones que nacían a la espalda de la iglesia.

En la primera bocacalle se detuvo y me miró inquisitivo.

—¿Sabrás encontrar Joaquín Costa? —le pregunté.

—No.

—En ese caso, llévame a la Alameda de Hércules.

Reinició la marcha y me interrogó con cara de fastidio.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a buscarme?

—Me ha costado gran esfuerzo dar con él.

—Sor Gregoria me ha dicho que se ha caído. ¿Está bien?

—Un poco magullado, pero se repondrá.

Recorridas las calles cercanas al hospicio, Miguel calmó su impaciencia y adaptó nuestro paso al del resto de los transeúntes. Nos llevó una media hora alcanzar el lugar indicado.

—¿Es aquí?

—Casi hemos llegado —respondí.

Caminamos un rato más y me detuve a la entrada de Joaquín Costa, allí donde Rosa se había plantado la primera vez. La calle que teníamos frente a nosotros no parecía muy diferente a cualquier otra de la zona.

—Verás, Miguel, es una calle algo especial y no es prudente que nos demoremos en ella. Debemos volver al hospicio antes de las nueve.

Él agitó la cabeza con fuerza.

Las puertas cerradas y las macetas que rellenaban balcones y ventanas conferían a las casas un aspecto doméstico e inofensivo. Era posible que mis reparos fuesen infundados, que no hubiera peligro alguno en caminar de la mano de un niño en un barrio de tan mala fama.

—¿Has terminado de leer la última novela que te trajiste? —pregunté mientras avanzábamos—. Aquella de la Isla Misteriosa.

Miguel vaciló.

—No he podido.

—¿No te gusta?

—Me la han robado —refunfuño—. Pero te prometo que la recuperaré.

—¿Cómo dices?

—Estoy seguro de que ha sido el veinticuatro. Es un aprovechado. Me las va a pagar todas juntas.

—¿Por qué lo llamas veinticuatro?

—Porque es su número. En el internado todos tenemos uno. Yo soy el treinta y dos. ¿Nunca te lo había dicho?

—¿No sería más fácil llamaros por vuestro verdadero nombre?

—Qué va. Hay muchos repetidos. Así no tenemos confusiones.

—Ya entiendo. Olvida ese libro. Sabes que tenemos de sobra en la biblioteca de casa, no tiene importancia uno más o menos. Además, estoy segura de que te lo devolverá cuando lo lea.

—Ese no sabe leer. Es un inútil que solo sabe fastidiar y robar lo que no es suyo.

—Aun así, prométeme que no reñirás con él.

—De eso nada —contestó con los puños apretados.

Como habíamos llegado al número ocho y una pareja de hombres nos observaba con demasiado interés desde la esquina, lo dejé estar y me detuve. Los geranios que colgaban del balcón me certificaron que era la vivienda correcta. En esta ocasión, la puerta permanecía cerrada. Apreté la mano del pequeño y llamé con fuerza. A la espera de que alguien acudiese a abrir, volví la cara a los lados. La calle seguía tranquila. Era posible que los clientes no comenzasen a llegar hasta más tarde, hasta que las luces del día desaparecieran del cielo y la noche ocultara su vergüenza.

La puerta se abrió y la cortina voló hacia la calle.

—¿Sí? —preguntó la cincuentona del moño.

—Soy Belinda.

—Ya sé quién eres. ¿Y la otra, la pelirroja de las tetitas respingonas?

Miguel me miró desde abajo con la boca abierta. Tiré de él para ocultarlo a mi espalda y puse cara de pocos amigos.

—Si se refiere a Rosa, hoy no me acompaña.

—¿Quién es ese mequetrefe? Aquí los niños no son bien recibidos.

—Un amigo de Cipriano. Déjenos pasar, lo traigo para que lo vea.

—Os advertí que no debíais contar a nadie el paradero de ese desgraciado. Estas cosas solo me ocurren a mí, por tener el corazón blando.

—Déjenos pasar. Le prometo que nos iremos enseguida.

De mala gana, se echó a un lado y corrió la cortina de un manotazo.

—Os quiero fuera en quince minutos. Los hombres acuden a estas horas y no están las cosas como para que me los espantéis. Ya conoces el camino.

—Vamos, Miguel.

El pequeño me acompañó sin rechistar, mirando hacia atrás mientras subíamos la escalera para comprobar si la del moño nos seguía. Ignorando el claqueteo de los peldaños, puse el pie en el piso superior y clavé los ojos en la primera puerta. Como me temía, estaba

abierta.

—Espérame aquí.

Me adelanté para asomarme con discreción. Vacía. Ni ropas tiradas por el suelo ni hombres dejándose querer por las chicas de la casa. Y debo reconocer que, aunque me sentí aliviada por el pequeño, me embargó cierta decepción. No era yo entendida en pasiones como la que había contemplado en mi primera visita, y su recuerdo me seguía acompañando en lo más profundo de mi ser, haciendo que la escabrosa escena volviera en las noches de insomnio y me removiera por dentro.

—Adelante —le dije—. Cipriano está en la del fondo.

Miguel no necesitó mayores incentivos. Salió a la carrera y se perdió tras el recodo del pasillo. Desde donde me encontraba pude oír con claridad cómo abría la puerta y entraba. Cuando llegué a la habitación, Miguel permanecía tendido sobre Cipriano, fundidos ambos en un abrazo sin palabras. Sultán, que los miraba desde su camastro, se acercó y me olisqueó los zapatos. Era evidente que estaba lastimado, porque tiritaba de frío y apenas podía caminar. Me agaché y lo acaricié.

Miguel, más calmado, se secó las lágrimas y bajó de la cama.

—Llevabas razón. Gracias por haberlo traído —me dijo Cipriano, ahora estamos en deuda.

—No diga eso. Soy yo la que estoy en deuda con ambos.

—¿Hoy no ha venido su amiga con usted?

—No le ha sido posible. Recogí a Miguel en el hospicio y vinimos solos. ¿Verdad, Miguel?

En un último suspiro, este afirmó con la barbilla levantada.

—Has sido muy valiente —le dijo Cipriano—. De no ser por tu ayuda, no habrían dado con mi paradero. Dime que no te volverás a escapar del hospicio.

—¿Dónde te caíste?

—¿Quién te ha dicho que me he caído?

—Fue Belinda. ¿Cómo has podido hacerte tanto daño?

—Estaban haciendo obras en la calle y no señalizaron la zanja. Cuando me di cuenta me encontré rodando hacia el fondo. Me estoy haciendo viejo.

—Has perdido un ojo.

—Bueno, para lo que me servía...

—Ahora estás más feo.

Cipriano hizo una mueca parecida a una sonrisa e intentó incorporarse en la cama.

En los pocos días que transcurrieron desde mi anterior visita, su aspecto había mejorado. Aun así, no fue capaz de lograr su objetivo por sí solo.

—Espere, que yo le ayudo. —Apretando la almohada contra el cabecero, tiré de él con todas mis fuerzas. Incluso en su extrema delgadez, pesaba de lo lindo.

—Ya verás. En cuanto me ponga un parche, ni se notará —le dijo cuando se hubo acomodado y sus dolores remitieron.

Las baldosas de la escalera protestaron una vez más de su abandono. Alguien se acercaba. La mujer del moño se asomó a la puerta.

—Diez minutos más y os pongo de patitas —soltó como saludo.

—Flora, deja de fastidiar, que sabes que hasta las once de la noche no aparece ni Dios por este antro.

—No sé cómo te aguanto. Un día de estos... —Tras dejar la frase a medio terminar, entró en la habitación para estirar la ropa de la cama. Más calmada, le tocó la frente al enfermo.

—Con que este es el malandrín del que tanto me has hablado.

—Este es. Anda, llévatelo un rato. Necesito tratar un asunto con esta señorita.

—Niño —dijo con aire de enfado—, ¿tienes hambre?

—Ya he comido, señora. Muchas gracias.

—Qué se le va a hacer. Aquí no nos gusta el chocolate y la tableta lleva un par de semanas en la alacena. Se terminará estropeando.

—Arrea, chocolate. Pues a mí sí que me gusta —añadió Miguel.

—En ese caso me das una alegría. Ven, iremos a buscarlo.

La del moño, rebautizada por Cipriano como Flora, me pareció entonces más humana. Me fue imposible no sentir cierto afecto por ella. Cuando se marcharon me volví hacia la cama.

—La vida la ha tratado mal, no es mala. De no haber sido por su caridad, yo llevaría años durmiendo en la calle, o quizá en el cementerio.

—Ya lo supongo.

—Le he dicho que se lo lleve porque tengo algo que contarle. —Palmeó el borde de la cama para que me acomodase.

Como no encontré otro lugar en que sentarme en la habitación, acepté el ofrecimiento.

—Hay algo que me tiene trastornado desde que comencé a traducir el diario. Puede que sea una estupidez, pero no me lo quito de encima.

Cipriano había demostrado más de una vez su sagacidad, y estaba convencida de que lo que pudiese preocuparle no sería una estupidez.

—Dígame. Veré si puedo ayudarle.

—¿Recuerda lo que escribió Andrea en la primera página?

Yo no solo sabía lo que escribió en la primera, sino en todas y cada una de las páginas leídas.

—Decía que acababa de zarpar rumbo a Cuba, que pronto cumpliría los diecinueve y que su padre la había persuadido para viajar hasta el

otro lado del mundo en busca de su regalo.

—Eso es. ¿Y qué más?

—Decía que Jonás, el capitán, se acercó a ella sin saber que era ciega.

—Antes. ¿Qué escribió antes?

—No sé a qué se refiere.

—¿Cuántas veces había viajado con Conrado hasta Cuba?

—Nunca. Era su primer viaje en barco.

—Exacto.

—¿Y qué significa eso?

—Es muy sencillo, señorita Belinda. Como le dije cuando nos vimos en el comedor de Jacinta, el new york point fue un alfabeto popular en Estados Unidos a finales del siglo pasado, pero que yo sepa, nadie lo usó en España.

—Ya —afirmé confundida.

—La pregunta es evidente. Si Andrea nunca antes viajó en barco y el lenguaje que conocía solo se usaba en Estados Unidos, ¿cómo pudo aprenderlo?

—Vaya... Sí que es raro.

Cipriano reprimió un acceso de tos y continuó hablando.

—No. Esa no es la respuesta. La única respuesta posible es que Conrado no confió en los escasísimos profesores de braille que existían en España por aquel entonces, y que encargó la formación de su amada hija alguien de más prestigio. Conrado era un hombre con dinero. No le resultaría difícil traer a un maestro desde el otro lado del planeta para enseñarla a leer y a escribir en el lenguaje que él creyó el más avanzado para un ciego.

—Sí... Es una explicación más que razonable. Pero no veo a dónde nos lleva.

—¿Usted sabe que yo enseñaba braille?

—Me lo contó Hugo el día en que lo conocí.

—Fui profesor desde 1918 hasta que comenzó la guerra. Casi veinte años. Durante todo ese tiempo, fuimos pocos ciegos los que enseñábamos en España, y menos en Sevilla. Y jamás oí hablar de un profesor americano, ni de ningún ciego que conociese el new york point.

—Un hombre de otro país pudo haberse relacionado poco, haberse marchado cuando terminó su trabajo, cuando no tuviese más que enseñarle a su alumna. De todos modos, ya habría fallecido —afirmé.

—Cierto. Si no lo hubiese hecho, a estas alturas tendría más de ochenta años. Pero muerto o no, debió haber contactado con algún otro profesor de la ciudad. Tanto a los ciegos como a los profesores nos gusta relacionarnos entre nosotros. Y la cuestión es que, antes de que esos desgraciados la tomasen conmigo en la calle, estuve haciendo

algunas averiguaciones.

—¿Qué descubrió?

—Nada. Mis antiguas amistades jamás oyeron hablar de él. Y eso que le pregunté hasta a los más ancianos... le digo que es posible que sea una estupidez de viejo chocho, pero hay algo que no me cuadra.

—No sabría qué decirle. Creo recordar que Andrea hablaba de un tal Tam en alguna de las páginas del diario. Quizá se trate de él.

—También yo lo he pensado. Pero no conseguiremos nada con un diminutivo que tal vez solo usase Andrea. Ya veremos —dijo repitiendo una de sus frases preferidas cuando se sentía contento—. En fin, olvídelo. Pronto estaré en condiciones de seguir con la traducción. Cuando la tenga avanzada, se lo haré saber.

—No hay prisa —aseguré en una mentira—. Hágalo cuando se sienta con fuerzas.

Acuciado por algún picor, se rascó con sarna allí donde debía estar el ojo perdido.

No respondió.

A nuestro alrededor, la poca luz que se colaba por el ventanuco había ido consumiéndose y nos bañaban las penumbras. Supuse que el sol debía buscar el horizonte. Conmovida por el continuo temblor de Sultán, me acerqué a acariciarlo. El perro me lamió la mano un par de veces y volvió a enroscarse.

—¿Qué le ocurre?

—Esos desgraciados le debieron dar de lo lindo. Pero ambos hemos pasado por trances peores. Se pondrá bien.

Sin saber cómo ayudarlo, le recompuse la arpillera sobre la que descansaba y volví a sentarme en la cama para despedirme.

—Pronto tendré que devolver al pequeño a sor Gregoria.

—Sor Gregoria, claro —concluyó—. Debí suponerlo, ¿quién más habría dejado salir a Miguel con una desconocida? ¿Cómo dio con ella?

—Podría decirse que fue un golpe de suerte.

—Cipriano —dije en un susurro—, ¿quién es Miguel? Sor Gregoria no quiso contármelo. Dijo que debía preguntárselo a usted.

— Se trata de una cuestión complicada, no sabría por dónde empezar,

—Disponemos de algo más de tiempo. Cuéntemela.

VI

Lo primero que hizo Hugo al llegar a Capitanía al día siguiente fue telefonear para disculparse por faltar a nuestra cita. Yo ya sabía por boca del Comandante que el regreso del teniente general de la región los mantuvo ocupados hasta bien entrada la noche. Lo que ignoraba era que las nuevas órdenes que aquel trajo de Madrid le impedirían en lo sucesivo tomarse las tardes libres. Y si a tal contratiempo le sumábamos las lecciones de braille que de forma rigurosa me impartía Miguel cada sábado, las posibilidades de vernos quedaban reducidas, al menos a corto plazo, a los domingos. De modo que quedamos citados para el siguiente y colgué el teléfono.

Desalentada por tan larga espera para compartir con él lo que Cipriano me había contado, regresé a la cocina.

Teresa, que a aquellas horas había vuelto del mercado con medio kilo de bacalao y una lechuga gigantesca, llenaba una tinaja con agua para desalar el pescado. Al percibir mi abatimiento, resolvió meter los dedos y hurgar.

—Tengo entendido que Hugo trabaja con tu padre.

—¿Tú también vas a empezar con eso? —refunfuñé.

—Vaya, qué respondona nos hemos levantado. ¿No has dormido bien?

—Es que mamá no para de decir que es un buen chico. Ya me estoy cansando de vuestras insinuaciones.

—¿Y acaso no lo es?

—Apenas lo conozco. ¿Cómo voy yo a saberlo?

—Entiendo. Prometo no volver a entrometerme.

Terminé la primera taza de café y me acerqué a la encimera para servirme otra. Ella me dedicó una mirada de soslayo.

—¿Tienes algo que hacer esta mañana?

—Nada que no pueda esperar —respondí más afable—. ¿Qué necesitas?

—Tu madre ha quedado con no sé qué amiga y no regresará hasta mediodía. Me vendría bien que me echaras una mano con el jardín. Hace semanas que necesita un repaso y no hallo la hora.

—Cuenta con ello. Subiré a cambiarme para ayudarte.

Media hora después estábamos enzarzadas en una batalla con las plantas.

El Comandante acostumbra a traer de vez en cuando a un jardinero para que realice las labores más pesadas: la limpieza de las hojas envejecidas de la palmera, el podado de los brotes de las enredaderas —que amenazan de cuando en cuando con rebasar las tapias— y el

recorte de los setos. Sin embargo, esos hombres, todos de origen militar, no tienen tacto para los cuidados delicados y estos suelen quedar bajo la responsabilidad de Teresa. Así que buscó unas tijeras de jardinero y me encargó repasar las macetas mientras ella se dedicaba a las malas hierbas y a los caminitos de albero.

A media mañana, con el trabajo acabado, se secó el sudor de la frente, me ordenó que aguardase y se ausentó por unos minutos. Cuando regresó traía entre las manos dos vasos vacíos y un jarro de limonada. Los trozos de hielo que flotaban en su superficie me parecieron un regalo del cielo.

—A primera hora pasaron con una barra al hombro y les compré un cuarto, y buenos dineros que me ha costado —me informó, consciente de que lujos como aquel eran inalcanzables en nuestra antigua casa—. Dos reales. Ya sabes cuánto le gusta a tu padre, pero con el calor que hace me temo que para la noche estará descongelado. Así que he pensado que nos vendría bien aprovechar unos buenos trozos.

Le propiné un beso en la mejilla, que ella se apresuró a borrar con la manga, y buscamos la sombra de los bancos del rincón suroeste. En el tiempo que nos llevó apurar el primer vaso, deleitadas en la frescura del cristal empañado, en el sabor del limón con azúcar, no pronunciamos palabra. Como queriendo calmar aún más nuestro acaloramiento, una tenue brisa agitó los árboles más altos. Agarré la jarra de nuevo y rellené ambos vasos.

Cuando Teresa llegó a casa hacía pocos años que Daniel había muerto y, en cierta manera, ella suplió en mí su falta mejor que cualquier otro de mi familia. Por eso, pese a su edad, más que una segunda madre, para mí siempre ha sido como una hermana. Sintiéndome culpable con la brusquedad con que había despachado su pregunta a la hora del desayuno, le ofrecí una respuesta más adecuada.

—El domingo he quedado con él —solté masticando un trozo de hielo.

—Te gusta.

—Imagino que sí, pero temo equivocarme —confesé, la atención perdida en el zumbido de las abejas que revoloteaban de flor en flor —. Me besó.

—En ese caso, debes saber que nunca se olvida el primer beso de un hombre. Al menos, yo no he olvidado el primero que me dio mi difunto marido.

—Fue el último domingo de junio —seguí relatando, sin apenas reparar en sus palabras—. No lo ha vuelto a hacer. En realidad, no le he dado oportunidad. Desde entonces solo hemos quedado una vez y terminamos enfadados.

—¿Se propasó?

—Por supuesto que no. Nunca lo haría. El motivo fue otro.

Más calmada la sed, Teresa tomó un sorbo corto y se retrepó en el banco. Supe que esperaba una explicación.

—Hay cosas que no te he contado.

—¿Y crees que deberías haberlo hecho?

Dejé el vaso vacío de lado y crucé los brazos pensando en cómo empezar. A nuestros pies, los senderos de hormigas que Teresa había deshecho con el escobón se recomponían en interminables procesiones.

—¿Crees que el Comandante te habría aceptado en casa si tu marido hubiese sido republicano?

Estuvo claro que Teresa no esperaba mi pregunta. Se recompuso el delantal de cuadros agrisados y se removió incómoda.

—¿A qué viene tal pregunta?

—No te molestes, no es nada personal. Lo que ocurre es que tengo un dilema que no sé resolver. Como te he dicho, hay cosas que no conoces. Cipriano, ese ciego que Hugo me presentó, fue una vez un hombre respetable, un profesor que enseñaba a otros ciegos a leer y a escribir. En cambio, ahora es un mendigo que vive tirado en la calle.

—¿Qué le ocurrió?

—Es fácil de adivinar.

Teresa reflexionó con los labios apretados.

—Ahora lo entiendo. Lo que pretendes decir es que ese hombre es republicano.

—No, lo que pretendo decir es que es comunista.

Estupefacta, se llevó los dedos a ese estadal de la Virgen de la Cabeza que siempre lleva colgado del cuello y se volvió en mi dirección.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el principio. Hugo me lo contó el primer día, incluso antes de presentármelo. Me hizo prometer que no se lo diría al Comandante. Se llama Cipriano Alcácer. Ha sido detenido varias veces y lo tienen fichado en Capitanía. Ahora comprenderás que no puedo invitarlo a nuestra mesa tal como me propuso papá anteayer.

—No. Será mejor que por ahora no lo invites.

—Le debo demasiado. Está haciendo un gran esfuerzo por descifrar el diario. Ayer me enteré de que aún no ha cumplido los sesenta años. Sin embargo, la vida en la calle ha de ser dura, porque tiene aspecto de pasar de los ochenta. Es muy injusto.

—Siempre el maldito diario. No me cabe en la sesera lo que se te ha podido perder entre sus hojas. Más te valdría haberlo dejado donde lo encontraste. Agua pasada no mueve molinos.

—Puede que lleves razón. En todo caso, no hay remedio. Sus páginas me tienen cautiva. Necesito saber lo que le ocurrió a Andrea y

a Laura, qué fue de ellas.

—¿Quién es Laura?

—La madre de Andrea, la verdadera dueña del caserón, la que cuelga sobre la chimenea. A veces tengo la sensación de que su alma sigue encerrada entre estas cuatro paredes, que no nos dejará en paz y se irá hasta que no hayamos desvelado su historia.

Desconcertada por mis palabras, recogió la jarra y los vasos vacíos.

—Se está haciendo tarde. No puedo aconsejarte. Tú sabrás dónde te metes, pero a tu padre no le hará bien saber que andas removiendo los secretos de tu familia de la mano de un comunista. No le importaría si no fuese militar, o si la guerra no nos hubiese marcado a todos. Sin embargo, no es el caso. No se puede cambiar el pasado. Desde que venció el bando nacional, los comunistas son el demonio en persona para los del Gobierno. Tu padre es un alto mando, está obligado a hacer lo que le ordenan y sobre todo a guardar las apariencias. Ándate con cuidado.

Las palabras de Teresa me convencieron definitivamente de que no podía implicar al Comandante. Y así lo hice. Por un tiempo, no puse ni a él ni a mamá al corriente de mis andanzas por los bajos fondos de la ciudad ni de mis averiguaciones.

—Espera —le rogué cuando caminaba hacia la casa. Me contempló con desconfianza y volvió a sentarse en el banco.

—¿Qué más hay?

—Algo sin importancia. Una idea que me ronda la cabeza.

—Pues desembucha, que tengo que enharinar el bacalao y hacer la ensalada.

—Tú y mamá conocéis bien al párroco, ¿verdad?

—A Benigno. Ese hombre es un cacho de pan. Tu madre le ha tomado un cariño especial. ¿Necesitas confesarte?

—No. Con acudir a misa cada domingo tengo más que suficiente. Cometo menos pecados que vosotras dos.

Teresa arrugó la frente y puso cara de reproche.

—Un día de estos me gustaría hablar con él. Pero prefiero que mamá no se entere.

—Veré que puedo hacer, pero Benigno tiene más amistad con tu madre que conmigo y desconfío de que le guarde el secreto.

—Prométeme que lo intentarás.

—¿Y qué secretos vas tú a hablar con el párroco?

—Prefiero callarlos. Hay asuntos que solo a él y a mí nos conciernen.

Ella me ofreció un gesto altivo y se marchó en busca de la cocina.

A la mañana siguiente decidí retomar el proyecto inacabado unos días atrás. Me colgué el maletín y los aparejos a la espalda y me eché a la

calle. Cuando las campanas de la Giralda dieron las diez, tenía el caballete plantado frente al pasadizo del patio de Banderas. Coloqué el lienzo en posición y paseé la mirada por los alrededores. Como era viernes, albergaba la esperanza de volver a toparme con la rueda de afilar de Fulgencio y agradecerle la ayuda prestada. Pero al cerciorarme de que no andaba por allí, no me quedó otro remedio que emitir un suspiro de frustración y ponerme manos a la obra.

Pasaron las horas.

Mientras unos chiquillos jugaban haciendo rodar sus aros metálicos, la plaza se fue llenando de transeúntes. Con las carreras de unos y las protestas de otros a mi espalda, el amarillo indio, el tierra de siena, el blanco titanio y el negro carbón fueron obrando maravillas, y al final de la mañana tenía el cuadro acabado. Me limpié las manos con el trapo y me alejé para contemplar el resultado. No estaba nada mal. Del afilador, ni rastro. Lástima, pensé, porque me habría gustado enseñarle mi obra acabada.

Recogí los trastes, me colgué el maletín al hombro y me encaminé hacia casa.

Aprovechando que aquel día el Comandante tampoco nos acompañaría en el almuerzo, tomé por Alemanes y me entretuve entre los escaparates de Hernando Colón. En una de sus esquinas me topé con una cola de gente que esperaba turno con la cartilla de racionamiento en la mano. Cuando terminó la guerra yo acababa de cumplir los trece años, y el único recuerdo traumático que conservo de ella es la muerte de mi hermano Daniel. La vida en Puente Alto nos mantuvo a todos, salvo al Comandante, alejados de los enfrentamientos en las ciudades y fuera de peligro. Tampoco los años siguientes a la guerra nos trataron mal. La situación militar de papá nos permitió librarnos de la pobreza extrema que asoló la nación en los primeros años, y nos sigue manteniendo en la misma situación. Sin embargo, con el cambio de residencia, cada vez soy más consciente de las penurias en que vive la inmensa mayoría de la población. La larga cola era una prueba de ello. Las cartillas, que desde hace años son individuales, se dividen en tres categorías. Ni decir tiene que la nuestra es de primera, la de mayor dotación alimentaria. Y no solo eso, sino que Teresa, aprovechando nuestra situación económica, se las suele componer para traer alimentos descatalogados del mercado negro. Las cartillas de segunda, y sobre todo las de tercera, son cuestión bien diferente. Los alimentos además de escasos suelen ser de mala calidad, y es menester hacer colas interminables como aquella con la que me topé.

Fue precisamente de eso de lo que hablé con Hugo el domingo por la mañana. Sentados en el murete de piedra que recorre la dársena, con

la Torre del Oro frente a nosotros, le pregunté por el revuelo formado en Capitanía. Según me dijo, el teniente general responsable de la región militar de Andalucía había viajado a Madrid para informarse de la nueva política exterior que el gobierno tiene previsto emprender. Me dijo también que durante la guerra que acaba de terminar en Europa, a la que todos nos referimos ya como II Guerra Mundial, el nuevo régimen se dejó querer de forma ostentosa por las potencias del Eje, que, según me explicó Hugo son las integradas por Alemania, Italia y Japón. Pero que ahora, con los regímenes fascistas vencidos por los Aliados, los aires de democracia y libertad campan a sus anchas por todo el continente, y España, aislada y repudiada por los vencedores, no tendrá otro remedio que acomodarse a los valores vigentes y, al menos en apariencia, adoptar formas liberales. Pero el problema, según me ha explicado, es que las guerrillas comunistas y la monarquía de los Borbón están más activas que nunca, y el gobierno no puede dar muestras de debilidad.

—¿Y qué piensan hacer? —quise saber.

—No tengo ni idea. Deberás preguntárselo al Comandante. Me temo que un alférez como yo, dedicado a labores administrativas, no puede darte mayor detalle. En todo caso, me da la impresión de que resolver esa cuestión es lo que los trae de cabeza.

—¿Crees que el cambio de política mejorará la situación de Cipriano?

—No. Una cosa es aparentar y otra bien diferente es ser. Me temo que para los mendigos, sobre todo si son comunistas, no hay un buen pronóstico a corto plazo.

—Me preocupa ese hombre. Pero me preocupa más la situación de Miguel. Ayer estuvo de nuevo en casa. Se toma mis clases muy en serio y no puedo evitar pensar en su futuro cada vez que lo veo sentado a mi lado en la biblioteca. Desde que nos mudamos a la ciudad soy consciente de los graves problemas que la gente debe enfrentar a diario y me abruma un sentimiento de culpabilidad.

—¿Culpabilidad de qué?

—De nuestra posición. Me refiero a la posición de los militares y sus familias, de la gente que se siente ganadora. Ayer volvía de Santa Cruz y me topé con una de esas colas que hacen para recoger alimentos.

—Es imposible remediarlo. La situación de escasez nos supera a todos, incluso a los propios militares.

—Tienes mucha razón. No está en mi mano arreglar el país, pero sí ayudar al chico. Cipriano me contó su historia.

Hasta aquel día me había limitado a hablarle de mi aventura para sacar a Miguel del hospicio. Le hablé de la droguería a la que entré por casualidad, de la suerte que tuve al dar con sor Gregoria y de las

palabras tan indecorosas con que Flora se refirió a Rosa. Pero nada le había dicho del parentesco entre el ciego y el chico.

—¿Qué historia es esa que te ha contado?

—Algo que supuse desde el principio, que Miguel es su sobrino.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Te estoy hablando en serio.

—¿Por qué no nos lo había revelado antes?

—Ni tan siquiera se lo ha dicho a Miguel, y tiene sus motivos.

—No entiendo qué motivos podría tener para ocultarle al niño su parentesco.

—Tú mejor que nadie debes saber que los internados para huérfanos solo acogen a los niños que les interesan. Cualquiera que sea sospechoso de proceder de una familia republicana es repudiado. El padre de Miguel vivía aquí, en la capital, y fue llamado a la guerra por el bando nacional. A su muerte, el chico, que había perdido a la madre pocos años después de nacer, quedó huérfano y fue acogido por las monjas del hospicio. Cipriano se enteró de su situación al acabar la guerra, pero decidió no revelar su relación. Si los que dirigen el establecimiento supiesen que tiene un tío comunista, su situación podría empeorar. Incluso podrían ponerlo en la calle. Y Cipriano no sería capaz de hacerse cargo de un niño de trece años en la situación en que se encuentra. Un hombre que apenas tiene para comer, que vive de la caridad de las mujeres de la calle.

—Viéndolo así... Aunque, no comprendo por qué ha de ocultárselo a Miguel.

—Sería incapaz de guardar el secreto —aseguré—. Y de saberlo, a buen seguro que se fugaría para reunirse con Cipriano. Tengo la esperanza de que esta situación acabe algún día. Es la única solución.

—Si te soy sincero —dijo con los ojos fijos en los azulejos amarillos que coronaban la torre—, me da la impresión de que ese día está hoy más cerca que nunca. Si las potencias del Eje hubiesen ganado la guerra, la cuestión sería diferente, pero los Aliados nos están aislando día tras día. Este régimen cruel y autoritario no puede durar.

Quedé muy sorprendida al escuchar aquellas palabras de boca de un militar.

—Que tus superiores no te oigan hablar de esa manera. De lo contrario, terminarás teniendo serios problemas.

Hugo, insensible a mis reservas, se revolvió sobre el murete y dejó caer las piernas del otro lado. Miríadas de barquitas surcaban el Guadalquivir esquivando la embestida de los grandes mercantes. A pocos metros de donde nos encontrábamos, un buque de tamaño imponente hacía crujir sus amarras balanceado por el agua. En mi total ignorancia en cuestiones de mar, quedé capturada por la grandeza que transmitían su casco pintado de blanco y sus altísimos

mástiles

—Es el vapor Ciudad de Valencia —dijo al constatar mi interés—. Nos informaron de su atraco el miércoles, el mismo día en que recogiste a Miguel en el convento.

—Es gigantesco —reconocí—. ¿Crees que Andrea viajó a Cuba en uno como ese?

—No —respondió reflexivo—. Según tú misma leíste, aquel tenía ciento trece metros de eslora, dos calderas de setecientos caballos, una velocidad de crucero de 15 nudos, y además estaba dotado de luz eléctrica. Si no me equivoco, no podía ser otro que el vapor bautizado como Antonio López, el primer barco español con casco de acero. De modo que el que tomó Andrea en su viaje a las Américas debió ser bastante diferente.

—¡Guau! —exclamé abrumada—. Sí que sabes de barcos. Y vaya memoria, creí que no prestaste atención a esos detalles.

—Ya sabes que procedo de una familia marinera. Nunca me ha dejado de fascinar la navegación y leo todo lo que cae en mis manos sobre barcos. Si algo nos sobra en Capitanía, es tiempo.

—En tal caso, ¿podrías explicarme en qué radica tanta diferencia?

Hugo se apoyó en los brazos para descansar la espalda y recapacitó.

—Para empezar, el barco en que viajó Andrea producía vapor quemando carbón en las calderas. Recordarás que Airam quiso enseñárselas y bajaron a la sala de máquinas.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Pues bien, a principios del XX, los barcos que quemaban carbón dejaron de fabricarse y fueron sustituidos por otros propulsados con modernos motores diésel, como ese que está atracado ahí delante, menos pesados y más veloces.

Perdida en las explicaciones técnicas, apoyé las manos en el cemento acharolado que recorría el murete y evoqué una vez más el viaje de la hija de Laura y de Conrado, una mujer misteriosa a la que yo misma estaba unida por no muy lejanos lazos de sangre, sus paseos por cubierta sesenta años atrás, fijos sus ojos en un horizonte que nunca sería capaz de disfrutar, desgraciada por la suerte que corrió al nacer privada de uno de los mayores regalos de la vida. Pero tal vez —y día tras día quedaba más convencida de ello— yo estuviese equivocada, y una existencia sin luz pudiese ser tan plena como otra cualquiera, como la de los que prestando más atención a lo que brilla olvidamos fijar nuestros ojos en las cosas importantes.

Mortificada por descifrar los enigmas de su vida, no tuve más remedio que armarme de paciencia y esperar nuevas noticias de Cipriano.

Capítulo 4

I

«Martes, 17 de noviembre de 1891.

Pese a llevar toda la mañana buscando a Airam, no he conseguido encontrarlo. Me temo que mi padre haya estado hablando con el capitán y hayan confabulado contra nosotros. Ya me advirtió de que dejara de merodear por el barco agarrada de su brazo. Pero está muy equivocado si cree que le va a ser tan fácil alejarme de él.

En fin, como la noche ha vuelto a envolvernos y seguimos atrapados en lo que el capitán llama la calma chicha, retomaré el relato de papá. Y es que estas horas, las que consumen la madrugada, son las mejores para taladrar las palabras.

Cuando el zorzal de lomo dorado huyó del acebuche —al menos así lo imagino recordando su relato—, ambos se tomaron de la mano, dejaron las tumbas a su espalda e iniciaron el descenso en busca del cortijo. El viento y el frío matutinos habían dado paso a unas nubes borrascosas, y cuando llegaron abajo la lluvia empapaba sus ropajes. De forma atropellada, felices de estar juntos, traspasaron la puerta huyendo del chaparrón y se volvieron a abrazar en las sombras de la casa. Después de desahogar entre besos la excitación de la carrera, mamá subió la maleta a la planta de arriba y papá salió con un abrigo sobre los hombros en busca de una brazada de leña. Mientras encendía la lumbre, ella bajó el hatillo en que guardaban los escasos alimentos que llevaron consigo: un trozo de tocino salado que cocinaron a las brasas, una hogaza de pan y algo de fruta. A la tarde, con el estómago lleno y la tormenta pasada, se dedicaron a recorrer la finca tomados de la mano. No había demasiado que ver, las míseras tierras de labranza convertidas en eriales, un interminable rosario de piedras de granito engastadas en yeso y un par de barrancos perdidos, recorridos por hilos de agua salada. No eran aquellos que transitaron lugares parecidos a los que mamá recordaba de Madrid, no era el lujo en que sus padres la criaron comparable a semejante pobreza. Sin embargo, Laura no desfalleció. Todo lo que su corazón ansiaba estaba a su lado, y la felicidad que sentía liberada del corsé de la nobleza rellenaba cada uno de sus poros. No se había separado de sus padres como hubiese deseado.

Mi madre no era una mujer desagradecida, pero la hicieron elegir y eligió la libertad. Después de lo que papá me ha contado, sé que la misma determinación que ella tuvo al romper con su pasado es la que sigue teniendo postrada en la cama, la misma que me ha inculcado desde mi nacimiento. Sumido en sus recuerdos, papá guardó un largo silencio sin atreverse a contarme lo que ocurrió a la noche, lo que ahora imagino encerrada en este camarote, que después de atrancar por dentro el portón infestado de nidos de araña, que tras avivar la lumbre con una nueva brazada, ambos subieron al piso de arriba en busca de la cama que él abandonó para marcharse al Ejército, que después de desnudar por segunda vez un cuerpo de cristal como el que Laura a sus veinticuatro años debía tener, expertas ya las manos de él en recorrer su pálida piel, se echaron para amarse en la intimidad de la noche, entre los quejidos que las vigas quebradas de la techumbre producían sobre ellos, aspirando el olor a tierra mojada que traspasaba los cristales rotos de las ventanas, buscando el uno en el otro el calor de sus cuerpos desnudos bajo la manta.

A la mañana siguiente, que eso sí me lo ha querido contar, el cochero regresó a buscarlos. Cargaron la maleta y deshicieron el camino hacia Sevilla, sin gastar palabras vacías, sin repetir todo lo que se dijeron a media voz la noche anterior, sin necesidad de hacerse promesas, porque incluso sin ellas sus vidas quedaron selladas hasta el final de los tiempos.

De vuelta en la fonda Inglaterra, papá pidió que los cambiaran a la mejor habitación y se instalaron en ella durante varias semanas. El otoño estaba por acabar y los alisios, esos vientos impredecibles que según Jonás soplan desde las costas de África hasta el Caribe, aún eran demasiado fuertes como para aventurarse en el mar de forma segura. Por eso tardaron en dar con un barco en que partir para América. Lo encontraron en Cádiz, en el mismo puerto en que nosotros lo hemos hecho, el 9 de octubre de 1870. Pese a los temores de papá, que se había enfrentado cara a cara a la muerte en su primer viaje, el mar fue una balsa de aceite durante todo el trayecto. Llegaron a la Habana veintiocho días después, habiendo recibido al nuevo año en mitad del Atlántico.

Miércoles, 18 de noviembre de 1891.

Ayer, pese a intentarlo hasta la madrugada, fui incapaz de terminar lo que papá me contara dos días atrás. A mitad de la historia dejé de lado el punzón para que los dedos descansasen durante unos minutos, me eché en la cama y de inmediato quedé profundamente dormida. Tampoco esta mañana lo he conseguido acabar, porque cuando golpeó la puerta del camarote, palpé la mesilla hasta dar con el reloj y descubrí que apenas faltaban cinco minutos para las dos de la tarde. Necesité acariciar las manecillas por segunda vez para convencerme de que había dormido más

de ocho horas. Le contesté con voz soñolienta que seguía acostada, que se adelantase sin mí. Media hora después, habiendo merodeado por cubierta en busca de Airam, una vez más sin éxito, me asomé a la puerta del comedor. Papá vino en mi busca y me condujo hasta la mesa que nos suelen tener reservada. Tanto a él como a mí nos gusta ser de los primeros en llegar y de los últimos en salir, porque el caminar indeciso de una mujer ciega esquivando carritos y sillas no suele pasar desapercibido y no nos gusta llamar la atención. Hoy mi retraso nos lo ha impedido, y he notado que los pasajeros de primera, los únicos que usamos aquel comedor, dejaban las cucharas en alto y posaban sus ojos en mí a nuestro paso. Son siempre prueba inequívoca de ello los breves silencios al frente y los cuchicheos a la espalda. Una vez sentados, lo interrogué.

—¿Dónde lo has escondido?

Él tardó en responder. Adivino que su primera intención, que reconsideró mientras apuraba el jerez y retiraba la servilleta del plato, fue la de negarlo. Pero debió contemplar mis ojos taladrando los suyos y supo que no le serviría de nada.

—No lo he escondido. Ese chico es un polizón, el capitán le ha encontrado una ocupación que le permitirá ganarse el dinero que vale el pasaje.

—Fabuloso —bufé airada—. Estoy segura de que el capitán ha debido contar con tu ayuda para encontrarle esa ocupación que dices.

—No te negaré que me consultó.

Uno de los camareros se acercó y preguntó algo a lo que no puse interés. Papá pidió por ambos y aguardamos callados hasta terminar servidos. Después de saborear una especie de guiso de patatas sobrado de sal, dejé la cuchara de lado.

—¿Tienes intención de desvelarme dónde se encuentra prisionero, o ni a eso tengo derecho?

—Está en la sala de máquinas.

Entonces lo comprendí. El capitán nos había descubierto cuando subíamos de ella unos días atrás, y no tuvo mejor ocurrencia que destinarlo a lanzar paletadas de carbón durante el resto del viaje. Pese a mi enfado, terminé comprendiendo que quizá no fuese una mala solución. Abajo estaba Sebastián, el carbonero que navegó durante años con el abuelo del muchacho, el hombre que le ayudó a embarcar de forma clandestina. Él sabría cuidarlo. Más calmada, palpé alrededor del plato hasta dar de nuevo con la cuchara y terminé con el guiso, decidiendo si aquella era la oportunidad adecuada para proponérselo.

—He estado dándole vueltas a lo que me contaste sobre tu primer viaje a América. Debiste pasarlo mal aquellos primeros años.

—No puedo negar que fueron duros.

—Pero tuviste suerte.

—Desde luego. Aunque el desembarco en Puerto Rico fue un imprevisto

doloroso, conseguí reponerme y llegar a Cuba cuatro años después, en el momento adecuado. De inmediato empezó a sonreírme la fortuna.

—¿Y qué crees que ocurriría si repitieras ahora el viaje en idénticas condiciones, sin una peseta en los bolsillos? ¿Tendrías esa misma fortuna?

Papá recapacitó mientras nos retiraban los platos vacíos y dejaban otros en la mesa. El aroma aterciopelado del melocotón en almíbar ascendió a oleadas. Busqué el cuchillo y el tenedor del postre en espera de su respuesta.

—Muy posiblemente, no.

—¿Por qué?

—Desde entonces la situación ha cambiado. La mano de obra es más cara, el azúcar de remolacha sustituye al de caña y el proteccionismo español está acabando con los negocios rentables.

Me introduje un trozo de melocotón en la boca y mastiqué con parsimonia, otorgando cierta dosis de dramatismo a mi siguiente pregunta.

—¿Y qué crees que le ocurrirá a Airam cuando llegue a la isla?

Papá dudó.

—Quién podría saberlo..., no le auguro un futuro prometedor. Pero tal cuestión no es de nuestra incumbencia.

Con el postre acabado, coloqué los cubiertos sobre el plato y lo empujé hacia el centro de la mesa.

—Quiero que lo contrates —exigí sosteniéndole la mirada.

—¿Cómo dices?

—Que quiero que contrates a Airam, que lo tomes bajo tu protección.

—Andrea, ya hay en mis tierras más empleados de los que necesito. No tengo motivos para contratar a un petimetre como ese.

—¿Y qué te parece el que yo te lo pida? ¿No es para ti motivo suficiente?

Papá se levantó indignado y acudió a mi lado. Me tomó de la mano, saludó a algunos de los más cercanos y me condujo hasta mi habitación.

—Volveré a buscarte para la cena —declaró después de abrirme la puerta.

—No te molestes. Esta noche cenaré en mi camarote. —Entré y cerré en sus narices de un portazo.

De eso hace horas. Alguien me trajo una bandeja con la cena que apenas he probado y se volvió a marchar. Ni él ha vuelto a reconciliarse ni yo tengo intención de hacerlo. De modo que ahora que he desahogado parte de la rabia que me embarga, gastaré la nueva madrugada en escribir aquello que no conseguí escribir la pasada.

Si no recuerdo mal sus palabras, divisaron la ciudad de la Habana en la mañana del domingo. La fragata en que viajaban enfiló la entrada a la bahía y maniobró entre los muchos buques de vela que atestaban las aguas y el poco gobierno que algunos de sus capitanes obraban sobre ellos.

Arropados por los primeros rayos del alba, reunidos en el puente junto al resto del pasaje, vieron venir a izquierda y derecha los baluartes defensivos de los castillos del Morro y de la Punta, ambos plagados de cañones que dominaban el mar asomando sus cabezas a las altas troneras. Tanto la muralla que rodeaba la ciudadela como ambas fortificaciones, según le contó papá a su futura esposa, fueron construidas varios siglos atrás por los españoles para proteger la lejana provincia de la Gran Antilla de invasores ingleses y piratas sanguinarios. Apenas traspasado el espectáculo de guerra, la rada, una ensenada barnizada de plata que acogía a centenares de barcos anclados al abrigo de los vientos, y el verdor cegador de las colinas que la rodeaban. Nunca antes debió contemplar mamá, acostumbrada a sus paseos por la capital, semejante despliegue marinero. Barcos venidos de todo el mundo, centenares de banderas y estandartes que ondeaban frente a la catedral, el palacio del gobernador, el de la intendencia y las casas multicolor de un interminable laberinto de calles.

Era la Habana una ciudad encantada, perfumada de aromas exóticos, rodeada de colinas cubiertas de plataneras y palmas, y tanto ella como papá, después de tan largo viaje, deseaban saltar a tierra para pasear abrazados por sus calles. Pese a todo, necesitaron aplacar la impaciencia y rendirse al interminable protocolo de la autoridad. No fue requerido aquel barco de los consabidos tributos reclamados a los no españoles, ni de los derechos de doce reales por tonelada ni del recargo por mantenimiento del puerto ni del de los quince pesos por traducción de manifiestos, ni tampoco le fue requerido el derecho de seis y cuarto por ciento sobre los productos cargados antes de levantar su áncora y partir a nuevo destino, como le dijo papá que pagaban los barcos extranjeros que venían en busca del azúcar de su ingenio. Casi ninguno de esos tributos, que juntos todos hubiesen sumado la altísima cantidad de ochocientos pesos, fueron pagados por el barco procedente de la península. Fueron, por el contrario, invitados todos los pasajeros a presentar ante la autoridad policial los pasaportes refrendados por el cónsul español de sus ciudades de origen, y les fue reclamado el impuesto de seis pesos para que aquel fuese reemplazado por un trozo de papel con consignas locales.

Una hora más tarde, cuando hubieron desembarcado, acudió un empleado de papá que les hizo una reverencia, les arrebató de las manos el escaso equipaje que portaban y les ayudó a subir al quitrín, que ese me ha dicho es el nombre de los más hermosos y coquetos carruajes que circulan por las calles de la Habana. El cochero arreó al caballo y comenzaron a rodar por un muelle atestado de criollos curiosos y negros empleados en el puerto.

Ambos adjetivos, el de criollo y el de negro, usurpadores del nombre al que debían acompañar, me resultaron mal sonantes y me hicieron recordar la conversación que había mantenido con Airam unos días atrás. En esta ocasión no dejé pasar la oportunidad de preguntarle lo que no me atreví a

preguntar la vez anterior:

—Papá, ¿son libres los hombres que trabajan en tus tierras?»

Cuando apenas me restaban unas cuantas páginas para terminar de leer, el grito de Teresa llamándome desde la planta baja me devolvió a mi dormitorio. Cerré la carpeta y me froté los ojos para despejarlos.

Unas horas antes, Miguel había venido loco de contento a traerme la nueva entrega de cuartillas traducidas. Me dijo que Cipriano acababa de ir a visitarlo al hospicio, y que, aunque ocultaba uno de los ojos bajo un parche muy feo, se había recuperado. Añadió también que como era sábado, le pidió permiso a sor Gregoria para sacarlo de paseo e invitarlo a un vaso de leche en el quiosco de la Alameda. Allí mismo le explicó que tenía asuntos que resolver, que aquel día le sería imposible pasar más tiempo con él. Luego le entregó la carpeta con las cuartillas escritas en braille y lo mandó en mi busca. Al recibirlas, la historia me volvió a capturar y el tiempo se me había pasado volando.

Abrí la puerta del dormitorio temiendo que Miguel hubiese regresado para comunicarme alguna desgracia.

—Si es Miguel, dile que suba —vociferé caminando hacia la balaustrada.

—No es Miguel. Ven, tienes a Rosa al teléfono —respondió en un nuevo grito.

Bajé todo lo rápido que pude hasta el rincón de la entrada, donde Cañizares había colocado el aparato, y le arrebaté el auricular de las manos.

—Hola, Rosa —saludé inquieta mientras Teresa se marchaba con gesto altivo—. No esperaba tu llamada. ¿Ocurre algo?

—Nada de lo que debas preocuparte. Marcelo quiere hablar contigo. ¿Recuerdas lo que me encargaste que le dijese?

—Claro. ¿Lo ha conseguido?

—No me lo ha dicho. Solo me ha pedido que te lleve sobre las ocho al Archivo. ¿Podrás venir?

Eché una ojeada a mi espalda. Ni mamá ni Teresa estaban a la vista.

—No estoy segura, se nos echará la hora encima. El Comandante está fuera de la ciudad y no le hace gracia que ande por ahí después de la puesta de sol. Tendré que preguntarle a mamá. No te prometo nada.

Rosa pareció recapacitar.

—¿Y dices que tu padre no está en casa?

—Estará unos días de viaje.

—En ese caso, iré yo a recogerte. No prevengas a tu madre, ya se me ocurrirá algo.

Aunque su ofrecimiento no me pareció sensato, mi única alternativa

era confiar en ella. Fijó su llegada a las siete y media.

Como aún restaban tres horas, regresé arriba decidida a terminar de leer las páginas en las que Cipriano había invertido los últimos días de su convalecencia. Sin embargo, apenas avancé unos párrafos. La Habana era para mí una ciudad lejana y misteriosa, y se me fue la tarde ojeando en la biblioteca los muchos volúmenes que versaban sobre ella. Supuse que solo así alcanzaría a entender lo que Andrea vivió.

II

Rosa acudió a recogerme a la hora prevista. Corrí a abrirle la puerta y nos dimos un rápido abrazo. En su mano derecha traía un recorte doblado de algún diario. Sobre los hombros, una rebeca de hilo blanco que contrastaba con el azul marino de su vestido ceñido.

—¿Qué es eso?

—¿Está tu madre en casa? —interrogó guiñándome un ojo.

—Claro. Por ahí dentro debe andar. ¿Qué te traes entre manos?

Como tampoco quiso contestar a la nueva pregunta, la invité a pasar.

—Espéranos en el salón, iré a buscarla.

Tras plantarse en mitad del recibidor, apuntó con el dedo hacia la puerta correcta y preguntó con la mirada si era en su interior donde debía esperar. Yo afirmé mientras me alejaba escaleras arriba.

Mamá, como tiene por costumbre a semejantes horas, estaba en su habitación con los entretenimientos de hilo y dedal. Empujé la puerta entreabierta y la localicé aprovechando las últimas luces del día bajo la ventana.

—Rosa está aquí.

—Qué alegría —dijo levantando los ojos del pañuelo en que bordaba—. ¿Se quedará a cenar con nosotras?

—No. Solo pretende saludarte.

—¡Es verdad! —exclamó en voz baja—. Qué cabeza la mía. Llevo semanas sin verla y sería una descortesía no hacerlo. Dile que ahora mismo voy.

Mientras mamá se recomponía, volví abajo.

Rosa se había sentado en el taburete y acariciaba las teclas del piano con delicadeza. Vencida por la presión, alguna de ellas terminó emitiendo una nota aguda. Retiró la mano y cerró la tapa.

—¿Qué te parece? —dije a su espalda. Rosa se volvió.

—Me encanta. Mamá intentó varias veces que aprendiera. Soy negada para la música. Después de un mes de pruebas el profesor me declaró inútil total... ¿Es ella? —preguntó levantando la cara hacia el retrato.

—No. Esa es Laura, su madre.

—Es bellísima.

—Desde luego.

Los pasos de mamá bajando la escalera hicieron que se levantase del taburete.

—Rosa, qué alegría verte. Andabas muy perdida.

—Lleva razón, he estado atareada con los estudios. El curso pasado

me vi obligada a abandonar algunas asignaturas y no dejaré que este me vuelva a sorprender sin tenerlas aprendidas.

—Haces bien. ¿Y tus padres?

—Como siempre. Papá viajando todos los días con sus negocios y mamá acompañándolo o perdiendo el tiempo con las amigas mientras regresa.

—Dale recuerdos. Eso nos ocurre a todas. Tampoco Manuel aparece demasiado por casa. Se pasa los días encerrado en Capitanía, o viajando, como es el caso.

—Vaya —suspiró Rosa arrugando la nariz—, pues sí que es una pena. Papá trajo hace unos días un par de entradas para el Monumental de San Bernardo. Se las regaló uno de los armadores. —Dicho esto, sacó la mano del bolsillo y desdobló un recorte de periódico y dos entradas—. Esta noche actúa una orquesta de Blue Jazz, y por lo visto viene Budy Jakson. Es lo más en música americana. Por desgracia mis padres no podrán acudir. Papá me ha pedido que se las ofrezca, por si las quieren aprovechar. Como a usted le gusta tanto la música...

Mamá tomó las entradas y las examinó con codicia. También ella suspiró al devolvérselas.

—Dale las gracias a tu padre, ha sido muy amable. Me habría encantado asistir, pero Manuel no podría acompañarme, y no me parece correcto ir sola a un espectáculo a esas horas de la noche.

—En ese caso, me temo que las entradas se perderán. Papá me dijo que son difíciles de conseguir. En fin...

Solo entonces comprendí la trampa de Rosa. Una argucia como aquella nunca se me habría ocurrido. Aunque la miré con reproche, ella me ignoró. Pocas veces había visto en su cara pecosa semejante expresión de inocencia, como si no hubiese roto un plato en su vida.

—No sé —dudó mamá—. Es tarde.

—¿Cómo dice? —preguntó, las cejas caídas.

—Esa función comienza a las diez de la noche. Si fuese antes, quizá podríais aprovecharlas vosotras. A estas horas...

—¿Nosotras? —exclamó con una sonrisa radiante— ¿De veras lo cree?

A continuación, perdió el interés en mi madre y se concentró en mí.

—¿Te gustaría, Belinda? —preguntó simulando sentirse sorprendida por el ofrecimiento.

—Por supuesto. Pero estando fuera papá...

—Anda, tonta —dijo al fin mi madre—. Yo se lo explicaré cuando venga. Eso sí, regresaréis a casa antes de las doce de la noche. Me da igual que la función haya acabado o no. Volveréis juntas y ambas dormiréis aquí.

Rosa celebró la decisión con un par de saltitos de alegría.

—Tendré que llamar a mamá para pedirle permiso.

—Por supuesto. Belinda, acompáñala al teléfono.

No habían dado las ocho en el campanario de la iglesia cuando salimos a la calle preparadas para nuestra simulada velada musical. Mamá nos despidió desde la puerta volviéndonos a recordar la hora a la que debíamos regresar.

Doblamos por Sagasta, cruzamos Sierpes y entramos en Plaza Nueva sin apenas cruzar palabra. Mis prisas por avanzar en la historia de la familia de Conrado no eran excusa suficiente para engañar a mis padres de semejante forma.

—Aún no creo lo que acabas de hacer. ¿Cómo se te ha ocurrido usar esa mentira tan descarada? Si mis padres descubren el engaño, no me dejarán salir de casa en una buena temporada.

—No te vayas a poner ahora tiquismiquis. Eso no ha sido nada comparado con lo que tú les ocultas desde hace meses.

Su sentencia, impecable, me dejó desarmada. Decidí seguirle el juego.

—Esta mañana vino Miguel a casa. Dice que Cipriano está mejorando, que volverá a visitarlo con regularidad. Ahora sé que se trata de su sobrino.

—Pobre hombre. No podía haber otra explicación.

—Cada vez estoy más preocupada. ¿Qué será del chico si le ocurriese algo a Cipriano?

—¿Y por qué habría de ocurrirle nada?

—No eres consciente de lo que sucede en las calles. Nuestra situación es privilegiada, pero la gente pasa apuros. Sobre todo, si se trata de un proscrito del gobierno como lo es él.

—Aunque siempre me veas contenta, no te dejes engañar por las apariencias ni me trates como a una estúpida. Soy consciente del hambre y la represión por la que pasa nuestro país, sobre todo desde que conozco a Marcelo. Como te dije, también él quedó huérfano al comienzo de la guerra, con catorce años. Más o menos con los que tiene ahora Miguel. También Marcelo lo pasó mal, y lo sigue pasando. Con los cuatro libros que vende en el mercadillo y el alquiler del ático, apenas le llega para comer.

—Perdona, no pretendía ofenderte. Lo que ocurre es que a veces me siento mal por lo que nosotros tenemos y otros carecen.

—No tiene sentido reprocharse aquello para lo que no hay solución.

—Eso mismo me dijo Hugo. Pero algo habrá que podamos hacer. Si tengo oportunidad, ayudaré a Miguel.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —afirmó ella.

Los muros de la catedral fueron tomando altura frente a nosotras a la par que los graznidos de una bandada de grajillas, que debían

anidar en la cúpula de la iglesia del Sagrario, aumentaban de intensidad. Levanté la cabeza para localizarlas y dejé de atender a Rosa. Dos de ellas, disputándose una carroña que colgaba de sus picos, revolotearon sobre las cúspides.

—Es posible que yo también necesite pronto de tu ayuda —me dijo entonces.

Bajé la vista del cielo esperando que me explicase sus palabras. No me pareció que tuviese intención de hacerlo. Dobló a la izquierda por Alemanes y cruzamos frente al Patio de los Naranjos. El cochero delgaducho que nos subió a su calesa la noche en que buscamos a Cipriano no estaba por los alrededores.

—¿No piensas decirme nada más?

Rosa continuó callada. Al llegar al palacio del Arzobispado, se detuvo para ofrecerme un ceño fruncido. A nuestra espalda, la sombra del Giraldillo se proyectaba difusa sobre las altas paredes de piedra.

—Me ha dicho que aspira a pedir mi mano —susurró.

—¿Cómo dices? —pregunté sin creer lo que acababa de oír—. ¿Te refieres a Marcelo?

—¿Es que eres imbécil? ¿A qué otro podría referirme?

Apenas tuve tiempo de atender al insulto, porque se lanzó a mis brazos y rompió a llorar. Al rato, agotado el llanto, se secó la cara con rabia y continuó caminando cabizbaja.

—Apenas hace cuatro meses que os conocéis.

—Ese no es el problema. Mis padres nunca lo aceptarán como mi futuro esposo. No verán en él más que a un muerto de hambre. Los conozco bien, no es el hombre con el que han soñado para mí.

Yo sabía que llevaba razón. Terminada la guerra, su familia había acaparado gran parte de los negocios portuarios y era una de las más prósperas de la ciudad. No veía forma de que Marcelo encajase en ella.

—¿Y qué le has contestado?

—No lo he hecho. Le he dicho que aún es pronto, que debo pensarlo —dijo metiendo los brazos en las mangas de la rebeca.

—¿Y tú estás segura?

—Lo estoy —afirmó—. No he conocido a nadie como él. Mi padre está equivocado si pretende colocarme con uno de esos estúpidos niños de papá a los que mamá me presenta. —Cruzamos la calle y continuó hablando reflexiva—. Tiene gracia. Me está ocurriendo lo mismo que le ocurrió a la mujer que tenéis colgada en el salón.

—Sí, también yo lo he pensado. Ella estuvo en tu misma situación y ya sabes cómo lo resolvió. Fue una mujer valiente.

Arrepentida de haber formulado en voz alta la comparación, la retuve con fuerza agarrándola por el codo.

—Prométeme que no harás una locura —le ordené.

—No sé lo que haré —afirmó—, pero te prometo que mis padres lo tendrán que aceptar de una forma o de otra.

Sus palabras, lejos de tranquilizarme, confirmaron mis peores temores. Conocía su arrojo y tuve la seguridad de que sería capaz de cualquier cosa. En todo caso, no me dio tiempo de añadir nada más. El Archivo de Indias estaba frente a nosotras y Rosa no tenía intención de retrasarse.

Buscamos la puerta lateral por la que habíamos entrado la primera vez y la aporreamos con los nudillos. En esta ocasión no acudió a abrirnos el hombrecillo de orejas grandes. Debía estar atareado con sus quehaceres, y dejó que fuese el propio Marcelo quien se encargase de hacerlo.

—Me alegro de verte —dijo llevándose mi mano a los labios en un gesto que me pareció demasiado cortés para la ocasión.

Las últimas palabras que crucé con él en casa de Rosa seguían dando vueltas en mi cabeza, y me sentí avergonzada. Dejándome besar la mano, le correspondí con una sonrisa insegura.

—¿No está Emeterio? —quiso saber Rosa.

—Emeterio no abandonaría su feudo aunque este fuese consumido por el fuego.

El tono comedido de sus palabras nos hizo saber que el hombrecillo no debía andar lejos. Cerró la puerta por dentro, nos dio la espalda y echó a andar. La penumbra que reinaba en los pasillos y el contraste de sus frías paredes con el bochorno de fuera me provocaron un leve estremecimiento, aligeré el paso y me apreté contra Rosa. Ella me susurró algo cariñoso que no logré entender. Marcelo se volvió con uno de sus dedos en los labios. Descendimos la escalera en silencio y nos detuvimos en la oscuridad de abajo. Él encendió su linterna.

—¿No sería mejor usar la luz eléctrica?

—Solo en casos extraordinarios. Recuerda que estás en el archivo que contiene todos los documentos de la conquista de América. Si alguien descubre que Emeterio permite la entrada a una panda de indocumentados como nosotros, dalo por muerto.

—Ahora te las vas a dar de interesante —le reprochó mi amiga—. Solo se trata de un montón de papeles carcomidos que se deshacen en las manos.

Marcelo suspiró impotente y nos volvió a dar la espalda.

Al final del último pasillo, abrió una puerta y encendió la lamparita del estudio. Tal como la primera vez que estuvimos en él, los legajos cubrían la mesa y el banco de madera.

—Sentíos en vuestra casa —dijo burlón.

Aunque me seguía sintiendo incómoda en su presencia, estaba impaciente. No fui capaz de contener mi curiosidad.

—¿Lo has encontrado?

Marcelo despejó un trozo del banco para hacernos sitio.

—Siento decirte que no me ha sido posible.

Aquella no era la respuesta que esperaba. Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría. Era cierto que cuando se me pasó por la cabeza que el título de propiedad de las haciendas de Conrado podría estar escondido en alguna de las estanterías del archivo, me pareció una idea descabellada. Pero al compartirla con Rosa, esta me infundió esperanzas. La llamada de Marcelo acrecentó mi excitación y, por un momento, pensé que había reclamado mi presencia para tomarme el pelo y vengarse de mis reproches.

—Sin embargo, he encontrado otro documento que quizá te pueda interesar —continuó diciendo—. Si me esperáis aquí sentaditas, os lo traeré.

Rosa, que ojeaba uno de los amarillentos papeles de la mesa, nos miró de reojo. A todas luces pretendía que nos reconciliásemos.

—Llévatela —propuso—. Belinda no aguantará aquí sentada hasta que vuelvas.

Marcelo encendió una vez más la linterna y salió al pasillo.

—Adelante, pues.

Concentrada en el círculo que el foco proyectaba sobre el suelo, seguí sus pasos sin rechistar, internándonos cada vez más entre las galerías que recorren los sótanos del archivo, oyendo el eco claustrofóbico de nuestro caminar, esquivando en alguna que otra esquina las trampas para ratones cebadas con queso. La ocurrencia que Marcelo tuvo en nuestra anterior visita parecía haber surtido en el bibliotecario un efecto no deseado. En cualquier caso, no me atreví a abrir la boca. En cambio, sí me atreví a pensar que debían ser aquellas profundidades muy a propósito para juegos amorosos como los que Rosa y él habrían compartido más de una vez. Mi respiración agitada lo debió confundir.

—No te impacientes, ya estamos llegando.

En el último requiebro, alumbró hacia el hueco en que en algún momento debió existir una puerta y se detuvo. La amplia sala que apareció ante nosotros debía tener no menos de seiscientos metros cuadrados. Las estanterías que nacían en el suelo y morían en el techo le daban el aspecto de una inmensa colmena, con la única diferencia de que esta no estaba conformada con celdillas hexagonales rellenas de miel, sino con cientos y cientos de carpetas atiborradas de documentos antiguos y atadas en sus cantos con profusas cintas escarlatas.

—Es fascinante —exclamé con la boca abierta.

—Sí que lo es —dijo él, bajando el brazo y devolviendo por unos instantes la penumbra a la sala—. Nunca dejo de impresionarme. ¿Conoces su historia?

La intimidad que transmitía aquel lugar y la falta de luz hicieron que sus palabras me pareciesen más sinceras que cualquier otra que le hubiera escuchado, y consiguieron desarmar mis reservas.

—Mentiría si te dijese que sí.

—Cuando Colón llegó a América por primera vez, pensó que había abierto una nueva ruta marítima hacia las Indias. Pero los exploradores pronto se percataron de que acababan de descubrir un nuevo mundo, que aquel al que habían llegado no estaba conectado con ningún otro. Cien años después, la exploración y conquista de aquel dominó la vida de España, y todo el comercio se concentró en la ciudad de Sevilla. Desde un principio los comerciantes eligieron los aledaños de la catedral para cerrar sus negocios, pero el asunto se fue complicando y terminaron ocupando gran parte del templo. Ante las quejas del cabildo, mandaron construir una sede para la lonja. Esa sede es en la que nos hallamos ahora.

—Vaya, pues no lo parece.

—No. A finales del XVIII, Carlos III la transformó en archivo con la intención de centralizar en un mismo lugar todos los documentos de la administración de sus colonias. Más de cuarenta mil legajos y ochenta millones de páginas.

—¿Y cómo has podido encontrar en este océano un documento que pueda ser de mi interés? —murmuré abrumada.

Halagado por mis palabras, me pareció que Marcelo me dedicaba una sonrisa y volvió a enfocar las profundidades de la sala.

—No he sido yo. Ha sido Emeterio. Sin su ayuda jamás lo habría logrado. Puede que no sea un hombre demasiado apuesto, pero no hay otro en el mundo que conozca mejor que él los tesoros que ocultan estas galerías, ni nadie que tenga más contactos con el resto de los archivos históricos del país. Nunca se debe juzgar a la gente por su apariencia.

Supe que aquellas palabras no iban dedicadas a Emeterio, sino a mí. Avancé unos pasos y me coloqué frente a él.

—¿Sabrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar. Rosa es tu mejor amiga y te preocupas por ella. Pero puedo asegurarte que jamás le haré daño.

Sus palabras me conmovieron. Sin encontrar otra forma de resarcir mi culpa, me acerqué y le planté un beso en la mejilla.

—A ver —dije dando el tema por zanjado—, ¿qué has encontrado?

Marcelo buscó la escalerilla apoyada en la pared del fondo y la aproximó a una estantería, subió un par de peldaños y sacó un legajo pesado. Colocándolo sobre el suelo, me alargó la linterna.

—Creo recordar que andaba por aquí —dijo concentrado en los nudos. Lo abrió por la mitad y repasó entre las hojas cuidando de no deteriorarlas.

—Es este —afirmó al rato satisfecho. Se levantó del suelo, me lo ofreció y agarró la linterna para alumbrarme.

—Léelo.

Al tacto noté como el papel se resquebrajaba entre mis dedos. Lo sostuve con mayor cuidado a la altura de los ojos y pretendí descifrar la enrevesada caligrafía que lo emborronaba de negro:

Habana, Secular, Año 1881
Expedientes de licencias de embarque

1. *Uno de Nicolás Pica y Galván, de estado soltero, natural de la ciudad de*
   Palos de la Frontera, en Huelva, solicitando licencia para trasladarse a Puerto Rico, desde donde le llama un hermano para los funerales de su muger.
1. *Otro de José Benito González, moreno libre, vecino de la Habana, que*
   solicita licencia para ir a Cádiz a diligencias propias y volver en tres meses a la isla».

—¿Qué es esto? —pregunté intrigada.

—Dale la vuelta y sigue leyendo.

Sin comprender, volví la página y lo obedecí:

1. *Otro de Juan Agustín de Pineda, de estado casado, que vino en compañía*
   de un paysano en busca de un comerciante conocido que lo llamó, y que solicita licencia para volver a la península.
1. *Otro de Conrado Ferrer Salazar vecino de la isla, que solicita licencia para*
   embarcarse hacia la península en compañía de Thomas Baquer para revisar sus negocios y regresar a la Habana…

Al leer aquel apellido con manos temblorosas, fui consciente por primera vez de que la sangre de Andrea no es la única que corre por mis venas, sino que si mi nombre completo es Belinda Pedraza Ferrer, también corre por ellas la del propio Conrado.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

Tardé un rato en procesar sus palabras.

—No hay duda de que se trata del mismo Conrado.

—Eso ya lo sé. Hace tiempo que conozco tus apellidos. Pero hay algo más, algo que Rosa me dijo que andabas buscando.

Incapaz de razonar, mis ojos vagaron entre el papel que seguía sosteniendo en las manos temblorosas y la cara de Marcelo.

—¿Qué intentas decir?

—No es el nombre de Conrado el interesante, sino el otro. El del inglés.

—¿El del inglés? ¿Por qué motivo?

—¿Cuándo crees que Andrea comenzó a tomar sus clases de escritura?

—No sabría decirte... A los ocho, nueve quizá.

—¿Y qué año sería por entonces?

—Por lo que he podido leer hasta ahora en el diario, calculo que 1880.

Marcelo volvió a enfocar el documento para que reparase en el año en que estaba fechado: 1881. ¿Podría ser aquel tal Thomas Baquer el maestro que Conrado buscó para su hija?

—¡Claro! —exclamé excitada—. Andrea hablaba en las primeras páginas de un tal Tam. ¿Sería ese apelativo un diminutivo de Thomas?

—No es seguro, pero sí posible, ¿no te parece? Incluso me atrevería a decir que bastante probable —añadió él.

Aquel hallazgo podría serme de gran utilidad. Cipriano llevaba tiempo tras la pista del profesor de Andrea, pero no había tenido ningún éxito. Conociendo su verdadero nombre, sería más fácil saber qué fue de él, y con ello, tal vez también de Andrea. Tenía que encontrar a Cipriano y hablarle de nuestro descubrimiento.

III

Rozando la medianoche, Marcelo se despidió de nosotras en la plaza del Salvador. El calor del día había remitido y la brisa húmeda que subía del Guadalquivir invitaba a pasear por las calles de la ciudad, apenas iluminadas por sus pálidas farolas. Pero habiendo prometido que estaríamos de vuelta antes de las doce, hubimos de resignarnos a regresar a casa de inmediato.

Mi madre, que por supuesto nos esperaba despierta, nos abrió la puerta.

—Empezaba a preocuparme —dijo con voz soñolienta—. ¿Qué os ha parecido la actuación?

—¿Qué actuación? —pregunté con ingenuidad. Por suerte, Rosa reaccionó a tiempo y me sacó del aprieto.

—¡Budy Jakson ha estado soberbio! Nunca pensé que una combinación de blues y de jazz pudiera resultar tan deliciosa. Ha sido una pena que Manuel no haya estado aquí para acompañarla.

—Sí. Pero no me pesa. Así habéis podido disfrutarlo vosotras. Me temo que a mi marido le habría resultado una música demasiado moderna. ¿Ha acudido mucho público?

—El Monumental estaba a rebosar, no cabía ni un alfiler.

Mamá nos contempló con expresión complaciente y terminó de cerrar la puerta.

—Hemos dejado algo de cena en la cocina. Yo voy a retirarme, no aguanto más. La habitación de invitados está lista. Hasta mañana.

Le devolvimos las buenas noches y nos perdimos hacia la cocina. Teresa había preparado una fuentecita de pisto y un cazo de arroz en blanco. Apenas tardamos diez minutos en dar buena cuenta de ambos. Luego buscamos un tarro de miel y dejamos pasar el tiempo a la espera de que mi madre se sumiese en un profundo sueño. Nuestra intención era compartir mi dormitorio y pasar un rato despiertas, y preferimos que nuestra charla no la molestase. Media hora después, nos tumbábamos sobre las sábanas con los pijamas puestos.

—Gracias por dejarme a solas con él —dije apoyada en el respaldo, con las rodillas abrazadas—. Necesitaba disculparme. He de reconocer que estaba equivocada. Es un chico estupendo. No debes dejarlo escapar.

—Ya te lo dije.

—Y conoce los laberintos del archivo como nadie —añadí ensayando una mueca maliciosa.

Rosa me guiñó un ojo con picardía.

—Eso te lo puedo asegurar.

Ambas rompimos a reír.

Nos estiramos a todo lo largo en la cama y colocamos las manos entre nuestras cabezas y la almohada. En las maderas negras que conforman el artesonado del techo, distrajimos nuestra imaginación durante varios minutos.

—Te advertí que no echarías de menos Puente Alto.

Me volví hacia mi izquierda y contemplé la infinidad de lunaritos que cubrían su rostro, su cuello esbelto, el inicio de sus senos que, desbordados en un pijama demasiado grande y mal abrochado, dejaban poco lugar para la imaginación. Una vez más, fui consciente de que yo nunca llegaré a estar a la altura de su atractivo.

—Aunque no lo creas, sí que lo hago —dije—. Con nuestra partida dejamos atrás demasiados recuerdos. Sobre todo, los de mi hermano Daniel. La mayoría de los que conservo de él siguen allí.

Rosa volvió a contemplar las molduras poligonales y los adornos dorados que velaban nuestro reposo a más de dos metros de altura.

—¿Qué te parecería si regresásemos un día de estos a bañarnos al río?

—Ya me gustaría, pero el Comandante está demasiado ocupado. El nuevo teniente general los tiene revolucionados. No hay día que no esté de servicio fuera de Sevilla o que llegue a casa a las tantas.

—No estaba pensando en él. ¿No me dijiste que Hugo tiene un Topolino?

—Ese coche no es suyo, es de Capitanía.

—¿Qué más da? Si lo usó una vez contigo, seguro que podría hacerlo otra vez. Pídeselo. Iremos los cuatro y nos daremos un chapuzón, tal como hicimos la última vez.

—Quizá lleves razón —respondí animada—. Necesito comprobar algo allí. Podría ser una estupenda oportunidad.

—¿De qué se trata? Si es que se puede saber.

—No importa. Son cosas mías... ¿Te he dicho que Cipriano está mejorando y ha conseguido transcribir un montón de páginas más?

—¿Y qué has descubierto?

—Me quedan unas cuantas por leer, estaba en ello cuando me llamaste. Me sigue costando gran esfuerzo interpretar el braille.

—Hagámoslo ahora.

Eché una ojeada al despertador de la mesilla. La una de la madrugada.

—¿Estás segura?

—Adelante. Tú lo deseas tanto como yo —afirmó sin dudar de mi predisposición.

Busqué en el cajón en que guardaba los papeles de Cipriano y regresé con ellos a la cama. Pero no me apetecía releer, y preferí resumirle lo que yo ya sabía, que Andrea estaba aprovechando la

madrugada para escribir la historia que su padre le contó un par de días atrás en la intimidad del camarote, la visita que Laura y él hicieron a Las Yeseras y su viaje en barco, del que, quizá por la mansedad con que el mar los trató, Andrea apenas escribió nada. Le dije también que lo que más impresionó a Laura al entrar en la bahía de la Habana fueron los castillos del Morro y de la Punta, y los cientos de cañones que les apuntaban desde sus troneras. «Papá habla a veces de esa ciudad —me dijo Rosa absorta en el relato—. La mayor parte del tabaco que llega al puerto de Sevilla proviene de Cuba, incluso más de una vez él mismo ha viajado hasta allí con algún armador. Pero nunca le he oído hablar de castillos. ¿Para qué construiría una ciudad tabaquera semejantes defensas?». Recordando lo que había leído aquella misma tarde en la biblioteca, le expliqué que en nuestra época los baluartes del Morro y de la Punta no sirven ya de nada, pero que la Gran Antilla, por su estratégica posición en el Caribe, fue durante siglos la avanzada defensiva del imperio español en América, y que los barcos cargados de oro y plata provenientes de otras colonias se reunían en su bahía antes de partir para la península, lugar desde el que se lanzaban a su larga travesía escoltados por barcos de guerra que los protegían de corsarios y piratas.

Tras la breve explicación, Rosa se dio por satisfecha y continué relatando lo que había leído, que Andrea se sintió molesta con los términos con que su padre se refería a los habitantes de la isla, y que le preguntó si sus trabajadores eran libres, algo que llevaba tiempo deseando saber. Como mi lectura se había interrumpido en aquel punto, apoyé la espalda en el respaldo de la cama, coloqué las cuartillas taladradas sobre mi regazo y posé las yemas de los dedos sobre ellas. Aunque yo no era capaz de leer con las manos, me gustaba imaginar que podía hacerlo tal como lo hacía Andrea.

«…Después de una larga pausa, me ha asegurado que todos lo son, que desde que la esclavitud fue abolida, son libres todos los hombres y mujeres que trabajan con él. Pero también me ha dicho que no siempre lo fueron. Cuando en 1960 llegó a Puerto Rico, solo los esclavos y los blancos más pobres trabajaban la tierra. Él mismo fue uno de ellos. Habiendo perdido en alta mar las pocas pertenencias que llevaba consigo, y sin otra posibilidad para sobrevivir en una tierra extraña, consumió más de cuatro años trabajando codo a codo con aquellos hombres. Por el contrario, apenas gastó unos días en comprender la enorme diferencia social existente entre unos y otros. La amplia escala que clasificaba a las gentes de la isla no solo se basaba en el ser libre o esclavo, sino que su vara de medir atendía sobre todo al tono de la piel. Así supe que, partiendo del negro, de ese color en que dicen que vivimos los ciegos, se empezaba a ascender por una lista casi interminable de calificativos: morenos, negros emancipados,

indios aborígenes, zambos, nombre este que al parecer se les daba a los descendientes de negros e indios, mulatos, hijos de hombres blancos y mujeres negras o, más raramente y mucho peor vistos, de madres blancas y padres negros, mestizos, que no eran otra cosa que hijos de españoles e indios y, justo antes de llegar a los blancos, al color en que viven los videntes, los llamados pardos, mezcla esta última indefinida por la cantidad de cruces de razas y culturas que corrían por sus venas. Ante semejante despliegue étnico, no tuve más remedio que sentirme indignada, y estuve segura de que fue lo mismo que sintió mamá al llegar a la isla. Con todo, no quise enfrentarme a la explicación de papá. No soy yo quién para juzgar la conducta de un hombre del que ahora comprendo que conozco tan poco.

Serían más de las dos de la madrugada cuando me contó esto que acabo de escribir, pero insistí en que finalizase su historia antes de regresar a mi camarote. Quizá él volviera a sumergirse en sus libros de cuentas y no tuviese otra oportunidad de saber cómo fueron aquellos primeros días que ambos pasaron juntos en la isla. Comprobando que no se libraría de mí, abrió una de las ventanas. Mientras la brisa del mar, cargada de olores a sal y pescado, me acariciaba la cara, rebuscó entre las estanterías hasta dar con una botella, la colocó con un golpe seco sobre la mesa y la descorchó. Un dulcísimo y penetrante aroma a azúcar y madera se acomodó junto a nosotros.

—¿Has probado alguna vez el ron? —preguntó.

—Nunca. Pero acabo de descubrir que ha sido un error.

El ruido del licor rellenando el fondo de los vasos me inundó la boca de saliva.

—Pruébalo. Está hecho a partir de la fermentación de la caña de azúcar.

Me bastó un mínimo sorbo para saber qué era el licor más fuerte que había probado jamás.

—¿Lo elaboras tú?

—Apenas unas botellas para uso personal, un pequeño capricho. Lo mío es el ingenio y la exportación de azúcar.

—¿Por qué nunca me hablas de los negocios a los que te dedicas?

—Esa pregunta deberías hacérsela a mamá.

—Te lo pregunto a ti.

—Ella nunca permitió que te mezclara en mis asuntos. Cuando la traje a Cuba, lo hice con la intención de formar una familia. Pero mamá no entendió esta tierra y dos años después terminó por regresar a Sevilla. No quiso que nacieses en Cuba. Y me supuso gran esfuerzo convencerla de que me acompañases en este viaje. Dice que tú tampoco la comprenderás, que me arrepentiré de habértela mostrado.

—Ajá. No me has traído para recoger regalo alguno, sino para mostrarme la isla.

—En eso te equivocas. Cuba en sí misma es mi regalo, una isla cuya belleza no se alcanza a comprender sin haberla visitado. Ese es el motivo por el que he querido que por una vez me acompañases. Cuando era joven, acostumbrado a trabajar de día y de noche los eriales que cubrían Las Yeseras, sin sacar de ello más que hambre y miseria, pensé que el mundo acababa poco más allá de sus lindes. Luego llegué a las Antillas y supe que estaba en un error. Soy consciente de que nunca podrás contemplar las aguas cristalinas que las bañan, el color esmeralda de sus playas, el nácar y los corales transformados en la finísima arena blanca que cubre las costas, que no percibirás el verdor de sus bosques tropicales... Pero estoy seguro de que sabrás captar su belleza de formas diferentes, de maneras que yo nunca llegaré a comprender, y que no escaparás a su encanto como yo tampoco escapé.

Aquellas palabras sentidas que no eran usuales en su carácter me conmovieron. Tomé un trago más largo de ron y lo saboreé mientras pensaba en ellas.

Él me imitó.

Ahora, taladrando sus confesiones en el diario, me arrepiento de haberme enfadado en el almuerzo. Quizá mañana lo busque y me disculpe. O mucho me equivoco, o terminará ayudando a Airam.

——Me alegro de haber venido. Lo que no acabo de comprender es por qué has insistido tanto en esta ocasión para que te acompañe —le seguí preguntando con la copa medio vacía.

—Es ahora o nunca —explicó—. La situación política de la colonia está cambiando deprisa. A pesar de las grandes diferencias sociales que la gobiernan, la mayoría de los nacidos aquí, esos que se hacen llamar criollos, ya sean negros, morenos, zambos, mulatos, mestizos o blancos, jamás han estado en la península, y lo único que saben de los españoles es que los han esclavizado y explotado desde que Colón puso los pies en las aguas del caribe. Nada se dice de la prosperidad que trajeron en sus barcos de vela cuando arriesgaron la vida a través de los confines del mundo, ni de que la práctica totalidad de los que pueblan estas tierras son descendientes de españoles, que ellos mismos no habrían nacido a no ser por su llegada, ni de que la sangre española corre por sus venas. Atendiendo a la verdad, solo los indios originarios tendrían el derecho a pensar de esa manera. Pero sostienen que fue a ellos a quienes se les robó la identidad, y que necesitan recuperarla. Ese es el motivo por el que he encontrado prudente no demorar más este viaje. Algún día el ingenio que poseo dejará de ser mío, y no permitiré que ocurra sin haberte llevado a visitarlo. Por una vez en la vida me he negado a seguir el consejo de mi esposa. Ojalá no me arrepienta, sin tu presencia se encontrará más desvalida que nunca.

Aquellas palabras me hicieron comprender la soledad que mi padre se ha visto obligado a sobrellevar en estas tierras lejanas. Una honda tristeza

se apoderó de mí.

—No debes pensar tal cosa. Como tú mismo me dijiste, está bien atendida. Seguro que se encontrará mejor a nuestro regreso.

—No piensa así su médico. Pero te prometo que no me quedaré de brazos cruzados mientras la veo morir —murmuró apenas sin voz—. Tengo algo reservado para ella.

Aunque no comprendí a qué se refería, lo dejé estar. Ambos acabaríamos a lágrima tendida si seguíamos hablando de mamá. Con un último trago, que a punto estuvo de abrasarme la garganta, terminé el ron y palpé las manecillas de mi reloj.

—Es tarde —dije—. Cuéntame lo que ocurrió después.

Pese a mi curiosidad, el ron y las altas horas empezaron a ganarnos la partida y apenas me narró algunos detalles más sobre sus primeros días con mamá en la Habana. Espero acordarme de todos. Mañana necesito encontrar a Airam antes de que desembarquemos y no permitiré que me venza el sueño sin haber acabado.

Con su copa vacía, me explicó que el cochero tardó un rato en sacarlos del puerto. No era su quitrín el único que maniobraba entre la gente, ni eran los pasajeros de la fragata española los únicos que desembarcaron aquella mañana en el muelle de Caballería. Una vez que lograron cruzar el tremendo alboroto, recorrieron a galope la calle San Pedro. Tras el umbral de las casas, todas de puertas abiertas, se vislumbraban los patios interiores donde las familias pasaban gran parte del día y de la noche, como si se tratase de inmensos panales de avispas ruidosas que viviesen al aire libre. Grandes ventanales defendidos por rejas de hierro cubrían las fachadas, y era allí, según le contó papá a mi madre, donde los enamorados tenían sus encuentros, asomadas ellas desde dentro y apretados ellos del lado de fuera, esperando un descuido de las carceleras para transformar sus labios en azúcar. Enfilando la Avenida de Paula, las aceras se llenaron de transeúntes blancos y negros, indios de color aceitunado, criollos vestidos con sus ligeros trajes, mexicanos y europeos. Recorrido otro corto kilómetro, el cochero, al que mamá no le quitaba ojo a causa de su piel tan negra como el carbón, montado con elegancia sobre la silla del caballo, adornada la chaqueta con galones de colores, con un sombrero ancho sobre la cabeza y botines que le subían por encima del tobillo, dejando allí al descubierto el ébano de su piel, volvió el quitrín y se internó por las vías más angostas de la ciudad.

Era la calle Inquisidor una de ellas, invadida de mulas que avanzaban a pasos lentos, con las orejas aplastadas y el cuerpo sepultado bajo los troncos verdes de la maloja, que es como llaman allí al maíz, de pesados carretones cargados de sacos de arpillera y tirados por bueyes gigantescos, y entre unas y otros, los quitrines y las volantas que transportaban a mujeres vestidas con tules blancos y abanicos en la mano. Cambió el panorama al entrar en la plaza Vieja. Tenía aquella, que en su origen fue

llamada la Nueva, una caudalosa fuente central que surtía de agua a gran parte de los habaneros. A su alrededor, decenas de barracones de maderas grisáceas se alineaban formando las callecitas desiguales de un mercado popular. Apenas las pisaron, el carruaje quedó envarado en un mar de mulas y bueyes, perros y chiquillos, mujeres vestidas de blanco y hombres de torso desnudo. Papá saltó al suelo y la ayudó a bajar.

—Aquella de enfrente es tu casa —le dijo mientras el quitrín se alejaba buscando un lugar en que descargar las maletas.

La luz de la plaza Vieja y la alegría que irradiaba de las gentes allí congregadas habían dejado maravillada a mamá, que necesitó unos minutos para reponerse y mirar hacia donde señalaba él. Fue consciente entonces de que la fuente central y las calles del mercado estaban rodeadas de edificios señoriales por sus cuatro costados, con imponentes balconadas de madera y soportales construidos con columnas de mármol y arcos de medio punto. Sin saber qué responder, lo tomó de la mano y se perdieron entre la gente.

A un lado y a otro, sobre improvisados puestecillos a ras de suelo, un arcoíris de frutas desconocidas en la península: el mamey, la guanábana, la guayaba, la piña, la chirimoya, el tamarindo. Frutas todas cuyos colores chillones papá me ha dicho con tristeza que no sabré reconocer, pero cuyos sabores jamás podré olvidar. Estoy deseando llegar allí.

Cayendo la noche, cuando hubieron deshecho el equipaje, volvieron a salir a la calle. Al día siguiente partirían para el ingenio y no desaprovecharon la oportunidad. Por entonces el mercado había decaído. Apenas quedaban alumbrados unos cuantos puestos de artesanos y sombrereros, pero la vida nocturna empezaba a despertar. Los empleados, ataviados con pantalón blanco y sombreros de panamá o de jipijapa, trenzados con finísimas tiras amarillas de palma, salían a esas horas a ver a sus novias a través de los enrejados de las fachadas, y los mayoristas aprovechaban la fresca de la noche para cerrar sus negocios en los almacenes, abiertos todos hasta la madrugada. Como dos enamorados, se dirigieron a la plaza de Armas, donde escucharon el concierto que dio la orquesta militar y tomaron un sorbete de fruta en los cafés que la rodeaban. No quiso mamá acudir a las peleas de gallos que tan famosas eran en la isla, y retornaron temprano con intención de descansar para el viaje.

Hasta aquí llegan mis recuerdos, porque en este punto de su relato mis párpados se cerraban sin control y no tuve más remedio que reconocerlo. Después de prometerme que al día siguiente me contaría cómo se casaron, me acompañó al camarote y se despidió con un beso. De eso hace tres días y aún no lo ha hecho. Papá no ha vuelto a contarme nada más. Cierto es que, con mis enfados y las horas que llevo escribiendo sin parar, no le estoy dando demasiadas oportunidades. Si el viejo capitán está en lo cierto, mañana por la tarde alcanzaremos las costas de Cuba y no quiero dejar

sin escribir nada de lo que me ha contado en este viaje. Aun así, debo encontrar tiempo para hablar con él. Su preocupación por la enfermedad de mamá me ha dado en qué pensar. No dejo de especular sobre sus extrañas palabras. ¿Qué podría tener reservado para ella? La forma en que lo dijo no me gustó en absoluto. Sin falta, mañana iré en su busca y nos reconciliaremos».

Agotada por la lectura, levanté los ojos del papel. Descubrí así que hacía rato que Rosa se había sentado en el borde de la cama y me miraba sorprendida.

—¿Y dices que te sigue costando? Es imposible que hayas aprendido a leer ese montón de agujeros con tal pericia —aseguró admirada por mi soltura con el braille.

—El mérito es de Miguel.

Rosa apenas reparó en mis palabras.

—Ahora entiendo tu obsesión. Tanto Andrea como Laura debieron ser dos mujeres fabulosas. Necesitamos saber qué les ocurrió.

—¿Y qué me dices de Conrado?

—De Conrado... Que no me fio de él.

Su punto de vista me dejó descolocada. Por lo que había leído, Conrado era un hombre fuerte que consiguió sobreponerse a la adversidad, y cuyo amor hacia su esposa y su hija era incuestionable. Por una vez, mi amiga se equivocaba. Sin darle crédito, volví a colocar las cuartillas en la carpeta y la guardé en el cajón.

Aunque las manecillas del despertador marcaban las tres y cuarto de la madrugada, seguíamos sin ganas de dormir. Entonces recordé mi vieja obsesión. Posé los pies descalzos en el suelo y me acerqué a la ventana. Abajo, la vidriera jugaba con los reflejos de la luna. Arriba, constelaciones enteras se disputaban los cielos.

—Sé dónde está —dije en un susurro.

Rosa, que se desperezaba en la cama, recapacitó sobre mis palabras y me regaló una sonrisa ingenua.

—¿A qué te refieres?

—Apaga esa luz y ven aquí —continué diciendo con los ojos clavados en la noche.

Después de una breve reflexión, me obedeció. Se incorporó, giró el interruptor de la pared y se acercó a mí en total oscuridad. Durante unos minutos ambas nos concentramos en las sombras del jardín.

—Me estás asustando —dijo a media voz.

—Coge tus zapatillas, pero no enciendas la luz. Deseo enseñarte algo.

Al principio Rosa se tomó a broma mis palabras. Luego, cuando reparó en la seriedad de mi cara, dejó de sonreír y se limitó a observarme mientras yo rebuscaba en los cajones. Abrimos la puerta

del dormitorio con cuidado de no despertar a mamá o a Teresa, recorrimos el pasillo descalzas y comenzamos a bajar la escalera. A medio camino me detuve y escuché. Tras cerciorarme de la ausencia de ruidos sospechosos en los sótanos, continuamos bajando hasta llegar al último peldaño. Me volví a detener y rocé la cabeza de león que remata el pasamanos.

—¿Qué ocurre? —balbuceó Rosa.

—Calla y sígueme.

Recorrimos el pasillo que lleva al jardín y oteé el exterior a través de los cristales: el resplandor del cielo estrellado y las hojas de la palmera batiéndose contra enemigos invisibles. Pese al cuidado con que giré la manivela, un chirrido agudo rompió el silencio. Estuve segura de que Teresa había despertado. Pero la casa siguió en la más absoluta quietud.

—Ponte las zapatillas.

—¿A dónde me llevas?

Crucé un dedo sobre mis labios y le ordené una vez más que guardara silencio. Ella se encogió de hombros sonriendo por lo bajo, como si jugáramos al escondite y alguien estuviese a punto de descubrirnos. Aunque era mitad de julio, el frío de la noche nos envolvió al salir. Saqué del bolsillo una vela y una caja de cerillas y encendí el pábilo. Con la vela en una mano, protegiendo la llama con la otra, me volví a la derecha y comencé a caminar hacia la enredadera. Cuando la tapia sur nos cerró el paso, giré a la izquierda para dejar la casa a nuestra espalda. Unos metros más allá, cuando creí llegar al lugar en que oí por primera vez aquella voz que me llamaba, me volví hacia Rosa. Soplé la llama y esperé. Ella se abrazó el cuerpo, tal vez más intimidada por la penumbra que por el relente que calaba los huesos.

—Cierra los ojos y escucha con atención.

—¿Qué pretendes?

—Haz lo que te digo y calla.

Comprobé que los había cerrado y la imité.

En un principio, solo oscuridad. Luego, poco a poco, las hojas de la palmera agitadas por el viento, dos grillos batallando entre chirridos, ninguna voz susurrante. Defraudada, los abrí y busqué a mi amiga. El resplandor de la luna se reflejaba en sus ojos. Volví a encender la vela y se la pasé para cruzar al otro lado del arriate. Mientras buscaba en mi bolsillo unas tijeras, aparté las hojas con los pies descalzos y me agaché. Un par de minutos después, cuando hube limpiado el borde de la losa, volví a levantarme y le arrebaté la vela de la mano para alumbrar.

—¿Qué es eso?

La contemplé sin responder.

Las sospechas que por entonces le había contado y aquella hendidura circular en el suelo le fueron suficientes. Me encaró mientras su cabeza hacía las conexiones necesarias y terminó boquiabierta:

—Eso no es posible —musitó.

IV

La muerte de Sultán supuso para Cipriano una auténtica tragedia. El día en que lo visité en la casa de citas de Flora, me pareció que el animal estaba bastante malherido, pero nunca pensé que las secuelas se cobrarían su vida. Miguel, que tardó tres semanas en acudir con la noticia, me entregó el ejemplar de la Isla Misteriosa perdido semanas atrás, subió la escalera con el rostro abatido y entró en la biblioteca.

Cerré la puerta de la calle y lo seguí.

—No vendré más a darte tus clases. La de hoy será la última —me dijo sin pestañear, sentado en una de las sillas, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Acerqué otra y me senté a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—Tú ya sabes leer —soltó enfadado—. No me necesitas.

Sus ojos se escondían bajo un ceño contraído. Alargué la mano y coloqué la novela frente a nosotros.

—¿Qué ha ocurrido?

Miguel no abrió la boca.

—¿Te has peleado con el veinticuatro?

Las dos cejas, que antes dejaban ver una delgadísima franja sonrosada entre ellas, cerraron filas y se convirtieron en una. Esta vez le di más tiempo para que respondiese a mi pregunta. Debió tardar más de un minuto.

—Le he roto la nariz.

—¡Por Dios, Miguel! Te advertí que no te pelearas por esa nimiedad. ¿Acaso crees que alguien lo echaría en falta? —dije recorriendo con el brazo extendido las paredes forradas de libros que nos rodeaban.

—Ese libro era prestado y te lo tenía que devolver.

—Sabes que cuando lo descubra sor Gregoria te castigará por lo que has hecho.

—No me importa. Ese culopollo no se lo iba a quedar.

Con un suspiro de impotencia, señalé hacia la escalerilla y le dije que lo volviese a colocar en su sitio. Miguel se dirigió al rincón con los brazos caídos y la arrastró a lo largo del raíl hasta que estuvo en mitad de la estantería, subió y lo colocó entre los otros.

—Anda. Ven aquí y cuéntame qué ha ocurrido con Sultán.

—Te lo he dicho —sentenció al sentarse—, se ha muerto.

—¿Lo sabes por Cipriano?

—Si. Hacía muchos días que no venía al hospicio. Vino muy triste. Se lo llevó a un amigo suyo que antes era pastor y sabía de animales, pero se le murió en las manos. Me dijo que llevaba más de un lustro

con ese perro sarnoso y que le tenía dicho que no se muriera antes que él... No sé qué es un lustro —añadió mirándome a los ojos por primera vez desde que llegó a casa.

—Son unos cuantos años, Miguel. Dime, ¿dónde está ahora Cipriano?

—No lo he vuelto a ver. Llevaba a Sultán metido en un saco y me lo enseñó. No me gustó. Estaba tieso. Luego se fue a enterrarlo. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué me enseñó a Sultán tan tieso?

—No lo sé, Miguel. Quizá quiera que aprendas a enfrentarte con la muerte, que te hagas mayor por si él falta alguna vez.

—¿Por qué va a faltar? ¿Es que también se va a morir?

Sus palabras me dejaron desarmada. No encontré forma de consolar el vacío que debía sentir. Aquel hombre ciego era el único asidero al que podía aferrarse, y el mero hecho de plantear su pérdida le supondría un profundo desasosiego. Por eso me costó trabajo descubrir el motivo que lo llevó a decirme que no volvería a impartir sus clases. Sin embargo, después lo comprendí.

—Dime, Miguel. ¿Sabe sor Gregoria que le has roto la nariz a ese chico?

Miguel volvió a poner cara de enfado. Pese a ello, esta vez respondió con mayor rapidez a mi pregunta.

—Me ha dejado que venga esta mañana para decirte que estaré castigado varias semanas.

—¿Y por eso me has dicho que no volverás?

Otro silencio.

—Sí.

—Entiendo. ¿Y qué te parece si yo te visito en el hospicio?

—Sor Gregoria me ha dicho que tampoco podré recibir visitas, que si no me porto bien, me internarán en la Casa Cuna. Si entro allí, nunca más veré a Cipriano. Prométeme que no irás a visitarme.

—Está bien. Te prometo que no lo haré. Esperaré hasta que las monjas te levanten el castigo y te dejen salir. ¿Qué te parece si esta mañana olvidamos nuestras clases y llamamos a Hugo para que nos acompañe a dar un paseo por la calle Betis? Hace tiempo que deseo hacer un boceto de ese puente.

—¡Sí! —exclamó—. Me encantaría salir con vosotros.

—Estupendo. En ese caso, espérame aquí. Lo llamaré ahora mismo.

Tardamos quince minutos en recoger el cuaderno de dibujo y unos carboncillos, y lanzarnos a la soleada mañana. Aunque sigo sin ser capaz de orientarme en el barrio del Arenal, Miguel aseguró haberlo transitado con Cipriano muchas veces y no dudó de que nos internásemos en él, buscando acortar el camino hasta la ribera. Entre sus calles empedradas, cuyas fachadas buscaban la cercanía huyendo

del sol, los modernos coches, atrapados entre carros y carrozas, hacían sonar sus bocinas alentando el paso de los animales que tiraban de ellos. Decenas de transeúntes se disputaban las delgadísimas aceras para no ser atropellados. Eso nos obligó durante un rato a caminar en fila y posponer la conversación. Cuando me di cuenta, Miguel se había quedado atrás. Volví sobre mis pasos para mirar aquello que él miraba.

—¿Te gustaría entrar?

El pequeño se volvió suplicante y agitó el mentón con energía. La campanilla anunció nuestra entrada a un dependiente rollizo coronado con un diminuto gorro blanco. Un olor a harina tostada y azúcar caliente invadió nuestros sentidos.

—Buenos días, señorita y caballero.

Pese a la amabilidad mostrada en el saludo, dedicó el breve lapso de tiempo que tardamos en contestar a repasarnos a ambos de arriba abajo, desconfiando quizá de la pinta del niño. Miguel no reparó en ello, pegó la nariz al cristal que parapetaba el mostrador y apoyó ambas manos a los lados.

—¿Cuál te apetece?

Despegó los dedos y señaló un milhojas, el dulce más grande que había en la vitrina. Saqué la bolsita del dinero y le dije al dependiente que nos sirviese dos. Con ellos en la mano, salimos a la calle y mordimos el merengue. La altura del pastel era tal que hacía imposible abarcar ambas caras de un solo bocado. Gran parte del rostro del niño quedó cubierto de azúcar nevado. La sonrisa le llegó de oreja a oreja.

—¡Está de rechupete! Gracias.

Le limpié la cara mientras nos reíamos el uno del otro y continuamos caminando.

En los últimos bocados logramos salir por una estrecha bocacalle que desembocaba frente al puente de Triana. Hugo nos esperaba del otro lado. Nos saludó con la mano y cruzó entre el tráfico para venir a buscarnos.

—Hola, Miguel. Tenía ganas de verte... ¿Se puede saber qué habéis comido? —preguntó al ver nuestras caras y nuestras ropas manchadas de blanco.

Miguel y yo intercambiamos una mirada de complicidad.

—Muy bien. Ya que no vais a confesar, ¿nos vamos?

Hugo tomó al niño de la mano y yo lo puse más o menos al corriente de los últimos acontecimientos. Entre el caos formado por taxis, bicicletas, tranvías y motos apenas conseguimos atravesar la avenida de Colón sin ser arrollados. Cuando hubimos recorrido la mitad del puente, Miguel se apoyó en la barandilla para contemplar el trajín de los barcos que transitaban el río. Hugo se reclinó a su lado.

—¿Te gustan? —le preguntó.

—Nunca he subido a uno.

—Cuando era niño mi abuelo me llevaba a pescar en su barquita. Salíamos antes del amanecer. Me parecía toda una aventura.

—¡Ala! ¿Y qué hacíais?

Entonces noté cómo Hugo recorría con nostalgia las aguas embarradas del río hasta posar los ojos en las embarcaciones atracadas en el muelle del Barranco. Según nos dijo, allí se descarga a diario la sal procedente de las salinas gaditanas, destinada en su mayoría a surtir a los barcos pesqueros que acuden a la capital para vender las capturas en la lonja.

—A mi padre no le gustaba el mar, pero mi abuelo venía a buscarme a las cuatro en punto de la madrugada —le respondió—. Yo lo esperaba en la puerta de casa con la ropa más vieja que tenía y una buena trenca. A esas horas, el sereno del mar te cala los huesos —Miguel agitó la cabeza sin quitarle ojo—. Con nosotros venía otro hombre que apenas abría la boca. Mi abuelo decía que era el mejor marinero que había conocido, que nunca saldría al mar sin su compañía. Tampoco él hablaba demasiado mientras faenábamos. Cruzábamos a remo la bocana del puerto para buscar los vientos con las velas desplegadas, y cuando nos alejábamos de las luces del pueblo, el firmamento entero parecía caer sobre nosotros.

Miguel, agarrado a la barandilla, se asomó más para no perderse un detalle de los que bregaban entre la corriente de abajo.

—Lo sigues recordando —pregunté.

Hugo pareció volver con nosotros desde muy lejos.

—Tal vez me equivoqué de profesión.

—¿Por qué no te alistaste en la marina?

—Lo intenté, pero no me admitieron.

Con Miguel tomado de nuestras manos, continuamos caminando en busca de la margen derecha. A la salida del puente, las aceras se colmaron de transeúntes que entraban y salían del mercado de abastos. Tomamos a la izquierda y nos detuvimos en el embarcadero de Betis.

—Este será un buen sitio —afirmé después de comprobar que la perspectiva era correcta. Frente a nosotros, los tres arcos y los inmensos aros de hierro que soportan el tablero dominaban el horizonte. Los reflejos dorados del sol se colaban entre sus entramados. Saqué el cuaderno y los carboncillos y me senté en el murete de piedra. Miguel, que descubrió la escalera adosada al costado, aprovechó para bajar hasta la orilla y observar más de cerca a los marineros.

Hugo se sentó a mi lado.

En las últimas semanas apenas nos habíamos visto a causa de su

trabajo, y pensé que estaría molesto por haber llevado al chico conmigo.

—No tenía dónde dejarlo —dije como atenuante.

—No tiene importancia. Debe estar afectado por lo del perro.

—Yo diría que lo está más bien por el viejo.

—¿Has sabido algo más de él?

—No demasiado. Sigue recuperándose. Según me dijo Miguel, su intención es terminar la traducción completa antes de darme nada más. Y tengo la impresión de que tampoco quiere verme hasta ese momento. No acabo de entenderlo.

—Quizá haya leído algo en el diario que no le guste y pretenda conocer su contenido completo antes de hacértelo saber.

Semejante posibilidad me inquietó. Si aquel era el motivo, el diario debía esconder secretos peligrosos.

—Aún no he tenido oportunidad de contarte lo que decía Andrea en las últimas páginas leídas. Apenas hablaba de ella misma. Sigue narrando la historia de Conrado y de Laura, de la llegada de sus padres a la Habana. Pero ninguna pista nueva acerca de lo que le pudo ocurrir a la familia antes de su desaparición. Estuve leyendo sobre la ciudad en la biblioteca de Conrado. Andrea la describía con tanta pasión que algún día me gustaría visitarla y pasear por sus calles. Pisar las arenas blancas del caribe y sentir el frescor de sus aguas rompiendo contra mis pies descalzos, notar sobre mi cuerpo el sol húmedo y pegajoso que dicen que tanto te enamora. Debe ser un lugar maravilloso. Es curioso —afirmé sin pensar—, algo en mi interior me dice que pronto lo haré.

—Quizá en otra época. Ahora te sería difícil.

Tracé varias líneas decididas que perfilaron los contornos del puente y detuve el lápiz en el aire. Miguel, sentado en el borde del embarcadero con los pies hacia el agua, conversaba con los de abajo. Borré los últimos trazos y cambié la perspectiva. El motivo quedaría más natural si las barquitas y el cuerpo delgaducho del pequeño entraban en el encuadre.

—¿Por qué crees que me resultaría difícil?

—La política de Cuba en la actualidad es complicada. Me temo que su república acabará como la de España en poco tiempo. La isla ahora no es un buen sitio para viajar.

—¿Qué sabrás tú sobre Cuba? —pregunté sorprendida.

—Más de lo que crees. En los últimos años, el gobierno español ha hecho algunos intentos por restablecer las relaciones aprovechando las buenas amistades personales que hay entre los militares de ambos lados, y algo se oye por Capitanía de vez en cuando. Además, la historia de España era una de las asignaturas más duras en la Academia. Sigo recordando detalles de las batallas libradas por

nuestros militares en las últimas colonias españolas.

No había pensado que Hugo estuviera versado en la historia de las Antillas. Al descubrirlo, adiviné que su ayuda me podría ser de utilidad para descifrar alguno de los misterios que me atormentaban.

—Dime, ¿crees posible que Conrado se quedase sin sus posesiones cuando España perdió el control de Cuba?

—Es difícil de saber. Aunque, si no recuerdo mal, poco después de su pérdida aprobaron una orden militar por la cual el nuevo gobierno local se apropió de la mayoría de las tierras que permanecían en manos de hacendados españoles.

—En ese caso, tal vez esté en lo cierto. Ahora sus tierras podrían pertenecer a los criollos a quienes aludía Andrea.

—¿En manos de criollos? —se extrañó Hugo, no conforme con mi afirmación—. No fue tan sencillo. No fueron los cubanos los que se quedaron las tierras expropiadas a los españoles, sino que fueron los estadounidenses.

—Eso habrás de explicármelo. —Aunque en las últimas semanas había leído varios textos sobre la Habana, no me interesé por el destino de la propia isla.

—Cuando perdimos la colonia —dijo absorto en los trazos que plasmaba en mi cuaderno—, hacía años que Estados Unidos estaba empeñado en anexionársela como uno más de sus estados. En enero de 1898, sin previo aviso a las autoridades, los americanos cruzaron frente a las fortificaciones españolas que protegen los puertos de la Habana y fondearon un barco de guerra en mitad de la bahía.

—¿Te refieres a las fortificaciones del Morro y de la Punta?

—Exacto —exclamó sorprendido.

—Creo haberte dicho que lo leí en el diario. Recuerda que es allí a donde Conrado llevó a Laura para casarse con ella. Continúa —le rogué, muy interesada en lo que pudiese contarme.

—De acuerdo... La llegada inesperada de un barco de guerra a las costas de un país extranjero viola todas las costumbres diplomáticas, y debió ser una estratagema intimidatoria hacia la Armada española, que, a pesar de todo, supo mantenerse firme y no responder a la provocación. Sin embargo, un par de semanas después, el acorazado saltó por los aires acabando con la vida de la práctica totalidad de su tripulación. La explosión, según se cree, debió ser causada por alguna avería o recalentamiento de la sala de máquinas. En todo caso, Estados Unidos no encontró mejor excusa para declarar la guerra a España. La colaboración de los mambises, que confundieron las ambiciones expansionistas de los americanos con sus propias ambiciones de independencia, y la profunda crisis interna que sufría España fueron motivos suficientes como para que seis meses después hubiésemos perdido Cuba. Los mambises, que durante décadas

lucharon a muerte por su emancipación, tardaron apenas unas semanas en comprobar que su destino solo había cambiado de manos, que seguían siendo tan dependientes de fuerzas extranjeras como siempre lo fueron. Tres años después de la ocupación militar, los estadounidenses les dejaron constituirse en república. Pero a cambio de la inclusión de una enmienda en la Constitución que les permitía a aquellos intervenir en los asuntos de la isla cada vez que se les antojase. A partir de ese día, se dictaron muchas órdenes militares. Esa a la que me refería antes se llamó algo así como de deslinde y división de haciendas, hatos, corrales, ingenios y no sé cuántas cosas más. Pero las tierras no pasaron a los criollos, sino al Gobierno, que terminó vendiéndolas a empresarios americanos del azúcar y del tabaco, más apropiados como explotadores de la nueva situación impuesta.

—¿Qué es eso de los mambises? No conozco esa palabra.

—Se les llamó así a los guerrilleros cubanos que luchaban contra los españoles por conseguir la independencia de la colonia. En su mayoría eran criollos nacidos en la isla, de padres de muy diferente origen, pero también los integraban terratenientes que se unieron a la lucha convencidos de que la separación de España reduciría los impuestos que pagaban por sus negocios.

—Ahora entiendo. En ese caso, si la isla fue tomada por los americanos en 1898 y tardaron tres años en constituir el nuevo gobierno tutelado, la orden de expropiación debió ser publicada entrado el siglo XX.

—Así debió ser, sobre 1900 ó 1902 —ratificó Hugo.

La conclusión me tranquilizó en cierta medida, porque la fecha no cuadraba con la que yo tenía en la cabeza.

—Eso demuestra que no pudieron ser los americanos los que le arrebataron las tierras —afirmé con rotundidad—. En esa fecha hacía años que la familia había caído en desgracia. La casa de Conrado dejó de estar habitada antes de la llegada del nuevo siglo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Haz memoria. Te conté que en mi primera visita al caserón descubrí que todas las lámparas seguían armadas con velas.

Mientras decía esto retomé el bosquejo del puente.

—¿Y también estás segura de que Conrado perdió sus posesiones antes de morir?

Después de devolverle un saludo a Miguel, que agitaba la mano hacia nosotros desde abajo, solté el carboncillo sobre las piedras del murete y difuminé con el dedo el estribo de la orilla opuesta.

—No. De eso no estoy segura. Aunque, si no hubiese sido así, alguien de mi familia habría terminado heredándolas, y, o mucho me equivoco, o nadie las heredó.

—En ese caso, si estás tan segura de que las perdió en vida, pudo

ser antes —afirmó—. Algunos militares dicen que la isla fue entregada a los americanos sin apenas resistencia porque ya no era nuestra. Llevábamos más de treinta años guerreando con los criollos.

—¿Treinta años? El diario de Andrea está fechado en 1891. ¿Intentas decir que cuando atracó en Cuba la isla estaba en guerra?

—No exactamente. Antes de la librada con Estados Unidos, el único periodo en que se puede decir que hubo un enfrentamiento armado de verdadera importancia fue el comprendido entre 1868 y 1878, al que se llamó la guerra de Cuba o de los Diez Años. Esa guerra solo prosperó en el oriente de la isla. Pero después, cuando el Ejército cubano comprendió que no sería capaz de vencer a las tropas españolas, firmó un acuerdo de paz y las luchas cesaron. Desde entonces hasta la llegada de los americanos, solo hubo levantamientos localizados de los mambises. Andrea pudo notar cierta agitación a su llegada, pero la colonia no estaba en guerra.

—¿Y qué me dices de Laura? —pregunté pensativa—. Ella llegó casi treinta años antes, en 1863. ¿Estaban entonces en guerra?

—Tampoco. En esos años, los negros y los mestizos acababan de iniciar la sublevación contra sus amos, pero la actividad guerrillera era casi nula. El auténtico problema al que se enfrentaba la isla era la esclavitud.

—Andrea ha aludido varias veces a esa cuestión. La relación que su padre pudiese tener con los trabajadores negros la incomodaba. También a mí me incomoda. Siempre creí que los esclavos fueron un problema americano, que España nunca los tuvo.

—Pues los tuvo, muchos y durante muchos siglos. Todas las civilizaciones desde el origen de los tiempos los han tenido, y no siempre fueron negros. Los sumerios, los egipcios, los griegos, los romanos, los persas, los mayas, incluso los africanos, que han sufrido en carnes propias la esclavitud más severa, los tuvieron. Basta que un pueblo domine a otro para que se sienta superior a él. De eso sabemos sobradamente los militares.

—Aunque imagino que llevas razón —murmuré—, nunca me había cuestionado la esclavitud. Es algo tan lejano... En el colegio te enseñan que el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo fueron acontecimientos románticos.

—Y lo fueron. Tanto una como otra fueron hitos históricos sin parangón, y desde luego románticos. América es hoy lo que es porque un día fue descubierta por los españoles. Los millones de personas que viven en aquel continente son descendientes de los europeos en mayor medida que lo son de los propios indígenas, y su sangre es tan europea como la nuestra. Eso no supone que todo se haya hecho bien, hay mucho de lo que debemos arrepentirnos.

Abrumada por sus palabras, cerré el cuaderno y olvidé el bosquejo.

Mi cabeza andaba demasiado enredada como para dar rienda suelta a mis manos. El puente tendría que esperar una ocasión más propicia.

—Anda, olvidemos por un rato tu dichosa historia e invitemos a ese chico a tomar un aperitivo —propuso Hugo—. Si seguimos bajo este sol durante más tiempo, terminaremos mudando la piel como los lagartos.

La idea me pareció muy acertada. Llamamos a Miguel, que subió en un santiamén, y comenzamos a recorrer la calle en busca de un lugar en el que refrescarnos.

—Uno de los hombres me ha dicho que si tuviese dieciséis podría enrolarme en un buque mercante —afirmó Miguel señalando a los que trabajaban en la orilla.

Hugo lo agarró bajo los brazos, lo encaramó al antepecho que corona el muro de contención y le sostuvo la mano. Aunque el chico comenzó a recorrerlo guardando el equilibrio, cuando hubo dado los primeros pasos, miró hacia el agua calibrando las consecuencias de una caída y se detuvo acobardado.

—Adelante —lo animó Hugo—. No tienes de qué preocuparte. Por nada del mundo soltaría tu mano.

Una última vacilación y siguió desafiando el precipicio.

—Solo me faltan tres años.

—Pues eso pasa volando —afirmé—. Verás cómo antes de que te des cuenta estarás surcando los mares igual que un verdadero pirata sanguinario.

—¡Eso, como Ayrton Ben! —afirmó el pequeño a punto de perder el equilibrio.

Hugo lo devolvió al adoquinado para no correr riesgos.

—¿Cómo quién? —preguntó.

—Airton Ben —volvió a decir con un tonillo que recriminaba la ignorancia de Hugo—, el náufrago loco que encontraron en la Isla Misteriosa. ¿Es que no has leído la novela de Julio Verne?

—Me temo que no lo ha hecho —concluí, aliándome con él—. Pero ahora que has conseguido que el veinticuatro te la devuelva, tendremos que prestársela.

Miguel debió recordar el castigo que se le venía encima, porque metió las manos en los bolsillos y volvió a enfurruñarse. Consciente de que mis palabras no habían sido afortunadas, intenté sin éxito tomarlo de la mano para que lo olvidase. Solo después de habernos sentado en una de las cafeterías de la plaza de Cuba y tener una limonada entre las manos, volvió a sonreír. Mientras se la tomaba a cortos sorbos y se dedicaba a derretir los trocitos de hielo en la boca, recordé el recado que le encomendé semanas atrás.

—Miguel, ¿le diste a Cipriano aquel nombre que te escribí?

—¡Toma ya! —exclamó, llevándose una mano a la frente—. Lo he

olvidado. Te juro que se lo daré cuando lo vea.

—No jures en balde. Las monjas te habrán dicho que es pecado.

—Vaya... Es que se me ha olvidado, de verdad. Pero se lo daré.

—No pasa nada. Quizá ni siquiera sea importante.

Hugo se interesó.

—¿Qué nombre es ese del que habláis?

—Perdona, no he tenido oportunidad de explicártelo. Marcelo me dijo que toda la historia de nuestras antiguas colonias de ultramar está encerrada en el Archivo de Indias, y se me ocurrió que quizá estuviesen también los títulos de propiedad de las tierras de Conrado.

—Vaya, veo que te estás haciendo bastante amiga del librero.

—No seas celoso. Solo tiene ojos para Rosa. Además, ahora sé que es un buen chico.

—¿Y cómo lo sabes?

—Qué más da eso. Créeme que lo es.

—No tengo motivos para ponerlo en duda. Anda, cuéntame qué las peripecias del librero y qué sabe él de ese archivo.

—Lo cierto es que Marcelo suele frecuentarlo. Le pedí que hiciera algunas averiguaciones, y lo hizo. No encontró nada relativo a las propiedades de Conrado, pero sí encontró su nombre en un expediente con licencias de embarque para un velero que vino desde Cuba. Era un documento fechado en 1881. También descubrió que con él viajó otro pasajero. Un hombre de apellido inglés. Pensamos que podría tratarse del profesor que Conrado trajo desde América para que enseñase new york point a su hija ciega.

—¿Y tal posibilidad tiene alguna relevancia?

—No estoy segura. Cipriano me habló de él, me dijo que había estado indagando en el gremio sin éxito. Conocer su nombre podría ayudarnos a seguirle la pista.

—Tal vez yo también os pueda ayudar. Ten en cuenta que el Ejército siempre ha tenido millones de nombres archivados en sus registros, y desde que acabó la guerra más aún. ¿Qué nombre es ese?

—Claro —exclamé—, ¿cómo no se me ocurrió? Si nuestras sospechas son ciertas, el profesor de Andrea fue un tal Thomas Baquer.

Hugo me pidió un lápiz y lo apuntó en un trozo de papel.

—No te prometo nada. Una de las desventajas de tener tantos nombres en los archivos es que es complicado encontrar el que buscas.

Miguel, que hacía rato que había terminado su refresco y permanecía absorto en la conversación, recordó que debía volver al hospicio. Soltó el vaso vacío sobre la mesa y se incorporó.

—Tenemos que irnos. Sor Gregoria me advirtió de que si llegaba tarde, sería peor.

Hugo sacó su cartera del bolsillo. Agarró un billete de una peseta y

se la alargó a Miguel con un guiño.

—Anda, dile a ese de ahí que se cobre y te quedas con la vuelta. Te llevaremos ahora mismo a San Luis.

El pequeño fue en busca del camarero sin pensarlo.

Hugo, que tenía la maniobra planeada, se sentó a mi lado y acercó sus labios a los míos. Aquel segundo beso, más apasionado que el primero, recorrió todos los poros de mi piel y el calor me encendió la cara. Cuando Miguel regresó seguíamos besándonos. Necesitó empujarnos para que reparásemos en él.

V

Cañizares apareció a primeros de septiembre, cuando los calores eternos del verano rendían sus noches a los sutilísimos efluvios del otoño. Llegó con un camión sobrado de herramientas y sendos cigarrillos pegados a los labios de una pareja de albañiles entrados en años. Fue abrirle la puerta e instalar su campamento provisional en mitad del recibidor.

—Aquí no puede dejar las cosas —dije impotente—. Tendrá que llevárselas y regresar cuando mi madre ande por casa. Esto no le va a gustar.

—Señorita Belinda, será un momento. Vamos por el resto de los materiales y lo metemos todo ahí abajo en un santiamén.

—Nadie me advirtió de que vendrían hoy.

Los del cigarro en la boca, brazos caídos y chepa acomodada en la apatía, dejaron de mirarme y volvieron la cabeza en espera de la respuesta de su jefe.

—Bueno, es que no le dimos fecha fija al Comandante. Se le habrá pasado advertirlas. Ya sabe cómo son los hombres con los temas domésticos, y más los militares.

Estaba claro como el agua que yo no era la única desinformada. La cosa se iba a poner fea.

—Si aprecia mi opinión, vuelva a cargar el camión con sus cachivaches y regrese cuando mi madre esté al tanto de sus planes.

Uno de los albañiles, digamos que el de menor edad, vació sus pulmones de humo y contestó despectivo. La nuez de su garganta, que hacía sobrado honor a su homónima silvestre, subió y bajó en una cadencia sinuosa e hipnótica.

—Niña, no podemos hacer eso, se nos ha acabado el tajo en el otro lado.

La escasa estatura de Cañizares creció en la misma medida en que menguó su generosa barriga. Le lanzó una ojeada furibunda a aquel y volvió a dulcificar la expresión para deshacer el entuerto.

—Mire, señorita Belinda, haremos lo siguiente —me dijo alisando las inexistentes arrugas de su chaleco—. Estos señores van a ir por el resto de los materiales antes de que nos cierren el polvero. Así podrán llamar ustedes al Comandante mientras tanto y ver qué pasa. Si él dice que nos vayamos, plegamos velas y nos vamos. Donde manda patrón, no manda marinero.

No supe negarme a tan acertada proposición. Suspiré sin respuestas y acepté.

Al perderlos de vista, cerré la puerta con llave y subí a mi

habitación. Era miércoles, de modo que Mamá y Teresa debían andar gastando su tiempo en otra de las rutinarias visitas a Benigno, el párroco del Salvador. Tenía que ir en su busca de inmediato. Guardé los lápices con los que había entretenido las primeras horas de la mañana, intentando sin acierto capturar las esquivas proporciones de la anatomía de una mano, y me eché a la calle.

El viento frío que recorría la ciudad presagiaba una mañana desapacible, pero el trayecto era corto, apenas un puñado de pasos hasta la esquina de la plaza y otros tantos hasta la escalinata que daba acceso al interior del templo. Un leve olor a incienso y madera vieja vino a recibirme al cerrarse la puerta a mi espalda. Caminé hacia la pila de agua bendita y me persigné con el dedo humedecido. Había estado muchas veces sentada en aquellos bancos junto a mis padres, y domingo tras domingo había escuchado con variable atención los largos sermones de Benigno, que, faltos del orden que debieron guardar en años pretéritos, incitaban más a la compasión que al recogimiento. Pero nunca me había aventurado sola en la iglesia, ni a horas diferentes a las de la misa. Ese debió ser el motivo por el que la encontré distinta. A media luz y despojada de sus feligreses, las imágenes parecieron reparar por primera vez en mi existencia y volver sus ojos en mi dirección. También yo las observé a ellas por largo rato, sin atreverme a cruzar entre los bancos. Cuando perdieron el interés y parecieron desentenderse, acostumbradas mis pupilas al baile de las velas, recorrí las naves laterales en busca de indicios de la presencia de mamá o de Teresa: una mujer de negro relatando sus pecados y una pareja arrodillada en los primeros bancos.

Sin saber a qué otro lugar dirigirme, asomé medio cuerpo a la sacristía. Un acólito que solía ayudar los domingos en el oficio de la misa levantó la cabeza del papel en el que hacía cuentas, echó un paño sobre el montón de monedas y me miró sin preguntar.

—Busco al padre Benigno —murmuré

—¿Y quién lo busca?

Aunque pensé en responder con mi nombre, comprendí que eso solo serviría para que cambiase la pregunta por otra.

—En realidad es a mi madre y a Teresa a quienes busco. Necesito hablar con ellas y he supuesto que siendo miércoles y a estas horas podrían estar con él.

El hombre pareció perder sus recelos.

—Mujer, lo hubiese dicho antes. Ha tenido suerte, están en el patio —dijo señalando con el lápiz hacia una puerta lateral. Después de agradecérselo, crucé la sacristía, recorrí un breve pasillo en dirección a la claridad y me asomé a una placita interior.

Mamá me vio bajar los cuatro escalones que salvaban el desnivel y fue a recibirme.

—Belinda, ¿qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada. Un pequeño contratiempo.

—¿De qué se trata?

—Es Cañizares, dice que comenzará con el sótano esta misma mañana.

Teresa, que ya estaba junto a nosotras, hizo un gesto de fastidio y regresó indignada junto al párroco.

—Ese sinvergüenza —refunfuñó.

—Anda, ven —dijo mamá resoplando su enojo—. Te presentaré al padre Benigno. Tenía ganas de conocerte.

Mientras nos acercábamos, el párroco siguió mis pasos con una sonrisa bonachona y agitó el cuerpo en gesto afirmativo.

—Mi querida Belinda —dijo atrapando mis manos entre las suyas, cubiertas estas por las manchas achocolatadas de la senilidad—. Me alegro de conocerla. ¿Cómo no ha venido antes por nuestra parroquia?

—Vengo todos los domingos —respondí.

—Esas visitas no cuentan, son para el Señor. Los viejos como yo, y más si andamos faltos de ocupaciones, apreciamos la compañía y la conversación. Les estoy muy agradecido a su madre y a Teresa por las visitas que me hacen. Los curas jóvenes apenas me dejan tocar nada. Hasta la misa me la pretenden quitar. Dicen que pierdo el hilo, que me disperso en el camino. ¿Y quién no a mi edad? No sé qué esperan ahí arriba para reclamar mi presencia.

—No diga tonterías, padre. —El tono subido de voz que usó Teresa me advirtió de que Benigno no andaba sobrado de oído.

Como seguí embobada en su cara sin saber qué añadir, mamá acudió en mi ayuda.

—A ver, ¿qué dices de Cañizares?

—Ha llegado hace un rato con un camión y dos albañiles, han descargado los trastos en el recibidor y se han vuelto a ir, que regresarán pronto con los materiales, ha dicho.

—Papá no me ha informado. Incluso creí que se le había olvidado esa idea descabellada de hacer una bodega en los sótanos.

—Según Cañizares, no concretó fecha con el Comandante, y como ahora se han quedado sin trabajo...

—Claro —sentenció Teresa—, a casa de los Pedraza sin avisar, que allí se trabaja poco y se cobra bien. Te digo yo que ese es un tunante.

Mamá la miró concentrada, más pensando en lo que hacer que en responderle. Le preguntó la hora a Benigno, que solo supo dársela guiado por las sombras de la placita en que nos encontrábamos, y concluyó que había llegado el momento de marcharse.

—Pues se las va a ver conmigo cuando vuelva. Padre, tendrá que disculparnos, que los problemas caseros nos reclaman.

—Anden, anden —otorgó Benigno agitando la mano hacia delante

—, que ya tendremos ocasión de continuar charlando.

Aunque mi primer propósito fue seguirlas, me detuve a medio camino. Quizá fuera la ocasión de hablar con el párroco y preguntarle por lo que me rondaba la cabeza hacía meses. Al volverme hacia él, afirmó una vez más con gesto candoroso.

—Mamá —dije levantando la voz. Ambas ascendían ya la escalera que daba a la iglesia—. Si no me necesitas por casa, me quedaré un rato haciéndole compañía al padre.

Después de darme su beneplácito, se despidieron con las manos en alto y se perdieron de vista entre las sombras de dentro. Benigno palmeó el banco de piedra para que me sentase a su derecha.

—Hija mía, tu madre me ha hablado mucho de ti.

—¿Y qué le ha relatado? Mi historia le ha debido parecer aburrida.

—La tienes preocupada.

—¿Preocupada por mí?

—Así es. Dice que no comprende la manía de referirte a tu padre con el apelativo de Comandante, que esa era la forma en que lo hacía tu hermano Daniel. Cree que aún no has superado su muerte, que por eso te empeñas en indagar el pasado de la familia y buscar misterios donde no los hay.

—Eso es una bobada.

—Así lo creo yo también. Pero, anda, cuéntame algo de él.

El recuerdo de los días pasados con Daniel siempre me sume en la tristeza, y no era aquella la conversación que yo pretendía mantener.

—No sabría qué decirle. Imagino que mamá ya le habrá explicado lo que pasó.

—Varias veces. Pero solo conozco su versión, me gustaría conocer la tuya. Seguro que es diferente.

No tenía escapatoria.

Retrepé la espalda en el banco y me concentré en el ruido que el agua de la fuente producía al estrellarse contra la piedra. Los altos muros que nos rodeaban por los cuatro costados y el vuelo rasante de las golondrinas transmitían una calma poco usual en el centro de la ciudad.

—Sigo sin comprender por qué tuvo que morir —me atreví a decir —. Deberá perdonarme, padre, pero hay veces que me pregunto si realmente existe un Dios bondadoso ahí arriba, en ese lugar al que usted desea ser llamado.

Contemplando como yo las evoluciones de los pájaros bendecidos, Benigno suspiró sin cambiar de postura.

—¿Conoces el pasado de esta iglesia?

—Me temo que no. Aunque desde que nos mudamos he intentado leer algo sobre la historia de la ciudad, debo confesarle que apenas he avanzado.

—Hace poco, en la última restauración, descubrieron bajo sus cimientos un arcón repleto de monedas de Tiberio. Ahora dicen que el primer templo que hubo aquí debió ser construido por él, para honrar a sus dioses, dos siglos antes del nacimiento de Jesús, cuando Hispania era una provincia de Roma. Y también se sabe que quinientos años después, al ser la península conquistada por los musulmanes y llamada Al-Ándalus, Abderramán II lo derribó y construyó sobre sus ruinas una mezquita donde se veneró a Alá. Y la historia de este templo no acaba ahí. Después, en el siglo XVII, tras la conquista de los Reyes Católicos y la expulsión de los árabes, el edificio se volvió a derribar y se construyó la iglesia en la que rezamos a nuestro Dios. Aunque no en su totalidad. Esa torre que tenemos delante, la del Campanario, fue un día el alminar desde el que se llamaba a los fieles del islam a oración varias veces al día. Ya ves —dijo reflexivo—, han pasado muchos dioses por este lugar. ¿Acaso sabrías tú decirme cuál es el verdadero?

Nunca esperé que aquellas palabras saliesen de la boca de un sacerdote. No me pareció que, en la intimidad, la cabeza del padre divagara como lo hacía encaramado al púlpito. Dejé de contemplar la placita y escuché con mayor interés sus palabras.

—A mi edad, creo saber que solo hay un Dios cuyo nombre deba ser escrito en mayúscula. Un ser superior que la mente del hombre jamás será capaz de entender. Tampoco yo comprendo todos sus designios. Pero debemos tener fe, confiar en Él. No nos queda otro remedio si queremos dar algún sentido a la vida, y, por qué no, también a la muerte.

Cuando Benigno dejó de hablar y cruzó las manos en su regazo, supe que me estaba invitando a continuar, que era mi turno. Me recliné en el banco y crucé las mías adoptando su misma postura.

—Él era mi único hermano. Los primeros recuerdos de mi infancia siguen caminando de su mano: las carreras en los campos de amapolas, los paseos a caballo montada en la silla junto a él, los baños en el río de Puente Alto. Yo tendría apenas tres o cuatro años, el Comandante andaba siempre fuera de casa y Daniel se convirtió en mi mejor amigo. En alguien de infinita bondad en quien podía confiar. Conforme los años pasaron, nuestra relación se fue fortaleciendo. Cuando comencé a acudir a la escuela no encontraba el momento de volver a casa y pasar las tardes escuchando sus historias. Era fantástico contando historias... Lo llamaron al final de la guerra, en el treinta y ocho, cuando yo tenía doce años y el diecinueve. Ni siquiera había cumplido el servicio militar. Le colocaron un fusil en la mano y lo mandaron a vanguardia, a disparar a gente que no conocía, a matar a niños como él y a padres de familia que habían dejado en casa a sus mujeres y a sus hijos. El Comandante quiso evitarlo, pero en aquellos días era uno más en un Ejército descompuesto por las bajas, y apenas

consiguió retrasar unos meses su partida. Daniel solo envió una carta desde el frente. La encontré por casualidad en el dormitorio de mis padres. La leí. Hablaba de muchas cosas. De cosas que un niño nunca debería leer.

—No debiste hacerlo —repitió el padre después de un breve silencio—. Debiste dejar la carta en el lugar en el que estaba.

—Sí, ahora lo sé. Pero no lo supe cuando la descubrí. Leí el nombre de Daniel escrito en el sobre y pensé que lo encontraría a él en el interior. Lo que hallé fue la guerra en toda su crudeza, una guerra que mi hermano apenas era capaz de soportar. Eso es lo último que supe de él.

—Ha llovido mucho desde entonces. Debes dejarlo ir. Él te estará esperando cuando el Señor te llame a su lado. No dudes de eso. Esta vida apenas es una estación, no es nuestro destino.

Entonces cerró los ojos y musitó algún rezo interior. No insistí.

A nuestro alrededor, las ramas de los naranjos se agitaron con mayor virulencia y el viento frío que me recibió al salir de casa volvió a envolvernos. Esperé hasta que me pareció que había acabado su letanía y me levanté con intención de marcharme. El padre Benigno abrió los ojos, me mostró una sonrisa blanda y se incorporó con evidente esfuerzo. Cuando comenzaba a caminar, supe que estaba a punto de perder la oportunidad que tanto había esperado.

Me detuve.

—Padre, he de hacerle una última pregunta.

—Tú dirás, hija.

—¿Cuánto cree usted que tardan las almas de los difuntos en encontrar el camino hacia el cielo?

El viejo párroco pareció sorprendido, porque olvidó sonreír por momentos. Después, mientras respondía a mi pregunta, volvió a recordarlo y suavizó la expresión.

—¿Acaso crees que el alma de Daniel no lo ha encontrado?

—No le hablo de él. A pesar de las preocupaciones de mi madre, hace tiempo que superé su muerte. Si hay un sitio en que me pueda esperar, como usted dice, estoy segura de que lo encontraré allí.

—En ese caso, ¿de qué se trata?

Benigno se burlaría de mis siguientes palabras. Dudé una vez más si debía pronunciarlas. Pero no encontraría a otra persona más adecuada con quien compartirlas. Deshice mis pasos y volví a acomodarme en el banco de piedra. Él me imitó. Unos gruesos goterones salpicaron nuestras ropas haciendo que ambos alzásemos el rostro hacia el cielo. Los nubarrones negros, barruntando la inminente llegada del otoño, tomaban posiciones en las alturas.

—Padre, ¿cuánto tiempo hace que tiene encomendada esta parroquia?

—Me nombraron en febrero de 1914, cuando acababa de cumplir los treinta y nueve. No llevo la cuenta de cuántos años hace de aquello.

—Vaya —dije—, creí que pudo haber sido antes.

—¿Te parece poco tiempo?

—Dígame, ¿alguna vez conoció a la familia Ferrer?

—¿No es ese el apellido de tu madre, y también el tuyo?

—No le pregunto por mi madre, sino por los antiguos propietarios de nuestra actual casa, por una familia Ferrer muy anterior.

—Umm... ¿De qué época me hablas?

—De aquella en la que usted llegó, de primeros de siglo.

—En ese caso, puedo afirmar con rotundidad que no la conocí. Mi memoria falla con los asuntos recientes, pero es infalible con los antiguos. No recuerdo a nadie con ese apellido. Quizá Dionisio, el párroco al que sucedí, podría haberlo sabido, pero lamentablemente hace años que el Señor se lo llevó de nuestro lado.

—¿Y le suenan los nombres de Conrado y Laura?

—Tampoco. ¿Qué te preocupa de esa familia?

Él alargó sus manos y tomó las mías entre ellas. Me costó gran esfuerzo pronunciar las siguientes palabras.

—Padre, estoy segura de que no estamos solos en esa casa.

Benigno, con la sotana empapada, se pasó la manga por las profundas arrugas de la cara para defenderse de la lluvia que caía cada vez con mayor virulencia. Sobre nuestras cabezas, el cielo ennegrecido descargó la electricidad en alguna de las torres y su grito de animal furioso retumbó entre las paredes del templo, haciendo que ambos saltásemos del banco intimidados por su potencia.

Capítulo 5

I

Jueves, 26 de noviembre de 1891.

Ahora que todos duermen y he logrado serenarme, ha llegado la hora de escribir lo que ha acontecido desde mi llegada a la isla. Es tan diferente el aroma que desprende esta tierra, el sopor que te envuelve día y noche, que no sé si seré capaz de concentrarme y dedicar unas cuantas horas a esta labor, pero al menos debo intentarlo. No me perdonaría volver junto a mamá sin haber plasmado los recuerdos que aún perduran en mi memoria con tanta nitidez.

El día diecinueve, hace ahora una semana de eso, habiendo pasado veinte años desde que lo hiciera mi madre, atracamos en el puerto de la Habana.

Lo primero que hice aquella mañana, incluso antes de buscar a papá para la necesaria reconciliación, fue subir a cubierta en busca de la puerta por la que Airam me había conducido la primera vez a la sala de máquinas. El capitán, que repartía las últimas órdenes con las costas a la vista, reparó en mi caminar desorientado y vino en mi auxilio.

—Buenos días, señorita Andrea. ¿Se ha extraviado? —preguntó a mi espalda. El ajetreo de los marineros y la marejada, que estrellaba las olas con fuerza contra el costado del barco, me impidieron descubrir que se acercaba. Su saludo me pilló por sorpresa.

—Buenos días, capitán.

Jonás, esperando a que contestase a su pregunta, dio una fuerte calada a la pipa y tardó en resoplar. El viento recio hizo que el humo del tabaco cruzase mi cara.

—No me he perdido —respondí recuperada la calma—. Voy en busca de Airam. Me han dicho que usted y mi padre lo tienen cautivo en las mazmorras del barco.

Intuí que Jonás esbozaba una sonrisa.

—Le han informado bien —dijo simulando estar molesto, pero su corazón blando rezumaba el afecto que sentía por mí desde aquel día que me encontró por primera vez recostada en la borda—, ahí lo

tenemos.

—¿Sería tan amable de llevarme? Necesito hablar con él antes de llegar a puerto.

Jonás guardó un breve silencio. Se alejó unos pasos para repartir alguna orden más a los marineros y volvió a mi lado.

—He invitado a su padre a que compartan mi mesa en el almuerzo para despedirnos, y él ha aceptado el ofrecimiento con gusto.

—Me alegro por ustedes.

—Dejemos que ese mozalbete termine de pagar su pasaje —añadió —. Le mandaré recado para que también él nos acompañe. Siempre que a usted le parezca bien.

—Papá no lo consentirá. Supongo que sabrá que hemos discutido a causa de Airam.

—Algo me ha dicho. Pero no tengo por costumbre pedir permiso para invitar a almorzar en mi mesa a los pasajeros que me plazca.

—Airam no es un pasajero. Es un polizón.

—Dejará de serlo en unas horas, cuando haya quemado en las calderas suficiente carbón como para compensar el dinero que debió pagar por subir al barco.

—En tal caso, me parece bien —concedí, intuyendo que iba a ayudarme—. Le quedaría agradecida si lo invitase a la mesa.

—De acuerdo. Ahora me deberá disculpar, la tripulación está sobrepasada y necesitan de mi ayuda. Nos veremos a eso de la una. ¿Le viene bien?

—Por supuesto. No tengo nada que hacer a esa hora.

Jonás debió contemplarme con esa mezcla de admiración y lástima que suelo provocar en los hombres, y a continuación me dio la espalda para acudir a sus quehaceres. Habiendo dado unos pocos pasos, regresó.

—Un detalle más —meditó—. Déjeme a mí manejar la conversación.

—De acuerdo, si lo prefiere, así lo haré.

Procurando no toparme con mi padre en el comedor, pedí que me llevasen el desayuno al camarote. Unas palabras mal elegidas en su presencia podrían dar al traste con el plan de Jonás. Engullí con prisas el café aguado y un trozo de bizcocho tan duro como una piedra y regresé a cubierta. Asomada a la proa, luchando con el viento que pugnaba por arrancarme el pelo, escuchando los piares de las gaviotas y los potentes bocinazos del vapor para advertir a otras embarcaciones de nuestra presencia, transcurrieron las horas. No fui la única que resolvió aprovechar la última mañana de nuestro largo viaje para despedirse del mar, y decenas de hombres y mujeres fueron amontonándose a mi alrededor conforme se agotó la mañana. Cuando las manecillas de mi reloj me informaron al fin de que era el

momento, bajé al camarote y me senté frente al tocador. Mi pelo, más largo de lo que jamás lo había tenido, era un desastre. Mi cara, arrebolada por el viento y el sol, debía tener un aspecto incluso peor. Abrí el cajón y me dispuse a remediar los estragos de la mañana.

A la una menos cinco, papá aporreó la puerta.

—Hoy estás preciosa —me ofreció como saludo.

Desde nuestra pelea habíamos compartido todos los almuerzos y la mayoría de las cenas, pero seguía estando distante con él. Sabía que le costaba expresar sus sentimientos, que si yo no daba el primer paso, tardaríamos en reconciliarnos. Decidí zanjar la cuestión.

—Gracias, papá. Siento haberme enfadado contigo.

—Está olvidado. También yo me enojé sin razón. Sé que aprecias a ese chico. Es joven y tiene el futuro por delante, seguro que le va bien en la vida.

Por primera vez dudé de que la idea del capitán fuese acertada. Era posible que la encerrona lo pusiese furioso y no sirviera más que para empeorar las cosas. Pero ya no había remedio. Cerré la puerta del camarote y me agarré a su brazo.

El alboroto que imperaba en el comedor era prueba suficiente de que estaba a rebosar. Nos detuvimos en la puerta para que papá localizase la mesa del capitán, que, al contrario de la que solíamos usar nosotros, estaba al final del salón, y nos abrimos camino esquivando a los comensales que buscaban acomodo. Al llegar, la silla del capitán chirrió, por lo que supe que se había incorporado para recibirnos. Me tomó la mano y la besó.

—Señorita Andrea, es un placer tenerla de nuevo a mi mesa. Me alegro de que ambos hayan aceptado acompañar a este viejo. Tomen asiento, por favor. Nos entretendremos con algo mientras llega el otro invitado.

—No sabía que nos acompañaría alguien más a la mesa. ¿Acaso una nueva conquista? —bromeó papá.

—Recuerdo haberte dicho que acabé escaldado con las mujeres. A mi edad no osaría buscarme problemas. Pronto comprobarás de quién se trata. Brindemos mientras tanto por nosotros y aprovechemos la oportunidad de pasar un buen rato entre viejos amigos.

Atendiendo al gesto de Jonás, un camarero repartió alrededor de la mesa unos vasos y colocó en su centro un objeto pesado.

—Me he permitido reservar una botella de ron para la ocasión. No es de las tuyas —dijo dirigiéndose a mi padre—, pero te gustará.

El capitán la descorchó y la olfateó.

—Señorita Andrea, si lo prefiere, le pueden traer un jerez o un anisete.

—Gracias. Hoy los acompañaré. Hace días que mi padre me inició en el gusto por los licores fuertes.

—Así es —añadió papá—. Y no te acostumbres.

El capitán sirvió apenas un dedo en el fondo de mi vaso y un generoso chorro en los de ellos. El penetrante aroma del ron me hizo la boca agua. Palpé hasta dar con mi vaso y lo levanté invitándolos a imitarme. Cuando hubimos chocado el cristal, el capitán pronunció un brindis:

—Por Laura.

Papá tardó en repetir sus palabras, pero terminó haciéndolo.

—Por Laura.

Las infinitas tonalidades del licor, incluso más suave y acaramelado que aquel otro que papá me ofreció en su camarote, nos incitó a un breve silencio.

—Fabuloso.

—Desde luego —sentenció Jonás—. Me lo regalaron hace un par de años asegurándome que era el mejor que se producía en las Antillas. Tenía la botella reservada para una ocasión especial.

—¿Y esta lo es?

—Espero que sí. Es hora de que saldes tu deuda conmigo.

—Serás bellaco —exclamó papá tragando con prisas el ron que tenía en la boca—. Pero si no te debo nada.

—No estaría yo tan seguro. ¿Acaso te falla la memoria?

—¿Alguien me podría explicar qué deuda es esa? —pregunté intrigada.

—Se trata de una cuestión entre tu padre y yo que ahora no viene a cuento —respondió el capitán.

Papá amagó con añadir algo, pero Jonás se le adelantó.

—Ahí llega mi último invitado.

Como más tarde me contó él mismo, Airam caminó hasta nuestra mesa entre las miradas furtivas de los presentes, con una camisa blanca que le quedaba grande y un pantalón con los bajos remangados. El capitán lo mandó llamar a las doce de la mañana y le ofreció su propio camarote para adecentarse con aquella ropa prestada. A un gesto, se sentó junto a nosotros sin abrir la boca. Papá quedó desconcertado.

—Vaya sorpresa —dijo—. No esperaba que tuvieses amigos tan jóvenes.

Jonás pidió otra copa y vertió en ella un poco de ron.

—¿Cuántos años tienes, chico? —preguntó a continuación.

Airam siguió mudo. Estoy segura de que no le quitaba ojo a su interlocutor.

—Casi dieciséis —dije saliendo en su ayuda.

—Pues teniendo en cuenta que eres suficientemente hombre para embarcarte hacia las Américas sin el permiso de tus padres, también lo debes ser para tomar un trago.

—Nunca he bebido —alegó Airam sin apenas voz.

Por el chirriar de su silla y la nueva oleada de aromas a madera supe que el capitán, obviando la respuesta, alzaba una vez más la copa para hacer un brindis a cuatro.

—Señorita Andrea, ¿sería usted tan amable de regalarnos unas palabras?

Sorprendida por su ofrecimiento, levanté los ojos intentando intuir qué tramaba. En aquella ocasión no fui capaz de saber si me miraba a mí o, por el contrario, escrutaba la cara de papá. Fuese de un modo o de otro, comprendí que aquella era la oportunidad. Agarré mi vaso y lo alcé.

—Porque Airam tenga la suerte que una vez tuvo mi padre —dije.

Todos dimos un breve sorbo a la copa y la volvimos a colocar en la mesa, excepto Airam, que, desconociendo la graduación del licor, se lo terminó de un trago y estuvo tosiendo un largo minuto. Desde ese instante hasta el final del almuerzo, menos copioso que en otras ocasiones, el capitán se dedicó a contarnos algún que otro episodio de su larga vida como marinero, y papá cruzó apenas alguna palabra intrascendente. A los postres, tomó un par de cucharadas de carne de membrillo y apartó el plato con un movimiento decidido.

—Andrea —dijo limpiándose la boca con la servilleta—, ¿crees que tu amigo Airam aceptaría trabajar en mi ingenio?

Mi cara se iluminó. Me levanté de un salto y lo abracé por la espalda. Palmeándome la cabeza, me pidió que regresase a la silla.

—No puedo responderte. Tendrás que preguntárselo a él —argumenté una vez acomodada.

—Airam, ¿te gustaría trabajar en mi ingenio de azúcar?

Mi amigo debió asentir con un breve gesto, porque no oí su voz, sino una vez más la de mi padre.

—De acuerdo, entonces. Con una sola condición.

—Sí, señor —murmuró.

—En cuanto acabemos el almuerzo escribirás una carta a tus padres informándolos del lugar en que te encuentras. Les explicarás también que vas a trabajar con un conocido del capitán de este barco, en el que subiste con la ayuda de Sebastián, ese maquinista que parece conocer a tu abuelo.

—Pero...

—Calla y escucha —le recriminó papá—. Les prometerás que antes de un año, cuando hayas conseguido algo de dinero para pagarte el pasaje, volverás a visitarlos. Que te has arrepentido de escaparte de casa sin su permiso y que regresarás para pedirlo. O eso o no hay trato. ¿Qué me dices?

—Sí, señor. Se lo prometo.

—En ese caso, acabas de ser contratado como aprendiz para la casa

de calderas en mi ingenio de Cienfuegos.

—Enhorabuena, muchacho —añadió Jonás—. Hoy estás de suerte.

—Bien. Si el capitán da nuestra deuda por saldada, me retiraré un rato a descansar antes de que lleguemos a tierra. Este viaje me está agotando.

—Saldada queda —afirmó Jonás—. Te recomiendo que te des prisa en dar esa cabezada. Si este viejo senil no se equivoca, no tardaremos ni una hora en atracar.

El capitán no se equivocó, llegamos a la Habana a las tres y media de la tarde. Dejé a papá ultimando los detalles del desembarco y entré en la pasarela agarrado de la mano de Airam. El bullicio de la gente que esperaba abajo y el griterío de los pasajeros que se reencontraban con sus familias hacía imposible mantener una conversación. Al poner los pies en tierra, me agaché y le grité al oído.

—¿Qué es lo que ves?

—Hay montones de gente —aseguró él—, no te sueltes de mi mano o te perderás.

—Entendido, pero responde a mi pregunta.

—Veo muchos barcos, y muchas carretas descargando, y montones de sacos y de barriles por todos lados... A lo mejor están llenos de ese ron que nos dio el capitán.

—¿Hay quitrines de dos ruedas?

—A ver... Carros de dos ruedas no veo ninguno por aquí. Solo carretas de carga con bueyes y mulas, y camiones de esos que hacen tanto ruido. Y mujeres muy emperifolladas.

—Descríbemelas.

—Tienen faldas de muchos colores, blusas muy blancas, y finas, se les pegan al cuerpo. Son... Bueno, muy guapas. Y llevan mantillas caladas que les cubren los hombros.

Insegura por mi aspecto, me mesé el pelo, que me caía hasta mitad de la espalda y volví a recordar que necesitaba cortármelo.

—¿Alguna de ellas tiene el pelo como yo?

—¿Dorado? ¡Qué va! Ninguna. Esas mujeres son todas negras. Su pelo también es negro. Y lo llevan anudado a la cabeza con pañuelos.

—¿Intentas decirme que no hay personas blancas en el puerto?

—Muy pocas, solo las que están desembarcando con nosotros. Aunque, algunas tienen la piel del color de la canela, y otras tan negra como el carbón del...

Airam dudó.

—Lo siento. Ya sé que no conoces los colores, pero ¿cómo te lo digo?

—Me hago una idea. Aunque, eso del carbón no me ayuda. Solo recuerdo de él la forma en que crujía bajo nuestros pies y el calor que

desprendía al quemarse. Seguro que no es a eso a lo que te refieres cuando las comparas con él.

—No. A eso no.

—Anda, llévame a un lugar más tranquilo. Aquí terminarán por aplastarnos.

Salimos como pudimos de entre la muchedumbre que bajaba del barco, y esperamos allí donde el alboroto empezaba a disolverse. Bajo el omnipresente sol de la tarde, mi ropa, tan inadecuada para los calores pastosos de esta isla, quedó empapada. Incluso ahora, mientras taladro letras en el dormitorio que mi padre me tiene reservado en el ingenio, con todas las ventanas abiertas de par en par, con las estrellas colgadas del cielo como deben estar, continúa pegada a mi cuerpo. Después de una semana bañada en sudor, comprendo que el capitán estaba cargado de razón cuando me advirtió que no encontraría forma de librarme de las humedades del caribe.

Papá fue uno de los últimos pasajeros en bajar del vapor. Buscó entre los congregados a un hombre a su servicio y le dio instrucciones para que rescatase el equipaje mientras él nos conducía a la salida del puerto. Era allí, al resguardo de los ajetreos, donde la larga fila de quitrines esperaba para recoger a los recién llegados a la isla. El calesero, que así llaman aquí a los que conducen los quitrines y calesas, bajó del carruaje y nos saludó animado, eliminando de las palabras algunas consonantes que le estorbaban para inferir rapidez a su discurso.

—*Bienvenía* a Cuba, *señolita*. ¿Cómo está la cosa?

—Muy bien—respondí divertida.

Le alargué una mano, que él estrechó con fuerza y me ayudó a subir. No supe que ya no vestía la chaqueta de galones ni el sombrero ancho con que recibieron a mi madre tantos años atrás, ni que su piel no era negra, sino blanca, ni que sus ojos eran rasgados hasta mucho después.

Aún resuenan en mi cabeza los cascos del caballo golpeando las calles de la Habana mientras Airam guardaba silencio y papá me contaba todo aquello que pasaba a nuestro lado. Embriagada por la mezcla de olores, más a excremento de los animales que tiraban de los carros y carretas que a mar y a frutas tropicales, escuché de sus labios el relato de las largas avenidas, de las calles atestadas de gente, de los grandes ventanales en que los cubanos rondaban a sus amadas, de los puestecillos de fruta que colmaban cada esquina y de la infinidad de hombres y mujeres que recorrían la ciudad con cestos sobre sus cabezas. Con el sol buscando el horizonte llegamos a la plaza Vieja, en la que el cochero detuvo el quitrín y nos invitó a bajar.

No fue larga nuestra estancia en la Habana, solo aquella noche, que quedamos en casa al cuidado de una mujer entrada en años,

descendiente directa —nos explicó— de guerreros angoleños, mientras papá arreglaba no sé qué asuntos, y al día siguiente tomamos el tren para venir a Cienfuegos, la provincia en que según dicen hay más ingenios y plantaciones de caña de azúcar de toda la isla. Y debo reconocer que no deben andar los isleños descaminados, porque Airam no dejó de admirarse por los interminables campos cubiertos de cañaverales que dominaban el horizonte desde un lado hasta el otro, y por los miles de hombres, orientales y negros en su inmensa mayoría, que se dedicaban a cortar y cargar las plantas del azúcar en carretas tiradas por parejas de bueyes.

La Habana distaba poco más de doscientos kilómetros de la región de Cienfuegos, pero el tren de vapor, apenas un carretón y cuatro tablas en forma de asientos, invirtió cinco largas horas de cansino tracatraca en transportarnos hasta la estación adecuada. Allí nos esperaba otro carruaje de dos ejes, más cómodo que el quitrín para los polvorientos caminos en los que nos internamos para alcanzar al fin los aledaños del ingenio Trinidad, del que es propietario papá.

Fue allí, en el altozano en que se dominaban miles de hectáreas de plantaciones y la descomunal fábrica que humeaba los cielos en su centro, donde Airam se sobrepuso a su timidez por primera vez desde el inicio del viaje y le pidió a mi padre que nos dejase bajar para recorrer a pie los últimos metros que nos separaban del ingenio. Aunque no le agradó la idea, al escuchar mis deseos, terminó accediendo.

—A las dos de la tarde servirán el almuerzo —dijo agarrándome en un abrazo y dejándome en el suelo—. No os retraséis, he ordenado que preparen algo especial.

—Allí estaremos.

Papá subió de nuevo y el cochero arreó al caballo, que reinició el trote cuesta abajo en dirección a las edificaciones.

—Este lugar es hermosísimo. ¿Todo es de tu padre? —preguntó Airam impresionado.

—Imagino que sí —dije alargando mi mano en su dirección—. Pero si no me dices lo que ves, no podré compartirlo contigo.

—Tampoco yo sé lo que tú ves. ¿Por qué no pruebas tú a decírmelo?

Tomó mi mano con delicadeza y me condujo hasta el borde del camino, donde las cañas crecían por encima de nuestras cabezas. Acariciando sus largos tallos, que apenas contaban con unas cuantas hojas en su extremo, agudicé los sentidos.

—Veo una suave brisa que silva al cruzar entre las cañas —comencé a decir—, los cantos de un grupo de gente trabajando abajo, en el fondo del valle, el rechinar de los ejes de las carretas, el bufido de alguno de los bueyes que resuena entre los montes, los chasquidos

de un látigo...

—Sí, arrean a los animales con ellos —añadió él—. Desde donde cortan la caña hasta la explanada que rodea la fábrica hay una larga cuesta, y las carretas vienen cargadas hasta los topes. ¿Qué más?

—Un cristal que se rompe a nuestra espalda —seguí diciendo—, una bandada de pájaros que nos sobrevuela entre piares en aquella dirección, el relincho de un caballo... Y los olores. Esos son los que veo con mayor nitidez. La isla no huele como el lugar del que venimos, huele a hierba recién cortada, un olor ácido y dulce a la vez, a aire limpio, a selva y a tierra mojada. Huele como nunca he olido antes.

No dije nada más.

Durante unos minutos, a mi silencio se unió el de Airam, que debió cerrar sus ojos e intentar comprender el mundo a través de los míos. Con ellos abiertos, me devolvió al camino e iniciamos el descenso hacia el ingenio tomados del brazo. Sus palabras me siguieron descubriendo aquello que yo no alcanzaba a ver.

—Creo que ese cristal del que hablas es el arroyo que cruza la finca y se detiene abajo, en una laguna. Han cortado la salida del valle con una represa para que el agua remanse. Las mujeres lavan allí la ropa y la tienden al sol sobre las hierbas altas, y unos niños se lanzan al agua chillando. ¿Los escuchas?

Recreando sus palabras en mi cabeza, no respondí. Me contó entonces que al final del camino se encontraba el ingenio, una fábrica coronada por los penachos de dos altísimas chimeneas que escupían sendos chorros blancos hacia el cielo, como lo hiciera aquella ballena que vimos en alta mar, y que alrededor de los grandes edificios de que se componía, que no supimos reconocer y que ahora sé que son las casas de ingenio, de bagazo y de calderas, había varios barracones y un edificio de planta rectangular sin ventanas. Había también en las cercanías una alta estructura, con un depósito de agua en la cúspide bajo el que pasamos caminando en busca de la vivienda, montones de palmas y otros árboles cargados de peleones loros verdes, y una fila interminable de carros que esperaban pacientes para deshacerse de su carga en las tolvas de la fábrica.

A nuestra llegada nos esperaba Ndenga, una mujer cincuentona de cuerpo robusto y anchas caderas, a la que papá tiene encomendado el gobierno de esta casa. Después de saludar a Airam con un pescozón en la cabeza y contemplar mi rostro, incapaz de aceptar que aquellos cristalinos ojos grises y aquel pelo rubio perteneciesen a una mujer ciega, se abrazó a mí con una fuerza descomunal. Sin embargo, ha sido con su hija Úrsula con quién he pasado la mayoría del tiempo desde que nos instalamos en el ingenio.

II

Lunes, 30 de noviembre de 1891.

Está amaneciendo y Wamba acaba de irse. Aún no consigo dar crédito a lo que esta noche me ha ocurrido. En mitad de la madrugada escaló la pared de la casa y entró en mi alcoba sin ser invitado, con todas las estrellas del firmamento alumbrando la oscuridad que envuelve la plantación, sin haber hecho yo, al menos de forma consciente, nada que lo incitase a actuar con semejante imprudencia. Pero caería en un profundo cinismo si no reconociese que, cuando oí sus pasos amortiguados aproximándose a mi cama, llevaba varias horas con los ojos abiertos, deseando oírlos.

—¿Quién hay ahí? —pregunté con una mezcla de terror y deseo que entonces no pude comprender y que tampoco ahora comprendo.

Nadie respondió a mi pregunta. Tampoco fue necesario. Esa brisa asfixiante cargada de humedad que cruza mi cuarto de noche y de día me trajo su aroma oleada tras oleada. Fueron sus dedos, delicados, indecisos y largos, los primeros que tocaron mi piel. Los posó en mi frente y la recorrió despacio, buscando los hoyuelos de las sienes, descubriendo los primeros centímetros de mi cuerpo como yo descubría los suyos. Me es imposible describir las sensaciones que se apoderaron de mí. Llegando a mis ojos, sentado en la cama, con las yemas rozando los párpados cerrados, se detuvo.

—Quiero ser el primero en hacerte un regalo. Pero me iré si tú me lo pides —me dijo con un hilo de voz.

No fui capaz de articular palabra. Han sido tantos los años pensando que nunca lograría provocar en un hombre lo que provocan otras mujeres, tantas las veces que he deseado sentir lo que esta noche he sentido, que los músculos no han sabido responder a las órdenes dictadas por mi mente, o quizá, dicho de otra manera, que ha sido mi mente la que se ha negado a transmitirles ordenes coherentes. Entendiendo en mi silencio la respuesta esperada, sus dedos han seguido acariciando mis pómulos y me han buscado los labios. Aun sabiendo que su piel imita la noche, que su estirpe proviene de las profundidades de África, atrapada en mi mundo sin luz, no he sabido distinguir diferencia alguna entre el color de su piel y el de la mía, entre el tacto aterciopelado de las rosas que cubre sus labios y el que cubre los míos. Sí he sabido distinguir, sintiendo cómo sus temblorosos dedos buscaban mis senos, notando cómo se tensaban mis areolas al contacto con ellos, la misma fragancia azulada que desprenden las violetas y los lirios del jardín en que tantas veces paseé

tomada de la mano de mamá, aprendiendo los colores con los ojos de ella. Me he preguntado entonces si fueron esas mismas sensaciones las que recorrieron su cuerpo aquella primera noche que pasó junto a papá en Las Yeseras. Pero esos recuerdos, incluso, me atrevo a decir, el oscuro y completo mundo en que me ha tocado vivir, han dado paso a un universo de luz cuando se ha separado y ha vuelto a acercarse sin más disfraz que el sudor que cubría su piel, sin más armas que un susurro apenas audible que pronunciaba mi nombre. Imitándolo, me he desnudado y he pronunciado el suyo: Wamba, el nombre del hermano de Úrsula, del hijo de Ndenga, de la mujer que durante tantos años ha servido a mi padre en la administración de la casa, del descendiente de alguien cuyos antepasados fueron arrancados de las honduras de las selvas del Congo y traídos hasta la isla de Cuba para servir a los blancos en sus plantaciones de azúcar. Abrazados el uno al otro, hemos pasado la noche. Tan desnudos los dos como vinimos al mundo. Y ha sido así, cumpliendo yo los diecinueve, como he recibido por primera vez el regalo que solo me podría haber ofrecido un hombre de veinte. Tampoco él había estado antes con mujeres. En la tribu en que sus abuelos vivieron —me ha contado entre caricia y caricia, susurrando palabras a mi oído—, a su edad ya habría pasado de ser niño a hombre a través de sangrientos rituales y estaría casado con alguna prima cercana. Tanto su padre, ahora muerto, como su madre siempre fueron esclavos. Y también lo fueron él y su hermana hasta hace unos años. Mi padre, del que no ha podido o querido contarme nada que manchase su nombre, anticipó la aplicación de la ley de abolición que promulgó el reino de España, y dos años más tarde, sin haberse cumplido los plazos legales, cuestiones estas que no he terminado de entender, todos los esclavos de sus tierras fueron liberados. Los que así lo desearon, apenas media docena, se marcharon buscando mejores destinos. Los otros, incluyéndose él, su hermana y su madre, permanecieron en las tierras de papá como empleados a sueldo. «Me cortaría en pedazos y me lanzaría a los perros, —ha dicho muy serio— o atraparía mis brazos en un cepo y me dejaría comer por las ratas si supiese que esta noche he escalado las tapias de su casa y he pasado la noche con su más preciado tesoro».

No fueron estos los términos exactos en que Wamba se expresó, que lo fueron más locales y directos, pero sería incapaz de reproducir de mejor forma la dulzura que transmitía el mensaje de un muchacho sencillo criado en el campo, ni sería justo apuntar en mis notas las medias palabras, a veces pronunciadas con faltas de orden y acento cubano, que susurró en mi oído. Pero sí son estas la forma y secuencia en que yo las recuerdo, y es así como las voy a escribir. Tampoco fue su poca experiencia, incluso menor que la mía, si eso

fuera posible, la que se atrevió a dar el último paso. Por el contrario, fui yo la que lo empujé hacia un lado para que se tumbase de espaldas y me coloqué sobre él con la intención de que jamás se olvidase de mí. Durante un tiempo que me pareció infinito, contemplé su rostro a través de mis manos, mientras las suyas, torpes y fuertes, indecisas, buscaban el mío, mientras rodeaban mis pechos erizados y pequeños, mis caderas anchas, anhelantes, buscando ese lugar que me hizo temblar en la cubierta del barco la noche en que me enfrenté a solas a la brisa fría del mar. Y fue en aquel instante, entregados al éxtasis de nuestros cuerpos bañados en sudor, entrelazados como lo deben estar la noche y el día, cuando ese extraño destello de claridad volvió con más fuerza que nunca. Tanta y tan violenta fue mi impresión que incluso estuve segura de que mis ojos eran capaces de ver. Luego, agotados, abrazados el uno al otro, todo pasó. No fui capaz de recordar, de entender, lo que había sentido, lo que, por qué no decirlo en la intimidad de estas páginas, mis ojos creyeron descubrir. Solo quedó su olor fuerte y a la vez delicado llenándolo todo. Una paz que nos sumió en un sueño breve y profundo.

Ahora, de nuevo a solas en mi cuarto, notando que los primeros rayos de sol me roban a hurtadillas el aroma que su piel dejó en la huida, estoy segura de que tampoco yo lograré olvidarme de lo que ha ocurrido esta noche. Quizá por asegurarme de ello, por desconfiar de mi memoria, me he empeñado en ensartar entre los agujeros de estas páginas todo lo que me está aconteciendo en el viaje, como si mis vivencias fuesen una sucesión infinita de mariposas clasificadas por algún coleccionista insaciable, como si el punzón y la pauta que torturan mis dedos cuando me siento a escribir fuesen una caja de alfileres sedientos de sensaciones a las que ensartar. No encuentro otra explicación a mi obsesión que la de encadenar aquello que alguna vez podría olvidar mi cabeza y dejar de existir. Aunque, por otro lado, temo que algún día llegase a perder el diario y fuese encontrado por quien no lo debiera haber hecho, que desvele encuentros como el que ha acaecido esta noche, secretos que nunca desearía ver desvelados.

No tengo ganas aún de bajar la escalera y enfrentarme a un nuevo día entre gentes que apenas conozco, ni sería prudente haber escrito eso que nunca llegaré a olvidar y dejar de escribir aquello que es probable que pronto olvide: las primeras palabras que crucé con el hijo de Ndenga, cuando Úrsula me lo presentó como su hermano mayor.

Aquel día temprano, el siguiente a nuestra llegada a la isla, hace ahora de eso casi dos semanas, papá se había llevado a Airam al ingenio para iniciarlo en las labores de extracción de azúcar y acomodarlo en alguna de las estancias que usan los encargados. De modo que yo no tenía otra cosa que hacer.

Descendía la escalera indecisa, dudando a cada paso del lugar en que estaba, cuando oí a una de las mujeres del servicio venir gritando hacia mí:

—¿Cómo se le *ocul.le bajal* sola la *escalela*, *señolita*? —dijo con este inconfundible acento que me resulta tan difícil de entender y que no intentaré reproducir en lo sucesivo.

—No hay problema —acerté a decir—. Tenemos una igual en casa.

—También esta es su casa. Pero mientras esté con nosotros no se le ocurra bajar sin avisar, que se nos puede caer. Prométamelo.

No tuve tiempo de prometérselo, porque Ndenga oyó el grito y acudió a la carrera.

—Hágale caso —insistió—. Esta escalera es traicionera, más de uno ha rodado por ella. Ande, tómese de mi mano y baje conmigo, que tiene el desayuno en la mesa.

No me quedó más remedio que acatar sus ruegos.

Ndenga despidió a la otra y me condujo hasta la cocina, argumentando que el señor solo usaba el comedor para los almuerzos y las cenas, y que incluso en esas ocasiones, y sobre todo si no tenía invitados y estaba solo en la casa como era costumbre, prefería tomar algo rápido en la cocina y retirarse a su despacho a trabajar o a atender con los capataces los asuntos de los macheteros y los potreros. El día anterior, el almuerzo y la cena encargados por papá fueron demasiado europeos, y mis expectativas culinarias quedaron defraudadas. Por el contrario, el desayuno que Ndenga me ofreció en la cocina fue mi verdadera incursión en las delicias locales, de las que debo decir que no todas me resultaron ligeras. Que ese fue el caso del ajiaco criollo que me ofreció y que me fue imposible tragar en el estado de somnolencia y cansancio en que me encontraba después de un viaje de tres semanas a través del Atlántico. Hubo otras, por el contrario, como los tamales, el maíz fresco y recién tostado, los boniatos bañados en azúcar, el anón, de dulcísima carne blanca y semillas negras —como me aseguró Ndenga—, el zapote, de carne anaranjada no menos dulce, y otros manjares que ya apenas recuerdo. No hizo aquel desayuno más que emponzoñar mi debilitado cuerpo con veneno que me incitaba a volver a la cama y dormir unas cuantas horas más. Pero no había acabado de dar cuenta ni de la mitad de las frutas cuando Úrsula, a la que su propia madre me describió como una niña tres años menor que yo, de piel caoba, con una trenza que le colgaba hasta media cintura y unas insufribles ganas de hablar, vino a buscarme con el encargo de mostrarme la hacienda. Ante la obstinación de ambas no me quedó otro remedio que resignarme a olvidar la cama y acompañarla.

Úrsula me tomó de la mano para conducirme a través de la casa.

Fuera nos esperaba una calesa de dos ruedas y un cochero dispuesto

a atender nuestras órdenes. Subí a ella con la ayuda de Úrsula y nos dispusimos a disfrutar de la mañana. Estoy segura de que quiso poner mis sentidos a prueba, porque intuí que se volvía discretamente para mirarme, buscando alguna señal de que mi ceguera fuese fingida.

—Señorita Andrea, tiene unos ojos preciosos —manifestó con un acento más llevadero que el de su madre—. Parece imposible que no pueda ver.

—No eres la primera que lo cree. Pero no hay duda de que soy ciega de nacimiento. Nunca he visto la luz.

—Mamá dice que se parece a la señora Laura, a su madre de usted.

—¿Ndenga conoció a mi madre? —pregunté sorprendida.

—Cuando Laura vino a Cuba, ella cortaba caña en el ingenio como machetera. Incluso estuvo en su boda.

—No me digas... ¿Invitaron a los trabajadores?

—No es eso —rio ella—. Como sabrá, sus padres se casaron en la Habana, en la catedral de San Cristóbal. Pero el banquete se celebró aquí y Ndenga fue una de las elegidas para servirlo. Dice que allí la vio por primera vez. Hubo montones de invitados de todas las fábricas y los cafetales de los alrededores. Mi madre tendría poco más de treinta años y ningún hijo. Ni mi hermano ni yo habíamos nacido. De modo que yo no pude conocerla.

—¿Tienes un hermano?

—Cuatro años mayor que yo. Y muy guapo —aseguró.

—¿Él también es...? Ya sabes —pregunté sin atreverme a terminar la frase.

—¿Mulato como yo? No, él es negro. Solo somos hermanos de madre —dijo, volviendo luego la cara hacia el camino.

Pensé ingenuamente que se avergonzaba del color de la piel de su hermano. Pero tras una breve reflexión, cayendo en la cuenta de que el padre de él era negro y el de ella blanco, me vino a la cabeza otra posibilidad más escabrosa.

El carruaje cambió de ritmo y un silencio incómodo se interpuso entre ambas. La breve pausa le debió servir para organizar las ideas, y sus siguientes palabras me hicieron comprender que es una mujer muy inteligente.

—No debe temer, señorita Andrea—dijo más seria—. Yo no soy hermana de usted. Su padre jamás tuvo ojos para otra mujer que no fuese su propia esposa.

—Me has malinterpretado —alegué al sentirme descubierta.

Por el calor de su aliento supe que volvía a escrutar mis ojos. Sin poder reprimir el impulso, levanté las manos en su dirección para saber cómo era. Ella las agarró con fuerza y se las llevó a la cara. Así supe que es una muchacha de rasgos delicados, de labios gruesos, de pelo rizado, de ojos grandes. Ni el menor rastro de maldad o

resentimiento en aquella piel tersa, en el olor que desprende su cuerpo. Tuve entonces la certeza de que su destino y el mío estaban unidos.

—No voy a mentirte —añadí arrepentida—. Sí que pensé eso que dices. Deberás disculparme.

Úrsula no respondió, pero estuve segura de que me dedicaba una sonrisa sincera.

—¿También tu padre trabaja en el ingenio? —añadí.

—¿Mi padre, dice? No, ya no. Ndenga siempre fue muy guapa y tuvo la desgracia de enviudar joven. En aquella época acababa de llegar un nuevo capataz, y de inmediato se encaprichó de ella. Mi madre lo rechazó varias veces, pero una noche la sorprendió sola y la tomó por la fuerza. Luego ese hombre, mi padre, comprendió que el señor Conrado se lo haría pagar, de modo que robó un caballo y desapareció para siempre. Me temo que la mía es una historia triste.

—Cuánto lo siento.

—Nadie ha vuelto a saber de él desde entonces. Pero es agua pasada. Hoy no deseo hablar de él.

—De acuerdo. Dime, que se divisa desde aquí —me apresuré a decir para cambiar de tema—. Recuerda que si pretendes que contemple lo que nos rodea, deberá ser a través de tus ojos.

—Lleva razón. Es que la miro y no puedo evitar olvidar que es ciega.

—Pues dime.

—Verá, le he dicho al cochero que nos lleve a la parte alta de la hacienda. Desde allí se divisan otros ingenios.

—¿Es que hay más en los alrededores?

—¡Señorita! —se sorprendió jocosa—, hay cientos de chimeneas lanzando sus penachos de humo al cielo. Toda la isla está llena de ellos.

—Vaya... No termino de imaginarlo.

—Yo se lo contaré cuando lleguemos arriba.

—Tal vez mi padre me lleve a visitar algún otro. ¿Son todos iguales?

—No creo que lo haga.

—¿Por qué lo dices?

Úrsula pareció dudar sobre si debía continuar su conversación por aquel camino. Por un rato se limitó a dejar que la calesa nos bambolease a un lado y a otro.

—El señor Conrado consiguió hacerse con inmensos cañaverales y construyó uno de los mayores y más modernos ingenios —explicó al fin—. Por eso se enemistó con los otros propietarios, porque vendía el azúcar más barato... Bueno, por eso y porque decían que no trataba a sus esclavos con mano dura, que daba mal ejemplo.

—No te entiendo.

—Yo no viví aquel tiempo, pero era costumbre castigar severamente a quien se rebelaba contra su amo. Según Ndenga, el señor Conrado pocas veces lo hacía, y en esos contados casos solo por guardar las apariencias.

—Me alegro de que ese trato haya acabado.

—No del todo —reparó Úrsula—. En algunos ingenios las cosas siguen más o menos como siempre.

—¿No lo denuncian a las autoridades?

—Sería peor. Los despedirían y no conocen otro oficio que el de cortar caña. Nadie da trabajo a un chivato. La mayoría de los afectados no saben ni leer, no tendrían otra forma de ganarse la vida.

—Pero papá me ha dicho que aquí todos aprendéis a leer.

—Sí, el señor Conrado se preocupa de traer a alguien por temporadas para enseñar a los pequeños. Yo asistí a esas clases hasta que aprendí las letras, pero hace años que no las tomo. Ndenga dice que lo que necesito es hablar menos y buscar un marido con quien tener hijos. Pero yo no voy a tenerlos.

Dejó de charlar y se incorporó para otear los alrededores.

—Nos detendremos aquí —le ordenó al cochero levantando la voz.

El del pescante tiró de las riendas y una nube de polvo nos alcanzó.

Úrsula me ayudó a bajar. Caminamos unos cuantos metros pendiente arriba, y me invitó a sentarme sobre una roca plana.

—Aquí es—dijo—. Desde este sitio se domina la región.

—Cuéntamelo.

—Es un valle grande y verde, donde se pierde la vista. No tiene fin. Salpicado de caminos y de fábricas. Hay bruma, pero aun así se ve el humo de montones de chimeneas ascendiendo hasta el cielo.

—¿Cuántas?

—Veamos... —musitó Úrsula recitando en voz baja—. Puedo contar hasta diecinueve. Las más lejanas se confunden con el cielo. Hay días en que se ven incluso más.

Un vientecillo fresco sopló a nuestra espalda. La hierba que nos cubría los pies y las ramas de los árboles murmuraron agitados, y un aroma resinoso, intenso y dulzón, nos envolvió por momentos.

—¿Qué olor es ese tan agradable?

—Ah. Deben ser los jatayvas. Estos bosques están infestados de ellos.

—Nunca supe de nada parecido. Me encanta.

—Es un árbol medicinal. Wamweru afirma que es el portal de sus dioses, el más poderoso de la isla.

—¿Wamweru es tu hermano?

—Pero ¿qué dice, señorita Andrea? —soltó en una carcajada—. ¿Cómo va a ser mi hermano? Wamweru es una vieja más antigua que

el mundo.

No terminé de comprender sus palabras. Le devolví una sonrisa de desconcierto y esperé a que me lo aclarase.

—Esa mujer lleva viviendo en la isla más tiempo que cualquiera de nosotros. Ella dice que nació a finales del siglo pasado, pero todos creen que es mentira, que tiene cientos de años, que de alguna forma ha aprendido a esquivar la muerte. Hay veces que yo también lo creo. Los *mambo* pueden hacerlo.

—¿Quiénes?

—Los mambo, Wamweru lo es —afirmó, sus ojos en los penachos del valle, sus manos acariciando la trenza—, una sacerdotisa. Los blancos creéis que los negros somos cristianos porque los domingos vamos a misa. Pero estáis equivocados, la mayoría de nosotros seguimos practicando las religiones de nuestros antepasados. Un mambo es un intermediario que invoca a los *loa* para que estos intercedan por los hombres ante Bondye, nuestro Creador.

—¿Tú crees en esas cosas?

—Claro que sí. Nuestros dioses son más antiguos que los suyos. Y más fuertes. Pero solo cuando lo deciden. Lo que ocurre es que los hombres les interesan poco, por eso hablamos con los loa, los espíritus inferiores. Ellos sí nos escuchan.

—Quiero conocer a esa vieja —le dije intrigada.

—No se lo recomiendo —respondió acercándose a mi oído y bajando la voz para que el calesero, que rondaba las cercanías, no la oyera—. Esa mujer está poseída. Tiene demasiado poder, no es buena.

—No te creo —dije—, solo intentas asustarme. Pídele al cochero que nos lleve a su casa. Deseo conocerla.

—Aunque quisiera, no podría llevarla con ella. No vive en este ingenio, sino en el de al lado. En el ingenio La Esperanza. Ramiro, su dueño, es uno de los pocos que aún se habla con el señor Conrado, pero no deja que se la moleste si no es por algo importante.

—¿Tú has hablado con ella alguna vez?

—Aquí todos lo hemos hecho. Mi hermano me ha llevado a sus ceremonias. Su magia no es buena, es magia negra, la más antigua de todas. La más peligrosa —murmuró entre dientes—. Olvídela.

Como estaba claro que no deseaba hablar más sobre el tema, dejé de insistir. Aquella era la primera mañana que pasaba en el ingenio de papá, y ya era consciente de que quedaba mucho por descubrir. No sabía si la idea de que Úrsula me sacase a pasear fue de Ndenga o de papá, pero era la persona adecuada para que me pusiese al corriente de todo lo que acontecía en la finca.

—Sigue contándome —le pedí—. Hasta ahora solo sé que desde aquí se divisan diecinueve fábricas de azúcar.

—Perdone, continúo olvidando que no puede ver... También se

divisan todos los edificios del ingenio. El más grande, pegado a la falda de la colina, es la vivienda del señor Conrado, pero esa ya la conoce. A la derecha están los barracones de los negros...

—¿Los llamáis así?

—Sí. Ese es su nombre de siempre. Las cocinas están en el centro de un patio grande y los barracones forman un rectángulo a su alrededor con una sola salida.

—Ahora lo recuerdo. Airam me habló de ellos a nuestra llegada. ¿Por qué no tiene ventanas ese edificio?

—Sí que las tiene, pero solo hacia dentro. Se construían así para que los esclavos no se fugaran por la noche, con las ventanas y las puertas hacia el patio interior. Los capataces cerraban el portón de salida cuando regresaban del trabajo y no lo abrían hasta que volvía a clarear. Pero una tapia no es frontera para un negro joven, y algunos se fugaban y se convertían en cimarrones para luchar contra sus amos.

—¿Eso ocurre ahora?

—No. Hace tiempo que la puerta siempre permanece abierta. Pero los barracones siguen teniendo las ventanas al interior y todo el mundo se refiere a ellos como los barracones de los negros.

—Entiendo. Continúa por favor. ¿Qué más ves?

—Más allá están los corrales de los cochinos y los bueyes, y las caballerizas. Del otro lado, la carpintería, la enfermería, el cuarto del maestro y un huerto donde algunos crían hortalizas y tabaco. En el centro de la explanada están las casas de bagazo, la casa de calderas, el horno de cal, las chimeneas y la casa de ingenio. La explanada y los edificios apenas son una mancha entre las interminables selvas de caña que se pierden en el horizonte, entre decenas y decenas de ingenios que cubren el cielo con el humo de sus chimeneas. ¿Es capaz de imaginarlo?

—Creo que sí.

Ante mis ojos se dibujó entonces un mar de verdor en el que navegaban decenas de barcos incapaces de llegar a puerto, surcando las olas mansas que el viento hacía progresar entre las hojas más altas, ballenas varadas que escupían chorros de humo como lo hacían los burros de Airam. Miles y miles de peces, de piel tan oscura y fría como las sombras de los sótanos de casa, que saltaban de un lado a otro acuciados por insaciables tiburones blancos, por bestias que devoraban a sus víctimas en las noches sin luna, por hombres que disfrazaban sus almas negras con las luces del sol. Fue en aquel preciso momento, sentada junto a Úrsula, en cuyo corazón no supe encontrar el rencor, cuando comprendí el motivo por el que mamá debió terminar odiando esta tierra y volviendo a Sevilla cuando tuvo oportunidad. Fui yo, y no Úrsula, la que aquella primera mañana que pasé en el ingenio se sintió avergonzada del color de su piel, de los

colores que la vida me negó quizá como castigo por haber sido concebida en un lugar en el que la libertad de miles de hombres no fue respetada por el mero hecho de tener un color diferente.

—Me alegro de que la esclavitud haya terminado. ¿Sabréis perdonarnos?

Úrsula guardó silencio. Dejó de contemplar la distancia y noté que sus ropas crujían al volverse hacia mí. Mi piel, liberada desde su nacimiento de los inmisericordes rayos de sol y de los trabajos en el campo, mis ojos claros y mi pelo largo y rubio, debieron parecerle rasgos tan diferentes a los suyos que necesitó meditar la respuesta durante unos segundos que me resultaron eternos.

—Señorita Úrsula, yo no tengo nada que perdonar —dijo con una voz firme que me convenció de que no estaba hablando con una niña de dieciséis, sino con una mujer inteligente y resuelta—. Recuerde que solo la mitad de la sangre que recorre mis venas es negra, la otra mitad es tan blanca como la suya. Mi padre es tan culpable de las injusticias a las que han sido sometidos los hombres de África como inocente es mi madre de haber sido esclavizada. El señor Conrado siempre nos ha tratado con respeto y nos ha hecho sentir como de la familia. Usted no tiene nada de qué avergonzarse.

—No sabes cuánto agradezco tus palabras —dije levantando las manos para rozar sus mejillas.

En esta ocasión, Úrsula no las condujo hacia su cara, sino que las apartó de un manotazo y me abrazó. Al son de la brisa que ascendía desde el valle, el olor de su pelo, en el que creí reconocer un hálito de romero, se mezclaba con el de aquellos jatayvas que tan prodigiosos parecían ser.

Se separó de mí y volvió la vista al frente, quizá dudando de si había hecho bien en abrazarme de una forma tan impulsiva.

—¿Querrás hacerme una promesa? —le dije emocionada.

—Claro, lo que me pida.

—No me trates de usted, ni se te ocurra volver a llamarme señorita. A partir de ahora seremos dos buenas amigas.

—De acuerdo. Te lo prometo.

El calesero se acercó y nos preguntó si deseábamos continuar con el paseo. Úrsula se levantó de la piedra y tomó mi mano para guiarme.

—¿Te gustaría conocer a mi hermano? —preguntó de improviso.

—¿A Wamweru? —bromeé.

—No, tonta —dijo con una nueva carcajada—. Mi hermano se llama Wamba. Estará del otro lado de la colina, pero deberemos descender y rodearla. Por aquí no podremos seguir, no hay caminos decentes.

—De acuerdo —respondí—. Vayamos en su busca.

Ya acomodadas, el carruaje comenzó a descender a más velocidad

de aquella con la que había ascendido.

—¿Wamba también es machetero, como lo era tu madre?

—Qué va. Hace años que es el encargado de los bueyes y de las caballerizas.

—Vimos los carros cargados al llegar. Airam me dijo que estaban cosechando del otro lado de la hacienda.

—Allí es donde cortan ahora. Pero esa caña no es para producir guarapo, en esta época apenas daría azúcar.

—¿Y para qué es?

—Para las nuevas plantaciones. Las matas de caña solo dan tres o cuatro cosechas. Después hay que arrancarlas y volver a plantar otras. El invierno es la mejor estación para hacerlo. Cortan las cañas jóvenes en trozos y las entierran. En el valle lo hacen a chorrillo, quiero decir en largas hileras, y en las colinas las hincan mateadas, como ahora podrás comprobar.

Al terminar la bajada y ascender por la vertiente opuesta, el caballo aminoró la marcha, y Úrsula, apretada contra mí a causa de la fuerte pendiente, me fue narrando lo que sus ojos veían. Decenas de cuadrillas de hombres y mujeres se dedicaban a acarrear las cañas desde las carretas que esperaban en los caminos hasta los lugares más empinados. Allí, hombres más jóvenes las cortaban con sus machetes y las hincaban en los hoyos que iban horadando en la tierra. A aquellas alturas de la mañana, según me dijo, el verdor de las puntas de las cañas simulaba la barba verde de un viejo que hubiera descuidado el afeitado durante semanas.

A media ladera, la calesa, atascada entre las carretas que transportaban la caña, se detuvo para dejar paso al murmullo de centenares de trabajadores y al canto indescifrable de un grupo de ellos. Úrsula se levantó de su asiento desequilibrando la calesa para lanzarle un saludo a alguien con la mano.

—Ahí viene. Me dijo al volverse a sentar.

Mientras esperábamos, el aroma a tierra mojada y a vegetación recién cortada luchó sin éxito por imponerse a las oleadas de olor proveniente de los trabajadores, empapados de sudor. Unos pasos se aproximaron al carruaje.

—Ven aquí, Wamba... —ordenó Úrsula—. Esta es Andrea, la hija del señor Conrado. Le he hablado de ti y ha insistido en venir a conocerte.

Aunque las palabras de Úrsula no contenían más que una media verdad, no quise contradecirlas. Me incorporé y alargué la mano. Pero debo reconocer que, por una vez, quizá por el sigilo con que se había aproximado, erré en la dirección en la que mi interlocutor se encontraba. Solo al contacto con la suya comprendí que el ángulo no era el adecuado.

—Encantado de conocerla, señorita —respondió él, buscando reponerse de mi mirada—. Hace un día precioso. Espero que esté disfrutando del paseo con mi hermana. Cuídese de ella, habla demasiado.

Úrsula respondió con una queja contenida.

—Yo también me alegro de conocerte.

No solo su silencio, sino el de todos los que trabajaban en los alrededores, nos sacó de nuestra mutua contemplación. Wamba debió reparar en que todos nos observaban.

—Si no manda nada más, debo volver al trabajo. Hay que hacer circular los carros vacíos para que puedan llegar los llenos. Quizá otro día nos veamos por aquí.

—Seguro que sí —respondí.

Wamba dio un cachete a la grupa del caballo y el calesero lo condujo entre los bueyes hasta que nos sacó del atasco. Unos metros más allá volvíamos a descender por el lado opuesto. A nuestra espalda, las voces y los cantos retomaron su ritmo original.

—¿Qué te ha parecido? ¿A que es guapo? —me preguntó entonces.

—Bueno, podría decir de él que tiene una voz bonita y una mano fuerte —bromeé.

—Anda, lo siento. Ahora caigo en que debí pedirle que se acercase para que pudieses ver su cara.

—No debes pedir esas cosas por mí, no a todos les gusta que les toque un extraño.

—Qué tontería. A Wamba no le hubiese importado.

Ahora comprendo que debió aprovechar nuestra vuelta al ingenio y su capacidad de convicción para pedir permiso a mi padre, porque aquella misma tarde Wamba acudió a la casa para recogerme un par de horas antes de la puesta de sol.

No debió hacerlo.

Úrsula no debió presentarme a su hermano ni pedirle que me montase a la grupa de su caballo para dar un paseo y bajar hasta el río, porque ese fue el detonante de lo que ha ocurrido esta noche.

Tampoco mamá habría permitido que los tres días que le restaban a mis diecinueve se agarraran a la cintura de los muchos que le sobraban a los veinte de Wamba y cabalgaran como lo hicieron aquella tarde, como lo hicimos nosotros aspirando el olor el uno del otro, con los cascos golpeando la tierra apelmazada del camino, con el viento ondeando nuestros cabellos y un mundo entero por descubrir, con mi cuerpo anhelante abrazado a su torso desnudo. Fue aquella tarde cuando mi antiguo deseo de comparar una piel con otra quedó colmado con creces, porque entonces comencé a comprender que no había diferencia alguna entre el blanco y el negro, que el mundo en que nacemos los ciegos es tan pleno como lo pudiera ser el de aquellos

con ojos rebosantes de luz. Sin embargo, he necesitado esperar hasta esta noche para saber que las pasiones no están hechas solo de aromas, sino que también, y, sobre todo, de color, el color picante del laurel recién podado, el blanco impoluto del azahar entretejido en el verdor del naranjo, el rojo intenso de las rosas que enciende el corazón, el azul de su piel tersa y sudorosa abrazada a mi piel.

No seguiré torturando mi memoria con algo que, por más que lo pretenda retener, siento para siempre perdido. Ahora que he terminado de disecar mis recuerdos entre el alcohol de estas páginas y el alfiler de mi punzón, debo dejar de escribir. El sol empieza a colarse a raudales por mi ventana y parece que papá acaba de regresar de la Habana. Después de dos días ausente, imagino que los negocios que le aguardaban allí han quedado resueltos y se ha acordado de que en este viaje me ha traído con él, de que debe prestarme cierta atención. Siendo así, no me queda otro remedio que cerrar el diario y enfrentarme de la mejor forma que me sea posible a las frivolidades de un cumpleaños alejada de mamá.

III

Martes, 15 de diciembre de 1891.

Por primera vez desde que llegamos a la isla, los nubarrones se han instalado en el cielo con intención de quedarse. Una lluvia persistente ha empapado los campos durante toda la noche y los habituales ruidos han sucumbido bajo su inagotable e hipnótico tamborileo. Según me aseguró Úrsula cuando subió a traerme el desayuno, esta mañana nadie ha salido a las plantaciones a trabajar. Incluso papá, que se las apaña para ausentarse de casa a cualquier hora, sigue encerrado en su cuarto, ahogado bajo montañas de documentos, papeles de aduana y libros de cuentas. Tan solo el ingenio, que nunca deja de emitir su cansino runrún, sigue en plena actividad. El aguacero es un grave inconveniente que ni Wamba ni yo previmos. Temo que pueda dar al traste con lo que tenemos planeado esta noche.

En uno u otro caso, ha transcurrido demasiado tiempo desde que papá me reveló el verdadero motivo de nuestro viaje y no deseo aplazar más el plasmarlo en estas páginas. En el caso de que llegada la noche consigamos salir sin ser descubiertos, tendré otras historias que escribir. De modo que allá voy.

A los pocos días de llegar a la isla, y van muchos desde entonces, cumplí los diecinueve. Habíamos pasado la mañana y parte de la tarde simulando un cumpleaños feliz: un almuerzo preparado por Ndenga hasta en el más mínimo detalle, doce invitados, la mayoría hombres que transformaron con sus cigarros el aire del comedor en un fluido denso e irrespirable, una larguísima sobremesa amenizada por un pianista venido de Matanzas, y un número enfermizo de conversaciones estúpidas que no versaron sobre otros temas que no fuesen las malas cosechas de los últimos años, sobre los continuos errores que estaba cometiendo el gobierno para contener no sé qué tipo de levantamientos y, cómo no, sobre los preciosos y desgraciados ojos de la hija de Conrado. Pero no fue hasta la caída de la tarde, con la casa ya vacía de invitados, cuando Papá me propuso dar un paseo por los alrededores. Agotada, intenté negarme. Pero mis súplicas apenas consiguieron retrasar lo inevitable. Me despedí de él con la promesa de acompañarlo cuando me hubiese repuesto y subí a mi alcoba un par de horas.

A las seis y media acudió a buscarme.

Los días de invierno en el trópico son tan cortos como en la península, y a las siete es noche cerrada. Pero él sabía que ni yo

necesitaba la luz para caminar ni él para decirme lo que habría de decirme. Me agarró del brazo y echamos a caminar hacia la colina.

—No sabía que te gustase pasear al atardecer —le dije sin ganas de acompañarlo—, y menos de la mano de tu hija.

Él guardó silencio. Acabábamos de salir de la casa y debió pensar que quienes merodeaban por los alrededores podrían oír sus palabras. Eso no me impidió reconocer que las mías habían sido crueles, mucho más, sabiendo del esfuerzo que se había tomado en organizar un día especial para mí. Pero seguía estando cansada y, por añadidura, la certeza de que mamá se encontraba postrada en la cama mientras nosotros nos divertíamos me rondó la cabeza varias veces a lo largo del día, haciéndome sentir desleal. Cuando dejamos atrás los barracones, le rogué que aguardase. Sus ojos me debieron contemplar a la luz mortecina de los últimos rayos. Aunque sabía que no era hombre dado a mostrar sus sentimientos más allá de lo estrictamente necesario, no pude reprimir levantar mis manos y acariciarle el rostro. Una lágrima fría le surcaba la cara.

—Lo siento, no debí decir eso. Soy una desagradecida.

—No es culpa tuya. Te traje aquí en contra de los deseos de tu madre y no te he atendido como mereces desde que llegamos. Debo ser yo el que pida perdón.

En un arrebato lo estreché entre mis brazos. No estoy segura de si lo hice por perdonarlo a él o si fue por perdonarme a mí misma, por haber traicionado su confianza en mí a las pocas noches de haber llegado, por entregarme a un hombre sin apenas conocerlo. Él correspondió mi abrazo. Me apretó con delicadeza y luego me tomó de la mano para continuar caminando.

—Al menos espero que Úrsula te haya atendido en mi larga ausencia.

—Es un encanto... Y no para de hablar. Por ella sé todo lo que hay que saber de la hacienda. Hasta me ha explicado cómo se planta la caña: a veces a chorrillo y a veces mateada.

Papá lanzó una carcajada contenida y continuamos caminando pendiente arriba. A nuestra espalda, las voces de los empleados se gastaron, y los ladridos de los perros y los relinchos de los caballos se fueron transformando en ecos lejanos.

—Estoy de acuerdo contigo, esa niña es un encanto. En su familia todos lo son. Ndenga crio a sus hijos sin enseñarles lo que era el rencor. No todos por aquí lo hacen. Ese fue el motivo por el que decidí que entrara en el servicio de la casa.

—Me ha contado que celebrasteis aquí el banquete de boda, que sus padres aún no eran libres y que Ndenga fue elegida para servir a los invitados.

—Ella aún no había nacido, me sorprende que te haya hablado de

eso.

—Dime, ¿es verdad?

—No estoy seguro de entender tu pregunta.

—Quiero saber si por entonces tus trabajadores eran esclavos.

—Yo prefiero usar el término *patrocinados*. Al fin y al cabo, esa es la forma en que el estado siempre se ha referido a ellos. Excepto una minoría que compró su libertad, he de decirte que sí. En aquella época todos los trabajadores negros lo eran.

—Wamba me ha dicho que tú fuiste uno de los primeros en liberar a... Bueno, a tus patrocinados, que por eso la mayoría se quedaron en tus tierras.

—Wamba, veo que también su hermano te ha hablado de ello —dijo pensativo—. Sí, yo fui uno de los primeros en declararlos libres.

—¿Por qué lo hiciste?

—Era algo que llevaba pensando desde que tu madre pisó la isla. La esclavitud era la única forma de trabajo que existía en las Antillas cuando llegué aquí por primera vez, y terminé por aceptarlo como algo natural. Aunque, debo decir en mi descargo, si es eso lo que te importuna, que nunca traté mal a la gente que estaba bajo mi protección. En Puerto Rico tuve la ocasión de trabajar codo con codo con cientos de hombres negros en las plantaciones de café, y sabía lo que era ser sometido a las humillaciones y los castigos de los amos más severos. Cuando conseguí salir de la pobreza y comprar mis primeras tierras, resolví que yo no podía ser como ellos. Sin embargo, al poco de casarnos, tu madre me hizo ver que no bastaba con tratarlos bien, sino que los hombres debían ser liberados. Pero la situación era complicada y no me atreví a enfrentarme abiertamente a los propietarios de los alrededores. Ese fue el auténtico motivo por el que Laura terminó por regresar a Sevilla. Cuando el rey proclamó oficialmente el cese de la esclavitud en Cuba, encontré la oportunidad de liberarlos.

—Entonces debieron hacerlo todos. ¿Cómo es que solo los liberaste tú?

—Intentaré explicártelo —dijo resignado a mi interrogatorio—. La ley de abolición fue dictada por Alfonso XII hace unos diez años, creo recordar que en 1880. Pero la publicó obligado por las circunstancias, no tenía demasiada prisa en que se hiciera efectiva. En ella daba a elegir entre varias formas de extinción. Una de ellas era por indemnización del esclavo al patrono de cincuenta pesos anuales durante ocho años, que muy pocos se pudieron permitir. Otra, por renuncia del patrono a sus patrocinados, que fue la manera que yo preferí. Sin embargo, la inmensa mayoría de los ingenios de la isla se acogieron a la tercera forma de extinción, que se aplicaba por cuartos en función de la edad: a los dos años de la promulgación, la cuarta

parte de los esclavos quedarían libres, dos años después otra cuarta parte, y así hasta que a los ocho años todos fuesen libres.

—Creo haberlo entendido.

—Pese a acogerme a la mejor forma que encontré de aplicar la ley —añadió abatido—, ya era tarde. Hacía años que tu madre se había cansado de Cuba y la había abandonado. No permitió que nacieses aquí.

Caminé de su mano un rato más, sin atinar a encontrar palabras que lo consolasen.

Los ladridos de los perros y el rumor del ingenio apenas eran ya un recuerdo. Mi mundo se reducía al calor de sus dedos apretando los míos, a los aromas emanados por la vegetación, a nuestros pasos amortiguados, al piar de las primeras aves nocturnas que revoloteaban a nuestro alrededor.

—Si el Estado no tenía interés en abolir la esclavitud, ¿por qué dictó la ley? —pregunté para sacarlo de sus cavilaciones.

—Eso es algo más complicado de explicar.

—Si me has traído para que entienda esta tierra, necesito saberlo.

Papá vaciló. Como supe poco después, no me había invitado a pasear para hablar de la ley de abolición. Pero en cualquier caso decidió satisfacer mi curiosidad.

—Supongo que un motivo fue la presión de Francia y de Inglaterra —me explicó—. Los esclavos, en su mayoría hombres jóvenes y fuertes, eran traídos desde África, y eso estaba reduciendo de forma alarmante la mano de obra en aquel continente, donde ellos tenían sus colonias, y se enfrentaron a nuestra nación para que dejase de capturarlos. España intentó cambiar los hombres negros africanos por blancos de la península, pero estos no aguantaban las largas jornadas de trabajo bajo este calor asfixiante. Aunque la esclavitud desapareció en otras actividades, no lo hizo en la agricultura, donde eran necesarios hombres de gran resistencia física. Por otro lado, en los últimos años a Francia e Inglaterra se les estaban uniendo otros países por motivos similares, y la presión era cada vez mayor. Los barcos españoles que venían cargados de esclavos se veían acosados en alta mar por los corsarios ingleses y por otras armadas. Sin embargo, la ofensiva internacional no fue el único motivo que llevó al reino de España a promulgar la abolición, sino que hubo otro de más peso. Hacía décadas que los viejos propietarios locales de ingenios, sobre todo los criollos, descendientes de españoles y nacidos en la isla, se quejaban de los altísimos impuestos que la corona española les obligaba a pagar, y pensaron que su solución era la independencia. Ese pensamiento hizo que las revueltas contra la autoridad impuesta fuesen cada vez más frecuentes. Te hablo de hace bastantes años, porque esto comenzó a ocurrir a poco de mi llegada. ¿Me sigues?

—Sí. Me he pasado la tarde escuchando las conversaciones de tus invitados. No hablaban de otro asunto.

—Bien. Esos movimientos fueron creciendo con el paso del tiempo, y fue fácil persuadir a los hombres negros de que la independencia también acabaría con la esclavitud. El movimiento traspasó así la frontera del color de la piel. Todos los esclavos de la isla simpatizaron con las nuevas promesas, y los propietarios que apoyaban las revueltas vieron en esto una enorme fuerza con la que combatir. Con el tiempo, otros terratenientes se embarcaron en la lucha. Llegaron incluso a proclamar una república y la libertad de los esclavos. Pero el levantamiento fue reprimido con rapidez por el Ejército español, y la mayoría de ellos acabaron encarcelados o arruinados.

—En ese caso —intervine—, si fueron vencidos, el problema quedó solucionado. ¿Por qué necesitó la corona española recurrir a la abolición?

—Te equivocas. El problema no estaba solucionado, sino aplazado. Dos años después los alzamientos volvían a ser insostenibles. Fue entonces cuando España aprobó la ley. Ya ves que su publicación no respondía a cuestiones piadosas, sino que solo pretendía desmovilizar a la población negra y esclava, ponerlos del lado de la corona.

—Qué decepción. Hubiese preferido una liberación de los esclavos por convencimiento, no por obligación... Y dime, ¿en estos once años transcurridos desde la promulgación de la ley se ha conseguido que los hombres y mujeres liberados estén del lado de la Corona?

—Hija, me temo que no. Desde entonces los alzamientos no han cesado. Y no solo eso. Muchos propietarios están buscando a los americanos como nuevos aliados para reclamar la independencia. Quizá piensen que con ellos les irá mejor que con los españoles. Estados Unidos compra ahora casi todo el azúcar que se produce en Cuba y la mayoría del dinero procede de aquel país.

—¿De los americanos? Creí que el mercado del azúcar estaba en Europa.

—Ahora no. Ahora en Europa el azúcar de remolacha es más barato.

—¿Tú nunca te uniste a ese movimiento del que me hablas?

—No. Nunca compartí sus aspiraciones. Desde un principio, mi obsesión fue hacer dinero para sacar a mis padres de la pobreza. Y la verdad es que he conseguido más del que esperaba. Pero ahora sabes que me ha servido de poco. Ellos murieron sin poder disfrutarlo y tu madre acabó lejos de mí.

—No digas eso. Tus viajes te sirvieron para conocerla.

—Sí, al menos sirvieron para que nuestros destinos se cruzasen.

—¿Fue entonces cuando compraste nuestra casa de Sevilla, al conocerla?

—No. Fue unos años después. Cuando mamá quedó embarazada de ti y regresó a la península. No quise que me ocurriese lo que me ocurrió con mis padres. Compré una vivienda antigua en el mejor barrio que encontré y la doté de todas las comodidades. Nos mudamos a ella unos meses después de tu nacimiento y procuré llevar el ingenio desde ella. A los pocos años comprendí que me sería imposible, que si no regresaba, lo perderíamos todo. No nos lo podíamos permitir. Cuando cumpliste los tres meses, regresé solo aquí. Ahora me lamento de ello, de haber confiado vuestro cuidado durante tantos años al servicio de la casa, a las institutrices y a los maestros que han pasado por ella.

—No debes arrepentirte —aseguré—. Lo has hecho lo mejor que has podido.

No sé si creyó en mis palabras o si seguía sintiéndose culpable. En cualquier caso, no respondió. Habíamos llegado al punto más alto de la colina, donde, según me dijo, hacía años mandó construir una explanada rodeada de bancos. Tiró de mi mano y nos sentamos en uno de ellos.

—A mamá le gustaba contemplar los atardeceres desde este lugar.

—En ese caso, hemos llegado tarde. Hace rato que añoro el calor del sol. Debe haber anochecido.

—Estás en lo cierto. Pero te ruego que aguardes unos minutos más. He querido que me acompañases hasta aquí y a esta hora porque tengo algo importante que contarte. Algo para lo que necesito tu permiso. Cuando eras una niña, mamá decía que solo aliada con la oscuridad podía entrar en tu mundo. Quizá yo también sepa hacerlo a estas horas de la noche.

Su declaración me alcanzó desarmada, mis ojos se humedecieron evocando aquellos recuerdos. Nunca pensé que mamá pudiese haber compartido con él nuestros momentos de complicidad. Las palabras que le dediqué unos minutos antes se hincaron aún más en mi corazón. Sentados uno junto al otro en la cúspide de la colina, retrepados en el respaldo de madera, aguardé como me pedía. En la quietud del momento imaginé una vez más el verdor de la caña extendiéndose frente a nosotros, los caminos ribeteados de altas palmas que parten del ingenio en todas direcciones, rayando el paisaje con sus tonos dorados, las montañas que, tal como me explicó Wamba, se alzan al oeste y retienen las borrascas entre la espesura de sus selvas, los vientos alisios que soplan desde el este en los meses lluviosos, los manglares que hunden sus raíces en las zonas pantanosas de la costa, las plantaciones de tabaco que en los últimos tiempos comienzan a ganar terreno entre las fincas de azúcar, la Habana, escondida tras las montañas, disputando sus aguas entre barcos de banderas españolas y americanas. Imaginé a las familias negras que

descansaban de una dura jornada en sus barracones, o se congregaban alrededor de un fuego recordando sus cantos, sus danzas y sus costumbres ancestrales, hombres y mujeres que solo conocen la belleza de África a través de los recuerdos de sus padres o abuelos, niños de piel tostada que no acaban de comprender a qué mundo pertenecen, condenados a vivir en una isla que nunca fue suya.

—¿Qué me quieres contar? —me atreví a preguntar volviendo de mis reflexiones, cuando creí que la noche nos arropaba por completo con su manto.

—Ayer me reuní con Tam en la Habana.

Su revelación me sorprendió sobremanera. Tam era el responsable de que yo hubiese aprendido a escribir new york point. Pero su llegada a nuestra casa supuso una revolución. Jamás congenió con mis anteriores institutrices, a las que terminó desplazando, y su continuo mal humor e impaciencia lo acabaron enfrentando incluso a mi madre.

—¿Cómo dices? —pregunté mostrándole mi desaprobación—. Thomas volvió a Estados Unidos cuando abandonó nuestra casa. No puede estar en la isla.

—Sí, lo hizo, volvió a Estados Unidos. Pero al poco regresó aquí. Y yo he reclamado de nuevo sus servicios.

—¿Para qué? Ese hombre no tiene nada más que enseñarme. Hace décadas que terminé dominando el punzón mejor que él. Además, te equivocaste al elegirlo para mi aprendizaje. Ahora el new york point solo lo usan los americanos. En Europa se ha impuesto el braille.

—Te confundes. Los servicios que he contratado no son para ti, sino para mí.

—No te entiendo. ¿Qué podría hacer Tam por ti?

—Cuando conocí a Thomas ya no se dedicaba a la enseñanza de los ciegos. Hacía tiempo que había cambiado su antiguo oficio por el de intérprete entre los hacendados españoles, ingleses y americanos. Descubrió que era un negocio más lucrativo. Incluso, con la experiencia que fue adquiriendo en el mercado del azúcar, llegó a ser asesor personal de alguno de ellos. Así lo conocí, cerrando la venta de un cargamento con destino a Florida.

—Tam nunca me habló de esa faceta suya.

—Ya lo supongo. Fue la condición que impuso mamá, que no te hablara de la isla. No quería que conocieses cómo funcionaban aquí las cosas. Prefería profesores e institutrices locales. Sabes que Thomas fue la excepción.

—Si se ganaba menos dinero, tal como afirmas, ¿por qué aceptó volver a su antiguo oficio y encargarse de mi enseñanza durante cuatro largos años?

—No creas que resultó fácil. Me costó bastante trabajo convencerlo.

Solo aceptó instalarse en Sevilla y enseñarte el new york cuando aumenté sus honorarios a cifras que ahora no vienen a cuento.

—No debiste hacerlo.

—Creí que el new york se impondría en el mundo y no encontré mejor forma de que lo aprendieses que con su ayuda. El dinero no fue un problema.

—Sabes que Tam nunca me cayó bien. ¿Por qué lo has vuelto a contratar?

—Voy a darle poderes y a confiarle el ingenio por un tiempo. Que conozca su potencial, que busque compradores americanos. Son los únicos a los que ahora les interesa este negocio. Vendrá mañana.

—¡Vas a vender la hacienda!

—Aún no estoy seguro. Antes intentaré descubrir cuánto están dispuestos a pagar por ella.

—¿Y qué será de la gente que trabaja contigo? Hay decenas de familias viviendo de esta tierra que lo han dado todo por sacarla adelante. No los puedes abandonar.

—Una de las condiciones para venderla sería que no despidiesen a nadie. Pero no debes preocuparte, aún no tengo nada cerrado. Quizá nunca llegue a venderla.

—No te creo. Me ocultas algo más. ¿Por qué habrías de traer a Tam si no tuvieses intención de deshacerte de ella?

Papá estiró las piernas y se retrepó más en el banco antes de continuar hablando. Un frescor inusual sopló del este. El aroma suave de la mariposa blanca, esa flor que cubre las zonas no cultivadas de la isla, se dejó atrapar con mayor docilidad.

—Va a llover —murmuró—. Ojalá la tormenta dure poco, porque el veintitrés de diciembre partiremos para Sevilla.

—¿Tan pronto? —grité aterrada ante la perspectiva de perder a Úrsula, que se había convertido en mi mejor amiga. Pero sobre todo por el vértigo que me produjo la posibilidad de perder para siempre a Wamba—. Apenas hace un par de semanas que hemos llegado.

—Es cierto. Y también es cierto que cuando alcancemos las costas españolas irá para dos meses que la dejamos sola.

—No había reparado en ello. Esta isla está empezando a enamorarme y aún no tengo ganas de regresar.

—No tiene por qué ser la última vez que vengas. Podrás acompañarme cada vez que lo desees. Pero primero tenemos que encargarnos de mamá. No me resigno a perderla. Tengo intención de pasar con ella una larga temporada cuando volvamos a su lado.

—Ese es el verdadero motivo por el que has traído a Tam, para que se encargue del ingenio en tu ausencia, ¿verdad?

A aquellas alturas, millares de croares llegaban hasta nosotros procedentes del valle, los murciélagos empezaban a sobrevolar

nuestras cabezas entre chasquido y chasquido, buscando tal vez las frutas maduras que colgaban de los árboles cercanos, los animalillos nocturnos bregaban entre la maleza que amenazaba con invadir la explanada. Esa exuberancia animal apenas me dejó oír sus siguientes palabras, aquellas que siguen lacerando mi cabeza, aquellas que he tardado tantos días en atreverme a escribir.

—Voy a llevarme a una mujer con nosotros.

Pensé que estaba hablando de abandonar a mamá, de sustituirla por otra mujer más joven, tal como asegura Úrsula que hacen los hombres adinerados por estas tierras, pero comprendí que tal opción no era posible, que aquel amor inconsciente que los sorprendió en Madrid seguía uniendo sus vidas con el mismo pegamento.

—¿Quién es ella?

—Se trata de una anciana.

Un pensamiento fugaz rondó mi cabeza, haciéndome olvidar mis anteriores temores. Deseé que por una vez mi odiosa intuición errase. Sin embargo, como siempre hace, volvió a acertar.

—Su nombre es Wamweru. No la conoces.

Papá estaba en lo cierto, no la conocía. Sin embargo, en aquel instante me invadió la certeza de que era ineludible que la conociese.

Como escribí antes, de eso han pasado dos semanas, tantas como me ha costado convencer a Wamba para que me lleve hasta ella. Espero que este incesante aguacero no nos impida escapar de la casa sin ser vistos, o lo que sería aún peor, haga imposible la celebración de la ceremonia.

Lo dejo aquí. Es la hora del almuerzo y debo bajar.

IV

Wamba prometió venir en mi busca a la una de la madrugada, pero cada minuto que pasa estoy más convencida de que no lo hará. Las manecillas de mi reloj marcan las once de la noche y la lluvia sigue arreciando. Nos sería imposible atravesar las plantaciones y llegar a nuestro destino con semejante temporal. Siendo así, y por distraer la terrible espera, no se me ocurre otra cosa que la de continuar la historia donde la dejé ayer.

Al día siguiente de conocer la descabellada decisión que mi padre ha tomado, sin haber conseguido pegar ojo en toda la noche, me levanté con un terrible dolor de cabeza. Mi corazón me decía, y me sigue diciendo, que quizá haya una remota posibilidad de que Wamweru ayude a mamá. Pero la razón me dice una y otra vez lo contrario. Hace años que su extraña enfermedad la ha ido relegando primero a una existencia sedentaria y después a una definitiva postración. Ninguno de los médicos que ha pasado por casa ha acertado a descubrir cuál es su verdadero mal. Nadie ha conseguido jamás administrarle medicamento alguno que mejore su situación. Emplastos de hierbas, sanguijuelas chupasangre, pastillas de morfina que solo consiguen alejarla de este mundo por unas horas y volverla a él con mayores sufrimientos, jarabes dulcísimos, o apestosos y amargos como la hiel. Nada de eso ha conseguido el milagro de sanarla. Como desesperada e inútil salida, papá lleva años delegando en la sabiduría rancia de Hilario, un médico especializado en catarros y dolores de espalda que ha atendido a nuestra familia desde mi nacimiento, pero este no ha encontrado mejor solución que recetarle vitaminas y dejar al tiempo la tarea de sanarla en su lento devenir, remedio que a todas luces está resultando inútil. Pese a todo, la decisión de embarcar a una vieja centenaria rumbo a Europa es absurda. Una magia como la suya, si es que la tiene, no logrará funcionar en un país civilizado. Además, Úrsula me advirtió de que no era mujer de fiar, que es mejor mantenerse lejos de ella. Pero no solo este pensamiento fue la causa de mi insomnio. También ayudó la certeza de que antes o después me terminaría topando con Tam. Desde aquel lejano día en que lo conocí, me fue evidente que su vocación no era la educación. Ahora sé que solo accedió a enseñarme a leer y a escribir a cambio del mucho dinero que debió pagarle mi padre.

Con la esperanza de no encontrarme con él, apenas apuntó el siguiente día, incluso con el pelo revuelto y las legañas en la cara, me levanté y me encaminé hacia la cocina. El café siempre me ha servido para los malos despertares y una taza me sentaría bien. Como supuse,

a excepción de Ndenga, que acudió a prepararme uno de sus desayunos a base de guiso de cerdo y pan de maíz, la casa estaba desierta.

Por no rechazar su amabilidad, intercalé unos bocados entre sorbo y sorbo y de inmediato le pregunté por Úrsula.

—Tome un poco más, señorita Andrea —me dijo contrariada por mi falta de apetito—. Está escuálida y necesita comer. Úrsula se ha ausentado para limpiar la oficina y traer azúcar, que se me está acabando.

Yo apenas había vuelto a cruzarme con Airam tres o cuatro veces desde nuestra llegada, y me pareció una estupenda oportunidad para visitar el ingenio y saber en qué consistía aquel nuevo trabajo que tan ocupado lo tenía. Incluso era posible que así aplazase mi encuentro con Tam.

—Ayer, con la insistencia de mi padre y de los invitados, terminé abusando de la comida y hoy no puedo más —dije en mi descargo mientras apartaba el plato—. Lo que de verdad me gustaría es visitar el ingenio. Estoy pensando en ir en busca de Úrsula para que me lo muestre ella misma.

Ni qué decir tiene que Ndenga no permitió que me aventurase sola en un lugar que apenas conocía.

Tomada de su mano salimos de la casa y caminamos hacia el ingenio. Los carros de bueyes cruzaban sin cesar la amplia explanada que rodeaba la casa, y decenas de hombres transportaban sobre sus cabezas haces de caña. Ndenga llevaba razón. De no ser por su ayuda, no habría sido capaz de alcanzar el portón que daba acceso a la fábrica. Al abrirlo, un ruido infernal proveniente del interior nos envolvió, haciendo que mis sentidos quedasen embotados. Ndenga me pidió que aguardase allí mientras entraba en busca de Úrsula. Pero, al no conseguir dar con ella, regresó con Airam.

Después de hacerlo prometer que me devolvería sana y salva a la casa, nos dio la espalda y volvió a sus quehaceres.

—Qué ganas tenía de verte —dijo él—. Pensé que nunca vendrías a visitarme. Ven, te enseñaré la fábrica.

—Ahí dentro hay más ruido del que yo esperaba. Ya no estoy segura de que sea una buena idea.

—Ese ruido es de los trapiches, pronto cesará —aseguró tirando de mi mano.

Decidí no resistirme y seguirlo.

En nuestro lento avance me fue explicando que la primera nave, donde las carretas no paraban de entrar y salir, estaba destinada la descarga, la limpieza y clasificación de la caña. Una vez despojada de hojas y cortada en trozos, se transportaba hasta la casa de trapiches.

—El ingenio del señor Conrado tiene cuatro —me informó alzando

la voz. Ahora él también llama así a papá.

—¿Qué son los trapiches? —pregunté.

Tan orgulloso de mostrarme sus nuevos conocimientos como lo estuvo en el vapor cuando me llevó a la sala de calderas, me explicó que eran unas máquinas muy modernas cuyos engranajes funcionaban gracias al vaho producido por las calderas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en los barcos, aquí no hacían girar una hélice, sino tres tambores gigantescos que exprimían hasta la última gota de guarapo.

—El guarapo —me dijo—, es el zumo de la caña. No hay un jugo tan fresco y dulce como este. Ahora verás.

Sin mayor reflexión, se soltó de mi mano y se alejó.

Apenas tardó medio minuto en regresar, pero fue suficiente para sentirme perdida en un mundo desconocido. Los martilleos metálicos, el olor de la grasa de las máquinas mezclado con el de las plantas trituradas, la sensación de que docenas de trabajadores me miraban sin comprender que hacía una mujer blanca en un lugar en el que solo había hombres, la mayoría de ellos negros, me hicieron perder los nervios y caminar al frente con las manos alzadas. Airam acudió en mi auxilio.

—No debes andar sola por la fábrica —me advirtió—. Llevas un vestido demasiado largo. Si se enredara en los engranajes, acabarías triturada como las cañas.

—Solo pretendes asustarme, igual que en el barco.

—No —gritó con severidad—. Ahora es verdad. Estas máquinas son traicioneras. Es lo primero que me dijeron al llegar, que nunca me fíe de ellas. Si les pierdes el respeto, te terminan mordiendo. A la semana de que las instalaran, un hombre metió un brazo y si no hubiese sido porque se lo cortaron con un hacha, habría pasado entero entre las muelas.

—¡Qué horror! —exclamé conmocionada.

—Eso no volverá a ocurrir. Ahora todos están advertidos del peligro. Solo te digo que no camines por aquí con esas ropas y sin mi ayuda.

—Te prometo que no lo volveré a hacer.

—Toma. Es un vaso de guarapo. Bébetelo.

—¿Has lavado ese vaso antes de llenarlo? —susurré con cierta reserva.

—Claro.

El tiempo que tardó en responder me convenció de que mentía. Pero me pareció descortés rechazar su ofrecimiento y me lo llevé a los labios reprimiendo una mueca de asco. Airam llevaba razón, el zumo de la caña estaba delicioso. Una mezcla ácida y dulcísima, un aroma a hierba fresca inundó mis sentidos.

—¡Riquísimo!

—Te lo advertí. ¿Te lleno otro?

—Sí, por favor.

—Vale, esta vez lo llenarás tú. —Me condujo hasta la base de la máquina y le dijo a uno de los hombres que la manipulaban que se apartara, que la hija del señor Conrado deseaba estrujar una brazada de cañas.

Mis mejillas se ruborizaron. Incluso llegué a pensar que todos los hombres del ingenio sabían de mi atrevimiento con Wamba a las pocas noches de haber llegado.

—Airam, déjalo. No me va a gustar.

—Pero ¿qué dices? Venga, ven aquí, acércate.

Me alargó una caña y se puso tras de mí para dirigir mis brazos hacia delante. Al aproximar un extremo a la máquina, unos tambores que debían girar a gran velocidad la atraparon entre sus dientes de hierro y la arrastraron hacia el interior. Sin saber cómo reaccionar, me resistí.

—Suéltala —dijo Airam—. Ahora no hay quien la pare.

A mi alrededor varios hombres aplaudieron y soltaron risotadas de satisfacción. Mis mejillas se encendieron aún más.

Cuando dejamos atrás los trapiches, el ruido ensordecedor desapareció, dando paso a un calor asfixiante. Se trataba, según me dijo, de la sala de calderas. El trabajo más duro de todos era el que se realizaba en los hornos situados bajo ellas. Ahora sé que los hombres no utilizan carbón como combustible para avivar las lumbres, como hacían en la sala de máquinas del barco de vapor, sino que echan el bagazo, los restos machacados de la caña. Allí es donde Airam trabaja desde nuestra llegada, y es donde lo seguirá haciendo hasta que adquiera mayores conocimientos del proceso. Entramos luego en la sala de espesado y de producción de la miel dorada de azúcar, donde me contó que el jugo iba pasando de cazo en cazo a alta temperatura hasta que el agua se evaporaba y se ponía muy grueso. Era entonces cuando entraba en acción el panochero, un negro viejo y sabio que heredó su oficio de su padre. Cuando este estimaba que la melaza estaba a punto, ordenaba que retirasen la espuma y la pasasen a la canoa. Hecho esto, no quedaba más que volcarla en los moldes y dejarla cristalizar.

Mucho rato después de mi entrada en el ingenio, sudando de pies a cabeza y agotada, Airam me dijo que allí acababa el recorrido y me acompañó hasta la vivienda. Tras dejarme en manos de Ndenga, se despidió con prisas por volver a su trabajo. Entonces caí en la cuenta de que la fábrica me había mantenido entretenida y había olvidado hablarle a Airam de la idea de papá y de mi plan para esta noche. Aunque, tal vez fue lo mejor. Descargar sobre él mis miedos no habría

servido más que para preocuparlo. Está tan encandilado con aprender todo lo referente a la elaboración del azúcar que a veces pienso que será capaz de terminar olvidándose de mí. Desde aquel día apenas nos hemos cruzado.

Por el contrario, me he visto obligada a compartir más de un rato con Thomas. Deben faltarle dos o tres para cumplir los cuarenta, pero lo he encontrado envejecido. Yo sabía que en los últimos años en que se encargó de mi enseñanza viajaba con regularidad a Barcelona, donde visitaba a una mujer. Pero no sabía que antes de volver a Estados Unidos estuvo viviendo con ella una larga temporada, ni que terminaron casados. Incluso afirma que mi padre tampoco lo supo hasta que el año pasado se reencontró con él en la isla. Se ha alegrado de volver a verme. Yo también me he alegrado de verlo a él. Con los años, ambos hemos aprendido a mentir sin que se note demasiado. Su mujer espera un hijo, el primero que tendrán y posiblemente el último. Quizá algún día regresen a Barcelona, porque dice que su esposa no se ha adaptado a la vida americana. Pero que por ahora los negocios están en Cuba y que su soltura con el español le está abriendo muchas puertas, que no puede permitirse perder este tren...

Ya escucho los chapoteos de Wamba bajo la ventana.

Aun siendo imposible salir con esta tormenta, se ha atrevido a acudir en mi busca. Lo dejo aquí.

Si conseguimos escapar, escribiré lo ocurrido a mi vuelta.

V

Miércoles, 16 de diciembre de 1891.

Asomando el nuevo día en el horizonte, después de cinco largas horas, Wamba me ha devuelto a casa. Estoy segura de que papá no dudaría en atarnos a ambos a un árbol y azotarnos por igual si llegara a enterarse del lugar en que hemos estado. Pero con eso no quiero decir que me arrepienta de haber ido.

Cuando mi padre me contó sus intenciones sobre esa mambo, sacerdotisa, curandera o lo que sea, yo estaba advertida por Úrsula de su reputación, y comencé a sospechar que la enfermedad de mamá había hecho que él perdiese la cabeza. Después de lo que acabo de ver, estoy segura de que es así, de que bajo ningún concepto debe llevar a una bruja como ella a nuestro hogar. Pero sigo excitada y estoy escribiendo sin la debida coherencia. Procuraré serenarme y contar de forma ordenada lo que nos ha sucedido esta noche.

A la una y media de la madrugada, cuando creí que no acudiría a la cita, Wamba vino a buscarme. Al igual que hiciese la primera noche, se coló por la ventana, dejó en mis brazos un revoltijo de ropa y me ordenó que me la colocase tan rápido como me fuera posible. No había tiempo que perder. Intenté rechazarla, porque era ropa de hombre y olía de una forma extraña, pero no me quedó otra alternativa. Presuponiendo una relativa oscuridad, me desvestí sin mayor pudor y me la coloqué.

—¿Qué tienes pensado? —le pregunté dubitativa.

Tomó mi mano sin responder, abrimos la puerta del dormitorio y descendimos la escalera con el mayor sigilo que nos fue posible.

Úrsula nos esperaba en las sombras de la planta baja.

Ahora comprendo que, de no contar con su ayuda, nos habría sido imposible escapar de casa sin llamar la atención. Yo nunca habría podido saltar por la ventana, y la puerta debía quedar cerrada por dentro a nuestra partida. Tal como Wamba me advirtió al llegar, ninguno de nosotros abrió la boca. Úrsula me colocó un sombrero en la cabeza y me dio un beso en la mejilla como despedida.

Fuera, el agua caía a raudales. El silbido que el viento producía entre las plantaciones era ensordecedor. Sin capacidad para ver lo que me rodeaba y con el sentido del oído anulado, me encontré perdida. Apreté la mano de Wamba para detenerlo.

—No puedo hacerlo —grité—. Iremos en otra ocasión.

—Tú decides. Pero te advierto que es ahora o nunca. La vieja organiza una ceremonia cada dos o tres meses y tu padre me ha dicho

que os vais en una semana. Solo tendrás esta oportunidad.

Me plante indecisa en mitad de la explanada.

Entonces descubrí que tanto mi sombrero como mi ropa estaban untados con algún tipo de grasa, porque el agua resbalaba por ellos y caía al suelo sin mojarme. Ese era el extraño olor que noté al vestirme. La decisión estaba tomada. Si no lograba hacerle ver a papá su error, Wamweru viajaría a nuestro lado rumbo a la península, y era necesario que encontrase argumentos para disuadirlo de sus planes.

—Adelante. Llévame allí.

Wamba me agarró con fuerza para que lo siguiese. Ciega y sorda a causa del vendaval, con los pies chapoteando charcos por doquier, me era imposible adivinar la dirección en que íbamos, de modo que me limité a dejarme llevar y caminar al frenético ritmo que él marcaba. Habiendo recorrido una distancia que me pareció interminable, comencé a oír los relinchos de los caballos y a notar el olor del estiércol de las caballerizas. Al resguardo del tejadillo de la entrada, me gritó que aguardase. Regresó poco después con un animal de reata, chasqueó la lengua y lo frenó a un par de metros. Al momento me colocó una pelliza abotonada hasta el cuello.

—¿Serás capaz de cabalgar a la grupa como lo hiciste aquella primera vez?

—Dijiste que iríamos en el quitrín —alegué reticente.

—Se nos ha hecho tarde y nos obligaría a dar un largo rodeo. Con los caminos en este estado quedaríamos atascados en la primera vaguada.

Procurando tranquilizarme, me acerqué más a él. Su torso volvía a estar desnudo. Como supe después, cabalgando con mi pecho aplastado contra su espalda, su vestimenta se limitaba a un grueso cinturón de piel y un pantalón a media pantorrilla. Me pareció que sentía el agua más como una aliada que como un enemigo.

—¿Darás con el camino con esta tempestad?

—El caballo nos guiará. Ellos saben ver en la oscuridad, igual que tú. No lo dudes más. Si temes que nos perdamos o te arrepientes, solo tendrás que decírmelo y te devolveré a la casa.

—Adelante —grité para hacerme escuchar—. Llévame a ver a esa vieja.

No sabría cuánto tiempo tardamos en recorrer los cinco kilómetros que separaban Trinidad de San Rafael, ingenio este último que Wamba me había asegurado que era nuestro destino final, pero fue más del que yo esperaba. Cuando creí que no podría seguir soportando el galope, con el cuerpo molido por la carrera y los brazos entumecidos, el caballo se detuvo a mitad de una ladera.

—¿Es esto San Rafael? —pregunté estirando los músculos.

—Sí, pero no es aquí. Aún nos falta un rato.

—¿Cómo que no es aquí? Entonces, ¿a dónde me llevas?

—No puedo decírtelo. En los rituales de Wamweru no se aceptan blancos. Me he atrevido a traerte porque no tienes forma de saber dónde hemos estado. Prométeme que no dirás a nadie que lo he hecho.

—¿Tampoco a Úrsula?

—Ella no cuenta.

—Puedes estar tranquilo. No hablaré de esto con nadie más.

Wamba quedó satisfecho. Espoleó al caballo en los costillares con un leve toque de talones y continuamos la subida más despacio. Había dejado de llover y, según me dijo, los primeros claros de luna alumbraban los contornos de una senda apenas marcada entre la maleza. El olor de la caña que inunda los valles de estas tierras y que ahora sabría reconocer en cualquier lugar apenas era perceptible. En cambio, otros lo impregnaban todo: el sudor del caballo, el barro que batía con los cascos de sus patas, decenas de aromas desconocidos y resinosos. Pese a no tener ni la menor idea del lugar en que me encontraba, una honda sensación de libertad me embargó. Por primera vez en mi vida, me sentía una mujer completa, segura y dueña de mi propio destino. Ni entre las cuatro paredes de nuestra casa de la calle Cuna, ni sentada en uno de los bancos de Plaza Nueva junto a alguna de mis viejas institutrices, ni paseando con mamá entre los naranjos en flor del jardín habría pensado que una mujer ciega como yo sería capaz de subirse a un caballo, con un chico de piel negra al que apenas conocía, y perderse en mitad de la noche, que osaría vestirse con ropas ceñidas y dejarse llevar a no se sabía dónde, bajo una tormenta sin fin, que se atrevería a entregar su destino a un hombre para dejarse conducir a través de las tinieblas. Por primera vez desde que alcanzaban mis recuerdos, hacía lo que quería, sin ir de la mano de lazarillos que me tratasen con lástima, con esa insufrible cortesía con que siempre se trata a una mujer impedida. Wamba no me había defraudado. Cada vez me sentía más dichosa por haberme entregado sin reservas, por haberle regalado lo más preciado de mi cuerpo.

Aunque no fue eso lo que le respondí a Úrsula cuando me lo presentó y me preguntó si me había parecido guapo, sin que ella cayese en la cuenta de que yo nunca sería capaz de ver su rostro, desde que estreché la mano de Wamba por primera vez supe que era alguien especial. No sabría escribir ahora si fue la mezcla de fuerza y delicadeza que sentí al hacerlo, si fue la tersura de su piel, muy diferente a la de tantas manos fláccidas e intrascendentes que había estrechado a lo largo de mi vida, o si, por el contrario, fue el sutil aroma que noté cuando ya sin ser observada me llevé los dedos a la nariz y aspiré. Sí, ahora que lo pienso, imagino que fue por esto

último. Siempre he juzgado a la gente por su olor, y el suyo, me conquistó de inmediato. Al fin y al cabo, todos dicen que el amor más profundo es el que surge a primera vista. Ahora creo poder decir que en el caso de los ciegos, o al menos en mi caso, ese amor surgió con el primer olor.

Quince minutos después de reemprender el camino, el caballo se detuvo definitivamente. Wamba se volvió y me dijo que habíamos llegado, que el campamento cimarrón se encontraba a menos de cincuenta metros, en una cueva bajo la cima de la montaña. Me ayudó a bajar. El suelo estaba enmarañado de helechos y de hierbas que me llegaban hasta la cintura.

—A partir de aquí no podemos dejar huellas. Ataremos el caballo y daremos un rodeo a pie. Enseguida habremos llegado.

—El suelo está cubierto de maleza, deberás ayudarme a avanzar.

No nos queda tiempo. Te llevaré sobre mí.

—Imposible, peso demasiado.

Sin darme tiempo para reaccionar, me agarró por las piernas y me alzó sobre su espalda. Pese a mis sesenta kilos largos, comenzó a moverse con sorprendente agilidad.

—Arrímate a mí o terminarás con la cara arañada —me advirtió—. Los árboles y las zarzas se espesan ahí delante.

Apreté la nariz contra su cuello y obedecí. Su piel emanaba un olor penetrante. Embriagada, me dejé llevar a través de la selva. Mucho rato después me devolvió al suelo. El viento de la tormenta había terminado por gastar su fuerza y el silencio solo era roto por el croar de cientos de ranas.

—¿Estás seguro de que es aquí? No oigo a nadie.

Él no respondió.

Unos pasos que surgieron de la nada se acercaron a nosotros. La voz era suave pero contundente, la de una mujer de unos cincuenta años. No logré descifrar lo que decía hasta que Wamba le respondió.

—Ella no se irá. Viene conmigo.

El extraño dialecto de la mujer se volvió más duro. Entonces comprendí que no nos esperaban, que Wamba me había llevado sin la debida autorización. Tuve la certeza de que nuestro viaje acabaría allí mismo.

—De eso no te preocupes —alegó cuando la otra paró de protestar —, es ciega. Aunque quisiera, nunca podría desvelar dónde está la cueva. Entra y dile a esa vieja que es la hija de Conrado. Si te dice que nos vayamos, nos iremos.

La mujer dudó, aumentando cada vez más el ritmo de su respiración. Todos los sonidos del bosque cesaron. Emitió un par de palabras guturales y sus pasos se alejaron hasta volverse invisibles.

—Vámonos, Wamba —le susurré al oído—. Estoy asustada y aquí

no soy bienvenida.

Por primera vez desde que lo conozco me dio una orden tajante.

—Cállate.

Jueves, 17 de diciembre de 1891.

Ayer me fue imposible continuar la historia. Cuando mi cabeza se golpeó contra la mesa y desperté sobresaltada, supe que me había quedado dormida sobre el diario. Agotada por el galope del caballo y las horas de escritura, no me quedó otro remedio que devolverlo al cajón e irme a la cama. Un par de horas después la actividad del exterior me despertó y me levanté para no suscitar sospechas. Ya tendría tiempo de descansar cuando llegase la noche.

Y así ha sido. Hoy, después de haber logrado dormir más de diez horas y dejarme atiborrar por el requesón con miel y los boniatos cocidos de Ndenga, creo sentirme con fuerzas para seguir lo que dejé a medias. Papá y Tam deben andar de nuevo recorriendo la finca y no encontraré mejor oportunidad.

La mujer que nos recibió a la puerta de la cueva no volvió a salir. En su lugar lo hizo un hombre de más edad. Se aproximó con algo ardiendo entre las manos y lo acercó a mis ojos varias veces para cerciorarse de que las pupilas no reaccionaban.

—¿Sabe su padre que la has traído? —preguntó a Wamba una vez convencido de mi ceguera.

—¿Crees que me habría dejado hacerlo si le hubiese pedido permiso?

Después de acercar una vez más las llamas a mi rostro se hizo a un lado.

—Pasad. Comenzará de un momento a otro.

Wamba me condujo entre la arboleda hasta una diminuta antesala en la que nuestras palabras se convirtieron en ecos. La humedad asfixiante nos envolvió. A pocos metros de la entrada, nos cortó el paso una grieta en la pared.

—Debemos internarnos por aquí —me dijo—. Es la parte más difícil, pero no hay otro remedio que hacerlo. Te quitarás la pelliza y yo iré delante. Después de cada movimiento, me palparás para que sepas la postura adecuada. Y procura no rozarte con la pared o te dejarás la piel en los salientes.

—Debe haber otra entrada —añadí al reconocer con las manos el finísimo pasadizo que se abría entre las rocas.

—La hay, pero está demasiado lejos como para que nos dé tiempo a ir y volver esta noche. Créeme, no tenemos otra alternativa. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo —respondí.

Tras los primeros movimientos, la grieta se agrandó. Incluso creí que había pasado lo peor. Pero lo peor vino más tarde, cuando me hube de quedar atrás para dejarle espacio y que él pasase primero. La única forma de hacerlo, me explicó desde el otro lado, era respirar un par de veces y soltar luego todo el aire. Así, con los pulmones vacíos, me sería más fácil. Sin embargo, a medio camino, la espalda apoyada en cientos de garras puntiagudas y el pecho comprimido contra otras tantas, asustada y agotada, me fue imposible reprimir el impulso de respirar. Las finísimas agujas de piedra me taladraron la piel y un grito de dolor escapó de mi garganta. Cientos de murciélagos que revoloteaban a mi alrededor se precipitaron hacia la grieta, rozándome con sus alas membranosas y enredándose en mi pelo.

—No puedo respirar —volví a gritar histérica.

Wamba se introdujo en la fisura.

—Sí que puedes —me animó—. Mantente erguida y no te apoyes en la pared. Solo así lo lograrás.

Agarrada a su mano, tomé resuello y lo intenté una vez más. Entonces lo conseguí. Con las rodillas hincadas en los guijarros del suelo me recorrí el cuerpo y me llevé la mano a la boca. El sabor espeso y metálico me informó de que estaba sangrando.

De aquel lado, un rítmico tantán.

—Vamos. Ya ha empezado.

—¿Quiénes hay ahí dentro? —pregunté tiritando.

—Gentes que buscan la magia de Wamweru.

—¿Mujeres?

—Sí, también hay mujeres. No temas, no te harán daño.

—¿Y blancos?

—No. Ya te lo dije.

—No debí venir.

—Tal vez. Pero es tarde para arrepentirse.

La única opción era la de seguir adelante.

Aquellos murciélagos no fueron los únicos que se cruzaron en nuestro camino ni aquella grieta la única que debimos atravesar para llegar al lugar de la reunión. Pero a partir de allí, el suelo se fue allanando hasta terminar convertido en una superficie de tierra compactada, y el recorrido resultó más llevadero. Tras el último recoveco, el persistente ritmo de los tambores se hizo insoportable. El calor de dentro provocó que todos mis poros rezumasen sudor.

Estábamos en la sala principal de una cueva de la que nadie conocía el fin.

Wamba buscó un hueco en el que sentarnos y contarme lo que mis ojos no podían ver. Según pude imaginar por sus palabras, de la

inmensa hoguera encendida horas atrás apenas quedaba un montón de brasas y tocones incandescentes. Las sombras y las luces escarlatas se proyectaban sobre las paredes de caliza. A su alrededor, decenas de hombres y mujeres danzaban al ritmo enloquecedor de los tambores. Mientras escuchaba las explicaciones entrecortadas de Wamba, el que se sentaba a mi derecha me dio un empujón en el hombro, me analizó con calma, reparando por primera vez en mi piel blanca, y luego me alargó un cuenco con un líquido en su interior. Wamba me dijo que no podía rechazarlo, que tenía que beber. Los ecos del tambor rebotaban en un techo a más de veinte metros de altura para volver multiplicados, cargados de furor, incapaces de escapar de las profundidades de la caverna. El sonido era atronador. Me llevé el cuenco a los labios y bebí. Un sabor amargo y espeso, en el que volví a reconocer los tonos metálicos de la sangre, y un regusto final a ron. Mi cuerpo entero se balanceó de un lado a otro. Un nuevo sorbo y me arrebataron el cuenco de las manos. Del otro lado de las brasas, una mujer semidesnuda, embarazada de varios meses, y junto a ella Wamweru, la mujer en que mi padre cree haber encontrado la esperanza para sanar a mi madre. La piel de su cara, negra como el hollín, como aseguró Wamba, se fue pegando con los años a la calavera, dibujando con milimétrica exactitud la posición de cada uno de los huesos que la conformaban. Todo daba vueltas a mi alrededor, mi cabeza se transformó en una peonza. Pero la bebida me conectó de una forma extraña con la realidad que me rodeaba. Incluso era capaz de reconocer las diferentes modulaciones de cada tambor. Uno de ellos, estuve segura, de enormes proporciones. De improviso los redobles cesaron, la sala se sumió en un breve silencio y Wamweru se incorporó entre estertores y bufidos roncos, las manos al frente, los ojos vacíos buscando el techo de la cueva, las caderas agitadas a izquierda y derecha en un enloquecedor baile. Alguien arrancó de una dentellada el corcho de una botella de ron y se la ofreció. La vieja le propinó un larguísimo trago. Luego, los ojos perdidos en un lugar que ningún otro alcanzaba a ver, espurreó una bocanada sobre la mujer y sobre los rescoldos con la potencia con la que lo habría hecho un chico de veinte años. Las llamas debieron iluminar hasta el último rincón. Protegiéndome la cara, le di la espalda con el sentido perdido, sin entender ni una sola de las palabras que pronunciaba en una cadenciosa y mortecina letanía.

A partir de aquel punto apenas recuerdo nada. Sensaciones inconexas que se vuelven a ir tan rápido como vienen, miles de aromas irreconocibles y un ritmo delirante, movimientos que salían de lo más hondo de nuestros cuerpos y que nos sumieron a todos en el mismo trance durante horas. De modo que me limitaré a escribir lo que Wamba me contó mientras volvíamos al ingenio a lomos del

caballo.

Él me ha confirmado lo que me dijo Úrsula, que Wamweru era una niña cuando fue poseída por un antepasado suyo y elegida para interceder ante Papá Legba, o Eleguá, como dice que llaman aquí al loa más implacable de todos, al guardián del destino, al que abre y cierra la puerta a los otros loa. Pero me dijo algo más, que la auténtica fuerza de Wamweru proviene de su magia, que Wamweru, además de ser una mambo, es una bokor, una hechicera que convoca a los espíritus malignos, a los baka. Eso es lo que hizo en la cueva, le ofreció ron, tabaco y aceite de palma a Eleguá, y le pidió que la dejase hablar con uno de ellos. Pinchó los ojos de un gallo con dos alfileres y derramó su sangre sobre la barriga de la preñada después de haberle cortado el cuello al animal. Entonces, el espíritu se encarnó en la embarazada y habló. Tal como la mujer deseaba, el bebé sería varón, pero solo si ella antes aceptaba yacer con un animal, con un ser al que el baka pudiese saltar y habitar en este mundo por un tiempo. Escandalizada por tan inverosímil petición, la aludida negó entre alaridos de dolor que era un precio demasiado alto, que, si era el destino, su bebé sería niña, pero que ella no yacería con animal alguno. Eso enfureció al espíritu, que quiso matarla. Wamweru, que tampoco logró convencerla, le pidió perdón al baka por importunarlo y nos echó a todos de la cueva. Como yo seguía trastornada por el brebaje, Wamba me agarró y me sacó como pudo entre sus brazos. Fue después, cuando las estrellas se eclipsaron bajo los primeros resplandores del amanecer, con el ingenio a la vista, cuando me repuse y le pregunté dónde estábamos. Entonces comencé a entender lo ocurrido y tomé conciencia de que papá está muy equivocado si cree que Wamweru es la solución para la larga enfermedad de mamá.

Wamba me había llevado a la ceremonia creyendo que mi único interés era el de conocer las prácticas religiosas de la gente negra, suponiendo que mi única pretensión era satisfacer mi curiosidad. Yo había evitado contarle a él y a Úrsula las intenciones de mi padre, y cuando decidí hacerlo, no me creyó. Me dijo que el señor Conrado no había hablado de ello con nadie de la casa, que Wamweru jamás accederá a acompañarnos a Europa y que, aunque así fuere, el señor Ramiro, al que ella pertenece, nunca dará su permiso. Pero yo estoy segura de que papá tiene un plan trazado para sacarla de la isla. De otro modo no tendría sentido que se hubiese tomado la molestia de buscar a Tam para que cuide de la hacienda, ni tampoco se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de buscarle comprador.

Abandono en este punto. Papá ha vuelto con Thomas y deben estar hambrientos. Bajaré a pasar un rato con ellos antes del almuerzo. No pretendo ser descortés con su invitado. Incluso cabe la posibilidad de que hablando con Tam consiga descubrir los detalles de lo que papá se

trae entre manos. En menos de una semana volveremos a embarcar. Quizá aún quede alguna posibilidad de que abandone sus pretensiones. No podría haber nadie más interesada que yo en que mamá se recupere. Pero su sanación vendrá de manos de la medicina moderna, no de unos ritos ancestrales y supersticiosos que ninguno de nosotros entendemos.

VI

Martes 22 de diciembre de 1891.

Úrsula acaba de dormirse. Contemplando su sueño, abrigada con ese pijama de hombre que usa, dan ganas de tumbarse junto a ella e imitarla. Es tal la diferencia entre la vivacidad que rebosa su ser cuando está despierta y la placidez que aparenta estando dormida que cualquiera diría que se trata de personas diferentes. Antes de subir al vapor, me dijo que nunca conocieron sus tatarabuelos el mar hasta que fueron apresados en el Congo por los españoles y embarcados rumbo a las Antillas, y que ni ellos ni sus descendientes volvieron a enfrentarlo. Ella, afirmó al entrar en la pasarela, sería la primera en hacerlo.

Espero que el mar nos siga acunando con esta cadencia hasta bien entrada la madrugada y me permita dedicar unas horas al diario. Tengo tanto que anotar desde el jueves pasado, que temo no concluirlo.

La conversación que mantuve la tarde del jueves con Tam despejó mis dudas. Después de almorzar se ofreció a sacarme a pasear por los alrededores, algo con lo que papá se mostró encantado. Según dijo, habíamos pasado demasiados años separados y nos vendría bien tener un rato para charlar. Accedí con mi mejor sonrisa.

Úrsula nos acompañó hasta la puerta de la casa, desde donde nos despidió mientras nos alejábamos en dirección al río. A ella tampoco le gusta Thomas. Dice que esa cara colorada y esos ojos claros que tienen los ingleses la ponen nerviosa. Justo antes de que doblásemos el camino y nos perdiésemos tras los barracones, me volví para despedirme con la mano. Ella me devolvió el saludo y entró en la casa.

—Veo que sigues confiando en tu intuición —aseguró Tam con un deje burlón—. Esta vez te has equivocado. Úrsula hace rato que desapareció de la puerta. Tu saludo no ha encontrado receptor.

—Mientes. Me ha devuelto el saludo.

Él dejó escapar una carcajada.

—De acuerdo. Me has vuelto a pillar. No sé cómo lo consigues.

Su comentario me hizo sentir mal. Aunque nunca habíamos llegado a ser amigos, siempre fue respetuoso, y durante los casi cuatro años que pasó viniendo a casa a diario también hubo buenos momentos. Tal vez haya sido injusta con él y no haya sabido agradecer su ayuda como se merece. Al fin y al cabo, si ahora soy capaz de escribir con tanta soltura, es gracias a lo que un día me enseñó.

—Háblame de tu esposa —dije intentando entablar una conversación amistosa—. Si es española, debe ser tan guapa como mi madre.

Él esbozó otra sonrisa y debió agitar la cabeza en gesto afirmativo.

—Por descontado que lo es, pero no sé si tanto como Laura. ¿Cómo se encuentra?

—Te lo habrá contado papá.

—Sí. Algo me ha dicho.

—¿Y qué opinas? —pregunté con intención de descubrir lo que sabía.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a lo que me refiero.

Esquivando mi pregunta, me soltó el brazo. Noté los pasos de un perro grande que se acercaba caminando. Tam se inclinó, le palmeó el lomo y tomó algo del suelo. Cuando lo lanzó a lo lejos, el perro fue tras él.

Volvió a ofrecerme su brazo y seguimos caminando.

—Me ha dicho que los médicos no dan con su mal. Un hombre desesperado es capaz de hacer cualquier locura. Tú sabes que él no sabría vivir sin tu madre.

Me detuve para descubrir la reacción a mi siguiente pregunta.

—¿Tú la conoces?

Aunque dudó unos segundos, acabó por responder.

—Me han hablado de ella, pero no la conozco. Todos dicen que su magia es infalible. Debes tener esperanza, quizá la pueda ayudar. Nada se pierde.

—No lo creo. He estado en uno de sus rituales. Todo mentira, puro espectáculo. Wamweru no es más que una vieja chiflada.

—Me estás tomando el pelo. A los blancos no les está permitido asistir a sus ceremonias, y menos a una mujer. ¿Acaso te ha llevado tu padre a verla?

—No. Él no sabe que he ido, ni tú se lo vas a decir.

—Pues que así sea.

La humedad que ascendía del río se hizo más patente conforme las conversaciones de las mujeres que lavaban en sus orillas aumentaron de intensidad. Thomas eligió una roca grande para tomar asiento. Una bandada de loros alborotadores sobrevoló nuestras cabezas.

—No sé lo que habrás presenciado —dijo cuando estuvimos acomodados—, pero te aseguro que me han hablado prodigios de esa mujer. Dicen que hace años incluso era capaz de volver a los hombres del más allá, de retornarlos de la muerte.

—Sí. A mí también me lo han contado. Ese es otro de sus trucos.

—¡No me digas! Si existe un truco para resucitar a los muertos, te agradecería que lo compartieras conmigo.

Un día antes de que me llevase a la ceremonia, Wamba me contó que en otros tiempos la sacerdotisa había obrado incontables sanaciones de gente muy enferma, todas a alto precio, y que, en efecto, una de las capacidades que contribuyó a su fama fue la de resucitar a los finados. Cuando alguien moría de forma inesperada, los familiares iban en su busca y le pedían que lo volviese a despertar. Era inusual que ella accediese a intentarlo, pero algunas veces lo hacía. Para que fuese posible, el cadáver debía llevar enterrado al menos dos días, y nunca más de tres. Después de desenterrar su ataúd, lo llevaban a la cueva, donde invocaban a los espíritus durante horas, hasta que estos accedían a intervenir y volvían a atar el alma al cuerpo del que había escapado. Cuando destapaban la caja, el difunto abría los ojos y se levantaba entre gritos de terror. Nunca volvía a ser un hombre normal. Pasaba la vida babeando, comiendo poco y haciendo todo lo que otros le decían. Por eso los más sensatos preferían no resucitar a sus muertos. Pero aquella artimaña, me dijo Wamba, no era más que una crueldad para afianzar su poder. Según le contó Ndenga cuando tuvo edad suficiente, era la propia Wamweru la que envenenaba a sus víctimas con brebajes mortales unos días antes de retornarlos a la vida. Mezclaba las vísceras de un pez globo con polvo de huesos de muerto y se lo hacía beber con algún subterfugio al elegido. Este pronto caía en un estado de inconsciencia y sus músculos se paralizaban durante días, dando la impresión de que había fallecido. El pretendido difunto incluso oía cómo clavaban la tapa de su ataúd, cómo lo llevaban a hombros hasta el cementerio y cómo lo enterraban a varios metros de profundidad paletada tras paletada, y todo ello sin poder mover ni un solo músculo. Algún compinche dejaba un minúsculo orificio, o espacio suficiente para que pudiese respirar, y se olvidaban de él. Tres días después, si el elegido era afortunado y Wamweru se dejaba convencer, la sacerdotisa hacía que lo desenterrasen, golpeaban la tapa con una enorme piedra para despertarlo y quitaban los clavos que la mantenían sellada. Entonces el cadáver abría de nuevo los ojos y volvía al mundo de los vivos. Pero ya era tarde. Después de tantos días enterrado en la tumba, sin que sus músculos respondiesen, el muerto había enloquecido. Naturalmente, no le conté nada de todo esto a Thomas.

—No conozco el truco —me limité a responder—, pero estoy segura de que lo hay.

Thomas se removió sobre la piedra sin insistir. Frente a nosotros, por el camino que llevaba al ingenio, se aproximaron varias mujeres que volvían del río con cestas de ropa sobre la cabeza. Nos saludaron con un *buenas tardes, señorita y señor*, y continuaron su camino.

—Los españoles se han equivocado —dijo reflexivo—. Nunca debieron darle la libertad a esta gente. Los levantamientos se suceden

un día tras otro. Ahora no hay quién los pare. Si vuestro rey no hace que el Ejército actúe, la isla pronto dejará de ser española.

No tenía yo intención de discutir una vez más la situación política de Cuba. Con la sobremesa que siguió a la celebración oficial de mi cumpleaños y con la explicación de papá, era suficiente. Así que volví al tema que me interesaba con la esperanza de averiguar hasta dónde sabía.

Según me confesó tras un tortuoso interrogatorio, hace meses que mi padre tiene planeado llevar a casa a Wamweru. Siempre según las palabras de Tam, Ramiro le concedió la libertad hace muchos años, pero ella sigue viviendo en el ingenio La Esperanza. Ni se le conoce familia ni nunca ha tenido la menor intención de buscarla. Su única pretensión es que a su muerte la lleven de vuelta a la tribu de sus antepasados y la entierren con los ritos ancestrales. Solo así conseguirá que su alma quede definitivamente libre. Al parecer, Ramiro se lo tiene prometido a cambio de que cuide a los macheteros del ingenio con su magia. Pero Wamweru sabe que Ramiro no es hombre de fiar, y por eso un día se presentó en este ingenio y le ofreció sus servicios a mi padre a cambio de que él cumpliese su deseo. Conrado, me dijo Tam, sí es un hombre que cumple sus promesas. Ese fue el pacto, ella sanaría a Laura y él la llevaría a morir a los confines de África, para que su alma habite en aquel continente por el resto de los tiempos.

—¿Y el propietario de La Esperanza le permitirá a Wamweru marcharse sin más? —le seguí preguntando.

—Ella no tiene por qué pedirle permiso. Es libre de hacerlo cuando le plazca. Un buen día desaparecerá y no se volverá a saber de ella.

Su versión explicaba bastantes cosas. Tal vez mi padre nunca habría pensado en Wamweru si ella misma no se hubiese ofrecido. Pero una vez hecho esto, el negarse habría supuesto perder una oportunidad de ayudar a su esposa, aunque fuese remota, y eso no se lo podría perdonar.

—Espero por el bien de Laura que esa mujer no sea una farsante, como afirmas —añadió aprovechando mi silencio.

También en mi cabeza había arraigado una brizna de esperanza, y sus palabras me enfurecieron. Yo no pretendí decir que Wamweru era una farsante. Que lo de las resurrecciones resultase falso no significaba que todo lo fuese. Tanto Úrsula como Wamba afirmaban que había hecho sanar a mucha gente, que era capaz de cambiar el destino con su medicina antigua y la ayuda de los baka. Incluso ahora, con Úrsula durmiendo a mi lado y la vieja viajando en uno de los camarotes de las bodegas del barco, sigo teniendo la estúpida e inconfesable fantasía de que consiga sanar a mamá.

No puedo más. Quise creer que la madrugada y la calma con que

nos ha recibido el mar me permitirían escribir todo lo ocurrido en estos últimos días, pero estoy agotada. El viaje desde el ingenio, la noche que pasamos en la Habana sin pegar ojo y los trajines del embarque han sido más que suficientes para mí. Me meteré en la cama y procuraré descansar. Nos quedan semanas de viaje. Tendré tiempo de sobra para vaciar mis recuerdos entre puntada y puntada.

Miércoles 23 de diciembre de 1891.

Mi padre llevaba razón en eso de que no se puede comprender la belleza de Cuba sin haberla visitado. Apenas un día después de internarnos en alta mar, me doy cuenta de cuánto añoraré lo que dejo atrás. Pero sería mentirme a mí misma si pensase que solo será la isla la que eche de menos. Wamba ha sido el primer hombre al que me he entregado, y su calor permanece tan vivo en mi memoria que a veces imagino que continúa envolviendo mi piel en su abrazo. Le he prometido una y mil veces que tan pronto como me sea posible estaré de vuelta. Pero ambos sabemos que ese día quizá tarde en llegar. Aunque en el fondo de mi corazón sigo albergando una mínima esperanza, la razón me dice que papá está equivocado. Las magias de Wamweru no serán capaces de ayudar a mamá, no surtirán efecto en una mujer católica y apostólica. ¿Cómo podrían los espíritus demoníacos de los baka interceder ante ese tal Bondye y ayudarla?, le he preguntado una docena de veces a mi padre. Sobrado trabajo debe tener el dios de los negros como para ocuparse también de los problemas de los blancos. Pero no me escucha. Ahora sé que a nuestra llegada a la isla recibió un telegrama del doctor informándolo de que su esposa había empeorado. Esas son sus prisas por volver a Sevilla. Dice que me lo ocultó por no preocuparme, que lo ha hecho ahora para explicarme que es la última esperanza que nos queda. Me gustaría tanto que llevase razón, que Wamweru pueda sanarla... Ninguno de los dos sabríamos vivir sin ella. ¿Qué haría yo sola en un caserón como aquel sin su compañía? ¿Qué sería de papá? ¿Volvería a la isla y se consagraría a su fortuna para olvidar, o terminaría por vender el ingenio y se recluiría como un ermitaño en su casa para cuidar de su hija ciega? No quiero pensarlo, mamá no puede morir. Imagino que él sí lo ha pensado, que lleva años especulando sobre esa posibilidad. Una prueba de ello es lo de Úrsula. Yo creyendo que no veía con buenos ojos mi creciente amistad con ella y ahora sé que era aquel regalo que me prometió a nuestra partida, el auténtico motivo por el que me trajo. Él sabía bien como es Úrsula, que su alegría y su bondad me conquistarían apenas conocerla. Cuando me dijo que no solo nos acompañaría Wamweru en nuestro viaje, sino que también lo

haría la hija de Ndenga, no lo podía creer. Al principio me enojé con ambos. Sí, también me enfadé con Úrsula por no habérmelo contado. Luego me dijo que ella tampoco lo sabía. Al parecer, mi padre y su madre lo habían acordado a escondidas. Úrsula viajaría a Sevilla y se instalaría en nuestra casa una temporada como dama de compañía de su hija, como mi asistenta personal, podríamos decir. Eso me enojó aún más. Era como reconocer mi incapacidad para desenvolverme sola en la vida si algo le llegase a ocurrir a mamá. Pero ya no estoy enfadada. Aunque se lo he recriminado, Úrsula me ha jurado por el Dios de los blancos que, desde que su madre se lo propuso, su único deseo es el de acompañarme. No conoce otro mundo que no sea el de la isla, ni tendrá oportunidad de conocerlo si no aprovecha la ocasión. Por eso y porque se ha convertido en mi mejor amiga ha decidido venir, no por sentirse obligada. Y no la considero capaz de engañarme. Me ha asegurado también que habló con el señor Conrado y que él le ha prometido que cuando sane a mamá cumplirá su deseo y la devolverá a su tribu, donde tanto anhela morir. Mientras eso ocurre, afirma, se encargará de cuidar de mí y evitará que esa vieja chiflada me haga daño. Debo reconocer que sus argumentos han terminado de convencerme, porque me siento más segura con ella a mi lado.

Esta mañana, después de haber pasado la noche durmiendo de un tirón, hemos subido a cubierta a recorrer el vapor. Según dijo papá cuando embarcamos en la Habana, es este similar al que nos trajo a las Antillas hace más de un mes. Pero yo lo he encontrado diferente. El capitán, que según Úrsula es un joven inglés estirado y con cara de palo, no se parece en nada a Jonás. Con pretendida amabilidad nos ha invitado un par de veces a que nos refugiemos en nuestro camarote, y luego se ha paseado de un lado a otro, sin quitarnos ojo, impartiendo órdenes a todos los marineros con que se cruzaba. Porque debo decir que no es este un barco de pasajeros, sino de mercancías, y que los únicos civiles, sin contar a tres o cuatro hombres de negocios que viajan solos, somos papá, Úrsula, Wamweru y yo. No ha debido encontrar mi padre mejor opción que esta con las prisas de nuestra vuelta. Tomadas de la mano hemos paseado de proa a popa y de babor a estribor. Mi dominio de tales términos marineros, que me enseño mi buen amigo Jonás, ha dejado a Úrsula maravillada, y ha insistido en que se los repita varias veces para aprenderlos también ella. No está aquí Airam, al que también he tenido que prometerle que volveré lo antes que pueda, y no tendremos oportunidad de visitar las bodegas ni la sala de máquinas, pero aun así he querido explicarle que, excepto por el combustible que usan, son casi idénticas a las del ingenio. Tampoco hemos avistado ballena alguna. Por el contrario, Úrsula aseguró haber visto una bandada de peces que salían volando del agua, perseguidos por otros más grandes, para volver a caer unos

cientos de metros más allá. Sé que eso es imposible, porque no recuerdo haber oído que existan peces voladores. No he osado contradecirla. Habrá sido presa de la excitación por cruzar el Atlántico por primera vez, o de su fácil imaginación, y no iba yo a privarla de la emoción de tal avistamiento. Después de un día agotador vuelve a dormir en la litera de arriba. Dice que esa no es buena para una ciega. Me gusta que no le tenga miedo a mi condición, y así se lo he dicho. La gente evita la palabra en mi presencia, como si apelar a la ceguera fuese ofensivo, algo de lo que una ciega deba avergonzarse. Ella dice que con los negros ocurre lo mismo, que ahora está de moda entre los americanos adinerados llamarlos gente de color. ¿Acaso no lo tenemos los blancos, los españoles, o los americanos, que se ponen rojos como la papaya con el sol de mediodía? Eso nos ha hecho reír a ambas durante un buen rato. Luego se ha dormido. Ha descubierto que estoy escribiendo un diario y me ha rogado que lo cuente todo sobre ella, que esa es la única forma de vencer al tiempo, hacer que alguien nos recuerde después de nuestra muerte. No sabe que llevo tiempo haciéndolo, que he contado todo lo que sé de su familia, incluso las más secretas intimidades que he compartido con su hermano Wamba. No tengo la certeza de que él se lo haya ocultado, pero si no ha sido así, sí se lo ha contado, ella sabrá guardar nuestro secreto.

Son las dos de la madrugada. El mar está demasiado agitado y me cuesta escribir. Me iré a la cama e intentaré atrapar ese sueño plácido que atrapa a Úrsula. Ndenga me ha pedido que le transmita a Laura sus mejores deseos para que pronto mejore, y estoy segura de que le gustará conocer a su hija. Dice que mi madre tuvo mucho que ver en que papá la tomara a su servicio, que desde entonces la vida le ha sido más fácil a su familia, que por eso le causa tanto agrado que Úrsula y yo hayamos acabado siendo tan amigas, y que está segura de que se recuperará y nos acompañará en nuestro viaje de vuelta. Todo esto me ha pedido que le diga. Procuraré no olvidarlo.

Sábado, 26 de diciembre de 1891.

No es un vapor el sitio adecuado para pasar la Navidad. Tampoco diciembre un buen mes para aventurarse en las aguas del Atlántico. La temporada de huracanes acaba de pasar, pero este océano tiene buena memoria y tardará un par de meses más en calmarse. Nos lo advirtió Jonás en nuestro primer viaje, que no nos aventurásemos en estas fechas en un mar tan traicionero, incluso papá debería saberlo. Pero el apremio por ver a mamá nos ha hecho olvidarlo, obligándonos a embarcar en el primero que zarpaba para la península. Hace dos días que lo estamos pagando.

Tampoco el comedor de este barco tiene nada que ver con aquel en que acompañábamos de vez en cuando a Jonás, ni somos más de un puñado de pasajeros los que solemos frecuentarlo. Pero el capitán nos había prometido hacer todo lo posible para que pasásemos una Nochebuena agradable y un festivo día de Navidad. Y debo decir, en honor a la verdad, que lo intentó. Aunque el mar amaneció bravo el jueves, los cocineros tenían el encargo de adornar el comedor con guirnaldas, esmerarse en el menú y sacar la mejor vajilla de la que dispusiese el barco. Todo ello, informó el joven capitán en tono displicente, sabiendo como sabemos que viajamos en un barco mercante y no en uno de esos en que debe viajar la gente distinguida. Pero el mar decidió que los cocineros no fuesen capaces de cumplir las órdenes dictadas. Entrada la mañana del veinticuatro, las olas sobrepasaban los costados y el mar nos alzaba decenas de metros para dejarnos caer al vacío. Úrsula, que con tanta entereza enfrentó nuestro primer día de viaje, abandonó la litera de arriba para refugiarse bajo la cama mientras echaba por la boca todo lo imaginable. Desde entonces apenas ha cruzado unas palabras conmigo para decirme que no saldremos vivos de esta, que su sangre es de tierra adentro, que nunca debió dejarse convencer por papá para cruzar este charco infinito. Tampoco yo estoy mejor. Aunque mi estómago sufrió algo parecido en el viaje de ida, es evidente que aún no me he acostumbrado. Papá vino un par de veces a visitarnos para traernos manjares, que ambas rechazamos de plano, y nos ofreció algunos ratos de compañía. Más hecho al mar que nosotras, se rio del miedo de Úrsula y le prometió que la tormenta no duraría.

Gracias a Dios, llevaba razón. Ahora mi amiga vuelve a dormir profundamente, un sol brumoso y frío asoma por el horizonte, y el viento ha empezado a amainar. No podría de otra manera haber retomado el punzón y la pauta.

Lo primero que debo contar es que hoy sé más cosas que el día en que embarcamos, que he comprendido que algunas de las verdades que creí haber descubierto han resultado ser falsas, o al menos inexactas. En una de esas visitas que nos hizo papá en mitad de la tormenta, terminamos hablando de su viejo amigo Jonás. Entonces recordé la forma enigmática en que el capitán le habló cuando le propuso tomar a Airam bajo su protección. Algo así como que era hora de saldar su deuda. Como la habitación seguía girando alrededor de Úrsula y su mente no estaba en condiciones de seguir nuestra conversación, me atreví a pedirle que me explicase a qué se refirió el capitán. Así pude saber, o al menos esta es la versión de mi padre, que Tam no está bien informado, que la historia de que Wamweru se ha escapado del ingenio La Esperanza es una patraña inventada por este y por mi padre. Dice que Ramiro es un viejo amigo al que nunca se

habría atrevido a engañar. La auténtica verdad es que papá le ha facilitado a este el despiste de varios cargamentos de azúcar hacia Inglaterra usando las influencias de Jonás, un marinero con amigos en todos los puertos. Esa es la deuda que papá saldó haciéndose cargo de Airam. Y esa es la deuda que Ramiro ha saldado con mi padre obligando a Wamweru a acompañarlo a la península. Acaso pueda ser cierto que la vieja pretende regresar a África, pero Ramiro no habría accedido a entregársela de no ser por un buen motivo. Incluso supongo que mi padre la traerá de vuelta a la isla cuando haya sanado a mamá, que tampoco él tiene intención de devolverla a las profundidades de un continente desde hace tiempo hostil para los españoles.

De modo que ya no sé qué pensar. La única forma de disipar mis dudas será hablar yo misma con Wamweru. He decidido que en cuanto Úrsula despierte la visitaremos juntas. Tengo intención de escuchar de su propia boca la verdad de toda esta historia. Me fio más de mi padre que de Tam, pero es posible que aquel solo me haya contado la parte que le ha convenido. Además, aunque Wamba me llevó a la cueva y fui testigo de su magia, en aquella ocasión la mente de la hechicera andaba en otros menesteres y no debió reparar en mi presencia. Quiero que me conozca de una vez, que sepa que soy la hija ciega de Laura y del señor Conrado, que no me fio de ella y que, si le hace daño a mamá, se las verá conmigo.

Anteayer, antes de que la fuerte marejada se transformase en tormenta, recibimos otro telegrama de casa. Debió enviarlo alguien del servicio en nombre de mamá. Nos decía que estaba mejor, que no nos preocupásemos por ella y que pasásemos una feliz Navidad. Cuando el capitán se lo entregó a papá, corrió a mi camarote para compartirlo conmigo. No pude contemplar su rostro ni Úrsula tuvo oportunidad de describírmelo, porque esta había subido a cubierta a calibrar el tamaño de las olas, pero la velada tristeza con que pronunciaba cada palabra del mensaje delataba que no creía en su veracidad.

—Pronto estaremos con ella —añadió tras doblar la tira de papel y guardarla en uno de los bolsillos—. Tendrá ganas de volver a vernos.

Luego atravesó la estancia y se asomó a la ventana.

—El cielo está encapotado. La cosa se pondrá fea —aseguró. Como me daba la espalda mientras hablaba, sus palabras se gastaban en la ventolera de fuera. Me costó entenderlas. Entornó el ojo de buey y se sentó frente al tocador. Por el tono en que continuó hablando, me dio la impresión de que se observaba en el espejo.

—Me estoy volviendo un anciano.

—No digas tonterías, papá. Solo tienes cincuenta y cinco años.

Arrastró otra silla y la colocó junto a la que él ocupaba.

—Ven. Siéntate aquí —me dijo.

A pesar de haber pasado mes y medio en la isla, habíamos tenido escasas oportunidades de hablar a solas. En ausencia de Úrsula, debió pensar que sería una buena ocasión para hacerlo. Me acomodé en la silla que me ofrecía e intenté imitar su postura.

Nunca he entendido qué se percibe cuando contemplas tu reflejo. Debe ser algo así como tocar tu propia cara tallada en arcilla, como palpar en la distancia a otra persona mientras esta hace lo mismo contigo. Debe haber algo perturbador en ello, como si una parte de tu alma se fundiese con otra a la que apenas conoce.

—Dime qué ves —me atreví a pedirle, imaginando a la pareja que se sentaba frente a nosotros.

Intuí que se concentraba en nuestra imagen, tal vez negándose a traer a la vida aquello que su mente se atrevía a imaginar.

A nuestra espalda, las olas que se estrellaban contra el casco levantaban una lluvia fina que era arrastrada por el viento hasta el interior del camarote. El calor sofocante del trópico era un lejano recuerdo.

—Es curioso que me hagas esa pregunta —respondió—, porque yo mismo me la estaba haciendo... Veo a un hombre de pelo blanco y de ojos grises, viejo, cansado, a un hombre triste y desesperado, a un hombre que creyó haberle ganado la batalla a la vida y que ahora descubre que es incapaz de salvar de la muerte a lo único que posee en el mundo, a su joven y amada esposa.

No recuerdo si fueron estas sus palabras exactas, porque me afectaron hondamente y ahora las confundo, pero más o menos eso fue lo que dijo sobre su propia imagen. Después de un largo silencio, le pedí que me describiese la otra, la mía.

—Si me hubieras preguntado hace unas semanas, te habría dicho que veía a una muchacha ciega y desvalida, a una hija tan bella como su madre a la que la naturaleza privó con crueldad del don más preciado. Pero también yo he aprendido algo en este viaje. Hoy veo una imagen muy diferente. La imagen de una mujer fuerte, sin complejos, que no le teme al futuro.

Son escasas las veces en que deseo que mis ojos sean capaces de ver. En aquella ocasión, lo deseé con toda mi alma. Me hubiese gustado tanto ver el rostro de mi padre reflejado junto al mío que maldije mi fortuna para mis adentros.

—No estoy segura de ser esa mujer fuerte que dices. Pero me alegra que sea lo que ves, porque es lo que pretendo ser, una mujer capaz de valerse por sí sola, de enfrentarse a la vida sin miedos.

Él se volvió y me abrazó con fuerza. Llevaba años sin sentirme tan cerca de mi padre, quizá desde que era una niña, y la pena me inundó el alma.

—¿De verdad crees que podrá ayudarla? —pregunté.

—Si ella no lo consigue, nadie lo hará. La medicina moderna hace tiempo que la desahució. Aunque no nos atrevamos a decírnoslo a la cara, ambos la hemos visto consumirse poco a poco. Apenas le resta fuerza para sostenerse sobre sus piernas. Wamweru me prometió que intentará ayudarla, démosle una oportunidad.

—Desearía ser tan optimista como tú. Pero esa vieja no me infunde confianza. No son pocos en la isla los que piensan que su magia no es buena, que el precio que se cobran los espíritus que invoca supera con creces el valor de sus servicios.

Papá pareció contrariado por mis palabras.

—¿Quién te ha contado tales cosas?

Aunque quise responderle, no tuve tiempo de hacerlo. Úrsula, que debió terminar por aburrirse en cubierta, abrió la puerta y entró.

—Señor Conrado —dijo—. No sabía que estuviese aquí. Volveré otro rato arriba para que pueda seguir hablando con su hija.

—No es necesario, ya me iba. Si el temporal arrecia, será mejor que me sorprenda acomodado en mi camarote.

—¿Cree usted que arreciará aún más?

—Sí, podría ser, pero no hay nada que temer. Viajamos en un barco moderno y su tripulación está acostumbrada a navegar en condiciones desfavorables. Volveré más tarde para ver cómo va todo.

Esto último lo dijo desde el pasillo. Levanté la mano en su dirección para despedirme y Úrsula cerró a su espalda. De eso hace dos días.

Como creo haber escrito todo lo ocurrido desde entonces, abandonaré aquí e iré a despertarla. La mañana se está despejando y no quiero dejar pasar ni un día más sin hablar con la vieja.

VII

Viernes, 1 de enero de 1892

Fue el día de ayer, último del año, muy diferente a aquel que pasamos en Navidad. El amanecer del anterior nos había regalado las siluetas fantasmales de las islas El Hierro y La Palma, y a las dos de la tarde estábamos atracados en el puerto de Santa Cruz, la ciudad natal de Airam. El retraso acumulado durante la tormenta, nos explicó el capitán con aires de superioridad, había puesto en serio peligro la conservación de los géneros acumulados en las bodegas, por lo que nos prohibió terminantemente bajar del barco. Repostaríamos lo imprescindible y soltaríamos amarras. Sin embargo, Úrsula lo hizo.

Aunque por entonces el mar se había transformado en un lago idílico, el recuerdo de las gigantescas olas de los primeros días de viaje pervivía en su memoria y, desde que vimos aparecer las islas en el horizonte, juró una y mil veces que al tocar tierra bajaría del barco y no volvería a subir. Y así lo hizo. Cuando los marineros colocaron la pasarela para cumplimentar los trámites portuarios y reponer el carbón de los silos, se escabulló entre ellos y no hubo forma de alcanzarla. Tumbada en el muelle a todo lo largo, besó el suelo decenas de veces. Me contó papá que necesitó recurrir a sus mejores dotes de persuasión para convencerla de que regresase, y no lo habría conseguido de no haberle jurado en nombre de nuestro Dios que solo nos restaban un par de días de viaje.

A la noche habíamos dejado atrás las Canarias y navegábamos una vez más a través del Atlántico. Tuvo entonces el capitán la oportunidad de agasajarnos con todo aquello con lo que no nos pudo agasajar el día de Navidad. Prepararon los cocineros sus platos más elaborados, sacaron al fin la vajilla de los días especiales y nos reunimos en el comedor para brindar por el año venidero y desearnos un venturoso 1892. Quizá hubiese sido mejor una nueva tormenta que tanto brindis y buenos deseos, porque Úrsula solo encontró lágrimas con las que empapar la añoranza de Ndenga y Wamba, y papá y yo compartimos largos silencios pensando en mamá. Por suerte, la noche pasó. Dentro de un par de días llegaremos a Cádiz, donde dice papá que nos espera para llevarnos a Sevilla el mismo carruaje que utilizamos la última vez. A la caída de la tarde de ese mismo día estaremos en casa. Ardo en deseos de abrazar a mamá.

Ahora que he dejado constancia de nuestra actual situación y de la inminente llegada a la península, va siendo hora de anotar la

conversación que tuvimos el pasado sábado con Wamweru y el extraño suceso que tuvo lugar en su camarote. Albergo la sospecha de que cuando alcancemos Sevilla no hallaré momento de hacerlo.

Cuando la tormenta se había disipado, Úrsula y yo nos atrevimos a ir por primera vez al comedor para tomar el desayuno. Como seguíamos con el estómago revuelto, apenas pudimos tolerar una infusión de manzanilla y un par de dátiles bañados en almíbar. Eso nos fue suficiente para recuperar la presencia de ánimo y encarar el nuevo día. Salimos a cubierta y dejamos por un rato que el viento terminase de despejarnos.

—Voy a bajar a verla —le dije. Úrsula, recostada a mi lado en la proa, contemplaba el nuevo amanecer.

—No cuentes conmigo —respondió.

—Tampoco te lo he pedido. Iré sola.

—¿Se lo has dicho al señor Conrado?

—Mi padre no tiene nada que ver en esto. Es una conversación entre mujeres que ella y yo tenemos pendiente.

—Pues entonces pierdes el tiempo. Wamweru solo habla con él. Yo misma lo intenté sin éxito antes de subir al barco.

—¿Cómo qué tú lo intentaste?

—Cuando supe que viajaría con nosotros, le pedí a Wamba que me llevara a verla. Y así lo hizo. Entramos en La Esperanza y le dijimos a un empleado que la avisara. Pero ella no salió de su choza. Se limitó a mandarlo de vuelta con el recado de que todo lo tenía hablado con el señor Conrado y que nos marchásemos por donde habíamos venido.

—Pues conmigo tendrá que vérselas, aunque no quiera —aseguré.

Le di la espalda y comencé a caminar guiada por el pasamanos de estribor. Un cubo de hojalata que se interpuso en mi camino terminó derramando el agua jabonosa de su interior y estuvo a punto de tirarme al suelo. Eso fue suficiente para Úrsula, que gritó de espanto y corrió a mi lado.

—Anda, vamos. Eres una testaruda. Luego no digas que no te lo advertí.

Tomadas del brazo nos cruzamos con varios marineros, que nos saludaron observando a la extraña pareja de pasajeras, y nos dirigimos hacia los pasillos interiores. La calidez de los rayos de sol quedó atrás y mi pelo dejó de ondear. Un olor picante y grumoso llegó desde dentro. Yo conocía aquel olor, que no era otro sino el procedente de la combustión del carbón en las calderas, aquel que descubrí por primera vez de la mano de Airam.

—No tengo ni idea de dónde buscar —confesé entonces—. Confiaba en que tú estuvieses mejor informada.

—Pues siento decepcionarte. Pero ya encontraremos a alguien que sepa dónde la encerraron.

—¿Quién ha dicho que la tengan encerrada?

—Vi cómo la miraba el capitán cuando subió a bordo, y los reproches que cruzó con el señor Conrado mientras repasaba sus papeles de embarque. A buen seguro que la tiene oculta en algún rincón del barco bajo cuatro llaves. Tampoco a mí me miró bien... Me temo que a este capitán no le gustamos demasiado los negros.

—Pero ¿de qué hablas? Tú no eres negra.

—No, y tampoco blanca. A veces pienso que no encajaré en tu mundo.

—Ves fantasmas donde no los hay. Papá dice que pasarás desapercibida entre las mujeres andaluzas. Verás cómo hay muchas allí de piel incluso más tostada que la tuya.

Úrsula no quedó convencida, pero dejó de quejarse y se concentró en encontrar un camino hacia las bodegas.

Al fin, recorrido un largo pasillo, dimos con una escalera que comunicaba con el piso inferior. Como era angosta y empinada, nos vimos obligadas a descender de espaldas y una detrás de otra. Al llegar abajo Úrsula apretó mi brazo para indicarme que no estábamos solas. Percibí entonces que quien quiera que fuese aquel se acercaba a grandes zancadas, y supuse que se disponía a recriminar nuestra osadía. Pero por fortuna se limitó a mascullar unas palabras entre dientes y a cruzar frente a nosotras. Por el calor y el olor que desprendía, debía venir de las calderas.

—Oiga, señor —grité cuando sus pasos se gastaban en la distancia.

Úrsula dio un tirón a mi manga, quizá desconfiando de una barba descuidada y unas ropas ennegrecidas por el trabajo. El marinero se volvió.

—¿Sería tan amable de ayudarnos? —seguí diciendo.

El desconocido deshizo sus pasos y se detuvo a nuestro lado.

—¿Se han extraviado?

—Sí —respondí con demasiada rapidez—. Buscamos el camarote de mi abuela. Debe andar por aquí.

—No. Aquí no hay camarotes. Vuelvan arriba o terminarán manchando esos caros vestidos —añadió con un deje de desprecio.

—Es una anciana negra, muy vieja —añadí.

—¿Y dice que es su abuela?

—No —respondió Úrsula, reparando en que una piel casi transparente no podía descender de una mujer negra—. Lo que ha querido decir es que se trata de la mía.

El marinero, escamado, chasqueó la lengua para sacarse algo de entre los dientes y exhaló un aliento a pescado muerto.

—Al fondo a la izquierda, no hay pérdida —refunfuñó antes de darnos la espalda y continuar su apresurado camino.

No nos mintió. El pasillo era un fondo de saco que moría frente a

una puerta de hierro oxidada. La golpeamos con los nudillos un par de veces y aguardamos expectantes.

Nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Úrsula—. Tal vez nos hayamos confundido.

Agarré la manivela, la giré con decisión y empujé.

La puerta se abrió sin la menor resistencia.

Desde que alcanzan mis recuerdos siempre he percibido cuándo tengo a alguien frente a mí. No sabría decir si se debe al hálito de su respirar, al calor que desprende el cuerpo humano o a esa aura que dicen que rodea a cada persona y que solo algunos podemos reconocer, pero siempre lo he percibido. Incluso soy capaz de intuir si esa persona me mira con curiosidad o si, por el contrario, mi condición no despierta interés alguno en ella. Pero en aquella ocasión fue diferente, porque creí que la habitación estaba completamente vacía. Ningún ruido, ningún olor, ningún calor procedente de su interior.

—Llevas razón. Aquí dentro no hay nadie —dije comenzando a cerrar la puerta. Úrsula no se movió de su sitio. Cuando choqué con ella puso la mano en mi espalda y me detuvo.

—Sí que lo hay.

Me volví de nuevo hacia el interior con los sentidos más alerta que nunca. Solo entonces la olí. El aroma de su cuerpo, que no era humano, sino más bien el procedente de un ser vegetal, me recordó aquel otro que aspiré por primera vez en la isla, el aroma resinoso de los jatayvas, el poderoso revulsivo que, según dicen, Wamweru usa para comunicarse con sus espíritus. Percibí además que el ojo de buey permanecía cerrado y que la atmósfera de la habitación carecía del menor movimiento, tal vez por eso me costó tanto descubrirla.

—Quienes quiera que seáis, marchaos de aquí ahora mismo. No quiero ver a nadie —dijo con hosquedad.

La voz provenía del fondo. Supuse que estaba sentada en el rincón más apartado, sobre el suelo y con la espalda apoyada en la pared. Más tarde, Úrsula me describiría la pobreza de aquella habitación: un camastro a su derecha que no parecía usado, una especie de escritorio de hierro a su izquierda y una silla desvencijada junto a él.

—Soy Andrea, la hija de Conrado. Y mi amiga es Úrsula, hija de Ndenga.

—Andrea —repitió la vieja sacerdotisa, acentuando una erre gutural—. Acércate.

Yo levanté las manos para no tropezar con ningún obstáculo que se interpusiese entre ambas y comencé a caminar. Wamweru dejó que llegase a su altura, me ordenó que me arrodillase y levantó ambas manos para posarlas en mi frente. Un breve temblor, que me produjo

cierta sensación de vértigo, y las volvió a retirar.

Al cabo de unos segundos habló en un susurro.

—¿Cuándo perdiste los ojos?

—Nunca he visto la luz.

Levantó sus manos una vez más y agarró las mías para llevarlas hasta su cara. Tal como me describió Wamba en la cueva, su piel era tan fina como la de una serpiente. Todos y cada uno de los huesos de su rostro podían contarse a través de ella.

—No son necesarios los ojos para verla —dijo.

Me incorporé y me aparté de su lado.

—¿A qué has venido?

—Quiero saber lo que le hará a mi madre.

—Eso no depende de mí, solo soy un instrumento. Lo que haya que hacer con ella, los que están del otro lado lo decidirán.

Sus palabras no sirvieron para sosegar mi inquietud. Más bien me terminaron de convencer de que papá se había equivocado al traerla con nosotros. Mientras mis ojos la miraban, noté que Úrsula se colocaba a mi derecha.

—¿Cómo pretende ayudarla? —insistí.

—Primero tendremos que ver si ella desea dejarse ayudar. No todos lo hacen. Tú misma fuiste testigo de lo que ocurrió en la cueva.

Aunque no recordaba los detalles de lo que finalmente le ocurrió a la embarazada, porque a mitad de la ceremonia perdí el sentido, sí era consciente de que cuando aquella pobre mujer se negó a acatar las pretensiones del loa este intentó matarla. Lo que definitivamente no sabía era que aun en el estado de trance en que se encontraba la hechicera, había percibido mi presencia.

—¿Cómo sabe que estuve en la cueva?

—Yo lo sé todo, niña blanca.

—¿Qué le ha ofrecido mi padre? ¿Qué saca usted de todo esto?

—Ahora veo que realmente eres ciega. Si el destino es tan cruel como lo ha sido conmigo y te permite vivir tanto como yo he vivido, comprenderás que a mis años solo se desea la muerte. No he salido de la isla por mi propia voluntad, ni puede ofrecerme tu padre otra cosa más que padecimientos.

—No lo comprendo.

La vieja guardó silencio.

Por segunda vez creí que frente a nosotras no había nadie, que Úrsula y yo estábamos solas en la habitación. Armándome de valor, me atreví a amenazarla.

—Quiero que sepa que también los blancos tenemos un Dios implacable, que si le hace daño a mi madre se las verá con él y conmigo.

—Niña blanca, yo solo hago de mensajera. Será ella quien deba

elegir entre unos dioses y otros a su debido tiempo.

Estaba claro como el agua que nuestra conversación había llegado a su fin.

Me agarré de la mano de Úrsula y le indiqué con un tirón que me condujese hasta la puerta de salida. Antes de alcanzar el pasillo, Wamweru me agarró por el hombro obligándome a volverme. No tuve ni idea de cómo pudo llegar con semejante rapidez hasta nosotras. Pero, fuera como fuese, allí estaba, interponiéndose en nuestro camino, escrutando mis ojos. Sin mediar palabra, puso la palma de las manos en mis sienes y colocó los pulgares sobre ellos. Fue tal la fuerza con que presionó que creí que acabarían reventados. Aquella desconcertante sensación que me asaltó en la cubierta del barco, cuando viajábamos hacia Cuba y subí a medianoche para recorrer las intimidades de mi cuerpo en soledad, aquel chasquido cegador que debía ser tan parecido a la luz procedente del sol, el destello que percibieron mis ojos en los brazos de Wamba volvieron lacerantes y renovados, enseñándome a mirar como ella miraba. El rostro consumido de Wamweru, un rostro tan viejo como el tiempo, se materializó ante mí. Fue tal la impresión que me produjo que perdí el sentido y caí al suelo desmadejada.

Lo siguiente que recuerdo son las bofetadas de Úrsula reanimándome. Una voz desesperada que me llamaba desde lejos.

—Te lo advertí —me reprochó cuando logré tomar conciencia de la situación y levanté mis ojos abiertos hacia ella—. No debimos venir.

Wamweru había cerrado la puerta a nuestra espalda.

Volvíamos a estar a solas en el pasillo.

Una semana después, sigo sin saber lo que ocurrió aquella mañana. Me repito una y otra vez que mis ojos son incapaces de ver. Pero ¿cómo explicar lo sucedido? ¿Acaso no fue su cara la que vi frente a mí? ¿Acaso no es esa sensación que experimenté el verdadero rostro de la luz? ¿O se trata de la respuesta de mi mente a un intenso dolor, a una fuerte excitación? Me es imposible responder semejantes preguntas. Pero sí puedo asegurar que no me arrepiento de haberla visitado. Ahora sé que debo vigilarla. Tal como siempre afirmó Úrsula, Wamweru no es de fiar. Esa mujer no juega limpio.

Martes, 5 de enero de 1892

Retomando la costumbre que he ido adquiriendo con los meses, vuelvo a aprovechar la noche para escribir. Es a estas horas, mientras todos duermen, cuando me siento más libre de hacerlo. Han transcurrido dos días desde que llegamos a casa y todo sigue en calma. Según nos dijo Hilario, el médico de la familia, mamá se ha

estabilizado y no debemos temer por su vida. Su consejo sigue siendo que guarde reposo y que no se excite. Aunque su corazón y sus riñones siguen funcionando como un reloj, su cara está más pálida que cuando nos fuimos, y ha perdido buena parte de la masa muscular. No deja de sonreírnos cuando estamos con ella, pero no consigue engañarnos. El mal que la atenaza aprieta cada vez más y no tiene visos de parar hasta que acabe con su vida.

El domingo por la noche, cuando el carruaje que nos trajo desde Cádiz se detuvo frente a nuestra casa, subí corriendo a su habitación y la abracé. Ambas nos pusimos a llorar como dos magdalenas.

—Siento haberte dejado sola tanto tiempo. ¿Cómo te encuentras? —quise saber.

—No puedo quejarme —me dijo con su mejor sonrisa—. Ahora incluso me atrevo a bajar al salón de vez en cuando para tocar una o dos piezas al piano. Hacía tiempo que lo deseaba. Si me encuentro bien esta noche, lo volveré a hacer. ¿Y vosotros, cómo habéis pasado tan largo viaje?

Cuando me disponía a responderle, papá entró en la habitación, se lanzó a sus brazos y se reclinó para besarla. Como supuse que les vendría bien un rato de intimidad, los dejé en aquella postura y cerré la puerta por fuera. Dolores, nuestra cocinera y ama de llaves, después de esos apretones y besos con que me suele obsequiar, me dijo que papá había ordenado acomodar a Úrsula en la habitación del fondo, contigua la mía, y a Wamweru en el ala opuesta, en el cuartucho situado frente a los portones de la biblioteca. Como al parecer Simona, la joven e inseparable ayudante de Dolores, estaba cumpliendo el encargo, ella se despidió con otro beso y regresó a la cocina.

Aquella noche apenas nos dio para cenar algo apresurado. El agotamiento del viaje y las altas horas fueron suficientes para sumirnos a todos en un sueño reparador.

La mañana del día siguiente y parte de la tarde fueron consumidas en deshacer el equipaje y terminar de acomodar a nuestras nuevas acompañantes en sus respectivos aposentos. Era el baúl con que viajó la hechicera más pesado que cualquier otro de los que trajimos de Cuba, y se necesitó la fuerza conjunta de toda la familia para bajarlo desde el recibidor, donde quedó olvidado la noche anterior, hasta los sótanos. Incluso Jenaro, el jardinero que suele venir de vez en cuando a realizar las podas, hubo de echar una mano en la empresa. Eso no quiere decir que mi madre y yo no encontrásemos más de un rato para charlar sobre la belleza de la isla, de lo que nos ha acontecido en el viaje y de Ndenga, la madre de Úrsula, de la que conserva muy buenos recuerdos. Supe así que ella era conocedora de las intenciones de mi padre sobre su hija. Aunque al principio se negó a que yo acompañase a papá en el viaje, dice que terminó por ceder. Si Úrsula y yo no

hubiésemos congeniado en la isla, asegura, yo me habría negado en redondo a aceptarla, y lleva razón. Por el contrario, la llegada de Wamweru le ha resultado toda una sorpresa. Incluso la he oído más tarde discutir con papá sobre el asunto de forma bastante acalorada. Wamweru sigue recluida en su cuarto desde que llegamos, y mi madre aún no ha permitido que mi padre se la presente. Aunque, supongo que esa vieja tampoco desea conocerla a ella. No le ha gustado nuestra casa, de eso estoy segura. Incluso creo que se ha arrepentido de venir. Esta ciudad atestada de coches y de humo no se parece en nada a la choza en la que siempre ha vivido. Pronto veremos lo que el destino nos depara, sabremos de una vez por todas si papá se ha equivocado con ella o, al contrario de lo que pienso, esa mujer es capaz de librar a mamá de su mal.

Jueves, 7 de enero de 1892

Esta mañana temprano, transcurridos cuatro días desde nuestro desembarco en el puerto de Cádiz, Wamweru se ha dejado ver por la casa por primera vez.

El cansancio acumulado durante la larga travesía me sigue reteniendo en la cama hasta altas horas, y cuando Úrsula golpeó mi puerta y entró de forma atropellada en el dormitorio no pude reprimir un grito de terror.

—¿Quién anda ahí? —pregunté una vez repuesta.

Úrsula, cuyos ojos debían resultar tan inútiles como los míos en la oscuridad reinante, se golpeó con la arista del ropero antes de atinar a abrir los postigos y responder. El aroma dulce que ella desprende llegó acompañado del relente de fuera. Un leve escalofrío me erizó la piel.

—¡Tienes que levantarte! —me ordenó con palabras apresuradas mientras volvía sobre sus pasos y se plantaba frente a la cama.

Sin acabar de comprender, la busqué con los dedos. Esa blusa y esa falda de lino basto que suele usar le cubrían el cuerpo, y la gruesa trenza colgaba perfecta a lo largo de su espalda.

—¿Ya te has vestido?

—¡Vamos, levántate! —repitió ignorando la pregunta—. Hace rato que ha amanecido y la vieja acaba de salir de su cuarto.

—No habrás permitido que vea a mi madre, ¿verdad?

—No, pero sabe cuál es la alcoba de la señora, porque se detuvo frente a su puerta y pareció escuchar durante un rato. Luego, sin decidirse a abrirla, descendió la escalera y merodeó por la planta baja.

—¿Y mi padre?

—El señor Conrado se ausentó de la casa antes de que clarease el día. Estamos las tres solas con ella.

Entonces comprendí la gravedad de la situación. Si mi madre abría los ojos y encontraba el espectro reseco de Wamweru plantado a los pies de su cama, las consecuencias serían impredecibles.

—¿Dónde está ahora?

—La dejé en el jardín, husmeando entre los setos.

Puse los pies en el suelo medio desnuda y me encaminé hacia la ventana. Úrsula, que había descolocado los sillones en su carrera, los fue apartando a mi paso para que no tropezase.

Asomada a la exuberancia del jardín, con los primeros rayos de sol bañando mi cuerpo, cerré los ojos y miré: el susurro del viento agitando las ramas, la persistente gelidez de los amaneceres de invierno, la acidez dulzona del laurel enredada en el azul de las violetas y, una vez más, la desconcertante sensación de vacío que me embargó en alta mar cuando entré en su camarote.

—Ahora no está ahí —me susurró Úrsula al oído.

—Calla —le ordené intentando concentrarme.

Por momentos todo continuó igual: el trinar de los gorriones revoloteando alrededor de la palmera, los murmullos metálicos de las hojas resecas arrastradas por el viento y una brisa apenas apreciable que agitaba mi cabello, pasados unos minutos percibí su olor. Ese olor vegetal y antiguo que distingues cuando te enfrenta con las cuencas vacías.

—Sigue ahí abajo, en el mismo sitio —afirmé rotunda.

Úrsula dejó escapar un suspiro de incredulidad y se asomó más.

—Andrea, yo no puedo verla, ¿cómo podrías hacerlo tú?

No sabría explicar cómo era posible, pero la veía. Aquella primera vez que visité su camarote afirmó que no se necesitaban ojos para ver. Y lo cierto, por más que me pese, es que algo cambió dentro de mí cuando hundió sus dedos en ellos y me hizo ver la luz. Desde entonces, aquel destello blanco y cegador vuelve una y otra vez.

Durante varios minutos ambas nos concentramos en el exterior, Úrsula con sus ojos cerrados, y yo con los míos abiertos. Sí, Wamweru seguía allí, postrada entre los setos, husmeando la tierra húmeda con la cara hincada en el suelo, buscando tal vez la tumba en la que sus huesos deberían yacer desde hace cientos de años, hablando con esos espíritus de los baka que solo ella sabe invocar. Mi padre ha cometido un terrible error al traerla a nuestra casa. Pero ahora nadie será capaz de devolverla a su isla. Menos todavía, sin que se haya enfrentado a mi madre.

Sábado, 9 de enero de 1892

Úrsula y yo hemos dedicado la mañana de hoy a dar un paseo por los

alrededores. Hemos visitado la catedral, de la que ella ha quedado impresionada por sus columnas de piedra, sus altas bóvedas y esos santos, me ha dicho, que te miran sin parar. Luego, con gran esfuerzo de ambas, hemos subido las treinta y tantas rampas que dan acceso al campanario de la Giralda. Le he explicado entonces que esa era la torre de una antigua mezquita, que desde ella se convocaba a los musulmanes a la oración varias veces al día, que el acceso por rampas y no por escaleras se debía al deseo del sultán que inició su construcción de que se pudiese acceder a caballo hasta su punto más alto. Esas y otras cosas parecidas que le he contado la han sumido en largas reflexiones, comparando quizá la gran diferencia que existe entre esta ciudad y las que ella ha tenido oportunidad de conocer en Cuba. Creyó siempre, me ha dicho también, que los españoles nunca fuimos conquistados por nadie, que nuestra historia fue siempre la historia de los conquistadores. No sospechaba que hubieran pasado infinidad de pueblos por la península, ni que el mestizaje de su propia piel era apenas comparable con el que los españoles hemos sufrido a lo largo de los milenios. Me ha dicho arriba, contemplando la inmensidad de la ciudad, paseando la vista a lo largo de los brillos plateados del Guadalquivir, desde su aparición más allá de los meandros de la Algaba y el Arahal hasta sus últimos coletazos en busca del mar, que es Sevilla incluso más grande que la Habana, pero menos verde, y que aquí huele más al humo de las calderas de los ingenios que al dulzor salvaje de la caña cortada. Nos hemos reído de sus comparaciones y hemos vuelto a descender las interminables rampas para seguir paseando. No he querido llevarla al barrio de Santa Cruz, porque tendremos tiempo de ir allí, ni a otros muchos lugares que le quedan por descubrir. Dice que si todo va bien, pretende quedarse con nosotros una larga temporada, que no le quedan ganas de subir a un barco por ahora, que preferiría regresar a nado si fuese menester.

Fue a nuestra vuelta cuando supe que mamá ha accedido al fin a conocer a Wamweru. Al entrar en casa, Úrsula decidió ir a la cocina para ayudar a Dolores con el almuerzo y yo subí a ver cómo se encontraba. Su habitación es la que tiene mejores vistas al jardín, y desde siempre le ha gustado sentarse junto a la ventana por las mañanas, en ese sillón de mimbre que ella misma encargó. Me alegro de que hoy lo haya vuelto a hacer. Eso significa que se encuentra mejor. Al verme entrar me pidió que la acompañara un rato y me senté a su lado. Entonces me informó de que papá acababa de irse a Madrid. Al parecer, tanto tío Gaspar como tío Anselmo están ahora allí y tiene intención de hacerse con su parte de Las Yeseras.

—Tengo entendido que te ha hablado de esa finca en el viaje —

dijo.

—Así es. Me ha puesto al corriente de varios asuntos, de lo que les ocurrió a sus padres en su ausencia, de que están enterrados allí, de la pequeña Elvira, la hija de Gaspar, que fue responsable de que os conocierais en Madrid. Incluso me ha hablado de mis abuelos, de tus padres. ¿Por qué me hiciste creer que habían fallecido antes de mi nacimiento?

Sé que entonces mamá volvió la vista hacia la vegetación de fuera, porque el aire que exhalaba al respirar cambió de dirección y las mimbres del sillón rechinaron.

—Hace tiempo que debí contártelo. No pude soportar que repudiaran a papá y me marché sin su permiso. De otra forma nunca habría conseguido casarme con él. A la muerte de ellos, pensé en explicártelo, pero es un dolor que me ha acompañado desde que me marché de su casa. Intenté que tú no cargases con la misma pena. Ahora me alegro de que papá te lo haya contado. Tenías derecho a saberlo.

—¿Cuándo murieron realmente?

—Tu abuelo materno murió en 1881, más o menos cuando papá trajo a Tam a casa. Tú tendrías diez años. Tu abuela murió tres años después. Fueron las dos únicas veces que volví a mi antiguo hogar. Les había escrito antes un par de cartas, pero no obtuve respuesta. Nunca me perdonaron. Tampoco yo los perdoné.

Ambas estábamos sumidas en nuestras propias reflexiones, dejándonos acariciar por un sol ralo y frío cuando Dolores aporreó la puerta. Después de entreabrirla, introdujo la cabeza y le preguntó a mamá si se sentía con fuerzas para bajar a almorzar o prefería que le trajesen el servicio a la habitación. Aunque el primer día nos prometió compartir algunas horas con nosotros y tocar algo al piano, desde nuestra llegada no lo había hecho. No fue esta mañana diferente, y le pidió a Dolores que le subiera algo ligero para tomar allí mismo.

Cuando volvimos a estar a solas, me atreví a preguntárselo.

—Mamá, hace un par de días Wamweru andaba buscándote. La encontramos abriendo puertas y husmeando por la casa, pero la detuvimos en el jardín y conseguimos volverla a su cuarto. ¿No crees que va siendo hora de que hables con ella? Papá la ha traído para que te vea y antes o después tendrás que enfrentarte a esa mujer.

—Ya lo he hecho —me dijo—. Esta mañana temprano, cuando tu padre se disponía a partir para Madrid, le pedí que la trajera a mi habitación.

Después de tantos días de negativa, sus palabras me sorprendieron.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me puede curar.

—¿La has creído?

—No.

—Siento decírtelo, pero tampoco yo la creo, ni Úrsula. Solo papá cree en ella.

—Pero es la única esperanza que nos queda. No me importa morir —me dijo con los ojos perdidos, en ese tono que ella usa en sus horas más bajas—. Lo único que me atormenta es dejarte sola. Papá es un hombre bueno, pero no es la persona adecuada para cuidar de una hija ciega. Al menos me gustaría que encontrases a alguien con quien compartir tu vida antes de que me vaya. Por eso hemos pensado en Úrsula, ella viviría bien contigo, y creo que tú también con ella.

—Mamá, no digas eso. Tú no vas a morir.

Después de un breve silencio, retomó la palabra.

—Hace unos días que me visitó Dionisio.

—¿El viejo párroco del Salvador?

—Sí. El mismo. Quise que entendiese mi situación y le dije que el doctor no encuentra cómo ayudarme, que te dejaría sola en el mundo, que no me queda más remedio que entregarme a esa mujer y rezar porque sea capaz de sanarme.

—¿Y te dio su bendición?

—Por supuesto que no. Me dijo que solo en manos de Dios está mi destino, que un cristiano debe resignarse a la voluntad divina y no caer en las tentaciones del diablo. Que mi alma se condenará al infierno.

Si la memoria no me falla, fueron estas las palabras exactas de mamá. Palabras que quedaron grabadas en mi mente y que ahora reproduzco con gran pena de corazón. Desde que papá me reveló sus intenciones en la isla, supe que llegaría este momento, que, tal como predijo la hechicera, mamá tendría que elegir entre unos dioses y otros, entre el Dios de los blancos y el dios de los negros, entre el Conquistador y el conquistado. Y ese día, aunque ha tardado en hacerlo, ha llegado.

Capítulo 6

I

No lo podía creer. Después de tan larga noche sin pegar ojo, terminé de leer la última página del diario de Andrea, o, por ser más precisa, la traducción que con tanto esfuerzo realizó Cipriano. Eran las seis de la mañana y las primeras luces del día asomaban por las tapias más altas.

El día anterior, cuando la tormenta de verano que me sorprendió con el padre Benigno en el patio del Salvador me obligó a volver a casa, descubrí que mamá acababa de perder una nueva batalla con Cañizares y que las obras comenzarían al día siguiente. Pero la decepción se tornó en euforia cuando Teresa me anunció que Miguel había venido a casa y había dejado un paquete en la biblioteca. Subí los peldaños de la escalera de dos en dos y deshice el atadillo con dedos impacientes. Allí estaban. Más de ochenta páginas agujereadas en braille por Cipriano, el resto de la traducción del diario, la solución a tantas y tantas incógnitas que la historia de mi familia me terminó suscitando. Sin embargo, al concluir la lectura comprendí con decepción que estaba equivocada, que mis preguntas no solo seguían sin respuesta, sino que, al contrario, terminaron multiplicadas. Aquel no podía ser el final. Era cierto que Miguel no dijo que lo fuese al traer el paquete, pero conocía bien aquella página que le entregué a Cipriano en el parque de María Luisa el día en que lo conocí, la que hablaba de los paseos de Wamweru por la casa. No recordaba a ciencia cierta la posición que ocupaba en el diario, pero sabía que era una de las últimas. No cabía duda, la historia contada por Andrea concluía allí. ¿Cuál habría sido el motivo por el que no continuó escribiendo? ¿Qué ocurrió después? Tenía que encontrar de inmediato a Cipriano y hablar con él.

Contrariada, me eché en la cama con intención de dormir un par de horas antes de que terminase de amanecer. No me fue posible. Cuando mis ojos empezaban a cerrarse, oí a los operarios de Cañizares que aporreaban la puerta de la calle para iniciar su jornada. Los golpes en el sótano empezaron quince minutos después. Sin esperanzas, salté al suelo y me dirigí a la planta baja. Teresa y mamá, que se habían refugiado en la cocina, andaban renegando de la pareja que trabajaba

ya en las profundidades de nuestro nuevo hogar.

—Se lo he advertido cientos de veces, pero nada —afirmaba Teresa mientras tomaba un café retrepada en la encimera.

—Si lo vuelven a hacer van a la calle.

—¿De qué habláis? —les pregunté al entrar.

Mamá volvió la cabeza sin intención de saciar mi curiosidad.

—Nada, hija —dijo Teresa—. Sabes cómo odia tu madre el tabaco.

—Creí que el Comandante les dijo ayer que se fueran —alegué.

—Así es —añadió mamá con los nervios crispados—. Pero Cañizares volvió a hablar con él y lo convenció. No sé qué perra se le ha metido a tu padre en la cabeza con eso de la bodega.

—Mira el lado bueno —dije—. Quizá así consigan acabar con las ratas.

Mamá me desafió con ojos asesinos, sin terminar de reprimir su mal humor antes de responder.

—Anda, toma un café. Me levanté a las tantas y vi la luz bajo tu puerta. Espero que hayas conseguido terminar de leerlo, tengo ganas de que te olvides de él.

—Sí, lo he acabado.

—Gracias a Dios. ¿Qué has descubierto?

—Poca cosa. Me da la impresión de que Andrea dejó el diario inacabado —afirmé pensativa—. Teresa, ¿estás segura de que Miguel no dejó ningún recado al traer el paquete?

—Nada, solo lo que te dije. Que tenía prisa y que no podía esperar. Una tal sor Gregoria le había levantado el castigo media hora, pero no debía retrasarse. ¿Por qué no vas a verlo y le preguntas tú misma?

—Sí, eso es lo que haré. No soporto esos porrazos. Si no andan con cuidado, terminarán echando la casa abajo.

Mamá, que parecía ajena a nuestra conversación, saltó de la silla y dijo que también ella iría aquella mañana a dar una vuelta con alguna amiga. Apenas tuve tiempo de compartir un café bien cargado con Teresa cuando el golpe que produjo la puerta de la calle al cerrarse nos informó de que se marchaba.

Mientras tomaba una rebanada con miel, recordé el bosquejo inacabado del puente de Triana. Eso me dio una idea. Le diría a la monja que tenía intención de terminarlo con un retrato del chico en primer plano y que, si no tenía inconveniente, me haría cargo de él por unas horas. Estaba convencida de que no podría negarse. Con el cuaderno y el estuche de los carboncillos bajo el brazo, me lancé a la calle. El aguacero del día anterior había dado paso a un cielo azul turquesa, dejando un intenso aroma a tierra mojada. Aspirando aquel delicioso olor, comencé a caminar en dirección al hospicio. Como hiciera la primera vez, evité la entrada principal y busqué la que daba a la calle Clavelinas. La encontré abierta. Me anuncié como una amiga

de sor Gregoria y esperé sentada en el recibidor.

Transcurrieron quince minutos.

Entonces oí su caminar lento a través del patio de los cipreses. Me levanté y fui a su encuentro.

—Belinda, deberá disculpar mi tardanza —dijo al localizarme entre las sombras—, pero nos has pillado en la hora de la oración. ¿Sabe lo de Cipriano?

Su expresión hierática borró de mi mente cualquier plan preconcebido. Hacía más de un mes que Miguel había acudido a casa para decirme que Cipriano había ido en su busca con el cadáver de Sultán, y que después se peleó a puñetazos con el veinticuatro. Desde entonces, excepto por la visita del día anterior para entregarme la traducción del diario, no había vuelto a saber de ninguno de ellos. La pregunta de sor Gregoria no auspiciaba buenas noticias.

—Veo que no —continuó diciendo al notar mi turbación.

—Dígame, ¿qué le ha ocurrido?

—Lleva un par de semanas arrestado. ¿No te lo ha dicho Miguel?

—No puede ser —protesté—. El pequeño me llevó ayer a casa un paquete de su parte. No le habría sido posible de estar arrestado.

—Cipriano sabía que Miguel se preocuparía por él y mandó recado de su situación a través de un amigo —explicó la monja—. Fue este quien trajo ese paquete.

—¿Por qué lo han arrestado?

—Eso no se lo puedo contestar. Lo único que dijo es que lo tienen en La Ranilla.

La situación empeoraba. El Comandante trabaja en Capitanía en asuntos que nada tienen que ver con los presos, y mi conocimiento de las condiciones carcelarias de Sevilla siempre fue pobre. Pero aun así me alcanzaba para saber que La Ranilla es la prisión provincial en la que hacinan a los adversarios políticos desde el final de la guerra, y que las condiciones en que debían convivir en ella no serían las mejores para un hombre ciego y envejecido por la vida en la calle.

—¿Podría ver a Miguel?

—Eso no será posible hasta el próximo lunes. Es el día en que vencerá su castigo. Tenemos que ser estrictos con las reglas para controlar a los internos. Hay tantos niños perdidos que a veces pienso que es una tarea imposible retornarlos a la senda de Dios —me dijo compungida—. La guerra hizo demasiado daño en las familias. Ayer dejamos que saliese un rato para que le entregase el paquete, por si era urgente, pero hoy no podrá ser. Espero que lo comprenda.

—Por supuesto. Ya hizo suficiente permitiéndole salir ayer. Gracias.

—Ande. Está en buenas manos. Vuelva la semana que viene a visitarlo.

Las palabras de sor Gregoria dieron fin a nuestra conversación.

Miguel estaba a salvo y yo no tenía nada más que hacer en el hospicio. Era Cipriano el que requería de mi auxilio.

Al llegar a casa levanté el teléfono y marqué el número de Capitanía. Durante las últimas semanas fueron varias las citas mantenidas con Hugo, y nuestra relación había ido estrechándose cada vez más. Aquella sensación de curiosidad y zozobra que sentí por primera vez sentada frente a la fuente de las Ranas, cuando los hoyuelos de sus mejillas y su aspecto de niño me enamoraron, había dado paso a otra más serena y profunda, a algo a lo que aún no me atrevía a dar nombre, pero que ahora, habiéndolo perdido, reconozco que no podía ser otra cosa sino auténtico amor. Quizá por eso, porque él sentía lo mismo por mí, me habló de aquella manera cuando el soldado de la centralita me pasó con él.

—Han detenido a Cipriano —le solté alterada—. Tienes que ayudarme.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Segura. Lo tienen encerrado en La Ranilla.

—¿Sabes por qué lo han detenido?

—He ido a visitar a su sobrino al hospicio. Algún conocido de Cipriano fue a dar el aviso hace un par de días, pero no supo decir el motivo del arresto. He pensado que podrías ayudarme a sacarlo de allí.

Un silencio largo se adueñó del auricular.

—Belinda, esta vez no voy a seguir tu juego. Si deseas continuar adelante con lo de Cipriano, va siendo hora de que hables con el Comandante.

Yo suponía que Hugo accedería encantado a ayudarme y sus palabras me pillaron por sorpresa. Aunque sabía que llevaba razón, no tenía ganas de informar a papá de que en los últimos meses había estado relacionándome con un comunista, menos aún, que lo había hecho a sus espaldas. Mi primera reacción fue resistirme, mostrarle mi profunda decepción.

—No puedo creer lo que me dices. Pensé que me apoyarías.

—Lo estoy haciendo, Belinda. Por si no eres consciente, te diré que el gobierno está especialmente sensibilizado con los movimientos antisistema de los comunistas. No hay día que no arresten a alguno en las calles de Sevilla. Basta con que alguien lo crea sospechoso y lo denuncie para que lo hagan. La Ranilla está repleto de ellos. Si han llevado a Cipriano allí y muevo un dedo por él, el Comandante se acabará enterando. Y créeme si te digo que deberías ser tú la que le hablase de vuestra amistad.

Aunque no quisiese reconocerlo, Hugo estaba cargado de razón. Había llegado la hora de sacar mi secreto al sol y dejarlo secar. Aun

así, colgué el teléfono enfurecida, sin tan siquiera despedirme. La auténtica realidad era que tenía miedo de contárselo todo a papá. El Comandante y yo siempre fuimos sinceros el uno con el otro. No recordaba que nunca le hubiese guardado un secreto, y este se lo llevaba guardando demasiado tiempo. Perdida en mis reflexiones, crucé el hall y comencé a ascender la escalera con la cabeza gacha.

—¿Señorita?

La conversación con Hugo me había hecho olvidar a los empleados de Cañizares y creí que estaba sola en casa. Sobrecogida por la inesperada voz, me llevé una mano al pecho y me volví.

Era el de nuez prominente.

—Vaya susto que me ha dado —le dije alterada—. No se puede andar por la casa como un fantasma.

Aquel individuo, que no parecía demasiado imbuido de las advertencias de mamá y de Quiteria, levantó el mentón en gesto de suficiencia y aspiró una última calada antes de lanzar la colilla encendida bajo el taquillón.

—Señorita, perdone. Pero es que su madre y esa otra señora vieja hace rato que no andan por la casa. Necesitamos que alguien baje ahí abajo para que vea una cosa, y cuando hemos oído la puerta...

—¿Se han topado con algún problema estructural?

—No sabría yo decirle —respondió buscando el paquete de tabaco en el bolsillo para reponer la pérdida—. Mejor que usted misma lo decida.

Cuando un par de meses antes descendí con el Comandante a los sótanos para comprobar si eran adecuados para una bodega, mis temores infantiles sobre lo que podría esconderse en ellos se esfumaron. Quedé tan convencida de que los extraños ruidos que tantas veces oí solo eran el resultado de las correrías de los roedores que perdí todo interés y terminé por olvidarlos. Sin embargo, la petición de aquel hombre volvió a ponerme en guardia. Bajé la escalera y caminé hacia la puerta por la que se había perdido de vista el operario de Cañizares. Habían instalado un cable eléctrico pelado, conectado de forma precaria a la instalación del piso superior, y habían iluminado los sótanos con un par de bombillas desnudas. Aunque las sombras de los arcos y pilares se proyectaban en todas direcciones como si se tratase de monstruosas patas de araña, la luz parecía suficiente para trabajar. Al llegar abajo, miré con desconfianza a mi alrededor. La pareja esperaba al fondo, junto a la arcada más alejada. Recordaba muy bien aquella arcada. Era la que daba al habitáculo en que papá decidió instalar la bodega, el rincón más frío del lugar.

El otro operario, más entrado en años, arqueó unas cejas con pelos tan largos y gruesos como mis pinceles de rellenar y me llamó

abriendo y cerrando una de sus manos.

—Eche un vistazo a aquello —dijo volviendo la vista hacia el fondo.

Sobre la falsa escalera que moría contra la pared se había desprendido un bloque de ladrillo macizo y argamasa, dejando atrás una minúscula grieta. Si allí se escondía algún contratiempo, desde luego no era estructural. El tiempo pareció detenerse a mi alrededor. Los pelos de mi cuerpo se erizaron.

—Dale la linterna —dijo el de las cejas cuando me acerqué a ellos.

El de la nuez fue hasta su caja de herramientas, la extrajo entre ruidos metálicos y accionó el interruptor. Un haz mortecino iluminó el techo.

Me vino entonces a la memoria la noche en que Rosa y yo volvimos del Archivo de Indias con la mentira de haber acudido al concierto de Budy Jakson. En aquella ocasión, la hice bajar a medianoche hasta el jardín para mostrarle la piedra circular del arriate. Le conté después que la encontré a los pocos días de instalarnos y que sospechaba que bajo ella yacía el cadáver de Laura, la única y genuina propietaria de esta casa. No supe decirle cómo había llegado a semejante conclusión, si por la sospechosa desaparición de Conrado y toda su familia, si por las sensaciones que la vivienda me había transmitido desde nuestra toma de posesión, o si por esa tendencia a las historias fantásticas que mi querido hermano Daniel me inculcó desde niña. Lo cierto es que por entonces estaba segura de ello. Y Rosa me creyó. Sin embargo, con la linterna en la mano y la grieta frente a mí, reparé en mi error, y que era en los sótanos, tras aquella pared que comenzó a derrumbarse por casualidad, donde Laura debía estar enterrada. Me acerqué con paso vacilante, subí los dos peldaños y enfoqué hacia el interior de la abertura. Aunque noté un olor a moho y humedad, la pobre bombilla no alcanzaba a iluminar más de dos metros. Más allá, la oscuridad era completa. Con todo, me alcanzó para intuir una especie de cueva excavada con prisas, apuntalada con tablones y vigas que empezaban a ceder. Al fondo, un amasijo de extraños ropajes y un bulto impreciso.

Sin que aún sea capaz de entender por qué lo hice, me volví hacia ellos y les di una orden tajante.

—Esta casa es muy antigua. Deben tener más cuidado. Tapen esa hendidura y sigan trabajando. Si el Comandante se entera del estropicio que están haciendo aquí abajo, se les acaba el chollo.

Los cigarros, que a pesar del breve espacio de tiempo transcurrido desde que fueron encendidos iban mediados, trazaron con sus clavos sendas estelas anaranjadas en la oscuridad y dejaron abiertas las bocas donde antes yacían inertes.

—¿Cómo dice, señorita? —preguntó el de las cejas de pincel de rellenar.

—Les digo que tengan más cuidado, que si echan la casa abajo se las verán con el Comandante, y créanme que no se lo aconsejo.

Después de tirar la colilla al suelo y pisarla, el aludido me arrebató la linterna de las manos, la agitó con fuerza, probablemente para despertar la poca energía que le quedaba, y la enfocó otra vez hacia la raja. Incapaz de localizar nada concreto, se encogió de hombros y se dirigió al de nuez prominente.

—*Manué*, amasa otra espuerta de yeso, que hoy me ha dicho la parienta que no llegue tarde, que a las dos en punto echa el arroz.

Viendo que se disponían a acatar mi decisión, los dejé con los preparativos y comencé a alejarme hacia la escalera.

—Ah —añadí girándome sobre los talones—. Y otra cosita. Procuren que mamá no los pille fumando, porque les dará una patada en el culo y los pondrá de patitas en la calle.

El Comandante llegó a casa dos días después, cuando los operarios de Cañizares habían terminado de enlucir las paredes del sótano y comenzaban a enrasar el suelo con hormigón. Como era sábado, no estaban por allí. Inspeccionando el trabajo, anduvimos de acá para allá, esquivando las maestras que cuadriculaban la superficie de tierra, hasta terminar en el lugar destinado a la bodega.

—Este sitio me da repelús —renegó mamá restregándose los dedos para desprenderse de las telarañas que habían quedado enredadas en ellas.

—No seas aprensiva, Celia —dijo mi padre con las manos cruzadas a la espalda—. No es un lugar para celebraciones, solo servirá para conservar las botellas. Además, no me dirás que el subsuelo de la casa no necesitaba un arreglo.

Mamá no claudicó.

—Te lo diré cuando esos impresentables terminen provocando un incendio. Tú no los has visto fumar como carreteros.

El Comandante caminó hacia el fondo. Traspasada la arcada, se detuvo. A su izquierda, donde antes estuvo la alacena, ahora una pared enlucida de yeso rezumaba humedad. La breve escalera que naciera días atrás a sus pies había desaparecido, y los dos únicos peldaños que la conformaron estaban tirados a un lado, partidos a porrazos en trozos más pequeños.

—¿Han dicho cuándo colocarán los estantes?

Mamá dio un largo suspiro de resignación y se despidió de nosotros con palabras entrecortadas.

—No hablan demasiado —respondí cuando quedamos a solas—. Pero imagino que lo harán cuando terminen de arreglar la escalera y echen el suelo. Para entonces les resultará más fácil.

Papá agitó la cabeza dando a entender que compartía mi opinión.

Luego deambuló entretenido, repasando esquinas y rincones.

—¿Dónde habrán metido el cofre? —pregunté cuando nos disponíamos a subir.

—¿Qué cofre?

—Bueno. No sé si era un baúl o un cofre, aquel que no pudimos abrir la otra vez.

Ambos quedamos pensativos, buscando la respuesta en la mirada del otro. Al poco, él lo localizó al otro lado del sótano, junto a un generoso montón de sacos de yeso.

—Ahí está —dijo satisfecho—. Deben haberlo trasladado para que no les estorbe. ¿Probamos de nuevo a abrirlo?

No necesité de grandes reflexiones para hallar la respuesta. Me acerqué a las herramientas que habían amontonado bajo la escalera y volví con una palanca. Papá ya me esperaba junto al baúl.

—¿Lo intentas tú?

Aquel trozo de hierro oxidado debía pesar varios kilos. Lo levanté empleando ambas manos y se lo ofrecí. El Comandante introdujo el extremo aplanado en la hendidura de la tapa y me miró.

—Apártate. Si salta una astilla, podría lastimarte.

Le bastó dar una patada al otro extremo de la palanca para que los goznes corroídos volasen en pedazos, arrastrando en su carrera varios trozos de madera. Tiró luego de uno de los lados y la tapa se desprendió. La luz de las bombillas que pendían del techo unos metros más allá no llegaba a iluminar el fondo, pero allí no parecía haber nada. Volví al montón de las herramientas y rebusqué hasta dar con la linterna. Cuando la hube encendido, enfoqué el interior. En efecto, el baúl estaba vacío. Tal vez fuese su contenido aquello que se ocultaba al fondo del hueco abierto por los operarios de Cañizares. Al menos, eso quise pensar.

—¿Qué es eso? —preguntó papá señalando con el dedo hacia un lado.

En el reverso de la tapa, que había quedado enganchada de la última bisagra y vuelta del revés, descubrí un rectángulo de papel grueso. Me acerqué y lo enfoqué con la linterna. Se trataba de una fotografía antiquísima, de un tono amarronado, emborronada con burbujas de óxido. Agarré un extremo y tiré. El papel era sumamente quebradizo, apenas conseguí hacerme con un mínimo trozo de una de las esquinas. El Comandante se agachó a mi lado.

La fotografía, una mujer joven y bella, estaba fijada a la tapa con dos alfileres apenas visibles. Tiró de ellos con fuerza para arrancarlos de la madera y se llevó el retrato a los ojos.

—¿Quién podría ser? —preguntó.

Le quité la fotografía de las manos y la contemplé abstraída.

—Papá —susurré—. Tengo que contarte algo.

Sentados en el salón, tardé más de una hora en explicarle al Comandante parte de lo que le oculté durante tanto tiempo: que el ciego que Hugo me presentó diez meses atrás es un comunista caído en desgracia, que se llama Cipriano y que antes de la guerra fue profesor de braille, que Miguel está interno en el hospicio de San Luis y es su sobrino, que aunque el ciego era reacio a ayudarme terminó aceptando, que gracias a él supe que el diario estaba escrito en new york point, un lenguaje inusual en Europa, y que tardó meses en traducirlo para mí. Incluso le conté la historia de Conrado, de unos padres enterrados en la finca referida como Las Yeseras, de cómo conoció a Laura, su amadísima esposa, y mi sospecha de que la mujer cuyo retrato habíamos encontrado en el baúl era su hija Andrea. No le conté, sin embargo, nada del descubrimiento que los operarios habían hecho en el sótano, ni de mis sospechas sobre la ubicación del cuerpo de la esposa de Conrado. Aunque entonces no sabía lo que ahora sé, sigo prefiriendo pensar que fue mi voluntad, y no otra menos humana que la mía, la que decidió que aquel secreto no debía ser aún desvelado.

Al contrario de lo que supuse, él no interrumpió ni una vez mi relato. Acaso cuando hablé de Laura paseó un par de veces los ojos entre el retrato que cuelga sobre la chimenea y mi expresión esquiva, y se volvió a concentrar en mis palabras.

Pese a ello, su expresión se ensombreció cuando hube terminado.

—Belinda —dijo—, si hay algo que solo se pierde una vez, es la confianza en una persona. No vuelvas a ocultarme algo así si no quieres que la pierda en mi única y querida hija.

Pese a la sencillez de su sentencia, los efectos en mí fueron demoledores. Se parecieron tanto sus palabras a aquellas que mi hermano Daniel solía pronunciar cuando se enfadaba que necesité un esfuerzo sobrehumano para reprimir las lágrimas.

—Papá, deseo que ayudes a Cipriano.

—De acuerdo —terminó diciendo—. Veré lo que puedo hacer por ese hombre. Pero antes necesito que me digas si hay algo más que yo deba saber.

Respondí con la misma firmeza con la que él me hablaba.

—No. Eso es todo.

Es aquel instante el que sigo recordando con más abatimiento, el que hizo que me decidiese a tomar estas cuartillas y esta pluma que ahora tengo entre las manos y dejar constancia escrita de lo que me está ocurriendo.

II

Presintiendo nuestra llegada, Cipriano levantó la nariz al viento para confirmar que éramos nosotras y esperó paciente hasta que estuvimos acomodadas frente a él.

—Vengo a despedirme —dijo sin preámbulos.

A las ocho en punto de la noche anterior, Hugo me había telefoneado por última vez para informarme de que Cipriano estaba en la calle.

Desde que el Comandante me ofreció su ayuda, supe que haría todo cuanto estuviese en su mano para liberarlo. Pero no creí que fuese capaz de hacerlo con tanta rapidez. Habían pasado cuatro días desde nuestra tensa charla en el salón de casa y Cipriano volvía a vagar libremente por las calles de Sevilla. O eso creí cuando descolgué el teléfono y escuché el mensaje de Hugo.

—¿Cómo lo ha conseguido? —le pregunté eufórica.

—No tengo la menor idea. Pero le bastaron un par de llamadas para arreglarlo.

—¿En qué estado se encuentra?

—Unas cuantas magulladuras y algunos kilos menos, pero puedo decirte que no ha salido demasiado mal parado. La Ranilla no es lugar recomendable, menos aún para un hombre en sus condiciones. Habría sido peor si no te hubieses enterado de su paradero.

—Quiero verlo.

—Esta noche no podrá ser. Está en casa de esa tal Flora. Espero por tu bien que no le hayas contado al Comandante tus visitas a semejantes garitos —dijo haciendo después un largo silencio que yo no rellené.

—Mejor así —concluyó al comprender que no lo había hecho.

—No puedo esperar a mañana. Papá aún no está en casa y estoy segura de que, si vienes a recogerme, mamá me dejará salir. Iremos juntos a verlo.

—Veo que no te has enterado. Esta misma madrugada, el teniente general saldrá para Granada con una comitiva oficial. Tu padre y yo estaremos entre sus integrantes. Dicen que hay varias operaciones urgentes que organizar. Estaremos fuera varios días.

—Vaya casualidad —refunfuñé ofuscada.

—Debes tener paciencia y esperar hasta mañana. Cipriano me ha dicho que te avise, que se reunirá contigo en el comedor de la calle Imagen. Recuerda, es aquel en el que estuvimos con él una vez.

—¿Crees que es buena idea que acuda sola? Si no me falla la

memoria, en aquella ocasión yo era la única mujer en el establecimiento.

—No, no es una buena idea que acudas sola. ¿Por qué no llevas contigo a Rosa?

La propuesta de Hugo me pareció genial. Llevaba días sin hablar con ella. Sería una estupenda oportunidad para vernos de nuevo. Y supuse que Rosa también estaría deseosa de hacerlo. Con mis reflexiones en otro lado, me despedí con un breve *espero verte pronto* y colgué. No lo habría hecho de una manera tan despegada y fría de haber sabido que sería la última vez que hablara con él, de haber recordado la advertencia que me hizo en el parque de María Luisa cuando me mostró las alas rotas y el puñal clavado en el corazón de aquel ángel caído a los pies del poeta. Jamás me lo perdonaré.

—Cipriano, no entiendo qué intentas decir. ¿Por qué habrías de despedirte? —pregunté, fija la mirada en las magulladuras que cubrían su cara.

—Le debo la vida a tu padre, mejor dicho, a tu padre y a ti. Si no me hubieseis sacado, es posible que a estas horas estuviese muerto. —Para reafirmar su aserción, se llevó las manos a la cara y se masajeó allí donde debió haber recibido los golpes.

—¿Y qué tiene que ver mi padre con que te quieras despedir?

—Él me sacó de La Ranilla con la única condición de que me vaya de la ciudad.

—Eso no puede ser. No tiene derecho a separarte de mí —grité.

—Cálmate —dijo—. Ese no es el motivo. Debe haber puesto en juego su prestigio profesional para ayudar a un rojo declarado como yo. Ambos sabemos que no me dejarán en paz hasta que acaben conmigo si no me quito de en medio. Créeme, no queda otro remedio que el de desaparecer de la circulación, al menos por unos años, hasta que estos fascistas de mierda que gobiernan el país nos pierdan el miedo que ahora nos tienen. No ven más que conspiraciones y enemigos por todos lados.

Inquieta por la provocadora forma de hablar, eché la vista atrás para comprobar si alguien nos escuchaba. El alboroto seguía su curso habitual. Los hombres, camuflados entre las penumbras y la nube de humo que rellenaba el comedor, solo atendían a sus acaloradas conversaciones. Rosa, en cambio, no dejó de escrutar la cara deformada de Cipriano, sensiblemente más anciano y esquelético que cuando lo vimos por última vez postrado en la casa de citas. Sin previo aviso, alargó sus dedos desde el otro lado de la mesa y se la rozó en un gesto afectuoso. Fue evidente que Cipriano no lo esperaba, y su primera reacción fue dar un manotazo y apartarlos. Rosa lo intentó una vez más cuando Cipriano entendió sus pretensiones.

Recorrió la piel arrugada de su frente, el parche negro que le ocultaba la cuenca vacía, los pómulos hinchados, renegridos por una brutal paliza, sus labios, que se hundieron perceptiblemente allí donde le habían echado abajo varios dientes. Llegando a los pelos espinosos de su barba, Cipriano le tomó la mano y la besó.

—Niña, eres una buena mujer, ambas lo sois —dijo con ese cansancio del que solo son portadoras las personas agotadas por la vida —. No dejéis que este odio en el que vivimos desde que acabó la guerra os contagie su veneno.

—¿Quién es el hijo de puta que le ha hecho eso? —preguntó Rosa con profunda pena.

—Eso ahora no importa. Hijos de puta, como tú dices, los hay a patadas.

Cipriano sacó la petaca del tabaco y el paquete de Girafa y comenzó a liar un cigarro. Los temblores de su derecha apenas atinaban a rellenar el papelillo que sostenía con su izquierda. Por unos minutos ambas contemplamos abatidas la maniobra. Las chispas que saltaron del chisquero y la punta incandescente de la yesca me hicieron reaccionar.

—Cipriano, ¿por qué te detuvieron?

—Te lo he dicho, porque, además de comunista, soy ciego y maleante. No me dirás que todo junto es poco motivo para detener a un hombre.

—¿Qué daño puede hacer un ciego, viejo y sesentón, por muy comunista y maleante que sea? —pregunté—. Debe haber algo más, y tú lo sabes.

Cipriano propinó una profunda calada al cigarro y mantuvo el humo en sus pulmones un tiempo que se me antojó imposible.

—He dado con el paradero de Thomas Baquer —dijo después de exhalarlo.

No esperaba que Cipriano sacara aquel nombre a colación, y su afirmación me produjo un hondo desconcierto.

—Eso es imposible —explicó Rosa—. Según el expediente de licencias de embarque que Marcelo encontró en el Archivo, Thomas embarcó para la península en 1881, y por su experiencia y formación, por entonces debería estar cerca de los treinta años. Eso significa que Thomas tendría ahora más de noventa.

—Cierto —añadí yo—. Usted mismo sabe que Andrea escribió que cuando se reencontró con Thomas en el ingenio, a este le restaban apenas dos o tres para cumplir los cuarenta.

Cipriano pareció no atender a nuestras cavilaciones numéricas, porque volvió a levantar la nariz atisbando algo en el aire y guardó silencio. Jacinta se aproximaba con su lápiz y su puñado de papelitos de estraza. Al llegar a la mesa, levantó el lápiz ostensiblemente, como

dando a entender que no tenía tiempo de oír las groserías de Cipriano, y comenzó a relatar con altanería su breve repertorio culinario. Sin embargo, la voz se le atascó en el estofado de patatas.

—¡Por todos los santos del cielo! ¿Quién te ha hecho eso en la cara?

—Es que uno no aprende —respondió Cipriano soltando el humo de otra calada—. Ha sido uno de esos maridos a los que he puesto los cuernos, que nos pilló en plena faena.

—¡Anda y que te zurzan, so golfo! Y venga *pacá* las pitanzas que deseáis, que ese del mostrador te la tiene jurada desde hace tiempo y no te quita ojo cada vez que entras.

Cipriano la obsequió con una sonrisa pícara que le obligó a llevarse una mano a la cara para acallar el dolor.

—Las papas me irán bien —dijo resignado—. Pero rebúscame la carne, que nos conocemos. Ah, y un vaso grande de blanco.

Como Jacinta afirmó que ese día había pasado el del hielo y que no volvería a hacerlo hasta el verano siguiente, nosotras nos conformamos con un par de vasos de agua helada y un revuelto de collejas. Volvió a echarle un ojo a la cara de Cipriano y se perdió en dirección a la cocina.

Rosa volvió de inmediato a la pregunta que seguía rondando nuestras cabezas.

—No nos ha respondido. Díganos, Cipriano, ¿cómo podría Thomas Baquer seguir vivo en 1946?

—Yo no he dicho que esté vivo, solo que he dado con su paradero. Cuando Miguel me entregó la nota con su nombre completo, volví a hablar con mis antiguos colegas de la escuela. Uno de ellos consiguió dar con él en cierto archivo que aún conserva. Al parecer, Thomas impartió clases esporádicas durante su estancia en Sevilla. Incluso pensó en alguna ocasión en entrar a formar parte del profesorado y llegó a dejar sus datos registrados. Como cabía esperar, como residencia habitual rezaba la casa de Andrea en la calle Cuna. Sin embargo, también dejó anotada otra dirección de contacto en Barcelona. Mi amigo hizo algunas averiguaciones y se puso en contacto con un conocido en aquella ciudad. Así descubrió que Thomas está enterrado en el cementerio de Montjuic, y que en su lápida figura la fecha de 1918, con la inscripción: «Muerto en combate»

—Vaya, eso lo explica todo —concluyó Rosa.

Jacinta se acercó guardando un perfecto equilibrio de platos y vasos para dejar el pedido sobre la mesa. Cipriano, que había perdido cualquier interés en ella, la dejó marchar sin recurrir a sus habituales escarceos.

—Yo más bien diría que no explica nada —afirmó mientras tanteaba en busca de la cuchara y el vaso de vino—. Siempre creí que

Thomas estaba detrás de la desgracia de la familia de Andrea. Incluso llegué a pensar que había sido él quien mandó que me patearan en la calle por hurgar en su pasado. Pero ahora sé que está muerto y que no pudo ser él.

—Olvídalo, Cipriano —le rogué—. No creo que esa familia le importe a nadie más que a mí. Pudo ser cualquier desalmado con ganas de divertirse.

—Quizá lleves razón. Ahora lo único que me preocupa es la situación en que dejo a Miguel. Aún no me he atrevido a decirle que me marcho de la ciudad. No puedo llevármelo. Ese pobre muchacho lo va a pasar mal.

—Yo lo visitaré —propuse—. Iré todas las semanas a verlo. Sor Gregoria es una buena monja y me conoce bien. Me dejará que lo saque del hospicio de vez en cuando. Incluso, si nos da la dirección de su nuevo paradero, quizá pueda hablar con usted desde casa. Pierda cuidado.

Cipriano retomó su cuchara y terminó el estofado con la cadencia de un autómata. No debía tener ganas de dar el teléfono del lugar al que pensaba dirigirse. Mientras tanto, Rosa y yo picoteamos el revuelto y apartamos los platos sin quitarle ojo. Aunque prefería pensar que las penurias por las que pasó en los últimos meses no se debían a la incondicional ayuda que me había prestado, en cierta manera, me sentía responsable de su desgracia. No deseaba que nuestra relación terminase de aquella forma. Tal era la pesadumbre que sentía al pensar en su marcha que incluso tenía olvidada mi vieja obsesión por el diario cuando él lo mencionó. Terminó el vaso de vino de un trago y se agachó tanteando entre la mesa y la pared.

—Antes de irme, tengo algo que devolverte.

Colocó el diario original de Andrea sobre la mesa y lo empujó en mi dirección. Abrí la tapa y repasé con los dedos el atadillo de la cinta que fijaba las hojas. Su estado de conservación era perfecto. Aquello me hizo sentir incluso peor. Cuando Miguel se lo llevó de casa el día de la tormenta, tuve la certeza de que no volvería a tenerlo entre mis manos. Cipriano no se equivocó cuando contempló mi rostro a través de sus manos en el parque de María Luisa. Recordaba que las retiró asustado al primer contacto, intuyendo de alguna manera, tal vez como intuía Andrea las cosas que no estaban al alcance de los que disfrutamos del don de la vista, lo que estaba por venir si se relacionaba conmigo. Aun así, aceptó ayudarme. Yo, en cambio, me había equivocado con él.

—Cipriano, no sabes cuánto siento lo que te han hecho. Todo ha sido culpa mía.

No me respondió. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó varias cuartillas dobladas con esmero.

—Hay algo más —añadió—. Siempre tuve la precaución de dejar el diario en casa de Flora. Sabía que allí estaría seguro. Cuando Fulgencio me visitó en la prisión, le pedí que avisase a sor Gregoria de que estaba detenido, pero que antes fuese a buscar la traducción y la llevase consigo al convento.

—Ah. Se trataba de Fulgencio. Fue él quien dio el aviso.

—Así es. Alguno de sus clientes debió presenciar la detención y se lo contó. Frecuenta la calle tanto como yo, y es uno de los pocos que conoce mis andanzas.

Después de añadir aquello, desplegó unas cuartillas y me las entregó.

—Solo me quedaban un par de páginas por traducir —afirmó—. Esta noche me he dedicado a hacerlo. No quería marcharme sin el trabajo acabado. Aquí las tienes.

Los problemas de Cipriano se diluyeron en mi cabeza con la esperanza de conocer el final de la historia. Había llegado a pensar que el diario acababa con las duras palabras que Dionisio, el antiguo párroco del Salvador, le dirigió a Laura cuando le confesó que encomendaría su sanación a los conocimientos de Wamweru.

—¿Qué has descubierto? —pregunté impaciente.

—No demasiado —dijo—. Aun así, en estas últimas páginas Andrea se refiere a asuntos que te pueden interesar. Ya me dirás cuando las hayas repasado.

No quise permitir que Cipriano se marchase de mi lado sin haber leído hasta la última palabra. Aunque eran más de las tres de la tarde y el comedor empezaba a vaciarse de gente, ni a mí ni a Rosa nos esperaban en casa. Llamé a Jacinta, que se dedicaba a recoger las mesas vacías, y le pedí que nos trajese aquel dulcísimo vermú del que disponía el establecimiento. Después de servirnos sendos vasitos y dar un primer trago, desplegué las cuartillas y comencé a leer:

Miércoles, 13 de enero de 1892

Papá regresó ayer tarde de su viaje a Madrid. Después de interesarse por la salud de mamá, la animó a bajar al salón para compartir unas horas con nosotros. Según nos dijo, tenía noticias importantes que comunicarnos. Aunque ella no se encontraba con fuerzas, en esta ocasión quiso complacerlo y accedió. Incluso consiguió interpretar al piano los últimos acordes de uno de los famosos Nocturnos de Chopin, terminando con un lentísimo adagio que inundó de melancolía la casa. Echaba tanto de menos aquellos momentos que creí que mi corazón se partiría en dos.

Aunque desde nuestro regreso de Cuba Simona no deja que el fuego se apague y la casa permanece siempre caldeada, sigo extrañando el clima

tropical al que tan fácilmente me acostumbré, y cuando acabó de tocar yo estaba arrodillada frente a las llamas y debía tener las mejillas arreboladas y los ojos vidriosos. Notando mi turbación, dio unos pasos y se acercó a mí.

—¿Qué te ocurre, Andrea?

Me repuse con gran esfuerzo y le dije que no era nada, que debía tratarse del calor de la lumbre. Presumo que no me creyó. Se acomodó en el sofá junto a papá y se interesó por lo que este tuviera que contarnos.

—Como sabéis —dijo—, he estado reunido con mis hermanos en Madrid.

—¿Cómo has encontrado a la niña? —preguntó mamá, que seguía profesándole un profundo afecto.

—Crecida. Elvira ya no es la niña que conocías, ahora es toda una mujer. Y preciosa, por cierto.

—¿Sigue comprometida con aquel chico?

—No. Algo salió mal y lo dejaron. Dice que ha terminado escarmentada, que por ahora ha perdido el interés en los hombres.

—Pobre Elvira. Espero que se recupere.

—Lo hará. Sabes que es una mujer fuerte. Pero no es de eso de lo que pretendía hablaros. Quise reunirme con mis hermanos para tratar el asunto de Las Yeseras —como mamá debía estar más al tanto que yo del motivo de su viaje, comprendí que sus palabras iban sobre todo dirigidas a mí—. Les he comprado la finca.

La noticia no me ha extrañado. Aunque no tienen aquellas tierras baldías viabilidad económica alguna, para mi padre el valor sentimental debe ser incalculable. Allí siguen yaciendo los cuerpos de mis abuelos, de los padres que él abandonó para ir a buscar fortuna al otro lado del mundo, y fue también allí a donde llevó a mamá para presentarla frente a sus tumbas antes de casarse con ella.

—Temí que no lo consiguieras —aseguró mamá—. Me dijiste que Anselmo se mostraba reacio a vendértela, que al ser el mayor se sentía responsable de lo ocurrido.

—Y así es. Damián puso precio de inmediato, pero Anselmo no osó aceptar ni un céntimo por ella. Me dijo que sería como vender a sus padres. Pero sí me ha propuesto un trato.

—¿Qué pretendes decir? —preguntó mamá.

—El canalla que se la vendió a nuestro padre lo engañó. Se quedó con las tierras fértiles que lindaban el río y le endosó el lado norte, en el que no corría ni una gota. Anselmo sigue con esa espina clavada en el corazón. Me ha dicho que solo si logro comprarle al antiguo propietario la mitad que se quedó, me la cambiaría por su parte de Las Yeseras.

Mamá se removió dejando escapar un suspiro de cansancio. El piano y la conversación debían estar agotando la poca energía que retenía en el cuerpo. Supuse apenada que los reflejos de las llamas bañarían de sombras

unas grandes ojeras y un rostro demacrado, un aspecto muy distinto al que presentaba cuando se casó con papá, cuando le hicieron el retrato que cuelga sobre la chimenea del salón.

—¿Y has logrado comprar esa parte de la finca de la que hablas? —preguntó ella.

—No. Pero tengo intención de hacerlo. Dispongo de dinero y de contactos suficientes para que ese hombre no pueda negarse a vendérmela.

—¿Has hablado ya con él?

—No, pero he estado en el Registro antes de volver a casa. La finca sigue a su nombre, inscrita como Puente Alto, y he conseguido su dirección. Mañana mismo iré en su busca»

No había más.

Sorprendida y a la vez satisfecha por el descubrimiento, separé mis dedos del papel y busqué la expresión de Rosa. Ella también comprendió que aquel día en que improvisó el árbol genealógico de mi familia, ambas nos precipitamos en nuestras conclusiones al suponer que Puente Alto, la finca que mi madre heredó de mi abuelo Anselmo, se correspondía con Las Yeseras. Sin embargo, estuvimos cerca de descubrir la verdad. De la lectura se desprendía que, aunque no se trataba de la misma, ambas habían formado parte de otra propiedad mayor. Las tumbas nunca estuvieron en Puente Alto. Pero debían estar por los alrededores. Solo sería necesario saltar la valla de piedra que servía de límite y aventurarse en las tierras baldías del otro lado, en aquellas que sin duda integraban Las Yeseras.

—No andábamos descaminadas, ¿verdad? —dijo con una media sonrisa.

—Ya lo creo —añadí reflexiva—. Sin embargo, sigue habiendo algo que no comprendo.

—¿Y de que se trata?

—Si mi bisabuelo Anselmo cambió Las Yeseras por Puente Alto, y así debió ser ya que con el tiempo esta pasó a manos de mi abuelo, ¿qué ocurrió con Las Yeseras? ¿A quién pertenece en la actualidad esa finca?

No supimos responder aquella pregunta. Pero no había más. La última página del diario había sido leída y mi cabeza seguía igual de enmarañada que al principio. ¿Qué fue de Laura? ¿Yacerían sus huesos bajo la casa, junto a aquel montón de trapos y muñecos que descubrieron los operarios de Cañizares a través del agujero en la pared? ¿Habría conseguido Wamweru librarla de su mal? ¿Volvió la familia al ingenio para acabar sus días en las guerras de independencia que asolaron Cuba durante los siguientes años, o quizá en la guerra que libramos con los americanos antes de perder la isla? Andrea había abandonado el diario sin dar respuesta a la mayor parte

de mis obsesivas preguntas.

Cipriano apuró su vasito de vermú y me sacó de mis reflexiones con un golpe en la mesa que daba fin a nuestro encuentro. Éramos los últimos que quedábamos en el comedor, y Jacinta y su marido, la tiza encajada en la oreja y un trapo empachado de pringue sobre el hombro, nos miraban huraños desde el mostrador de fuera, parapetados tras la báscula y las latas de sardinas en escabeche.

—Siento no poder seguir ayudándote —dijo—. A partir de aquí deberás seguir sola. Mañana mismo me iré de la ciudad y no volveré en un tiempo. Solo te pido que no olvides a Miguel. Vosotras seréis lo único que le quede en Sevilla.

Abatida, me levanté de la silla y me arrojé a sus brazos para agradecerle su forma de proceder, para disculparme por el daño que le pudiese haber causado. Él me separó y posó sus manos en mi cara. Aunque estaba segura de que recordaba mis rasgos, los volvió a recorrer.

—Eres una mujer preciosa. Me alegro de haberte conocido, de haberos conocido a ambas. Despídeme del Comandante y dale las gracias por lo que ha hecho por mí.

Se levantó sin mirar atrás y traspasó el arco en busca de la puerta de salida. Al pasar junto a la pareja, dejó sobre el mostrador un billete de una peseta con el busto de Isabel la Católica, a buen seguro reservado para la ocasión, porque son difíciles de ver, y levantó el mentón como despedida.

—Por los servicios prestados —lo oímos decir.

No he vuelto a saber de él.

III

La comitiva oficial en que regresaba el capitán general, adelantándose un par de horas a la llegada del cadáver de Hugo, cruzó la plaza del Ejército y entró en la avenida San Juan de la Cruz el veintiuno de septiembre a las tres de la tarde. Recorridos unos metros, se detuvo cerca del lugar en que yo aguardaba.

Supongo que, obligado por el protocolo castrense, el Comandante, traje militar y gorra de plato, se apeó y esperó hasta que su superior se perdió de vista bajo los arcos que anteceden al edificio de la II Región Militar. Entonces reparó en mí por primera vez. Él mismo había llamado a casa la noche anterior para darme la noticia. «Siento comunicarte que Hugo ha fallecido en acto de servicio», creo que dijo. Aunque no pudo o no quiso añadir más detalles, aquellos poco importaban, dejé escapar el auricular de la mano y caí al suelo desfallecida. Pero, tras dieciséis largas horas, estaba deseosa de conocerlos.

Esperé inmóvil a que llegase a mi altura y me dejé abrazar. El olor rancio de su cuerpo empapado en sudor me produjo un leve mareo.

—¿Dónde lo tenéis? —conseguí articular.

El Comandante debió pensar que la calle no era lugar para responder, porque sin abrir la boca me tomó de la mano como si fuese una niña y me condujo a través de los largos pasillos que dan a su despacho. Al llegar, mientras se desprendía de la chaqueta y le buscaba acomodo en la taquilla de chapa galvanizada, me asomé a la ventana para contemplar la imponente vista de la plaza de España. Tal como solía ocurrir los fines de semana, las familias paseaban con gesto distraído, unos buscando sus provincias de origen entre los innumerables bancos que la rodean, otros apoyados sobre la barandilla azulejada, asomados al canal, entretenidos en los sinuosos movimientos de las carpas y las barquitas. Ni rastro de aquel chico de orejas de soplillo ni del burro que lo paseara un año atrás, cuando Hugo señaló hacia el puentecillo y me dijo que aquel era el hombre adecuado. Ni rastro de Cipriano, ni rastro de la lata oxidada de las propinas, ni el menor indicio del pobre Sultán.

—Ha sido un terrible accidente —dijo desde su sillón.

Me volví y me senté frente a él. Su avanzada calvicie, el pelo ralo que le cubre la nuca y la zona de las orejas, enmarañado de sudor y polvo, me produjeron una profunda desazón. Sensaciones encontradas que nunca había experimentado hacia él.

—Imagino que no te importan estas cuestiones, pero desde que el Gobierno decidió separar Granada de nuestra región militar, las cosas

van de mal en peor —siguió explicando, como pretendiendo defenderse de una posible culpa—. El motivo de nuestro viaje era la reorganización de efectivos. En los últimos meses la actividad de los guerrilleros antifranquistas en aquellas sierras se está intensificando y nos han ordenado que demos nuevo destino a una parte de la dotación de Sevilla. Llevábamos dos días en esas cuando nos avisaron de que Antonio Quero, el último de los tres hermanos que integra el grupo anarquista más activo, había sido localizado en las cuevas del Albaicín. Aprovechando que teníamos uno de nuestros camiones allí y que estábamos armados, el capitán general ofreció su apoyo y nos ordenó acompañar al destacamento local. Sabes que Hugo no tenía experiencia en combate, que su trabajo era meramente administrativo. Pero salió a ayudarnos a cargar las armas en el camión. En el revuelo, una pistola cayó al suelo. Para desgracia de todos, el arma debía estar montada. El golpe hizo que se disparase y el proyectil perforó su pecho. No hay más. Aunque esto no suponga consuelo alguno para ti, el responsable fue arrestado y está en espera de juicio. Nuestro camión no llegó a salir de las dependencias.

—¿Dieron con él? —pregunté haciendo gala de una curiosidad estúpida.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con el antifranquista, con ese tal Antonio Quero.

—No. Se les volvió a escapar.

—Odio a este país —dije con los ojos nublados y los puños crispados sobre la mesa—. Odio a los militares y a la inútil guerra que acabó con la convivencia de todos nosotros e impuso el hambre y la miseria en las calles. Primero me quitó a mi hermano Daniel y ahora me quita a Hugo. Y no solo odio a este país y a los militares, sino que también te odio a ti.

—Belinda, no sabes cómo lo siento.

Mi padre, el hombre al que yo llamaba Comandante desde la niñez, solo supo pronunciar aquellas palabras inútiles que nada resolvían. También él perdió a un hijo en la guerra, también él fue víctima de la locura bélica de los militares sublevados. Pero él estaba del lado ganador, y eso lo convirtió por primera vez ante mis ojos en uno de los verdugos. Fulminando su mirada, con un rencor visceral, empujé la silla hacia atrás y salí de su despacho.

El funeral tuvo lugar a la mañana siguiente. Trasladaron el cadáver con todos los honores hasta el cementerio de la Macarena, pronunciaron un discurso cargado de simbolismo castrense y lanzaron un par de salvas al cielo. Mis ojos, descargados durante la noche de toda la ponzoña acumulada, no fueron capaces de llorar. Sí lo hicieron

las nubes. Perturbadas por los disparos, debieron recordar que el verano se había marchado el día anterior y decidieron recibir al otoño con los mismos honores con que el Ejército despedía el cuerpo de Hugo. Sorprendidos por la tormenta y empapados hasta los huesos, el capellán leyó con prisas un breve pasaje sagrado como responso y dejó que introdujesen el ataúd en el agujero.

Entre palada y palada, agarrada al brazo de Rosa, que no quiso dejarme acudir sola al funeral, localicé a dos mujeres en idéntica postura a la nuestra. La mayor, más de cincuenta, profundos hoyuelos en las mejillas y rostro decrépito, lloraba a moco tendido. Hugo jamás me la había presentado. Había demasiadas cosas que no habíamos hecho. Visitar a su madre en el pisito que alquilaron cuando la avidez de la guerra reclamó a su padre y abandonaron el corral de vecinos fue una de ellas. La otra, una chica bellísima más joven que yo, me miraba con una expresión que no fui capaz de entender. Cuando todo acabó me solté del brazo de Rosa y fui a su encuentro. La madre de Hugo me dio la espalda y comenzó a alejarse sin reparar en mi presencia. La otra, en cambio, vio cómo me acercaba y esperó.

—¿Aurora? —le pregunté al llegar a su altura.

—Belinda —murmuró ella como respuesta.

—No sé qué podría decirte, posiblemente no nos volveremos a ver y no he querido dejar de saludarte. De veras siento todo lo ocurrido.

—No hay nada de lo que tengas que disculparte. Hacía mucho tiempo que lo nuestro estaba acabado. Lo quería hasta en lo más profundo de mi alma, pero yo solo era para él su mejor amiga. Ahora ambas lo hemos perdido.

Aunque pensé en abrazarla, tuve miedo a ser rechazada. Le ofrecí mi mano y me despedí sin saber qué más añadir. Para ella no había consuelo posible. Al menos para mí, pensé con desazón, quedaba aquel amargo regusto del primer beso que Hugo me dio en los Jardines de Murillo, cuando comencé a leerle el diario sentados bajo la blancura inmaculada de las flores de la magnolia.

Aquella tarde mi padre volvió a casa más temprano de lo habitual. Los operarios de Cañizares habían terminado el trabajo un par de días atrás, mientras él estaba desplazado en Granada, y decidió que sería una estupenda oportunidad para quedar citados y saldar cuentas una vez inspeccionado el trabajo. Asomada a la ventana de mi habitación, los oí bajar a la bodega cruzando algunas palabras. Luego, cuando el Comandante comprobó el resultado, aparecieron en el jardín con una botella de vino y un par de copas vacías. Cañizares, repanchingado su cuerpo orondo sobre el banco del fondo, levantó los ojos y me descubrió espiándolos. Al principio pensé que sus hombres le habían informado sobre el incidente de la bodega, que le estaba explicando a

papá mi extraño comportamiento. Sin embargo, a continuación quedé convencida de que estaba en un error. Después de saludarme con una cordialidad desconocida en él, volvió a bajar la mano para buscar en su bolsillo lo que debía ser una factura y se la entregó al Comandante mientras este servía las copas. Perdido el interés en ellos, cerré los postigos. Un buen rato después oí la puerta de la calle y supe que no volvería a ver a Cañizares. Fue entonces cuando Teresa subió a decirme que papá reclamaba mi presencia.

Al entrar en el salón lo encontré sentado bajo el retrato de Laura, con la mirada clavada en las brasas. Su traje militar había desaparecido y su copa volvía a estar llena.

—¿Deseabas verme? —pregunté resentida.

—Hola, Belinda. ¿Tendrías unos minutos para mí? Quiero hablar contigo.

—Tengo los óleos abiertos y los pinceles manchados. Estoy terminando de copiar una de esas láminas de Sorolla que tanto se me resisten —mentí, sin apenas darme cuenta de que mis manos inmaculadas rebatían la excusa—. No sabría qué decirte, se me terminarán secando. Si no es importante...

—Ven aquí y siéntate. Lo es.

No tenía ganas de hablar con él, pero no me quedó más remedio. Mamá y Teresa se habían encerrado en la cocina para preparar la cena y no se me ocurrió otro motivo con que rechazar su petición. Dejando escapar un suspiro de resignación, me acomodé en el sillón, procurando que la largura del sofá me ayudase a mantener cierta distancia.

—Si me vas a reprochar el desaire de ayer, te lo puedes ahorrar. Me he arrepentido —dije—. Aunque siempre lo negué, había terminado enamorada de Hugo. Su pérdida me ha afectado más de lo que te pudiera parecer.

—Lo sé. Te conozco mejor de lo que crees. No se trata de eso.

—¿De qué, entonces?

—Tienes a mamá preocupada. Dice que has terminado de leer el diario, pero que no has descubierto lo que pretendías y que la historia de tu familia te sigue teniendo trastornada.

Era lo último que esperaba oír de su boca. No podía creer que hubiese elegido aquel día para echármelo en cara. Me levanté con los puños cerrados y amenacé con irme.

—Belinda, por favor —dijo con ese tono condescendiente que usan los padres cuando creen estar en posesión de la verdad—, vuelve a sentarte y escucha lo que tengo que decir. Sé que la sangre de los Pedraza corre por tus venas, que no pararás hasta llegar al fondo de la cuestión. Por eso, en contra de los deseos de tu madre, he decidido ayudarte. Los acontecimientos te están sobrepasando y aspiro a que

esta locura termine y recuperes tu vida.

Desarmada por sus palabras, me volví a sentar. Siempre había pensado que mis inquietudes genealógicas no eran para él más que pasatiempos infantiles, pero la gravedad de su voz me convenció de lo contrario.

—Cuando me pediste que ayudara al comunista con el que te has estado relacionando a mis espaldas...

—Se llama Cipriano —protesté.

—Cipriano Alcácer Sobrado, para ser más exactos. Cuando me pediste que le ayudara, me interesé por su pasado.

—¿Y qué descubriste?

—Que llevabas razón, que el único mal que ha hecho ese hombre ha sido el de afiliarse al partido equivocado. Dedicó su vida a dar clases en la Escuela de Sordomudos y Ciegos y a ayudar a sus alumnos. Ese era el motivo por el que solo se le detuvo un par de veces y se le volvió a poner en la calle.

—No me desvelas nada —respondí más serena—. Hugo conocía su expediente. No me lo habría presentado de haber supuesto algún peligro para mí.

—Por eso no me cuadraba que lo hubiesen metido en la cárcel con los presos que el gobierno considera más peligrosos. Eso me llevó a dar con la persona responsable de su encarcelamiento, la que lo había denunciado por conspiraciones contra el gobierno.

Pese a que el dolor que sentía por la pérdida de Hugo me seguía embargando, decidí dejar de lado mi rencor y prestarle mayor atención. No me quedó duda de que su ayuda era sincera. Me levanté y me senté del otro lado del sofá buscando mayor cercanía.

—¿Quién es esa persona?

—Se trata de un empresario instalado en Cataluña. Un tal Duncan Baquer.

Aquella era la prueba que Cipriano no había conseguido encontrar. El hombre que lo denunció, y posiblemente también el hombre que ordenó que le propinaran semejante paliza en la calle, no fue Thomas, sino su hijo. Un hombre que según rezaba en el diario estaba a punto de nacer cuando Andrea visitó la isla de Cuba y habló con Tam. Eso significaba que ahora debía tener pocos años más que mi padre.

—¿Cómo lo has descubierto?

—No ha sido difícil. Cuando alguien hace una acusación de esa magnitud, su nombre también queda registrado. Incluso se le suele investigar para comprobar sus credenciales. La información que se recibió de Barcelona dio cumplida fe de que era un empresario afecto al gobierno. Ese fue el motivo por el que la denuncia se dio por verdadera.

—¿Y dices que reside en Barcelona?

—Por ahora solo sé que reza una residencia en Cataluña. Para saber más, habría que volver a pedir referencias a los archivos centrales, y antes quería saber si ese nombre te decía algo. Si es cierta la reputación que informaron, ese empresario debe tener buenos contactos. No quisiera equivocarme con él. Con la guerra de Europa recién ganada por los aliados, todo son suspicacias y temores. No están las cosas como para andar hurgando allí donde no se debe hurgar.

—Entiendo.

—Y dime —insistió—, ¿te suena ese nombre?

—Sí, debe ser el hijo de Tam.

—¿De quién?

—De Thomas Baquer, el profesor que se encargó de enseñar new york point a Andrea durante varios años. Cipriano sospechaba que parte de la desgracia de la familia de Conrado estaba detrás de ese hombre. Al descubrir que Thomas murió en la Gran Guerra combatiendo con su país, se olvidó de él. Pero nunca pensó en su hijo. Debo reconocer que yo tampoco lo hice.

—¿Qué motivos podría tener Duncan Baquer para desearle la muerte a un mendigo ciego? —preguntó el Comandante.

—Solo se me ocurre uno —aseguré—. De alguna manera debió enterarse de que Cipriano andaba investigando el pasado de Conrado, y eso no le agradó. Aunque por ahora desconozco la causa.

El Comandante asintió levemente antes de acabar la copa de un trago.

—En ese caso, intentaré averiguar algo más de él.

—No lo hagas. Conozco a alguien que podría ayudarme sin poner en juego su carrera. Tendrás tiempo de ayudarme si él no lo consigue.

—¿Estás segura? No te metas en problemas.

—Descuida. Confía en mí. No lo haré.

—En ese caso —dijo soltando la copa vacía sobre la mesilla—, vayamos en busca de la cena. O mi olfato me falla, o ya debe estar preparada.

Telefoneé a Rosa aquella misma noche para explicarle la situación, pero hubimos de aplazar nuestro encuentro hasta el martes siguiente. Marcelo había encontrado un buen comprador para una de sus joyas literarias y andaría fuera de la ciudad, y si alguien podía ayudarme en la investigación del hijo de Tam, ese era él. Aunque, por supuesto, no sin el auxilio de su viejo amigo Emeterio. Según palabras del librero, no existía otro bibliotecario que tuviese mejores contactos con los archiveros de todo el país. Y estaba segura de que, una vez conocido el paradero y el nombre de Duncan Baquer, los secretos que este guardase no se le resistirían. Quedamos citados a las seis de la tarde

en Plaza Nueva, a medio camino entre su casa y la mía. Como siempre hacía, en cuanto me divisó sentada en el banco, corrió en mi busca.

—Espero no haberme retrasado.

—Qué va. Es que la casa se me caía encima. He preferido esperarte aquí.

—Comprendo lo que sientes, pero debes reponerte. Hace una semana de su muerte y sigues con esas ojeras. Me tienes preocupada.

—Estoy bien, pierde cuidado. Me recuperaré. He pasado antes por esto.

Rosa me miró compungida y se sentó. Después de darme un empujón con el hombro, agarró su melena pelirroja con una cinta negra y arrugó la nariz en esa sonrisa que solo ella sabe ofrecer.

—Traigo buenas noticias.

Los reflejos cobrizos que los últimos rayos de sol ensayaban en su cara pecosa y el sentir a mi lado a una amiga en quién me podía apoyar sin reservas obraron en mi estado de ánimo efectos balsámicos.

—He hablado con mi padre —dijo, no sin antes esperar hasta que le hube devuelto una modesta sonrisa.

—¡Vaya! Ya iba siendo hora. ¿Y qué te ha dicho, habrá boda?

—Cállate, boba. No se trata de Marcelo. Por ahora se le han quitado las prisas. Esperaremos un tiempo y veremos qué pasa. Terminaré convenciéndolos de una u otra forma.

—¿Y si no lo consigues?

—También te lo dije. No te confundas conmigo, tengo tantas agallas como esa tal Laura que te tiene desquiciada. Nos iremos lejos de aquí y nunca podrán dar con nosotros.

—Anda y no digas más sandeces —protesté—. A ver, qué has hablado con tu padre.

—Se trata de Miguel.

—¿Del pequeño? ¿Qué quieres decir?

—Ese chico pronto cumplirá los catorce. Le he pedido a papá que lo meta de aprendiz en el puerto. ¿No crees que sería una buena forma de que empezara a formarse para cumplir su sueño de ser marinero? Cuando tuviera dieciséis sabría todo lo que hay que saber sobre barcos.

—¡Eso sería fantástico! —dije entusiasmada—. ¿Qué te ha respondido?

—Que lo hablará con sus encargados, pero que cuente con ello. Cuando los cumpla, entrará a trabajar.

No pude reprimir un abrazo.

—Gracias, Rosa. No sé qué haría sin ti.

—No las merece. Le he cogido tanto cariño a ese muchacho como tú.

—Si llama Cipriano, se lo haré saber.

Me separé y volví a darle las gracias.

Frente a nosotras, un grupo de niños colocó un par de piedras a modo de portería y comenzó a dar patadas a una pelota. Tras ellos, en mitad de la plaza, varias parejas de enamorados que paseaban tomadas del brazo. La tarde gastaba sus últimas fuerzas luchando con los tejados del ayuntamiento cuando Marcelo se dejó ver.

Hacía semanas que no sabía de él y lo encontré cambiado. Su habitual aspecto desarrapado había evolucionado hacia otro más elegante, y la vieja chaqueta raída había sido repuesta con otra de mejor porte.

—Qué alegría verte —dijo tomando mi mano para besarla—. Me habría gustado asistir al funeral. Sabes que lo siento de veras. Hugo era un buen hombre, alguien que habría sabido cuidarte como te mereces.

También su forma de hablar era diferente. Quizá consciente de que no podría seguir buscándose la vida en el rastrillo de la calle Feria, o quizá alentado por la esperanza de una vida junto a Rosa, se estuviera transformando en una persona responsable y previsora. Me alegré por ambos.

Conmovida por sus palabras, me levanté y le planté un beso en la mejilla.

—Vamos —dijo ofreciéndome su brazo—. Alguien nos espera.

Mi amiga le dio un puntapié y simuló indignarse.

—Eso, y a mí que me zurzan —protestó.

—Perdona, me he distraído con Belinda y no te he visto —bromeó él simulando sorpresa. Aunque su nuevo aspecto me hubiese engañado, seguía siendo el mismo de siempre.

A aquellas horas la calle Sierpes estaba a rebosar. Como los comercios aún no habían cerrado, los transeúntes ultimaban sus compras y ojeaban los escaparates, algunos de ellos más surtidos de mercancías que en meses anteriores.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó Rosa, tomada del otro brazo de Marcelo.

—¿Nunca te he hablado de la debilidad de Emeterio por los chocolates?

—Nunca —respondió mi amiga.

—Pues te puedo asegurar que la tiene. Nos ha citado en la Campana. Me ha dicho que ha conseguido algo para nosotros. Querrá recibir su recompensa.

—¿Tú crees? —pregunté sorprendida.

—Estoy seguro de ello. Aunque, no ha accedido a explicarme de qué se trata.

Pese a la esperanza que me transmitieron sus noticias, intenté no crearme falsas expectativas. Habían sido tantos los fracasos a la hora

de descubrir el pasado de la familia Conrado que pensé que se trataba de otro camino sin salida. Dándole vueltas a sus palabras, no fui consciente del grupo de gente que se arremolinaba en una de las esquinas hasta que Rosa nos detuvo a ambos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿Es ese?

Al principio no tuve ni idea de a qué se refería. Pero luego estudié con mayor detenimiento al que estaba tras el gentío, parapetado al otro lado de la mesita plegable, y comprendí su pregunta. Me pareció increíble que Rosa siguiese recordando aquel episodio. Mientras yo seguía queriendo descubrir entre la gente a los ganchos que me hicieron picar el anzuelo la primera vez, Rosa se acercó a Marcelo y le explicó algo al oído mientras él asentía. Luego me agarró del brazo y comenzó a empujar entre los congregados hasta que ambas estuvimos situadas en primera fila. El de la gorra de cuadros se fijó en nosotras al instante.

—Adelante, jovencitas —dijo levantando los tres cubiletes de madera y dejando ver un garbanzo bajo uno de ellos—. Es simple. Una peseta si aciertan.

Volvió a cubrir el garbanzo y comenzó a arrastrar los vasitos por la mesa simulando querer despistarnos. Separó las manos y señaló para que eligiéramos uno de ellos. El de los dientes negros, al que reconocí de inmediato, nos empujó por detrás luciendo su deslumbrante sonrisa.

—No tenemos dinero —afirmó Rosa.

El de los dientes se acercó a la mesa con intención de colocar un dedo sobre el vaso correcto. Rosa se le adelantó.

—Aquí —aseguró—. Pero le digo que no tengo dinero.

El de la gorra de cuadros se encogió de hombros al levantar el vaso.

—¿Ves? Es muy sencillo. Otra vez.

Rosa pareció animarse y sacó un monedero de uno de sus bolsillos, rebuscó entre la chatarra y colocó una perra gorda sobre la mesa.

—Otra vez —repitió con su irresistible sonrisa.

El de la gorra, seguro de la vulnerabilidad de su presa, decidió dejarse ganar una vez más. Los hizo girar de forma infantil y la miró con ingenuidad.

Inevitablemente, Rosa acertó. Recogió las dos gordas y las guardó con intención de largarse. Esta vez el de los dientes picados nos apretó con más fuerza para que no escapásemos del encierro.

—Vamos, jovencitas —repitió el otro—, que hoy estáis en racha.

Rosa pareció recapacitar, se encogió de hombros y abrió de nuevo el monedero para sacar un enorme billete verde de cinco pesetas, uno de esos que ilustran las Capitulaciones de Santa Fe, y me lo ofreció. La gente hizo un corro más amplio para dejarnos espacio. El de la gorra

borró la sonrisa bobalicona de su cara.

—Adelante —me dijo Rosa.

Yo no comprendía lo que estaba ocurriendo. No podía apostar tanto dinero sin la menor posibilidad de ganar. Ella insistió. Entonces noté la presión de Marcelo, que había apartado al de sonrisa radiante para colocarse tras de mí. De inmediato adiviné la estrategia. Yo jamás atinaría a acertar en aquel juego, pero era posible que Marcelo sí lo hiciese. Coloqué el dinero en la mesa y miré al de la gorra.

—Ahora el suyo —dije en un arrebato de ira contenida.

El de la gorra arrugó la boca y farfulló algo entre dientes. Metió la mano en su bolsillo y sacó varios billetes enrollados. A continuación, entresacó un par de dos pesetas y una moneda y los colocó junto al mío.

En aquella ocasión, los cubiletes bailaron a vertiginosa velocidad, haciendo imposible que el ojo humano siguiese su errática trayectoria. Cuando el de la gorra supuso que no había forma de acertar, los detuvo y separó las manos.

—Tu turno —dijo sin apartar los ojos de ellos.

Desde atrás la mano de Marcelo presionó levemente mi brazo derecho.

—Aquí —dije apretando el vasito contra la mesa con todas mis fuerzas.

Solo entonces el de la gorra levantó sus ojos hacia mí.

—¿Nos conocemos, jovencita?

—Yo diría que no —afirmé alzando el cubilete—. El garbanzo está aquí.

Agarré las diez pesetas y nos largamos sin perder un segundo.

Aunque Marcelo nos recomendó entre cuchicheos no volver la vista atrás ni mostrar signos de alegría hasta que estuviésemos lejos del grupo, apenas pudimos contener la euforia durante los primeros metros. Yo seguía temblando. Rosa había cumplido con creces su promesa de hacerme recuperar la peseta perdida.

Nuestro retraso hizo que cuando alcanzamos la pastelería, Emeterio nos esperase impaciente a la puerta, abriendo y cerrando la tapa de un reloj de bolsillo con gestos compulsivos.

—Ya iba siendo hora —gruñó.

Marcelo, que debía conocer sus rarezas, se adelantó para conducirlo de inmediato al interior. Como los martes apenas acudía clientela a la pastelería, nos fue fácil encontrar una mesa y sentarnos en el rincón más apartado. Con las ganancias conseguidas del trilero mandamos traer cuatro chocolates calientes y una formidable bandeja de bombones. Sentados frente al bibliotecario, simulamos su misma glotonería. Cuando estuvo harto, se retrepó sobre la silla y nos miró por primera vez.

Marcelo se atrevió entonces a preguntar.

—¿Y bien?

Emeterio se limpió las manos y la boca con meticulosidad, sacó un papel del bolsillo y lo colocó sobre la mesa con la misma delicadeza con que trataba sus más preciados documentos del Archivo de Indias.

—Esa mujer está viva —aseguró señalando el escrito con dedo acusador.

Tuve que reprimir una tos nerviosa y dar otro sorbo al chocolate antes de poder reaccionar. Emeterio, en el que ya no reconocía a aquel diminuto y extraño espécimen humano de ojos saltones que en un principio me pareció, sino a alguien que podía tener la llave de todos los misterios que rondaban mi cabeza, acababa de anunciar algo imposible, algo que no fui capaz de asimilar hasta haberlo escuchado por segunda vez.

—Emeterio, ¿a qué mujer te refieres? —logré balbucear.

—¿A cuál va a ser? —dijo asombrado por mi torpeza—, a la ciega. A esa Andrea que andas investigando. Ella sigue viva. Y no solo creo saber dónde se encuentra, sino que he descubierto mucho más.

IV

En aquella ocasión no encontré olores a incienso ni a sudores rancios ni a madera vieja. Ningún santo posó los ojos en mí mientras metía la mano en el agua bendita y me persignaba la frente. Apenas los inconexos sermones del padre Benigno dando vueltas en mi memoria mientras caminaba a lo largo de la nave central. Arrodillado en la primera fila de bancos me esperaba rezando, enfrentado al altar con las manos cruzadas.

Había tardado en comprender que aquel sería el único camino para llegar hasta Andrea, y mi cabeza le daba vueltas y vueltas a la forma en que lo debía plantear. Si, según lo que nos aseguró Emeterio tras haber engullido buena parte de los chocolates, esa mujer permanecía encerrada en un convento de clausura desde hacía más de cincuenta años, no iba a estar dispuesta a recibir a cualquiera.

Al llegar a su altura, le posé la mano sobre el hombro para anunciar mi presencia. El padre aguardó hasta terminar la oración antes de dedicarme su primera sonrisa. Solo entonces me indicó que lo siguiese a través de la sacristía. Descendimos los escalones que dan al patio interior y nos acomodamos en el banco del fondo.

—Padre —dije impaciente—. Le agradezco que me haya atendido.

Benigno, sin contagiarse de mis prisas, se pasó el pañuelo por una frente perlada por el esfuerzo y lo devolvió doblado al bolsillo de la sotana.

—Todo lo contrario, hija mía. Como te dije, los viejos ociosos como yo necesitamos cariño y compañía. Dime, ¿qué te trae por aquí? Tu madre me aseguró que era importante.

—Lo cierto, padre, es que no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si lo haces por el principio?

—Verá... ¿Recuerda aquello que le conté?

Aunque pensé que su mente dispersa no sería capaz de recordar ni una de mis palabras, mucho más cuando aquellas debieron parecerle salidas de una niña asustadiza y fantasiosa, lo hizo con manifiesta exactitud.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Si mi memoria no me falla, me dijiste que no estabais solos en ese antiguo caserón al que os habéis mudado, que el alma de alguno de los difuntos Ferrer aún no había sido llamada por Dios a su cielo.

—Ni yo misma habría sabido resumirlo mejor —añadí impresionada.

—Solo deseo que vengas a informarme de que se ha marchado.

—Se equivoca. Me temo que esa alma perdida sigue estando entre

nosotros.

—Querida Belinda —dijo reflexivo, cruzando sus dedos en el regazo, creyendo quizá que era aquella cuestión la que me atormentaba—, ¿te han contado alguna vez que esta tierra que pisamos es un antiquísimo cementerio?

—Sí, y debo decirle que varias veces —aseguré incómoda.

—Como recordarás de nuestra última conversación —continuó diciendo—, la iglesia del Salvador se asienta sobre las ruinas de una mezquita, y esta se asentaba sobre un templo romano muy anterior. Todas esas civilizaciones, romanos, árabes y cristianos han enterrado a sus muertos en sus templos sagrados, justo aquí, bajo nuestros pies, a nuestro alrededor, en todo el subsuelo de este barrio. Y sus huesos, que se han desintegrado durante siglos, siguen haciéndolo, porque la mayoría de esos muertos nunca fueron retirados de su lugar de reposo.

Sus palabras, lejos de apaciguar mi desasosiego, estaban consiguiendo que me asustase de verdad.

—Padre, no sé qué intenta decir.

—Mi querida Belinda, es fácil —concluyó con una sonrisa absolutoria—. Nadie vendrá jamás a reclamar los huesos de esos muertos. Sin embargo, te puedo asegurar que desde que soy párroco de esta iglesia, y hace de eso más de treinta años, no me he topado ni con una sola alma perdida. Nadie ha reclamado mi consejo desde los rincones oscuros de la iglesia. Querida niña, nuestro Dios puede tener algunos defectos, tengo demasiados años y sufrimientos vividos para no reconocerlo, pero de lo que estoy seguro es de que se da bastante prisa en llevarse con Él las almas de sus difuntos. Si has visto u oído algo en las noches de viento, ten por seguro que ha sido producto de tu imaginación.

Pensé en rebatir sus argumentos, en explicarle que podría haber otras almas, almas penitentes vendidas al diablo, almas repudiadas por nuestro Dios, dejadas a la deriva en el océano del olvido, y que si esas almas tenían algún lugar en el que refugiarse de las tormentas que pudiese haber en un perpetuo mundo de tinieblas, ese lugar no podía ser otro que el viejo cementerio, el lugar en que se descomponían sus antiguos cuerpos perdidos. Pero, aunque me habría gustado explicarle mi punto de vista, hablarle de Laura y de Wamweru, no era ese el motivo que aquel día me había llevado a su presencia, y acepté la explicación.

—Padre, imagino que lleva razón. Mis sentidos han debido jugarme una mala pasada. Le habrá dicho mamá que desde muy niña suelo fantasear.

—Quizá me haya comentado algo sobre el tema —afirmó, sus manos aún cruzadas en el regazo.

—En cualquier caso, hoy vengo a pedirle otro tipo de ayuda.

El leve suspiro de predisposición que dejó escapar me animó.

—¿De qué se trata?

—Padre, ¿recuerda también que en nuestro último encuentro le mencioné que toda la familia de Conrado Ferrer había muerto?

—Lo recuerdo.

—Pues ahora debo decirle que estaba en un error, que uno de sus miembros sigue viviendo entre nosotros.

El padre Benigno perdió la sonrisa y arrugó la frente con curiosidad.

—¿Y de quién se trata?

—De Andrea.

—¿Andrea? ¿Tu tía abuela? ¡Que nos asistan ángeles y serafines! —exclamó—. ¿Y dónde podría estar ahora esa mujer?

—Si no me equivoco, siempre ha estado aquí, en uno de los conventos de la ciudad.

En efecto, la información que nos había dado Emeterio era cierta. El padre Benigno apenas tardó un par de días en confirmar que Andrea llevaba recluida cincuenta años en el convento de Santa Isabel, un lugar de recogimiento regentado por las religiosas filipenses Hijas de María Dolorosa, que daban cobijo desde épocas inmemoriales a mujeres con problemas, bien fuesen estos de índole material o espiritual. En una de sus pequeñas celdas encaladas, aislada del mundo, de espaldas al progreso, aunque me resistiese a creerlo, continuaba viviendo la hija de Conrado. Pero el viejo párroco no solo hizo eso por mí, sino que consiguió que me recibiese.

Resuelta a no desperdiciar la ocasión, a las cuatro de la tarde del día siguiente tomé por Sagasta, crucé Sierpes sin detenerme a echar una ojeada a las bocacalles, no fuese a ser que el trilero anduviese de nuevo por los alrededores, y me detuve en la parada de la esquina con Tetuán para tomar el tranvía. Rosa insistió en acompañarme argumentando mi falta de conocimiento de la ciudad. Pero ambas sabíamos que no era esa la causa de su empecinamiento. Habíamos tomado varias veces la Línea 1 para ultimar los papeleos del nuevo curso, y a aquellas alturas yo estaba segura de que el Circular me dejaría en la misma puerta del convento. El único motivo por el que deseaba acudir conmigo era el no dejarme sola ante una mujer a la que le perdimos la pista el trece de enero de 1892, la noche en que taladró sus últimas palabras en el diario. Nada conocíamos de lo que le pudiese haber acontecido durante tanto tiempo, y Rosa se resistía a que acudiese sola a la cita. Sin embargo, era solo yo la que debía de enfrentarse a Andrea, la que debía confesarle que había traducido y leído sin permiso las intimidades de su diario, la que quería mirarla a los ojos para descubrir si eran tan turbadores como todos los hombres

parecían decir, la que necesitaba comprender cuál fue el destino de mis antepasados, de Conrado, de su esposa Laura, del ingenio y de la fortuna que tanto esfuerzo le supuso conseguir. Pero sobre todo era yo y solo yo la que necesitaba entender qué era aquella presencia que me perseguía desde que nos instalamos en la casa. Había tantos motivos para que Rosa comprendiese, que no tuvo más remedio que aceptar mi decisión y reprimir su deseo de acompañarme.

A aquellas horas de la tarde, el tranvía circulaba vacío. Me acomodé entre los asientos del fondo y dejé que mis preocupaciones fuesen desfilando del otro lado del cristal. Entre los carros de carga y los coches que colapsan Tetuán en los últimos tiempos, volví a preguntarme si hacía bien desatendiendo los consejos de mis padres. Cuando la noche anterior me senté con ellos para explicarles mi intención, ambos mostraron sus reservas. Si Andrea se había olvidado del mundo para vivir tras los muros de un convento de clausura durante el resto de su vida, sus motivos tendría. No era yo quién para andar importunándola, haciéndola recordar lo que a buen seguro quiso olvidar. En la esquina con la plaza del Duque, el conductor maldiciendo el tráfico y mi cuerpo bamboleado por las sacudidas, dejé vagar mis ojos entre las vidrieras de la chocolatería de la Campana, entre los malos humores y el buen oficio de Emeterio, ese ser diminuto y extraño que consiguió dar con el paradero de Andrea. Pero fue acercándonos a la plaza de la Encarnación cuando mis ojos terminaron definitivamente inundados. Aquel era uno de los primeros lugares que visité de la mano de Hugo, y no conseguía entender la crueldad de un destino que jugó con nosotros a mostrarnos el espejismo de un futuro feliz. Desengañada, saqué el pañuelo y me limpié las lágrimas. Estábamos llegando. A mi derecha, la Puerta Osario y los arrabales de la ciudad. A mi izquierda, el antiguo matadero de reses y los primeros campos de cultivo. Me recompuse las ropas y me incorporé para apearme en la siguiente parada.

No había aquel primer día de octubre ni una nube en el cielo. Los álamos blancos, sin piares de gorriones ni arrullos de tórtolas, transmutado su follaje plateado y verdoso en un manto de oro, jugaban a bailar con la brisa en una danza infinita, a silbar una suave canción que solo ellos y el viento entendían.

La puerta principal del convento estaba cerrada.

Crucé la plaza y recorrí las calles laterales hasta dar con la entrada que me describió el padre Benigno. Tras golpear la puerta con los nudillos, esperé. Una mujer abrió el ventanuco central para asomarse.

—Buenas tardes, señora.

Era la primera vez en mi vida que me llamaban señora. Las ojeras que me perseguían desde la muerte de Hugo debieron confundirla. Sin ánimo para contradecir su deducción, le dediqué una sonrisa blanda.

Un manojo de llaves sonó del otro lado y la puerta se abrió. Ambas nos dedicamos una larga ojeada. Ella, comprobando que se había equivocado, que se trataba de una chica de veinte años de pelo rizado y moreno. Yo, extasiada en la contemplación de una túnica impoluta, de un escapulario blanco gastado por el uso, de un velo negro como el carbón y de un largo rosario colgado de su cintura.

—Sígame —ordenó al darme la espalda.

En la quietud asfixiante que imperaba en los patios del convento recorrimos unos largos soportales con alfarjes en el techo y columnas pareadas, nos internamos por el lado opuesto y nos detuvimos en una sala envuelta en la más absoluta oscuridad. Cuando los contornos se perfilaron, retomamos la marcha, más pausada en esta ocasión, evitando perturbar el recogimiento imperante. La monja se detuvo frente a una puerta abierta. Con la mano extendida me invitó a entrar. Frente a mí, una habitación de blanco deslumbrante cuyos desconchones presentaban un grosor suficiente como para comprender que habían sido encalados cientos de veces, y una verja que nacía en el suelo y moría en el techo. A un lado y otro de sus gruesos barrotes de forja, sendos bancos de madera negra. Señaló con un dedo largo y huesudo el que quedaba de mi lado y desapareció por donde habíamos venido.

Trascurrió un tiempo infinito hasta que oí cómo alguien se acercaba entre las tinieblas del otro lado. Aunque sus ropas, tan parecidas a los hábitos de las religiosas, me hicieron pensar que se trataba de la misma persona que me recibió, su caminar precavido y los brazos apenas adelantados, palpando el espacio que un instante después su cuerpo habría de ocupar, me convencieron de que aquella que venía a mi encuentro era una mujer ciega. Al dar con el respaldo del banco, siguió su trayectoria con los dedos y se acomodó junto a mí, confiando su seguridad a la contundencia de los hierros que nos separaban.

Aquella mujer esbelta y frágil, que aparentaba más de los setenta y cuatro que debía tener, alzó el mentón y me olfateó.

—Buenas tardes, Belinda. Me han dicho que querías hablar conmigo.

Su voz mansa, esa que solo las mujeres vueltas de todo han aprendido a dominar, rebotó entre las cuatro paredes y me erizó la piel. No atiné más que a balbucear su nombre de forma atropellada:

—Andrea.

Tardé horas en desgranar toda la historia, no solo la que yo conocía de ella, sino también la que ella no conocía de mí. Tantas que llegué a creer que no tendría ocasión de alcanzar el final. Aunque durante todo ese tiempo Andrea no dejó de clavarme la mirada desde el otro lado, no fui capaz de comprender cuán cierto era lo que escribió acerca de

los hombres que quedaban atrapados en el gris de sus ojos hasta mucho después. Cuando hube acabado, levantó los brazos y pasó las manos a través de la verja, tal como hacía Cipriano, tal como yo sabía que le gustaba hacer a los ciegos. Cambié de postura y me acerqué para que viese mi rostro. Sus dedos me tocaron, si es que lo llegaron a hacer, con tal suavidad que fui incapaz de pensar mientras el calor de sus yemas me recorría.

—Eres muy guapa —afirmó.

—Andrea, siento... —comencé a decir arrepentida de fisgonear en su vida sin permiso, de haberme apoderado de la intimidad encerrada en su diario.

Ella, sin dejar que continuase, se llevó un dedo a los labios y me pidió silencio.

Es aquel instante el que recuerdo cuando las pesadillas acuden en mitad de la noche. Porque fue entonces cuando sus ojos, por primera vez, esos ojos que no podían ser los de un ciego, dejaron escapar un resplandor ambarino que taladró los míos y escudriñó hasta lo más profundo de mi mente. Luego, vuelta de algún lejano lugar, sin comprender por qué lo hizo en tal situación, frente a un pariente lejano que acababa de conocer, cruzó las manos sobre el regazo y me relató lo que no se atrevió a contar en el diario, lo que durante tantos años escondió entre las cuatro paredes de aquel convento.

Supe así que después de rogarle al padre Dionisio que le diera una bendición que no llegó, después de interpretar al piano su último adagio, después de escuchar a su marido hablar de los planes sobre Las Yeseras, Laura los llamó a ambos y les anunció que había despedido por un tiempo a Dolores y a Simona, y que había tomado la decisión de rendirse a la ciencia antigua de Wamweru. Al escucharlo, Conrado se alegró en extremo, pero ella no. Con la esperanza de disuadirla, subió al dormitorio de Úrsula y la hizo bajar para que le expusiese a su madre todo lo que sabía. Aunque la muchacha, una mujer a caballo entre el mundo de los negros y el de los blancos, miró con recelo a Conrado, terminó repitiendo de carrerilla lo que le contó a Andrea en la isla, lo que sabía de los dioses de un lado y de otro. A continuación fue Andrea la que le explicó a su madre lo que presenció en la cueva del ingenio La Esperanza, lo que le escuchó a Wamba y a Ndenga. Laura, que no sabía lo que significaba ser una mambo, ni había oído hablar de los loa ni de Bondye, el auténtico dios de los hombres de África, pareció asustarse. Pero sospechando que su Dios verdadero la había abandonado, que si seguía por el mismo camino, dejaría a su hija en manos de un destino incierto, se levantó con gran esfuerzo para sentarse una vez más frente al piano. Paseó sus dedos por última vez sobre la superficie lacada y se volvió hacia ellos. «Llevo demasiados días dándole vueltas —bisbiseó—. Ayer la llamé a mi

habitación y estuvimos hablando de mujer a mujer. Me ha dicho que ni ella misma puede predecir lo que ocurrirá, que cuando llegue la hora serán sus dioses los que pongan precio a mi vida, que solo entonces deberé elegir. La decisión está tomada y nada me hará volver atrás. Esta misma noche me pondré en sus manos». Conrado, satisfecho por haber conseguido su objetivo, se acercó y la abrazó con renovadas esperanzas. Estaba seguro de que Wamweru lograría salvarla. Un hombre enamorado siempre lo está. Andrea, abatida, le pidió a Úrsula que la acompañase a su habitación. Allí buscó el diario y lo escondió en uno de los últimos estantes de la biblioteca.

Jamás lo retomó.

Wamweru, siguió contándome Andrea tan perdida en sus recuerdos que apenas respiraba, había tenido tiempo más que suficiente para bajar a los sótanos y comprobar la fuerza que emanaban sus antiquísimas paredes de argamasa. Tal vez —y esto no me lo dijo Andrea, sino que lo pensé yo misma más tarde— la vieja hechicera supo encontrar aquí, bajo el suelo que me sustenta mientras escribo esta historia, esas almas perdidas que nuestro Dios verdadero ha olvidado llevarse, esos espíritus atormentados que vagan junto a sus huesos en la oscuridad eterna. Fuese o no fuese el caso, aquella noche Wamweru se encerró en los sótanos durante varias horas, invocando en soledad a los más ancestrales espíritus que hubiese conocido en sus incontables años de vida, y a medianoche mandó llamar a Laura a las profundidades de la casa. Pero nadie, les advirtió, debía estar presente en la ceremonia. Si los loa descubrían que no se presentaba sola y por propia voluntad, no se dignarían acudir. Necesitó la esposa de Conrado aferrarse a su último hálito de vida para descender sin ayuda alguna, peldaño a peldaño.

Media hora después, escuchando desde su habitación los mismos cantos delirantes que escuchó en la cueva de la isla, Andrea no pudo aguantar más. Agarró a Úrsula del brazo y le ordenó que la llevase junto a su madre. Cruzaron frente al salón en que Conrado aguardaba y se internaron en los sótanos de la casa. Así supo por boca de Úrsula, porque su infalible intuición de ciega no le sirvió en aquella ocasión, que el baúl que Wamweru trajese en el barco estaba por entonces vacío, que alrededor del sillón en que su madre permanecía amarrada, la sacerdotisa había reunido una procesión infinita de fetiches, de muñecos con los ojos traspasados por agujas, que la vieja vestía extrañas ropas que Úrsula jamás antes le vio, y que Laura, víctima de sus pócimas, se encontraba con los ojos en blanco y la cara en el techo, atrapada en un trance del que no lograba salir. Por el contrario, sus sentidos sí que le fueron suficientes para detectar aquel aroma que tanto le llamó la atención al llegar al ingenio de su padre, aquel que no podía ser otro que el olor empalagoso y dulzón que emanaban los

árboles a los que tan aficionadas eran las magias de la hechicera.

Entonces la embargó la certeza de que la intención de esta no era salvar a su madre, sino fingir su muerte para después engañarlos con sus falsas magias y resucitarla transformada en un muerto viviente. En un ataque de terror, se abalanzó sobre ella y le clavó las uñas en la piel. Pero Wamweru se defendió, se agarró a sus cabellos dorados con la furia de un demonio y le presionó los ojos hasta hacerla enloquecer, tal como había intentado en el barco. A Andrea, que no logró escapar, no le quedó más remedio que defenderse a su vez, rodear su garganta con los dedos crispados y apretar. Y apretar. Entonces, según me confesó, ocurrió un milagro que le hizo pensar que estaba equivocada, que tal vez fuese cierto que la magia de las profundidades de África residiera en Wamweru, porque, conforme la vida de esta se fue apagando, los ojos yermos de Andrea comenzaron a ver. Incluso me reveló que sintió la misma angustia ante la muerte que debió sentir la vieja. Incapaz de entender lo que ocurría, la soltó. Pero ya era tarde. La oscuridad tardó cinco minutos en volver a sus ojos, los mismos que Wamweru tardó en morir desangrada.

Laura, en cambio, tardaría más en hacerlo.

Cuando Conrado bajó alertado por los gritos y zarandeó a su esposa, los músculos de esta no le respondían. Las pócimas habían terminado de hacer efecto y su rostro era una mueca de estúpida placidez. Laura jamás volvió a dar signos de habitar el mundo de los vivos, ni tampoco el de los muertos. Wamweru se había vengado por haber sido alejada del único mundo que conocía. Conrado debió reclamar al dueño del ingenio La Esperanza el pago por los favores prestados, y este, de una forma u otra, obligó a su protegida a viajar hasta Sevilla. La ilusión de una sanación milagrosa le terminó nublando la razón. Todo había sido un completo sinsentido. Nunca hubo la más mínima esperanza. Abrumado por su culpa y ante la difícil situación en que se encontraría su hija de conocerse lo sucedido, mandó construir a toda prisa un arcón de plomo y devolvió a Wamweru a Cuba en el primer barco que zarpó de Cádiz. Por supuesto, el contenido declarado del arcón no fue otro que un moderno alambique destinado a la elaboración del mejor ron. Un mes después, sin haber movido ni un solo músculo de su cuerpo ni haber ingerido alimento alguno, Hilario, el médico de la familia, los informó de que Laura había muerto. Fue aquel, me dijo meditabunda, un hecho que no supieron aceptar.

Contemplé por largo rato sus ojos vidriosos a través de los barrotes que nos separaban, sin encontrar forma de librarla de su honda tristeza.

—Por eso la dejasteis allí —me atreví a afirmar en un susurro—, enterrada en los sótanos. Para que permaneciese a vuestro lado.

—¿Cómo dices? —preguntó Andrea confundida.

—A Laura. La dejasteis en la casa porque no estabais seguros de que estuviese muerta, porque no os queríais separar de ella.

—No entiendo. Mi madre está aquí, en este convento. ¿Acaso no lo sabes?

Ambas nos contemplamos recelosas y confundidas a través de la verja, ella con sus profundos ojos grises, yo con la esperanza de descubrir una vez más en ellos aquella inquietante luz que me recorrió por dentro minutos atrás.

—Por hoy ha sido suficiente —añadió al incorporarse.

Se despidió con un leve movimiento de cabeza y se alejó hacia el lugar por el que había aparecido. Yo intenté imitarla, pero la oscuridad era tal que no atiné a encontrar la salida. Me volví a sentar. Al poco, la monja que me había recibido acudió en mi ayuda.

—Sígame —dijo con un hilo de voz.

Pensé que aquella era la única palabra que entraba en su repertorio, y que no pronunciaría otra hasta despedirse en la puerta del convento. Sin embargo, volví a equivocarme. Y es que al salir al patio me dirigió una frase sorprendentemente larga.

—Me ha pedido que la lleve abajo.

—¿Abajo?

—A la cripta. Si usted lo desea.

La noche estaba a punto de desplegar todo su poder y me invadieron mis más antiguos miedos, pero terminé claudicando en un breve gesto de cabeza. Cruzamos el patio en diagonal, evitando el brocal de un pozo arruinado, y nos internamos en el convento por la esquina opuesta. Una escalera empinada se abría a nuestra derecha para perderse en las profundidades. Con un candelabro en la mano, nos internamos en ella. El poco calor que le quedaba al día fue desapareciendo conforme nos alejábamos del mundo de los vivos. Las llamas, por el contrario, fueron ganando confianza, atreviéndose a desafiar los primeros rincones. Al llegar a lo más profundo, la monja se detuvo para que yo comprendiese dónde nos encontrábamos. No me resultó difícil hacerlo. A izquierda y derecha, las paredes estaban repletas de ataúdes de piedra y de lápidas talladas. Aunque, lo que realmente capturó mi atención fue un fresco maravillosamente conservado que me recordó la resurrección de Lázaro, la famosa y conmovedora obra de Caravaggio. Tomando el candelabro de su mano, contemplé los labrados que coronaban las paredes. Allí creí entrever formas humanas con terminaciones vegetales que, por la ostentación de sus motivos, debían representar los pecados capitales.

—¿Para qué me ha traído aquí?

Mi acompañante no respondió. Tampoco lo necesitaba, porque yo sabía a qué habíamos bajado a la cripta. Alzó su mano hasta un arco

de medio punto, para advertirme de que tuviese cuidado de no dejarme la frente cuando cruzase bajo él, y caminó en cuclillas. Al fondo, donde la cámara volvía a ganar altura, se incorporó. Frente a nosotras, en uno de los nichos, un ataúd con un relieve de la virgen y dos únicos colores: el blanco de la pureza y el azul de la eternidad. La inscripción, aún más sencilla: Laura Valdivia, 1892.

V

Aprovechando los primeros claros del día, agarré el caballete y la caja de los óleos y salí al jardín. En pocos minutos los primeros rayos de sol coronarían las tapias y taladrarían la vidriera con su caleidoscopio de colores. El nuevo curso estaba a punto de comenzar y el diario me había hecho olvidar que necesitaba practicar mis dotes artísticas antes de enfrentarme a la dura competencia de la Universidad. Dispuesta a retomar mi vida de artista, abrí una vez más el catálogo de Sorolla y rebusqué entre sus láminas. Una pareja de bueyes tirando de una barca de pescadores para hacerla salvar la rompiente me pareció el motivo ideal. Ajusté un lienzo impoluto, saqué los ocres, blancos, verdes y azules y comencé a manchar. Sabía que aquel pintor nunca mezclaba, que se limitaba a dar brochazos gruesos y certeros con colores puros, a esperar a que el ojo imperfecto del espectador terminase el trabajo. La fuerza interior de la técnica saltaba a la vista. Nunca sería capaz de hacerlo como él, pero había que intentarlo. Manché el pincel de verde esmeralda y procuré no pensar.

Al rato, la mirada hipnótica de un gato que me observaba desde lo más alto de la tapia me hizo ver que no lo estaba consiguiendo. Todos mis temores resultaron ser infundados. Gracias al relato de Andrea sabía que, en contra de lo que creí durante tanto tiempo, ninguna mujer yacía bajo nuestra casa. Si encontraba a mi hermano Daniel en ese cielo del que hablaba Benigno, le echaría un buen rapapolvo por inculcarme sus fantasías infantiles. Ni Andrea, que terminó recluida en un convento para expiar su culpa por el cruel asesinato de una anciana, ni Wamweru, que fue devuelta al otro lado del mundo sin la más mínima caridad cristiana, como un mero fardo de hojalata, ni Laura, cuyo cuerpo reposaría hasta el final de los tiempos bajo los pies de un Dios al que repudió para salvarse, estaban enterradas bajo nuestro jardín. Sin embargo, seguían quedando cabos sueltos en mi cabeza. Preguntas que habían quedado sin respuesta. Aunque, no tuve oportunidad de seguir buscando. El gato inició una rápida huida hacia los corrales de atrás haciendo que una teja se estrellase contra el suelo. Teresa se aproximaba.

—Te llama una tal madre Remedios —gritó cuando estimó que estaba a la distancia adecuada para ser oída.

No conocía a la madre Remedios, pero intuí de quién se trataba.

Lo que oí a través de la línea me sorprendió sobremanera. Andrea, por primera vez después de medio siglo, había decidido salir del convento. Su única intención, según me dijo mi interlocutora, era realizar una visita que debió consumar mucho tiempo atrás. Por lo que

me rogaba encarecidamente que le organizase el viaje. Apenas tardé unos segundos en acceder a su petición.

En cambio, invertí más en persuadir a mis padres de que me permitiesen acompañar a Andrea. Mi madre, que nunca oyó hablar de Las Yeseras, y eso me hizo pensar que el Comandante no la hizo partícipe de lo que le conté, se sorprendió al saber de su existencia. Según manifestó indignada, su abuelo o su padre, o lo que es lo mismo, mi bisabuelo Anselmo o mi abuelo Gaspar, debieron haberle hablado de aquella propiedad de los Ferrer. Más sabiendo que en ella estaban enterrados sus antepasados. Sin embargo, el Comandante con su razonamiento práctico le hizo ver lo contrario. Si Las Yeseras, además de la ruina económica de la familia, terminó siendo la única tumba posible para Toribio y Gertrudis cuando estos murieron a causa de la fiebre amarilla, los hermanos tan solo conservarían penosos recuerdos de ella. Por eso se marcharon lejos, para borrarla de sus vidas. Luego, cuando Conrado se la compró a sus hermanos, tomaron el dinero el uno y la finca de Puente Alto el otro y la olvidaron. Era posible que mi abuelo Gaspar, aseguró el Comandante, que debió nacer lejos de Las Yeseras y que nunca se llevó demasiado bien con su padre, no llegase a tener conocimiento de aquella propiedad abandonada. Eso enfureció más a mamá, que aseguró que, si era cierto y la pareja estaba enterrada en los montes de la finca lindera con Puente Alto, tenían que llevárselos de inmediato a un lugar cristiano, que no era un monte plagado de chaparros y jaras lugar para el reposo eterno. Después de que papá se comprometiese a interesarse personalmente por el tema, pareció calmarse. No acabaron ahí mis problemas. El Comandante tomó el relevo y mostró sus reservas sobre Andrea. Yo nada le había contado sobre los sucesos acaecidos en los sótanos de nuestra casa medio siglo atrás, porque de haberlo hecho mis esperanzas de viajar a solas con Andrea se habrían esfumado definitivamente. Con todo, no estaba dispuesto a atender mis razones. Por muy tía abuela mía que fuese aquella anciana, no se fiaba de ella, y no me permitiría que me embarcase en un viaje tan peregrino si no era acompañada de mamá o de él. Una vez más, fue Rosa la que me dio la clave para resolver el problema. Si ella y Marcelo nos acompañaban, accederían a mi petición.

Fue a Marcelo a quien se le ocurrió lo de la calesa. Según nos dijo, el cochero famélico que nos paseó meses atrás por la periferia metropolitana en busca del desaparecido Cipriano le seguía debiendo favores. Así, el primer domingo de octubre, a las nueve de la mañana, aquel detuvo a los caballos junto al convento y yo me apeé para aporrear la puerta. Andrea salió cinco minutos después, recorrió los escasos metros que nos separaban y subió al carruaje con gran

esfuerzo. Como teníamos una larga jornada por delante, escasamente nos entretuvimos unos minutos en presentarnos antes de reemprender la marcha. Las dos horas de viaje, según afirmó Rosa cuando me llamó para concretar el día, sería tiempo más que suficiente para que Andrea terminase de contarnos el resto de su historia. No le íbamos a dar la oportunidad de escapar de nuevo sin haberlo hecho. Además, ella estaría más cómoda en una calesa que en un moderno coche de motor a combustión. Al menos así lo quisimos creer. Y aunque le faltaba el resuello al hablar y sus maltrechos huesos la torturaron, cuando llegamos a la finca conocíamos muchos más detalles que al inicio del viaje.

Atendiendo a lo que nos contó, a la muerte de Laura, Conrado acudió al párroco del Salvador y le pidió consejo. Ansiaba para su esposa el mejor lugar que la Iglesia pudiese ofrecerle, y explicó que tenía el dinero para pagarlo. El padre Dionisio, algo escandalizado al principio, con evidente interés después, propuso el convento de Santa Isabel. Si había un lugar digno de Laura, aseguró el viejo párroco, era aquel. Aunque los trámites para que fuese enterrada en la cripta fueron complicados, el dinero de Conrado terminó abriendo todas las puertas. En aquella época el convento estaba abarrotado de mujeres con problemas y el dinero era el bien más escaso entre sus muros.

Pero las dificultades solo habían comenzado.

Nadie en la familia logró superar la muerte de Laura. Su padre tardó apenas un mes en darse cuenta de que en la ausencia de su esposa nada lo retenía en Sevilla, y los problemas en el ingenio se multiplicaban sin control. Cruzaba con su hija las palabras precisas, se refugiaba en la seguridad de su despacho y solo coincidían a la hora del almuerzo o la cena. La relación entre Andrea y Úrsula también se deterioró. Aquella complicidad que una vez hubo entre ellas ya no existía. La culpaba de haber acabado con la vida de una anciana con sus propias manos, arrebatada por la ira y sin la menor compasión. Incluso ella misma se notaba diferente, atrapada en un cuerpo que no sentía suyo. Cuando Conrado anunció que partía para Cuba, Úrsula decidió marcharse con él. Ambos le rogaron mil veces a Andrea que los acompañara, que nada la retenía en aquel caserón. Pero ella sabía que no era cierto. Si todos se iban, sería como traicionar a Laura. Conrado era libre de marcharse, y Úrsula también. Pero ella no. Ella le debía todo lo que era a su madre, a una mujer que supo mostrarle las virtudes de su condición, que consagró la vida a compartir el mundo que sus ojos le negaban, una madre que fue capaz de infundirle las ganas de vivir en su universo de sombras. Conrado y Úrsula podían dejar atrás el pasado. Ella, no. Andrea permanecería en el convento junto a Laura por el resto de sus días, rezando por lo que hizo, por lo que le permitió a su padre que hiciera. Esa era su historia. La de

Conrado, en cambio, era otra. Era la de regresar a las Antillas para salvar su fortuna. Los americanos se estaban haciendo con la isla. Los ingenios no paraban de caer uno tras otro. La competencia del azúcar de remolacha y la pérdida del mercado europeo obligaban a sus propietarios a pedir unos préstamos a los que antes o después solo podían hacer frente con la entrega del propio ingenio. Surgieron así las grandes centrales de azúcar que sí disponían de dinero para modernizarse y prescindir de una mano de obra tan escasa en aquellos tiempos. Conrado era un hombre con recursos y supo sobreponerse a la adversidad. Durante aquellos primeros años, estableció una asignación para su hija, que ella donaba íntegra al convento. Pero la fortuna le había dado la espalda. Tres años después, en 1895, se contagió de difteria. Una enfermedad que arrasaba la isla y de la que pocos escapaban bien parados. Por desgracia, el padre de Andrea no fue uno de estos. A su muerte, Thomas le escribió una carta informándola del desafortunado suceso. En ella le explicaba que Conrado nunca llegó a retirarle los poderes que le otorgó cuando visitó la isla, y que en su breve enfermedad le había dado orden de que, si le ocurría algo, debía vender el ingenio, quedarse con una comisión del quince por ciento y enviar el resto del dinero a su hija. Los guerrilleros eran cada vez más activos y Conrado estaba seguro de que acabarían haciéndose con Cuba y echando a los propietarios extranjeros. Además, explicaba Tam en su carta, en la difícil situación local, Andrea no estaba en condiciones de ocuparse de la dirección de una posesión situada al otro lado del mundo. No había más remedio que venderla. Y así lo hizo.

—¿Y la casa? —pregunté—. ¿Qué ocurrió con la casa?

—Mi padre sabía que yo no la aceptaría y se la dejó a mi prima Elvira. La amaba como a una hija. Imagino que lo sabes.

Al fin, el cochero, que fiel a su mal carácter no había abierto la boca en todo el trayecto, aminoró la marcha e introdujo la calesa en el camino que llevaba a Puente Alto. Cuando hubo estacionado a los caballos en un rellano, se volvió sobre el pescante y se dignó a hablar:

—¿Y ahora qué?

Estábamos frente a los encinares que rodean nuestra antigua residencia, el lugar que le había indicado como primer destino. Pero a partir de allí, no tenía ni idea de por donde continuar la búsqueda. A nuestra derecha, los interminables campos de trigo discurrían hacia el río. A nuestra izquierda, la arboleda impedía la vista del horizonte. Yo la había recorrido muchas veces de la mano de Daniel y sabía que no existía nada parecido a un camino entre el lugar en que nos encontrábamos y la valla que lindaba nuestra finca. Pero mi instinto me decía que Las Yeseras debían quedar de aquel lado. De manera que decidí indicarle al cochero que retomase la carretera y continuase la

marcha hacia el norte a menor velocidad.

Diez minutos después localizamos un breve ensanche junto al arcén. Le rogué que se detuviese de nuevo y me apeé. En efecto, se tratada de la entrada a la finca colindante con la nuestra. Un tronco reseco y naufragado en la maleza nos cortaba el paso.

Marcelo se apeó y acudió en mi ayuda.

—¿Crees que podría ser aquí?

—Tal vez. Conrado le contó a su hija en el camarote que, cuando trajo a Laura por primera vez para presentársela a los padres, recorrieron un camino polvoriento que partía de un cercado de piedra en ruinas y moría en la vivienda.

Entre ambos apartamos el tronco y recorrimos unos cientos de metros. En cuanto coronamos la primera cuesta descubrimos en la distancia los contornos de un cortijo derruido. Me pareció imposible que aquel lugar, a apenas unos kilómetros de Puente Alto, nos hubiese pasado desapercibido durante tantos años. Tuve la certeza de que se trataba de Las Yeseras.

Me hubiese gustado recorrer a pie el camino que debieron recorrer Conrado y su esposa la primera vez. Pero aún nos separaba un buen trecho de la vivienda, y Andrea no estaba en condiciones de soportarlo. Desvencijada por los traqueteos y agotada por nuestra curiosidad, hacía rato que había comenzado a mostrar signos de agotamiento. Así que regresamos y confiamos al cochero el resto del trayecto. Eso nos concedió unos minutos más de conversación.

—Andrea, no acabo de entender por qué una mujer con enormes ganas de vivir, según he podido comprobar en su diario, decidió ingresar en un convento de clausura —le dije—. Usted no fue responsable de los actos de Wamweru, ni tampoco de su muerte.

—No sé si fui responsable de su muerte, pero desde luego sí lo fui de la de mi querida madre —alegó—. Si no hubiese intervenido, tal vez Wamweru habría terminado salvándola con sus pócimas mágicas y sus dioses africanos. Ingresando en el convento, rezaría por el alma de mi madre y tendría tiempo para expiar la culpa. Pero también lo hice por ella, para que nuestro Dios la arrancase de mí, para que la expulsase de este mundo. —Ni Rosa ni Marcelo parecieron escuchar estas extrañas palabras, ni tampoco percibieron el fulgor de sus ojos, aquel mismo brillo ambarino que escrutó mi mente en el convento, tal vez, pienso ahora, la misma luz que Wamweru le infundió primero en las bodegas del barco y después en su agonía, enfrentadas cuerpo a cuerpo en los sótanos de esta casa.

Cuando sus pupilas recuperaron el gris que siempre debieron tener, los contemplé a ambos, a Rosa y a Marcelo, para comprobar su reacción. Pero se comportaban como si las últimas palabras de Andrea nunca hubiesen sido pronunciadas, como si yo hubiese sido víctima de

una ensoñación.

—¿Qué fue del amor de su vida, de Wamba? ¿No volvió a saber de él? —le preguntó Rosa. Los ojos de Andrea, ya del color de la luna, dejaron de taladrarme y la miraron a ella.

—Eso también lo habéis leído. Hay cosas que nunca debí escribir. Me entregué a Wamba con ingenuidad y sin condición. Nunca me había sentido tan libre como me sentí con él. Y debo reconocer que el color de su piel tiñó las ansias de mis diecinueve con renovadas fantasías.

—Lo terminó olvidando —concluyó Rosa.

—Eso jamás. Nunca lo olvidé. Incluso tenía intención de volver algún día. Pero la carta de Tam trajo consigo más noticias. Aunque nadie quería reconocerlo, no solo estaban en guerra los criollos y los negros cimarrones, sino que era la isla entera la que se oponía al dominio español. Los ataques a los ingenios eran continuos. Thomas me informaba de que unos días después de la muerte de mi padre, el ingenio fue incendiado y Wamba murió intentando salvarlo.

Todos debimos pensar que la muerte de Wamba parecía demasiado conveniente para Thomas. Pero fue Rosa la que se atrevió a insinuarlo.

—Andrea, ¿recuerda si Úrsula o Ndenga le confirmaron que Wamba había muerto, o solo lo sabe por la carta de Thomas?

—Solo supe de su muerte por Thomas. Por entonces ya estaba distanciada de Úrsula y de Ndenga. Al principio, cuando Úrsula regresó con su madre, les envié varias cartas manuscritas por otra interna. Pero jamás fueron contestadas.

—¿Y tampoco mantuvo correspondencia con Airam? Tengo entendido que le tenía a usted mucho aprecio.

—Thomas también me hablaba de eso en su carta. A Airam le ofrecieron un trabajo mejor pagado en la región de Matanzas y terminó marchándose. Quería reunir suficiente dinero para volver a visitar a sus padres.

—Ese chico debió haberse puesto en contacto con usted. ¿No le parece extraño que tanto él como Wamba desapareciesen de su vida así como así? —siguió argumentando Rosa.

La hija de Conrado comenzó a incomodarse con sus insinuaciones y no quiso responder. De modo que decidí proseguir yo la conversación.

—Andrea, en el convento no tuve oportunidad de explicarle cómo conseguimos dar con su paradero, y la verdad es que resultó complicado.

—Tenía entendido que fue gracias a Benigno, el párroco del Salvador. Mi madre frecuentaba la iglesia, y creo recordar que ofrecía generosas limosnas para su conservación. Por eso debió encontrar nuestro apellido en los registros.

—No puedo negar que el padre Benigno nos ayudó. Pero no dimos

con usted solo gracias a él.

—¿Qué pretendes decir? ¿Quién más ayudó a encontrarme?

—Duncan Baquer, el hijo de Thomas —informé atenta a su reacción.

—Duncan... —murmuró para sus adentros—. Hace tiempo que no sé de él. Pobre chico, perdió a su padre demasiado pronto. ¿Cómo se encuentra?

Sus palabras me hicieron comprender que no estaba al tanto de la fortuna de Duncan ni del engaño del que ella había sido víctima. Emeterio, en sus concienzudas averiguaciones, había terminado descubriendo que Duncan Baquer no solo era un afamado empresario del régimen, tal como nos adelantó el Comandante, sino que también era copropietario de una próspera fábrica. Según nos explicó entre bombón y bombón, la neutralidad de nuestro país en la II Guerra de Europa facilitó el auge de la industria textil en Cataluña, que se convirtió por un tiempo en la fuente de suministro de uniformes para los soldados europeos. Según Emeterio, debió ser entonces cuando el hijo de Thomas amasó su dinero y sus influencias.

—¡Vaya! —exclamé simulando sorpresa— Creíamos que usted se reunía con Duncan con regularidad. Ya sabe, por lo de la fábrica.

—Ah, también sabéis eso. Cuando se vendió el ingenio, Thomas me propuso invertir el dinero en ella. Y lo hice... Pero estáis en un error, esa fábrica ya no existe. Resultó ser una ruina y se clausuró a los pocos años de entrar en actividad.

—Andrea, me temo que el error es suyo —añadí con el mayor tacto que fui capaz de encontrar—. Debe saber que esa fábrica continúa siendo muy rentable. Thomas y su hijo la engañaron. Se aprovecharon de que usted estaba interna en el convento para robarle la fortuna. Incluso creemos que Duncan ha hecho todo lo posible para que no diéramos con usted.

—Duncan es un buen chico, no sería capaz de engañarme.

—Créame si le digo que Duncan Baquer dista ya mucho de ser un chico, y que tanto él como su padre eran unos farsantes.

Andrea se removió incómoda, intentando tal vez que no percibiésemos su repentina turbación.

—En cualquier caso, me da igual. Aquella época de mi vida está olvidada. No me importa su dinero, que se quede con la fábrica.

Tampoco a mí me importaba el dinero de Duncan Baquer. Pero sí habría querido que pagase por la paliza que ordenó propinar a Cipriano y por ser el causante de su detención y tortura en la cárcel. Sin embargo, Andrea no estaba dispuesta a ayudarme y el tiempo se nos acababa aquella mañana.

El cochero, que terminó de descender la ladera, arreó a los caballos para que no quedasen clavados en mitad del último repecho.

Al poco, habíamos llegado.

Sigo sin saber a ciencia cierta qué motivó a Andrea para pedirme que la llevase a Las Yeseras. Pero tal vez fuese el recuerdo de lo que Conrado le contó en el camarote del vapor. Se separó de él sin atender al amor que ambos se profesaban y nunca regresó a la isla para visitar su tumba. A su edad no habría soportado la travesía del Atlántico, pero sí un breve viaje en calesa para presentar sus respetos a sus abuelos. Eso compensaría los largos años de rencores, el olvido que terminó imponiéndose entre su padre y ella.

Según habíamos convenido, Andrea y yo nos apeamos frente a la vivienda, y Rosa y Marcelo se marcharon con el cochero para dar una vuelta por los alrededores y regresar en un par de horas. Nuestro viaje era un asunto de familia en el que ellos no tenían nada que hacer. Durante un tiempo ambas permanecimos calladas, contemplando cada una a nuestra manera aquello que teníamos ante nosotras. Tal como hicieran sus padres tanto tiempo atrás, como si hubiese recuperado la capacidad de ver, Andrea caminó hasta situarse a la sombra de las moreras, vagó la vista entre las zarzas y las chumberas que invadían el regato reseco, siguió la vereda que ascendía hasta detenerse en la cara del demonio, que estaba donde siempre debió estar, tan completa como la dejó su abuelo Toribio, y terminó extasiada en la contemplación del cortijo deshecho: la cuadra de las bestias, el corral de las gallinas, el lugar en el que en el pasado debió haber una puerta de entrada plagada de nidos de araña: «Imagino que todo sigue igual —afirmó afectada—, tal como me lo contó papá». Pero supe que no era necesario responder su pregunta, que incluso sin ojos, o tal vez con unos que yo no podía comprender, percibía cada uno de los detalles.

Entre las desdibujadas sendas de zorros y conejos, tardamos media hora larga en coronar el cerro que custodiaba la espalda del cortijo y entrar en el encinar. En lo más profundo de la mancha, junto al viejo acebuche, localicé los dos montículos y nos acercamos. Ni rastro ya de las cruces de almendro ni de los alambres que las conformaran setenta años atrás. Ella, que había permanecido agarrada de mi mano durante todo el trayecto, me rogó que la dejase sola. Busqué una encina alejada y la esperé largo tiempo. Arropándonos a ambas, una calma chicha y un cielo despejado.

El viaje de vuelta fue más silencioso que el de ida. Alguna que otra palabra de cortesía y un profundo cansancio que terminó adormilándonos a todos entre vaivén y vaivén. Rosa y Marcelo, alegando alguna excusa inocente, se apearon de la calesa para dejarnos a solas en cuanto pisamos las primeras calles de Sevilla. No

volvimos a abrir la boca hasta alcanzar el convento. Al aporrear la puerta, justo antes de que nos abrieran y Andrea se perdiese entre sus muros, se volvió con aquel extraño resplandor en sus pupilas. Tuve la absoluta certeza de que me veía. Incluso pensé que contemplaba mi rostro con cierta lujuria, como si mis labios carnosos y mi pelo moreno y rizado la hubiesen cautivado.

—Debes bajar y enfrentarte a tu destino. Solo allí encontrarás las respuestas.

No fui capaz de entender su mensaje, ni de descubrir si la mujer que tenía ante mí volvía a ser la misma que creí oír entres sueños en la calesa o, por el contrario, era la que lloró más tarde junto a las tumbas de sus abuelos. Pero su desconcertante petición me dejó consternada.

VI

Han pasado muchas semanas desde que Andrea pronunciase aquellas palabras, tantas como me ha llevado escribir esta historia. Tal como me propuse, la vida de Andrea, aquella que coleccionó en su diario como si se tratase de una sucesión interminable de mariposas disecadas, incluso aquella que escapó de su punzón y su pauta volando en retazos, ha quedado contada. O quizá debiera decir que ha sido la mía la que he querido contar. Una historia que se inició cuando mi madre heredó de Elvira este caserón. Una historia de la que nada hubiese conocido de no ser por la ayuda de gente como Cipriano, de ese pobre hombre que ha resultado tan mal parado en esta empresa, de tantos otros que no han dudado en creer en mis descabelladas quimeras. Es por ello que no me quedan excusas. Ha llegado la hora de hacer lo que ella me dijo, de apagar de una vez por todas las fantasías que asaltan mis sueños.

Rosa lleva semanas insistiendo en que sabe que algo me ocurre, que he perdido el interés en la pintura y que, si no despabilo, perderé el curso. Aun así, no le he contado mis verdaderas intenciones. Tampoco he hablado con mamá, y menos, con el Comandante. Él no me permitiría bajar, y necesito hacerlo y despejar las escasas dudas que me quedan. Porque hasta hoy no he logrado encontrar evidencia de que Wamweru tuviese más poderes que cualquier otro curandero, más capacidades de las que le pudiesen haber conferido un puñado inservible de pócimas a base de yerbas machacadas y polvo de muerto. Aunque Andrea no se hubiese interpuesto, Wamweru jamás podría haber evitado la muerte de su madre, ni tampoco podría haber infundido en sus ojos la capacidad de ver. ¿Quién no ha experimentado ese profundo dolor que se siente cuando te presionan las cuencas con rabia? ¿Quién no lo ha confundido con un deslumbrante destello? ¿Cómo podría saber lo que era la luz si nunca tuvo el don de la vista? Aunque Andrea lo haya insinuado más de una vez, en la cubierta del barco, en los brazos de Wamba, en aquel último abrazo mortal que compartió con Wamweru, jamás pudo saber qué percibió la noche en que acabó con su vida sin conocer más blancos ni negros que los oídos de labios de Laura. Benigno siempre ha llevado razón, nuestro Dios nunca olvida reclamar a sus muertos, no abandona almas perdidas que habiten a caballo entre un mundo y el otro, ni la de la vieja Wamweru ni la de la amada esposa de Conrado.

Sí. A veces eso es lo que pienso.

Pero luego acude a mí el recuerdo de la primera vez que entré en este caserón acompañada del Comandante, el vértigo que sentí al

rozar con mi mano la cabeza de león que remata la balaustrada, la ramita limpiando la fisura de la tapa, mis pies volviéndola a ocultar bajo la hojarasca sin motivo aparente y vuelvo al principio, a la sospecha de que algún misterio pervive entre estas cuatro paredes. Aunque solo sea el regusto lejano de las profundidades de África, el aroma apolillado de antiguas creencias paganas, estoy convencida de que ahí abajo hay algo escondido.

Basta de palabras. Hace días que preparé las herramientas: una palanca de hierro que me ayudará a levantar la tapa y una linterna para alumbrar la escalera que a buen seguro me conducirá hasta el fondo. Bajaré esta noche y me enfrentaré a lo que se esconda en los cimientos de la casa. No me gustaría que el Comandante me sorprendiese antes de comprobar que estoy en lo cierto. Ya habrá tiempo de contárselo todo.

No queda más por escribir.

Guardaré esté montón de cuartillas junto al diario, allí donde lo dejó olvidado su legítima dueña, y confiaré en la providencia. Tal como solía decir mi hermano Daniel, todos nacemos con nuestro destino sellado. Y el mío, ahora lo sé, siempre estuvo irremediablemente unido al de Andrea.

Epílogo

Cuando Cipriano recibió la llamada, hacía seis meses que no tenía noticias de la familia Pedraza. Aunque no andaba lejos de Sevilla, tuvo la precaución de no decir a nadie más que a Fulgencio y a su buena amiga Flora dónde se encontraba. Por eso lo primero que pensó fue que alguno de los dos se había ido de la lengua. Aún se sorprendió más cuando supo que la llamada procedía, según le dijo el que llevó el recado, del comandante Manuel Pedraza, militar condecorado y padre de Belinda.

Aquel número de teléfono era el único hilo que lo conectaba con su antigua existencia, el que le permitió saber que Miguel había conseguido entrar de aprendiz en los muelles del puerto, el que usarían sus enemigos para devolverlo a la cárcel si daban con él. Pero de inmediato comprendió que sus temores eran infundados. El motivo de la llamada no era otro sino el de comunicarle la desaparición de la joven y amada hija del Comandante. Según le dijo este desde el otro lado de la línea, llevaba desaparecida tres meses y dos semanas, y no atinaron hasta entonces a dar con el testimonio escrito que Belinda dejó atrás antes de abandonarlos. Pasó el Comandante horas contándole los más mínimos detalles de lo que descubrieron en el relato, unos que Cipriano aseguró conocer como traductor del diario y otros que desconocía por completo. Supo así que el mismo día en que Andrea dejó este mundo para reunirse con su Dios, Belinda había desaparecido, que quitaron la tapa que cubría el pozo del jardín para buscarla y que descendieron hasta el fondo, donde no pudieron encontrar más que un montón de huesos que, según aseguró el padre Benigno, debían corresponder a muertos medievales del antiguo cementerio. Supo también que echaron abajo las numerosas estanterías y los escasos vinos que el Comandante había conseguido acumular en la bodega, y que a continuación los empleados de Cañizares derribaron a porrazos la pared que cubría la antigua alacena. Para su desconsuelo, allí solo encontraron un vestido de mujer consumido por la humedad y un montón de muñecos de trapo. Pero nada lograron descubrir sobre el posible paradero de la hija del comandante. Por eso, desesperada la familia, le rogaban

encarecidamente que tradujese la última página del relato que Belinda dejó en la biblioteca. Una página que no estaba escrita como las otras. Una página que, como le aseguró el Comandante con un nudo en la garganta antes de colgar, estaba escrita en el lenguaje de los ciegos.

Al día siguiente de la llamada, un coche militar se detuvo frente a la puerta de la casa en que el ciego se hospedaba y le entregaron a este dos gruesos paquetes. Uno de ellos contenía el diario original de Andrea junto con la traducción realizada por él mismo, por lo que no le prestó la menor atención. El otro, más delgado, portaba las cuartillas manuscritas en que Belinda relataba su historia. Tampoco le sirvieron estas a Cipriano, porque sus dedos apenas alcanzaron a reconocer la infinidad de ininteligibles surcos dejados por la pluma apresurada de la hija del comandante Pedraza.

Ninguna, salvo la última.

Una página que en efecto estaba escrita en el lenguaje de los ciegos, pero que, para su sorpresa, no en braille, sino en new york point, un lenguaje que Belinda jamás pudo aprender, que solo dominaba la difunta Andrea, un lenguaje que incluso a él le seguía costando gran esfuerzo descifrar.

Desconcertado, se recolocó el parche negro en el derecho, cerró el párpado del izquierdo y posó la yema de sus dedos sobre los puntos:

«Domingo, 10 de noviembre de 1946.

Querido Cipriano:

El que no fuese yo la que pusiese esta historia en tus manos sería la prueba definitiva de que estoy equivocada. O, dicho de otra manera, de que el padre de Andrea siempre supo la verdad, que desde el principio Wamweru fue una auténtica mambo.

Cuando tomé la palanca y bajé al jardín, me temblaban las piernas. No sabía si toparía con uno de esos muertos vivientes que ella misma creaba o si solo daría con un viejo sarcófago. Pero no había vuelta atrás, hacía tiempo que debía haberlo hecho. Armada de valor, abrí la tapa y enfoqué hacia abajo. Pensé entonces que mis sospechas quedaban confirmadas. Ninguna estancia digna de una sacerdotisa, ninguna rampa que descendiese majestuosa a los infiernos. Busqué la escalerilla que Teresa suele guardar en el trastero y la usé para bajar. Con los pies en el fondo, se abrió ante mí un sótano de proporciones descomunales, incluso mayor que aquel en que papá instaló la bodega. Encorvada a causa de la escasa altura, comencé a caminar. Un polvo fino se fue alzando a mi paso y el haz de luz dibujó una cortina blanca. Sin intención de dejarme intimidar por mis vanos temores, seguí adelante hasta llegar al centro. Pero allí no había otra cosa que las abultadísimas garras de los árboles del jardín

aferradas a la tierra, marañas y marañas de raíces de todos los tamaños, y arcos y pilastras a medio derruir. Desengañada, con los rizos enredados y el cuerpo entumecido por el frío, di mi inspección por concluida. Si regresaba a mi habitación de inmediato, tal vez no me fuese necesario dar explicaciones al Comandante. Pero en ese momento un efímero resplandor llamó mi atención. Golpeé la linterna para reavivar su fuerza y apunté hacia el fondo. Lo que intuyeron mis ojos me dejó paralizada. Bajo un amasijo de tablones y vigas, un esqueleto forrado de piel negra y quebradiza. Intimidadas por el haz de luz, una camada de ratas se dispersó en todas direcciones, decenas de ojos refulgieron como ascuas. Necesité reunir toda mi entereza para no dejarme llevar por el pánico mientras avanzaba. Al llegar a su altura, me enfrenté por largo rato a la calavera, a las cuencas vacías, a los muñecos de paja y a las extrañas vestimentas de sacerdotisa. Aquella era la auténtica verdad. Por mucho que Andrea hubiese asegurado que su padre preparó un sarcófago de plomo y embarcó a Wamweru hacia Cuba, no era cierto. Lo que ocurrió fue más sencillo. La casa siempre dispuso de viejas bodegas, de sótanos profundos y oscuros. Conrado debió descubrirlos cuando la adquirió, y pensó que no valía la pena demolerlos, que sería suficiente con rellenarlos con los escombros de la obra y sellar las entradas después. Esa decisión le ayudaría más tarde. ¿Qué mejor lugar para esconder las pruebas de una muerte que habría acarreado serios problemas a su querida hija? No, Wamweru nunca salió de esta casa. El esqueleto que tenía ante mí era el suyo. No percibí en él misterios antiguos ni vestigios de poder sobrehumano. El alma de Wamweru fue tan mortal como la de cualquiera de nosotros, tan efímera como las delicadas alas de las vanesas que sobrevolaban los sembrados de Puente Alto en aquellos lejanos días compartidos con Daniel. Aunque al contemplar sus cuencas noté la misma sensación que cuando acaricié la cabellera del león tanto tiempo atrás, no supe reconocer más hechizo que el de un antiguo enterramiento.

A punto de darme la vuelta y huir de allí, localicé una cinta descolorida alrededor de su cuello y una especie de lacrimatorio que colgaba de ella. Aparté el pelo para extraerla y abrí la tapa. Un intenso olor embriagó mis sentidos. Tal vez aquello fuese lo descubierto por Andrea en su viaje a Cuba, el prodigioso elixir de los jatayvas. Impaciente por desvelar uno de los misterios que tanto me intrigaban y, por qué no decirlo, algo defraudada, me coloqué el colgante, me arrastré hasta la salida, cerré la boca del pozo con ayuda de la palanca y me encaminé hacia mi habitación. Eran más de las tres de la madrugada y la casa seguía en silencio.

Fue tumbarme y quedar dormida.

Pero esta mañana todo ha vuelto a precipitarse. Aunque no recuerdo cómo he llegado hasta el tocador, al despertar estaba sentada frente a él, cepillándome el pelo mientras contemplaba el retrato encajado entre el

espejo y el marco, aquel retrato que el Comandante y yo encontramos pinchado en el baúl de Wamweru dos meses atrás. Al enfrentarlo al trasluz de la ventana he descubierto que los alfileres habían dejado dos minúsculos agujeros en los ojos de Andrea. Sin poder reprimirlo, he vuelto a aspirar ese delicioso aroma. Una avalancha de extrañas sensaciones y preguntas han inundado entonces mi cabeza. ¿Y si cuando Andrea bajó a ayudar a su madre, Wamweru la estaba esperando? Úrsula siempre afirmó que la sacerdotisa había aprendido a esconderse de la muerte durante siglos. ¿Por qué no habría de hacerlo en el cuerpo joven y delicado de Andrea, un cuerpo con una puerta débil por la que entrar? ¿Y si esos alfileres me ayudaron a reunirme con mis loa, a saltar a los ojos en el instante adecuado? ¿Y si Andrea interrumpió el intercambio al agarrarme por el cuello y matarla? ¿Y si el alma de Wamweru quedó dividida en dos al morir antes de tiempo? ¿Y si aún no hemos sido reclamadas en el cielo?

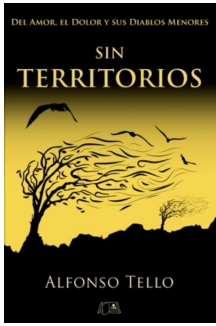
Formulando semejantes preguntas me he atrevido a escribirte esta carta que solo tú sabrás entender. Porque ahora sé que cuando perdí la vida a manos de Andrea se produjo un intercambio entre ambas. Siempre ha estado ahí: cuando me habló a las puertas del convento, cuando en la calesa traspasé sus ojos, cuando en nuestra primera charla sentí cómo entraba en mi mente y me transmitía este lenguaje endiablado en el que ahora he descubierto que soy capaz de escribir.

Ese fue el auténtico motivo por el que Andrea se encerró en el convento. Para refugiarse en los rezos, para que su Dios la protegiese de los nuestros. Y tal vez también haya sido el motivo por el que jamás regresó a la isla, para no sucumbir a su fuerza, para no separar nuestras almas, para apartarnos de los poderosos jatayvas.

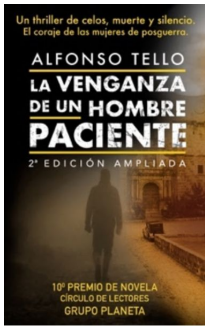
Tengo que acudir en su ayuda. Juntas seremos capaces de librarnos para siempre de ella. Visitaremos al padre Benigno, o a cualquier otro que nos pueda auxiliar. Después de robarle su pasado, su colección de mariposas disecadas, creo estar en la obligación de pagar ese precio, de redimir de una vez por todas su alma, de permitir que Andrea disfrute en paz los últimos días de su vida.

Dejaré esta cuartilla taladrada junto a las otras e iré a liberarla. Espero no volver a equivocarme, ser yo misma quien te lleve la historia completa a mi vuelta. De no ser así, habré fracasado y será este mensaje mi única balsa de salvamento. Porque incluso ahora temo estar entrando en su juego, que parte del alma de Wamweru aguardase en ese sótano, que mi juventud e inconsciencia le hayan ofrecido un nuevo cuerpo. Sería entonces cuando deberías acudir en mi ayuda. Solo tú sabrías dónde buscar. Solo tú acertarías a enfrentarte a esta vieja, a rescatarme de las garras del tiempo. ¿Qué otra cosa podría librarme de su pozo sin luz sino los ojos de un ciego?

Belinda».



Otras obras del autor:



Índice

Capítulo 1
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

Capítulo 2
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

Capítulo 3
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

Capítulo 4
- I

II
III
IV
V
Capítulo 5
I
II
III
IV
V
VI
VII
Capítulo 6
I
II
III
IV
V
VI
Epílogo
Índice

ALFONSO TELLO nació en Mancha Real (Jaén) en 1964, y estudió ingeniería industrial en la Universidad de Sevilla, profesión que sigue ejerciendo en la actualidad. Su primera novela, escrita en 2017, «Cantos de Tucán», resultó ganadora del XXVII Premio de Escritores de la Diputación de Jaén. En 2018 fue galardonado con el X Premio de Novela Círculo de Lectores, con «La Venganza de un Hombre Paciente», publicada por el Grupo Planeta. En relato corto y cuentos ha obtenido el segundo premio en el Concurso José Travel, ha sido finalista en el Certamen Literario Joaquín Lobato, en el XLIV Concursos de Cuentos Ciudad de Tudela y en el XVIII Concurso de Cuentos Ciudad de Marbella.